

El tesoro de los Templarios

Hanny Alders

EL FINAL DE LOS TEMPLARIOS

Josep Maria Sans i Travé

1. Los inicios del drama

Cuando al anochecer del 18 de marzo de 1314 las llamas consumían los cuerpos del gran maestro Jacobo de Molay y del maestro de Normandía Godofredo de Charnay, en la Isla de los Judíos —pequeña isla del Sena, propiedad de los monjes de Saint-Germain-des-Prés, situada junto al palacio real—, terminaba de forma dramática el largo proceso en el que se había visto implicada la Orden del Temple. El sacrificio de estos dos dignatarios representaba también el colofón a casi doscientos años de una organización de tipo religioso y militar que, de acuerdo con sus principios fundacionales, se había caracterizado por la defensa de la fe en su lucha contra los infieles —en la que muchos de sus miembros derramaron su sangre—, por la fidelidad a la Iglesia y en concreto en la persona del pontífice y por su colaboración con los monarcas europeos en cuyos reinos estaba implantada.

Atrás quedaban siete años de dolor, de tormentos y vejaciones, de acusaciones falsas y, sobre todo, de incertidumbres debidas e impulsadas por la ambición del rey francés Felipe IV el Hermoso, ayudado por sus consejeros y consentido por un papa débil, Clemente V, incapaz de oponerse a las desorbitadas e injustas pretensiones del monarca.

Jamás en la historia de la Iglesia se había dado, como en el caso que nos ocupa, una situación tan grave, que implicara incluso la celebración de un concilio para justificar la supresión por parte del papa de una orden religiosa.

En efecto, esta orden surgió como una consecuencia más de la primera cruzada, uno de cuyos objetivos principales fue la toma de Jerusalén en 1099. La ocupación militar de buena parte de la antigua Palestina no apaciguó absolutamente el territorio, donde la población autóctona asaltaba y robaba con harta frecuencia a los peregrinos que, llegados a los puertos de la costa, se dirigían al interior del país para visitar los santos lugares. Para paliar estos problemas un grupo de caballeros, bajo el mando del champañés Hugo de Payens, se constituyeron en una cofradía con la misión de ayudar a todas aquellas gentes deseosas de contemplar los rincones sacralizados por la presencia de Cristo en la Tierra. Acogidos en un primer momento —hacia 1120— en las instalaciones anejas de los canónigos de la iglesia del Santo Sepulcro, pronto fueron favorecidos por el patriarca de Jerusalén y por Balduino II quien, consciente de poder aprovechar aquella inicial guardia de caminos en un futuro beneficio para la seguridad militar del reino, les concedió su antigua residencia del Templo de Salomón, hecho que iba a determinar el nombre por el que a partir de entonces se les conociera: caballeros del Temple o templarios.

Las especiales circunstancias que atravesaban los reinos y principados occidentales forjados en Oriente no permitían el afianzamiento de la cofradía, y sus dirigentes. Como necesitaban personal y dinero para llevar a cabo sus objetivos, se trasladaron a Europa en busca de los medios precisos. El concilio de Troyes de 1129, en que se aprobó la orden, representó la gran ocasión para ofrecer a la cristiandad la nueva opción religiosa defendida por unos monjes que combinaban por primera vez en la historia de la Iglesia su ascetismo

monacal con las armas. Es muy probable que sin la defensa de san Bernardo a favor de los templarios los conciliares hubiesen rechazado la original propuesta monástica.

Con la aureola de las insignes hazañas llevadas a cabo en Tierra Santa, la nueva orden obtuvo la respuesta afirmativa de la sociedad feudal occidental que, tanto aristocracia, clero y nobleza como fieles, se volcó en favorecerla con limosnas, donaciones de tierras, bienes y derechos, aportando además personal para su misión.

A pesar de que los propósitos de la orden, inicialmente se habían ceñido a Palestina —y jamás se apartó de este objetivo ni después de La pérdida en 1291 de San Juan de Acre, último reducto occidental en las costas de Oriente-, no olvidó otras zonas en que su colaboración militar consideró necesaria, como la península Ibérica, cuyos diversos reinos cristianos -desde Cataluña a Portugal, pasando por Aragón, Castilla y León- iban ampliando su territorio como consecuencia del proceso de reconquista y lucha contra el Islam que había ocupado el suelo hispánico a inicios del siglo VIII.

Los privilegios papales confirmaron en repetidas ocasiones la profunda jerarquización de la orden en cuyo vértice se hallaba el gran maestro y su consejo integrado por los comendadores, los principales responsables de las casas o conventos donde habitaban las comunidades templarias, la ocupación principal de las cuales era la defensa del territorio y la lucha contra los infieles. Desde la casa central -inicialmente en Jerusalén hasta 1187, después en San Juan de Acre hasta 1291 y finalmente en la isla de Chipre— se gobernaban también las encomiendas europeas a través de delegados o maestros provinciales con poder sobre los conventos de su propia circunscripción.

Estos conventos, distribuidos por todo el suelo europeo, fueron creados para administrar las propiedades y los bienes fruto de las donaciones de los benefactores. Una parte importante de las rentas que se obtenían era enviada a la casa central para subvenir a sus necesidades y a las actuaciones bélicas en Oriente. También estos conventos hacían de centros de proselitismo y de reclutamiento de soldados.

La obtención de importantes dominios, la buena explotación de tierras y bienes y especialmente la utilización del préstamo, los depósitos en dinero o joyas y el cambio en toda la orilla mediterránea, en donde la orden disponía de encomiendas, determinaron hacia mediados del siglo XIII un enorme incremento de la riqueza de la orden, que no fue parejo con sus actuaciones en Oriente, donde se fue perdiendo progresivamente ante el avance del Islam, hasta desaparecer en 1291.

La Cristiandad atribuyó a las órdenes militares establecidas en Palestina -Hospital, Teutónica y Temple, y muy especialmente a esta última—, la pérdida de Tierra Santa. El descrédito general que este hecho provocó influyó para que desde diversos sectores sociales, tanto laicos como eclesiásticos, se propusiera la unión de todas las órdenes bajo una única autoridad y la destinación de sus recursos para la recuperación de Tierra Santa.

Sin embargo, al margen de ello, el Temple aún aspiraba a principios del siglo XIV a aunar esfuerzos para participar en una nueva cruzada que tuviera como objetivo la recuperación de Palestina. Precisamente para llevar a cabo gestiones al efecto se había trasladado a finales de 1306 o principios del año siguiente el gran maestro Jacobo de Molay a Occidente con la intención de

entrevistarse con el papa y los príncipes europeos para comprometerlos en la futura expedición militar.

La llegada del gran maestro a Europa coincidió con la superación de una época de graves enfrentamientos entre el papado, representado por Bonifacio VIII, y la monarquía francesa cuyo titular Felipe IV el Hermoso, con la colaboración de algunos miembros favorables a su política en el colegio cardenalicio, había conseguido, tras un largo cónclave en Viterbo, la elección en 1305 del nuevo papa en la persona del arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, que tomó el nombre de Clemente V. El pontífice, hechura de Felipe IV, no tuvo el coraje suficiente para enfrentarse a todas las pretensiones que exigió el monarca, entre ellas la supresión de los templarios, si bien no accedió a la anatémización de su antecesor en la sede apostólica.

Las exigencias por parte del monarca fueron presentadas a Clemente V al principio mismo de su pontificado, cuando ambos se entrevistaron con ocasión de su coronación pontificia en Lyon. En esta ocasión el rey comunicó al papa las primeras acusaciones, a las que Clemente V no dio crédito, aunque se comprometió a realizar una investigación entre los miembros de la orden para cerciorarse de la verdad o falsedad de las mismas. Así se lo comunicó el pontífice al gran maestro en una audiencia que le concedió, y esta misma información la transmitió Jacobo de Molay a los principales dignatarios y preceptores de la orden congregados en París entre el 24 y el 29 de agosto de dicho año con motivo de la celebración de un capítulo general.

Si el papa no tenía especiales prisas para llevar a cabo la pesquisa, no pensaba lo mismo el monarca francés, que no cejaba en su pretensión de destruir la orden. Los historiadores del Temple se han preguntado por las razones de la obsesión de Felipe IV contra la orden: algunos han basado la actitud real en sus necesidades financieras que creía poder paliar con la confiscación en provecho de la corona de las ingentes riquezas atribuidas al Temple; otros en la convicción de que el monarca, celoso de la fe y las buenas costumbres, actuó para reformar la Iglesia; y otros, finalmente, para eliminar de su entorno elementos que estorbaban a la materialización de su política de afianzamiento de la monarquía nacional. De hecho, en este último sentido, la orden, con su organización propia e independiente, ajena al control real, representaba una fuerza internacional, fuertemente jerarquizada, con personal militar especializado y con un excelente apoyo económico, capaz si se daba el caso, de hacer tambalear las superestructuras de poder existentes. En definitiva, especialmente en Francia, debido al elevado número de encomiendas existentes por todo el territorio, el Temple con su organización reticular representaba no ya una comunidad independiente sino una especie de estado dentro del propio estado que si se daba la oportunidad, podía hacer tambalear, sus mismos cimientos.

2. La detención y primeras actuaciones «policiales»

La operación contra los templarios fue planificada desde el principio con especial precisión por parte de Felipe IV y sus consejeros. Asimismo la detención de los freires en Francia representó históricamente la primera acción policial de gran alcance con resultado positivo. La promesa de la realización de la encuesta papal sobre las primeras acusaciones genéricas contra los templarios había supuesto el compromiso por parte del monarca de no llevar a

cabo ninguna actuación relativa a este tema hasta que la Santa Sede la autorizara. Felipe IV, sin embargo, a finales de verano de 1307 —después de haber obtenido declaraciones comprometidas contra la orden por parte de ex templarios renegados y de algunos testigos comprados e introducidos fraudulentamente en algunos conventos—, seguro de que las dilaciones del pontífice eran fruto de su falta de convencimiento de los errores que se imputaban al Temple, llevó adelante su estrategia, basando su actuación en la complicidad de la Iglesia, si no propiamente del papa, sí del inquisidor de Francia, el dominico Guillermo de París, a quien competía en función de su cargo y como delegado de la Santa Sede, velar por la pureza del dogma y la fe en dicha circunscripción.

Con fecha del 14 de septiembre de 1307, fueron enviadas a todos los bailes reales y senescales de Francia las cartas secretas que recogían las primeras acusaciones que se imputaban a la orden. «Un crimen detestable, un trabajo abominable, una desgracia espantosa, algo casi inhumano, fuera de toda humanidad», rezaba el prólogo de la comunicación real, para continuar con la relación específica de los crímenes de que se les acusaba: renegar de Cristo y escupir tres veces encima de la cruz, besos indecentes y prácticas sodomitas y la adoración de un ídolo; en resumen, de hombres sin fe y de costumbres inmorales. Así mismo, las misivas contenían las instrucciones concretas que debían realizar los destinatarios, registradas en otras cartas selladas que debían abrir a primera hora de la madrugada del próximo 13 de octubre, habiendo previamente dispuesto del personal armado que requería la operación.

Efectivamente, en cumplimiento de las órdenes reales que mandaban la detención de todos los templarios del reino y la confiscación temporal de todos sus bienes hasta que la Santa Sede dispusiera sobre los mismos, al alba del viernes 13 de octubre de 1307 los oficiales reales irrumpieron simultáneamente y por sorpresa en todas las casas y conventos templarios de Francia, justificando su actuación con una pretendida inspección de los bienes para el pago de la décima.

La operación policial, que exigió una especial coordinación y discreción y que tuvo como precedentes las confiscaciones que habían sufrido judíos y lombardos, fue un éxito rotundo si tenemos en cuenta que oficialmente tan sólo doce freires lograron escapar, a éstos habría que añadir otros doce que no recogen las fuentes oficiales, si bien algunos de ellos más tarde pudieron ser detenidos, a pesar de haberse afeitado la barba y disfrazado para no ser reconocidos, o huir del territorio francés.

Mucho se ha especulado sobre la facilidad con que los agentes reales detuvieron a los templarios en Francia, de cómo fue posible atrapar con tanta eficacia a unos freires para los cuales precisamente las armas y la guerra representaban su propia razón de ser. La respuesta es muy sencilla: en Francia, como en otros reinos europeos, los objetivos del Temple no eran militares sino fundamentalmente económicos y de reclutamiento de personal, de manera que la mayor parte de los miembros que residían allí, o estaban destinados a la administración de sus bienes, derechos o posesiones, o se preparaban para ser enviados posteriormente a Oriente; o bien habían sido devueltos, ya ancianos, enfermos o inválidos, después de las campañas militares contra los infieles, a sus países de origen para otras ocupaciones o para reponer fuerzas.

La detención de los freires fue seguida inmediatamente de los interrogatorios por parte de los inquisidores sobre las acusaciones que pesaban contra ellos, aterrorizados de antemano con la amenaza o aplicación de torturas y advertidos que si no confesaban la verdad serían condenados a muerte.

Con procedimientos tan contundentes muchos freires sucumbieron a los primeros interrogatorios aceptando la culpabilidad de unos cargos de los que en su inmensa mayoría no tan sólo eran inocentes sino que ni siquiera habían oído hablar de ellos. Muchos de los templarios detenidos eran personas ignorantes y sencillas, pertenecientes a la categoría de los freires de los oficios a cuya responsabilidad estaba el cuidado de las explotaciones agrarias, molinos y granjas; que habían ingresado en la orden movidos por una espiritualidad profunda, por el deseo de una mayor perfección evangélica y para colaborar con su trabajo y sus sacrificios al mantenimiento de los santos lugares en poder cristiano y a la recuperación de los que habían caído en manos de infieles.

Los intensos interrogatorios a los que fueron sometidos, realizados a primeras horas de la madrugada, a veces habiéndoseles negado el sueño, alimentados a base de pan y agua, encadenados, aislados físicamente y torturados —se utilizaron el potro y la estrepada y no fue infrecuente ni la aplicación de fuego a los pies del interrogado ni la suspensión de pesos en los genitales—, dieron en el inicio de la operación resultados positivos. Así, no debe sorprender que de las deposiciones de 138 templarios en París entre mediados de octubre y noviembre de 1307 tan sólo cuatro negaran las acusaciones, y que de las de otros 94 templarios de otros lugares de Francia, solamente ocho rehusaron admitir cualquier cargo. Entre los que aceptaron los cargos se encontraba el gran maestro Jacobo de Molay y los principales dignatarios de la orden.

3. La réplica papal

El pontífice, para recuperar el protagonismo que había asumido el monarca francés, se dirigió a los príncipes cristianos mediante la bula *Pastoralis praeeminentiae*, de 22 de noviembre de 1307, para que detuvieran a los miembros del Temple que se encontraran en sus dominios y confiscaran sus bienes hasta que la Santa Sede dispusiera al respecto. El papa justificaba esta actuación con las confesiones de algunos de estos religiosos contrarias a la fe y las buenas costumbres.

Con ello llevaba definitivamente adelante el tema de los templarios y se sustraía legalmente de la dirección de Felipe IV, quien en las negociaciones diplomáticas con el papa había aceptado el protagonismo de la Santa Sede, al menos no aparentemente, porque de hecho las presiones regalistas sobre Clemente V no cesaron a lo largo de todo este período hasta su desenlace final, pactado también entre ambas instancias.

A raíz de estas órdenes pontificias, en el resto de la Cristiandad los freires fueron detenidos progresivamente, interrogados por los inquisidores e incautados sus bienes. Algunos soberanos respondieron con celeridad a las peticiones de Clemente V; otros tuvieron dificultades para llevarlas a cabo por la oposición que presentaron los freires —como sucedió en los dominios de

Jaime II de Cataluña y Aragón-, y otros, sólo después de muchas presiones de la sede apostólica se decidieron a capturar a los templarios de sus reinos.

El verano del año siguiente, Clemente V hizo despachar de su cancellería una serie de bulas, la más importante de las cuales iba encabezada por las palabras *Faciens misericordiam*, fechada el 12 de agosto de 1308, dirigida a los prelados y príncipes que tenían conventos o casas templarias en sus territorios. En ella se recogían disposiciones de bulas anteriores y se ordenaba a los obispos que en sus respectivas diócesis creasen comisiones, que habían de ser presididas por ellos mismos e integradas por dos canónigos, dos frailes dominicos y dos franciscanos para que interrogasen a los templarios que no hubiesen declarado aún ante los inquisidores, de acuerdo con los artículos que les eran adjuntados y otros aspectos que les pareciesen oportunos.

La lista de artículos que se elevaba a ciento veintisiete, agrupados en siete bloques, fue utilizada principalmente en Francia, si bien en otros reinos, como en los hispánicos, se empleó otra que contenía ochenta y ocho artículos. Todo su contenido formaba parte de la tradición antiherética de la Iglesia y se utilizaba tanto por ésta como por el Estado para desacreditar a sus adversarios religiosos y políticos. Los resultados debían ser analizados posteriormente en un concilio provincial que debería dictar la correspondiente sentencia para cada freire. La disposición papal establecía una investigación paralela contra la orden a través de unas comisiones apostólicas que debían actuar en los distintos países y cuyos resultados debían ser enviados a la Santa Sede para ser analizados luego en un concilio general que se convocaba para el primero de octubre de 1310 en Vienne del Delfinado.

Con más lentitud de la prevista —a la que no fue ajena la ineficacia administrativa de la cancellería papal— se procedió a los interrogatorios de los templarios de acuerdo con las directrices dadas por la Sede Apostólica tendentes a conseguir la aceptación de los cargos por parte de los acusados, para quienes se autorizaba la aplicación de la tortura si era necesario, y a conducirlos luego por la vía de la reconciliación y la penitencia. La extorsión, la intimidación, la amenaza y la tortura fueron los métodos más frecuentes utilizados en estos interrogatorios que, a pesar de los acuerdos entre el rey y el papa, se realizaban bajo control de los funcionarios reales que custodiaban a los prisioneros.

Otro asunto de no menor importancia, sobre todo para el monarca francés, fue el de los bienes de los procesados. A lo largo de este período la intención del papa, esgrimida repetidamente en sus bulas y disposiciones, se ceñía a salvaguardar las propiedades y derechos del Temple para devolverlos a la orden en el caso de que fuese declarada inocente, o destinarlos en provecho de Tierra Santa, de acuerdo con la finalidad de las donaciones de príncipes, nobles y fieles. A pesar de haber pactado este punto con el soberano francés, la corona controló la percepción de las rentas procedentes de los dominios templarios, hizo los correspondientes arrendamientos y sus beneficios fueron destinados mayoritariamente a la tesorería real. El papa incapaz de controlar la complejidad de la situación, tuvo que transigir, como en otros muchos aspectos, en aras de una más eficaz administración civil.

A pesar de que las comisiones apostólicas retardaron su actuación por problemas de organización —y también por las obstrucciones presentadas por los oficiales reales que cuidaban de los freires detenidos—, en Francia iniciaron sus sesiones el 12 de noviembre de 1309 y se prolongaron hasta el 26 de

mayo de 1311, después de haber realizado ciento setenta y un días de vistas y de haber interrogado a doscientos treinta y un testigos. La frecuente presencia de los consejeros del rey, así como la condena a la hoguera de cincuenta y cuatro templarios el 12 de mayo de 1309 en las afueras de París y las ejecuciones en las cárceles de los freires más capacitados para liderar la defensa de la orden, fueron determinantes para que muchos testigos se mantuvieran en sus primeras declaraciones de culpabilidad. Todo el material, reunido en un volumen de más de doscientos folios, fue enviado al papa y una copia fue depositada en la tesorería del monasterio de Sainte-Marie de París, que no podía ser consultada sin el permiso expreso del papa.

Coetáneamente, en los diversos reinos europeos, de acuerdo con las instrucciones de la Santa Sede, se llevaban a cabo los interrogatorios de los freires que habían sido detenidos.

4. La suerte del Temple en manos del papa y del concilio de Vienne

Clemente V decidió terminar con el asunto de los templarios en un concilio general que fue inicialmente convocado para el primero de octubre de 1310 en la ciudad de Vienne del Delfinado, pero tuvo que aplazarse un año a causa del retraso con que iban llegando a la curia papal los resultados de las distintas comisiones apostólicas. En pleno verano de 1311, el papa incluso se vio obligado a reclamar a dichas comisiones que terminaran su trabajo dada la inminencia de la celebración conciliar. A la reunión habían sido convocados tanto prelados como los principales soberanos cristianos, entre ellos el rey de romanos y los reyes de Francia, de los diversos reinos de la península Ibérica, de Bohemia, Hungría, Escandinavia, Sicilia y Chipre.

Con muchas ausencias, la asamblea hizo su apertura solemne el 16 de octubre de 1311. Felipe IV fue el único rey que estuvo presente en el concilio, y lo hizo a partir de la primavera siguiente, cuando se debía tratar el asunto del Temple.

Los materiales relativos a la orden habían sido examinados previamente por el papa y un grupo de cardenales y expertos que elaboraron unos resúmenes, ciertamente manipulados, que luego se utilizaron en las reuniones conciliares. Los prelados, además, a título personal podían presentar sus propias opiniones por escrito. Algunas de las conservadas demuestran dos convicciones generales: primera, que el pontífice por su misma autoridad era competente para decidir el futuro de la orden y que la consulta al concilio respondía simplemente a una cortesía papal para con el mismo; y segunda, que la destrucción de la orden, dado que sus miembros se habían apartado del recto camino y provocado con sus riquezas y actitudes la repulsa de los fieles, no representaría un daño grave para la Iglesia. Sin embargo, al margen de estas dos opiniones generales, una parte reducida de prelados pensaba que, a pesar de la veracidad de los cargos imputados, la orden, como miembro de la Iglesia, tenía derecho a la defensa y no podía ser suprimida sin una previa discusión. Respecto a sus bienes, en cuya resolución estaban especialmente interesados los príncipes cristianos que tenían encomiendas en sus dominios, la mayoría de los prelados convenía en atribuirlos a la Santa Sede para que dispusiera de ellos para la recuperación de Tierra Santa.

Para presionar al pontífice para que tomara una decisión rápida, Felipe el Hermoso hizo uso de la fuerza y la intimidación, convocando una reunión de

Estados Generales para el 10 de febrero de 1312 en Lyon, a poca distancia de Vienne. Felipe, a través de sus prelados de confianza, entre ellos los cardenales Berenguer Frécol y Nicolás de Freaville, y de sus ministros — Nogaret, Plaisians y Marigny—, y con el mayor sigilo, iba negociando con el papa la definitiva solución al asunto de los templarios, al margen de las reuniones conciliares.

Los titubeos papales se acabaron cuando el 20 de marzo de 1312 llegó a la ciudad de Vienne el propio monarca, acompañado de sus hermanos e hijos y con una considerable fuerza militar. Dos días después Clemente reunió en un consistorio secreto a los cardenales y a la comisión especial de los prelados, los cuales en su mayoría se pronunciaron a favor de la supresión del Temple. Aquel mismo día, miércoles santo, era fechada la bula *Vox in excelso* que suprimía la Orden del Temple, no por sentencia definitiva sino per modum provisionis, es decir, no como culpable después de un proceso judicial, sino simplemente por la autoridad del pontífice. «Habida cuenta de los errores confesados por muchos templarios. ..., no sin una gran amargura y tristeza en mi corazón, no a través de una sentencia judicial, sino mediante disposición u ordenación apostólica, abolimos la expresada Orden del Temple y su constitución, hábito y nombre por un decreto irrevocable y perpetuo, y, con la aprobación del santo concilio, la sometemos a veto perpetuo, prohibiendo que en el futuro nadie se atreva, so pena de excomunión, a entrar en ella, vestir su hábito, llamarse templario o actuar como tal.» El papa, finalmente, reservaba para la Santa Sede la destinación de las personas y bienes del Temple así como los cuatro altos dignatarios de la orden.

En cuanto al patrimonio de la orden, sobre cuya destinación estaban especialmente interesados los monarcas que tenían conventos en sus dominios, Clemente V lo asignó, no sin grandes reticencias de la mayoría de los conciliares, al Hospital de San Juan de Jerusalén, con el objetivo de que sirviera para la recuperación de Tierra Santa. El pontífice, sin embargo, y debido principalmente a las gestiones de los embajadores del monarca catalán Jaime II, excluyó de esta disposición general los bienes templarios distribuidos por los diversos reinos de la península Ibérica hasta que llegara a un acuerdo específico con sus titulares, ya que se hallaban aún en lucha contra el Islam, en pleno proceso de reconquista. Por la bula *Ad providam*, fechada el 2 de mayo de 1312, el papa atribuía los bienes del Temple al Hospital de San Juan; y unos días más tarde, el 16 del mismo mes, firmaba otra bula encabezada por las palabras *Nuper in generali*, por la cual se exceptuaban los bienes del Temple de la península Ibérica.

No fue fácil la consecución del acuerdo sobre este último aspecto, que llegó, muerto ya Clemente V, durante el pontificado de su sucesor Juan XXII, tras largas negociaciones entre la Santa Sede y especialmente los delegados del rey catalán Jaime II, quien logró buena parte de sus objetivos. En efecto, el 10 de junio de 1317, la bula *Ad fructus uberes* recogía el resultado de los pactos entre el papa y el rey en virtud de los cuales, si bien en general se asignaban a los hospitalarios los bienes de los templarios, se creaba en el reino de Valencia la nueva orden militar de Montesa, para que continuara en esta zona la misma misión que había llevado a cabo el Temple. Pocos años después, el mismo pontífice llegaba a acuerdos con el resto de soberanos ibéricos, destinando las propiedades del Temple al Hospital, a excepción de Portugal, donde se fundó la nueva Orden de Jesucristo.

No cabe la menor duda de que Clemente V pactó también con el monarca francés el destino de los bienes de la orden suprimida a favor del Hospital, a pesar de que inicialmente Felipe se había inclinado por la creación de una nueva orden, a la cual se deberían reunir las otras de carácter militar, y con uno de sus hijos como gran maestro o vinculada a la corona francesa, había de liderar la recuperación de Tierra Santa y la lucha contra los enemigos de la Cristiandad. Sólo ante la firmeza del pontífice en este aspecto, aceptó posteriormente el monarca la solución adoptada, materializando, sin embargo, el traspaso de los bienes inmuebles al Hospital con mucha lentitud, habiéndose antes beneficiado durante unos años de las rentas de los mismos, a la vez que obtuvo importantes sumas de dinero del Hospital en concepto de indemnización por el coste soportado por la corona en el arresto de los freires, las gestiones a lo largo del proceso y por los depósitos que tenía en el Temple de París. El papa, por su parte, no tuvo más remedio que transigir en la cuestión de los bienes muebles, joyas, objetos litúrgicos y dinero en metálico incautados al Temple por Felipe IV en el inicio de la detención y confiscación de bienes, como compensación —que se justificó— de los gastos sufragados durante el período del proceso. La operación en conjunto supuso para las arcas reales de Francia y también para los otros reinos europeos unos ingresos sustanciales para las respectivas haciendas.

Otro aspecto, finalmente, que tuvo que resolver el concilio fue el concerniente a las personas de los templarios, sobre el cual fue más fácil tomar una decisión porque no tenía tantas implicaciones económicas como el anterior. Por la bula *Considerantes dudum*, de 6 de mayo de 1312, el papa destinaba la suerte de los freires a las sentencias que sobre cada uno deberían emitir los concilios provinciales, de manera que los considerados inocentes recibirían una pensión acorde con su categoría dentro de la orden que se pagaría de las rentas de sus antiguas propiedades. Los relapsos serían tratados de acuerdo con las leyes canónicas, mientras que a los fugitivos se les daba el plazo de un año para presentarse ante los tribunales eclesiásticos so pena de ser declarados herejes. Asimismo, a los declarados inocentes se les permitía residir en sus antiguos conventos o ingresar en otras órdenes. Todos ellos, sin embargo, no quedaban exonerados de las obligaciones derivadas de los votos religiosos que habían profesado.

En los diversos reinos cristianos los respectivos concilios provinciales ya se habían ocupado de la suerte de las personas de los freires, como en Castilla, donde los responsables eclesiásticos habían declarado el 21 de octubre de 1310 en Salamanca su inocencia; mientras que en otros, los concilios provinciales se reunieron posteriormente, como el de Tarragona para la corona catalana-aragonesa, que el 4 de noviembre de 1312 pronunció solemnemente la sentencia exculpatoria para los freires de la provincia catalana.

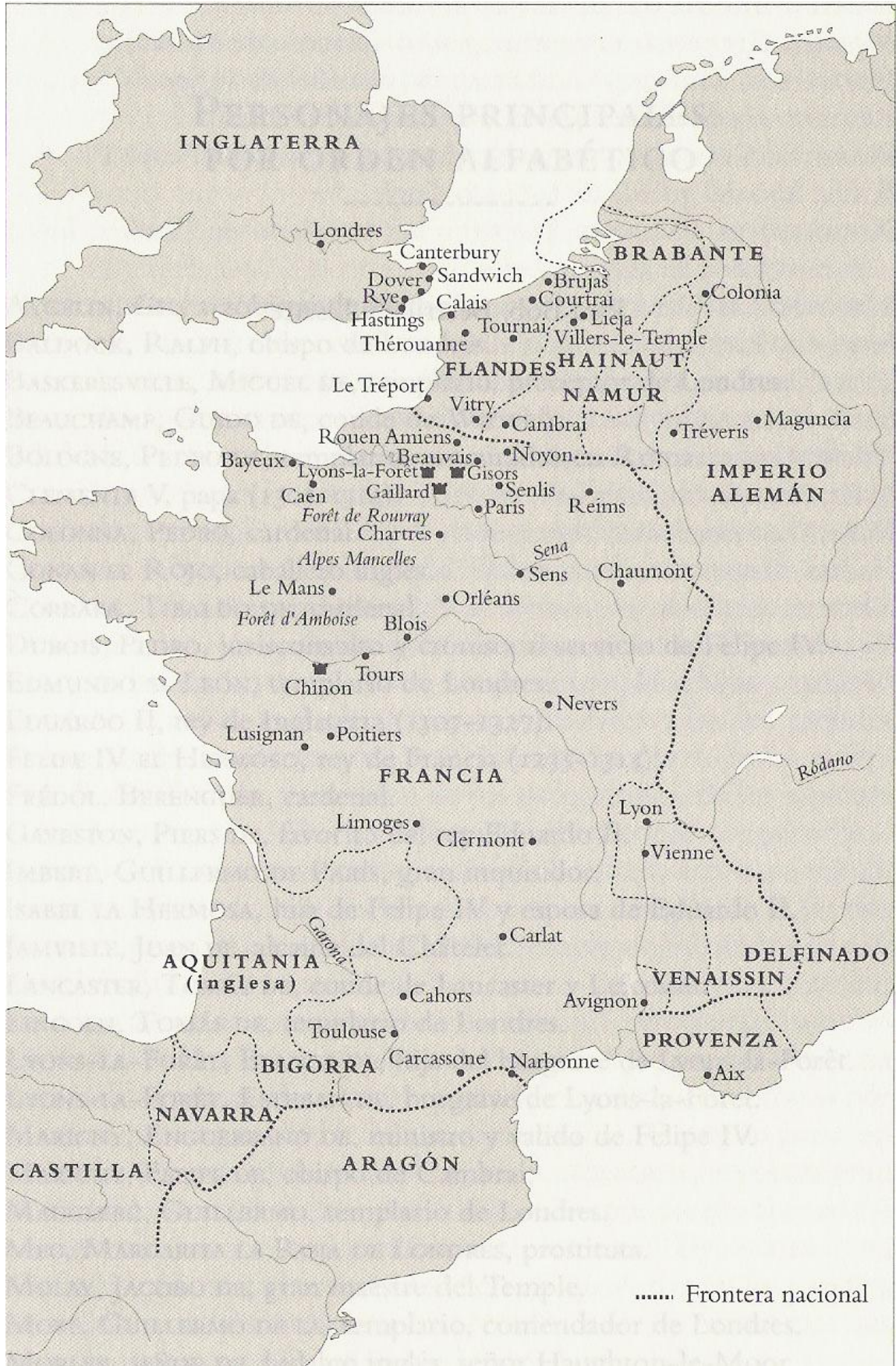
Sin las motivaciones que habían configurado su vida monástica y con harto dinero en sus bolsillos, algunos ex templarios olvidaron pronto la dureza y el rigor de la Regla que habían abrazado, y se dieron a la vida disoluta y licenciosa: unos se casaron, otros vivían amancebados, otros habían abandonado los lugares de reclusión, y hacían vida de laicos y provocaban escándalos. Precisamente para cortar esta situación, Juan XXII dictó una serie de disposiciones rebajando la cuantía de las pensiones y obligando a los ex templarios a incorporarse a los lugares de confinación so pena de perderlas.

Todos estos hechos sobre el final de los templarios quedan perfectamente esbozados en la novela de Hanny Alders. La autora los recrea a través de la figura de Ricardo de Rhuddlan, un templario fugitivo de la casa de Londres, quien, con sus actuaciones como jefe de los freires que escaparon a la justicia real de Francia e Inglaterra, vivió los distintos y dramáticos episodios que jalonaron los epígonos del Temple entre la mañana del 13 de octubre de 1307 —fecha de las primeras detenciones en suelo francés— y el 18 de marzo de 1314, cuando con el suplicio de Jacobo de Molay y Godofredo de Charnay se ponía fin al llamado «Proceso de los templarios». Los personajes ficticios se entrelazan con los reales ofreciendo al lector una idea verosímil de las vivencias de este caballero inglés dentro del marco histórico que, gracias a la inteligencia y conocimientos de la autora, se reproduce. Las referencias a sus acciones personales, en buena parte contrarias a las costumbres y modelos de la orden, reflejan asimismo las normas y usos, así como la propia organización, que regían y que configuraron a lo largo de casi doscientos años la vida conventual y social de los templarios.

El tesoro de los Templarios

Para Bob, Beatrice y Lisette





PERSONAJES PRINCIPALES POR ORDEN ALFABÉTICO

AYCELIN, GIL, arzobispo de Narbona.
BALDOCK, RALPH, obispo de Londres.
BASKERESVILLE, MIGUEL DE, templario, preceptor de Londres.
BEAUCHAMP, GUIDO DE, conde de Warwick.
BOLOGNE, PEDRO DE, templario, procurador en Roma.
CLEMENTE V, papa (1305-1314).
COLONNA, PEDRO, cardenal.
CONAN EL ROJO, caballero inglés.
CORBARA, TIBALDO DE, cardenal.
DUBOIS, PEDRO, jurisconsulto y cronista al servicio de Felipe IV.
EDMUNDO EL LEÓN, templario de Londres.
EDUARDO II, rey de Inglaterra (1307-1327).
FELIPE IV EL HERMOSO, rey de Francia (1235-1314).
FRÉDOL, BERENGUER, cardenal.
GAVESTON, PIERS DE, favorito del rey Eduardo II.
IMBERT, GUILLERMO DE PARÍS, gran inquisidor.
ISABEL LA HERMOSA, hija de Felipe IV y esposa de Eduardo II.
JAMVILLE, JUAN DE, alcaide del Châtelet.
LANCASTER, TOMÁS DE, conde de Lancaster y Leicester.
LINCOLN, TOMÁS DE, templario de Londres.
LYONS-LA-FORÊT, BLANCA DE, hija del burgrave de Lyons-la-Forêt.
LYONS-LA-FORÊT, ESTEBAN DE, burgrave de Lyons-la-Forêt.
MARIGNY, ENGUERRAND DE, ministro y valido de Felipe IV
MARIGNY, FELIPE DE, obispo de Cambrai.
MAUCLERC, GUILLERMO, templario de Londres.
MEG, MARGARITA LA ROJA DE LONDRES, prostituta.
MOLAY, JACOBO DE, gran maestro del Temple.
MORE, GUILLERMO DE LA, templario, comendador de Londres.
MORLEY, SEÑOR DE, hidalgo inglés, señor Haughton-le-Moor.
MORLEY, BEATRIZ DE, hija mayor del señor de Morley.
MORLEY, GODOFREDO DE, primogénito del señor de Morley.
NOGARET EL TERRIBLE, GUILLERMO DE, canciller de Felipe IV
PAIRAUD, HUGO DE, templario, visitador de Francia.
PLAISIANS, GUILLERMO DE, jurisconsulto al servicio de Felipe IV.
RAÚL, hijo del guarda de Lyons-la-Forêt.
RHUDDLAN EL BASTARDO, RICARDO DE, templario de Londres, luego comendador de los templarios libres.
SCARBOROUGH, WILL DE, prometido de Beatriz de Morley.
SIMÓN EL ERMITAÑO, templario de Londres.
STOKE, JUAN DE, templario, tesorero de Londres.
SUISY, ESTEBAN DE, cardenal.
TOENI, LORENZO DE, templario de Londres.
UZÉS, FERNÁN DE, templario de París.
UZÉS, GODOFREDO DE, cortesano de Felipe IV
VALOIS, CARLOS DE, hermano de Felipe IV
VILLIERS, GERARDO DE, templario, comendador en Francia.
VRAINEVILLE, AYMER DE, templario de Ruán.
WIRRAL, LA BRUJA DE, vidente.

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Desde que existe memoria humana, el Próximo Oriente ha sido centro de sangrientos conflictos y escenario de larguísimas guerras, tal como también sucede hoy día. La historia de los actos de sangre en la región alcanzó uno de sus puntos culminantes en la Edad Media, cuando las huestes de los cruzados salieron hacia los santos lugares para rescatarlos del yugo del infiel. Hubo una serie de virulentas batallas, en las que reyes y nobles realizaron acciones que ya no se borran de la historia. Todos lo sabemos y no hace falta ser muy aficionado a los estudios históricos para conocer nombres como los de Godofredo de Bouillon, Ricardo Corazón de León, Saladino, Federico Barbarroja y Luis IX el Santo. Estos nombres se hallan indisolublemente vinculados a las tres grandes órdenes militares: la Teutónica, dedicada al socorro de los enfermos; la del Temple, protectora de los peregrinos y de los mismos santos lugares, y la de los Caballeros Hospitalarios, que participaba tanto del carácter caritativo como de la milicia armas en mano.

Las dos últimas, es decir, por sus nombres completos, la de «los Pobres Conmiltones de Cristo y del Templo de Salomón» y la de «los Caballeros del Hospital de San Juan», combatieron contra los musulmanes y otros sin regatear sacrificios. Pero también hubo discordias entre ellas, y con los mismos príncipes cruzados que les demandaban su ayuda. Los templarios destacaron entre todos por su valor, su religiosidad y su severa disciplina. Tomaron parte en casi todas las grandes batallas aunque, en ocasiones, no estuvieran de acuerdo con las tácticas utilizadas. Siempre combatían en las primeras líneas y eran los últimos en retirarse, De esta manera confiaban alcanzar el premio del cielo. Y quedaron en los campos de batalla muchos cadáveres, enterrados bajo las arenas por sus agotados hermanos de piel atezada por el sol del desierto.

Admirados de quienes se habían quedado en la relativa seguridad de sus países de origen, fueron recompensados con importantes donaciones, heredades y privilegios. Construyeron poderosas fortalezas, administraron sus posesiones con mano firme, lo cual acrecentó sus riquezas todavía más, y supieron invertir con acierto sus dineros. Fueron los primeros cristianos que prestaron a interés. Idearon las hipotecas para que los peregrinos pudieran costearse el viaje a Tierra Santa. Inventaron la letra de cambio, llevaron las cuentas de los príncipes y los nobles, y ocuparon cargos importantes en la hacienda de varios reinos. En sus criptas se guardaban las riquezas de los nobles y los tesoros y joyas de la Corona de los monarcas. En una palabra, se comportaron como los modernos banqueros. Además Custodiaban transportes de valores y de dinero, recaudaban tributos y limpiaban los caminos de bandoleros y salteadores.

De ahí que esa orden, fundada por nueve nobles en 1129, hubiese alcanzado hacia finales del siglo XIII el pináculo de la riqueza y del poder. Las cruzadas habían terminado, los santos lugares se perdieron. Los templarios se retiraron a las siete provincias en que había repartido Europa la administración del Temple: Francia, Inglaterra, el Poitou, Aragón, Portugal, Hungría y la Apulia, en el sur de Italia.

El cargo más alto de la orden era el gran maestro, residente en Chipre, que mandaba sobre los priores y preceptores de las provincias, también llamados maestros, de quienes dependían más de nueve mil bailíos, casas fuertes y

encomiendas en total, es decir dominios, castillos y fincas de los templarios, éstos repartidos en tres órdenes: los caballeros, los escuderos y los hermanos sirvientes. Estos últimos se encargaban de los Oficios domésticos y de las labores. Los visitantes de la orden viajaban de una encomienda a otra para inspeccionarlas, e informaban a los maestros.

Todos llevaban el hábito del Temple con la cruz roja ochavada al pecho y a la espalda. El de los Caballeros era blanco y llevaban a la espalda el manto o clámide con la cruz roja; los demás vestían hábito pardo o negro. Todos se sometían a la severa regla monástica que estableció para ellos Bernardo de Claraval, y hacían los votos de obediencia, pobreza y castidad.

En la transición del siglo XII al XIV los templarios poseían un gigantesco imperio financiero. El último rey cruzado, Eduardo I de Inglaterra, llamado el justo y apodado «martillo de escoceses», estaba moribundo en Carlisle. Le sucedió su hijo, el joven Eduardo II, frívolo, tornadizo de carácter y fácilmente influenciable.

El cetro de Francia se hallaba en manos de otro rey muy diferente. Entrado en años, experimentado y astuto, llevaba mucho tiempo aguardando la oportunidad de realizar su plan: intimidar al papa, y tan pronto como tuviese libertad de acción, apoderarse en una sola operación contundente de todas aquellas riquezas que había tenido siempre cerca pero sin poder alcanzarlas. Este soberano era Felipe, el cuarto de dicho nombre en su dinastía, y de sobrenombre el Hermoso.

¿Hermoso? sería por rubio. Los historiadores no citan ninguna otra nota de hermosura; al contrario, dicen que tenía la cara redonda como de lechuza. El fue quien marcó el compás para la danza macabra alrededor del Temple, el que la dirigió paso a paso y movimiento a movimiento, y dominó la partitura hasta la última nota.

PRIMERA PARTE

EI BASTARDO DEL TEMPLE
(Octubre de 1307 a diciembre de 1308)

1

Si me preguntan qué día de la historia califico de dies nefastus en el más auténtico sentido de la palabra, la primera fecha que se me ocurre es el 13 de Octubre de 1307.

Döllinger, Der Untergang des Templerordens.

Se dice, hijo mío, que el trueno y el rayo son la cólera de Dios en los cielos, y las gotas de lluvia las lágrimas que derraman sus ángeles por la maldad de los hombres. Si es así, nuestras ciudades y nuestras aldeas deberían hallarse inundadas por el diluvio hace tiempo. Porque en el mundo hay tanta maldad, que ni siquiera la imagináis.

Estas palabras del anciano templario Tomás de Lincoln resonaban todavía en los oídos de Ricardo y le pareció volver a sentir la mano huesuda acariciando sus cabellos.

Veterano defensor de San Juan de Acre, la última plaza fuerte de los cristianos en los santos lugares, antaño Tomás había sido un temible guerrero. Pero los años le hicieron prudente, reflexivo y soñador. Las glorias de la milicia ya no le importaban. Había depositado grandes esperanzas en el joven, que era un niño de ocho años cuando lo confiaron a sus cuidados. De eso hacía quince años. Lo trató como hijo propio y le enseñó a montar, a leer y escribir y a manejar la espada. También lo sometió a severas pruebas, las mismas que debían sufrir todos los caballeros templarios.

Naturalmente Ricardo esperaba poder probar algún día su valor en la lucha contra el infiel. Pero la época de las cruzadas había pasado. Perdidos los santos lugares, los templarios y otras órdenes de la Cristiandad seguían predicando la reconquista de Tierra Santa. Pero ya no desenvainaban las espadas invocando el nombre de Dios en lejanas tierras donde el sol de justicia y los ardientes vientos del desierto habían quemado sus rostros severos.

El imperio financiero de los templarios estaba amenazado pero ellos, ciegos de orgullo y confiados en su poder, se limitaban a encogerse de hombros detrás de los fuertes muros de sus castillos y hacían oídos sordos a los rumores que circulaban por todo el continente.

No así Tomás de Lincoln. Discretamente, él había enviado informadores a todas partes, y se rascaba la frente con una mirada de preocupación en sus serenos ojos grises. No participaba a nadie sus pensamientos porque sabía que no sería creído. En aquel día templado de veranillo de octubre hizo llamar a Ricardo para que acudiese a la terraza desde donde se divisaba el Támesis y le dijo sólo, impassible el ánimo y el ademán:

—Terminó vuestro aprendizaje, mi señor caballero. Ha llegado la hora de la despedida.

Pero en vez de despacharlo con una misión para otra encomienda, agregó en un tono algo más indulgente:

—Debéis partir, hijo mío. Así lo ha decidido el maestro, Tomad de vuestros tres caballos el que preferáis y poneos al servicio de otro señor. No desenvainaréis la espada sino para defender a vuestro señor, y no manchéis su limpia hoja con ninguna acción indigna. El mundo os enseñará mucho más de lo que hayáis podido aprender con nosotros, aunque no siempre por la vía

más suave. A nadie diréis que os habéis criado aquí, ni que hicisteis los votos de caballero. Guardad vuestro secreto, que es el nuestro. Tal vez comprendáis las razones algún día y daréis gracias a Dios por haber sabido callar. Aquí tenéis ropas y una bolsa con piezas de oro. Idos y que el amor de Dios os acompañe.

El hato de ropa sobre las rodillas, y algo temblorosa la mano que recibía la bolsa, Ricardo supo que sería inútil preguntar, puesto que Tomás de Lincoln no condescendía a explicar sus órdenes. Así se lo habían enseñado quince años de severas reconvenciones y llamadas a la prudencia. La rígida disciplina del templario le invitaba a obedecer, tanto si estaba de acuerdo con lo que se le mandaba como si no, y sin que se le ocurriese demandar explicaciones.

Disciplina cadavérica, según la consigna ideada por el mismo san Bernardo de Claraval que había dado regla a los templarios. Obediente como un cadáver. Los muertos no tienen voluntad propia, no replican. Así que Ricardo escuchó la orden sin replicar y se dispuso a cumplirla, aun bajo la impresión de habersele caído el mundo a su alrededor. Se postró de rodillas y, tomando entre sus manos la apergaminada derecha del anciano, la besó con fervor.

Un nublado vagabundo descargaba algunas gotas heladas sobre el tranquilo espejo del río. Melancólico, Tomás de Lincoln se quedó contemplando el chubasco y fue entonces cuando pronunció las palabras que desde hacía horas Ricardo no lograba apartar de su mente, después de lo cual, como padre que bendice al hijo en la despedida definitiva, le acarició por última vez los dorados rizos de la humillada cabeza.

Ricardo volteó el manto blanco que hasta entonces había lucido con tanto orgullo, y abandonó la terraza dejando atrás el banco de piedra y la figura del anciano, que parecía en aquellos momentos más erguida que nunca aunque le encorvase la espalda el fardo de los años.

Una vez en su celda, recogió con gestos maquinales sus escasas pertenencias, para ensillar luego a su potro negro Pilgrim y echar las alforjas sobre el macho de carga. Sin fijarse mucho en lo que hacía requirió las prendas de vestir y una a una las cargó en las alforjas: ropa interior, túnica abierta por el cuello, dos mantos, uno para el verano y otro para el invierno, tres sábanas, una mortaja, dos toallas.

Tras dudarle un instante, tomó también la cota de armas blanca con la cruz roja y la guardó en el atado de color cobrizo junto con la cota de malla, las grebas, el casco, la loriga y el manto blanco que llevaba sobre la armadura cuando montaba a caballo, para evitar el ardor excesivo del Sol. Además un caldero, un cazo para medir la cebada de las caballerías, un cuchillo para el pan, una navaja, dos cuencos, dos jarras, una manta para el caballo, un colchón y una carpa de lona. La acémila cargó con la lanza y con el escudo, que era de tablas trabadas con clavazón de cobre y forro de placas metálicas.

Ciñose la espada, aunque llevaba también una daga y una maza turca.

Por último se recluyó durante media hora en la capilla, como buscando en el rezo la explicación a tan súbita y forzosa partida, pero sobre todo para implorar consuelo y protección. No consiguió pasar de los trece padrenuestros, sin embargo. Enfiló la senda y al pasar bajo el arco del portal se despidió con una sonrisa del pendón blanco y negro que ostentaba el lema *non nobis, nom nobis, Domíne, sed Nomíni tuo da gloriám* [Nota: **No a nosotros, Señor, sino a tu Nombre sea dada toda gloria.**] la enseña de la orden, el Beauséant, como le llamaban.

Ricardo siguió cabalgando sin saber en realidad adónde iba, aunque consciente de que le convenía poner tierra de por medio. Un trote ligero le alejaba de Londres en dirección al sur.

Al mismo tiempo iba apoderándose de su ánimo un malestar, una sensación desagradable de vacío e inseguridad, pues apenas recordaba una época en que se hubiese visto solo, ni cuando estaba entre los muros del Temple, ni mucho menos fuera de ellos. ¿Cuándo se había visto privado de la compañía de sus hermanos? El templario nunca se hallaba a solas. E incluso después de cenar, cuando la regla imponía el silencio en el refectorio, le quedaba al menos la presencia de los demás. En cuanto a las celdas, las ocupaban de dos en dos; la mirada del uno evitaba que el otro cayese en las tentaciones de la soledad.

La libertad, qué extraña palabra. En el convento nunca se había sentido falta de libertad, pese a tener prescritos todos sus pasos cotidianos, hasta el menor detalle.

En toda su vida, y desde la época en que era un muchacho dedicado a guardar los cochinos hasta el día que lo armaron caballero, nunca había conocido otra cosa sino el Temple de Londres, ni a otras gentes, ¡para qué! puesto que no tenía amigos, ni familia, ni a nadie fuera de aquellos muros grises.

«A los que habéis renunciado a la propia voluntad», comienza la Regla de la orden que se lee todas las noches durante la refección.

Aunque hubiese preferido quedarse, las órdenes del Temple no se discutían. Zaherido por la incertidumbre, sólo entonces recordó lo que había dicho el viejo freire después de aquellas frases que habían quedado grabadas en su memoria:

—«Desde la otra orilla del mar nos sobrevendrá un nublado, y la tormenta desarraigará muchos árboles. Será una tempestad tan fuerte, que el furor del viento podría quebrar hasta el sauce más tierno y más flexible; será menester trasplantarlo a tiempo si queremos evitar que eso suceda.»

Aunque pareciera un soliloquio, Ricardo supo que Tomás intentaba darle a entender algo que no podía decir, y por eso hablaba con palabras veladas.

Con el ceño fruncido, se sumergió en sus pensamientos a tal punto que el caballo iba al paso, notando que su amo no se acordaba de darle espuelas. ¿Qué habría querido decir Tomás con aquellas parábolas? Una tormenta al otro lado del mar...

No ignoraba Ricardo los rumores que corrían por Francia, las acusaciones de herejía y culto satánico formuladas contra la orden. Incluso hablaban de una confesión completa a cargo de un hermano renegado. ¿Sería posible que Tomás concediese crédito a semejantes habladurías? ¿Que la Iglesia se tomara en serio las acusaciones? Pero, por otra parte, ¿qué sabía él en cuanto a Francia? Únicamente lo que le habían contado los corresponsales del Temple: que el rey francés Felipe IV; llamado el Hermoso, quiso cobrar tributos exorbitantes al clero, de donde resultó la célebre querrela con el papa Bonifacio VIII. De aquello habían transcurrido ya muchos años, pero seguía siendo objeto de polémicas porque Felipe, deseoso de rehabilitarse a cualquier precio, trataba de obtenerla desautorización póstuma del papa.

También sabía que el año anterior, el soberano había encarcelado a los banqueros judíos de todo su reino para confiscarles caudales y bienes, e intentó la misma jugarreta con los lombardos. Hacía acuñar moneda nueva

rebajando la ley en dos tercios, lo cual excitó las iras del pueblo, que le llamaba «el rey falsario». Una vez, los irritados ciudadanos de París se sublevaron contra él y sólo pudo salvar la vida refugiándose tras los formidables muros del Temple parisino. Las guerras y el extenso aparato de funcionarios, instrumentos mediante los cuales extendía el monarca su poder, sangraban constantemente las arcas del tesoro real.

¿Qué podía esperar el Temple de semejante soberano? ¿Sería ésa, tal vez, la tempestad predicha por Tomás, y él mismo, Ricardo, el joven sauce obligado a desarraigarse con tal de salvarlo? Para trasplantarlo, pero ¿adónde? Además, quedaban otros caballeros tan jóvenes como él, Eduardo de Kimbolton, Juan de Braose y Lorenzo de Toeni, por ejemplo.

¿Por qué le había tocado a él? ¿Acaso un templario tenía derecho a rehuir un peligro que le amenazase? Y si era una prueba, una ordalía a la que fuese menester someterse, ¿qué hacer para salir airoso de ella? ¿Sería reclamado por el Temple, caso de conseguirlo, y cuándo y de qué manera?

Tiró de las riendas, deteniendo la cabalgadura, y se inclinó sobre el cuello de ésta, las dos manos apoyadas en el pomo de la silla. Imposible regresar al Temple, al menos de momento. No era cuestión de presentarse como un cobarde, ¡toda su naturaleza se rebelaba contra ello! Así que sería mejor hacer frente a los peligros de lo desconocido.

Plegó los labios en una sonrisa decidida. ¿No era eso, por ventura, lo que cumplía que hiciese un templario? ¿Qué inconveniente podía impedirselo?

Súbitamente decidido, volvió hacia oriente las riendas del poderoso corcel y lo espoleó hasta ponerlo al galope tendido.

Faltaba una hora para que anocheciera cuando arribó a Sandwich, una próspera población cuyas estrechas callejas y callejones aún hervían de actividad pese a lo avanzado del crepúsculo. Ricardo buscó una posada y metió las caballerías en el establo. Tras dejarlas bien provistas, palmeó el cuello de Pilgrim y entró a pedir habitación.

No las tenía todas consigo mientras cruzaba el umbral agachado para no golpear la cabeza con la viga y paseaba los ojos por aquel lugar, al que apenas daban luz media docena de candiles. Jamás, en ninguno de sus escasos viajes, se había visto en situación parecida, ya que las salas capitulares y las casas fuertes de los templarios abundaban en todas partes de tal manera que ningún freire peregrino tuviese que alejarse demasiado de su ruta para pernoctar en una de ellas. Y aun cuando se viese obligado a hacerlo en otro lugar, habría preferido algún convento, porque los caballeros de la orden sólo debían alojarse en casas «de personas de intachable solvencia».

Densos relentes de pescado asado, carne de cordero y cerveza le salieron al encuentro. Casi creyó escuchar el toque de clarín en New Temple llamando a colación. Pero bien sabía que si hubiera sido tal, habría debido sonar por lo menos una hora antes, y además él no estaba allí, y se echaban en falta los aromas a especias exóticas y hierbas delicadas.

Cuando el mesonero lo saludó con una leve reverencia y le preguntó muy atentamente en qué podía servirle, comprendió que su indumentaria mundana le confería el aspecto de un personaje, o por lo menos el de una persona de alcurnia.

Por eso lo condujeron hacia el extremo de la mesa, a un lugar algo alejado de los demás huéspedes.

—La cena y una cama —replicó él sencillamente.

En seguida le sirvieron una cacerola con una especie de cocido, una hogaza de pan y una jarra de cerveza. Comió en silencio, según su costumbre, con la mirada baja contemplando las cicatrices talladas en los maderos de la rústica y nada limpia mesa. Hallábase perdido, inseguro, solitario, sentimientos éstos completamente nuevos y desconocidos para él, que hasta entonces no se había dado cuenta de hasta que punto vivía protegido y cobijado en el seno de aquella extraordinaria hermandad de los soldados de Cristo.

El ventero le devolvió a la realidad al preguntarle, mientras pasaba un trapo sucio sobre el tablero de la mesa:

—Mi señor, ¿deseáis compañía para la noche?

La pregunta sorprendió a Ricardo, quien paseó una mirada dubitativa sobre la sociedad congregada en el comedor. Algunos hombres, totalmente borrachos, yacían a medias sobre los bancos, las espaldas apoyadas contra la pared. Otros discutían a voces sobre mujeres, sobre el tiempo, el estado de la mar o las faenas de la jornada anterior. Entre éstos circulaban tres mesoneras que no habrían podido esquivar, aunque hubiesen querido, los codiciosos manotazos de algunos comensales más jóvenes y menos achispados. A ratos llevaban hasta tres jarras de cerveza en cada mano aquellas maritornes. Ricardo estuvo a punto de replicar que no era compañía lo que iba a faltarle allí, un poco irónicamente y pensando en la tranquilidad del Temple, donde bastaba un ademán para indicar que uno necesitaba algo y sólo rompía el silencio la voz del lector recitando la Regla.

El ventero siguió la mirada de Ricardo y dijo apuntando con el pulgar al grupo de alborotadores:

—Puedo conseguiros una mujer más de acuerdo con vuestros gustos.

—Amigo mío, no creo que la encontraseis en muchas leguas a la redonda —contestó con sequedad Ricardo, y luego mudó la conversación—. Prefiero que me digáis si zarpa próximamente algún navío rumbo a Francia.

—¡Ah! ¿Lleváis prisa? Es lástima —dijo el anfitrión.

—¿Qué le pasa al señor? ¿No le agrada la moza? —dijo uno de aquellos gañanes con quienes compartía mesa, el cual, tras pellizcar a una de las mesoneras en el trasero, la empujó hacia Ricardo entre grandes risotadas.

Ella casi cayó de bruces sobre las tablas y el escote de su corpiño se entreabrió mostrando una generosa perspectiva, pero se rehizo en seguida y, algo confusa, se limpió las manos en el mandil.

—Haya paz —gruñó el ventero, y tras empujar a la moza en dirección a la cocina, se volvió de nuevo hacia Ricardo con una mueca obsequiosa y repitiendo el gesto del pulgar por encima del hombro, prosiguió—: No le hagáis caso, esta más harto de vino que un templario.

Ricardo torció el gesto al escuchar la comparación, para él insólita, y mientras procuraba disimular su confusión trató de sonsacar nuevamente al ventero:

—¿Qué hay de esos barcos?

—Veamos... Pasado mañana, si sopla el viento a favor, zarpará un falucho muy marinerito. Calculo que encontraréis al barquero hacia el toque de diana.

—Magnífico —exclamó Ricardo, y después de introducir una moneda en la mano del hombre se puso en pie y salió de la posada, sintiéndose de buen humor.

A la mañana siguiente oyó misa en San Clemente. El tiempo era bonancible. Aquella misma noche subió a bordo y se quedó contemplando cómo cargaban el navío a la luz de las antorchas. Zarparon al amanecer.

Una vez en alta mar, hallaron un viento del noroeste bastante recio, que se mudó pronto en temporal. Ricardo se mareó, como no podía ser de otro modo, y deseó no haber dejado Inglaterra. Al mismo tiempo maldecía su propia debilidad.

El falucho arribó a Le Tréport en la noche del 12 al 13 de octubre. Por la mañana, cuando Ricardo se asomó por la ventana de la posada donde había dormido, caía una llovizna fina y helada, de manera que la primera impresión al llegar a Francia fue bastante melancólica y de no muy buen augurio.

Pensó que sería mejor partir cuanto antes en busca de la encomienda más cercana, y con esta idea devoró rápidamente su desayuno.

La distancia no era mucha; hacia mediodía llegó a Ruán. Aun antes de cruzar la puerta, la agitación de las gentes le indicó que sucedía algo extraordinario. Los ciudadanos se echaban a la calle.

Ricardo se dejó llevar por la corriente de los que recorrían las estrechas callejuelas.

—¿Qué pasa? —preguntó a uno de los que caminaban a su lado. —Los han apresado a todos —dijo el otro en dialecto normando, que Ricardo entendía.

—¿A quiénes?

La respuesta del hombre se perdió entre el clamor de la muchedumbre que los rodeaba. No se podía pasar. Estaban delante de un edificio de majestuoso aspecto y la gente discutía a voces sobre lo que tal vez estuviera ocurriendo en el interior, aunque nadie lo sabía en realidad.

Ricardo forzó la atención tratando de entender lo que decían, hasta que finalmente decidió sacar el caballo de aquella multitud. Llevando la cabalgadura de la rienda, anduvo en busca de las señas que le habían indicado, conturbado el ánimo por un vago presentimiento mientras recorría las calles abriéndose paso por entre los curiosos.

Al poco se halló de nuevo atascado en una inmensa multitud, delante de otro edificio. Nunca había estado antes en Francia, ni conocía Ruán, pero supo en seguida que era la casa de los caballeros del Temple. Y lo más increíble, allí estaba el bailío con sus alguaciles, todos ellos ocupados en condenar la entrada.

Ricardo contempló con asombro las vigas con que atrancaban las historiadas puertas.

¿Dónde quedaban los caballeros con sus mantos blancos?

«San Juan me valga —pensó—, ¿que ha pasado aquí?» Acalorado de tanto errar por las calles atestadas, echó atrás la capucha de la cota de mallas que le cubría hasta el pecho y los hombros, olvidando por completo que su tonsura no armonizaba del todo con la indumentaria que ahora llevaba.

Por otra parte, su constitución demasiado vigorosa no era la de un simple monje, y las manos callosas revelaban los largos años de trato asiduo con la espada, la lanza y la ballesta.

—Mort Muhom! —dijo una voz a su espalda—. ¿Poneos la capucha en seguida!

A lo cual se volvió bruscamente, mientras la mano volvía a colocar en su lugar, con el mismo movimiento, la especie de bonete acolchado que usaba debajo de la capucha de mallas.

Alguna vez había escuchado en el Temple aquel viejo juramento de los freires. El hombre que estaba a su espalda era un noble ricamente ataviado, quien alzó el emplumado sombrero apenas un dedo para no destacar también la tonsura.

—Yo también soy caballero templario, así Dios me asista —susurró precipitadamente—. ¿De qué encomienda sois y cómo habéis logrado escapar?

—¿Escapar? —repitió Ricardo con incredulidad, al tiempo que su joven acompañante le tiraba de la manga para llevarlo aparte de la muchedumbre.

—He pasado la noche en casa de mi amiga —dijo el francés tan pronto como se vieron lejos del gentío y salieron por otra puerta de las murallas.

—¿Vuestra... qué? —balbució Ricardo, asombrado y escandalizado.

—Esperad aquí. Voy por mi caballo —le impuso silencio el joven con un ademán que no admitía réplica.

Ricardo se mordió los labios y le siguió con la mirada mientras el otro echaba monte arriba, hacia la linde del bosque. Allí, oculto entre los árboles, tenía un espléndido corcel de raza árabe, las riendas atadas a un grueso tronco. El animal levantó la cabeza y relinchó tan pronto como divisó a su amo.

—No esta mal, ¿verdad? —dijo el caballero francés en tono jocoso—. Un caballo blanco y un caballo negro. Los colores del Beauséant. Permanezcamos juntos y así seguiremos llevando nuestra enseña, o por mejor decir ella nos llevará a nosotros.

Con una carcajada, montó.

Aquellas palabras ligeras mal cuadraban con las costumbres de los templarios, cuya disciplina no dejaba lugar a bromas. Por eso el caballero inglés se limitó a fruncir el ceño, en vez de montar a su vez para acompañar a su interlocutor, Pero se corrigió en seguida, no queriendo dar a entender que le irritaba la actitud del otro, y dijo:

—Hermano, os ruego que no abuséis de mi paciencia y me digáis qué ha ocurrido aquí.

—Aquí no. Tiempo habrá, ¡vamos!—exclamó el francés lanzando su caballo al galope, de manera que Ricardo no tuvo más remedio que seguirle precipitadamente.

Cuando se hallaron bien lejos de la ciudad y hubieron salido a un claro del bosque, el inglés tiró bruscamente de las riendas y echó pie a tierra.

El francés imitó la acción y se plantó en jarras delante de Ricardo.

—Aymer de Vraineville, hijo segundo del señor de Vraineville —dijo no sin cierta altanería—. De la encomienda de Ruán.

—Ricardo, Caballero —replicó el otro con sencillez.

—¿Y nada más? —preguntó Aymer disimulando apenas el tono desdenoso.

—¿Hace falta más? Los caballeros templarios nos despedimos de todos los bienes terrenales cuando entramos en la orden.

La respuesta de Ricardo fue severa y justa, aunque no quiso mencionar que él mismo se había preguntado más de una vez si no tendría también un apellido, un título que pudiese nombrarse con orgullo, como ahora lo hacía aquel francés. Meneó la cabeza, como rechazando tales pensamientos.

—Tres veces he callado por habérmelo demandado vos —continuó—. Ahora yo os demando una explicación, empezando por el instante en que abandonasteis la casa de la orden, sin autorización del comendador como puede suponerse.

—He pasado la noche con Blanca, mi dama...

Ricardo le interrumpió con una mirada penetrante:

—Cosa peligrosa es la compañía de la mujer, por la cual el diablo, ese viejo enemigo, a más de uno ha desviado del recto camino hacia el Paraíso. Artículo septuagésimo de la Regla —concluyó secamente.

Aymer se encogió de hombros.

—Blanca no es una mujer cualquiera —contestó, como si ello pudiese excusar su falta—. Aunque no creo que eso os importe. Cuando me despedí de ella para regresar a la encomienda..., sería ya de madrugada..., hallé las calles cortadas por los hombres del baillío. ¡Menos mal que yo los vi antes que ellos a mí! Desde mi escondrijo pude ver cómo caían sobre mis hermanos. Entraron en la casa y los sacaron maniatados uno a uno. Sin duda los sorprendieron mientras dormían, y así pudieron apresarlos sin que ofrecieran resistencia. A muchos no les dieron ni tiempo para vestirse. Luego sacaron de la casa todos los objetos de valor y se los llevaron. No era mucho. Confío en que el Comendador habrá podido destruir los documentos más importantes. ¿Qué podía hacer yo? Agradecí a mi ángel de la guarda que me hubiese salvado de semejante desgracia y permanecí escondido en lugar seguro, no muy lejos de allí, hasta que se hizo de día. A casa de Blanca no podía regresar porque el portillo que siempre abre para mí se hallaría cerrado a esa hora. El burgrave, su padre, le tiene prohibida toda relación conmigo. Cuando amaneció me atreví a entrar en la ciudad, y resultó que los caballeros estaban siendo llevados ante los jueces para responder de los delitos que se les imputan. En cuanto a entrar en las salas del tribunal, os juro que me pareció peligroso en demasía. Y me quedé por los alrededores de nuestra casa, que fue donde os encontré a vos.

Sin saber qué contestar, Ricardo permaneció sumido en sus pensamientos, con la vista fija en el suelo. Pensaba en el anciano templario, allá en Londres, y en los rumores que aquél, a diferencia de otros muchos, nunca quiso comentar sino por alusiones indirectas. ¿Quién podía atreverse a asaltar una casa del Temple? Ni siquiera un rey sería capaz de hacerlo, a menos que estuviese preparado para arrostrar las iras de toda la orden.

Desde luego los caballeros de las encomiendas vecinas no titubearían en vengar la afrenta, a menos que...

—Dudo que en estos momentos haya quedado en toda Francia un solo templario libre, exceptuando tal vez a algún que otro afortunado como nosotros —dijo de súbito.

El francés le miró de hito en hito como si hubiera escuchado los desvaríos de un loco.

—Un golpe bien preparado en el mayor de los secretos, hermano, y ejecutado por el rey Felipe —agregó Ricardo.

—¡Imposible! —exclamó el francés con indignación.

Pero Ricardo había acertado en la diana, porque en aquellos mismos momentos, en París, unos estridentes trompetazos rompían el silencio y llamaban a toda la ciudadanía para congregarla alrededor del palacio real, erigido en un islote del Sena. El pueblo de París cruzó el puente y se reunió en

los patios del palacio para escuchar a los frailes legos que contaban el apresamiento de los templarios y la infinidad de crímenes que se les atribuían.

En efecto, el golpe se extendía a todo el país y había sido urdido por Felipe el Hermoso y su canciller y valido Guillermo de Nogaret.

—Antes de pasar a la acción, sería mejor que procurásemos enterarnos bien de lo que sucede —propuso Ricardo.

—En París —respondió Aymer, lacónico.

No titubearía ni un instante en echar mano a las armas, puesto que un ataque tan traicionero clamaba venganza. No quedaba otro camino, y además ardía en deseos de salir cuanto antes de Ruán, donde sin duda estaría siendo buscado, puesto que su nombre figuraba en la nómina de la orden y ésta se hallaría seguramente en manos del baillío.

Ricardo, que aún traía las ropas empapadas desde la salida de Le Tréport, temblaba de frío cuando llegaron a los alrededores de Château Gaillard. Hizo alto y contempló lleno de admiración las formidables murallas, los torreones almenados que se alzaban a gran altura sobre las peladas peñas.

La fortaleza estaba envuelta en jirones de niebla; en aquel entonces apenas servía ya sino de cárcel, pero no había perdido la majestuosidad de su glorioso pasado, sitiada pero no conquistada cien años antes, seguía entronizada, inexpugnable, dominando el río y mirando con desdén hacia la orilla opuesta.

Ricardo, calado hasta los huesos, tuvo un súbito estremecimiento.

—Procuremos llegar a París antes del amanecer —propuso, pero cuando se hizo de noche reconoció la inutilidad de querer continuar. Apenas se veían las caras a dos pasos de distancia.

—No tiene sentido. Más bien nos perderemos, en vez de llegar a París antes de que amanezca. ¡Quieto, Chançard! Mort de Dieu! El jamelgo se ha torcido un tobillo, Ricardo.

Aymer echó pie a tierra y se inclinó para tantear la mano de la cabalgadura.

—Ya es ocurrencia llamar Chançard, «afortunado», a un caballo que no sabe andar a oscuras —dijo Ricardo sin ocultar su contrariedad, pero él también descabalgó, aterido de frío, y palpó la extremidad del animal.

—Que descanse, y mañana por la mañana estará restablecido —opinó—. Buscaré un lugar para hacer noche.

Incorporándose, anduvo a tientas por entre los matorrales, saliéndose del sendero. Regresó al cabo de unos cuarenta avemarías anunciando que había encontrado un lugar relativamente seco debajo del saliente de una peña recubierta de musgo. De manera que llevaron hasta allí los caballos y dejaron caer los fatigados miembros en tierra.

—Como compañero de viaje, no eres demasiado ameno —gruñó el francés en son de humorístico reproche.

—Olvidáis que según nuestras costumbres hay que guardar silencio desde la cena en adelante, salvo caso de extrema necesidad.

—¡Corriente! Pero todavía no hemos cenado, que yo sepa —replicó Aymer, forzando la carcajada de Ricardo, quien olvidó la prohibición de bromear y perder el tiempo en conversaciones ligeras.

—Cuéntame cómo has venido a parar aquí —prosiguió Aymer—. Pareces mucho más enterado de la situación que yo, ¿Por que no llevas el manto blanco?

—He sido desahuciado del Temple de Londres.

El otro puso cara de susto.

De acuerdo con la Regla de la orden, sólo nueve faltas gravísimas se castigaban con la expulsión y la obligación de abandonar la casa del Temple, sanción por lo general aparejada con el mandamiento de recluirse en un monasterio cisterciense. Ricardo se apresuró a corregir la impresión causada.

—No es eso. No se me despidió desnudo y con las manos vacías como se hace en tales casos. He recibido viático suficiente y ropas, y pude llevarme dos de mis caballerías. Pero me dijeron que debía dejar la casa, sin más explicaciones —hablaba más bien consigo mismo, sin dirigirse a Aymer—. Supongo que trataban de alejarme, en previsión de que ocurriese algo parecido a lo de aquí. Aunque ¿cómo pudieron saberlo a tiempo? Hace tiempo que desconfiamos de Felipe, naturalmente, pero no tanto como para prever que fuese capaz de... Supongo que si lo hubiéramos sabido, habríamos intervenido para tratar de impedirlo. ¿O quisieron probarme, hacer que me expusiera al peligro? Pero en tal caso, ¿por qué no me enviaban directamente a París? Bien sabe Dios que yo nunca me habría atrevido a desobedecerlos. No por casualidad, amigo Aymer, decidí pasar al continente; si no lograba que me admitiesen los templarios franceses, siempre podía ofrecer mis servicios a cualquiera de los príncipes cristianos que luchan contra el moro. En mi situación, ésta me pareció la única salida razonable.

Cuando terminó hubo un largo silencio que ninguno de los dos se decidió a interrumpir, hasta que finalmente Ricardo murmuró:

—En toda mi vida nunca he conocido otra cosa sino el Temple.

¿A quién iba a recurrir en este mundo?

Aymer alzó las cejas.

—¡Basta! Va a ser demasiado para ti de todas maneras. El diablo acecha detrás de cualquier esquina, por lo general disfrazado con sayas de mujer. ¿Qué edad tenías cuando te recibieron en el Temple?

—Unos cinco años, si no recuerdo mal.

—¡Tan niño! Y antes de eso, ¿qué?

Ricardo se encogió de hombros.

—Nada. Escenas vagamente recordadas, que no significan nada para mí.

—Es un caso extraño. Por lo general la orden no acoge niños de tan corta edad. Así pues, ¿no has conocido a tus padres?

—No; jamás me han contado nada de ellos, ni siquiera a preguntas mías.

—Entonces, ¿qué respondiste a las del comendador cuando se trató de tu ingreso?

Haciendo un esfuerzo, Ricardo intentó recordar aquel acontecimiento.

—Mi instructor me indicó lo que debía decir exactamente, y me enseñó lo que debía hacer en todo momento. También me recordó que no debía preguntar nada.

—¿Y cuando el maestro preguntó si eras hijo de gentilhomme y dama noble?

—La contesté por la afirmativa.

—¿Y también si naciste en noble cuna?

—Sí.

—¿Y si eras hijo legítimo, habido en santo matrimonio?

Hubo un breve silencio mientras Ricardo se preguntaba por qué le contaba tantas cosas a aquel francés absolutamente desconocido para él. Luego se dijo

que quizá sería porque nunca había podido, o no se le había permitido hablar con sus hermanos ingleses.

—También a esto respondí por la afirmativa, pero en ese instante el maestro dejó caer el crucifijo de súbito, así que mi mano dejó de apoyarse en la santa imagen, Luego se disculpó diciendo que había sido torpeza suya. Entonces lo creí, pero mucho después lo comprendí mejor.

Aymer escuchó esta confidencia con una ruidosa carcajada.

—¡Un bastardo! —exclamó—. ¡Un bastardo de gran alcurnia en el Temple!

Ricardo no le veía la gracia por ninguna parte.

—La Regla no permite admitir bastardos, y en cualquier caso, ¿quien ha dicho que fuese de gran alcurnia? Al fin y al cabo, todos somos hijosdalgo, vástagos de la pequeña nobleza que desde hace siglos viene dando fieles servidores al rey y al Temple.

Aymer rechazó la objeción con un ademán:

—Eso debió costar dinero, ¡mucho dinero! —se mostró impresionado.

—¿Acaso estáis diciendo que nuestra orden se deja sobornar?

—se indignó Ricardo.

—Yo que tú regresaría cuanto antes a Inglaterra —le aconsejó Aymer—. Para tratar de averiguar a que bienes y títulos tenías derecho, pues sin duda quienes procuraron quitarte de en medio lo hicieron por buenas razones, ¡y metiéndote en una orden religiosa y militar nada menos! ¡En nuestra Orden!

—Olvidáis un par de puntos, que son esenciales —replicó Ricardo con tranquilidad—. Si el Temple ha decidido que no tengo por qué saberlo, yo no estoy autorizado a emprender averiguaciones acerca de quiénes son mis padres. Y además, ¡qué me importan a mí tierras ni títulos! Cuando ingresé en la orden me pusieron a guardar cerdos y a fregar los suelos, como se hace con todos nosotros, incluso los de más encumbrada estirpe, para enseñarnos a cumplirlos votos de obediencia y pobreza. Ahí dentro todos somos iguales. El pasado al que renunciamos queda muerto y enterrado, hermano. Dejamos de tener apellidos. Nuestras únicas galas son el cumplimiento del deber y la fidelidad a la orden. Ella no me ha expulsado. No estoy sin casa. Nadie ha pronunciado sobre mí sentencia tal, ni hubiera sido posible, puesto que no he cometido ninguna falta. Y salí llevando mis armas. Bien claro veo adónde me llama el deber.

—¿Adónde? —preguntó el francés, que no acababa de entender el razonamiento.

—Aquí, a Francia. Dios ha guiado mis pasos hasta aquí. Seguiré mi camino —agregó al tiempo que se persignaba.

Aymer meneó la cabeza.

—Regresa a tu país ahora que todavía puedes. No nos debes nada. Sí tus sospechas son ciertas, aquí las cosas van a complicarse mucho. Mira que no vayas a hurgar en un avispero.

—Con la Orden sí estoy en deuda —replicó Ricardo—. De momento, me incumbe la poco agradable obligación de buscar al comendador más cercano para denunciar vuestro quebrantamiento de la disciplina. Eso va a costaros el manto, hermano, quiero decir la pérdida de vuestro grado, la entrega de vuestras armas y vuestro caballo, para revestiros la parda estameña de los fámulos y realizar las tareas más serviles. En consecuencia, os recomendaría que os avinierais a seguir mi ejemplo.

Oído esto, Aymer se santiguó también, pese a que estaban a oscuras y Ricardo no podía ver el ademán de su compañero.

Ricardo dio una palmada sobre las alforjas.

—Aquí traigo un poco de pan. Podemos compartirlo, si gustáis—invitó.

Aymer asintió de buena gana. Comieron en silencio y luego se tendieron en tierra. Pero ninguno de los dos logró conciliar el sueño.

2

La noticia desgraciada tiene alas y corre como el viento, pero el consuelo es un lisiado y viene muy despacio.

Michael Drayton, The Barrons 'Wars II.

La niebla fue levantándose poco a poco en el transcurso de la mañana. Ensililaron sus monturas para continuar el viaje y, conforme salían a campo abierto y los rayos del sol disipaban la niebla, pusieron los caballos al galope.

Al cabo de unas dos horas alcanzaron el gran meandro del Sena que pasaba en parte por el extenso bosque de Rouvray el cual fue durante siglos el coto de caza preferido de los reyes franceses.

A partir de este lugar el camino continuaba hacia el sur, visible ya a lo lejos la basílica de Saint-Denis. Les faltaba como media hora para arribar a París. Siguieron cabalgando, aguijoneados por la incertidumbre en cuanto a lo que allí les aguardaba.

Por último pasaron la muralla de la ciudad por la puerta de Saint-Denis, una de las que se abrían hacia el norte, y bajaron por la calle del mismo nombre.

—Mejor será que nos separemos a partir de aquí, para tratar de averiguar lo que sepan los ciudadanos. A la hora de vísperas volveremos a vernos — propuso Aymer; y así lo hicieron.

París zumbaba como una colmena, agitada de novedades excitantes. Sobre todo los comerciantes, poco amigos de los templarios porque éstos solían ofrecer carne y pescado a precios populares en distintos puntos de la ciudad, hablaban sin pelos en la lengua al forastero que inquiría en busca de noticias.

A la hora convenida se reunieron de nuevo, Ricardo con la cara lívida, las facciones tensas, la boca apretada con rabia bajo el bigote rubio, y Aymer tan enfurecido que daba puñadas al aire y patadas en el suelo.

Tras cambiar una rápida mirada de inteligencia, se alejaron sin pronunciar palabra todavía.

—Mort de Dieu! —exclamó Aymer transcurrido un buen rato—, Me han roto los cascos con sus sucias mentiras. En la plaza del mercado estuve a punto de emprenderla a puñetazos contra un par de individuos. ¡Ah! ¡Cuánto fango han derramado sobre nosotros!

—Hay que tomarse en serio esas acusaciones, por más ridículas que nos parezcan. Porque las gentes lo creen todo. Aunque no sé como vamos a conseguirlo, intentaremos demostrar que no son más que calumnias —dijo Ricardo procurando hablar con serenidad y dominándose con evidente esfuerzo.

—Son palabras que apenas se sufre el escucharlas, y mucho menos el repetirlas —dijo Aymer con repugnancia.

—¿Y lo decís vos, que tan a la ligera tomáis nuestra Regla?

Lo dijo apenas con ironía, pero en aquellos momentos Aymer no estaba para reproches.

—¿Es necesario que me lo recuerdes continuamente?

—Os ruego que me perdonéis, pero ¿no son conductas como la vuestra las que han excitado la inquina de las gentes? ¿Y que son los sucesos que vemos,

sino los frutos de esa inquina? ¡Fijaos en vuestra propia indumentaria! Semejantes ostentaciones no sientan bien a la humildad de un caballero templario. Ahora que es menester desmentir esas acusaciones absurdas, vos sois el menos indicado para hablar. Con esto no digo que los cargos estén justificados. Pero no ignoráis que cuando se nos envidia, hay que redoblar la prudencia para guardar la reputación y no dar pábulo a las lenguas maliciosas.

Aymer resoplaba como un toro, con la mano puesta en la empuñadura de la daga, mientras se preguntaba cuánto tiempo más tendría que soportar las reconvenciones de aquel inglés tan puntilloso con la virtud ajena.

—No te entiendo —dijo como si acabase de ocurrírsele—. Por una parte eres tan considerado, pero por otra pareces incapaz de comprender una debilidad humana. Una sola palabra más contra mí, y nos despedimos aquí mismo.

Pero viendo la expresión de total sorpresa y aflicción de su compañero, acabó por soltar la carcajada y le descargó un fuerte manotazo en la espalda, con lo que desapareció al instante la tensión entre ambos.

—¡Tienes razón! —reconoció Aymer—. Es preferible mirar de frente la realidad. Voy a contarte lo que he escuchado en las calles. Dicen que no creemos en Dios, y que nuestros novicios son obligados a renegar de Jesucristo en ceremonias sacrílegas antes de admitirlos.

—Sí, y que se les obliga a escupir sobre un crucifijo —agregó Ricardo en voz baja al tiempo que se santiguaba.

—Y que repetimos el sacrilegio todos los años, el día de Viernes Santo —corroboró Aymer.

—Y también que adoramos a un falso dios en figura de gato. Otros dicen que es un ídolo de tres rostros. Es la desconfianza que inspiran nuestras asambleas a puerta cerrada, nuestros secretos y la severidad de la Regla. ¿Acaso es culpa nuestra que esos botarates no hayan comprendido el misterio de la Santísima Trinidad? ¡Si apenas entendieron lo del Padre y el Hijo, que era mucho más fácil! Yo dudo de que sea posible hacerles entender de ninguna manera el profundo significado del Espíritu Santo. Sin embargo, y aun cuando algunas cosas no puedan abarcarse con la razón, ¿es motivo para relegarlas a los dominios de la magia y la brujería? ¿Sabes que dicen también que nos habíamos confabulado con los infieles en contra de Luis el Santo, y que fue por traición nuestra que cayó prisionero? ¡Vive Dios! ¿Quién da crédito a semejantes necedades? Pero ¡por el amor de Dios!, ¿Cómo se rebate una calumnia de ese género? ¡Pues no dicen que San Juan de Acre cayó por traición nuestra! Bien sabe el santo Juan que nuestros hermanos lucharon allí tan heroicamente, que toda la población de París podría bañarse en la sangre que se derramó durante el último asalto.

¿No fuimos nosotros quienes luchamos para defender hasta la última piedra de las murallas mientras procurábamos embarcar a todos los cristianos para que se hicieran a la mar y pudieran salvarse? Sabíamos que se estaba tramando algo, pero esto no puede describirse con palabras.

—Y todavía no es todo —agregó Aymer—. Los tesoros que el rey de Francia decía tener depositados en nuestra casa, nos acusan de haberlos entregado a sus enemigos —rió con sarcasmo—. ¡Pero si Felipe nunca ha tenido con nosotros otra cosa sino deudas! ¡Si nunca hemos visto una pieza de oro suya! En cambio él bien ha alargado la mano para apoderarse de lo

nuestro, ¿Será posible que haya tramado cobrar rescate por la libertad de nuestros hermanos?

—El templario nada puede ofrecer en rescate excepto el cinto y la cota de armas —rió Ricardo con desprecio—. Felipe sabe perfectamente que no existen esos tesoros ocultos que se rumorea. Lo que sí tenemos son nuestras casas, nuestras fincas, nuestros privilegios. Es decir, rentas corrientes que el rey quiere hacer suyas. Para conseguirlas, antes ha de quebrar nuestro poderío. Por eso no des cansará hasta que nos haya destruido por completo..., si puede.

Aymer asintió.

—Y eso que somos una orden religiosa. ¡Nunca se había visto un caso así! Además, no lo vamos a tolerar. Hay que martillar el hierro mientras está caliente, Ricardo. ¡Enviaremos un llamamiento a los hermanos de las demás provincias del Temple para que tomen las armas contra el rey! Mi espada tiene sed de sangre.

Ricardo se quedó mirándole, consternado.

—¿Esgrimir la espada contra el rey? ¿Contra sus obispos? ¿Contra la autoridad eclesiástica? Ante todo somos monjes y sólo en segundo lugar soldados. Con eso quedan definidas nuestras lealtades.

—Pues entonces, ¿cómo quieres defender nuestra orden?

Ricardo se encogió de hombros en un gesto resignado.

—Hay que tratar de rebatir las acusaciones allí donde se nos escuche. Ante el inquisidor.

—Pues ya me contarás cómo piensas rebatirlas, y cómo demostraremos nuestra inocencia cuando aseguran que hemos tenido trato carnal entre nosotros. O cuando dicen que incinerábamos los cadáveres de nuestros hermanos para dar a comer las cenizas a los novicios. ¿Qué haremos, excepto jurar que no es cierto? Dicen que somos unos herejes, que hemos vendido esclavos cristianos al Sultán de Babilonia y que teníamos un pacto con los sarracenos.

—¿Te has fijado en que todas estas acusaciones se han elegido de manera que no puedan refutarse con pruebas concretas?

—continuó Ricardo en tono meditativo—. Es sólo la palabra de unos testigos contra la de otros. Si Felipe logra reunir un número suficiente de testigos de cargo, y si además consigue arrancar varias confesiones de hermanos nuestros, iremos todos al patíbulo por mucho que digamos. La calumnia es un arma muy peligrosa, Aymer, porque apenas da lugar a defenderse.

Guardó silencio mientras reflexionaba febrilmente.

—Deben existir otros como tú y como yo —prosiguió—. Será necesario reunir fuerzas si queremos emprender algo, y además, ¿qué podríamos hacer sin el permiso de nuestros superiores?

—Actuar sin aguardar permiso de nadie —aventuró Aymer.

Ricardo frunció el ceño.

—No nos es lícito actuar por cuenta propia. Hay que tratar de establecer contacto con alguno de nuestros superiores.

—Sería preciso entrar en el Temple mismo, que es donde tienen prisionero al gran maestro. Hoy le interrogan allí en presencia del magistrado de la Universidad, y antes interrogaron a otros con asistencia de gran número de

estudiantes y profesores, que actuaran como testigos del proceso. La Sorbona está a favor del rey.

Ricardo meneó la cabeza y se sentó en uno de los amarres del muelle, a la orilla del río.

—El gran maestro ya no está allí. He oído decir que lo habían trasladado a otro castillo todavía más inexpugnable que el del Temple.

—¡Mi espada! —se sobresaltó Aymer—. ¡Pero si voy desarmado!

No la llevaba cuando fui a casa de mi dama.

—No son espadas lo que necesitamos por ahora —replicó tranquilamente Ricardo—. Ante todo cumple aconsejarnos con nuestra superioridad y pedir instrucciones y ayuda. Podríamos dirigirnos a Henao de Flandes, o bien a Lieja.

—Eso nos llevará toda una semana —se impacientó Aymer—, mientras suceden aquí cosas de las que nada sabemos —protestó con énfasis.

Ricardo apoyó una mano en el antebrazo de su compañero para tranquilizarlo.

—No servirá de nada que permanezcamos aquí, Aymer. No averiguaremos nada que no sepa el populacho de las calles. Más nos valdría contar con un espía, un noble que tenga entrada en la corte para informarse bien y que esté por encima de toda sospecha. Es posible que algún Comendador nuestro tenga relaciones de este género, personas a las que sea posible presionar para que nos comuniquen las informaciones que necesitamos.

—Inténtalo y que tengas buena suerte.

Ricardo no se dejaba desanimar por el cinismo de Aymer, sino que montó de un salto y se quedó mirando a su acompañante cara a cara.

—¿Estás dispuesto a ayudar a nuestros hermanos? —le urgió con énfasis.

—Claro que sí, pero...

Aymer quería decir que habría preferido una acción más eficaz. Él hubiera querido asaltar aquella misma noche cualquiera de las mazmorras de París para poner en libertad al menos un puñado de freires. Batir el hierro mientras todavía estaba caliente, como él decía. Nadie habría previsto un contragolpe tan rápido. Seguramente las encomiendas del extranjero no estaban al corriente de los hechos todavía.

Ricardo le interrumpió:

—No perdamos más tiempo, Hay que salir de la ciudad antes del toque de queda, y si es necesario cabalgaremos toda la noche. Pasado mañana podrías estar ya en Villers-le-Temple.

—¿Quién, yo?

—¡Claro! ¿Quién si no? Tú eres el hombre indicado para buscar socorro allí. Al fin y al cabo, yo no soy francés. Hablarás con el comendador y le explicarás la situación. Le pedirás hombres, caballos, ropas, armas, dinero. Y recemos a Dios para que esté en condiciones de indicarnos un contacto en la corte del rey Felipe.

Aymer asintió:

—¿Qué harás tú?

—Yo iré a Poitiers.

—¿Para ver a su santidad el papa? —preguntó Aymer.

—Si se me ofrece la oportunidad; en cualquier caso quiero hablar con obispos y cardenales. Nos veremos en este mismo lugar, de hoy en una semana a la hora de vísperas. Ve con Dios, hermano.

Aymer le siguió con la mirada, atónito, pero se rehizo en seguida y se apresuró a pasar también la puerta de la ciudad antes de que anocheciese.

La noche fue fría, nublada, lo cual dificultaba la orientación a la luz de la luna. Por último Ricardo desistió y buscó refugio en un monasterio. Pero redujo las horas de descanso al mínimo y salió de nuevo después de maitines.

Bien entrada la tarde arribó a Orleans, donde cambió su fatigado caballo por otro fresco, y anocheceía ya cuando entró en Blois. La ciudad zumbaba como una colmena; también allí habían ocurrido hechos extraordinarios. Ricardo coligió que la detención nocturna de los freires del Temple se habría producido en todo el reino de Felipe, con arreglo a la misma táctica de sorpresa que se había visto en Ruán.

A la mañana siguiente Ricardo hizo en una sola etapa todo el camino hasta Tours, donde sólo se detuvo para cambiar otra vez de caballo y continuar luego por el camino real hacia Poitiers.

Poco antes de vísperas se plantó delante de la residencia papal, diciéndose que Aymer habría entrado ya en contacto con los freires de Lieja. Después de tomar una ligera colación y como era demasiado tarde para solicitar ninguna audiencia, aprovechó las horas que le restaban para familiarizarse con la ciudad. Luego pasó largo rato en la iglesia de Notre-Dame-la-Grande, sumido en la oración.

Tampoco aquella noche logró conciliar apenas el sueño. El tormento de la incertidumbre y el pavor ante el poderío del rey francés le inquietaban, obligándole a preguntarse una y otra vez que podría hacer la orden para contrarrestarlo.

Tras escuchar la misa de la mañana permaneció todavía un rato en el templo pidiendo a Dios que le concediese fuerza y prudencia, a fin de ayudar a sus hermanos en aquella hora de tribulación.

Ricardo se sintió penetrado por el amor divino que caldeó su corazón, y aún rezó una acción de gracias antes de ponerse en pie y abandonar la iglesia. Más no quiso concederle el Señor en el día, sino aquel breve instante de misericordia.

El Santo Padre debatía con sus cardenales que actitud le convenía adoptar a la Iglesia frente al arbitrario procedimiento del rey en un pleito que, en fin de cuentas, se presentaba como un asunto interno entre religiosos. No era cuestión de recibir a un hidalgo desconocido que aseguraba ser precisamente uno de tales caballeros templarios. Eso sí, en el decurso de la mañana Ricardo fue testigo de cómo introducían a un mensajero, evidentemente un emisario del monarca, sin la menor demora.

A mediodía y también a la mañana siguiente reiteró su urgente petición de ser recibido en audiencia. Pero hasta la tarde del segundo día no fue recibido por el cardenal Esteban de Suisy, quien le dio a entender que el asunto debía ser discutido al más alto nivel, y que no podía comunicar información alguna a personas ajenas. Dominando apenas su furor al ver cómo le mostraban la puerta, Ricardo decidió insistir y el tercer día presentó de nuevo la demanda de una audiencia con el papa. Si ésta se demoraba un día más tendría que emprender el regreso para poder cumplir su cita con Aymer.

Paciente, aunque en estado de suma tensión, esperó en una sala de la residencia papal. En dos ocasiones se le comunicó que debido a la marcha de los asuntos tampoco esta vez podría ser recibido, y otras tantas replicó él que le era imposible admitirla negativa por respuesta. Su mirada sombría paseaba

por las columnas de piedra mientras pensaba en Aymer. ¿Habría tenido más suerte el caballero francés? ¿Qué recomendaciones habría recibido del comendador de Villers-le-Temple?

Entonces rechinó al fondo de un pasillo un portillón de gruesa hoja de madera tallada y apareció un cardenal. Tras detenerse un momento a cerrar la puerta, el purpurado echó a andar hacia la sala, donde estaba Ricardo.

Súbitamente esperanzado, el caballero depuso su actitud de resignación y aguardó a que se acercase el cardenal. El hombre parecía sumido en graves pensamientos; caminaba despacio, con la mirada perdida hacia el frente. Obviamente ajeno a la presencia del caballero, pasó de largo sin dirigirle siquiera una ojeada. Pero en ese momento el joven abandonó su inmovilidad de estatua, adelantó un paso y tiró de la manga roja.

—Un momento, monseñor.

El eclesiástico se detuvo, se volvió poco a poco y se quedó contemplando con tranquilidad las facciones angustiadas que le miraban.

—Creo haberos visto por aquí ayer, y también anteayer —comentó el cardenal.

Ricardo retiró la mano y el cardenal se alisó la bocamanga.

—Cierto, monseñor, hace ya tres días que intento ser recibido en audiencia por el Santo Padre, pero todo ha sido en balde.

—Su santidad está reunido casi ininterrumpidamente, El apresamiento de los caballeros de la Orden del Temple reclama toda su atención. ¿No admite al menos un par de días de espera el negocio que os trae? Y por otra parte, ¿quién sois vos? —El tono de la voz no era hostil, y había una expresión de cordial franqueza en sus ojos grises.

—Ricardo, caballero del New Temple de Londres.

Hubo unos instantes de silencio. El cardenal paseaba la mirada sobre la indumentaria de Ricardo, sin molestarse en ocultar su sorpresa, la cual subió de punto cuando el caballero inclinó la cabeza y se echó atrás la capucha de la cota de mallas para descubrir la tonsura.

—Está bien —dijo el cardenal, sonriendo.

—Mis hermanos y yo necesitamos saber cuál será la reacción de la Iglesia ante la actuación del rey Felipe.

—Debo haceros algunas preguntas para asegurarme de vuestra persona, si es que vamos a discutir informaciones que no deben llegar a oídos de las gentes del común.

Ricardo le siguió a uno de los aposentos privados, donde el cardenal le invitó a recitar de memoria varios artículos de la Regla de su orden. Lo cual hizo el caballero con facilidad, celebrando que no se le hiciesen preguntas más comprometidas, que le habrían puesto en conflicto con su deber de confidencialidad.

Sólo entonces se dio a conocer el purpurado:

—Soy Tibaldo de Corbara. ¿Os envían aquí vuestros superiores de Londres?

—No, monseñor. Yo...

—¡Ah, naturalmente! No es posible que estén al corriente todavía de lo que ha acontecido. ¿Os habéis hospedado con vuestros hermanos franceses? O mejor dicho, ¿queda algún caballero en libertad a estas horas?

—No, yo estaba de paso por casualidad —mintió Ricardo—. Sólo he conocido a uno que estuviese libre, pero hemos establecido contacto con las encomiendas de Lieja.

El cardenal asintió y fue a sentarse en un banco de piedra, entrecruzando los dedos sobre el regazo.

—No sabemos que hacer, monseñor. Los acontecimientos nos han arrollado, de manera que no sabemos qué disposiciones tomar. Nuestros superiores se hallan presos y no podemos consultarlos. Tal vez nos serviría de algo el conocer la postura de la Iglesia.

El cardenal soltó una carcajada seca cuyo tono de amargura no escapó a Ricardo.

—Creo que puedo confiar en vos —dijo el prelado—, aunque debéis prometerme que no diréis a nadie quién os comunicó estas noticias. El rey de Francia, mi señor, ha escrito a su santidad el papa instándole a reconocer públicamente los fundamentos de la detención y la causa incoada contra los templarios. Sin duda alguna está persuadido de que el papa le complacerá en este punto, aunque bien mirado tal aquiescencia no le hace falta para nada. La Inquisición puede intervenir sin dar conocimiento a la Santa Sede y sin que esta lo haya dispuesto expresamente.

La mirada del joven caballero adquirió una rigidez pétrea:

—¿Así que se presta crédito a esas acusaciones, a todas esas despreciables calumnias urdidas sin otra finalidad que la de destruir nuestra reputación? Yo os aseguro, monseñor, que no hay en ellas ni una sola palabra de verdad, porque de haberse producido la más mínima de tales faltas en nuestro seno, no habríamos titubeado ni un instante en erradicarlas. Muy severamente se castigó entre nosotros la desobediencia.

El cardenal asintió con semblante amistoso.

—Lo sé y no necesito que me presentéis tales excusas. También el ánimo del Santo Padre es contrario a esa iniciativa del rey Felipe. Ha sido una acción arbitraria, una ilegalidad y una usurpación de los derechos de la Santa Sede. Se enviará a París una legación oficial.

Las facciones de su interlocutor se relajaron un poco, pero la expresión seguía muy grave.

—Lo peor —prosiguió el prelado—, y lo que ha excitado la justa cólera de su santidad, es que el rey ha enviado cartas, entre otros, al rey Jaime de Aragón, al rey Eduardo II de Inglaterra y al emperador Alberico, invitándolos a secundar su ejemplo, y todo ello sin consultar al papa.

Ricardo veía confirmados sus peores presentimientos. El rey buscaba en todas partes alianzas que respaldasen su ilegítimo proceder. Le temblaba la voz cuando preguntó, con la izquierda convulsivamente cerrada sobre el puño de la espada:

—¿En qué manera replicará el papa? Quiero decir, ¿hasta qué punto piensa exponerse para rescatarnos de las garras de Felipe?

—Se está considerando la posibilidad de retirar la jurisdicción a los arzobispos y obispos, para evitar que se pronuncien al dictado del rey y en contra de los caballeros del Temple. Muchos de ellos deben el cargo a Felipe y son instrumentos suyos.

Ricardo asintió en señal de haber comprendido. Al fin y al cabo, era lo usual, también en Inglaterra.

—Además se intentará recortar las competencias del tribunal de la Inquisición, lo cual no creo vaya a sernos agradecido por parte de Felipe —alzó el índice Corbara en ademán de advertencia—.

Ciertamente se necesitará mucha valentía para dar ese paso, mi señor caballero, si tenéis en cuenta cuán vulnerable es nuestra situación aquí, en medio del reino de Felipe. Por decirlo así, dependemos de su benevolencia.

En aquellas breves explicaciones resumía la congoja que le inspiraba su propia situación.

—Sí, valentía y audacia serán menester para ello —corroboró Ricardo, deseando en su fuero interno que el papa estuviese abundantemente dotado de tales rasgos de carácter.

El Cardenal le asestó una mirada interrogante entre los párpados entornados, como intuyendo algún doble sentido en el comentario, y luego se puso en pie para indicar que había terminado la conversación.

Antes de encaminarse hacia la puerta se volvió todavía para contemplar de nuevo a Ricardo con gran atención, y dijo a su vez con intención oculta, que sin embargo Ricardo no consiguió penetrar del todo:

—Comparto vuestra preocupación, mi señor caballero. Tememos a Felipe tanto como vos. Pero tememos todavía más al triunvirato que impulsa sus acciones: a Guillermo de Nogaret, recién nombrado canciller, y a sus secuaces los caballeros Enguerrand de Marigny y Guillermo de Plaisians, también consejeros del rey.

Fue melancólico el reencuentro en París dos días más tarde, junto a los muelles del Sena. Aymer parecía incluso más contrito que su compañero mientras le contaba en pocas palabras los resultados de su misión:

—En Villers-le-Temple prefieren esperar y ver. Por ahora no hay prisa en sacar las castañas del fuego a nadie.

Ricardo contempló distraídamente el barro que cubría sus propias botas mientras narraba sus difíciles tentativas en Poitiers y el contenido de la conversación con el cardenal Corbara, aunque sin citar el nombre de éste, puesto que así lo había prometido. Al escucharle, Aymer se animó visiblemente y apenas le dejó terminar:

—¡Así que el papa condena esas detenciones! Magnífico. Y desautorizará a los jueces. ¡El rey queda en jaque mate!

—Me parece que no estamos en ésas —meneó la cabeza Ricardo—. Es cierto que se ha movido ficha, y menos mal que ha sido una jugada de ataque. Pero mucho me temo que el rey no va a emprender la retirada por eso, al contrario, replicará con mayor agresividad incluso.

—Eso lo veremos —dijo Aymer con un ademán despectivo—. No creas que subestimo a Felipe, hermano mío, pero reconocerás que no puede perjudicarnos mucho si el papa esta a nuestro favor.

Ricardo asintió, aunque no muy convencido. Todavía no estaba seguro de la interpretación que convenía dar a las últimas palabras del cardenal.

—A lo mejor tienen razón los de Villers-le-Temple —prosiguió Aymer—. Los oficiales de allí opinan que el caso no puede prolongarse de ninguna manera. Es imposible.

—¿Eso crees?

—Tu relato lo corrobora. Tus palabras me han tranquilizado sobremanera.

—No era ésa mi intención. Pero... ¿cómo te hiciste con esta espada?

—Nuestros amigos de Villers-le-Temple no tuvieron inconveniente en desprenderse de tan bella pieza de forja, con tal de que no siguiera poniéndolos en dificultades.

—Pero ¿no te ofrecieron ninguna otra ayuda?

—Un par de vagos consejos. Que permanezca una temporada escondido, para dejar que los acontecimientos sigan su curso. Me parece que habrían preferido retenerme allí...

Ricardo le palmeó la espalda en gesto amistoso.

—Al menos, ¿te han citado algún personaje influyente en la corte de Felipe?

—No. Aunque lo conocieran, no creo que quisieran decírmelo. Durante el regreso, sin embargo, se me ocurrió el nombre de un caballero que no hace mucho tomó los votos en el Temple de París. Es del linaje de los Uzès, una familia de las más grandes y poderosas del reino. Cabía suponer que siempre se encontraría a un

Uzès entre los próximos a la casa real. Desde mi llegada ayer a mediodía he emprendido algunas averiguaciones discretas.

—¿Y bien? —preguntó Ricardo, intranquilo.

—Mis deducciones eran acertadas, hay un Godofredo de Uzès.

El otro Uzès, también de París, está en la cárcel.

Frías, siempre batidas por las corrientes de aire, las calles de París despertaban bajo la voz grave y broncoína de las recién terminadas torres de la catedral de Notre-Dame. Seis campanadas. Aún no amanecía, aunque faltaba poco para que entrase la primera animación de la jornada por el norte de la ciudad, por la puerta de Saint-Denis y la puerta de Saint-Martin, con los carros de los campesinos que iban al mercado para ofrecer el producto de sus cosechas. A esa hora intempestiva y fuera de la muralla, lejos de las miradas de la guardia, dos sombras se reunían con sigilo,

—Dios sea contigo, hermano.

—Que Él te guarde. ¿Todo en orden?

—Todo.

—¿Está presta la barca?

—No lejos de aquí. ¿Traes el mandamiento?

El interrogado sonrió y alzó la mano derecha mostrando un pergamino enrollado.

—Con monedas de oro, todo puede comprarse —dijo Ricardo—. Los viejos combatientes de Tierra Santa me han contado que allí se vende por dinero hasta el aceite de la lámpara del Santo Sepulcro.

—Faltando que luego tú creas que ese aceite estuvo en una lámpara, y que esta fuese la del Santo Sepulcro, nada menos.

Ricardo asintió y golpeó el pergamino con el dedo índice de la otra mano.

—Esto tampoco estuvo nunca en manos del alcaide del Châtelet. Un buen trabajo, aunque no ha resultado barato.

—Y ahora, ¿qué?

—Esperar a que se presente nuestra escolta. ¡Ah! ¡Por ahí vienen!

De entre la oscuridad aparecieron dos personajes de dudosa catadura y evidente pertenencia a la escoria de la ciudadanía parisiense, aunque llevaban el uniforme de los mercenarios del rey. Al verlos, Aymer hizo una mueca de desprecio y calló mientras Ricardo les repetía una vez más el plan convenido.

—Hablarás tú —se volvió por último hacia Aymer—. A mí me delataría el acento extranjero.

Hacia oriente la aurora perfilaba la silueta de la ciudad. Pasó un ruidoso carromato cargado de pan y barriles de cerveza. Ricardo les recordó a sus acompañantes que debían comportarse en todo momento dándose mucha importancia.

Marcharon hasta la puerta del castillo marcando el paso. Pudo verse a la claridad del amanecer que Aymer lucía también la cota de armas con los colores reales. Interpeló al cabo de guardia.

—¿Van a ser conducidos? —entendió Ricardo la contestación de este a las preguntas de Aymer.

—Sí, para su interrogatorio en el Châtelet —fue la respuesta.

Ricardo se adelantó un paso, saludó militarmente y entregó el rollo de pergamino. El cabo de guardia escrutó largo rato el sello y luego lo envió con uno de sus hombres al comandante para que leyera el mandamiento. Al mismo tiempo mandaba reunir a los presos para su transporte.

—Os daré escolta. —Miraba por encima del hombro de Aymer con aire preocupado, al reparar en que sólo traía dos hombres.

—No es necesario. Tengo el resto del pelotón a bordo de la barca. Iremos por el río para no tener que pasar por entre el gentío de las calles.

El cabo asintió con gesto de entendido. Poco después los presos fueron transferidos a la custodia de Aymer y la pequeña formación emprendió la retirada. Los de la guardia se quedaron mirando desde las almenas mientras ellos alcanzaban la orilla y uno a uno iban introduciendo a los hombres maniatados en la embarcación, que se mecía lentamente.

Los remeros ya preparados empujaron para alejar la barca de la orilla y luego dejaron que flotara un rato a favor de la corriente, hasta llegar a un recodo en donde una vegetación espesa impedía que pudieran ser vistos desde la fortaleza.

Ricardo miró hacia atrás para asegurarse de que efectivamente no podían ser vistos, e hizo una seña a otra barca que hasta aquel momento había esperado oculta, arrimada al muro y cargada de balas de paja cubiertas con lonas. Vista a distancia, apenas se diferenciaba de su propia barca con su precioso cargamento.

La segunda barca salió entonces por debajo de las matas y puso proa hacia la ciudad, mientras el piloto se volvía para saludar con la mano a los guardianes de las almenas. Al cabo de un rato desapareció río abajo, entre la niebla que flotaba sobre la superficie del río. Ricardo contempló sonriente a sus hermanos. Había contado treinta de ellos. Su dinero le habían costado, y más, de manera que había vaciado casi por completo la bolsa que llevaba al cinto. Al ver las miradas interrogantes, se llevó el índice a los labios y les mandó que se tumbaran en el fondo de la barca. Luego los cubrió con una lona grande y continuaron hacia el oeste, siempre arrimados a la orilla.

3

*No tenemos ni pajar ni granero, ni tejado ni puerta con candado...
Mediodía nos adormece en lóbrega cueva y la noche se hace
para nosotros día:
¡Alzaos, mis alegres compañeros! Y haced de ella lo que se os
antoje.*

Joanna Baillie, The Outlaw's Song.

Obedeciendo a las previsiones de Ricardo, aquella noche volvieron a reunirse en las estribaciones septentrionales del bosque de Rouvray. Cuando los dos caballeros se aproximaron a la arboleda, sus hermanos se acercaron para ayudarlos a descabalgár, los rodearon y los asaetearon a preguntas.

Aymer alzó una mano en súplica de silencio, y se volvió hacia su compañero.

—Háblales tú, Ricardo.

El Caballero inglés asintió e hizo una pausa, mientras contemplaba los rostros que le rodeaban y cuya evidente ansiedad también a él le embargaba.

—Ante todo necesito saber si hay entre vosotros algún oficial.

Ellos menearon la cabeza, diciendo que no los habían sacado de la casa principal del Temple sino de otra residencia menor de París.

—Aquí sólo hay caballeros y escuderos —dijo uno de ellos—. A nuestro comendador lo separaron de nosotros cuando nos apresaron. ¡Por la mano de San Juan! ¿Qué está pasando? ¿Por qué se nos trata como a herejes? ¿Qué falta hemos cometido?

Entonces comprendió Ricardo por qué había preferido Aymer que hablase él. Las explicaciones se hacían difíciles en aquellas circunstancias.

—No lo creeréis, pero es la verdad —empezó—, El rey de Francia cursó a todos los prebostes y bailíos de su reino la orden de detener a todos los templarios en la noche del 13 de octubre, sin previo aviso y procurando el máximo secreto. Exactamente como habéis visto que sucedió. En el reino de Felipe no queda ni uno solo de nuestros hermanos en libertad.

Algunos se persignaron, otros comentaron en voz baja la malicia del monarca, y aun otros murmuraron una oración.

—¿Y cuándo se nos devolverá la libertad?

Aymer lanzó una carcajada sarcástica.

—¡Nunca!...en lo que dependa de Felipe.

—Me temo que pasará algún tiempo antes de que consigamos lavar la mancha que ha recaído sobre nosotros a causa de esas calumnias —corrigió Ricardo, más ponderado—. Y si no me equivoco, Felipe hará cuanto este en su poder para tratar de dificultárnoslo, o mejor dicho, de impedirnoslo. No se trata de un golpe asestado en un momento de improvisación, sino de un plan bien meditado. Por eso os separaron de vuestros superiores, para que cundiera la confusión. Seguramente sabréis que nuestro gran maestre había abandonado Chipre a petición del papa, con objeto de deliberar acerca de una nueva cruzada.

Ellos asintieron Jacobo de Molay, el anciano caballero que personificaba la máxima autoridad de la orden, había cambiado con el pontífice una

correspondencia pública en la que se debatió el proyecto de unificación de los templarios con los hospitalarios. Desde el comienzo de esta discusión, emprendida hacía casi dos años, el papa le había dado a entender entre líneas al gran maestro que se desconfiaba de su orden. Pero Molay no hizo caso de estas advertencias. Muy distinto había sido el efecto que ellas produjeron a Tomás de Lincoln cuando arribaron las noticias a Inglaterra. La respuesta de Molay a las propuestas del papa fue lacónica, pero definitiva: nada quería saber de una unificación con los hospitalarios. Con todo, los grandes maestros de ambas órdenes fueron emplazados por el pontífice para negociar la cuestión en Francia el 6 de junio de 1306. ¿Estaría la conspiración en marcha ya entonces? Porque Villaret, el gran maestro de los hospitalarios, excusó su asistencia haciendo saber que andaba muy ocupado con el sitio de Rodas.

En cualquier caso, Jacobo de Molay y los principales dignatarios de la orden templaria sí se desplazaron a Poitiers en la fecha señalada, pese a que también estaban ocupados en reclutar fuerzas contra los musulmanes.

—El rey le tendió una trampa llamándolo a París con el pretexto de las exequias de su hermana de leche, Catalina de Valois, anunciándole que se le concedía el honor de sostener el paño fúnebre.

En la misma noche fue preso en París.

Estas palabras fueron un rudo golpe para los oyentes. Aun cuando hubiesen sido capaces de prever lo ocurrido en esa noche, nunca habrían creído que el rey fuese capaz de levantar la mano contra aquel venerable anciano, que gozaba entre ellos del mayor prestigio.

—Hemos subestimado al rey —Concluyó Ricardo—. Es mucho más pérfido y traidor de lo que creíamos, y está completamente decidido a destruirnos. Pero yo he contado en este corro hasta treinta buenos caballeros, y por ello doy gracias a Dios, que ha querido reunirnos aquí.

Hubo un silencio angustioso, y luego todos hicieron eco a la acción de gracias. Ricardo se mordía los labios mientras contemplaba las siluetas arrodilladas. Estaban acostumbrados a obedecer, a ser seguidores ciegos e incondicionales de cuanto les ordenase el Temple. Pero ¿a quién seguirían ahora? ¿Quién se encargaría de impartir las órdenes? No le quedaba otra opción, ellos esperaban que él fuese capaz de asumir la iniciativa, como lo había hecho en

el momento de liberarlos.

—Nuestras esperanzas de éxito y nuestro primer objetivo se fundan en recoger informaciones y que éstas sean seguras, de fuentes en las que se pueda confiar—empezó en tono lento, reflexivo—. ¿Alguno de vosotros se considera bien relacionado en tal sentido?

Era necesario hablar en términos generales para guardar en secreto el nombre del posible espía en la corte, incluso frente a sus mismos hermanos.

Dos hombres se adelantaron. Ricardo los consideró a ambos detenidamente y luego llevó aparte a uno de ellos, un tipo corpulento de unos cuarenta años, para escuchar con atención lo que tuviese que contestar a sus preguntas.

No era Uzès, aunque tenía un pariente en la corte, sólo que no se trataba de ningún alto dignatario. El interrogado se reintegró a la fila mientras Ricardo se llevaba al segundo de los que habían comparecido.

Era éste un joven de cabello moreno como Aymer, pero mientras éste presentaba facciones bastante ordinarias y en cierto sentido incluso algo

brutales, la finura de los rasgos de aquel joven dejaba entrever un espíritu selecto y una rancia estirpe, mientras sostenía con serenidad y en actitud de espera la mirada escrutadora de Ricardo.

—Fernán de Uzès —se presentó sencillamente, aunque no sin orgullo—. Mi hermano mayor Godofredo reside en la corte y es muy amigo de Enguerrand de Marigny.

Ricardo hizo una breve inclinación de cabeza.

—Vos nos acompañaréis.

El joven hincó la rodilla en tierra y besó la mano de Ricardo en señal de pleitesía.

—Mi señor, soy vuestro criado y servidor —dijo con pasión.

Aymer, que seguía dialogando con el otro, soltó una carcajada al observar cómo Ricardo retiraba la mano con sobresalto y obligaba a su interlocutor a ponerse en pie diciéndole:

—¡Voto a tal! Os suplico que no hagáis eso, pues yo no soy sino un simple caballero lo mismo que vos y quizá de menor alcurnia.

Había comprendido que todos le tenían por Comendador de los suyos, y aprovechó la oportunidad para despejar el equívoco.

—Pues entonces, ¿quién sois vos, que así nos habláis y habéis acudido en nuestro socorro pese a hallaros en país extranjero?

—preguntó Fernán mientras iban a reunirse con los demás compañeros, dando a entender que había reconocido como forastero a Ricardo por su acento.

—La orden del Temple no reconoce fronteras —replicó Ricardo—. Llamadme Ricardo el Bastardo —agregó mientras se volvía hacia Aymer con una sonrisa irónica, pero hablando a todos los hermanos presentes—. En cuanto a mi acompañante, es un caballero francés, dejémoslo así en interés de la seguridad. Somos unos proscritos, hermanos míos, sin amigos a quienes acudir en demanda de socorro. Ni podemos confiar tampoco en la autoridad eclesiástica. Tendremos que vivir de nuestros propios medios. Os propongo que os dividáis en dos grupos, y que hasta nueva orden el uno permanezca aquí mientras los del otro se ocultan en el bosque de Amboise, donde según me han dicho algunos amigos hay refugio seguro. Dentro de pocos días volveré a ponerme en contacto; mientras tanto, elegid a uno de los vuestros para que asuma provisionalmente el mando, según prescribe nuestra Regla, y a quien obedeceré yo también.

Todos asintieron, y luego él se confundió entre los hombres para que cada uno le contara sus experiencias, y sobre todo, de qué manera conducía la Inquisición sus pesquisas, la tónica de los interrogatorios y qué tipo de acusaciones se presentaban contra ellos. No esperaba llegar a saber muchas novedades, por lo cual su sorpresa y su horror fueron tanto mayores cuando oyó lo que le contaban. Más de la mitad de ellos habían sido interrogados ya por la Inquisición, y todos fueron amenazados con hacerles objeto de violencias. Algunos le enseñaron las marcas de los instrumentos de tortura, aunque ni el tormento ni las amenazas habían arrancado todavía confesiones de ninguno de ellos. Pero le confesaron que seguramente no habrían logrado resistir mucho más, y que el golpe de mano realizado por Ricardo había sido su salvación.

Después de escuchar todos estos testimonios los reunió de nuevo a su alrededor y les dijo:

—Hermanos, lo que me habéis contado es mucho más grave de lo que temíamos. Era de esperar que el monarca recurriese a la tortura tarde o temprano, pero no que se atreviese a hacerlo transcurridos apenas diez días desde el arresto, y mucho menos tratándose de los miembros de una orden religiosa que no depende de él, sino únicamente de la máxima autoridad eclesiástica, el Santo Padre en persona. Pues se echa de ver que tiene prisa, nosotros tendremos que apresurarnos todavía más. Si estáis de acuerdo, mañana por la mañana enviaremos a Poitiers un mensajero que ponga estos hechos en conocimiento del papa.

Todos dieron su asentimiento, tras lo cual Ricardo hizo una seña a Aymer y ambos montaron a caballo.

—Pilgrim podrá con los dos, ¡monta!

Ricardo se inclinó hacia Fernán para tomarle de la muñeca y obligarle a subir a la grupa. Luego se volvió en la silla y agitó la mano para despedirse de todos.

—¡Id con Dios! —se alzó un coro de voces mientras ellos se alejaban.

Todavía conmocionados por los relatos que acababan de escuchar, viajaron largo rato en silencio. Al cabo de una hora, poco más o menos, Aymer preguntó de improviso:

—Ese hermano tuyo, Godofredo, que tiene una posición tan eminente en la corte, ¿cómo no te previno antes de que estallara la tormenta? Una palabra suya habría bastado para que pudieras poner tierra por medio, ¿qué nos dices de eso, Fernán?

—Creo que yo estoy en mejores condiciones para contestar a esa pregunta—intervino Ricardo—. El golpe se planeó bajo tan estricto secreto, que sólo estarían informados los consejeros más íntimos del rey, como Nogaret, sin duda alguna, Guillermo de Plasians, Enguerrand de Marigny el amigo de vuestro hermano, y Guillermo Imbert, el gran inquisidor y confesor del rey. Los cuales tuvieron buen cuidado de que no se les escapase ni media palabra, naturalmente.

Fernán asintió.

—Estoy seguro de que mi hermano se las habría arreglado para hacérmelo saber de una manera u otra, si él se hubiese enterado a tiempo. Nos llevamos muy bien.

—Será preciso hacerle una visita a Godofredo —dijo Ricardo—. ¿Te conocen a ti en la corte?

—No lo creo —rió Fernán—. Nunca estuve en La Cité. Y después de tomar los votos apenas he visto a Godofredo sino muy pocas veces, siempre lejos de París. Él sabía que el rey prestaba crédito a lo que se rumoreaba en contra de nosotros, y prefería no ser visto conmigo.

—¡Mejor así! —exclamó Ricardo—. No veo llegado el momento de visitar el palacio real.

A la mañana siguiente Ricardo fue a buscar su caballo de repuesto, que había dejado en un establo a las afueras de París, y se lo regaló a Fernán. De esta manera los tres entraron caballeros en la capital.

Aymer vendió la cadena de oro que llevaba el día del memorable encuentro en Ruán, y con el producto de la venta compraron armas y ropas para Fernán.

Ricardo sopesó su bolsa en la mano, con aire de preocupación.

—Poco nos resta para atender a nuestras necesidades. ¿Cómo estás tú, Aymer?

—No mucho mejor.

Montaron a caballo y poco después enfilaban por el puente hacia la isla del Sena con el gigantesco palacio de La Cité. Una vez hubieron dejado atendidos los caballos, un centinela los condujo a través de lo que parecía un laberinto inacabable de pasillos, hasta que llegaron a los aposentos de Godofredo de Uzès.

El guardia se presentó y anunció a los visitantes.

—Mi señor, un caballero de Inglaterra y unos amigos suyos desean ser recibidos por vos.

—¿De Inglaterra? Que pasen.

Godofredo se inclinaba sobre unos manuscritos amontonados en un pupitre muy alto, arrinconado al fondo de la habitación. Era hombre de estatura mediana e indumentaria fastuosa, como correspondía a su elevado rango.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita? —preguntó con mucha formalidad al tiempo que se erguía.

Los ojos negros, de penetrante mirada, contemplaron primero con bastante desdén las botas embarradas y las ropas de Ricardo y de Aymer, y luego el vestuario nuevo, pero también sencillo, del tercer visitante. De súbito reconoció a éste y la rigidez desapareció de sus facciones.

—¡Fernán! —exclamó, y se abalanzó sobre su hermano para abrazarlo cordialmente—. ¿Cómo has logrado llegar hasta aquí? ¡Así que tú eres uno de los escapados! Tan pronto como supe la noticia, he implorado en mis oraciones que tú estuvieras entre ellos. ¡Dios mío! ¡Cuánto me alegro de verte!

Ricardo adelantó un paso e hizo una desmañada inclinación.

—Así pues, el rey ya está enterado. ¿Cuál ha sido su reacción?

—¿Su reacción? Estaba tan furioso que se quedó sin habla. Hacía tiempo que no le veía en un acceso de cólera tan tremendo.

—¿Se ha seguido la pista a los caballeros evadidos? ¿Qué medidas han tomado? —preguntó Aymer.

—Ninguna todavía. Pero tomará una decisión antes de que termine la jornada de hoy, sin duda alguna. ¿Quién sois vos?

Ricardo se le acercó más.

—¿Se puede hablar abiertamente aquí?

—Con tal de que no gritéis demasiado —contestó el otro con cierta sorpresa.

Ricardo se quitó el manto y lo arrojó sobre el respaldo de una silla.

—Mi compañero y yo somos los caballeros que hemos facilitado la fuga de vuestro hermano y de los demás que se hallaban presos con él. Somos templarios.

Godofredo se quedó mirándole con incredulidad, pero luego inclinó la cabeza con respeto y ofreció asientos a sus visitantes. Lo cual le agradeció Ricardo, que fue a sentarse en un taburete bajo junto a la chimenea para acercar las manos al fuego y calentarlas.

—Comprenderéis, mi estimado señor de Uzès —empezó, con la mirada fija en las llamas—, que no hemos venido para recoger el testimonio de vuestra gratitud. Nos vemos obligados a solicitar vuestra ayuda. Os lo explicaré de la manera más franca y sencilla que pueda. Deseamos que nos comunicuéis toda novedad de la que tengáis conocimiento y que afecte a esta persecución contra los templarios, bien provenga del monarca, de cualquiera de sus ministros, o de cualquier autoridad eclesiástica. Vuestro hermano será el mensajero que nos

transmitirá de palabra vuestros informes. Es menester que nos tengáis al corriente de los planes que estará forjando el rey a nuestras espaldas. Que no pueda repetirse una sorpresa como la del día trece.

Godofredo le escuchó con creciente asombro. Cuando Ricardo hubo terminado se le encaró con decisión, plantándose en jarras delante de él.

—¿Me pedís que espíe al rey? ¿Que traicione a mi amo y señor natural? — empezó muy despacio, y luego agregó cada vez más colérico—: ¿Tenéis plena conciencia de lo que osáis pedirme, señores míos? Yo soy el heredero de todos los bienes y propiedades de la casa de Uzès, ¡tengo un apellido que defender! Todo eso quedaría comprometido si hiciera lo que me solicitáis. No puedo concederos mi ayuda.

Ni un solo músculo de la cara de Ricardo se estremeció. Había previsto aquella respuesta desde la primera ojeada que le echó al dignatario.

—Señor, no creo que os quede otro remedio... —se limitó a decir.

—¿Quién sois vos, que osáis hablarme con tanta desvergüenza?

—Mis amigos me llaman Ricardo el Bastardo.

—Eso explica en parte la insolencia de vuestra actitud. ¿Por qué debería yo ayudaros?

Entonces Ricardo levantó la cabeza y se quedó mirando a Godofredo de hito en hito.

—Porque sois el vasallo de un rey fementido y traidor, según os consta, y dispuesto a eliminar cualquier obstáculo que se interponga en su camino hacia lo que para él es el único objetivo, aumentar su poder y la glorificación de su propia persona. Lo haréis porque ha sido el rey quien arrojó a vuestro hermano en una mazmorra. Y lo haréis porque sabéis que es segura la perdición de vuestra alma si os empeñáis en seguir obedeciéndole. Porque os cerráis vos mismo el camino de los cielos si volvéis la espalda a los soldados de Cristo y os empecináis en negar vuestra ayuda a quienes procuran evitar que se les castigue por unos delitos, delitos gravísimos que no han cometido. Porque sabéis que son inocentes de esos cargos. Por todo eso, señor mío, estáis obligado a ayudarnos.

Godofredo eludió la mirada imperiosa de Ricardo y se volvió hacia Aymer, que se había acercado a su compañero en actitud decidida. Por último miró a Fernán.

—¿A ti también te han convencido con estas proposiciones delirantes, hermano? ¿Crees que debo pisotear el apellido de los Uzès sin reparar en las consecuencias? ¿Eres partidario de estos locos? —concluyó con desprecio.

—Naturalmente —se rebeló Fernán—. Y de todo corazón. Le seguiré a todas partes e iré dondequiera que él me mande. Te suplico que colabores, Godofredo. Él no se inclinará ni se arrodillará delante de ti para pedirte, pero yo sí lo haré, si eso ha de servir para convencerte. Aunque tal vez yo haya logrado la libertad, queda en los calabozos toda una santa orden, ¿es que no lo comprendes?

Ricardo se incorporó y le impuso silencio con un ademán, para impedir que Fernán siguiera humillándose ante su hermano. Luego volvió su rostro severo hacia la mirada fría e indiferente del noble personaje.

—¿Quizá no he sabido persuadiros? —preguntó en tono de gran amabilidad.

—Las razones que aducís en favor de vuestra locura son precisamente las que me persuaden de mantenerme bien lejos de ella —fue la gélida réplica de Godofredo.

—Eso me parece también a mí —prosiguió Ricardo—. Estáis del todo en lo cierto. Pero el caso es que vuestra vida pende de un hilo, aunque sea de seda. Sabréis sin duda alguna que el rey tiene la nómina de todos los templarios arrestados en París. Pronto averiguará que vuestro hermano es uno de los evadidos, ¿hace falta que diga más?

—No entiendo adonde queréis ir a parar —respondió el otro de mal talante.

—Será menester que me explique con más claridad. El rey tal vez se preguntará si sois hombre de fiar.

—Su majestad sabe muy bien que no tengo nada que ver con la fuga de Fernán, de la que no he sabido sino después. Ni siquiera sabía dónde lo tenían preso —gritó el noble fuera de sí, a lo que Ricardo sonrió y se puso el índice sobre los labios para significarle que no hablase tan fuerte.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero acaso bastaría una leve insinuación para concentrar las sospechas sobre vuestra persona. El rey no se fía ni de su mano derecha, ¿creéis que concedería crédito a una defensa tan floja como la vuestra?

Godofredo se puso purpúreo de furor, mientras su cerebro trabajaba febrilmente. Podía encaminarse a la salida y llamar a un centinela para que los detuvieran a todos, pero estaba allí su hermano benjamín, el más querido para él. Y además, la presencia del grupo entero de templarios en sus aposentos habría resultado demasiado comprometedor.

—¡Vos... vos...! —balbució sin encontrarlos términos adecuados para expresar la indignación que sentía.

—A mí tampoco me agradan estos métodos —dijo Ricardo, y hablaba con sinceridad—. Sois vos quien me habéis obligado a emplearlos.

Gruñendo como una fiera, Godofredo paseó de arriba abajo tratando de tranquilizarse. Al cabo de un rato se plantó delante de Ricardo.

—Haré lo que me digáis —habló con voz sofocada por la rabia—. Por amor a Fernán. Confío en que tenga ocasión de comprender la tontería que se dispone a perpetrar. Pero si atrapan a uno de vosotros y me compromete, os juro que no tendré compasión. Lo negaré todo y haré cuanto esté en mi mano para que le corten la cabeza antes de que empiece a declarar.

—Y yo confío en que tengáis ocasión de comprender nuestro punto de vista —dijo Ricardo desenvainando la espada.

Tomando el arma por la hoja, presentó el pomo a Godofredo, de manera que el dignatario viese la diminuta cruz incrustada en el metal frío y brillante.

—Juradlo sobre esta cruz! —exigió.

A lo que su interlocutor, haciendo un esfuerzo para luchar con el nudo que se le había hecho en la garganta, apoyó la mano de plano sobre la cruz y juró tal como le reclamaban.

—Así está bien. Vamos al asunto, y por ahora se trata de una sola pregunta: ¿sabéis dónde tienen prisioneros al gran maestro y a los comendadores?

—Según mis noticias más recientes, varios de ellos estaban encerrados aquí mismo, en las mazmorras de La Cité, pero la situación puede variar en cualquier momento.

—Necesito saber dónde se halla el gran maestro, cuántos guardias le vigilan, cómo llegar hasta donde está, quién tiene acceso a su celda y a qué horas lo sacan de ella y lo devuelven. Os concedo una semana para averiguar todo eso antes de nuestro retorno a París. Fernán se pondrá en contacto con vos.

En las facciones alteradas del aristócrata nació de pronto una sonrisa de pérfido sadismo.

—Tengo nuevas que puedo daros ahora mismo —dijo con evidente regocijo malicioso—. En la noche del trece y después de hacer prisioneros a los freires y al gran maestro, el rey se hizo conducir a la cámara de los tesoros del Temple. Se rumorea que no sólo se llevó el tesoro de la casa real, que tenía allí en depósito, sino además todos los caudales de los templarios.

Ricardo le dirigió una mirada interrogante a Fernán, y éste asintió.

—Nuestras encomiendas enviaban todos los ingresos a París, ya que se atesoraban para una futura cruzada —explicó—. La cifra ha debido ser enorme, habida cuenta de que sólo en Francia tenemos más de quinientas encomiendas.

—Nadie sabe a cuánto ascendía la cantidad —corroboró su hermano— No hubo testigos presenciales, ni se levantó acta del procedimiento. Acto seguido el rey envió cartas a varios príncipes invitándolos a seguir su ejemplo y encarcelar a todos los templarios de sus respectivos reinos acusándolos de herejía.

Ricardo estaba consternado pero procuró disimular.

—No esperaba mejores noticias de vos, señor mío —dijo volviéndose hacia Godofredo—. Bastará que nos comunicéis a la mayor brevedad lo que ellos contesten a Felipe. Y ahora vamos a tomar licencia y nos despedimos, con la venia de vuestra señoría.

Con una breve inclinación se volvió hacia la puerta. Aymer hizo también una reverencia bastante forzada y salió.

Fernán se quedó atrás y no alcanzó a los demás sino al cabo de un rato, cuando ya estaban en la escalera de caracol, riendo como un loco. Ricardo se volvió y le atenazó el brazo con mano férrea:

—¿Qué significa esto?

—Vedlo —dijo Fernán levantando la mano, de la que colgaba una gruesa bolsa bien repleta de piezas de oro—. Os debía el precio de un buen caballo, de mis ropas y de mis armas. Se lo dije a mi hermano, y he aquí el resultado. Por su honor no permitirá que se diga que está en deuda con vos.

Aún no habían transcurrido tres días desde la visita a La Cité cuando Fernán llevó las primeras noticias a sus hermanos en el bosque de Rouvray a los cuales se había unido Ricardo.

Godofredo sólo pudo confirmar que se estaba torturando a los presos para forzar las confesiones que el rey necesitaba, sin exceptuar a los más altos dignatarios de la orden, como el propio Molay. Y las consecuencias fueron las que eran de esperar; los más ancianos y los más débiles habían admitido algunos puntos de la acusación. Sucedió lo que más era de temer, que el honor de la orden quedaba manchado por las declaraciones de los mismos freires.

Ricardo escuchaba en actitud de gran tensión; en cuanto a los hermanos que le rodeaban, o bien le miraban a él o tenían los ojos clavados en el suelo.

Cuando Fernán concluyó hubo un largo silencio; nadie se atrevía a hablar y todos esperaban que fuese Ricardo el primero en hacerlo.

—La situación es muy seria, hermanos míos —dijo al fin—. Necesitamos que alguien nos dirija y asuma la responsabilidad. ¿Os habéis puesto de acuerdo en este punto con nuestros hermanos del bosque de Amboise?

El más anciano de los presentes tomó la palabra.

—Se ha pensado en una persona y la elección ha sido aceptada por unanimidad. ¿Querréis asumir vos mismo esa misión, hermano Ricardo?

La momentánea confusión le impidió contestar en seguida, pero el inglés no tardó en rehacerse. ¿Acaso no había tenido desde el primer momento la sensación de que Dios guiaba sus pasos hasta allí? Involuntariamente su mano se dirigió hacia el hombro izquierdo, como para tocar la cruz que lucía en él cuando llevaba su clámide blanca.

—Estoy dispuesto a consagrarme a vuestra causa, o mejor dicho a la nuestra, en cuerpo y alma —dijo apasionadamente.

—Puesto que habéis sido elegido maestro por Dios y por nos—prosiguió el decano de los caballeros empleando la fórmula ritual de la orden—, ¿juráis dedicar todos y cada uno de los días de vuestra vida a la obediencia del claustro y a defender el buen orden de la casa?

—¡Dios lo quiera!

—La empresa que se nos plantea es muy difícil —prosiguió Ricardo al cabo de un rato—. Tenemos el deber de ayudar a nuestros hermanos que no pueden defenderse poniendo en ello todos los medios a nuestro alcance. Para empezar hay que tenerlos al corriente de todas las novedades que consigamos averiguar, y hay que socorrer a los suplicados. Somos inocentes, ni que decir tiene, pero el demostrar nuestra inocencia va a resultar un esfuerzo ímprobo, porque las acusaciones han sido elegidas de manera que apenas sea posible rebatirlas con pruebas. Sólo un juicio imparcial, un debate que respetase todos los términos de la ley podría salvarnos, pero el rey no querrá concedernos ni lo uno ni lo otro. Por tanto, nosotros mismos hemos de procurar que se nos haga un proceso justo, con la oportunidad de construir una defensa válida en vez de ser atropellados y privados de todos nuestros derechos, puesto que en fin de cuentas no reconocemos otra jurisdicción sino la del papa. Será una lucha difícil y exigirá una larga preparación, sin reparar en medios con tal de que sea posible decir en conciencia que éstos no entran en conflicto con nuestro honor, y en justa correspondencia con los métodos que utiliza el monarca. Dejo enteramente a vuestro criterio la elección de esos medios. Por mi parte he establecido contactos con la curia papal y con la corte del rey; quiero pedir os que busquéis gentes en el extremo opuesto de la escala, entre los guardianes de nuestros hermanos, los centinelas de sus cárceles, los sirvientes nocturnos, los escribanos de la Inquisición, los visitantes dominicos que tienen acceso a las celdas de los presos. Seguid sus pasos las veinticuatro horas del día, comprad conciencias, apoderaos del ánimo de los corruptibles y de quienes tengan algo que ocultar. Y tenedme al corriente de todo. Estaré todas las mañanas a las puertas de Saint-Martin-des-Champs disfrazado de mendigo. Sólo os pido vuestras noticias, lo demás dejádmelo a mí. Que haya en el Temple un par de manos manchadas, pero no más.

Finalizaba el mes de octubre y los últimos días de placidez otoñal cedieron a una serie de borrascas que barrieron el país y convirtieron los caminos, ya

malos de por sí, en barrizales donde los carros se atascaban hundidos hasta los ejes.

Los caballeros templarios prisioneros vegetaban en sus mazmorras sufriendo condiciones insoportables. En sus celdas abarrotadas, ahora más frías e inhóspitas, apenas tenían más que un montón de paja sobre el cual dormían por turnos, o bien lo reservaban para los ancianos y los enfermos. Totalmente aislados del mundo exterior, y privados de la guía, la ayuda y el consejo de sus jefes, intentaban defenderse de las acusaciones que se les leían en latín, el cual pocos de ellos entendían.

Las penalidades físicas y la mala alimentación quebraban sobre todo el ánimo de los ancianos y los enfermos, cuyo estado de salud acusaba las privaciones de los años de campaña en Oriente. En cambio, la intimidación moral resultaba más difícil de resistir para los jóvenes y fuertes, todavía capaces de soportarlos suplicios corporales. Aquellos orgullosos caballeros que se habían creído inviolables se veían ahora profundamente humillados y deshonrados. A cada día que pasaba iban perdiendo la esperanza de una pronta liberación y rehabilitación.

Así los halló Ricardo la primera vez que franqueó los muros de la cárcel parisiense. Sabía que algunos de los freires más ancianos habían confesado, pero aun así se espantó al comprobar por sus propios ojos el inexorable funcionamiento de la maquinaria judicial de Felipe.

Escuchó con horror el relato de los interrogatorios, los cuales no corrían a cargo de eclesiásticos sino de legos, funcionarios del rey que les dictaban a los caballeros tanto las preguntas como las confesiones.

Al amparo de la noche y provisto de oro suficiente para sobornar a los centinelas, o incluso a plena luz del día, disfrazado de monje dominico, puesto que la Inquisición se hallaba casi exclusivamente en manos de los tales, Ricardo el Bastardo entraba en las celdas de sus hermanos para prestarles ayuda en lo posible y consolarlos en sus angustias físicas y espirituales.

Pocos eran todavía los que se habían confesado culpables y Felipe necesitaba más confesiones, por lo que no reparaba en medios para obtenerlas. Pero el papa no estaba convencido y el hecho de que se le presentaran confesiones forzadas era precisamente lo que le impedía reconocer las pretensiones del monarca.

Fue Fernán quien trajo estas noticias de La Cité, pero por más que titubease el papa y no quisiera secundar aquella especie de caza de brujas Ricardo no se alegró demasiado, deprimido como estaba por la contemplación diaria de la desgracia de sus hermanos franceses.

Le pesaban los párpados como el plomo. Estaba nervioso y fatigado. Las correrías nocturnas por las ergástulas de París eran cada vez más angustiosas. El transcurso de los días iba mermando el crédito del rey, y conforme éste daba prisa para que se resolviera pronto la cuestión, los rumores de lo que ocurría dentro de las cámaras de tortura se hacían más y más espantosos. Se citaban los nombres de varios caballeros muertos en el potro del tormento por haberse empeñado en ratificar su inocencia.

El punto de reunión era el puente sobre el Sena; allí, rodeados de actividad y de gentes vocingleras, corrían menos peligro de que fuese escuchada su conversación.

Caballos, carromatos cargados, mercaderes, campesinos, mendigos, gentes de sotana y criaturas de corta edad pasaban sin cesar de un lado al otro

del puente, rozando las paredes de las casas casi colgadas sobre el río. Pero los dos caballeros no tenían ojos para aquel tráfago. Los de Fernán, oscuros y de mirar atento y sensible, se fijaban en los rasgos de su compañero y éste, a su vez, contemplaba las aguas del Sena.

Pero no veía los barqueros, ni escuchaba sus voces, ni respiraba los olores a humedad y a leña recién cortada. Olfateaba el hedor espantoso de la sangre mezclado con relentes de pus, de excrementos humanos, de sudor y paja húmeda. En sus oídos resonaban todavía las preguntas temerosas, los gritos desgarradores de los que habían enloquecido, las quejas y los llantos de los suplicados. Y veía los rostros convulsos, las figuras agarrotadas a la luz de una antorcha, y en todos ellos las huellas de inhumanos instrumentos de tortura.

Ricardo cerró los ojos como deseando dejar de verlo. Podía hablarles para infundirles valor, aconsejarlos, consolarlos, lavar sus heridas y vendarlas, pero todo esto era puro desvalimiento. Le enloquecía la imposibilidad de aliviar verdaderamente el sino de aquellos infelices.

Sintió la mano de Fernán apoyada en su brazo.

—El rey ha recibido la respuesta del papa. La carta se entregó la víspera del día de San Simón y San Judas. Su santidad dice que lamenta las formas utilizadas en este proceso. De ese texto he retenido en la memoria un pasaje entero: «Mientras permanecíamos alejados de vuestra presencia habéis osado poner la mano sobre las personas y los bienes de los templarios, habéis llegado al punto de arrestarlos y extremáis nuestro dolor no devolviéndoles la libertad. Más aún, según se me informa, habéis añadido a la tribulación de la pérdida de libertad otra tribulación más grave».

Ricardo asintió. Así pues, el cardenal Corbara se había encargado de transmitir sus noticias al pontífice.

—¿Qué más? —preguntó.

—Sigue diciendo: «Nos avergüenza por la Iglesia y por Nos mismo; en consecuencia, consideramos oportuno pasar en silencio sobre todos estos hechos».

—¡Cómo! ¡Pasar en silencio sobre esas bárbaras torturas!

Fernán hizo un ademán como queriendo disculparlo.

—Eso decía, y no otra cosa. Felipe tiene el poder; el papa no puede sino expresarse con diplomacia, hasta que haya atado todos los cabos.

—¿Y no dice ni una sola palabra acerca de nuestra inocencia?

—Tampoco. No podía decirlo, porque si hubiese confesiones quedaría comprometida la Santa Sede, caso de haberse declarado persuadida de nuestra inocencia y defensora de nuestra orden. Eso sí, ha retirado poderes a los obispos, es decir a la Inquisición.

Ricardo exhaló un suspiro de alivio. Al menos el papa luchaba en vez de claudicar.

Fernán se mordió el labio inferior. Había empezado por las noticias menos malas. Lo peor quedaba para el final.

—La desautorización de los obispos llega demasiado tarde. Hay novedades en lo tocante al gran maestro.

Ricardo alzó la cabeza y miró con atención a Fernán, pero novio en sus facciones otra cosa sino abatimiento y desconsuelo, por lo cual comprendió en seguida que no tenía nada que esperar.

—¿Has averiguado dónde lo retienen?

—Sí, en el Châtelet. Imposible acercarse siquiera.

Fernán titubeó un poco y carraspeó antes de continuar, como si el hablar le costara un esfuerzo:

—Hizo una confesión pública completa en presencia de los profesores de teología y demás togados y eclesiásticos de la Sorbona. Se supo hace varios días, pero no conseguimos localizarte.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Ricardo con un hilo de voz—. Algo se rumoreaba, pero yo me negaba a creerlo.

—Guillermo Imbert le obligó a hacerlo —explicó Fernán—. No le dieron tormento, aunque le amenazaron con hacerlo. Seguramente se dieron cuenta de que Molay estaba demasiado débil y demasiado viejo. Habrían acabado con su vida, y de nada le serviría al rey Felipe un maestro muerto.

Ricardo meneó la cabeza con desesperación, recordando una vez más a sus pobres hermanos; cuando llegasen a sus oídos tales noticias sólo servirían para confundirlos y debilitarlos todavía más.

—Guillermo Imbert encontró una solución mejor —prosiguió Fernán—. Hizo que interrogaran a dos de nuestros hermanos en presencia de Molay, y los sometieron a un suplicio inventado por él, que llaman «la parrilla». Les untan con sebo las plantas de los pies y los atan cerca de las llamas, intercalando una plancha de hierro para repartir mejor el calor.

Aquel método lo conocía sobradamente Ricardo; los pobres desgraciados a quienes él mismo había vendado los pies jamás volverían a caminar.

—Según se me ha contado, Molay lloró de pena y se dio por vencido cuando le prometieron que si él confesaba dejarían de atormentar a sus caballeros. En ese instante dio palabra al inquisidor de que admitiría los cargos principales contra él. Está claro que ha cumplido lo que prometió, y además no ha sido el único. También confesaron, en lo que toca a la acusación de herejía que recae sobre la orden, Gerardo de Gauche el comendador de Le Bastit, Guido Dauphin el comendador de Celles, Godofredo de Charnay el comendador de Normandía, y Gualterio de Liancourt el comendador de Lyon y de Reims.

Fernán calló con alivio al haber descargado por fin el fardo que durante varios días había oprimido su corazón.

—¿Cuándo ocurrió eso? —le preguntó Ricardo.

—Una semana después de la festividad de San Lucas —contestó Fernán.

—Así pues, ¿el papa ya estaba al corriente cuando escribió la carta para el rey Felipe?

—Es posible, aunque no lo mencionó. Al menos anunció que enviaba dos cardenales a París.

El rictus de Ricardo cobró una dureza terrible.

—Procuraremos que se enteren bien de lo que pasa. Vámonos. Aquí no se nos ha perdido nada —concluyó al tiempo que apoyaba la izquierda sobre el hombro de Fernán, y agregó mientras la derecha aferraba el pomo de la espada—: Le daremos al rey la respuesta que merece.

4

La fortuna sabe que la despreciamos tanto más cuantos más golpes ella nos asesta.

William Shakespeare, Antonio y Cleopatra.

La respuesta fue pronta y violenta, Ricardo no disponía de muchos hombres. La mayoría habían sido enviados a las provincias para que se hicieran una idea del alcance y la intensidad de las actividades inquisitoriales fuera de París. Otros dos salieron a rienda suelta hacia Poitiers para comunicar al cardenal Corbara las circunstancias de las confesiones del gran maestro y de los comendadores. Pero Ricardo no necesitaba más que un puñado de compañeros que le secundasen, porque la cólera y la indignación multiplicaban sus fuerzas. Asaltaron en el plazo de una semana tres fortalezas del rey; aunque no se atrevieron a repetir el golpe en las atestadas mazmorras de París, en Orleans él y sus hombres lograron liberar unos treinta presos.

En Blois sacaron de las cárceles a una veintena de freires, aunque algunos estaban tan maltratados que fue preciso llevarlos en parihuelas. Pero lo de Tours fue incluso peor; sobre un jergón de paja hallaron a un caballero a quien habían quebrado literalmente todos los huesos, el cual suplicó a Ricardo que le aliviase los sufrimientos de una vez por todas. El inglés le cortó la garganta por compasión.

Aunque tales incursiones no saciaron del todo su sed de venganza, se vio obligado a interrumpirlas cuando le reclamaron con urgencia desde París. Por lo que emprendió el regreso, mientras el reducido pelotón al mando de Aymer continuaba hacia Le Mans.

En París esperaban a Ricardo tres caballeros que le embutieron un hábito de monje dominico. Hecho esto lo condujeron, la capucha calada hasta las cejas, por las frías y neblinosas calles de la ciudad.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

Uno de sus guías se encogió de hombros, desvalido.

—No lo sabemos. Desde hace varios días nuestros hermanos están confesando sin haber sido torturados, ¡los mismos que callaron como tumbas durante numerosos interrogatorios anteriores! Están totalmente trastornados y se niegan a decirnos los motivos de tan súbita claudicación.

—¿No les habréis mencionado lo del gran maestro?

Los tres negaron vivamente con la cabeza y luego el grupo reanudó el camino en silencio. Por último introdujeron a Ricardo en un húmedo sótano convertido en cárcel provisional.

Al abrir la puerta recibieron la habitual vaharada de hedor nauseabundo. Ricardo entró con decisión, aun sabiendo que arriesgaba la vida a cada paso que daba dentro de aquellas mazmorras.

Mientras sus tres acompañantes daban palique a los centinelas él alumbró todos los rincones con una antorcha y quitándose la capucha para que todos los presos pudieran reconocerle, los saludó con una sonrisa para tratar de consolarlos.

Uno de los cautivos se había apartado de los demás y se ocultaba en el rincón más lóbrego. Ricardo alzó la antorcha y las llamas iluminaron un rostro agitado por convulsiones nerviosas y la mirada huidiza de unos ojos negros.

—Hermano Ramón, he sabido que ayer te declaraste culpable en presencia de los oficiales del rey —empezó Ricardo en tono tranquilo—. Sin embargo, no veo huellas de la tortura en tu cuerpo. ¿Cómo te obligaron a confesar?

El infeliz caballero exhaló un profundo suspiro por toda respuesta.

—Los oficiales no me obligaron —dijo, por último, en voz baja.

—Pues ¿qué? ¿Te intimidaron con amenazas?

El otro se limitó a denegar con la cabeza.

—No has querido responder a las preguntas de tus camaradas. Estoy aquí para escuchar la verdad —insistió Ricardo, siempre en tono benigno, pero el preso apretó los labios y no respondió.

Ricardo frunció el entrecejo.

—Espero una explicación, hermano Ramón —urgió sin perder la calma todavía.

—He confesado, eso es todo —dijo el otro con un hilo de voz, más por vergüenza que por miedo.

—Con eso no me basta.

El hombre cerró los párpados y calló.

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Cómo vamos a creer en tu inocencia? —exclamó Ricardo, impaciente.

—No seáis injusto conmigo —susurró el caballero con voz ahogada—. No hice sino obedecer, como nos manda nuestra Regla.

—¿Obedecer? ¿A quién?

—Al gran maestro —contestó en el tono de quien anuncia lo más natural, lo que es de esperar.

Ricardo quedó conmocionado, como si hubiese recibido un golpe en la frente: ¡si fuese verdad lo que él había empezado ya a sospechar...! Pero ¡era imposible! Apoyando una mano en el hombro del infeliz, le insistió con benevolencia:

—Cuéntame lo ocurrido sin omitir detalle.

El caballero Ramón titubeó un poco todavía, pero luego prefirió desahogarse:

—Anteayer, mientras me conducían a presencia del inquisidor, me retuvo uno de nuestros hermanos, el cual salía precisamente del interrogatorio. Me introdujo una carta en la manga y me susurró el nombre del gran maestro, rogándome que procurase pasar el mensaje por el mismo procedimiento a quien me siguiera. Apenas tuve unos instantes para leer el contenido. Era del gran maestro en efecto, pues abajo llevaba su sello de lacre, inconfundible.

—¿Qué decía?

El caballero cobró valor y prosiguió:

—Era una misiva muy breve. La leí una, dos y tres veces, porque apenas podía creer lo que decía. Ordenaba que nos confesáramos culpables, tal como él mismo había hecho. ¿Qué podía hacer yo? Todos conocemos el rumor según el cual ha confesado, y pensé que sus motivos tendría. Por lo tanto obedecí, confiando en servir con ello a la orden —concluyó el caballero santiguándose, y luego agregó—: He rezado a la Virgen Santísima para implorar su perdón.

—¿Qué fue lo que confesaste exactamente? —le preguntó Ricardo.

—Lo que nos han requerido más a menudo, que durante la ceremonia de ingreso escupí sobre un crucifijo y negué tres veces a Jesucristo.

De nuevo se persignó y luego bajó la cabeza y empezó a rezar con desesperación.

Los ojos de Ricardo echaban chispas, pero se contuvo en presencia de aquel desgraciado. Entonces sintió un sentimiento de compasión y abrazó al freire, que se aferró a él como una criatura en busca de consuelo.

—No temas nada, hermano —le dijo en voz baja—. El Señor te perdonará. Él sabe la verdad.

Pero cuando hubo salido y la puerta de la mazmorra se cerró a sus espaldas, no pudo contenerse más:

—¡Caiga el excremento del diablo sobre el engendro del infierno que inventó esa ruin celada!

La noche siguiente Ricardo se encaminó al bosque de Rouvray para llevar las malas noticias a sus hermanos. Éstos le escucharon en silencio. Ni siquiera el hecho de que se hubiese liberado a tantos hermanos de Orleans, Blois y Tours sirvió para levantar los ánimos, como tampoco la confirmación de que el papa había recortado las atribuciones de los inquisidores.

Todas las caras reflejaban consternación y miedo. Sin duda alguna, el rey Felipe ganaba terreno. Salvo una intervención enérgica por parte del papa la Orden del Temple quedaría destruida irremisiblemente.

—Dos cardenales van camino a París —explicó Ricardo—. Sería conveniente que averiguáramos quiénes son. Mientras tanto, poco podemos hacer, excepto prevenir a nuestros hermanos contra la supuesta carta del gran maestro, porque... —Ricardo se interrumpió y se volvió al escuchar el cercano galope de unos caballos.

Por el ruido de los cascos serían dos o tres jinetes a lo sumo.

A una seña los templarios de Ricardo se dispersaron, y en pocos instantes el claro entre la arboleda quedó silencioso y desierto.

El galope se intensificó dando a entender que los jinetes, pese al impedimento que suponía la espesura, se acercaban con rapidez.

Ricardo salió precipitadamente al encuentro del ruido; al claro de luna pudo distinguir dos caballos y un solo jinete. Atenazado por temerosos presentimientos se abrió paso por entre el matorral de helecho y llegó apenas a tiempo de recoger entre sus brazos al jinete, que caía desmayado de la silla.

—¡Fernán! —exclamó lleno de pánico al ver las facciones pálidas y demudadas que reposaban sobre su antebrazo.

Un líquido caliente y pegajoso le inundó la mano con que sostenía la espalda de Fernán.

—¿Chançard?—preguntó Ricardo, consternado.

Dos de sus hermanos que le habían seguido se hicieron cargo de los caballos, y un tercero le ayudó a transportar al herido hasta el campamento, donde lo tendieron sobre un jergón de paja.

Ricardo se acucilló a su lado y las manos expertas fueron apartando las vestiduras de Fernán hasta descubrir la herida, que era un profundo tajo en el hombro. Aún no había empezado a vendarla cuando Fernán se incorporó a medias, los ojos abiertos de par en par, mirándole fijamente.

—¡Ricardo! Aymer está... —se le cortó la respiración y exhaló un gemido de dolor.

Con una suave presión, Ricardo le obligó a tenderse de nuevo.

—Más tarde —dijo, lacónico, y siguió trabajando con habilidad hasta dejar la herida perfectamente curada, vendada y restañada la hemorragia.

—¡Vino! —ordenó luego, y uno de los freires le tendió el pellejo de potente vino tinto, del cual llenó un cubilete que hizo beber a sorbos al herido.

—¿Mejor ahora? —le preguntó, a lo que el otro asintió con una sonrisa fatigada—. Entonces, puedes hablar. ¿Qué ha ocurrido con Aymer?

—Lo alcanzaron en Le Mans, o mejor dicho bastante antes, mientras íbamos camino de París.

—¿Y los demás?

—Refugiados en los Alpes de Mancelles. Hemos procurado despistar a los perseguidores —torció el gesto en una mueca de dolor y luego continuó en un susurro—: He matado a un hombre. ¡Dios mío!, fue horrible. Había sangre por todas partes, de él y mía. Los que venían con él me dejaron por muerto, y ésa ha sido mi salvación.

Ricardo le dio unas palmadas en el brazo sano para comunicarle ánimos. Aquel aristócrata delicado no estaba hecho para la dura existencia del guerrero, y sin embargo se había empeñado en tomar el puesto de Ricardo cuando éste fue llamado a París con urgencia.

—Lo llevarán a París y lo someterán a tortura —exclamó el herido con alarma en la voz—. Que alguien ponga sobre aviso a Godofredo.

—Ahora mismo regreso directamente a París —anunció Ricardo con intención de que se tranquilizase.

—Ten cuidado, es posible que te estén esperando.

Pero Ricardo ya se había incorporado.

—Tú procura restablecerte cuanto antes —dijo.

Tenía trazado su plan, por lo que se limitó a impartir algunas breves órdenes. Que levantaran el campamento del bosque de Rouvray, y que se dispersaran los hermanos que se hallaban en el de Amboise. Al propio tiempo debían tratar de reagrupar a los huidos en los Alpes de Mancelles, todo ello al objeto de evitar riesgos mientras se dilucidaba el caso de Aymer. Incluso Fernán tendría que poner pies en polvorosa, aunque el cabalgar fuese un suplicio dado el estado en que se encontraba. Terminaba la temporada de caza; la veda del venado duraba desde el 14 de septiembre hasta el 3 de mayo, y la temporada del jabalí no comenzaría hasta la Navidad, para terminar el día de la Candelaria, de tal manera que se hallarían seguros en cualquier bosque donde eligiesen refugiarse. Quedaba pendiente lo de Godofredo, aunque no se le ocurría ninguna solución para ese problema.

En un abrir y cerrar de ojos ensilló a Pilgrim y se puso en camino. Al amanecer avistaba ya las murallas de París, y poco después de la primera misa se hizo anunciar en la antecámara de Godofredo. Los dos hombres aguardaron en silencio a que saliera el criado, y luego se quedaron mirándose con mutua desconfianza, hasta que por fin habló Godofredo en tono frío:

—No os esperaba aquí. Vuestra presencia en La Cité es inoportuna y me compromete innecesariamente.

—He venido a ponerlos sobre aviso, mi buen señor —replicó Ricardo sin perder el tiempo en circunloquios—. Uno de nuestros caballeros cayó prisionero en Le Mans. Sin duda lo conducirán hoy a París. En la refriega quedó herido vuestro hermano.

Godofredo palideció mortalmente y se quedó mirando a Ricardo sin decir palabra.

—¿Dónde está? —pudo articular finalmente.

—En buenas manos.

El consuelo era escaso pero no se podía decir más.

—Os daré un consejo. Manteneos quieto y callado, y procurad no llamar la atención —prosiguió Ricardo como si fuese lo más natural del mundo—. Vuestro nombre y el de Fernán no serán revelados por el prisionero, aunque diga cuanto sepa de todo lo demás. Hemos tomado nuestras precauciones.

Godofredo pareció tranquilizarse un poco al escuchar estas palabras.

—¿De quién se trata? —preguntó.

Ricardo meditó la respuesta un instante. Quizá valdría la pena decirle la verdad a Godofredo en ese punto.

—Aymer de Vraineville, un caballero de la encomienda de Lyon.

—¡Noble linaje! —murmuró su interlocutor, pensativo—. Ahora me explico por qué no quisisteis revelarlo nunca.

—La seguridad de todos exige que cada uno sepa solamente lo indispensable —explicó Ricardo con tranquilidad—. Y esto vale para todos mis hermanos, sin exceptuar a Aymer.

Se acercó a la chimenea, pero no vio sino un montón de ceniza gris. Era inimaginable lo que serían capaces de hacer a Aymer. Sintió un escalofrío y, haciendo un esfuerzo, procuró pensar en otra cosa.

—¿Se sabe ya quiénes son los legados del papa? —preguntó.

—No sólo se sabe, sino que ya están aquí. Son los cardenales Esteban de Suisy y Berenguer Fré dol.

—¿Han sido recibidos por el rey? —preguntó, aun sabiendo que ya era demasiado tarde.

Los acontecimientos se habían precipitado y le habían privado de la oportunidad de hablar con los cardenales y revelarles la verdad antes de que escuchasen la versión del monarca.

—El rey les ha participado que hoy mismo pondrá en sus manos una carta dirigida a su santidad, y cuyo contenido ya conocemos.

—¿Tuvisteis ocasión de echar una ojeada al borrador?

—Una ojeada muy breve —asintió Godofredo—, pero recuerdo algunas frases en las cuales se resume todo el tenor de la misiva, y cito de memoria: «Dios rechaza a los tibios. Toda demora en castigar las criminales acciones del Temple revestiría carácter de complicidad en ellas. Por otra parte, os aseguramos que los prelados no van a consentir el agravio de verse privados de su autoridad, la cual recibieron en nombre de Dios. Y en cuanto a nos, que hemos jurado defender esa autoridad, tampoco toleraremos injusticia tal, sino que nos opondremos a ella con todos nuestros recursos...».

Ricardo escuchó con los labios apretados. Las amenazas del soberano iban clarísimas entre líneas. El cautiverio de Aymer había ocurrido en el momento menos oportuno, porque le había obligado a dispersar a sus hombres y ello dificultaría sobremanera las comunicaciones.

En aquellos momentos nada se podía emprender, ni por Aymer, ni por la orden, más amenazada que nunca, ni por el acongojado papa, que temblaba en su sede de Poitiers.

Los pensamientos de Ricardo habían enfilado hacia otra dirección. Si el papa dejaba que le intimidasen las amenazas de Felipe, correrían peligro los establecimientos de los templarios fuera de Francia, también los de Inglaterra.

Luego sería de la mayor utilidad el poder disponer de un contacto en la corte inglesa.

Godofredo de Uzès interrumpió sus reflexiones, impaciente por librarse de él y nada inclinado a disimularlo.

—¿Puedo hacer algo más por vos, mi señor? —preguntó secamente.

—Sí, rezad por nosotros —replicó Ricardo, abandonando la estancia con un fugaz saludo.

5

*La mujer es tornadiza y el que confía en ella un loco.
Francisco I, rey de Francia*

La mañana de noviembre amaneció fría y la neblina que empapaba las ramas desnudas de los árboles se condensaba en las puntas formando gotas. Por el bosque avanzaba despacio un jinete que llevaba del ronzal una segunda cabalgadura. En aquella inmensidad las campanadas se oían casi como el tintineo de un esquilón entre los troncos silenciosos y mojados de relente.

El jinete apretó el paso de su montura y dirigió la mirada hacia las torres cuadradas del castillo de Lyons-la-Forêt, a orillas del río Epte. Poco más tarde dejaba atados los caballos, guardaba el manto en las alforjas y continuaba a pie disfrazado de sencillo campesino.

Llegado al castillo se confundió entre los que iban a misa y así pasó por la puerta principal junto con la multitud, sin ser notado, camino hacia la capilla.

La reconoció en seguida. Avanzaba despacio, envuelta en un fastuoso manto de paño verde con bordados de oro y remates de pieles. La capucha dejaba ver su rostro en parte, permitiendo distinguir los ojos negros y la piel translúcida así como el suave brillo de los cabellos.

Era la hija única del burgrave de Lyons-la-Forêt, y la heredera del feudo con las posesiones y los títulos anejos. Antes de la edad núbil había rechazado ya docenas de proposiciones matrimoniales de las más nobles familias.

Blanca era una joven habituada a hacer lo que le viniese en gana. Tras diversas aventuras amorosas había conocido a Aymer de Vraineville, el segundogénito del señor de Vraineville y como tal, hidalgo pobre que tenía poco que ofrecer. Esto no le importó a ella, sin embargo, pues siempre había dado a entender que concedía poco valor a los títulos; para el caso daba lo mismo aunque hubiera sido su palafrenero.

Pero Aymer, como caballero templario, había hecho voto de castidad y eso fue lo que excitó el interés de ella, quien se propuso seducirlo viendo en ello un desafío irresistible. Y lo consiguió pese a las severas prohibiciones del burgrave y a los intentos de Aymer por no dejarse conquistar.

No era de extrañar, pensó Ricardo al contemplar la extraordinaria belleza de la mujer en cuestión, capaz de trastornar a cualquiera.

Tampoco él conseguía apartar los ojos de ella, como si le hubiese sometido al influjo de un hechizo.

Quiso luchar contra aquel embrujo pero no lo consiguió. La armonía perfecta de aquella belleza era más fuerte que su voluntad.

Apenas oyó los versos latinos del himno que entonaban los monjes, e incluso el tedéum le pareció procedente de una lejanía envuelta en nieblas. Pero siguió imitando los gestos de los demás, se arrodilló para orar y no despertó de aquella especie de sueño sino cuando ella hubo abandonado la capilla y desaparecido en el interior de la fortaleza.

En aquellos momentos comprendía por qué Aymer había quebrantado sus votos. Bastaba contemplar a aquella mujer para darse cuenta de que la tentación debió de ser irresistible.

Sin embargo, había visto también otras cosas. Según todos los indicios la heredera de Lyons-la-Forêt era objeto de una estrecha vigilancia. La acompañaban siempre dos individuos armados, y la seguían a cierta distancia otros dos. Por otra parte, el burgrave no se dejaba ver en persona.

En su fuero interno Ricardo dio gracias a su desconfianza instintiva, que le había inducido a realizar una exploración de los lugares antes de intentar aproximarse a la dama en cuestión.

Sin esta precaución, indudablemente se habría puesto a sí mismo en manos de los centinelas.

Paseó un rato entre las murallas del castillo, pero apenas pudo notar ninguna otra novedad digna de atención, por lo cual regresó en busca de sus caballos y se ciñó de nuevo el manto.

Después de montar, se metió en la arboleda al norte de Gisors y acampó en medio del bosque, donde pasó el resto de la jornada.

Hacia la puesta del sol abandonó su escondite y enfiló hacia el este, buscando la desembocadura del Epte en el Sena. Allí descabalgó y reteniendo las riendas de su caballo entre las ateridas manos, esperó largo rato, de pie, inmóvil.

Esperó hasta bastante después de que hubiese anochecido. Cuando regresó a su campamento entre la oscuridad, sabía ya por uno de sus hombres que Aymer se hallaba en La Cité, en uno de los calabozos del rey.

A la mañana siguiente despertó tiritando de frío. Arrebujándose en el manto, ensilló a Chançard y montó el caballo blanco. Tras un breve recorrido, tiró de las riendas y palmeó el cuello del corcel. Estaban frente a los muros de Lyons-la-Forêt. El foso que contorneaba la poderosa muralla del castillo se hallaba recubierto de una delgada capa de hielo. Entre gritos y risas los niños, hijos de los habitantes del castillo, echaban piedras y hurgaban con ramas para sondear el espesor de la costra helada. A gran altura, desde el adarve, una delicada figura femenina apoyada en la almena contemplaba con ojos rientes aquellos juegos infantiles.

Era poco habitual que helase a comienzos de noviembre. En aquellos momentos no se veía a nadie más, y Ricardo tuvo una súbita ocurrencia. Hincó espuelas a Chançard y se acercó al borde del foso.

Los niños huyeron ante tan belicosa presencia; las gentes de a caballo no solían hacer caso de ellos, como no fuese para echarles alguna reprimenda. Pero al ver la expresión amistosa en las facciones del forastero, algunos se acercaron por curiosidad.

Un muchacho de cabello rubio como el heno alargó la manita para acariciar las crines de Chançard. Mientras bajaba los ojos para mirarlo Ricardo sintió los de Blanca fijos en su espalda como carbones ardiendo.

—¿No es un poco peligroso este juego? —dijo, pero sin poner ninguna reconvención en el tono.

El muchacho se encogió de hombros.

—No, señor. El pasado verano se cayó al foso el pequeño Juan y tuvimos que sacarlo, pero dijo que había visto el fondo y que no estaba muy hondo.

—Pero sí frío y mojado, digo yo.

El muchacho rió y los demás le hicieron eco.

—Ahora sí lo estará, señor, porque ha helado, pero el hielo tiene poco espesor. No se puede caminar por encima.

—Hay que esperar a que entre de verdad el invierno —dijo Ricardo.

Chançard relinchó y pateó con las manos, ante lo cual los niños huyeron, excepto el muchacho rubio.

—¡Qué caballo tan bonito tienes, señor! —exclamó admirado—. Es el más hermoso que yo haya visto en la vida.

—¿Eres aficionado? —rió Ricardo, sin dejar de observar al muchacho mientras éste asentía con entusiasmo.

—¿Te gustaría montar?

El rostro del muchacho se encendió de emoción.

—¡Ya lo creo!

Ricardo se inclinó alargando un brazo, lo alzó en vilo y lo sentó delante de sí.

—Agárrate a las crines y no tengas miedo, que no dejaré que caigas. Vamos a caminar un poco.

Apartó a Chançard del foso y emprendieron un trote ligero. Volviéndose a medias en la silla, miró hacia el lugar de las almenas donde Blanca estaba todavía asomada y levantó la mano en ademán de saludo. Ella sonreía, habiendo reconocido a Chançard, y correspondió.

El niño miró a Ricardo con gran asombro.

—La dama os ha saludado con la mano —exclamó.

—Claro que sí. Ella me conoce.

—Pues yo no os conozco a vos.

—Y ¿qué hay con eso?

—Pues que soy el hijo del guarda —contestó no sin orgullo.

Ricardo soltó otra carcajada. Le simpatizaba la franqueza del muchacho.

Espoleando a su caballo, le anunció que iban a galopar un poco. El chico se sujetó con ambas manos de las crines, pero no tenía miedo y gritaba jubiloso:

—¡Corre! ¡Corre! ¿Podéis correr más, señor?

Ricardo rió celebrando el entusiasmo del muchacho y puso el caballo al galope tendido. Al cabo de un rato tiró de las riendas para ponerlo al trote y contempló el rostro del chico, que ardía.

—Ha sido magnífico, ¿eh? ¿Nunca habías montado a caballo antes?

—No, señor. A veces, cuando ayudo a los gañanes, me ponen sobre uno de sus caballos y me dan dos o tres vueltas por el patio. Pero ésta es la primera vez que he montado de verdad.

Ricardo asintió. El juego era peligroso, pero le pareció el menos peligroso de todos los que tenía a su alcance.

Abrió una de sus alforjas y sacó un pedazo de pergamino, un tintero y una pluma de ánsar. Con la mano entorpecida por el frío garabateó unas torpes líneas, mientras el muchacho se le quedaba mirando con la boca abierta de asombro.

Era la primera vez que veía escribir a nadie, y le parecía un milagro más allá de su comprensión. Cuando hubo terminado, Ricardo enrolló la breve misiva, se la introdujo al niño debajo de la camisa y lo sentó de nuevo a lomos de Chançard.

—Ahora, mi joven amigo, presta atención y procura recordar lo que voy a decirte. Les dirás a tus amigos que soy un forastero y que no has hecho otra cosa sino indicarme el camino de París.

El retorno al galope hasta el castillo fue otra aventura emocionante para el hijo del guarda.

Ricardo se detuvo a cierta distancia del castillo, al amparo de la arboleda, y dejó al chico en tierra.

—A todo esto, ¿querrás decirme cómo te llamas?

—Raúl, señor.

—¿Puedo confiar en que desempeñarás tu encargo fielmente, Raúl?

—Tenéis mi palabra, señor.

—Entonces, quedo en deuda contigo. Espero poder recompensártelo alguna vez. Pero no vayas a los aposentos de la dama Blanca hasta la tarde, ¿sabrás guardar la carta hasta esa hora?

Raúl asintió.

—Queda con Dios, Raúl, y que Él te proteja.

El pequeño reía y saludaba con la mano mientras Ricardo volvía grupas y desaparecía en la espesura del bosque.

El día era claro, el aire fresco, y soplaba a través de las ramas un persistente viento de levante. Ricardo frenó a Pilgrim y permaneció inmóvil, oídos alerta. Supo así que no se había equivocado; en el silencio del bosque se captaba cada vez más cercano el ruido de cascos. Volvió grupas y retrocedió despacio por donde había venido.

Poco después echó pie a tierra y continuó andando, llevando a Pilgrim de la rienda, hasta escalar lo alto de una loma. Sonrió al ver las huellas de herraduras y de pesadas botas que buscaba.

Así pues, Blanca no se había presentado en el punto de cita, sino que había enviado a por él a un pelotón de soldados.

Bien, pues sería preciso visitarla en su castillo. Pero antes tendría que librarse de aquellas gentes que se habían propuesto darle una sorpresa desagradable en el bosque.

Miró al cielo para comprobar la posición del sol y tras dejar atado a Pilgrim, se deslizó cautelosamente por entre el sotobosque hasta localizar el claro en donde habían atado sus cabalgaduras los perseguidores. Desató los caballos y los puso en fuga dándoles palmadas en las ancas, hecho lo cual regresó con rapidez en busca de Pilgrim.

La distancia hasta el castillo era de una hora aproximadamente al paso, pero Ricardo tenía prisa, por lo que espoleó a su poderoso corcel y se presentó ante la muralla gris ya conocida en apenas la tercera parte de ese tiempo.

Jadeando por el esfuerzo se acercó al puente levadizo, que como él había supuesto estaba bajado, y cruzó al galope la poterna sin detenerse hasta que frenó el caballo en la plaza de armas.

—¡Raúl! —llamó al tiempo que echaba pie a tierra.

El muchacho precisamente asomaba procedente de las cuadras.

—Sois vos, señor—exclamó con asombro.

Pero Ricardo no tenía tiempo para muchas explicaciones. Tomando al chico del brazo, lo arrastró hacia la entrada.

—No tengas miedo, Raúl. Ya sabes que somos amigos.

—Pero... pero vos...

En el patio de armas resonaban pisadas apresuradas y voces de mando. Empujó al muchacho más al interior del corredor principal.

—Enséñame por dónde se va a los aposentos de tu señora, Raúl —susurró.

Un poco más envalentonado, el muchacho le condujo a través de un dédalo de corredores débilmente iluminados.

Por último Raúl hizo alto frente a una puerta de roble con tallas en bajorrelieve y se hizo a un lado para ceder el paso a Ricardo.

—Esta es la habitación, señor. ¿Deseáis que os anuncie?

—No hace falta. Corre, regresa al patio y cuida de mi caballo. Y si quieres, puedes decirles a los mozos que la señora va a salir en un cuarto de hora y que ensillen el mejor de sus caballos. Procura que cumplan la orden, y que no olviden preparar también una acémila con las alforjas bien provistas de comida, de vino y de todo lo necesario para un viaje.

—Se cumplirá todo como vos lo decís, señor —dijo Raúl, y echó a correr hacia una escalera de caracol.

Cuando Raúl hubo desaparecido, Ricardo empujó la puerta y entró en la cámara. Cuatro damas estaban tranquilamente sentadas alrededor de la chimenea. Dos de ellas estaban ocupadas en una labor de bordado y tenían entre las manos una pieza de tela fina para una prenda interior. Las otras dos se hallaban ocupadas estableciendo la receta de una pócima que harían con las hierbas que ellas mismas cultivaban en un vivero dentro del propio recinto del castillo. Todas volvieron la cabeza hacia la puerta, sobresaltadas, y se quedaron mirando al caballero.

Ricardo avanzó un paso más al interior del aposento y se volvió hacia la dama que estaba más lejos, ocupando un taburete con almohadón forrado de seda. Vestía corpiño estrecho bajo un sobre todo de costoso brocado rojo, y llevaba el cabello negro ala de cuervo anudado en sendos moños a uno y otro lado de la cabeza con ayuda de unas redecillas de oro.

—Deseo hablar con la señora a solas —anunció él, lacónico.

Las damas de compañía recogieron precipitadamente las faldas y abandonaron la estancia con una breve reverencia a su ama. Cuando Blanca se vio a solas con el intruso, se puso en pie y lo miró de pies a cabeza con ojos que echaban chispas.

Sólo entonces le hizo él la reverencia.

—Entiendo que habéis recibido mi mensaje, señora —dijo procurando controlar el tono de voz—, pero habéis preferido no tomar nota de mi visita.

—En efecto —respondió ella, gélida—. Habría preferido veros conducido ante mí atado de pies y manos, y lamento sobremanera que haya fracasado mi plan. Levantaos, caballero, pues no deseo recibir vuestro homenaje. No soy tan ingenua que confíe en un desconocido sólo porque sea amigo de Aymer.

Ricardo se puso en pie y la miró. Le dolían aquellas palabras hostiles. Quiso tratarla cortésmente porque era la dama de los pensamientos de Aymer y pese a que las reglas de su orden le prohibían toda clase de trato con mujeres, sin admitir ninguna excepción.

—Estoy aquí para ponerlos en guardia, madame. Estáis en peligro.

Ella rió, pero fue una carcajada desprovista de cordialidad.

—Si queréis darme a entender que el peligro puede provenir de vos, estáis muy equivocado —replicó—. Debo rogaros que tengáis la bondad de abandonar mis habitaciones ahora mismo.

—No, madame —contestó él, interponiéndose entre ella y la puerta, a la que echó el cerrojo—. No sin que antes hayáis escuchado lo que voy a deciros.

Ella se detuvo, nada intimidada, y le miró con las pupilas tan dilatadas de furor e indignación, que sus ojos se convertían en dos pozos negros.

«Está todavía más bella cuando monta en cólera», se dijo Ricardo, aunque procuró apartar en seguida de su mente tal género de pensamientos.

—Habéis mantenido una relación ilícita con un caballero del Temple, madame, y las consecuencias recaerán sobre vos, lo mismo que sobre él. Os digo que las consecuencias de esa relación pueden ser muy graves, a menos que hagáis caso de mis consejos. Aymer ha caído en manos del rey, se halla en La Cité y será interrogado.

Vio que ella palidecía, pese al enérgico dominio que ejercía sobre sí misma.

—Mi relación con Aymer de Vraineville no ha sido nada más que una aventura pasajera. Ninguna responsabilidad comparto en cuanto a sus actos.

Ricardo meneó la cabeza.

—En eso estáis equivocada. Vuestra relación con Aymer es conocida en París, y se intentará sacar partido de ella por caminos tales que ni siquiera podríais figurároslos. Aymer os ama, y tratará de protegeros aunque sea a costa nuestra y de sí mismo. En lo posible, hemos tomado disposiciones y podríamos abandonaros al destino que ambos habéis merecido por vuestra ilícita conducta, pero es amigo mío y le tengo en estima. Arriesgó la vida para salvar a sus hermanos, y yo estoy dispuesto a poner en juego la mía para tratar de salvarlo. Por eso necesito vuestra ayuda.

—Si queréis poner en peligro la vida, es asunto vuestro que a mí no me incumbe, ni quiero tener nada que ver. Como dije antes, para mí Aymer ha sido una aventura que terminó el trece de octubre y no deseo reanudar.

Ricardo hizo un esfuerzo por no perder los modales cortesés.

—Aymer me franqueó su corazón, madame —habló con tranquilidad, mirándola fijamente a los ojos—. Estoy al corriente de que no regateasteis ningún esfuerzo con tal de conquistarlo, y de cómo extremasteis vuestra desvergüenza hasta lograr vuestros fines y obligarle a quebrantar sus votos y mancillar su honor.

Ella lo abofeteó con fuerza, pero antes de que pudiera repetir el golpe, Ricardo, como había previsto ya tal exabrupto, le sujetó la mano por la muñeca. Aquella mano blanca y estrecha parecía arder en la suya y se vio obligado a luchar contra el deseo que le asaltaba.

—No digo que Aymer no haya tenido también su parte de culpa, madame —dijo en voz baja—. Quien desafía al Temple no está en condiciones de rehuir luego la lucha. Nosotros devolvemos todos los golpes uno por uno.

El rostro de la joven estaba mortalmente pálido y notó cómo temblaba su mano, que él aferraba dentro de su puño.

—Teneos, ¡por Dios, señor caballero! —susurró ella entre dientes, a lo cual él la soltó pero sin ceder un paso de su lugar.

—Os ruego que me perdonéis —dijo como era obligado, y luego siguió insistiendo—: Aymer tendrá que pagar su falta. Si es que sale de París con vida, naturalmente. Y también a vos se os exigirá una penitencia. Es menester que os ausentéis de Francia; vuestra presencia es un peligro para nosotros, y además tenéis una misión que cumplir en Inglaterra, al servicio del Temple.

Hincando una rodilla en tierra, Ricardo alzó los ojos con gesto suplicante.

—¡Por el amor de Dios os lo suplico, señora! ¿Querréis confiar en mí? En estos instantes sois una prisionera en vuestro propio castillo, pues habrá salido ya de París el mensajero con orden de trasladaros a La Cité. Os utilizarán para lograr la confesión de Aymer. ¡Vamos! ¡El tiempo apremia!

Ambos se sobresaltaron al oír que golpeaban la puerta por fuera. Por primera vez la bella orgullosa de Lyons-la-Forêt no supo qué replicar en presencia de un hombre y se sintió completamente desvalida.

—¡Mi padre está enfermo! ¿Qué se me ha perdido a mí en Inglaterra? — balbució.

—Preparaos para emprender el viaje. ¿Existe otra salida?

Ella denegó con la cabeza y dejó que él la condujese hacia la estancia contigua, adonde se habían retirado sus damas.

—Daos prisa y tened presente que no podréis llevar mucha impedimenta.

Ella pareció volver en sí al escuchar el sonido del acero cuando Ricardo desenvainó la espada y empujando con decisión la puerta de la cámara ordenó a las tres damas:

—¡Traed mi manto de viaje, las botas de montar, la fusta y los guantes! ¡Vamos, no os quedéis ahí como unos estafermos!

A espaldas de ambos estaban echando abajo la puerta y se oía el entrechocar de las espadas.

Ricardo luchó tal como había aprendido a hacerlo en el Temple. Uno de los cuatro centinelas enviados por París le acometió secundado por otros dos hombres armados, y arrinconaron a Ricardo, pero evitando ponerse al alcance de la espada de éste.

Quedó de espaldas contra el nicho de la ventana, imposibilitado para retroceder más. En ese instante se abrió la puerta de súbito y entró Blanca procedente de la habitación contigua. Ricardo aprovechó lleno de gratitud el momento de confusión y se lanzó a fondo, atravesando el cuerpo del caballero parisiense. Y no perdió el tiempo en recuperar la espada, sino que desenvainó la daga e hirió a otro de sus atacantes en el brazo derecho antes de que pudiese atacarle a su vez. Acto seguido se abalanzó con gran presencia de ánimo sobre el último agresor, quien trastabilló de espaldas, dejando caer la espada con un grito de dolor, y huyó de la habitación llevándose la mano a la herida de su cuerpo. Ricardo se enjugó el sudor de la frente con la manga y se inclinó para arrancar la espada del cadáver derrumbado en el suelo.

Blanca se estremeció, horrorizada.

—Gracias por vuestra ayuda —jadeó él—. ¿Estáis preparada para partir?

Ella asintió y salieron al pasillo para encaminarse hacia el patio.

Ricardo contuvo el paso antes de franquear la salida.

—Vos seréis mi salvoconducto —anunció—. No quiero que vuestros arqueros hagan de mí un san Sebastián apenas salgamos.

Con un ademán afirmativo, ella salió a la claridad del sol y ordenó con voz fuerte:

—¡Bajad vuestros arcos! No hay nada que temer. Todo está en regla.

Se oyeron voces de mando en los adarves y él asomó con precaución.

Raúl fue el único que se movió para acudir a la carrera, llevando a Pilgrim de la rienda. Ricardo se alzó sobre la silla, al tiempo que tomaba las riendas, y se inclinó para acariciar el cabello del muchacho.

—Te has portado bien, mi pequeño amigo. Ojalá tengamos una ocasión más feliz para volver a vernos en Lyons-la-Forêt. Que Dios te guarde.

Con una sonrisa radiante, Raúl tendió el brazo y estrechó la mano del caballero.

—Buen viaje, señor —dijo, y se quedó saludándolos con la mano hasta que desaparecieron.

Cabalgaron largo rato al galope, hasta que por fin Blanca tiró de las riendas y puso su cabalgadura al trote lento. Ricardo se acercó y continuaron estribo contra estribo.

—¿Estáis fatigada? —le preguntó.

—No, por mi honor, señor caballero, pero necesito que contestéis a unas preguntas. La primera, ¿cuándo pensáis liberar a Aymer?

—Tan pronto como sea posible.

—¿Cómo llegaréis adonde está?

—Por ahora eso es imposible. Lo tienen fuera de nuestro alcance, pero tarde o temprano se verán obligados a trasladarlo, y ahí será donde yo intervenga.

—De vuestras palabras deduzco que hoy por hoy no sabéis siquiera cuándo ni dónde podréis actuar en su auxilio.

El templario titubeó, pero se vio dispensado de tener que contestar a tan difícil pregunta porque habían arribado adonde Ricardo había dejado atado a Chançard. Al verlo, ella echó pie a tierra y corrió junto al caballo de su amado para hundir el rostro entre las largas crines.

—¡Oh, mi buen Chançard! Al menos me queda algo de lo que pertenece a Aymer.

Ricardo desmontó también para recoger algunos de sus pertrechos que había dejado en aquel lugar de acampada. Tal vez ella no estaba tan enamorada de Aymer como él de ella, pero le amaba sin duda.

—Reanudemos nuestro camino, madame. Conozco un lugar mejor para refugiarnos hasta que oscurezca y dar un poco de descanso a nuestros caballos —dijo sin alzar la voz, aunque en tono de urgencia.

Ella acariciaba a Chançard con su fina mano.

—Qué bien lo montabais ayer—dijo mirándole con expresión de admiración en sus ojos negros, y con voz tan ronca y sensual que él se sintió incómodo—. No he sido justa con vos.

Para impedir que siguiera hablando, le quitó las riendas de Chançard y, sin responder palabra, espoleó a su caballo.

A orillas del Epte, Blanca paseaba de arriba abajo intentando calentarse las articulaciones. Su compañero, de pie en una peña que se elevaba sobre el agua, oteaba los campos y el camino real por donde se iba a París.

Blanca se detuvo involuntariamente a contemplarlo. El viento azotaba su manto y descubría el vigor de su figura enjuta. Observó la noble línea de la frente, la nariz, y la energía de la barbilla que se adivinaba debajo de la poblada barba.

—Es como una bella fiera, Chançard —susurró ella—. Un bello ejemplar de hombre.

Pero el caballo no le hizo caso y bajó la cabeza para husmear el suelo en busca de un poco de hierba.

Blanca era una mujer que variaba de un extremo a otro. Si no le agradaba un hombre, lo aborrecía; y si le agradaba, deseaba hacerlo suyo. Estaba acostumbrada a tenerlos postrados a sus pies, consciente de su extraordinaria belleza. Y ella los rechazaba a todos. Pero si uno de ellos le volvía la espalda, entonces se daba a todos los demonios y no descansaba hasta lograr la sumisión del desdeñoso.

Así le había ocurrido con Aymer, y el mismo éxito había enfriado un poco su interés. Aún no estaba segura de lo que significaba Ricardo para ella. Aunque también se había postrado a sus pies, lo había hecho sólo para suplicar por Aymer. La miraba a los ojos, pero sin aquella expresión empalagosa de adoración que adoptaban siempre los hombres cuando se

acercaban a ella. Se expresaba con cortesía, pero le hablaba como de igual a igual, y esto la desconcertaba.

De estos pensamientos salió con un sobresalto cuando Ricardo se volvió súbitamente y saltó de su peña.

—Viene alguien por el camino.

Blanca notó la tensión en su voz. El le había contado en líneas generales que tenía algunas relaciones al otro lado de los muros de La Cité. La llegada de un mensajero anunciaba noticias de Aymer.

—¿Y si saliéramos a su encuentro? Estoy helada —propuso ella con impaciencia.

Ricardo la miró con firmeza.

—Nada de eso. Lo esperaremos aquí, que estamos en relativa seguridad. Pero no consentiré que paséis frío por mi culpa.

Y con estas palabras se quitó el manto para cubrir los hombros de ella. En el momento de ir a cerrar la hebilla de cobre sobre la cadena de oro que sujetaba el manto de ella, Blanca bajó la cabeza con intención, como para facilitar los movimientos, y él notó el calor de su aliento y rozó su manga un bucle de sus cabellos que se le había soltado, por lo que retiró la mano precipitadamente.

—No tan de prisa —dijo ella con burla—. Apenas empezaba a acostumbrarme a vuestra cercanía.

Tomándole de la muñeca, le atrajo hacia sí, aturdiéndole con su perfume embriagador. Los ojos grandes y negros le desafiaban, pero él se soltó y se apartó.

—Hay mejores maneras de dar calor a una mujer, mi señor caballero —siguió provocando ella a sus espaldas.

Al volverse lleno de confusión no vio sino los labios turgentes que hacían mofa de él.

En ese instante se oyó el galope de unos cascos y poco después salió de entre la espesura un jinete que frenó el caballo tirando con fuerza de las riendas.

Ricardo salió corriendo a su encuentro y acertó a recogerlo entre sus brazos antes de que el recién llegado cayese al suelo. El agotado jinete se tambaleó y se aferró al brazo de Ricardo, mientras un acceso de tos convulsionaba su flaco pecho. Era Fernán.

—¡Trae vino! —ordenó Ricardo a su compañera sin volverse apenas, lo cual ella obedeció, con no poca sorpresa para sí misma.

Rehaciéndose un poco, Fernán fue a sentarse sobre una piedra mientras Ricardo atendía al caballo. Era un alazán tostado y estaba completamente empapado de sudor, que echaba vaho al aire frío de la noche.

Cuando Blanca se acercó llevando el pellejo de vino, Ricardo se lo quitó de las manos sin decir palabra y le hizo seña de que se apartase hasta donde no pudiera escuchar el diálogo.

—Toma, bebe. Te sentirás mejor.

Fernán aceptó un cubilete. Jadeaba y meneaba la cabeza con fatiga.

—¡Por los clavos de Cristo! He pasado por el infierno —lanzó una ojeada de desconfianza hacia Blanca—. ¿Es la...?

Ricardo asintió y Fernán prosiguió sin acusar ninguna reacción:

—No tuve más remedio que regresar a La Cité. Necesitaba saber lo que pasaba con Aymer, y ¡vaya si lo he visto! —dirigió hacia Ricardo una mirada de

arrepentimiento—. Ante todo fui a hablar con mi hermano, y él se las arregló para introducirme en una estancia contigua a la cámara de tortura donde lo interrogaban. Y cuando abrían la puerta incluso podía echar una ojeada al interior.

Hizo una pausa como para recobrar fuerzas y luego prosiguió:

—Lo he visto. Lo tenían atado, con una herida en la cabeza, la misma que recibió en la escaramuza de Le Mans. Y mientras le interrogaban, le daban tormento en el brazo derecho. ¡Virgen Santísima! Todavía me parece estar oyendo sus gritos. Esa escena no la olvidaré por muchos años que viva.

Fernán se estremeció. Por primera vez había sido testigo presencial de los crueles métodos de tortura de la Inquisición, inventados por Guillermo de París.

Ricardo le escuchaba con paciencia, asintiendo de vez en cuando con aire comprensivo.

—Su mano... —se interrumpió y alzó su propia derecha, contemplándole como si toda la escena volviese a desarrollarse delante de sus ojos. Luego prosiguió—: Ha confesado sus relaciones con la dama de Lyons-la-Forêt y ha dado la situación de nuestros campamentos. Pero no quiso dar los nombres de sus hermanos, aduciendo que su comendador no había querido revelárselos. Eso los puso todavía más frenéticos, de manera que antes de perder el conocimiento dio tu nombre y declaró cuanto sabía acerca de ti. Estás en la relación de proscritos.

Ricardo le miró cara a cara.

—Nadie, ninguna persona en todo el ancho mundo podría soportar esos suplicios sin confesarlo todo. Él no pudo evitarlo. Guillermo Imbert sabe que somos hombres curtidos en la lucha, habituados a soportar el dolor de las heridas. Por eso ha ideado métodos que no serían necesarios si se tratase de gentes corrientes. ¿Ha denunciado a Godofredo?

—No.

—¿Y nuestros contactos en París, de los que conocía los nombres?

—Tampoco, a ninguno.

—Entonces no hay peligro, podemos quedarnos esperando nuestra oportunidad. De momento se darán por satisfechos con esas declaraciones, que son suficientes para llevarlo al patíbulo.

—Tengo otras noticias —prosiguió Fernán—. El rey Felipe ha recibido contestación del rey Eduardo de Inglaterra.

Ricardo se dispuso a escuchar con atención.

—El rey Eduardo dice que presentó el informe de Felipe a sus preladados, sus lores y sus nobles. Y que le cuesta dar crédito a las acusaciones que se han formulado aquí contra nosotros. También contestó Alberico el rey de Roma, quien por lo visto tampoco acaba de creerlo y le escribe a Felipe que en su opinión, la causa debería someterse a la jurisdicción de la Santa Sede.

—Gracias a Dios, todavía quedan personas con juicio —dijo Ricardo con un suspiro de alivio—. ¿Cómo te encuentras ahora, Fernán?

El francés declinó la pregunta con un ademán, para dar a entender que no tenía importancia.

—Cuando estés restablecido quiero que retournes a París. No hay que perder de vista lo que ocurra con Aymer. Pero no descuides tus precauciones. Además quiero pedirte otra cosa, y es que procures hacerte con un pergamino en blanco que lleve el sello del rey, o el de su hija Isabel. Si puedes conseguirlo, le habrás prestado al Temple un grandísimo servicio. Por mi parte

necesitaré cuatro o cinco días para conducir a la dama a lugar seguro. Confío en poder regresar a tiempo, pero si no fuese así, ya sabes lo que debes hacer. No corras ningún riesgo innecesario. Volveremos a vernos aquí mismo.

Fernán se puso en pie.

—De par Dieu, Beau Sire —citó la fórmula habitual que utilizaban los templarios para acatar las órdenes de su comendador.

Ricardo apoyó una mano en el hombro de Fernán.

—Ve con Dios y cuídate —lo despidió.

Blanca, que había aguardado todo el rato junto a la orilla del río, le contempló con aire impasible mientras él se acercaba.

—Hay que partir, madame, ¿querríais devolverme el manto? El galope hará que entréis en calor.

—¿Adónde me lleváis?

—A Lieja. Nuestra orden tiene ocho fincas en la encomienda de Villers-le-Temple y supongo que será posible alojaros en una de ellas.

—¿Creéis que vuestros hermanos consentirán la presencia de una mujer? —preguntó ella en tono de burla.

—No será necesario que os vean apenas, ni vos a ellos.

—¿Tenéis noticias de Aymer?

—Lo tienen todavía en La Cité y están interrogándolo —no quiso decir más.

Ella lo midió de pies a cabeza con una ojeada altanera y dejó caer el manto de sus hombros con fingida indiferencia. Luego se dirigió hacia su caballo y montó.

Ricardo recogió su capa y en el momento de ceñírsela se sintió invadido por una vaharada del perfume femenino retenido en la prenda. Una súbita oleada de excitación invadió sus sentidos e hizo que la sangre circulase con más ardor por sus arterias, pero él optó por no hacer caso de tales sensaciones y se izó sobre la silla de Pilgrim. Tomando las riendas de Chançard y las de la acémila, se puso en marcha con la atención fija en el camino.

Había sobrevenido un deshielo tan súbito como la anterior helada y los caminos volvían a convertirse en barrizales; los caballos avanzaban con dificultad, chapoteando los cascos en aquella especie de masa pastosa donde todo se hundía.

—Hay caminos mejores —comentó Blanca.

—Este atajo es el más seguro para andar de día —replicó Ricardo—. De noche volveremos al camino real.

Ella suspiró y aferró las riendas para tirar de ellas.

—¿No podríamos buscar una posada para comer un plato caliente y descansar un poco?

—No, pero hay aquí un poco de pan y vino. Comeremos caliente cuando hayamos salido de Francia.

—Os aborrezco —replicó ella, pero aceptó la jarra y una hogaza de pan. El vino calentó un poco su cuerpo aterido. Ella le devolvió la jarra:

—¿No coméis nada? Bebed un poco, es un buen vino.

—Hoy ya no. Ayer entramos en la semana de San Martín, y nos toca ayunar hasta la Navidad.

—¡Dios mío! ¡Qué vida! ¿Cómo podéis resistirla? ¡Las privaciones de un soldado unidas a la abstinencia de un monje! —se burló ella, y nuevamente le asestó una de aquellas miradas provocativas que a él tanto le costaba resistir.

—La disciplina —explicó, lacónico.

—Aún no me habéis dicho para qué me enviáis a Inglaterra —dijo ella mientras volvían a cabalgar juntos.

—Pronto la hija de vuestro rey, Isabel, desposará con el rey Eduardo II de Inglaterra —empezó él sin apartar la mirada del horizonte—. Aymer me ha dicho que vos conocéis a la princesa. Tan pronto como yo reciba el necesario sello, os despacharé camino de la corte inglesa, donde os presentaréis como dama de compañía encargada de preparar el recibimiento de Isabel. En esa comisión, y también más adelante, cuando seáis dama de la corte, os enteraréis de muchas cosas que pueden ser de importancia para nosotros.

—Así pues, ¿me pedís que me introduzca en la corte del rey Eduardo por medio de un documento falso? Pero entonces, ¿cómo me atreveré a afrontar la presencia de la princesa, que naturalmente no estará al corriente de la mía en ese lugar? ¿Debo engañarla también? ¿Y todo eso para haceros un favor, sin estar en deuda con vos por nada? ¿Por vuestra causa he de convertirme en espía de un rey y de la hija de un rey?

Dicho esto tiró de las riendas en serio e hizo ademán de volver grupas, pero antes de que pudiera realizar su intención él se acercó impetuosamente y aferró su brazo con tanta violencia que estuvo a punto de derribarla de la silla.

—Lo haréis por la causa del Temple, señora mía —la reprendió.

Ella intentó escabullirse.

—¡Soltadme! Me hacéis daño.

—Ya os he dicho la suerte que os aguarda en París —replicó él tranquilamente y sin soltar la presa—. Preveo que aceptaréis mi oferta, ya que no hay alternativa.

—Tengo amigos en Holanda. Ellos me recibirán.

—Lo siento, madame, pero le debéis al Temple ese favor, por haber descarriado a uno de nuestros más valientes caballeros.

Los ojos negros lanzaban relámpagos de furor al tiempo que ella echaba la cabeza atrás y resoplaba con desdén.

—¿Y si Aymer no sale vivo de La Cité?

—Eso no sucederá.

Ella soltó una carcajada sarcástica. Unas campanadas distantes anunciaban el rezo de vísperas. Ricardo soltó el brazo de Blanca e hincó espuelas sin volverse, convencido de que ella le seguiría.

Tras una jornada larga llegaron a Villers-le-Temple cansados y hambrientos, pero sin haber sufrido ningún tropiezo. Antes de entrar Ricardo echó pie a tierra y cambió la capa de viaje por el manto blanco del Temple. Mientras tanto sus movimientos eran observados por ojos desconfiados y en cuanto a Blanca, no la dejaron pasar de la puerta.

—¿Tendréis la bondad de atender a mi caballo mientras hablo con el comendador? —oyó Blanca que se dirigía a uno de los fámulos de hábito pardo, no poco sorprendida al comprobar la exquisita cortesía y amabilidad con que hablaba a quien no era, a todas luces, sino un simple mozo de establo.

Más de diez credos esperó Blanca a su regreso.

—Madame —anunció, al tiempo que se colocaba junto al estribo para ayudarla a descabalgarse—, se os ofrece una celda, pero al menos en ella estaréis a salvo. La están preparando para vos.

—¿Una celda? —preguntó ella lívida de indignación.

—Entre nosotros no se tolera la presencia de mujeres, y no disponemos de otras estancias salvo el dormitorio de los monjes. Ya es mucho que hayan

consentido proporcionaros alojamiento; me he visto obligado a poner en juego toda mi elocuencia para persuadirlos.

Ella no manifestó ninguna intención de apearse del caballo.

—Llebadme a Holanda.

—No tenemos tiempo para eso.

—No hace falta que me acompañéis. Habrá aquí alguien dispuesto a darme escolta, digo yo.

—Ninguno de nuestros caballeros se prestará a acompañaros. Dadas las circunstancias, difícilmente se avendrían a ser vistos en la compañía de una dama.

Entonces ella requirió las riendas con mano firme e hincó espuelas en los vibrantes flancos de su caballo.

—¡Pues iré sola! Cualquier cosa es mejor que vuestra celda de castigo.

Ricardo saltó a un lado para evitar que lo atropellase el caballo, pero en seguida lo sujetó por el bocado y lo frenó.

—Si al menos quisierais utilizar vuestro sentido común, madame —la interpeló—. Se hace de noche y aquí estaréis más segura que en ningún otro lugar.

Aunque estaba furioso, sus facciones permanecían impasibles.

—Quitaos de mi camino, ¡bastardo! —amenazó ella, y Ricardo apenas logró esquivar el fustazo que ella le asestó.

Era la primera vez que alguien le llamaba por su mote con intención de ofenderle, pero no dejó traslucir ni con una mueca que le hubiese molestado.

Dos de los freires corrieron en su auxilio y retuvieron el caballo. Ricardo aferró la delgada muñeca de Blanca y la descabalgó sin más ceremonia.

—Entrad —dijo—. Quedáis en buenas manos.

Blanca se quedó mirándole con los ojos muy abiertos: los ojos grises y serenos, la boca prieta y enérgica, la decisión irresistible, el ancho manto con la cruz.

De súbito sintió deseos de besarlo. Su cuerpo echaba en falta un hombre. Demasiados días llevaba separada de Aymer.

—Os odio —exclamó, y escupió en el suelo delante de sus pies.

Los ojos de él se estrecharon hasta convertirse en rendijas y ella, satisfecha por el efecto conseguido, se volvió y siguió pacíficamente al caballero que le mostraba el camino. Despertó con la primera misa de la mañana y al oír que él montaba a caballo, se quedó escuchando hasta que el ruido de los cascos se extinguió en la lejanía.

6

*Un gran sueño negro cae sobre mi vida: ¡Duerma toda esperanza,
duerma todo deseo! Nada veo ahora, del mal y del bien pierdo el
recuerdo...*

¡Ah, qué triste historia!

Paul Verlaine, Sagesse.

Por allá queda la puerta de Saint-Denis —explicó Fernán con un ademán hacia levante.

Pese a la oscuridad Ricardo logró distinguir las siluetas de tres molinos en la cima de un cerro próximo a las murallas de la ciudad. La puerta citada se hallaba no lejos de allí. Permanecieron un rato sin moverse del lugar, mirando alrededor para grabar en la memoria todos los detalles.

Ricardo señaló los molinos.

—¿Querrás esperar allí con los caballos?

Fernán asintió.

—¿Y los demás?

—Nos esperarán un poco más allá con el resto de los caballos. Además se nos reunirán unos diez hombres de la ciudad, que aguardarán confundidos entre la multitud y nos abrirán camino.

Orientándose en la oscuridad de la madrugada, se acercaron a los molinos y amarraron los caballos en la ladera del cerro que daba al norte.

Ricardo se quitó el manto, lo enrolló y lo sujetó delante de la silla de su cabalgadura. Buscó a tientas la daga que llevaba oculta debajo de sus sencillas prendas de campesino, y dirigió una rápida ojeada al horizonte, donde empezaba a despuntar la aurora. Luego volvió la mirada hacia los caballos, pasándoles rápida revista. Pilgrim aún no parecía recuperado después de la agotadora galopada hasta Villers-le-Temple, pero por fortuna se podía contar con Chançard, que se hallaba algo más fresco.

De nuevo pasó revista a todos los detalles de su plan.

—Temerario, pero realizable —dijo al fin—. Procura presentarte en el momento oportuno.

Fernán asintió con un breve ademán.

—¡Lo salvaremos!

—Si Dios quiere —agregó Ricardo al tiempo que se ocultaba en la oscuridad.

Una rata salió corriendo entre sus pies. Oyó el chapuzón del animal en el agua del foso, al pie de las murallas, y siguió a la espera, oculto al abrigo de la parte más oscura.

El gallo cantó varias veces, a intervalos regulares. En la media luz del amanecer Ricardo distinguió el poste que marcaba el lugar en donde se levantaría la pira, y se estremeció.

A la salida del sol abrieron las puertas de la ciudad y empezó a escucharse un lejano vocerío de la muchedumbre al otro lado de la muralla. Ya sacaban al preso. Doce jinetes, todos los cuales ostentaban la librea del rey, salieron por la puerta, y Aymer trastabillando detrás del último, atado mediante una larga

cuerda a la silla del caballo y vigilado por un pelotón de centinelas de a pie que le seguían a cierta distancia.

Cuando los jinetes pusieron sus cabalgaduras al trote, el súbito tirón derribó a Aymer. Mientras trataba desesperadamente de protegerse la cabeza con los brazos, lo arrastraron por entre la tierra, el barro y los pedruscos. Las argollas de hierro con que habían encadenado sus extremidades se le clavaban en las carnes.

Por la puerta de Saint-Denis salía un torrente de ciudadanos dispuestos a no perderse el espectáculo.

El clamor atronaba el aire. Por delante los curiosos huían para ponerse a salvo de ser atropellados por los caballos, y volvían a formar en círculo alrededor del reo. Ricardo se abrió paso a codazos entre la multitud, sin hacer caso de los que protestaban al verse empujados con tan escasa delicadeza, y logró situarse cerca de Aymer antes de que los de la escolta cerrasen alrededor de éste.

Aymer alzó la mirada. Al ver las facciones conocidas, entreabrió los labios con una mueca de dolor.

—¡Mátame! ¡Mátame! ¡Acaba de una vez! —suplicó en un susurro apenas audible.

—Ten valor, Aymer—logró responder Ricardo en voz baja antes de que la contera de un chuzo le empujase hacia las filas de los demás espectadores.

Todo sucedió luego con mucha rapidez. En un momento levantaron la pira. Aymer se incorporó y avanzó por entre las gentes que le abrían paso al tiempo que lo cubrían de improperios. Pero él andaba ahora con la cabeza muy alta, con desplante, como si nada pudiese ofenderle ya.

Ricardo contemplaba la escena con fría decisión. Poco a poco, procurando no llamar la atención de los circunstantes, se adelantó hacia la pira y de paso recogió un brazado de ramaje seco.

Con esto fingía formar parte del grupo de hombres que traían las últimas cargas de leña para la hoguera. Atado al poste, Aymer miraba la gris atmósfera matutina mientras movía los labios musitando oraciones.

A su alrededor se levantaban las primeras llamas, que iban avanzando poco a poco hacia sus pies.

Los mirones se echaron atrás. Entonces se acercó Ricardo y arrojó a la pira su brazado de ramas, el cual chisporroteó súbitamente y levantó grandes volutas de humo entre Aymer y los espectadores, momento que él aprovechó para desenvainar el puñal y buscar a tientas las cuerdas con que habían atado al reo.

—¡Eh! ¡Baja de ahí! —exclamó una voz.

De reojo vio que uno de los esbirros, el cual intentaba abalanzarse sobre él, estaba siendo retenido por otro, indudablemente uno de los freires disfrazado.

Arrodillándose, cortó febrilmente las cuerdas que sujetaban las piernas de Aymer. Algunos de los circunstantes, dándose cuenta de lo que ocurría, se pusieron a chillar:

—¡Es el bastardo! ¡A muerte! ¡Que ardan los dos! ¡Muerte a los templarios!

El clamor era más fuerte que el rugido de la hoguera. Ricardo vio que alguien lanzaba ramas encendidas sobre la multitud, que se echó atrás entre chillidos y aullidos de espanto.

Por el pasillo así abierto entraba al galope Fernán sobre su alazán tostado, llevando a *Chançard* y a *Pilgrim* de las riendas. Ricardo frenó a *Chançard* y alzó a Aymer sobre la silla, mientras las llamas lamían ya las vestiduras de ambos.

—¡Sigue a Fernán! —gritó para hacerse oír por entre el tumulto.

Al instante el caballo volvió grupas y echó a correr, al tiempo que Aymer procuraba aferrarse a la silla con una mano, poniendo en ello toda la fuerza de la desesperación.

Pilgrim resollaba mostrando los dientes y se encabritaba frente a las llamas. Manos ávidas de la muchedumbre se tendían con intención de agarrar las riendas.

—*¡Pilgrim!* —le llamó Ricardo con voz de mando, y el animal se acercó temblando y coceando para quitarse las zarpas de un soldado de a pie que pretendía retenerlo.

Ricardo saltó sobre la silla del espantado *Pilgrim* desde lo alto de la pira, a través de las llamas, y emprendió el galope para seguir a los demás por entre vaharadas de humo que en aquellos momentos brotaba de todas partes.

Un carro de heno incendiado se cruzó entonces en el camino, rechinando todos sus ejes y herrajes, y cortó el paso a los jinetes del rey, que en vano trataban de iniciar la persecución por entre la plebe amontonada y presa del pánico. Los caballos también estaban espantados y algunos derribaron a sus dueños.

Ricardo azuzó a su caballo negro. Fernán y Aymer le llevaban ya bastante ventaja, y el segundo había logrado colocarse mejor en la silla.

Menos mal que ellos llevan los caballos más frescos, pensó Ricardo mientras taloneaba a *Pilgrim*, pero el fatigado animal apenas aceleró su galope.

Aún no habían alcanzado las primeras espesuras del bosque de Chantilly cuando pudo observar que los caballeros del rey lograban reanudar la persecución. Eran seis los que intentaban darles caza, pero ¿dónde diablos quedaba el resto de los templarios que Fernán había prometido apostar para que les cubrieran la retirada? *Pilgrim* perdía cada vez más terreno. Enfrente, a unas doscientas yardas, se distinguía un arroyo. Ricardo calculó a ojo la distancia que le faltaba y la que llevaba a sus perseguidores, y siguió galopando hasta que alcanzó la orilla. Una vez allí echó pie a tierra, se ciñó la espada, se calzó las espuelas, requirió el escudo con la izquierda y volvió a montar para vadear el arroyo.

Apostado en el declive de la otra orilla, aguardó a sus perseguidores con la espada en la mano.

Éstos bajaron con precaución por la ladera y se dividieron en tres grupos. Ricardo hizo frente al más próximo y los empujó hacia el agua. Ellos cedieron terreno, pero sin darse demasiada prisa, rehusando el enfrentamiento pero ganando tiempo mientras los otros cuatro vadeaban el arroyo y se acercaban.

Ricardo miró a su alrededor. En aquella posición no tardaría en quedar rodeado. Eran seis y tenían a su favor la superioridad del número.

Espoleó a *Pilgrim* y corrió aguas arriba a lo largo de la orilla, hasta situarse en un lugar donde tuviese más soltura para maniobrar.

Los demás le persiguieron formando grupo cerrado. Entonces él tiró de las riendas, volvió grupas y espoleó de nuevo su caballo, para cargar al galope tendido contra los jinetes. En el aire se alzó con fuerza el grito de batalla de los templarios, «Vive Dieu, Saint-Amour!», y con un par de golpes de su espada dispersó el grupo de atacantes, quienes no habían previsto una reacción tan temeraria. Con el primer espadazo derribó de su silla a uno de los perseguidores y le hizo a otro un profundo tajo en el brazo derecho.

Otra vez hincó espuelas a *Pilgrim* para salirse de un salto por entre la barahúnda de atacantes. Entonces se vio con espacio suficiente para situarse y recibir el ataque como a él le convenía, por el flanco derecho de su cabalgadura.—

Un tercer jinete trabó desagradable conocimiento con el filo de su acero. El hombre cayó de la silla con un grito, echando sangre del muslo a borbotones.

En aquel momento Pilgrim empezó a cojear. Desprovisto de la protección habitual de su armadura, Ricardo se sintió casi desnudo. No obstante resistió la carga parando los golpes con el escudo. De súbito, una jabalina le acertó en medio del pecho, no con mucha fuerza, pero sí con la suficiente para herirle. El golpe y el dolor derribaron a Ricardo de espaldas.

Con un poderoso tajo de su espada todavía logró partir el asta de la jabalina, pero ya había perdido el equilibrio y se dio cuenta de que iba a quedar descabalgado. Cayó y al tratar de ponerse en pie resbaló en un charco de barro, o tal vez de sangre. Nunca lo supo mientras intentaba incorporarse y cubrirse bajo una verdadera granizada de golpes.

¿No era ruido de cascos lo que se oía más allá de los aceros que entrechocaban?

Un mandoble tremendo lo derribó a tierra, y se le escapó el escudo de las manos. Ahora sí que sería inevitable el golpe definitivo. Jadeó con fatiga. ¡Todo había terminado!

En un instante vio sobre sí la gigantesca barriga de un caballo negro encabritado, y las herraduras que hacían molinetes en el aire, peligrosamente cerca de su cabeza.

Uno de los cascos le golpeó y exhaló un grito, pero éste fue ahogado por otro que proferían muchas gargantas: «Baucent a la rescousse!» *[Nota: Baucent, o también Baussant o Beauséant era el estandarte del Temple. Baussant significa de dos colores, ya que la enseña tiene un campo blanco y uno negro. Algunos opinan que Baussant derivaba de «bienséant», que significa lo decoroso y benevolente, como para señalar a los templarios cómo debían comportarse en cualquier circunstancia y sobre todo con sus hermanos.]* Medio inconsciente por la patada del caballo escuchó el grito de batalla de sus caballeros.

Al cabo de un rato se hizo el silencio y Ricardo alzó la cabeza, que le dolía terriblemente. Sobre él estaba Pilgrim, que pese a su fatiga había peleado a coces contra los enemigos y en defensa de su amo.

Ricardo se incorporó agarrándose al cuello del valiente bruto y acarició las negras crines. A lo lejos huían desbocados los seis caballos de sus perseguidores, mientras algunos de éstos huían a pie, heridos y gritando maldiciones, por la otra orilla del arroyo. Cerca de él formaban sus partidarios, uno de los cuales echó pie a tierra y anunció:

—Vuestro escudo, señor —al tiempo que le tendía aquella muy maltratada pieza de su armamento, y luego, algo alarmado al comprobar la herida de la cabeza y el desgarrón sangrante del peto—: ¿Estáis bien, señor?

Ricardo soltó una carcajada.

—¡Acabo de jurar fidelidad eterna a mi caballo!

Los caballeros se miraron con incertidumbre. Aquel extraño joven e improvisado comendador suyo era muy diferente de los venerables y prudentes ancianos que solían presidir normalmente sus capítulos.

—Tarde os presentáis —les dijo Ricardo sin reproche, mientras echaba una mirada en redondo.

—Nos retuvieron, señor.

Ricardo desistió de solicitar más explicaciones y tomó a Pilgrim de la rienda.

—Quiero continuar hacia el norte. Os ruego que cubráis mi retirada, para no verme perseguido de nuevo.

—Ouil, Sire, de par Dieu —contestaron todos como un solo hombre, y saltando sobre sus caballos emprendieron el camino de regreso.

Cuando se vio a solas, Ricardo emprendió el camino a pie cruzando el bosque de Halarte, donde se había convenido el encuentro con Fernán y Aymer. Los halló refugiados al abrigo de una ladera.

Aymer estaba tumbado de espaldas sobre un lecho de pedruscos apresuradamente reunidos, e intentaba reponerse después del galope agotador que le había privado de las escasas fuerzas que le restaban.

Cuando Ricardo se arrodilló a su lado esbozó apenas una sonrisa desvaída y alzó con esfuerzo el brazo izquierdo para apoyar una mano helada en el hombro de su amigo. Fue a decir algo, pero en esta ocasión aquel francés tan impulsivo no halló palabras con que manifestarle su agradecimiento.

Fernán le tendió a Ricardo un atado de vendas limpias de hilo.

—No tengo experiencia con ese tipo de heridas —dijo en tono de incertidumbre, a lo que Ricardo asintió.

—Prefiero que te encargues de mi caballo. Va cojo.

Ricardo requirió el vino de sus alforjas e hizo que Aymer bebiese una jarra. El brebaje no tardó en surtir su efecto; sin embargo el herido apenas pudo reprimir un grito cuando Ricardo hizo intención de quitarle la camisa.

El agua fresca con que lavó sus heridas le alivió un poco.

—¡Aymer! —le sacó de su semiletargo la voz de Ricardo—. Abre la boca.

Obedeció, adivinando lo que se avecinaba. Ricardo le introdujo un pedazo de madera entre los dientes.

—Necesito tu ayuda, Fernán —dijo luego—. Sujétale el otro brazo.

Fernán se puso lívido, pero obedeció. Ricardo trató con la mayor delicadeza posible la masa informe de sangre y suciedad en que se había convertido la mano derecha de Aymer. Cuando tocó las carnes tumefactas y echó el chorro de agua para lavarlas, el rostro de Aymer se retorció de dolor e involuntariamente quiso retirar el brazo.

Ricardo le dirigió a Fernán una rápida ojeada. La mano estaba mutilada por completo, los dedos rotos y deformados. Los despiadados esbirros de la Inquisición le habían metido cuñas entre los dedos y se las habían clavado a martillazos hasta romperle los huesos de la mano. Durante los días de cautiverio ésta se había convertido en una masa purulenta y empezaba a sufrir el ataque de la gangrena.

Ricardo desenvainó la daga y actuando con rapidez y seguridad, cortó las carnes gangrenadas, mientras Aymer dejaba caer la cabeza a un lado y a otro. Por último restañó la sangre y vendó la mano estropeada.

—Necesitamos un médico cuanto antes —dijo al tiempo que retiraba la mordaza de la boca de Aymer—. Creo que perderás esa mano.

Luego le secó el sudor de la frente con un trapo empapado en agua fría.

—Es menester continuar —anunció—. ¿Crees que podrás montar a caballo?

Aymer asintió y Ricardo le ayudó a incorporarse y le acompañó.

—El manto, Fernán —ordenó Ricardo sin volverse.

Fernán le tendió la prenda y Ricardo envolvió con cuidado el cuerpo del herido, que tiritaba. Entre los dos lo alzaron sobre la silla.

—Me tratáis como si yo fuese un inválido —protestó Aymer mientras su mano izquierda sujetaba con fuerza las riendas de Chançard.

—Te sentirás como un inválido antes de que termine la jornada —le auguró Ricardo mientras echaba a andar el primero, llevando de la rienda a Pilgrim—. Tienes fiebre y es preciso que lleguemos a Courtrai cuanto antes, mientras todavía te resten fuerzas.

—¿Adónde queréis llevarme, a Flandes?

—Sólo allí podrás considerarte a salvo.

—No es mi seguridad la que me importa, sino la de Blanca. Me arrancaron su nombre y estoy seguro de que irán por ella. Hay que rescatarla, o me vuelvo ahora mismo a París aunque deba ir solo.

—En una cosa, al menos, os parecéis —sonrió Ricardo—. Ella también se empeñaba en regresar y lanzarse hacia el peligro. Está en lugar seguro, Aymer.

El aludido se quedó mirándole con incredulidad.

—Según mis noticias la tienen prisionera en su propio castillo, y me amenazaron con llevarla a París como rehén si me negaba a colaborar. Así pues, no me mientas, Ricardo.

—Lo sabrás tú mejor que yo.

—Queréis llevarme a lugar seguro, pero yo no puedo abandonarla en París ni saldré de Francia sin ella.

—Te lo juro por mi honor, Aymer. Está a salvo. La he alojado con nuestros hermanos de Villers-le-Temple, aunque no fue muy de su agrado la celda en donde la encerraron. Está en buenas manos, y no se le ocurrirá a nadie buscarla allí. En cuanto hayas recuperado las fuerzas iremos a recogerla.

Aymer le miraba fijamente, sin decir nada.

—Dice la verdad —terció Fernán—. Yo mismo la he visto. Es increíblemente hermosa.

Aymer, siempre mirando a Ricardo, sonrió sin deponer del todo su escepticismo.

—Si es verdad lo que decís, entonces has infringido los votos por mi culpa, hermano. Por Dios que has de contarme todos los detalles de esa aventura.

—Luego —se limitó a decir Ricardo.

Estaban saliendo del bosque.

—Ahí tenéis el camino de Flandes. Apresuraos, o todo habrá sido en vano.

Los siguió con la mirada hasta que se perdieron en la lejanía y luego inspeccionó la pata lesionada de Pilgrim, meneando la cabeza.

—Vamos, amigo —dijo como para darle ánimos—. No me dejes ahora en la estacada. Eres lo único que tengo en el mundo.

Ricardo todavía tardó tres días más en llegar a Courtrai; viajaba a pie, la cabeza de su caballo cojo siempre a la altura de su hombro. No ignoraba que Pilgrim necesitaba una larga temporada de descanso, pero eso era precisamente lo que no podía concederle al noble animal, ni concedérselo a sí mismo.

De manera que anduvo y anduvo con algún que otro tropezón y sintiendo sus fuerzas cada vez más mermadas, sin detenerse más que para beber unos sorbos de agua.

Cuando por fin entró por la puerta de la ciudad y se puso a recorrer las calles iba como un espectro, aterido hasta los huesos y tiritando al frío del crepúsculo vespertino.

Pese a la niebla que envolvía sus sentidos logró encontrar la posada que le había indicado Fernán y dejó a Pilgrim en manos de los mozos de cuadra, con el ruego de que lo atendiesen bien.

Hecho esto entró en el establecimiento y preguntó por su compañero. Fernán oyó sus pasos en el corredor y salió a su encuentro, dándole un abrazo fraternal.

—¡Gracias a Dios ya estás aquí! Temí que te hubiesen atrapado los esbirros del rey.

—¿Cómo está Aymer? —preguntó Ricardo, preocupado.

—Mucho mejor. Tenía mucha fiebre cuando pasamos la frontera, pero lo ha superado. El médico le amputó la mano. La primera noche fue la peor, pero ahora está restableciéndose poco a poco.

—¡Alabado sea Dios! —suspiró Ricardo, dejándose caer sobre un taburete junto a la chimenea—. Tráeme un poco de vino —tuvo fuerzas para susurrar todavía.

Fernán se acercó a contemplarlo detenidamente.

—Un paciente más para mi enfermería, me temo. Estás con fiebre.

Llegó justo a tiempo para recoger entre los brazos a su amigo y evitar que se derrumbara en el suelo.

Poco a poco los tres caballeros se restablecieron en Courtrai de sus fatigas y sus heridas, y fue como si renaciesen a la vida con renovadas energías. Tras rescatar a Blanca de su reclusión en Villers-le-Temple emprendieron el viaje a Brujas, donde planeaban embarcar en una de las naves flamencas que allí se dedicaban al transporte de lana.

Aymer había previsto trasladarse a Inglaterra con su dama, para regresar así que hubiese aprendido a manejar la espada con la izquierda tan bien como antes solía hacerlo con la derecha.

—Y aunque me faltasen ambas manos, sabré abrirme paso con el puñal entre los dientes —exclamó, mirando fieramente a su alrededor.

—Mientras quedéis completo de los demás miembros, amado mío, no me quejaré —le había dicho Blanca cuando volvieron a verse.

Los hábiles sastres flamencos habían hecho maravillas con el atuendo de Aymer, quien aprovechó la estancia para renovar totalmente su vestuario. Usaba un jubón corto a la moda, en raso verde y azul, y sobre éste un surcot de mangas acuchilladas que dejaban ver las mangas ceñidas de la prenda interior. Ricardo, más práctico, prefirió disfrazarse de obrero manual, como él decía, con un hábito largo de sarga corriente que le cubría hasta las pantorrillas, sobre el cual llevaba un grueso tabardo de amplios pliegues, todo ello de color negro.

Así equipados arribaron a Brujas y cuando se hallaron en los muelles, los dos caballeros que regresaban a Francia se despidieron de sus acompañantes.

—Te gustará Inglaterra, es un hermoso país —dijo Ricardo, presa de intensa nostalgia.

—Lo mismo dirías de Francia si la hubieras conocido antes de que cayera sobre nosotros esa especie de peste que está haciendo estragos en nuestro país —replicó Aymer.

Los tres hombres quedaron un rato en silencio; aún no habían pasado veinticuatro horas desde que un mensajero procedente de Francia les había traído la noticia de que el papa, persuadido por haber recibido de París más de un centenar de confesiones de los caballeros templarios, acababa de promulgar la bula *Pastoralis praeeminentiae*. En ella mandaba que los príncipes de las naciones hiciesen prisioneros a los freires y confiscasen los bienes de la orden por encargo de la Santa Sede. Felipe triunfaba en toda la línea.

Ricardo rodeó los hombros de Aymer con su brazo.

—¡Por el amor de Dios! Procurad que nuestros hermanos de Inglaterra comprendan que el peligro les alcanza también a ellos y que deben ponerse en guardia contra ese ataque. Eduardo acabará por ceder tarde o temprano.

Aymer era portador de una carta de Ricardo para Guillermo de la More, el maestro de la provincia inglesa del Temple, en la que describía con todo lujo de detalles la desgracia de los templarios franceses partiendo de la suposición de que no se habría recibido en Inglaterra una información completa de aquel estado de cosas. Y le proponía al maestro de la orden que se pusiera en comunicación con el cardenal Corbara para tratar de influir sobre el ánimo del papa Clemente.

Además le instaba a despachar mensajeros urgentes que se dirigiesen a todas las demás provincias del Temple con objeto de ponerlas sobre aviso y concentrar todas las fuerzas de la orden. En cuanto a Aymer, rogaba que fuese recibido como hermano pese a su indisciplina y que le ayudasen a ejercitarse en el manejo de la espada con la zurda.

A esta misiva le adjuntaba otra más breve para Tomás de Lincoln. Era un mensaje personal de Ricardo, aun sabiendo que el maestre sería el primero en abrirlo.

La carta que Tomás tal vez no recibiría nunca concluía diciendo:

Quiero participaros una cuestión que embarga mi mente y que deseo consultaros, por haber sido vos mi tutor desde el mismo día en que regresasteis de los santos lugares. Cuanto más lo pienso, más extraño me parece que nadie haya querido hablarme jamás de mis padres. Sobre este punto no puedo sino formular algunas conjeturas, las cuales entenderéis sabiendo que he adoptado el sobrenombre de «el Bastardo», por el cual soy conocido en toda Francia. No ignoro que al ingresar en la orden templaria renunciamos a nuestra vida pasada y os prometo no hacer ningún uso de lo que os avengáis a comunicarme y que os demando con el único fin de tranquilizar mi ánimo. Sabed también que el sobrenombre de «Bastardo» no obedece a esa razón, sino que tiene para mí otro significado completamente distinto. Me considero como un bastardo del Temple, excluido por razones para mí desconocidas pero siempre sometido en vida y hacienda al servicio de la orden así como fiel a los juramentos que presté al entrar en ella.

Dado y firmado por mí a cinco días de la festividad de San Andrés, en el año de gracia de 1307, Ricardo el Bastardo.

7

Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

Mateo 10, 16.

Por las vocingleras calles de París paseaba Ricardo sumido en sus pensamientos. Guillermo de Nogaret era el amo de la situación, desde el momento en que también el papa se plegaba a los designios de Felipe. Cierto que había enviado a la corte dos legados con el ruego de que los presos fuesen transferidos a la jurisdicción eclesiástica en vez de permitir que los interrogatorios fuesen dirigidos por la Inquisición en presencia de las autoridades laicas. Pero aquellos dos cardenales, Berenguer Frérol y Esteban de Suisy, eran hechuras de la corte francesa. En el pontificado anterior Frérol era obispo de Béziers, Suisy había sido canciller de Francia y Bertrán de Got, el futuro papa Clemente V, era el arzobispo de Burdeos.

En consecuencia, no era previsible que los legados Frérol y Suisy tuviesen gran cosa que objetar cuando el rey argumentase que no era necesario trasladar a los presos y que los freires podían quedarse en las dos fortalezas parisienses del Temple, en Château Corbeil, en Château de Moret-sur-Loing y en las demás cárceles que se les habían asignado.

Sin embargo la presencia de los dos prelados hacía posible que Ricardo siguiera albergando la esperanza de que los freires franceses lograsen aprovechar la oportunidad para retractarse de sus confesiones y declarar que les habían sido arrancadas bajo amenazas y torturas.

Ricardo siguió caminando a paso firme hacia la abadía de Saint-Martin-des-Champs, donde le esperaba otro cardenal, Tibaldo de Corbara, que se había servido de un pretexto para acompañar a sus colegas Suisy y Frérol y se encontraba en París.

El tintineo acerado de las espuelas resonó sobre las losas del recoleto claustro. En el crucero de la abadía salió a su encuentro el cardenal, sonriendo con benevolencia, y Ricardo se apresuró a ejecutar la obligada genuflexión para besar el anillo ofrecido.

—Gran merced me hacéis al permitirme saludaros, monseñor —dijo antes de ponerse de nuevo en pie.

—Pasea a mi lado. Aquí podremos hablar sin ser molestados —respondió el cardenal, y así empezaron a pasear lentamente por el claustro.

—Cincuenta días han transcurrido desde la noche en que fueron encarcelados mis hermanos —empezó Ricardo sin más circunloquios—. Os daré algunos números, los cuales resumirán la situación mejor que muchas palabras. En Francia tenemos unas quinientas o seiscientas encomiendas y unos tres mil adeptos. De éstos no hay noticias sino de unos ochocientos, la cuarta parte de los cuales han perecido en el potro del tormento. ¡Doscientos hermanos nuestros por lo menos, monseñor! De los ciento cuarenta encarcelados sólo en París han muerto treinta y seis a causa de los suplicios, otros veintiséis en Sens, y puede calcularse que en Caen, Cahors, Bigorre, Carcasona y Clermont habrán sido unos...

El cardenal meneó la cabeza con incredulidad.

—En París, sólo dos hermanos no se han dejado intimidar —prosiguió Ricardo—. ¿Estáis en condiciones de imaginar la angustia de los que han confesado, por no mencionar el dolor físico?

—Y tú, hermano Ricardo, ¿estás en condiciones de demostrar lo que dices? Se necesita algo más que simples palabras para presentar tan gravísimas acusaciones contra el inquisidor del Santo Padre.

—Os presentaré las pruebas antes de que regreséis a Poitiers —prometió Ricardo—. Han engañado a su santidad con tan abundantes confesiones, monseñor, pero no son válidas, teniendo en cuenta los procedimientos utilizados para arrancarlas.

—El papa Clemente es hombre de noble carácter, hermano Ricardo. Si es cierto lo que dices no dejará de hacerse cargo de tu indignación y sin duda se afligirá en su bondad natural.

El cardenal no hablaba con mucha convicción, y era evidente que aún no había comprendido las dimensiones de la tragedia que estaba desarrollándose ante sus mismos ojos.

—Hay que poner coto a los desmanes de Felipe antes de que sea demasiado tarde —continuó Ricardo con insistencia—. Y sólo el papa puede hacerlo y acabar con esa farsa horrenda. Es más, insisto en que su santidad debió impedirlo desde el primer momento, puesto que nuestra orden no está sometida a la jurisdicción de los obispos, ni tampoco los dominicos de la Inquisición tienen ninguna autoridad sobre nosotros. En virtud de nuestros antiguos privilegios sólo somos responsables ante la Santa Sede y todo cuando se refiere al Temple depende únicamente de ésta. Pero el papa, en vez de hacer valer sus derechos, ha promulgado la bula *Pastoralis praeeminentiae*. ¡Voto a Dios, monseñor! Es lo último que cabía imaginar.

El purpurado cubrió la boca de Ricardo con la mano para imponerle prudencia y le obligó a acercarse más.

—Felipe es hombre peligroso —susurró en voz tan baja que Ricardo apenas conseguía entenderle—. Yo le conozco hace mucho más tiempo que tú, y tampoco el papa habrá olvidado lo que sucedió con Bonifacio VIII, ni el papel desempeñado entonces por Nogaret. *[Nota: Hacia finales del siglo XIII estalló entre el papa Bonifacio VIII y Felipe IV una disputa sobre un impuesto con que el rey gravaba a los eclesiásticos. Esta diferencia degeneró en una lucha enconada durante la cual Guillermo de Nogaret utilizó todas las armas de la propaganda para desprestigiar al papa. Con el apoyo de Guillermo de Plaisians, acusó al pontífice de diversas faltas, sin exceptuar la sodomía ni la herejía. En 1303 Nogaret fue enviado por Felipe a la residencia papal de verano en Anagni, donde se hallaba Bonifacio, con orden de llevarlo a Francia (donde Felipe reunió luego un concilio que debía condenar al pontífice). Nogaret puso cerco a la ciudad, irrumpió en el palacio del papa y ofendió al Santo Padre, quien a su vez lanzó contra Nogaret y secuaces todas las maldiciones del cielo; para colmo. Sciarra Colonna, un florentino seguidor de Nogaret, abofeteó al papa sin quitarse previamente el guantelete. Y aunque el papa fue rescatado y conducido a Roma por los ciudadanos y por una partida de 400 caballeros romanos, no pudo superar la conmoción espiritual y murió un mes más tarde.]* Y como lo recuerda, hará cualquier cosa con tal de mantenerse al margen, aunque no siempre se consigue, por desgracia. La influencia de Felipe alcanza incluso más lejos de lo que tú imaginas, hijo mío.

—¿Hasta dónde exactamente, monseñor?

El cardenal exhaló un suspiro y apoyó la mano sobre el crucifijo de oro que llevaba colgando de una lujosa cadena.

—Es un secreto a voces que el rey Felipe tiene gran ascendiente sobre el papa, aunque no todo el mundo sabe que Felipe hace y deshace pontífices. En la curia se rumorea que cuando accedió a la silla de san Pedro nuestro papa felizmente reinante, a cambio prometió cumplir determinadas condiciones que

no deseo comentar ahora. Fueron seis las exigencias planteadas por Felipe, de las cuales cinco ya están cumplidas. En cuanto a la sexta y última, dicen que el rey prefirió mantenerla en secreto hasta que se cumpliera el plazo, por tratarse de «asunto grave y de la mayor confidencialidad». Por mi parte me temo, y cada vez estoy más convencido, que esa última condición se refería al Temple, y si es así los templarios están perdidos sin remisión. Porque si ahora el papa se niega a colaborar, Felipe lo aplastará como aplastó a Bonifacio, el cual era un hombre mucho más fuerte y mucho más sabio que nuestro Clemente... ¡todo un carácter, casi tan fuerte como el mismo Felipe!

Ricardo apretó los dientes y masculló a media voz:

—Así pues, ¿estamos vendidos pase lo que pase? Carcomida por la corrupción, ¿la Iglesia nos abandona?

A estas preguntas no quiso contestar el cardenal.

—Dios me sea testigo de que lo que te he contado son sólo suposiciones mías. He confiado en ti, hijo mío, porque creo que tienes derecho a conocer cuáles son los poderes a los que has decidido enfrentarte. No abuses de esa confianza, y quede entre nosotros lo que se ha dicho aquí. Su santidad es hombre bueno y misericordioso, y no os abandonará sin más ni más, sino que tratará de aprovechar cualquier posibilidad con tal de auxiliarnos, si es que tal posibilidad existe.

Ricardo asintió con aparente resignación.

—¿Querríais citar al cardenal Suisy o al cardenal Frédol para mañana por la noche, en esta misma abadía? —rogó por último, y luego agregó con intención—: No hace falta que acudan ambos, con uno de ellos bastará.

Anocheecía ya, y aquella noche se cumplía el plazo solicitado por Ricardo al cardenal Tibaldo de Corbara en la abadía de Saint-Martin-des-Champs.

Llovía y una molesta ventolera arremolinaba las hojas secas en el jardín del claustro, enmarcado por columnas de piedra. Ricardo apenas lograba ver dónde ponía los pies, pero se había aprendido el recorrido de memoria, losa a losa. Buscó a tientas el pomo de la puerta y empujó la hoja suavemente, comprobando que no estaba corrido el cerrojo. Entró con cautela. Un solo cirio alumbraba la habitación de manera que apenas se distinguía la cama al fondo de la pequeña estancia. El cardenal dormía. Ricardo se inclinó sobre él.

—Monseñor —susurró, y lo sacudió un poco—. ¡Despertad!

El eclesiástico despertó con sobresalto, alzó la cabeza, llevó ambas manos a los bordes de piedra de su lecho y trató de escrutar la oscuridad.

—Vestíos, ¡pronto! —dijo Ricardo, tendiéndole un atado de ropa.

—¡Ah! Eres tú —contestó, y empezó a ponerse torpemente las inhabituales prendas de paisano.

—¿Quién va a ser, Frédol o Suisy? —le preguntó Ricardo.

—Frédol.

Ricardo asintió y se encaminó hacia la estancia contigua. Se necesitó bastante más tiempo y mucha persuasión para conseguir que Berenguer Frédol se levantase a medianoche para ponerse prendas de ciudadano corriente y salir así disfrazado de la abadía.

Por último Ricardo regresó con Frédol al aposento de Tibaldo de Corbara.

—¿Adónde me lleváis? —inquirió Frédol.

—A una cárcel.

El cardenal se santiguó y el grupo se puso en marcha cruzando sigilosamente la capilla de la abadía para salir por una puerta trasera.

—¿Dónde están tus acompañantes? —preguntó Corbara en voz baja mientras dejaban atrás la calle principal y se metían en un lóbrego laberinto de callejones malolientes.

—Han quedado allí para asegurarse de que no hallemos dificultades al entrar.

Embozados en sus mantos, continuaron en silencio hasta que Ricardo se detuvo de súbito frente a un portillón, el cual se abrió tan pronto hubo llamado con tres golpes.

Entraron en un pasadizo estrecho, al fondo del cual se abría otra puerta trasera por donde se accedía al patio de un edificio de piedra flanqueado por una torre cuadrada.

En la entrada, debajo de un arco de medio punto, aterido de frío y con la mano sobre el pomo de hierro, uno de los hombres de Ricardo aguardaba allí en disfraz de sotana.

—Recordadlo, ni una sola palabra, y abrid bien los ojos y los oídos — advirtió Ricardo a los dos prelados.

Corbara asintió y entró con decisión acercándose a la luz de una antorcha; Frédol le siguió con evidente reticencia.

Ricardo encendió una segunda antorcha para alumbrarse con ella mientras bajaba una escalera bastante empinada y enfilaba un corto pasillo. Saltó con cuidado sobre el cuerpo de un centinela dormido y luego continuó el descenso por una escalera de caracol.

Abajo les aguardaba un sujeto desaliñado y de vil aspecto, quien tendió la mano en gesto inequívoco. Ricardo se apresuró a depositar en aquella mano una pieza de oro y el individuo sonrió, murmuró una frase ininteligible y se hizo a un lado. Incluso se tomó la molestia de descorrer los cerrojos y abrirles la puerta, cuyas herrumbrosas bisagras lanzaron un chirrido alarmante.

—Por fortuna, la corrupción no ataca exclusivamente a la Iglesia — comentó Ricardo con sarcasmo.

Ante ellos se abría una celda fría y estrecha. Una desagradable corriente de aire húmedo abofeteó los rostros de los cardenales, que titubearon largo rato antes de decidirse a entrar.

En el suelo húmedo y en la parte baja de las paredes de aquella especie de camaranchón se había formado un moho verde y resbaladizo. Sabandijas de todas clases corrieron a sus refugios cuando entraron los recién llegados.

Alineados junto a las paredes o echados sobre un montón de paja, vieron una docena de personajes fantasmagóricos, los ojos dilatados de terror en las negras y hundidas cuencas de sus caras famélicas. Llevaban sucias y desharrapadas las túnicas blancas, y nada en su aspecto recordaba el vigor que antaño los hacía tan temibles.

Mientras los cardenales permanecían inmóviles, mudos y como clavados en el suelo a causa del estupor, Ricardo se abrió paso y trató de dirigirse a sus hermanos para tranquilizarlos.

Algunos se sosegaron visiblemente cuando le reconocieron. Los demás callaban mientras él los saludaba a todos y fue a sentarse junto a los cinco que estaban tendidos en el montón de paja. Ni una palabra cruzaron mientras Ricardo examinaba las heridas, siempre atentos al mandamiento de silencio que les imponía su Regla.

Corbara y Frédol observaban la actuación, y se acercaron a una seña de Ricardo para inspeccionar las terribles lesiones que éste trataba de curar. Corbara vio con asombro cómo reducía el joven caballero la luxación de un brazo, como si fuese médico avezado.

Pese al frío que reinaba en la celda, Ricardo tenía la frente empapada de sudor, pues el trabajo era duro y le obligaba a poner en juego todas sus fuerzas. Por primera vez Corbara veía en él, no a un aventurero temerario sino la imagen del auténtico caballero templario, de un hombre serio y callado, el cuerpo y el espíritu forjados en la oración y el combate, y sin otros designios sino obedecer lo que le mandase la orden cerrando filas al lado de sus hermanos.

—Mort de Dieu! —blasfemó el templario sacando al cardenal de sus cogitaciones— ¡Este pobre diablo jamás podrá volver a caminar!

Ricardo les mostró los pies de un supliciado. El fuego había abrasado por completo las plantas y estaban al descubierto los huesos.

—¡Esto es lo que no querrán que veáis Nogaret e Imbert! —dijo mirando a Frédol—. Pero mis hermanos hablarán, ¡hasta que os duelan los oídos a vos y al cardenal de Suisy, y aunque no queráis escucharlos! Guillermo Imbert necesita testimonios para persuadir a los demás príncipes de la Cristiandad y generalizar la persecución contra los templarios. Por eso nos desangramos aquí, monseñor.

El cardenal asintió maquinalmente. Pero Ricardo todavía no se daba por satisfecho y le mostró otros dos caballeros que yacían inmóviles en el suelo:

—Son víctimas del chevalet. Les fueron descoyuntados todos los miembros en el potro.

Luego hizo que contemplasen el tobillo de un tercero:

—El brodequin —explicó lacónicamente.

El tobillo había sido triturado en el aparato de tortura de ese nombre, también llamado «bota española».

—Primero suplicó indulgencia, y luego quiso negar todas las acusaciones. Después del «hábil interrogatorio» se arrastró de rodillas llorando y confesó la mitad de los cargos.

Frédol se estremeció y no dijo ni una palabra. Por último Ricardo hizo seña a otro preso para que se acercase, le rodeó los hombros con el brazo al infeliz caballero y explicó:

—A sus veinticuatro años, el hermano Gautier ha perdido la virilidad en las cámaras de tortura. Le colgaron unas pesas de sus partes. Así son los métodos de los dominicos de la Inquisición, monseñor. El espectáculo debió de ser tan terrible que incluso uno de los padres presentes pidió que no lo torturasen más y que lo perdonasen, atendida su juventud. ¿Os gustaría ver la herida?

El cardenal meneó la cabeza con una mirada de horror.

—¿Os espantáis, monseñor? —preguntó Ricardo—. Nosotros estamos habituados a soportar el dolor en la batalla, a recibir heridas. Es parte esencial de nuestra preparación. Lo que me da más miedo es que el inquisidor no se contenta con eso, sino que hace circular entre los presos una falsificación, una carta que se pretende escrita por nuestro gran maestro y que los invita a declararse culpables.

Frédol le dirigió una mirada escrutadora.

—He visto con mis propios ojos los procedimientos a que el inquisidor cree tener que recurrir para obtener confesiones. Pero esta otra acusación es mucho más grave, y no tienes pruebas. No es más que una suposición. ¿Cómo sabes que la carta era falsa? Al fin y al cabo, Molay...

—Ha confesado públicamente, sí. Lo admito —le interrumpió Ricardo, furioso—. Pero, monseñor, no es lo mismo una confesión obtenida por los métodos cuyas huellas acabáis de contemplar, que conminar por escrito a los caballeros para que perpetren voluntariamente esa misma traición. No le creo capaz de semejante canallada, eso es todo lo que puedo decir. E incluso juraría que ni siquiera conoce la existencia de esa carta, ya que no es difícil robarle el sello a un prisionero desvalido y utilizarlo para lacrar un escrito cualquiera.

El cardenal callaba, aunque tenía el rostro congestionado, y permitió que Ricardo lo condujera al pasillo de salida. Antes de cerrar la puerta Ricardo se dirigió por última vez a los presos:

—Valor, hermanos, y no temáis, que Dios ya os ha perdonado... porque él conoce la verdad, que es nuestra inocencia.

Cuando se volvió y se hubieron corrido de nuevo los cerrojos, se tropezó con la ceñuda mirada de Frédol que le cerraba el paso en el estrecho corredor.

—Te has propasado al pronunciar palabras que no te corresponden. Aunque seas fraile, hermano, no eres sacerdote y no tienes potestad para absolver a nadie de sus pecados, ni para hablar del perdón divino, ni siquiera para juzgar acerca de quién es culpable y quién no.

—Dad gracias a Dios, mi señor cardenal, por no haber hablado así mientras todavía nos hallábamos allí dentro, porque os habría aplastado el cráneo —replicó Ricardo con violencia.

Sin que él se diese cuenta, el compañero que sostenía la antorcha a la salida del pasillo escuchó aquellas palabras con mal disimulada sonrisa.

Conteniendo a duras penas su furor, Ricardo prosiguió:

—Mi propósito era devolveros a la abadía con mis compañeros después de esta breve visita, pero en vista de que todavía no estáis convencido, de que no he conseguido disipar por completo vuestras dudas, me veo en la necesidad de invitaros a seguir acompañándome. Porque mi ronda de este género de establecimientos todavía no ha terminado. Será para mí un placer el daros a conocer una nueva sensación, monseñor, la de acostarse al despuntar el sol en una cama deshecha y fría con los pies empapados, un dolor de cabeza terrible y la sensación de no tener ni un hueso sano en todo el cuerpo.

Una mano tranquilizadora se apoyó en su brazo. Era Tibaldo de Corbara.

—Yo también os acompañaré, si no te parece demasiado peligroso —dijo.

Al amanecer, cuando los dos dignatarios regresaron a la abadía y se dejaron caer en sus camas, se sintieron exactamente como les había predicho Ricardo.

Éste dejó a Frédol en un estado de fuerte agitación interior y entró por la ventana en el aposento de Corbara.

—Vuestras prendas —susurró Ricardo al tiempo que se descolgaba a pulso de la estrecha ah bertura.

—Mis prendas —repitió el cardenal, ausente, como en sueños.

Ricardo sonrió y le mostró el manto rojo que tenía pulcramente doblado sobre un arcón de madera. Le daba un poco de pena el anciano, que presentaba signos de gran fatiga.

—¡Ah, claro, la ropa!

El joven le ayudó a quitarse los incómodos calzones y el jubón de cuero.

—Ya os lo decía yo —comentó en tono amistoso, pero decidido, mientras le iba alcanzando las prendas del hábito cardenalicio—. Y eso que sólo habéis sido espectador. Todavía disponéis de una hora para descansar antes de la primera misa.

—Muy generoso de tu parte. ¿Nos veremos en la iglesia, entonces? —dijo el anciano, como para demostrar que no había perdido el sentido del humor.

—Me temo que no. Tengo otras cosas que hacer—respondió Ricardo.

El cardenal, que se había tumbado a medias, volvió a incorporarse de súbito.

—Dime, hermano Ricardo, ¿cuándo rezas tú?

La pregunta sorprendió un poco al aludido, quien soltó luego una carcajada y respondió:

—Hago como los cistercienses: ora y labora. Pero ya no se sabe bien de parte de quién está Dios. O mejor dicho, ya no estoy seguro de nada.

Pese a la franqueza de Ricardo el cardenal no se llamó a escándalo.

—La verdad es que has visto tantas tribulaciones en tan poco tiempo, que no me extraña que hayas llegado al extremo de poner en duda la justicia divina.

—Habéis leído mis pensamientos, monseñor. ¿Es de extrañar que titubee la fe cuando somos víctimas de tamañas injusticias? ¡Cuando incluso el papa

se pone de parte de nuestros enemigos! El Dios que tolera esos males no es un buen Dios.

El eclesiástico le miró con firmeza.

—No digas eso, hijo mío. Dios ha querido someterte a una prueba muy difícil, pero Su amor es grande. Dios es amor, hermano Ricardo.

Ricardo soltó una carcajada amarga.

—¿Cuándo te confesaste por última vez? —siguió insistiendo el cardenal.

Ricardo se acordó de la iglesia redonda del Temple londinense y murmuró lleno de remordimientos:

—Han transcurrido casi dos meses.

El anciano se mostró contrito y Ricardo se encogió de hombros en gesto de disculpa.

—Aunque todavía fuese posible hallar a un capellán del Temple, me vería obligado a callar para no comprometerme y no comprometer a mi confesor. ¿Acaso creéis que un paseo como el de anoche se consigue así como así? No, sino que requiere muchos días y muchas noches de preparación. El método por el cual he conseguido tener acceso a las cárceles de mis hermanos dista mucho de ser legítimo. Es verdad que he tratado de apelar a los sentimientos de los guardianes, pero la compasión por sí sola rara vez abrió nunca la puerta de un calabozo. Así que debo recurrir al soborno, a la intimidación y a la coacción... y cargar con la parte del pecado que me toca. Os suplico que habléis a su santidad de lo que habéis visto. Persuadid al Santo Padre de la necesidad de poner coto a los abusos de la Inquisición. Que reclame para sí la jurisdicción sobre este pleito, y que nos conceda un juicio justo y la posibilidad de defendernos. Y así me dispensaréis de una empresa que cumplo por sentido del deber, pero que aborrezco en el fondo.

Hincó la rodilla en tierra con intención de besar el anillo, y entonces notó que la mano del cardenal descansaba sobre sus cabellos.

—El que no confiesa sus pecados no participa de los sacramentos de la Santa Iglesia Romana, y el que no ha recibido la absolución no puede recibir la Santa Comunión. En consecuencia, no participa de la esencia de Cristo ni alimenta su alma para la vida eterna.

¿Qué va a ser de ti, hermano Ricardo?

—A mis hermanos presos, monseñor, también se les niegan los sacramentos de la Iglesia. ¡Comprenderéis cuánto padecen por ello! En consecuencia, yo no tengo derecho a disfrutar de un privilegio que a ellos no se les alcanza.

El cardenal rió de buena gana.

—La sinceridad de tus palabras es aplastante, hijo mío. Quizá tengas razón, y celebro que me hayas hablado con franqueza. ¿Acaso no vale eso tanto como una confesión? Por tanto, yo te absuelvo de tus pecados, aunque no los haya escuchado.

Hizo la señal de la Cruz y prosiguió:

—No obstante, quiero poner a prueba tu conciencia una vez más. Antes de plantearle la cuestión al Santo Padre debo asegurarme de la causa.

Ricardo alzó la cabeza.

—Desde luego, monseñor.

—En los círculos de la Inquisición impera la creencia de que el Temple guardaba un secreto interior, el cual se revelaba sólo a una minoría de los caballeros. Sin embargo, los documentos no manifiestan nada que corrobore tales suposiciones con claridad suficiente. ¿Es verdad eso que dicen, Ricardo?

El interpelado sostuvo la mirada penetrante del cardenal.

—Si verdaderamente el Temple celaba un secreto, a mí nunca me iniciaron en él —respondió.

—Esa respuesta no me parece satisfactoria. Si hubiese existido una cosa así en el Temple, de una manera u otra tú sabrías algo. No me refiero a las perversiones ni a las blasfemias de que hablan los inquisidores. Tal vez sea algo más inocente, o tal vez sólo sea inocente en apariencia. La palabra herejía es muy fuerte, pero ésta se oculta en los rincones más insospechados y puede revestir muchos disfraces. En este aspecto hemos conocido sorpresas bien extrañas.

Ricardo no contestó en seguida. Rememoró los años de su vida transcurridos en la encomienda londinense.

Al cabo de un rato dijo:

—Nosotros los templarios somos vástagos de la pequeña hidalguía y tenemos pocas letras. Los únicos libros que he visto en el Temple eran biblias, misales, himnarios y devocionarios, un libro de vidas de los santos mártires y otro con la Regla de la orden. En libros así no se aprenden herejías. Nosotros no somos filósofos ni místicos, sino soldados que servimos al Señor a nuestra manera sencilla. De entre nosotros no salen profundas consideraciones filosóficas, ni tampoco errores de fe. Algunos dicen que a causa de nuestra larga estancia en Oriente se nos contagiaron los vicios y las malas costumbres de los infieles, y nos acusan de practicar la sodomía—meneó la cabeza con fatiga—. Jamás, en todos los años que viví en el Temple, he visto una acción torpe. Y si aprendimos algo durante nuestras campañas en Oriente, monseñor, sería únicamente que nuestras experiencias allí ensancharon nuestros horizontes, pero ello no significa que nos hayamos apartado ni un ápice del cristianismo.

El cardenal asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Ricardo se llevó la mano al lugar donde normalmente debía hallarse la cruz sobre su manto blanco.

—Juro por lo más sagrado que a mi más leal saber y entender el Temple no oculta nada que no pueda manifestarse a plena luz del día.

Tibaldo de Corbara lanzó un murmullo de satisfacción.

—Demuéstrame que dices verdad acompañándome a la primera misa. Al menos habré contribuido en algo a la salvación de tu alma.

Ricardo hizo un ademán de resignación. ¿Acudirían en vano los que aquella mañana buscasen al mendigo de Saint-Martin-des-Champs? Eran muchos los que esperaban verle. ¿Haría una excepción en favor del cardenal?

Mientras se ponía en pie, pensó que tal vez aún le quedaba tiempo para ponerlos sobre aviso.

—Estaré aquí con la primera campanada —prometió, a lo que los rasgos severos del eclesiástico se animaron con una leve sonrisa.

—Haré cuanto esté en mi mano para ayudarte. Que Dios te asista y te acompañe.

8

*Ni muros de piedra hacen cárcel ni barrotes de hierro hacen jaula:
Para el espíritu inocente y sereno eso no es más que una ermita.*

Richard Lovelace, To Althea, from prison.

La reclusión en aislamiento puede quebrar la voluntad de un hombre como la misma tortura física. Y dado que el gran maestro del Temple era casi un anciano a sus sesenta y tres años, la Inquisición prefirió aquel otro método para sacarle las imprescindibles confesiones.

El viejo, que cuando estuvo en Tierra Santa había cumplido como el primero, se había mostrado sumamente inflexible mientras estuvo al frente de la orden, sin querer admitir ninguna concesión y desoyendo sucesivamente al papa, al rey de Chipre y a los caballeros hospitalarios. De hecho el Temple había conocido mejores jefes, pero la élite de la orden pereció durante el sitio de San Juan de Acre, en el intento de salvar para la Cristiandad aquel último reducto de Tierra Santa. Y ahora Molay había cedido a la intimidación del gran inquisidor Guillermo Imbert.

De Molay traicionaba a la orden con sus confesiones. Cuando los cardenales Frédo y Suisy lo visitaron en su celda de techo bajo, tras arrancar en duras negociaciones la autorización para hacerlo, no hallaron en el hombre la grandeza que hubiera sido de esperar de un gran maestro del Temple.

Atormentado por la soledad y privado de noticias ciertas del mundo exterior, recibió a sus visitantes con una actitud mezcla de recelo, miedo y, contra todo sentido común, cierta esperanza.

La celda, aunque lóbrega, no carecía de algunas comodidades. Tenía una cama, una silla, un pupitre para escribir y una diminuta ventana al exterior por donde entraban algunos débiles rayos del sol invernal.

Jacobo de Molay se puso en pie no sin algún esfuerzo y saludó a los visitantes con solemnidad y altanería verdaderamente dignas de un maestro de los templarios.

Entonces su mirada se volvió hacia el dominico que titubeaba en el umbral antes de decidirse a entrar, y los rasgos del anciano se helaron de súbito. El hábito de la Orden de Santo Domingo se vinculaba necesariamente con la Inquisición y además el preso no dejó de observar que el monje traía recado de escribir en la izquierda. Mientras estuviese presente aquel hombre la conversación con los cardenales no podría desarrollarse en términos de franqueza. Luego la puerta se cerró y se oyó cómo corrían los cerrojos por fuera. El dominico adelantó un paso, colocándose bajo la claridad del ventanuco, y echándose hacia atrás la capucha, hincó la rodilla en tierra y bajó la cabeza sin decir palabra.

—¿Qué significa esto? —preguntó el precavido Molay.

—Es uno de vuestros caballeros... de Inglaterra, a juzgar por su acento. Ha insistido mucho en unirse a nosotros y se lo hemos consentido, bajo su propio

riesgo. Nos ha prometido callar hasta que haya concluido nuestra conversación con vos —explicó Frédol.

Al parecer, la noche pasada con Ricardo y sus gentes en las cárceles de París había dejado alguna impresión en la conciencia del cardenal. Molay contempló largamente al joven y luego dijo, como hablando consigo mismo:

—¿Un caballero del Temple en libertad? —y luego, volviéndose hacia el cardenal, agregó—: Monseñor, con esto me hacéis una gran merced. Mucho ha consolado mi espíritu el ver a uno de mis fieles caballeros.

Hizo un breve ademán, a lo cual Ricardo se incorporó, retrocedió un paso y, apoyando la espalda en la puerta cerrada, aguardó con paciencia mientras escuchaba con atención las voces de los dos cardenales.

Dijeron que el papa los enviaba para realizar una investigación más detallada, ya que no estaba del todo persuadido de que los caballeros templarios fuesen realmente culpables de los numerosos delitos que les imputaba la Inquisición.

Le dijeron que muchos presos se habían confesado culpables en sus declaraciones, y que ello había motivado una bula del papa, y también le contaron, aunque sin mencionar el nombre de Ricardo, las visitas secretas durante las cuales Frédol había podido comprobar personalmente cómo se habían obtenido tales declaraciones. Molay no les interrumpió ni una sola vez y se limitó a escuchar, disimulando la sorpresa incluso mientras le hablaban de las confesiones de los principales dignatarios de la orden, sin exceptuar las suyas.

Por último le preguntaron si era verdad que había puesto en circulación entre los presos una carta instándolos a confesar, según se rumoreaba.

Molay frunció el ceño y meneó la cabeza con impaciencia sin esperar siquiera a que hubiesen terminado de hablar. Por último Frédol y Suisy guardaron silencio.

Durante aquella pausa, los ojos fatigados y dolientes del gran maestre buscaron en la penumbra los del joven caballero. Este hizo una breve inclinación de cabeza y se acercó al pupitre con una sonrisa optimista para tranquilizar el ánimo del anciano gran maestre. Y mientras la pluma de ave rasgueaba sobre el pergamino Ricardo fue testigo de las palabras de Jacobo de Molay:

—Los suplicios inhumanos que han padecido nuestros hermanos y las tremendas presiones de que yo mismo he sido víctima sin duda explican mi claudicación. Pero yo os aseguro que no he escrito ninguna carta del tenor que decís. Os ruego que recabéis del rey mi presentación ante su santidad el papa, única autoridad que reconozco, y en cuya oportunidad pienso retractarme oficialmente de mis declaraciones anteriores y negar todas las confesiones que contienen.

Frédol le dirigió una mirada penetrante.

—¿Vais a retractaros de vuestras confesiones?

—Definitivamente —respondió Molay con decisión.

El cardenal Esteban de Suisy miraba por encima del hombro de Ricardo para persuadirse de que las palabras del gran maestre quedaban fielmente reflejadas en el pergamino, mientras Molay seguía hablando y se quejaba de que se le hubiese negado la asistencia espiritual de un sacerdote, pese a haberla implorado repetidas veces. Además le habían prohibido tanto el oír

misas como el encararlas, tratándolo como a un excomulgado, y lo mismo a sus hermanos.

La voz del gran maestro cobró acentos patéticos al declarar:

—Es tan grande el desvalimiento en que me hallo, que ni siquiera he podido impedir que los caballeros fallecidos en las cárceles de resultas de las torturas hayan sido enterrados fuera de sagrado y sin administrarles los últimos sacramentos.

El anciano guardó silencio, y entonces Ricardo se puso en pie y tendió el pergamino a Esteban de Suisy, quien lo leyó con gran detenimiento y por último meneó la cabeza en señal de anuencia.

—Podéis hablar con él, pero os ruego que seáis breve —dijo.

Ricardo, consciente de que disponía de poco tiempo, se dirigió sin más rodeos a Jacobo de Molay:

—Señor, he venido a ofreceros la fidelidad de un puñado de caballeros libres, los cuales están enteramente a vuestro servicio.

—No os conozco de nuestra encomienda de París. ¿Quién sois?

—Ricardo, caballero de la encomienda de Londres, y comendador provisional de los caballeros libres de Francia.

Sin ocultar su sorpresa, el gran maestro escuchó con mucha atención el relato de cómo Ricardo había sacado de las cárceles algunas docenas de presos y se disponía a ampliar la organización que había montado para socorrer a los demás encarcelados, sobre todo aportándoles las noticias del exterior que sus verdugos les negaban.

—Vuestra presencia y sobre todo las noticias que traéis me infunden renovado valor —dijo Molay cuando hubo terminado Ricardo—. Hicisteis un gran servicio, pero no puedo dar mi conformidad a la liberación de nuestros hermanos por la fuerza de las armas, ya que ello no dejará de perjudicar nuestra causa. Podéis contar con los hombres que ahora tenéis a vuestra disposición, pero a los demás nos toca el defendernos desde aquí. Agradecemos vuestra valiosa ayuda pero no estamos en condiciones de daros instrucciones al respecto. Ya que vos podéis juzgar las posibilidades mucho mejor que yo, actuad con arreglo a vuestro criterio y de acuerdo con vuestros hermanos.

—De par Dieu, Beau Sire —respondió disciplinadamente Ricardo al tiempo que hincaba una rodilla en tierra y ofrecía sus manos unidas a las del gran maestro.

Aunque los dos cardenales observaban la escena con mucha atención, no advirtieron que con aquel gesto cambiaban de manos tres tablillas de cobre y un estilete.

—Siempre he sabido que vos no pudisteis escribir esa carta que circulaba entre los presos para inducirlos a confesar —dijo Ricardo—. Les será de gran ayuda el saber que vais a retractaros de vuestras confesiones; por tanto, procuraré que la noticia circule cuanto antes.

Entonces el gran maestro comprendió del todo para qué habían de servir las tablillas de cobre. Hizo una seña a los cardenales que le invitaban a poner término a la conversación, solicitándoles paciencia, y se volvió de nuevo hacia Ricardo.

—En virtud de mis facultades queda confirmado vuestro nombramiento de comendador, con todas las atribuciones que corresponden al grado, y quedan

bajo vuestro mando todos los caballeros y hermanos que hallándose en libertad se vean imposibilitados de ponerse a las órdenes de sus superiores naturales.

Dichas estas palabras el gran maestro apoyó una mano en el hombro de Ricardo para indicarle que se pusiera en pie. A continuación le abrazó y aprovechó la oportunidad para decirle rápidamente al oído:

—En el lecho de la muerte, el templario iniciado en los secretos de la orden puede revelar parte de esos secretos a otro hermano. Sé que estoy perdido. He aquí la primera parte: «Cristo es un camino».

Con una suave presión apartó de sí al joven caballero y como si fuese un ademán casual, dejó caer la mano a lo largo del cordón blanco de su hábito, y que terminaba con tres nudos en cada extremo. Alzó la mano y dijo con una mirada significativa:

—Ve con Dios ahora, y que Él te conceda fuerza y prudencia.

Cuando salió junto con los cardenales, Ricardo se hallaba en estado de gran confusión, trastornado por aquellas últimas palabras del gran maestro. ¿Qué podían significar? Pese a su aparente normalidad, ¿por qué no había dicho «Cristo es el camino»?

Por la noche, a solas en su habitación, hizo un nudo en cada extremo del cordón blanco que ceñía alrededor del cuerpo, debajo de las ropas.

Al día siguiente, también Hugo de Pairaud desmintió sus propias confesiones, y su ejemplo fue seguido por muchos caballeros, hasta unos cincuenta, quienes dijeron no ser válidas sus declaraciones anteriores por haberles sido arrancadas a la fuerza. Sus esperanzas se fundaban en la presencia de los legados papales en París, así como en las tablillas de cobre, donde Jacobo de Molay había garabateado algunas palabras que fueron circulando entre los presos.

A mediados de diciembre los cardenales regresaron a Poitiers, y Tibaldo de Corbara puso en juego su influencia para asegurarse de que sus colegas informasen al papa en términos verídicos. El pontífice no hizo ningún secreto de su repugnancia al enterarse de aquellas atrocidades.

9

Era un erudito avezado, de los buenos, excepcionalmente sabio, elocuente y convincente, orgulloso y agrio con los que no le apreciaban, pero dulce como el verano con quienes buscaban su consejo.

William Shakespeare, Enrique VIII.

Fue como si hubiese vuelto el pasado. La bandera blanca y negra tremolaba sobre las almenas, y los caballeros de manto blanco hacían la instrucción en la plaza de armas del Temple londinense. Como si jamás hubiera existido un Felipe el Hermoso, ni sus maquinaciones.

Llegado a la entrada principal del Temple, Aymer respiró hondo. Allá en lo alto, sobre su cabeza, ondeaba el Beauséant. Escuchó las familiares campanadas y olfateó el viejo y conocido olor a cuadra caballar, mezclado con los aromas de las especias exóticas que se guardaban en las despensas.

Chançard sacudió las crines mientras Aymer se detenía frente a los centinelas.

—Traigo una carta para el comendador, con el encargo de entregársela en propia mano.

Con un gesto de la cabeza, uno de los hombres armados que guardaban el portal indicó una de las casas que se apretujaban en el interior del recinto amurallado. A otro ademán salió del cuarto de guardia un caballero que acompañó a Aymer, mientras un gañán conducía a Chançard hacia los establos.

Pasaron por delante de la herrería, las cuadras y los graneros.

—¿Cómo es vuestra gracia, señor? —le demandó el caballero mientras enfilaban la estrecha calle central del Temple.

—Aymer de Vraineville, caballero de la encomienda de Ruán.

Su interlocutor no lanzó ninguna exclamación de asombro, como tampoco había dado ninguna muestra de admirar la fastuosa indumentaria del visitante. Era de una impassibilidad perfecta.

—¿Qué mensaje traéis?

—Una carta para vuestro comendador, que debe ser entregada en mano por mí mismo.

El caballero inclinó la cabeza y se santiguó. Pasaban por delante de la capilla. Detrás de ésta se hallaba la sala capitular, y Aymer fue introducido sin más ceremonias.

En seguida lo dejaron a solas con Guillermo de la More, máxima autoridad de la provincia inglesa de la orden.

Aymer hizo una reverencia y le entregó el rollo de pergamino.

—Sire, este documento me fue entregado hace tres días en Brujas por uno de vuestros caballeros, el hermano Ricardo. Ruego me excuséis por saludaros con la zurda.

Las espesas cejas negras se frunció y unos ojos azules y severos escrutaron al personaje, observando el brazo derecho vendado y la lividez enfermiza del rostro.

—Tomad asiento —dijo, lacónico, tras lo cual rompió el sello y empezó a leer.

Una vez más, ninguna reacción visible. Reinaba un silencio total, interrumpido tan sólo por un lejano campanillazo. El maestre carraspeó.

—Tenéis mi permiso para quedaros entre nosotros. Procuraremos restableceros en vuestro anterior estado de salud y plenitud de fuerzas. ¿Qué es esto? —le mostró la misiva de Ricardo, plegada en varios dobleces pero sin sello.

—Es un escrito para el hermano Tomás de Lincoln, aunque no lo ha sellado por suponer que vos querríais leerlo primero.

Los delgados labios se plegaron en una leve sonrisa. El maestre desplegó la hoja y leyó rápidamente su contenido.

—Sí, el hermano Tomás sabe mejor que nadie cómo hay que tratar a ese joven. —Alargó la mano hacia una campanilla, pero luego mudó de intención.

—Llevadla vos mismo. Le gustará hablar con vos. Decidle que le haré llamar más tarde, y quiero que vos también estéis presente cuando discutamos estos asuntos.

El caballero acompañante de Aymer, que esperaba al otro lado de la puerta, le mostró entonces el camino hacia un sencillo caserón de piedra situado a mediodía de la capilla. Los gruesos muros apenas tenían ventanas, y no había otro acceso sino una especie de portillón bajo con puerta de roble, por donde se entraba en un pasillo abovedado y con muy poca luz.

Las botas de Aymer resonaron sobre las losas de piedra. A ambos lados del corredor se abrían arcos bajos y estrechos, sin puertas, por donde se entraba a las celdas de los caballeros. En cualquier momento se podía entrar o salir de ellas; en su interior no tenían sino dos catres, y además una palmatoria con la vela para alumbrarse.

Al fondo del pasillo se abría una estancia de techumbre muy alta, iluminada por dos ventanas ojivales que se abrían en lo alto hacia el exterior. Al entrar en este recinto Aymer vio que estaba amueblado con tres pupitres y dos rústicos bancos adosados a la pared. A la izquierda había una chimenea con campana de piedra, en donde chisporroteaba un fuego de leña. El resplandor de las llamas alumbraba el perfil de un anciano que ocupaba una humilde silla, hecha de madera de roble apenas desbastada, y tenía un rollo de pergamino entre las manos.

—Acercaos, mi señor, y sed bienvenido —dijo sin volverse ni apartar la mirada del documento que estaba estudiando.

Hablaba en tono de fatiga, aunque no sin cierto calor y cordialidad que contrastaban singularmente con la frialdad de la estancia.

Aymer se llegó a la chimenea para calentar su mano aterida de frío cerca del fuego.

—¿Tomás de Lincoln? —inquirió.

El anciano depuso el pergamino y se frotó las sarmentosas manos.

—Hablando estáis con él —anunció, mientras contemplaba con atención al interlocutor, su cabello ensortijado, su barbicha negra y la franca mirada de sus ojos color castaño.

—Aymer de Vraiveville, caballero de la encomienda de Ruán —repitió Aymer su presentación.

Tomás miró con curiosidad el lujoso jubón de seda que asomaba por debajo de la capa de Aymer y el corte extranjero de todas las prendas.

—Extraña indumentaria para un templario —dijo, pensativo, y luego agregó dando muestras de mayor interés—: ¿Cuánto hace que abandonasteis suelo francés?

—Unos diez días.

Al oír esta respuesta las facciones surcadas de arrugas se animaron notablemente y habló con voz algo más firme:

—¡Ah! Entonces podréis contarme lo que ha sucedido con nuestros hermanos en Francia, ya que después de las famosas jornadas de octubre apenas hemos vuelto a recibir noticias. Cierto que hemos enviado algunos correos para que nos tuvieran al tanto de la situación, pero no tienen mucho que contar.

Aymer metió la mano entre los pliegues del manto y sacó la carta de Ricardo.

—Lo sabréis todo, pero será en presencia del maestro More. Aquí podéis leer un anticipo, no obstante, en esta misiva del hombre a quien despachasteis de aquí pocas fechas antes de esa noche trágica.

El anciano se afianzó con ambas manos en los brazos de la silla y se incorporó no sin exhalar un quejido de fatiga.

—¿Habéis conocido a Ricardo? ¡Ah! ¡Es el Cielo quien os envía a mí, hermano!

Aymer soltó una carcajada amarga y le mostró su brazo vendado.

—Decid mejor que es el infierno quien me ha arrastrado hasta aquí.

Tomás de Lincoln no vio en ello motivo de risa.

—He rezado a Dios para pedir un signo de vida. Cuando dejamos de recibir noticias de él, supuse que su temeridad le habría llevado a Francia —explicó al tiempo que tomaba la carta con sus manos temblorosas—. La verdad es que he vivido fuera de mí desde que él se marchó. Ha sido como perder un hijo propio —dijo como excusándose.

Tras dejarse caer de nuevo en la silla, leyó las líneas escritas con aquella letra que él conocía tan bien.

—Ricardo el Bastardo —meneó la cabeza con desaprobación—. ¿Fuisteis vos quien le sugirió que tratase de hacer averiguaciones al respecto?

Aymer alzó la mirada, sorprendido por el tono severo de la pregunta.

—Sí, yo he sido. ¿Cómo lo habéis adivinado?

Tomás rió, señalando la carta:

—Conozco a ese joven mejor que a mi propia mano derecha. ¿Dónde está ahora?

—No puedo decíroslo. Tan pronto como retorne quiere organizar a nuestros hermanos libres, digamos, a manera de ejército secreto. Queda mucho por hacer, sobre todo en materia de información, de la que andamos muy necesitados y es lo que más falla, en especial porque apenas hemos tenido tiempo para atender a ese punto. De momento creo que se ocupará principalmente de la bula papal. Dijo que planeaba visitar a todos los príncipes para contrarrestar las intrigas urdidas por Felipe, y también hablar con los legados, quiero decir con los cardenales enviados a París por el papa. No son planes lo que nos falta, aunque el rey los destruirá todos, como suele.

Hubo un silencio mientras el anciano templario releía la carta. Por último la plegó cuidadosamente y la ocultó en el pecho, debajo del manto blanco.

—¿Es él quien os envió a vos y a la castellana de Lyons-la-Forêt para persuadir a nuestro rey?

Aymer asintió, esperanzado.

—Eduardo podría propinar al rey de Francia una bofetada moral negándose a secundarle.

—Eso ya lo hizo, a Dios gracias. Pero no es hombre de principios inmovibles. Cederá si se le presiona lo suficiente, y sólo faltaba la bula de su santidad para hacerle mudar de opinión.

—Por eso estoy aquí —le interrumpió Aymer—, para hacerle saber que esa bula se funda en confesiones arrancadas a nuestros hermanos por medio de crueles tormentos.

Tomás contempló al caballero francés con aire pensativo.

—Admiro vuestro valor y vuestra buena voluntad, hermano, pero me temo que no conseguiréis sino retrasar un poco la fecha de nuestro cautiverio. El ambiente nos es cada vez más hostil. No tenemos sino enemigos a nuestro alrededor, y si la propia Iglesia ha tomado ya partido, ¿quién querría oponerse a sus designios? Nosotros no, por cierto. Si el Santo Pontífice ha llegado a poner en duda nuestra inocencia, no seremos nosotros quienes nos resistamos. Sólo nos queda un medio para limpiar el baldón que ha recaído sobre nosotros: la sumisión, la obediencia al Santo Padre de nuestra Iglesia. ¿De quién recibisteis vos y Ricardo las órdenes para actuar?

Aymer apenas pudo reprimir un movimiento de impaciencia.

—Hemos intentado cuanto nos fue posible para ponernos en contacto con nuestros superiores. Pero no lo conseguimos, ya que los tienen separados de los demás presos y severamente incomunicados. Después de eso hemos actuado por propia iniciativa.

El anciano alzó las cejas con ademán dubitativo.

—¡En franca rebeldía contra el rey y el inquisidor! ¿No se os ocurre que perjudicáis la causa común, insurrectos alzados en armas contra el Estado y contra la Iglesia?

Volvió la mirada hacia el pupitre donde Ricardo había trabajado y estudiado muchas horas bajo su dirección.

—Mort de Dieu! ¿Qué otra cosa podíamos hacer para combatir a Felipe? —le interrumpió Aymer sin poder contenerse—. Tiene por consejero privado al gran inquisidor Guillermo de París... Felipe es un sujeto peligroso y nuestro gran maestro no supo verlo. Y eso que el papa, en su correspondencia, le cursó varias advertencias indirectas a Jacobo de Molay. Pero tampoco el Santo Padre ha comprendido la gravedad de la situación. No somos invulnerables, hermano Tomás. Y no tenemos otra opción sino oponernos a sus astucias con toda nuestra sangre y todos nuestros recursos.

—La fuerza bruta no puede suplir la falta de razonamiento. No soy tutor vuestro, caballero Aymer, pero sí lo he sido de Ricardo y esperaba de éste un juicio más ponderado y mayor prudencia, no un comportamiento de bandoleros como lo ha sido el de ambos.

Aymer se quedó sin habla. Aunque Ricardo se lo había predicho, no esperaba que sus denodados esfuerzos por establecer un núcleo de resistencia fuesen a tropezar con tamaña incompreensión.

Un golpe de tos interrumpió el discurso de Tomás y luego éste, al ver los ojos de Aymer nuevamente fijos en él, hizo una seña hacia un jarro y un cubilete que estaban cerca de la chimenea.

—Me juzgáis insensible y falto de comprensión —continuó con naturalidad—. ¡Voto a san Juan! Aquí no educamos damiselas, sino hombres de una pieza, capaces de pasar por los fuegos del infierno si se les ordena, ¡hombres que me obedezcan incondicionalmente y en quienes yo pueda confiar cualquiera que sea la situación!

—Ésa es precisamente la circunstancia que tuvo en cuenta Guillermo de París cuando ideó sus métodos de tortura. ¡Sabía que no trataba con niños de pecho! Mort de Dieu! Me gustaría que pudierais ver en acción a vuestro pupilo antes de juzgarle con tanta severidad. Comprenderíais cuánto le afectan las penalidades de sus hermanos, cómo arriesga su salud y su propia vida para socorrerlos y aliviar un poco sus padecimientos. Al mismo tiempo sufre tanto como ellos. Os aseguro que hemos procurado buscar otros medios, pero nuestros recursos son limitados. Yo mismo he gastado en sobornos casi toda mi fortuna.

—¿Vuestra fortuna?

—Sí. Lo primero que hice tan pronto como llegué al castillo de mi padre fue reclamarle la legítima. Digamos que ha sido un anticipo a favor del Temple, y eso me recuerda que debo reclamaros una suma bastante considerable.

—Para eso, os entenderéis con el hermano Juan de Stoke, nuestro tesorero. Aunque no veo del todo claro el fundamento de vuestra reclamación. Cuando entrasteis en la orden, ¿no hicisteis renuncia de todas vuestras posesiones así como de los regalos que pudierais recibir en el futuro?

Aymer miró a Tomás con altanería.

—En la primera reunión del capítulo de vuestra encomienda seré juzgado por infringir el artículo setenta de nuestra Regla. Mis relaciones con Blanca me privarán del manto y de la casa templaria; cuando se haya sentenciado eso, quedaré en libertad para presentaros mi reclamación.

Tomás de Lincoln rió de buena gana.

—Ya veo que no sois corto en palabras, hermano Aymer. Pero mi discusión con vos no ha sido nada en comparación con la que os espera cuando comparezcáis ante nuestro maestro De la More. Que la fuerza y la prudencia os asistan entonces. —Inclinándose hacia delante, apoyó cuidadosamente sobre el brazo derecho de Aymer su mano deformada por la artrosis—. Yo seré vuestro defensor en esa reunión del capítulo. No creáis que no comprendo, o que no respeto lo que vos y Ricardo hicisteis en Francia. Creo haberos dicho ya que admiro vuestra osadía y vuestra decisión. Cierto que habéis cometido algunas faltas, pero me parece que os serán perdonadas, porque habéis socorrido a vuestros hermanos en la tribulación y les habéis llevado un poco de luz y de esperanza en la hora más oscura que están viviendo actualmente. Os habéis impuesto una misión desagradecida, que os valdrá la inquina del rey y la de la Iglesia. Solicitaré a nuestro maestro De la More que ponga a vuestra disposición nuestros espadachines más avezados, y luego pasaréis bajo mi tutela. Pero soy un instructor duro, os lo prevengo. Y además será necesario si queréis aprender a defenderos y combatir con la mano zurda en el menor plazo de tiempo posible.

—Difícilmente vuestra escuela será más dura que la de Ricardo —comentó su interlocutor, sonriendo—. No estoy del todo desvalido con la izquierda.

Hemos practicado a menudo la lucha con una o ambas manos atadas a la espalda, a pie y a caballo. Es preciso estar preparados para luchar en cualquier circunstancia.

Tomás asintió riendo alegremente:

—Podéis quedaros en el lugar de Ricardo, que ha permanecido libre. Compartía celda con Lorenzo de Toeni, un bravo guerrero que tiene más o menos vuestra misma edad.

—Traigo otras intenciones —le interrumpió Aymer pensando en Blanca.

—Si queréis contar con nuestra ayuda tendréis que aveniros a nuestras condiciones. Las mujeres quedan excluidas, y si no estáis de acuerdo, sintiéndolo mucho no podré hacer nada más por vos.

La severidad del anciano descartaba toda objeción por parte de Aymer, quien empezaba a comprender el carácter de Ricardo. En éste, la disciplina era una especie de segunda naturaleza.

—Si no me ando con pies de plomo todavía conseguirán hacer de mí un santo —murmuró, y luego se dio cuenta de que los ojos de águila de Tomás estaban mirándole fijamente.

—Nadie dirá que Ricardo sea un santo, aunque conseguí quitarle algunos de los peores defectos que heredaba. No olvidéis que hace poco tiempo que le conocéis. Le habéis tratado en unas circunstancias ideales para él; dadle una meta que pueda perseguir, y se alzarán a alturas de las que ni siquiera él mismo tenía la menor noción. Poneos como obstáculo en su camino, y os barrerá sin contemplaciones. Sentí mucho el verme obligado a despedirle. Aún le faltaba largo trecho para ser capaz de dominarse a sí mismo, de contener, tal como yo le enseñaba, su impulsividad y su imprudencia.

Aymer aguzó los oídos al escuchar estas palabras.

—¿Os visteis obligado a despedirle?

El viejo templario no dio muestras de sorpresa. Había dedicado los últimos años de su vida a domeñar los exabruptos temperamentales de un joven excesivamente fogoso.

—En efecto —replicó secamente.

—Y ¿de quién partió la orden de despedirlo?

—De su padre.

—¡Ah! ¿El desconocido que engendró un bastardo y luego se desentendió de su suerte?

—Exacto.

—¿Cómo se llama?

Tomás de Lincoln evitó la mirada desafiante del joven y volvió los ojos hacia el techo, para replicar luego con un suspiro:

—Una vez le dije a Ricardo que en este mundo, una amistad verdadera es un don rarísimo, un regalo del que Dios no permite que participen sino muy pocos hombres. Ahora creo que él ha recibido esa merced, y le aconsejaría que la agradeciese. No lo olvidéis, Vraineville.

—Sin embargo, no habéis contestado a mi pregunta.

Tampoco esta vez hubo contestación.

—Si no queréis decírmelo a mí, lo mínimo que podríais hacer sería escribir ese nombre en un pergamino y sellarlo. Yo me comprometo a entregarlo en mano tan pronto como regrese a Courtrai.

—No me habéis comprendido. Ni a vos ni a él puedo revelar esa verdad. Tal vez algún día se me consienta hablar, pero hoy por hoy mis labios están sellados.

—¡Por Dios y por todos los santos! —exclamó Aymer—. ¡Si alguna vez sus caminos le conducen otra vez a Inglaterra, bien pudiera suceder que vos estuvierais muerto y enterrado!

—Si tal fuese la voluntad de Dios, no tenemos más remedio que acatarla. Y aun cuando no se me concediese el poder hablar con él antes de que terminen mis días, otros habrá, que sabrán encontrarle cuando sea necesario.

—¿Otros? ¿Quiénes?

—Son tan pocos, que podríamos contarlos con los dedos de una mano. Muchos de quienes conocían el secreto del nacimiento de Ricardo han muerto ya.

Aun sabiendo que sería en vano, Aymer todavía quiso emprender un último intento.

—¿Cuándo os será permitido hablar?

Tomás de Lincoln volvió su mirada gris hacia las llamas y dijo lentamente:

—El día de la ira.

Pocas fechas más tarde, Aymer de Vraineville fue llamado a capítulo **[Nota: Junta que celebran los religiosos y clérigos seculares para las elecciones de prelados y otros asuntos de gobierno. El Temple tenía tres clases de capítulos: el ordinario o local, que se reunía semanalmente y constaba de cuatro o más hermanos: el provincial, presidido por el comendador o el preceptor de la provincia; y el general, presidido por el gran maestro. Durante los capítulos ordinarios también se denunciaban las infracciones y se promulgaban las penitencias por ellas.]** en el New Temple de Londres para responder de sus acciones. Después del interrogatorio, realizado en presencia de todos los caballeros pero reducido por el maestro De la More al mínimo indispensable, fue condenado a la pérdida del manto y a destierro. Esta última pena, es decir la exclusión de la casa, quedaba suspendida, no obstante, hasta que fuese capaz de valerse con la mano izquierda.

10

*Ahora que Eduardo de Carnarvon queda electo rey de Inglaterra,
Dios no permita que sea peor hombre que su padre, ni menos capaz
de tratar con justicia a sus pobres súbditos.*

Anónimo, On the Death of King Edward I.

Eduardo el segundo de su nombre, rey de Inglaterra por la gracia de Dios, señor de Irlanda y duque de Aquitania, en el sexto mes de su reinado, se reclinaba en un sillón de roble ricamente tallado y reía como un crío las gracias de Piers de Gaveston.

El noble gascón, favorito del monarca, estaba de pie a la derecha de Eduardo, una cadera cómodamente apoyada en el respaldo del sillón y los brazos cruzados con elegancia sobre el pecho, dejando ver las cuidadas manos, cada uno de cuyos dedos adornaba un anillo con una fastuosa gema.

—¡Por la Cruz que no voy a permitir que un sobrino mío me dicte lo que debo hacer! Aunque el de Lancaster sea el más poderoso de los condes de mi reino, y aunque no haya desaprovechado ninguna oportunidad para ponerme la zancadilla, ¡esta vez no se saldrá con la suya! ¡No! Tú, hermano Perrot, serás mi regente y el guarda del Sello Real mientras dure mi visita a Francia para matrimoniar con Isabel.

Las comisuras de la boca del gascón, habitualmente replegadas en una mueca cínica, temblaron acusando nerviosismo. No era ambicioso, ni envidiaba el poder de Eduardo, aunque no le disgustara el verse rehabilitado en aquellos términos, tras haber sido desterrado de Inglaterra por el difunto rey.

—Que se vaya al infierno Lancaster —dijo, y ambos rieron maliciosamente.

Un sirviente se acercó haciendo una reverencia.

—El señor de Vraineville y la dama de honor de la princesa francesa, Blanca de Lyons-la-Forêt, solicitan audiencia a vuestra majestad.

—Un escudero normando, perfay! Quizá resulte divertido, Eduardo.

Pero el rey ponía cara de aburrimiento.

—¿Y la dama? ¿La envía Isabel?

—Trae una carta de la princesa para vuestra majestad.

—Que pasen.

Cuando se abrieron las puertas de pesados herrajes el rey depuso su actitud indolente mientras hacían su entrada el noble francés y su morena amante. Los recién llegados hicieron alto a cierta distancia del trono, como era de rigor, y Blanca hizo la genuflexión mientras Aymer hincaba una rodilla en tierra y bajaba respetuosamente la cabeza.

El rey le dio licencia, a lo que Aymer dijo:

—Sire, suplico humildemente vuestra paciencia para que escuchéis un asunto urgente que he venido a exponeros.

En el momento de alzar la cabeza sorprendió una mirada amenazadora del presumido personaje que se mantenía al lado del rey.

Aymer escrutó fríamente al pisaverde y no necesitó más para comprender que quienquiera que fuese, no era persona de fiar. Rápidamente recorrió con la mirada los rostros de los cortesanos presentes en la sala, y registró con sorpresa y alarma la presencia de un conocido. Era Bernardo Pelletin, un hábil

diplomático que había representado a Francia en numerosas misiones, y cuya aparición en la corte de Inglaterra sólo podía significar una cosa: que había sido comisionado por el rey Felipe para tratar de influir en el ánimo del monarca inglés.

En aquellos momentos, sin embargo, el rey no reparaba en ninguno de los dos hombres. La expresión de interés había desaparecido de sus ojos azules y ponía cara de extremo aburrimiento.

—¡Ah! Una petición. ¿Y la doncella?

Blanca repitió la reverencia de corte.

—Majestad, soy portadora de una carta que explica mi presencia aquí. La princesa, vuestra futura esposa, me recomienda a la protección de vuestra majestad.

Uno de los sirvientes se adelantó para recoger el rollo de pergamino que ella tendía y, arrodillándose delante del rey, se lo ofreció. Mientras Eduardo leía las líneas pergeñadas en Courtrai por Ricardo, el gascón iba leyéndolas también por encima del hombro del soberano, quien no dio muestras de incomodarse por semejante impertinencia.

Cuando ambos hubieron leído la carta, Piers de Gaveston abandonó su postura relajada junto al trono de Eduardo y adelantó un par de pasos hacia la joven francesa.

Como el trono estaba situado sobre un podio elevado, se agachó para contemplarla cara a cara, y paseó los ojos con descaro sobre las formas femeninas que se adivinaban bajo las ropas.

Tras dejar escapar un tenue silbido, alargó la derecha para levantar la barbilla de Blanca y contemplarla mejor, a lo que ésta le hurtó la cara con enfado y retrocedió precipitadamente dos pasos, roja de ira.

Muy complacido consigo mismo, maese Piers se dio una gran palmada en los muslos y se puso en pie.

—Siendo tan bella la dama de honor que nos envía Isabel, ¡cuál no será la hermosura de la princesa misma! —dijo sonriendo con burla.

Eduardo no consideró necesario mantener una actitud digna en presencia de los forasteros y se reclinó en su trono riendo la ingeniosidad de su favorito.

Maese Piers había regresado a su lugar junto al rey y descansaba una mano sobre el hombro del monarca.

—Eduardo y yo apreciamos mucho el estilo francés, el cual consideramos muy superior a las desvaídas modas inglesas —dijo, siempre sarcástico—. En este país ni siquiera conocerían el calzón de dos colores si no lo hubiéramos introducido nosotros.

Al parecer, hablaba siempre de «nosotros» para referirse al rey y a sí mismo, y su propio atuendo corroboraba lo que decía, ya que presentaba una pernera de color azul claro y la otra amarillo canario.

—Madame, sí sois capaz de transformar esta covacha gris —continuó con un ademán que abarcaba toda la sala principal de la Torre— en un boudoir constelado de rosas que pueda calmar la... nostalgia de nuestra joven reina, os quedaremos muy agradecidos.

El rey exhaló una risotada bastante idiota.

Aymer se volvió a un lado para hablar con un gentilhomme maduro que no parecía formar parte de la barahúnda de jóvenes nobles que paseaban por la sala vistiendo indumentarias de audaces colores.

—¿Quién es esa vejiga llena de viento? —le preguntó.

El hombre, disimulando, se atusó el bien recortado bigote y tras fijarse en la persona que Aymer le indicaba con la mirada, se volvió con una mueca de repugnancia.

—Ése —dijo con desprecio— es maese Piers de Gaveston, al que no pueden ver ni en pintura los barones. El perrillo faldero del rey, digamos, quien le llama hermano Perrot.

Antes de que Aymer pudiera responder se vio conducido aparte por el mismo hombre fastuosamente recubierto de brocados a quien había reconocido antes. Y mientras Blanca seguía cambiando cumplidos con el rey, Bernardo Pelletin le dijo con su voz untuosa:

—¡Esto sí que ha sido una sorpresa, mi señor de Vraineville! ¿Cómo es que os encontráis aquí? ¿Acaso no han sido de vuestro agrado los fuegos del purgatorio?

Olvidando que se hallaba en presencia del rey, Aymer agarró con su única mano el brazo del diplomático y replicó:

—Pronto se os quitará la risa, señor mío, cuando tengáis que poner en conocimiento del rey de Francia el fracaso de vuestra misión.

—Grandes palabras son éstas —se limitó a decir el diplomático francés, encogiéndose de hombros, y le volvió la espalda a Aymer.

—Damos la bienvenida a la doncella en nuestra corte —estaba diciendo Eduardo en tono cordial y amistoso—. Al menos Isabel tendrá la alegría de verse recibida aquí por una persona de su conocimiento.

Con una breve mirada dio a entender que finalizaba la audiencia, olvidando que aún no había escuchado la petición de Aymer. Pero el de Gaveston había visto en éste a una nueva víctima de sus pullas, por lo que indicó el brazo vendado del francés y exclamó:

—¡Eduardo! Por poco dejamos que se vaya Enrique el manco sin contarnos el caso que le traía. Decidme, señor mío, ¿qué fue lo que robasteis para que os cortaran la derecha?

—Señor—replicó Aymer alzando la voz de manera que resonó en toda la sala—, he robado más de ochenta templarios de los calabozos del rey de Francia.

Se hizo un silencio de muerte. Aymer se adelantó un paso, apoyó un pie en el primer escalón del podio y se arrancó de un tirón la venda para mostrar su brazo horriblemente mutilado.

—Esto —continuó levantando el miembro herido de manera que el rey no pudiese dejar de verlo— no es más que una muestra de los suplicios de que están siendo víctimas mis hermanos. Aseguro a vuestra majestad que puedo considerarme afortunado por haber escapado con vida.

El monarca se hizo atrás, horrorizado, y contempló a Aymer con una mueca de espanto e incredulidad. No era infrecuente que se cortasen manos en castigo por ciertos delitos, como el de perjurio, pero Eduardo nunca había contemplado personalmente la aplicación de semejante pena. Por último se quedó mirándole con sincera compasión.

Aymer adivinó que en aquel instante el monarca estaba dispuesto a concederle cualquier merced que él solicitase, y notó fija en su espalda la mirada de Pelletin, el cual sudaba la gota gorda en aquellos momentos. El gascón se le adelantó:

—¿Un templario? ¿Queréis nuestro dinero, mi señor caballero?

Le alargó ambos brazos en gesto de desprendimiento.

—¡Nuestras arcas son vuestras! Os las regalamos. Sólo que están vacías.

Los cortesanos rieron la ocurrencia, y también los ojos de Eduardo tenían una expresión risueña. Aymer se dijo que eran los ojos más amistosos que hubiese visto nunca, cordiales, francos y llenos de confianza. En seguida adoptaron una expresión triste, pero hubo más burla de sí mismo que autocompasión en la voz del rey cuando dijo:

—¡Bonita herencia nos ha dejado nuestro padre! Un reino sin caudales, una bandada de barones pendencieros y codiciosos, y una guerra con los escoceses, que éstos llevan camino de ganar.

—¿O acaso habéis venido para ofrecernos un préstamo? —continuó la chanza Piers para evitar que se ensombreciese el ánimo del soberano—. Me temo que no podremos aceptarlo. Seguramente sois demasiado caros.

—Vuestra majestad habrá recibido del rey de Francia una invitación a encarcelar también a todos los templarios de vuestro reino —empezó Aymer sin más rodeos.

—Es verdad.

—Y supongo que mi señor Bernardo Pelletin no habrá dejado de comentaros el tema.

Eduardo volvió la mirada hacia donde estaba el diplomático.

—En efecto, me han sido relatados ciertos hechos que son demasiado escandalosos para que una persona temerosa de Dios se atreva a mencionarlos siquiera en público.

—Yo he venido a mostraros el reverso de esos hechos, para que vos mismo podáis juzgar quién es el perjurio a los ojos de Dios que trata de engañar a todo el mundo.

—Son palabras fuertes, mi señor caballero. ¿Estáis diciendo que el rey de Francia es un perjurio?

—Sí, majestad.

Se alzó un rumor en la sala y Pelletin quiso protestar enérgicamente, pero Eduardo no se mostró demasiado incomodado por la audaz acusación de Aymer.

—Os ruego que desahoguéis vuestro corazón, señor caballero.

Aymer respiró hondo antes de proseguir.

—Vuestra majestad conoce ya los crímenes de que acusa el rey de Francia a los templarios, por lo que no será preciso insistir en esos detalles. Todo ello se funda en falsos testimonios prestados por caballeros renegados que habían sido excluidos de nuestra orden por haber infringido la Regla. Y se han tergiversado también las declaraciones de algunos fámulos que jamás fueron testigos presenciales de los hechos descritos. Las sesiones de nuestros capítulos y las ceremonias de jura, durante las cuales dicen que adorábamos al diablo, eran en realidad ritos sencillos y totalmente conformes con nuestra santa religión.

El monarca daba muestras de albergar algunas dudas, y finalmente alzó la mirada y preguntó:

—Decís ser caballero templario y que fuisteis torturado en Francia. ¿Cómo no lleváis el manto blanco?

Aymer sonrió y apoyó la mano en la muñeca de Blanca.

—La severidad de nuestra orden me priva del manto y me expulsa de la casa por mi amor hacia esta mujer. Y si no hubiese prestado buenos servicios a los templarios en Francia, sin duda el castigo habría sido aún más grave.

El rey se mostró impresionado, y Aymer se apresuró a continuar:

—Si se nos concediese la oportunidad de defendernos, si se nos hiciera un juicio justo, podríamos lavarnos esa mancha que han arrojado sobre nosotros tan infames calumnias. Pero la Inquisición atormenta a mis hermanos con métodos tan repulsivos, que mueren o confiesan todo cuanto quieren escuchar los torturadores. Se les inflige trato de excomulgados, señor. Se les niegan los santos óleos y cuando piden confesión, se les niega el confesor. Están amenazados de muerte y si confiesan no se les ofrece ni la absolución. ¡Todo eso por haber servido a Dios más fielmente que cualquier otra orden monástica de la cristiandad! Porque hemos derramado nuestra sangre en el combate contra los enemigos de la fe cristiana y nos hemos sometido a la más dura de

las disciplinas, renunciando a disfrutar las riquezas que habíamos conquistado con la toma de los santos lugares. ¿Apoyaréis a ese rey codicioso? ¿Permitiréis que aniquile a los caballeros de Cristo, a los soldados del Señor?

Alzó el brazo herido y dejó que Blanca volviese a vendárselo.

—Nunca he puesto en duda la fidelidad de los caballeros templarios —respondió el rey Eduardo—. Y aunque me caso con su hija el mes que viene, he negado mi colaboración al rey Felipe y le he comunicado que no puedo ni quiero emprender nada contra una orden religiosa hasta recibir instrucciones expresas de su santidad el papa de Roma. Pues bien, ahora han llegado tales instrucciones, condensadas en la bula *Pastoralis praeeminentiae*.

—El reino es vuestro, majestad —replicó Aymer—. A vos os toca reinar y mandar en él.

El rey echó la cabeza atrás riendo con sarcasmo.

—¡Ah! Me sobreestimáis, señor mío. Apenas hace medio año que murió mi padre y todos mis barones se comportan como si el ocupante del trono fuese un idiota. Han intentado mandar en mí desde que nací.

Así era Eduardo, genio y figura: siempre decía lo que pensaba, sin importarle lo que pudiese parecerles a los demás. Blanca y Aymer cambiaron una mirada.

—Vuestra majestad es injusto consigo mismo —dijo Blanca con suavidad, y Aymer halló argumento en las palabras de Eduardo para replicar:

—Si queréis demostrarles vuestra independencia de criterio y vuestra capacidad para decidir sin hacer caso de presiones ajenas, ahora se os ofrece una oportunidad que ni pintada.

Eduardo se frotó el mentón, pensativo, y luego se acercó a una de las ventanas para echar una ojeada hacia el río; luego se volvió despacio y ordenó a un escribano que trajese la bula del papa.

Cuando hubieron puesto en sus manos el pergamino, lo desenrolló con solemnidad.

—Así dice la bula —anunció, y tras pasear la vista por los rostros de los presentes empezó a leer, alzando la voz con énfasis—: «Clemente, obispo, siervo de los siervos de Dios, envía sus saludos y su bendición apostólica a Eduardo, noble rey de Inglaterra y hermano amadísimo en Cristo». —Eduardo se saltó varios párrafos mientras murmuraba—: Hay que ver cuánto le cuesta ir al grano... ¡ah! Aquí está. —Con una sonrisa irónica quiso expresar su desacuerdo con las frases que leía, y que decían—: «En efecto hace algún tiempo, más o menos desde que accedimos al solio pontificio, que han llegado a nuestro conocimiento ciertas insinuaciones, ciertas llamadas de atención sobre la semilla funesta sembrada en la orden templaria por el aliento de Satanás, la cual no podía dejar de producir una cosecha abominable y conducir a la multiplicación de esa misma semilla, a manera de peste mortífera. Eso significa que bajo la máscara de la fe y el aspecto externo de soldados; los templarios han vivido en el descreimiento interior cuando no en la degeneración de la herejía.

»"Por lo cual rogamos e instamos solemnemente a vuestra majestad que al recibo de la presente y consultado el parecer de vuestros consejeros en asunto de tanta gravedad con el máximo secreto posible, sin la menor demora os sirváis disponer y ordenar que todos, y en particular los templarios de vuestros reinos y cualesquiera otros transeúntes sean habidos por gentes de vuestra entera confianza en un mismo y único día tomándolos presos en nuestro nombre y en nombre de la Santa Sede Apostólica, y teniéndolos en lugares seguros y en invulnerable custodia hasta nueva disposición que será comunicada a vuestra majestad a su debido tiempo." —El rey se interrumpió y señaló el pergamino con un ademán—. No deja mucho margen para otras alternativas, ¿verdad? —Tras lo cual siguió leyendo—: "Y nos informaréis

cuanto antes por carta en cuanto a las disposiciones que os hayáis servido tomar, y de las instrucciones nuestras que todavía podáis necesitar para dar a todo ello el debido cumplimiento en el menor plazo posible".

El rey alzó los ojos:

—Aquí está la escapatoria, y pienso aprovecharla. Pero no puedo hacer más que eso, lograr un aplazamiento.

Dicho lo cual enrolló el pergamino, lo arrojó con desdén en manos del sirviente y se volvió hacia Aymer.

—Quiero que me lo contéis todo, señor mío. Es preciso que me ayudéis, porque estoy solo en esto. Yo creo en vuestra inocencia y en la de vuestros compañeros.

Aymer frunció el ceño con perplejidad. Sabía que no podía negarse a aquella petición del rey, pero por otra parte deseaba dejar Inglaterra sin pérdida de tiempo para ir a reunirse con sus amigos y pelear contra Felipe el Hermoso. No obstante, si Eduardo se empeñaba en tenerle como consejero personal para aquel pleito, se vería retenido en Inglaterra quizá durante meses.

—Señor, mi comendador me espera en Courtrai a finales del mes corriente.

El rey sonrió y quitó importancia a la objeción con un gesto de la mano.

—Mis correos quedan a vuestra disposición, señor caballero.

Aymer hincó la rodilla en tierra.

—Sire, estoy a vuestras órdenes.

Eduardo obedeció a la espontaneidad de su temperamento:

—¡Magnífico! —exclamó, abrazando a su interlocutor—. Brindemos por ello.

El 4 de diciembre, Eduardo envió cartas a los príncipes de Aragón, Castilla, Portugal y Sicilia, instándoles a no prestar crédito a las acusaciones de Felipe y del papa, las cuales calificaba de «calumniosas y sugeridas por la codicia». No era Eduardo un diplomático avezado, ni compartía la inenarrable avaricia de su futuro suegro, empeñado en amasar una fortuna con el fin de extender su poderío y crear una administración capaz de ejercer un férreo control sobre todo el reino. En efecto las arcas de Eduardo estaban vacías, y el poder escapaba de sus manos sin que él se diese cuenta, arrebatado por sus cada vez más insolentes barones. Pero él nunca se rebajaría a participar en el juego diabólico de Felipe con el papa. Y la prueba de su sinceridad estaba en que Eduardo no quería darse por derrotado mientras hubiese una posible alternativa.

El 13 de diciembre obtuvo el papa Clemente la respuesta a su bula, con el tenor siguiente:

Del rey al papa, besando filialmente los pies de su santidad. En estos días nos vemos sorprendidos por muy graves y muy lamentables noticias relacionadas con los maestros y los freires de la Orden de los Caballeros Templarios, noticias realmente muy amargas, que inspiran horror con sólo pensar en ellas y abominables de mencionar, acerca de acciones nefandas que de ser ciertas merecerían castigo severísimo y proporcionado a la elevada consideración en que anteriormente fueron tenidas aquéllos por todos los creyentes en Cristo. Y atendido que los mencionados maestros y freires siempre han merecido ante nos y nuestro pueblo muy alta estima por la pureza de su fe católica y las virtudes de su estilo de vida, no podemos admitir noticias propensas a sembrar la discordia sin antes persuadirnos y certificarnos de su veracidad. Por ello y sintiendo de corazón la dura prueba y la vergüenza que recae sobre los tales maestros y freires, rogamos encarecidamente aunque con el debido respeto a vuestra santidad se sirva reservar sus juicios, atendida la benevolencia que maestros y freires han merecido con arreglo a la buena opinión que se venía teniendo de ellos, y desdeñar las calumnias y falsas acusaciones formuladas por gentes enemistadas y de mal vivir con el fin de

hacer pasar por crímenes horrendos y odiosos a los ojos del Señor las buenas acciones de los freires, considerando todo ello con la necesaria precaución hasta tanto se hayan realizado aquí las averiguaciones oportunas en cuanto a los crímenes que llevamos dichos y sea posible acusar formalmente, en nuestra presencia o por intermedio de personas por nos debidamente apoderadas en nuestros reinos. Quiera el Señor iluminaros (...). etcétera, etcétera. Dado en Westminster, el diez de diciembre del primer año de nuestro reinado.

11

Un prelado le dijo en cierta ocasión al rey Ricardo I que debía casar a sus tres hijas. El rey contestó que cómo sería eso posible, si él no tenía hijas.

—Sí las tenéis —dijo el prelado—, que son la altanería, la codicia y la riqueza.

—Escuchadme todos —dijo entonces el rey a los que le rodeaban—. Doy la altanería a los templarios, la codicia a los cistercienses y la riqueza a los benedictinos.

Philip Lindsay, Kings of Merry England.

Después de leer la carta de Aymer en Courtrai, a la escasa luz de un candil de aceite, Ricardo llamó a Fernán y le hizo saber que emprenderían el regreso a Francia tan pronto como despuntase la aurora para discutir con sus hermanos el nuevo giro de los acontecimientos.

Había trabajado asiduamente y la red que había tendido sobre toda Francia empezaba a funcionar, despacio pero con seguridad. El número de sus hombres no llegaría a los cien, pero los había instruido meticulosamente, trabajaban en el más riguroso secreto y se mantenían en estrecho contacto con él. Las noticias acerca de las confesiones anuladas y la visita de los legados pontificios fueron penetrando en los castillos donde estaban presos los freires. Esto y el hecho de conocer la existencia de un apoyo exterior restauró la moral. El Temple cobraba aliento y empuñaba de nuevo la espada caída de sus manos febles en el primer instante de desánimo. Pero eso no significaba que estuviese conjurado el peligro. El rey Felipe no descansaba.

El 21 de diciembre, el espía de Ricardo en la residencia papal le advirtió que el nuncio y los enviados del papa a la corte de Eduardo habían comunicado el éxito de su misión.

La víspera había recibido un mensaje urgente de Aymer, con la alarmante noticia de que se le había denegado la audiencia con el rey.

Eduardo no tuvo valor para reconocer su debilidad y por eso evitó el encuentro con el caballero francés y su amante. Pero Ricardo se había puesto en camino hacia Inglaterra incluso antes de que aquél hubiese cursado a todos sus funcionarios y a los magistrados de sus reinos la orden de detención de todos los templarios y confiscación de sus propiedades, sin exceptuar Irlanda, Escocia y el país de Gales, lo cual debía llevarse a cabo precisamente el primer miércoles después de la festividad de Reyes. Tras desembarcar en Rye, se encaminó derecho a la ciudad que guardaba tantos recuerdos para él.

Aunque estaba en el cenit, el sol invernal se hallaba a escasa altura en el cielo. Hizo visera con la mano sobre los ojos y tiró de las riendas.

Desde la silla pudo contemplar cómodamente la actividad que reinaba en la anchurosa plaza de armas frente a las murallas de New Temple, conocida con el nombre de Ficketscroft. Su corazón se llenaba de alegría al ver a los caballeros de blancos mantos en formación de ataque que embestían y se replegaban luego, descansando las armas, para formar una vez más lanza en ristre y asaltarse midiendo mutuamente sus fuerzas.

—Vamos a casa, Pilgrim —dijo en voz baja mientras daba una palmada en el cuello del animal y miraba a su alrededor.

Quedó en suspenso al reconocer a uno de los hombres, el cual empuñaba fuertemente su lanza con la zurda y se lanzaba con audacia al ataque, aunque andaba poco certero con el arma.

—¡Voto a la Cruz! —exclamó, hincando espuelas a su caballo para arrojarle a su vez al tumulto de la pelea.

Al instante le cerraron el paso dos lanzas cruzadas. Sólo entonces se dio cuenta de que difícilmente sería reconocido por aquellos hombres con quienes antaño había compartido el pan. Aunque las reglas de la orden prohibían incluso recortarse la barba, él había afeitado la suya por completo, y el crecimiento del cabello había recubierto la tonsura. Llevaba un hábito de color negro y capa del mismo color, en vez de la clámide blanca con que sin duda sería recordado por todos. Había adelgazado, pero sobre todo había cambiado su rostro, demudado por las privaciones y por la intensidad con que había vivido los setenta agitados días transcurridos desde su salida.

—Señor, ¿qué buscáis aquí? —le interpeló con dureza uno de los caballeros.

—Busco a un amigo —respondió en francés, apuntando a Aymer con el dedo.

Cuando los caballeros se volvieron para ver quién era el aludido, tiró de espada y con dos tajos apartó de sí las lanzas. Pilgrim echó los cascos al aire y se lanzó con ímpetu a la carga.

Sobresaltado por el súbito ataque, Aymer encaró a Chançard, arrojó la lanza y desenvainó a su vez la espada. Pero ya Ricardo había envainado la suya y tiraba de las riendas al tiempo que alzaba la mano en un saludo. Una ancha sonrisa iluminó las facciones de Aymer.

—Mort de Dieu! —exclamó.

Los dos hombres echaron pie a tierra y se abrazaron como hermanos.

—No me han reconocido. Dejémoslo así —dijo Ricardo al oído de Aymer, mientras éste le daba una gran palmada en el hombro.

—Me alegro de volver a verte —dijo, a lo que Ricardo correspondió con una sonrisa fatigada.

—Es increíble, estás otra vez fuerte como un oso. ¿Qué tal el brazo?

—¿Quieres decir la mano? Apenas la echo en falta. ¿Has visto cómo peleo?

Ricardo hizo un gesto de aprobación, y Aymer prosiguió en tono alegre:

—La única dificultad estriba en que me pica el pulgar y no sé cómo rascarme.

—He conocido casos parecidos —respondió Ricardo, recordando las heridas de sus hermanos en Francia; luego calló y se quedó mirando las grises piedras de la muralla que rodeaba el Temple.

—Entremos —dijo Aymer.

Después de atar los caballos entraron en el recinto amurallado. Era agradable la sensación de recorrer nuevamente el pasillo en penumbra y volver a ver las estrechas celdas, como si nunca hubiese salido de allí. Al cruzar el umbral y contemplarla silla baja de roble frente a la chimenea se detuvo en seco y se quedó mirando el asiento vacío antes de volverse hacia Aymer con gesto de alarma.

—¿Qué ha pasado con Tomás?

—Trasladado a York hace dos días —respondió su compañero.

Ricardo se dejó caer en uno de los bancos.

—Esperaba encontrarle aquí. ¿Qué se le ha perdido en York, a su edad? No voy a tener tiempo para visitarle allá en el norte.

—¿No has recibido mi mensaje? —le preguntó Aymer.

Ricardo asintió.

—Y tú, ¿qué novedades traes?

—Malas noticias. El rey Eduardo ha claudicado.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

Ricardo hizo una mueca de impotencia.

—¿Qué valemos nosotros, si tenemos por enemigos a todo un rey y un papa? «Si Deus nobiscum est, quis contra?» *[Nota: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra?]* —concluyó con amargo sarcasmo.

Aymer profirió una obscena blasfemia francesa y se mesó la negra barba.

—¿Cuándo y cómo ha sucedido?

—De eso hablaremos luego. Por ahora te aconsejo vivamente que no permanezcas ni una sola noche más entre estas paredes.

—No darán conmigo aquí —replicó Aymer en tono de absoluta convicción—. Pese a cuanto ha sucedido en Francia, y te aseguro que lo he contado todo, sin omitir detalle, están empeñados en no ofrecer resistencia cuando vengan por ellos. ¡No lo comprendo! —Meneó la cabeza como desconcertado por tanta obstinación.

—El Temple custodia un secreto, Aymer, el cual justifica todos los sacrificios que pueda costarnos. Aunque te parezca extraño, yo también tengo la sensación de que traicionamos tal secreto al oponernos a ser procesados, y que eso equivale a la verdadera confesión de nuestra culpabilidad.

Más no quiso decir, ni podía decir más en realidad, porque las crípticas palabras que le había confiado Jacobo de Molay seguían sin tener sentido para él. Pese a las semanas transcurridas desde aquel encuentro, no había logrado acercarse ni un solo paso a la solución del enigma.

—Tenemos el deber de procurar que no se repita en Inglaterra el ejemplo francés.

Callaron mientras él apuraba su cerveza.

—Es menester que hable con el maestre ahora. Ha sido una incorrección el franquearme antes contigo. —Se puso en pie—. Confío en que tendrán aquí algún hermano capellán con quien pueda confesarme.

—No lo busques —le aconsejó Aymer—. Sabes demasiado, y ambos prevemos un futuro cargado de acontecimientos funestos, pero no tendría sentido que preocupásemos a los demás con meros presentimientos, ni aunque sea con hechos ciertos, si no podemos demostrarlos o todavía no estamos en condiciones de revelarlos.

Guillermo de la More se mostró sorprendido cuando Ricardo entró en la sala capitular acompañado por Aymer.

—¡Ah! Es nuestro hijo pródigo —exclamó el maestre no sin cierta benevolencia al recibir el saludo de Ricardo—. Extraña situación nos has creado al negarte a hacer uso de tu libertad.

Involuntariamente Ricardo dirigió los ojos hacia el cordón del hábito blanco que asomaba por debajo del manto de su interlocutor. Tenía dos nudos en su extremo visible, mientras que el suyo llevaba sólo uno. Apenas pudo evitar que sus pensamientos se dirigiesen hacia el anciano gran maestre en su prisión de París y sus misteriosas palabras; volviendo en sí con esfuerzo, contestó:

—Sire, prefiero las cadenas de la orden a cualquier dignidad que se me ofrezca en la libertad.

El maestre sonrió.

—Supongo que traes malas noticias, pues de lo contrario no estarías aquí.

—No pueden ser peores para vos. El rey ha dispuesto la custodia de todos los templarios de este reino.

—Estoy seguro de que Aymer de Vraineville te habrá contado ya cuál es nuestro punto de vista en esta cuestión. Si ha sido voluntad de Dios que su primer siervo ponga en duda nuestra integridad, nuestra sinceridad y nuestra religiosidad, indudablemente nos someteremos a esa prueba.

—Ahí mi punto de vista es algo diferente —comentó Ricardo.

—Dicho de la manera más condenadamente prudente posible —terció Aymer, que no entendía tanta diplomacia.

—Eso es insubordinación.

—Con el debido respeto, sire —replicó Ricardo—, debo decir que estoy en mi derecho al manifestar mi criterio, porque...

La More le interrumpió con un ademán, al que obedeció Ricardo según su costumbre y calló.

—La decisión de este capítulo es terminante. Agradezco las informaciones que aportas, pero no te he solicitado tu opinión. En vez de criticar sería mejor que te preparases para la próxima reunión del capítulo. Has infringido un mandamiento de la orden cuando te dirigiste a Francia, y también han llegado a nosotros algunos rumores acerca de tus actividades allí. Tendrás que rendir cuentas ante los caballeros de esta encomienda.

Aymer sonrió al ver el fulgor en los ojos de Ricardo.

—Y yo me niego a rendir cuentas de mis acciones ante este capítulo —replicó Ricardo con aquella decisión fría que Aymer tanto admiraba en él—. En octubre me echasteis a los caminos sin darme siquiera una explicación. Así que me vi obligado a decidir por mí mismo lo que iba a hacer, y comparé mi situación a la del caballero templario que se ve separado de su escuadrón en el ardor de la batalla. En una situación así, la Regla ordena que nos enrolamos en la bandera cristiana amiga más cercana, y si no la hay, que vayamos adonde Dios nos dé a entender. Pues bien, es posible que yo no haya ido adonde más os convenía a vos, pero es que los caminos del Señor son inescrutables. Y no creáis que no comprendo la dificultad que os ha planteado mi regreso. Pero ese problema no podréis resolverlo convocando una reunión del capítulo para exigirme responsabilidades. Aquí no hay nadie que esté en condiciones de juzgar la situación de Francia ni lo que hice yo allí. Y además, no estoy sometido a la jurisdicción de este capítulo, puesto que tengo capítulo propio en Francia, donde rindo cuentas de mis errores. No, sire. Si hubiese venido sólo para ponerlos sobre aviso, lo mismo podía haber enviado un correo. Lo que deseo es hablar con vos de las medidas de precaución que procede adoptar para que no se repita lo ocurrido en Francia.

Durante unos momentos el maestre La More pareció aturdido por la parrafada, pues no había esperado de parte de Ricardo otra respuesta sino un «obedezco, sire, en nombre de Dios». Lo cual aprovechó éste para continuar:

—Todavía no se conoce la fecha exacta en que tendrá lugar vuestro arresto. Procurad que no caiga ningún documento importante en manos del rey ni en las del inquisidor. En París sólo fueron habidas algunas cuentas sin importancia, y eso que los pillaron totalmente desprevenidos.

La More asintió.

—Naturalmente tomaremos nuestras disposiciones para evitar que los documentos importantes caigan en manos no autorizadas.

—No basta con eso. No puedo prescindir de hombres míos para que controlen la marcha de los asuntos aquí en Inglaterra. Eso os incumbe a vos. Sin duda no faltarán en esta provincia caballeros dispuestos a encargarse de tal misión. Permitid que escapen antes de que sea demasiado tarde.

Las facciones del maestre La More asumieron de nuevo una rigidez pétrea.

—No pienso encargar tal misión a ninguno de nuestros caballeros —replicó secamente.

Aymer apretó el puño y estaba a punto de saltar cuando Ricardo le contuvo apoyando una mano en su brazo, aunque por su parte tampoco quiso dejar sin respuesta semejantes palabras.

—Se sabe lo que ha ocurrido en Francia, sire —dijo—. Nadie puede garantizar que tales bestialidades no vayan a repetirse aquí. Naturalmente, pondremos en juego toda nuestra influencia para tratar de impedirlo, pero

debéis comprender que el papa le exige al rey Eduardo la entrega de todos los templarios a los inquisidores, y que éstos han sido autorizados por la Santa Sede a tratar como consideren oportuno, con total discrecionalidad, a quienes les sean entregados.

—Estamos en Inglaterra, hermano Ricardo —le objetó La More—. Nuestro clero está compuesto por gentes razonables, ajenas a todo género de fanatismo religioso.

—Sí, estamos en Inglaterra —le hizo eco Ricardo—. En la misma Inglaterra donde Eduardo, el padre del Eduardo reinante, hizo encarcelar y desterrar a los judíos para arrebatárles su dinero. Aún no han transcurrido treinta años, sire, desde que doscientos de ellos murieron asfixiados por haberse hacinado a más de seiscientos en un mismo calabozo.

—¡Judíos! —resopló La More con desdén.

—Seres humanos —le corrigió Ricardo—. Yo os predigo que os arrepentiréis de estas palabras antes de que haya transcurrido una semana de vuestra detención. Conocéis los crímenes de que se nos acusa. Quien ha formulado semejante acusación sin que todavía nadie le haya exigido cuentas por ello no puede ya detenerse. Está en la necesidad de continuar cueste lo que cueste, hasta la ruina total de una de las dos partes: o él, o nosotros. ¡Voto a san Juan! ¡No quiero que en Inglaterra se repita lo mismo! —se iba acalorando Ricardo a medida que hablaba, pero logró dominarse y continuó en tono sereno—: Ni en ningún otro país. Parto mañana hacia Portugal, Castilla y Aragón. La decisión de Eduardo sin duda no dejará de pesar en el ánimo de los soberanos de esos países.

Hincando la rodilla en tierra, tendió las manos al anciano, con las palmas vueltas hacia arriba.

—Sire, en vuestras manos pongo el destino de los caballeros templarios de este reino. Vos sois su maestre y superior. Dad una orden, y ellos irán adonde vos digáis. Concededme un puñado de hombres, digamos treinta, si es posible, con armas y caballos, y yo lucharé por evitar que nadie os haga daño a vos ni a vuestros hermanos.

—¿De veras crees que podrás evitarlo? —preguntó La More.

Ricardo asintió con la cabeza, y el maestre hizo seña a un fámulo.

—Hacedme el favor de llamar a los hermanos Miguel de Baskeresville, Juan de Stoke y Ricardo de Herdewikes.

Luego volvió la mirada hacia Ricardo, quien bajaba la cabeza en señal de agradecimiento y sumisión. No había titubeado ni un instante en humillarse e implorar ayuda de rodillas por amor a sus hermanos. La More reprimió el deseo de imponer ambas manos sobre aquella cabeza rubia y bendecirla para dar a entender su simpatía hacia aquel joven caballero.

Ricardo pasó el resto de la tarde con sus antiguos superiores; en especial su preceptor el hermano Miguel y el intendente hermano Juan se manifestaron férreamente contrarios a las opiniones de aquél.

Al día siguiente, sin embargo, cuando se despidió para embarcar rumbo a los reinos de España, pasaba revista con cierta satisfacción a su breve estancia en Londres; llevaba consigo una bolsa bien repleta y el compromiso firme de un pequeño grupo de hermanos decididos a combatir en la ilegalidad antes que someterse a un proceso.

El 8 de enero de 1308 fueron detenidos los caballeros templarios de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda, y cargados de cadenas quedaron en las cárceles de los sheriffs, por más que el rey estuviese convencido de que eran inocentes.

Cinco días después también hizo encarcelar a los templarios de su reino el soberano de Nápoles, que era un sobrino de Felipe de Francia.

El último domingo de marzo, una semana después de la Pascua, un correo se hizo presente en el palacio de Westminster. De este lugar había desaparecido la jovialidad frívola y algo pueril que imponían el rey y su favorito. Era que el gascón había sido condenado a destierro por decisión oficial de los barones del reino. Tenía prohibido el regreso bajo amenaza de excomunión por parte del obispo, y aunque ninguna de las dos penas parecía importar demasiado al hermano Perrot, el rey asistió de pésimo humor y lleno de sentimientos de impotencia a los preparativos de la marcha de su favorito; en el último momento le había nombrado «teniente del rey» en Irlanda y le había asignado un magnífico salario, para que pudiera seguir cultivando sus extravagantes hábitos. Sin embargo Eduardo aborrecía la idea de quedarse solo en medio de tantos enemigos.

Tras desembarcar en Sandwich, el correo había galopado sin descanso, pues traía un documento que debía entregar en mano a la dama de Lyons-la-Forêt.

Blanca rompió el sello y halló un segundo documento sellado, en el que se leía: «Dado en Gante un día después de la festividad de San José». Al verlo despidió al mensajero, llamó a su correo particular y le entregó el documento, ordenándole que se dirigiese sin demora a Prae Wood, donde Aymer moraba entre los templarios libres. Éstos le habían entrenado tanto y tan bien, que ya manejaba la espada con la izquierda casi con la misma fuerza y soltura que había tenido con la derecha.

Aymer recibió el documento, rompió a su vez el sello y desenrolló el pergamino para devorar aquellas líneas escritas en letra vigorosa aunque algo precipitada:

Douce frère —comenzaba la carta—. La orden quizá pueda salvarse. El rey Felipe se ha avenido a entregar los prisioneros a la jurisdicción del papa, y el Sumo Pontífice ha desautorizado a la Inquisición relevando a los inquisidores de sus funciones para reservarse el proceso personalmente. Y por cierto, parece que ha decidido repetir las diligencias, lo cual viene a significar que nada de lo actuado hasta el presente tiene validez y quedan anulados los procedimientos de Felipe. En respuesta, Felipe encargó a los juristas de la Sorbona un dictamen sobre si el poder temporal puede actuar por iniciativa propia en los casos de apostasía, y si nuestra culpabilidad no invalidaba los privilegios que poseíamos. La sentencia que emitió el alto Colegio debe haberle sido dictada por Nuestro Señor en persona, pues han dictaminado que los tribunales ordinarios no son competentes para juzgar la apostasía y que los acusados deben responder ante los tribunales eclesiásticos. Y lo mismo se aplica a los bienes y propiedades de la orden. Esto nos ha infundido nuevo valor y buenas esperanzas para el futuro, pese a las malas noticias que siguen recibándose. Las disposiciones del papa llegan demasiado tarde para dos de nosotros, Gerardo de Villiers y Bernardo de la Roca, comendadores de Francia y de la Provenza, los únicos de entre nuestros jefes que no habían confesado y los cuales, según hemos sabido, han muerto en las cárceles.

Después de recibir esta pública bofetada por parte de la Sorbona, el rey Felipe tenía que hacer algo para salvar el honor, y anunció el mismo día un consejo general de sus grandes. Se celebrará en Tours, aunque me temo que las conclusiones de tal asamblea estarán dictadas de antemano por el rey, quien anda muy ocupado en indisponer contra nosotros a la opinión pública. Pedro Dubois [*Nota: Jurista y escritor al servicio de Felipe IV, por cuya cuenta difundió numerosos panfletos anónimos y tratados, distinguiéndose sobre todo en la campaña del rey contra Bonifacio VIII.*] reparte panfletos entre los nobles, el clero y las diputaciones del estado llano, en donde se nos calumnia y se acusa de corrupto al Sumo Pontífice. ¡Dice que nosotros hemos sobornado al Santo Padre y que eso explica sus decisiones favorables a la orden!

En cuanto a mi viaje por el sur, el éxito no ha sido completo. Nuestros hermanos de Aragón se han encerrado en sus fortalezas y manifiestan que se resistirán a ser apresados. Están en condiciones de resistir muchos meses, como también nuestros hermanos de los electorados renanos aseguran que no se rendirán sin lucha. Pero no hay más. En Rávena, Bolonia, Pisa y Florencia nuestros hermanos fueron conducidos a rastras ante los jueces, como criminales, y amenazados con la tortura. En Castilla han sido detenidos y confiscados todos sus bienes. Sin embargo, la sentencia de los teólogos de la Sorbona y el apoyo del papa nos dan nuevas fuerzas permitiéndonos confiar en un proceso justo bajo la jurisdicción eclesiástica, donde se nos permita defender nuestra inocencia.

Una noticia triste para ti, mi buen amigo y hermano, pero sobre todo para la dama, ya que el día 7 del mes en curso ha dejado este valle de lágrimas el señor de Lyons-la-Forêt, de cuya alma se apiade Dios. Recibí a tiempo la noticia de su definitiva enfermedad y conseguí recoger sus últimas disposiciones. Para sorpresa mía, fui recibido como un amigo de toda la vida; el moribundo se restableció un poco al notificársele mi llegada y pude contestarle a todo cuanto quiso saber. Creo que mucho antes de que yo secuestrase a su hija debía hallarse al corriente de cuanto sucedía a sus espaldas, pero fingió no enterarse para no incurrir en la venganza del rey. Me rogó que le velase hasta que le llegara la hora de entregar su alma, y así lo hice. En esa circunstancia me aseguró el amor que sentía por ambos y me participó sus bendiciones en cuanto a vuestra unión, así como el ferviente deseo de que contraigáis cuanto antes el santo matrimonio y su voluntad de hacerte heredero de su título y bienes. Luego me puso en el compromiso de nombrarme defensor de su castillo y sus propiedades mientras dure tu ausencia, todo lo cual he asentado por escrito a petición del enfermo, quien firmó y selló el documento haciendo acopio de sus últimas fuerzas, y mientras estaba ayudándole en ello exánime. Cuatro días después y apenas le habíamos dado sepultura en la capilla, se presentaron tres enviados de París con intención de confiscar el castillo en nombre del rey. A lo cual yo, mostrándoles el testamento debidamente sellado, les declaré mi intención de defender las propiedades con la espada en la mano si fuese necesario; tras lo cual he escondido el documento en lugar seguro y he dejado a cuatro de nuestros mejores hombres como guarnición, provistos de instrucciones detalladas para la defensa del castillo en caso de asedio. Además he aprovisionado la fortaleza, cuyas bodegas se hallan repletas de trigo, carne y provisiones de sal, vino, quesos, legumbres secas y tocino. En los pañoles tenemos flechas y ballestas más que suficientes; he inspeccionado el armamento de los centinelas y se ha emprendido la reparación de los puntos débiles de la muralla y demás fortificaciones. Se ha instruido a los campesinos de los alrededores para que se refugien dentro del recinto con sus ganados a la primera voz de alarma. Creo que podrían resistir un mes o incluso más, lo cual me daría tiempo para reunir a los nuestros y atacar a los sitiadores por retaguardia. En cualquier caso me parece que ahora Felipe tendrá demasiados quebraderos de cabeza como para intentar un asedio infructuoso contra Lyons-la-Forêt.

Aymer hizo una pausa en la lectura y luego prosiguió:

En la primera ocasión pienso regresar al castillo para recoger el testamento que te nombra coheredero y llevarlo a Inglaterra. Te ruego que participes mi condolencia a la castellana de Lyons, y que le sirva de consuelo el recordar que su padre murió bendiciendo vuestra alianza así como la seguridad de que, mientras Dios me dé fuerzas, su castillo y sus legítimos bienes no le serán arrebatados.

Dado en Gante al día siguiente de la festividad de San José, en el sexto mes del cautiverio del Temple. Ricardo el Bastardo.

12

El papa sentado en su sede, antes piedra de Pedro, hoy de corcho, mira a Fauvel en su presencia (...) El papa tiende su mano (...) y acariciando la testa de Fauvel dice: «Qué bello este animal». Y los cardenales para halagarle: «Verdad decís, Santo Padre».

Gervais du Bus, Roman de Fauvel.

[Nota: El Roman de Fauvel, escrito entre 1310 y 1316 por Gervasio du Bus, notario de la real cancillería de París, es una sátira contra la corte de Felipe IV y la del papa Clemente V en Aviñón. El personaje principal Fauvel es un animal alegórico, un asno que personifica todos los vicios que hallaba Du Bus en sus contemporáneos, y que su nombre contiene en acróstico: F de flatterie, adulación, A de avaricia, U de villanía, V de vanidad o de variété, inconstancia, E de envidia y L de lâcheté, cobardía.]

De acuerdo con los deseos de Felipe, la asamblea inaugurada a finales de marzo de 1308 en Tours y cuyas sesiones se prolongaron hasta bien entrado el mes de abril debía servir para contrarrestar el oprobioso dictamen adverso de los teólogos de la Sorbona, y así procuró que resultase mediante el recurso a sus métodos habituales: la astucia y la intimidación. Los panfletos que redactaba Pedro Dubois difundían sin escrúpulos la calumnia: «¡Que se ande con cuidado el papa! Es un corrupto peor que Bonifacio, es venal y comercia con la justicia. Sólo por dinero tiende sobre los templarios una mano protectora, aunque éstos sean culpables y lo hayan confesado, y oponiéndose al celo de su católica majestad el rey de Francia. Cuando Moisés, el verdadero siervo de Dios, mató a veintidós mil idólatras, nos enseñó cómo hay que proceder contra los templarios. ¡Tomad la espada y acabad con los más próximos! ¿Por qué se limita a hacer promesas el papa en vez de castigarlos como merecen?».

Los funcionarios del rey se encargaron de evitar que apareciesen por Tours los valedores de los templarios, llamando sólo a los barones más maleables, a los que se dejaban dictar sus juicios por el monarca, de lo cual resultó una violenta reconvencción contra el papa. Veintiséis nobles, entre ellos los duques de Borgoña y Bretaña, los condes de Flandes, Auvernia y Talleyrand de Périgord, así como el burgrave de Narbona, se plegaron a la voluntad del rey y mandaron prender a los templarios que se habían refugiado en sus feudos.

Fortificado por tanta buena voluntad Felipe, haciéndose el ingenuo, planteó de nuevo a los teólogos de la Sorbona la cuestión de procedimiento. Y una vez más los letrados no pudieron sino contestar que el proceso correspondía a la jurisdicción de la curia exclusivamente. Nogaret y Plaisians no esperaban otra respuesta, y sin pérdida de tiempo tomaron con el monarca sus disposiciones para el enfrentamiento final con Clemente V. El 29 de mayo Felipe se encaminó a Poitiers seguido de una impresionante escolta. En la sala grande del palacio episcopal le aguardaba Clemente, previamente informado de la llegada del rey, con las rodillas temblando debajo del hábito recamado de oro. Seguro de sí mismo, el soberano se postró a los pies del papa, inclinó el redondo rostro que le había valido el mote de «la lechuza» y besó humildemente las pantuflas papales.

Entre confuso y desconfiado contempló Clemente la cabeza del monarca. ¿Qué nuevo plan diabólico estaría gestándose debajo de aquellos rizos? Conocía demasiado a Felipe como para creer que éste se hubiese molestado

en trasladarse a Poitiers sólo para rendirle pleitesía. Pero la incertidumbre del papa duró poco, porque tan pronto hubo terminado la ceremonia de salutación se adelantó Guillermo de Plaisians y subió a la tribuna de los oradores para anunciar con fuerte voz que se disponía a hablar en nombre del rey.

En su alocución se mostró digno sustituto de Nogaret, quien no se atrevía a comparecer ante la curia papal desde su célebre ataque contra Bonifacio VIII. No hablaba Plaisians en latín, sino en francés, para que el mayor número posible de los presentes, y no solamente los eclesiásticos, entendiesen su cínico discurso preparado de común acuerdo con el mismo Nogaret:

—De nuevo ha triunfado Nuestro Señor Jesucristo sobre los enemigos de Su Iglesia y de la verdadera fe, y nunca la victoria había sido tan grande, tan rápida, tan provechosa y tan necesaria como en esta ocasión en que milagrosamente Él ha revelado a los ojos del mundo entero las herejías de la perversa orden templaria.

»Y los artífices de dicha victoria han sido, nada menos, el rey de Francia y todo su pueblo, en nombre de los cuales comparecemos aquí para denunciar ante el papa los crímenes del Temple. ¡Oh Santo Padre! El rey, los grandes y el pueblo entero del reino exigen una pronta resolución de este caso. Plázcaos debatirlo y sentenciarlo a la mayor brevedad posible, ya que de lo contrario nos veríamos obligados a hablar con vos en términos muy diferentes.

La consternación del papa subió de punto cuando los arzobispos de Narbona y Bourges se sumaron a las razones del orador. Clemente respondió con algunas evasivas diplomáticas, encaminadas principalmente a quitarse de la línea de enfilada. No quiso dar la razón al rey sin más ni más, pero tampoco le rebatió de plano. Defendió con cálidas palabras a la orden, de cuya inocencia dijo estar convencido, pero también afirmó que si se demostraba que los templarios eran como se aseguraba, él mismo sería el primero en maldecirlos y se incoaría contra ellos un proceso digno de la justicia eclesiástica, es decir sin demora pero también sin una precipitación desahogada.

Ricardo, quien había viajado sobre los pasos del séquito real y se había presentado en Poitiers con dos de sus fieles seguidores poco después que el monarca, no tuvo que lamentar el no haber podido asistir al discurso inaugural de Plaisians, porque éste era la comidilla de la ciudad y de toda la comarca, donde estaba siendo ampliamente repetido y comentado.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Ricardo—. Si ahora Clemente no se mantiene firme, todo habrá sido en vano. Y retrocederíamos al punto en donde estábamos hace seis meses. Es menester que se mantenga en el criterio de que el proceso contra nosotros incumbe a la curia exclusivamente.

Los dos franceses le miraron en silencio y ambos menearon luego la cabeza:

—Tanto la presencia de Felipe como la de Plaisians y Nogaret entre bastidores, sólo admiten una interpretación: se trata de quebrar la resistencia del papa cueste lo que cueste.

Tenían razón. Durante su primer encuentro con Tibaldo de Corbara, ¿no había prevenido éste a Ricardo en contra de Nogaret y Plaisians, el canciller y el letrado sin cuyos consejos jamás tomaba una decisión el rey?

Durante varias semanas y pese al tremendo peligro que corría, Ricardo intentó ser recibido por algún personaje de la curia o incluso por el papa, pero todo fue en vano. El temible triunvirato de París había sembrado tal espanto que incluso el cardenal Corbara le negó a Ricardo la audiencia fingiendo no conocerle.

Hacia finales de junio Plaisians se sintió tan fuerte que quiso dar una nueva demostración de su brutalidad. Habiendo planteado el papa la reiterada petición de interrogar personalmente a los caballeros, Plaisians le presentó de

buena gana a veintidós templarios previamente seleccionados por el gran inquisidor Guillermo Imbert.

Clemente delegó la misión en cuatro cardenales, todos ellos adscritos a la órbita de la influencia real, lo cual demostraba una vez más la intensidad de la presión que ejercía Felipe sobre el pontífice.

Eran aquéllos Berenguer Fré dol, Esteban de Suisy, Pedro Colonna, quien había colaborado con Nogaret en la época de las intrigas contra Bonifacio VIII, y el cardenal Landulfo Brancaccio, también seguidor incondicional del monarca.

El día que salieron del palacio episcopal de Poitiers para asumir la tarea, Ricardo prescindió de toda precaución y salió al paso de los cardenales en plena calle, sin hacer caso de los guardias reales y pontificios que pululaban por allí.

—¡Señor cardenal! —gritó para hacerse oír entre el tráfago ciudadano, mirando fijamente a los ojos de Fré dol—. ¿Os acordáis de mí? Soy el que os hizo ver cómo interrogaban a mis hermanos. ¡Declarad ahora la verdad como buen cristiano!

Sin esperar a ver qué reacción había causado con sus palabras, emprendió rápida fuga para no ser alcanzado por las armas de los esbirros, aunque le pareció haber observado, antes de alejarse, que el cardenal palidecía.

—¡Atrapad a ese hombre! —gritó un capitán de la guardia, pero el efecto sorpresa de la súbita aparición salvó a Ricardo, quien logró escapar por el laberinto de las callejuelas de Poitiers.

Apenas tres días más tarde quedó claro que había sido inútil el correr tantos riesgos para apelar a la conciencia del cardenal Fré dol.

Los cardenales se apresuraron a proceder según le interesaba a Felipe, y Ricardo sospechaba que sólo era cuestión de días: el papa acabaría por plegarse a las exigencias del soberano.

Si Clemente permitía que le arrebatasen la instrucción del proceso y los caballeros templarios eran devueltos al poder despiadado de la Inquisición, la causa quedaba perdida y con ella la orden misma; en cambio, si Clemente lograba imponerse, la salvación aún era posible. En esta disyuntiva Ricardo juzgó que cualquier sacrificio valía la pena con tal de inclinar la balanza, por lo que informó a sus hermanos y se puso en camino hacia el palacio donde residía el pontífice.

Tras colarse por una puerta de servicio que utilizaban los proveedores, logró penetrar hasta los aposentos privados del papa. Sabía que no le quedaba ya ninguna escapatoria. Su presencia había sido detectada. Oyó voces que se acercaban y se ocultó rápidamente detrás de unos cortinajes de damasco bordado. Creyó reconocer la voz del papa, y entonces salió de su escondite y abrió las hebillas de cobre de su manto negro, dejando que la prenda cayese de sus hombros y quedando al descubierto la clámide blanca con la cruz ochavada de color rojo en el pecho. Al hacerlo se tropezó cara a cara con el mismo Guillermo de Plaisians, que acababa de entrar en la estancia con el papa Clemente. La derecha de Ricardo buscó instintivamente la empuñadura de su daga. Le habría resultado fácil abatir al letrado de un golpe certero, librando así al Temple de uno de sus enemigos más peligrosos. Pero luego se dijo que un atentado contra la vida de Plaisians no serviría sino para perjudicar a la orden.

También Plaisians, quien se había quedado yerto al verse súbitamente enfrentado con un templario, recobró en seguida su presencia de ánimo y alzó la voz llamando al oficial de guardia. Ricardo apenas disponía de escasos instantes; en seguida se arrodilló delante del desconcertado papa, quien no acertaba con la actitud más conveniente en tal situación.

Clemente miraba compasivamente al caballero postrado ante él, pero sentía a su lado, al mismo tiempo, la amenazadora presencia de Plaisians. En los pasillos resonaban voces de mando.

—El Temple apela a vos, Santo Padre —exclamó Ricardo con pasión.

—¡Silencio! —Plaisians—. No tenéis derecho a hablar aquí.

Ricardo no hizo caso de sus protestas.

—No creáis en confesiones arrancadas mediante torturas. Algunos hermanos nuestros han sufrido más que Cristo por no renegar de Él ni de la orden. Pero la Iglesia, en vez de santificarlos como mártires, los entierra en despoblado como a herejes.

Totalmente consternado, el papa lanzó una rápida ojeada hacia Plaisians. Al mismo tiempo se abrieron de golpe las puertas de la estancia.

—Que el Temple no sea juzgado por otra autoridad sino la vuestra —pudo exclamar todavía Ricardo antes de que cayese sobre él la guardia pontificia, que lo amordazó y lo sacó a rastras de los aposentos papales.

En el pasillo estalló una discusión acerca de adónde debían llevarlo.

Ricardo se juzgó afortunado porque sus captores no habían sido los hombres de Plaisians sino los guardias del papa, por lo cual no sería entregado a aquéllos, al menos de momento.

—Soy un caballero del Temple. Exijo que sean respetados mis privilegios —dijo, y en efecto no lo llevaron a la cárcel común sino a una celda aislada del monasterio. Aunque fuertemente custodiado, todavía se hallaba en manos de la jurisdicción eclesiástica, si bien era de prever que Plaisians se ocuparía de que tal situación no se prolongase demasiado.

Sentado en el banco de madera que también servía de yacija, descansó la cabeza entre las manos con abatimiento, mientras se preguntaba si la actuación había valido el precio de su libertad. Él no era un jurisconsulto sino un sencillo caballero a quien las circunstancias habían colocado entre los dos frentes en lucha, el papado y el reino de Francia. Y esa lucha se disputaba por encima de las cabezas de sus hermanos y sería definitiva para el destino de éstos. ¿Qué otra cosa podía haber intentado él en aquel instante decisivo? Pasó el día sin que ocurriese nada más, y Ricardo se extrañó de que no acudiese nadie a interrogarle. Quizá ni siquiera sabían quién era él.

Hacia el anochecer retiraron la guardia de vista y se quedó solo en la fría celda. Tumbado sobre el duro banco, intentó dormir, pero sus pensamientos le mantenían en vela. ¿Estaba Plaisians demasiado ocupado con Clemente como para acordarse de su prisionero? ¿O quizá no quería comprometer su misión y no reclamaría a Ricardo sino después de haber llevado aquélla a buen puerto? En tal caso, no sería preciso esperar mucho, excepto si hubiese logrado conmover con sus palabras la conciencia del papa, lo cual supondría para él un éxito superior a sus más descabelladas esperanzas. ¿O tal vez Plaisians trataba de restar importancia al incidente procurando que el papa lo olvidase también?

Cuando se hubieron disipado los ecos de la primera misa matutina cantada, Ricardo oyó pisadas en el corredor. Ante el ventanuco enrejado de la puerta de su celda se presentó un monje con la capucha calada hasta los ojos y en la mano un candelabro con una vela encendida. El recién llegado descorrió los cerrojos y le hizo un ademán invitándole a salir. En la penumbra Ricardo distinguió el bulto de otro personaje y sus ojos avezados captaron el brillo de un acero debajo del cordón que ceñía el tosco sayal.

Titubeó unos momentos. ¿Serían esbirros de Plaisians, enviados para llevárselo? ¿O quizá venían a despacharle con un par de puñaladas?

Poniéndose en pie, se aproximó a la puerta con precaución, tenso hasta las puntas de los dedos y preparado para reaccionar ante el menor movimiento sospechoso.

—Apresuraos —le urgió en voz baja.

De súbito se halló en el pasillo y el ensotado de la vela se volvió de espaldas para correr de nuevo los cerrojos. Ricardo se dijo que no era cuestión de desaprovechar la oportunidad.

Con agilidad felina se abalanzó sobre el otro, que totalmente sorprendido apenas hizo ningún movimiento de resistencia. El monje que cerraba la puerta se volvió con sobresalto y contempló a su compañero, a quien Ricardo retenía con el brazo retorcido a la espalda y la punta del puñal apoyada en el cuello.

—¡Teneos, hermano Ricardo, por el amor de Dios! —exclamó en un murmullo ahogado.

Así pues, sabían quién era. ¿Habría sido Frédol el denunciante?

—Prefiero andar sobre seguro —replicó secamente.

—Es vuestra propia daga la que empuñáis. Íbamos a devolvérosla —susurró el monje— Seguidnos.

En efecto pudo comprobar que lo era. Dejó caer la mano con el arma y siguió a los frailes, aunque sin deponer del todo la vigilancia. Al final del pasillo hicieron alto delante de una cancela baja, la cual abrieron al tiempo que le tendían su manto negro.

—Tenemos un mensaje para vos —susurró el monje que había sido desarmado por Ricardo—. El Santo Padre está conmovido por vuestra desgracia y la de vuestros hermanos. Os suplica que tengáis paciencia y que no hagáis nada precipitado por más que os irriten los acontecimientos de los próximos días. Aunque seáis testigos de concesiones penosas e incluso humillantes, sabed que sólo se cede para tratar de ganar tiempo.

Con un ademán cedió el paso a Ricardo. Éste se agachó al cruzar bajo el dintel para no golpearse con la viga. Y mientras se inclinaba hacia delante, el otro le descargó el pesado portavelas en la nuca. Ricardo cayó sin proferir un solo quejido. Los dos frailes cambiaron una mirada de espanto sobre el cuerpo del caído.

—¿No lo habrás descalabrado, hermano Antonio? —preguntó el otro con voz temerosa.

Un hilillo de sangre corría sobre el hábito del templario.

Ricardo volvió en sí con un tremendo dolor de cabeza. Abrió los ojos y procuró dominar las náuseas, porque le habían introducido una mordaza en la boca, asegurándola con una cuerda. Además tenía las manos atadas a la espalda y el cuerpo apretadamente envuelto en su propio manto de manera que, como un gusano de seda dentro de su capullo, apenas podía moverse. A su alrededor reinaba la más negra oscuridad.

Olfateó un intenso olor a vino y se estremeció de frío. Lo habían ocultado dentro de un tonel y cuando éste empezó a bambolearse notó que estaba colocado sobre un carro. El viaje fue largo. Casi había perdido la noción del tiempo cuando por fin el carro se detuvo y penetró un rayo de luz en el escondite. Lo sacaron del tonel con las debidas precauciones y se halló a pleno sol, cuyo resplandor le cegó momentáneamente. Sin darle tiempo a echar una ojeada al conductor del carro, aflojaron la soga con que le habían atado por encima del manto y el vehículo se alejó rápidamente, dando saltos sobre el pedregoso camino. Ricardo tardó bastante en lograr quitarse el manto y romper sus ataduras contra el filo de una peña.

Con un suspiro de alivio se quitó la cuerda y la mordaza de la boca. Al llevarse la mano a la nuca se notó el cabello pegajoso, empapado de sangre coagulada.

—Qué chapuza —murmuró, pero no era cuestión de reparar en detalles, visto que le devolvían inopinadamente la libertad.

La intención del papa estaba perfectamente clara. Quiso salvarle, pero dándole a entender que no era deseada su presencia en Poitiers.

A tropicónes se salió del camino y fue a ocultarse en unos matorrales, donde permaneció tendido hasta que se hizo de noche y aun largas horas después, pese al relente, mientras se rehacía del golpe excesivamente fuerte que le había propinado aquel fraile obviamente poco acostumbrado a tales menesteres. Sólo entonces se incorporó para tratar de orientarse.

Mientras tanto, en Poitiers, el papa continuaba desempeñando con fingido celo su papel en la farsa. Tras reunir a sus cardenales, ordenó la persecución del «prófugo» y ofreció una recompensa de diez mil florines a quien denunciase su paradero, todo ello con la evidente intención de aplacar las iras de Plaisians.

Mientras Ricardo emprendía el arduo regreso a pie hacia Poitiers, Felipe y Plaisians ponían manos a la obra sin pérdida de tiempo. El 5 de julio alcanzaron un compromiso con Clemente V. El papa restablecía los poderes del gran inquisidor, pero sentaba dos condiciones. Exigió una nueva instrucción del proceso a cargo de una comisión pontificia cuyos miembros serían designados por la autoridad papal. En segundo lugar, serían transferidos a disposición de la Santa Sede los siete principales de la orden templaria, a saber, el gran maestro Jacobo de Molay, el visitador de Francia Hugo de Pairaud, el comendador de Normandía Godofredo de Charnay, y los comendadores de Chipre, Aquitania, Francia y la Provenza. Los demás templarios quedarían bajo la jurisdicción de comisiones nombradas por el ordinario de cada diócesis, constituidas por dos canónigos, dos dominicos, dos franciscanos y el inquisidor local, y facultadas para emitir sentencia vinculante. Desde su valiente iniciativa del mes de febrero Clemente había tratado en vano de reservarse en exclusiva la instrucción de todo el proceso; por fin, cinco meses más tarde, se veía obligado a claudicar casi en toda la línea frente al rey Felipe.

Cuando Ricardo hubo regresado a Poitiers y supo todas estas novedades por sus hermanos, alzó las manos al cielo en un gesto de desesperación.

—¿Creerá Clemente que nos hace un gran favor al tomar esas disposiciones? ¡Dios mío! Con ese golpe ha hundido en la desgracia a la mayoría de nuestros hermanos.

En cambio Felipe podía darse por satisfecho; el 20 de julio abandonó Poitiers para emprender el regreso a su capital, pero dejando a Guillermo de Plaisians y a Gil Aycelin, el arzobispo de Narbona y guardasellos del rey, con el encargo de seguir presionando al papa hasta llevar a buen fin la obra iniciada. En esta época el atribulado Clemente estuvo a punto de caer enfermo de congoja. Los despiadados comisarios del rey no le daban ni un instante de tregua. Viéndose traicionado y vendido por sus propios cardenales, empezó a temer por su propia seguridad y maquinó huir de Poitiers para sustraerse a tan sofocante insistencia, como si el poner tierra por medio fuese bastante para salvarse de las garras del rey francés. Tres veces hizo cargar sus pertenencias sobre recuas de mulos y otras tantas no pudo pasar de las puertas de la ciudad el cortejo papal, invitado en términos corteses, pero firmes, a volverse por donde habían venido. Así se hallaba tan prisionero del rey como los mismos templarios que eran la prenda de aquella funesta partida de ajedrez, sabiendo que no recobraría la libertad hasta que la última pieza del tablero hubiese caído en manos del monarca. A todo esto los remordimientos le atormentaban sin cesar, tanto que no pudo desoírlos y, en su desesperación, realizó una última tentativa aun sabiendo perfectamente que no podía conducir a nada: ordenar el traslado a Poitiers del gran maestro y demás altos dignatarios de la orden.

Dos de éstos no podían ya corresponder al llamamiento. El comendador de Francia y el de Provenza habían pagado con la vida su negativa a confesarse culpables.

En agosto se pusieron en camino el gran maestre y sus cuatro caballeros de mayor rango, ignorando que aquella expedición iba a ser un viaje a ninguna parte.

El convoy fue detenido en Chinon y allí terminó la odisea con el pretexto de que aquella cabalgata era un esfuerzo demasiado ímprobo para hombres tan ancianos y algunos de ellos enfermos. Los templarios fueron recluidos en el viejo castillo de Chinon, cuyas torres inexpugnables dominaban el Vienne desde una altura vertiginosa. En la torre del homenaje, a la que llamaban La Tour Pavee por sus muros de tres brazas de espesor, quedaron aquellos hombres en espera de lo que el destino tuviese a bien depararles.

Conmocionados por el incesante vaivén entre la esperanza y la desesperación, Jacobo de Molay y sus compañeros de infortunio grabaron en las paredes de la mazmorra una cruz, una figura de la Virgen y la silueta de una iglesia, como si quisieran convertirla en una capilla al objeto de buscar en la oración el consuelo a su desgracia.

La demostración de poder por parte de Felipe era de las que no pueden pasarse por alto, y le daba a entender al papa que había ido demasiado lejos con su última iniciativa. El monarca jamás dejaría en manos del pontífice la pieza maestra del ajedrez que era Jacobo de Molay.

Y en efecto, Clemente no aventuró el viaje a Chinon para interrogar personalmente a los templarios. No habría sido la primera vez que un papa cayese en una trampa de parecido género. En realidad quedó tan espantado que antes de despachar hacia Chinon a tres cardenales publicó la bula *Faciens misericordiam* bajo la tutela vigilante del de Plaisians y salió en dirección a Lusignan, donde volvió a reunirse el 21 de agosto con los cardenales para recibir el informe de éstos.

Mientras tanto Ricardo iba camino de Inglaterra para poner en conocimiento de Aymer y sus fieles el contenido de la bula, que había recibido por confidencia oral del cardenal Corbara. Tras desembarcar en Dover continuó viaje hasta Londres, donde se reunió con Aymer en casa de un mercader francés. Después de un cálido saludo Ricardo anunció:

—Malas noticias. El papa ha abandonado prácticamente la lucha. Se ha enviado una nueva bula a todos los príncipes reinantes, así como a los obispos y arzobispos, con instrucciones detalladas para que sepan cómo hay que segarnos la hierba debajo de los pies. La Inquisición ha reanudado de lleno sus actividades, y no sólo la de Francia.

Aymer agitó el puño y desahogó el rencor acumulado:

—¡Ese alfeñique de Poitiers, ese cobarde y corrupto, ese...! —le faltaban palabras para expresar su indignación y su repugnancia.

—En realidad el papa Clemente ha tratado de socorrernos, pero no puede nada contra el trío que forman Felipe, Nogaret y Plaisians —observó Ricardo mientras tosía y se enjugaba el sudor de la frente. Hacía calor y tenía la garganta reseca por el polvo del camino.

Aymer le ofreció una jarra de cerveza, de la que bebió a largos tragos.

Luego le relató a Aymer las maniobras de que había sido víctima el papa, y de cómo los cinco altos dignatarios del Temple habían sido capturados en el camino de Poitiers a Chinon.

—Todavía ignoramos lo que haya podido suceder entre los muros de ese castillo de Chinon, y quizá no lleguemos a saberlo nunca. Pero tenemos un dato cierto, y es que Nogaret se encontraba allí cuando los llevaron, y poco después también hizo acto de presencia Plaisians. ¡Qué desesperados se

habrán sentido! Ellos confiaban en que serían escuchados por Clemente en persona. Nosotros le ofrecimos escolta hasta Chinon, y nos comprometimos a defenderle en todo momento, pero la cobardía de Clemente no ha consentido ese intento. Dijo que su antecesor Benedicto había muerto envenenado por Nogaret, que también Bonifacio estuvo a punto de perecer asesinado y que no hallaba en sí mismo ninguna vocación para el martirio.

—¿Qué dice la nueva bula exactamente? —preguntó Aymer con rabia.

—La bula *Faciens misericordiam* establece una comisión que debe encargarse de recoger testimonios en contra y a favor de la orden, para ser presentados al concilio que se reunirá dentro de dos años, o más exactamente en octubre de 1310. En el ínterin nuestros hermanos serán juzgados por comisiones locales y luego el concilio decidirá, a tenor de las declaraciones y las sentencias, si la orden debe continuar en su forma actual, o si será reformada o disuelta. Por cierto que la comisión pontificia estará presidida por monseñor Gil Aycelin —lanzó una carcajada sarcástica—. El arzobispo de Narbona, otra hechura de Felipe.

Apuró el resto de su cerveza.

—Debo reunirme con nuestros hermanos ingleses. ¿Todavía están en The Weald?

—Sí, pero anda con cuidado. Desconfían de ti —le advirtió Aymer.

—¿Por qué?

—Pues por mí, por lo de Blanca, por tu súbita partida de hace casi un año, que ellos juzgaron una especie de desertión, o por tu conducta desobediente en Francia, ¡qué sé yo! Cualquiera pretexto vale, amigo mío.

Ricardo no quiso contentarse con las vagas insinuaciones de Aymer.

—¿Qué pasa, no has conseguido organizados como hicimos con los de Francia?

El francés meneó la cabeza.

—A mí no quieren seguirme. Les he explicado cómo trabajamos en Francia, y algunos han demostrado buena disposición para aprender. Pero los demás son demasiado obstinados. Necesitan una mano fuerte que los someta. —Alzó su muñón, con una carcajada—. Que es precisamente lo que a mí me falta.

A Ricardo no le hizo gracia.

—Debí regresar mucho antes —se censuró a sí mismo— Debí comprender que las circunstancias acabarían por desmoralizar a muchos.

Poco a poco se incorporó, notando el anquilosamiento de sus miembros, y palpó con la mano por debajo de la camisa de lino.

—Me resta un deber que cumplir antes de mi partida —anunció—. Aquí tengo el testamento que te nombra coheredero de Lyons-la-Forêt.

—Prefiero que me cuentes dónde lo tenías escondido mientras viajabas por toda Francia—le interrumpió Aymer—. Mi curiosidad despertó al leer que nadie sería capaz de encontrarlo.

—Lo guardé en el jergón de paja del pequeño Raúl.

Ambos rieron recordando al valiente hijo del guarda de Lyons-la-Forêt, el que aspiraba a ser cuidador de caballos.

—Será mejor que te lo quedes ahora —volvió a la seriedad Ricardo—. Seguramente tardaremos mucho en volver a vernos.

—¡Ah, no! —Aymer rechazó con gesto decidido el pergamino que se le ofrecía—. ¡No te librarás de mí tan fácilmente...! No puedo permitírmelo todavía. Blanca y yo no estamos casados; hemos esperado a tu regreso porque deseamos que seas testigo de nuestra boda, ¡quién mejor!

Ricardo le miró boquiabierto.

—Y no sólo queremos que seas testigo —prosiguió Aymer, riéndose al ver la cara de sorpresa—. Puesto que tú conseguiste trasladar a Inglaterra la dote

de Blanca y además fuiste el último que habló con su padre, te ruego que ocupes el lugar de éste y la acompañes al pie del altar. No me lo niegues, Ricardo.

—¿Por qué habría de negarme? Al contrario, es un gran honor para mí. Mientras no me pidas nada que contravenga las reglas del Temple... Sólo que no voy a poder corresponder, pues he gastado en el viaje todo lo que me quedaba. Por eso estoy aquí, entre otros motivos. Necesito dinero con urgencia.

Aymer le rodeó los hombros con el brazo.

—No tienes por qué regalarnos nada. Blanca es rica. Nos basta con tu presencia.

—Allí estaré.

—Pero no con ese atuendo —continuó Aymer en su tono burlón, al tiempo que depositaba algunas monedas en su mano.

—¿Quién te crees que eres? ¿San Martín? —se indignó Ricardo—. ¡No soy un mendigo!

Aymer desoyó las protestas de su amigo.

—¿Estuviste en nuestro capítulo londinense? —le preguntó.

—Todavía no —respondió Ricardo mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Un espectáculo bastante lamentable —comentó Aymer antes de que su interlocutor saliera.

*Aquí hay buena cerveza que hallé, bebe a mi salud y yo a la tuya,
y que la jarra haga la rueda.*

Canción de taberna

El cortejo reunido en la pequeña iglesia de Santa María, entre los viejos muros del castillo de Portchester, bien merecía el calificativo de elegante. Refulgían joyas y brillaban sedas suaves bajo la luz del sol. Entre los invitados que se habían desplazado al sur figuraba incluso la reina Isabel, fría y altiva en su capa azul oscuro recamada de armiño y apenas entreabierta para dejar ver el vestido rojo que llevaba debajo.

Había acudido sola a Portchester porque Eduardo no quiso desafiar a las jerarquías eclesiásticas honrando con su presencia la ceremonia matrimonial de Aymer. De hecho el caballero francés había roto con él y desde la detención de los templarios ingleses no se había dejado ver más en la corte. Blanca le sustituía en su misión y no escapaba a su agudeza nada que mereciese saberse.

Los invitados pasaron a ocupar los asientos que tenían reservados en la iglesia y se dispusieron a esperar la aparición de la novia y su padrino.

Mientras tanto, Ricardo cabalgaba, aunque ya distinguía a lo lejos los torreones del castillo de Portchester, sobre los cuales ondeaba el estandarte de Lyons-la-Forêt al lado del león real. Espoleó a Pilgrim, consciente de su retraso. Muchos días y noches había pasado en camino para establecer contacto con algunos de sus hermanos, y juntos habían averiguado el paradero de casi todos los caballeros del Temple londinense. Sabían dónde los tenían presos y sólo faltaba Tomás de Lincoln, que no estaba en Londres el día que arrestaron a los templarios. El suceso debió sorprenderle en camino hacia York, o quizá durante el regreso, pero nadie sabía lo que había ocurrido con él ni dónde habría caído en manos de los perseguidores; de todas maneras, su nombre figuraba en las listas que Eduardo había recibido de sus sheriffs.

Ricardo frenó a las puertas del antiguo castillo y Pilgrim se detuvo echando vaho. Ricardo echó pie a tierra y abrazó a Aymer, quien le esperaba y había salido a recibirle hasta la puerta del patio de armas. Los dos mozos de cuadra que salieron a encargarse de Pilgrim hicieron una reverencia. Ricardo miró a Aymer con sorpresa y luego siguió la dirección de la mirada de éste, que pasaba revista con satisfacción a su atuendo. El surcot de corte anticuado y manga corta y bastante amplia, de elegante pero sobria lana rojo burdeos, dejaba ver las mangas del hábito, quedando ceñido por el cinto de la espada y cayendo en amplios pliegues hasta las pantorrillas; todo ello tenía un aire de sencillez y dignidad que le favorecía sobremanera.

—Gracias por asistir—dijo Aymer en tono cordial.

—¿Has hablado de la bula con el rey? —preguntó Ricardo mientras se disponían a entrar.

—¿Yo? Blanca lo hizo.

—Y ¿qué ha dicho?

—Prometió colaborar.

La carcajada irónica de Ricardo celaba una nota amenazadora.

—Me acuerdo ahora de dos de nuestros hermanos. Están encerrados en Cripplegate. Si Eduardo no quiere hacer nada en nuestro favor sino ofrecernos vagas promesas, me veré obligado a entrar en esas cárceles.

—Si te sirve de algo mi ayuda... —se ofreció Aymer con ardor.

—No, no. Tú debes ir a administrar y a defender tus propiedades, lo cual me permitirá emplear en otras misiones a los hombres de la guarnición que dejé en Lyons-la-Forêt. Aquí ya no puedes hacer nada más por nosotros.

La respuesta no agradó a Aymer, pero la había previsto e incluso había advertido a Blanca para que estuviese preparada.

—Estoy dispuesto a emprender el regreso a Francia —replicó.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Aymer corrió hacia la iglesia, mientras Ricardo enfilaba la escalera en dirección a los aposentos de Blanca.

Las horas siguientes quedarían para siempre en su recuerdo: la leve presión de la mano de Blanca sobre su brazo mientras la conducía a la capilla de Santa María, la seda azul cielo del vestido con remates de brocado, la malla de hilos de oro que retenía los negros bucles de su cabello, y la piel blanca de sus manos que rozaron las de él cuando, al ir a entrar en la capilla, bajo los arcos, él le hizo entrega de la bolsa llena de piezas de oro, es decir de las tradicionales arras. Y finalmente las lágrimas de pena y de felicidad después de la ceremonia, cuando le entregó a Aymer el rollo de pergamino que contenía el testamento de su padre. Abrazó a Aymer y le deseó felicidad, y no quiso besar la mano que Blanca le tendió equivocadamente, sino que se limitó a hincar una rodilla en señal de pleitesía.

—Mi amistad hacia vos será eterna y tan cordial como la que nos profesamos Aymer y yo. Soy vuestro humilde servidor para todo cuanto podáis necesitar.

Palabras que la conmovieron tanto, que no supo hallar respuesta conveniente, sino que le obligó a incorporarse, entre las sorprendidas miradas de los demás invitados.

A la reina Isabel le había llamado la atención aquel joven caballero. Cada vez que éste volvía la mirada hacia la soberana hallaba fijos en él aquellos ojos fríos y azules que le contemplaban con atención. La reina era rubia como su padre y, pese a su juventud, sus rasgos tenían la misma expresión acerada que los de Felipe.

A la primera oportunidad Isabel preguntó:

—¿Quién es ese hombre, Blanca?

—El mejor amigo de Aymer y mío.

—Eso ya se ve, pero digo ¿quién es? ¿Cómo no me hablasteis nunca de él?

Blanca había previsto el interrogatorio.

—Su nombre no le diría nada a vuestra majestad. No suele frecuentar la corte.

Durante el banquete Ricardo se sentó a su izquierda, mientras Isabel se colocaba al lado de Aymer. En la galería que miraba a levante tocaban los músicos, mientras los pajes ofrecían rodilla en tierra las fuentes repletas de manjares y servían cerveza, hidromiel y vinos calientes y aromatizados con especias.

Ricardo hizo honor a los pasteles rellenos, a los asados de cordero y de buey, a los dulces y frutas exóticas, muchos de cuyos platos saboreaba por primera vez en la vida. Tampoco estaba acostumbrado a dar conversación durante la comida. En el refectorio de los templarios las colaciones se amenizaban exclusivamente con la lectura de la Regla, a cargo de uno de los freires. Ricardo procuró ser sociable y evitar que Blanca se aburriese; ella sonreía divertida, mirándole de reojo y asombrada por aquel hombre que pese

a la amistad nunca había dejado de ser un libro cerrado con siete sellos para ella.

Entrada la tarde se despidió Isabel con intención de llegar a la abadía de Netley antes de que anocheciese, donde pensaba pernoctar.

Cuando se hizo de noche pasaron a una sala más reducida, donde habían encendido casi un centenar de velas. Reinaba un ambiente agradablemente fresco después de los calores del día. El suelo estaba sembrado de flores, que exhalaban una dulce fragancia. Las grandes cántaras repletas de vino estaban ya preparadas, las joyas lanzaban destellos a la luz de las velas, y se aprestaban arpas y violas, gaitas y flautas, y tamboriles, y una dulzaina y una zampoña, todo ello en manos de una compañía de músicos ambulantes reforzada por saltimbanquis y volatineros.

Ricardo contempló con admiración a Blanca y Aymer, que abrieron el baile. Nunca había creído que su compañero y amigo fuese capaz de moverse con tanta gracia por el salón a los acordes de una solemne danza cortesana. Se trataba de cosas tan ajenas a la vida sencilla que él había llevado hasta entonces, que le parecía verse transportado a otro mundo. Después del asombro inicial, optó por disfrutar de la belleza y la armonía, saboreó el vino y escuchó al trovador que cantaba una tierna canción de amor acompañándose con los dulces sonidos de un laúd. Sí, en efecto, sería difícil olvidar una jornada así.

Luego los músicos atacaron la Danse réale, y esta vez se sintió fascinado, no por los movimientos de los bailarines, sino por la sucesión de los distintos tiempos de la pieza musical. Todas las veces que el violinista terminaba una variación, los acompañantes retornaban a la melodía principal o tema dominante.

Con esto los pensamientos de Ricardo volvieron a ocuparse del rey de Francia. Así como aquella música tenía un tema central y regresaba a él una y otra vez, de manera similar, por muchas cosas que Ricardo intentase para salvar a los templarios, el rey recuperaba siempre la voz cantante.

Después de la danza, uno de los músicos se adelantó y saludó a Aymer con una reverencia.

—Señor, traemos en nuestra compañía a una adivina, una mujer que conoce las cosas que están por venir. Si lo deseáis, leerá el futuro en las líneas de vuestra mano.

—¿De veras? —preguntó Aymer con incredulidad, pero Blanca le susurró al oído:

—¿No quieres averiguar cuántos hijos te daré?

—¡Desde luego! —respondió él dándole un beso en la frente—. ¡Que traigan a la adivina! —ordenó.

El hombre se retiró para ir en busca de la quiromántica y mientras tanto el cantor interpretó una balada atrevida que fue escuchada con grandes carcajadas por parte de los hombres y rubores de las damas. Entonces hizo su entrada la vieja, envuelta en sus míseros andrajos. Pero a ella no parecía importarle el contraste entre su propia indigencia y el lujo y el fasto que la rodeaban. Ni siquiera saludó con una reverencia a los novios, sino que se limitó a una breve inclinación de cabeza, se mesó los revueltos cabellos grises y dijo con voz estridente y entrecortada por la fatiga de la edad:

—El Señor os bendiga, hijos míos, y que Él os acompañe en los caminos de vuestra vida y aleje de vosotros a los demonios.

Habitualmente Blanca no se habría dignado cruzar palabra con una persona de tan baja estofa, pero los cómicos y ministriles constituían excepción, y además había sido ella la que se había empeñado en hacer llamar a la adivina, por lo que se vio obligada a contestar:

—Agradezco tus amistosas palabras, buena mujer. Dicen que el porvenir no tiene secretos para ti, ¿es verdad eso?

—A todos los que me dieron la mano para que yo les dijera la buenaventura, señora, preguntadles si me he equivocado alguna vez, y si dejó de ocurrirles lo que yo les había anunciado. Incluso leí la mano al viejo rey Eduardo, el primero, y la de la reina Leonor, a la que llamaban la fiel.

—¿Dónde has aprendido tu arte?

—Me lo enseñó mi madre, quien lo había aprendido de la suya. Es una ciencia tan vieja como el mundo.

Ricardo, que había seguido el espectáculo en silencio y con creciente interés, descansó la copa de vino y asintió:

—Sí, porque está escrito en el Libro: «Él ha sellado la mano de todo hombre, porque conoce a todos los miembros de su obra».

La vieja alzó las cejas y le hizo una leve inclinación.

—Decís verdad, señor —graznó, y luego, empuñando un candelabro en su mano temblorosa, se acercó más a Blanca.

—Mi señora, ¿os gustaría levantar una punta del velo que oculta vuestro porvenir? Dejadme ver las líneas.

—¿De la mano derecha, mujer?

—De ambas, hija mía.

La recién casada obedeció y le tendió ambas manos; puesta en pie, la adivina alumbraba con el candelabro y contemplaba las líneas con atención, demorándose tanto que Blanca estuvo a punto de impacientarse. La vieja murmuró unas palabras ininteligibles, y luego tomó las manos de Blanca una a una, dándoles la vuelta y palpándolas detenidamente con sus huesudos dedos.

—Hermosas manos, hija mía, manos fuertes.

—Nada nuevo nos has revelado con eso —se burló Aymer.

La mujer asintió con la cabeza.

—Habéis tomado una esposa tan bella como dotada de temperamento —comentó.

Al cabo de unos momentos miró de nuevo a Blanca y le dijo:

—Veo una vida intranquila, veo muchos peligros. De todos saldréis vencedora y triunfante, sin embargo. Hay en vos ambición y afán de mandar, pero obedecéis al hombre con quien os habéis casado. Vuestro matrimonio será largo y feliz, aunque también habrá largas separaciones. En cuanto a la fidelidad... ¡veo a otro hombre, a quien amáis en secreto!

Aymer se volvió bruscamente.

—¡Ni se os ocurra, querida mía! —la amenazó en broma, agitando el índice.

—Gozáis de una salud excepcionalmente buena —siguió diciendo la adivina—, y la conservaréis hasta los cincuenta años y más allá.

Se interrumpió para contemplar otra vez las rayas de las manos, como si quisiera comprobar más a fondo algún detalle.

Blanca aprovechó la pausa para preguntarle:

—¿Tendremos hijos?

La vieja sonrió y le guiñó un ojo.

—Sí, hasta cinco, todos ellos sanos y robustos.

—¿Niños o niñas?

—Niños, hija mía. Todos varones.

Cinco varones, pensó Blanca con satisfacción. ¡Que fuesen caprichosos como ella misma, y audaces como su padre! Se sobresaltó al escuchar las fuertes carcajadas de Aymer.

—¡Cinco hijos, buena mujer! Así pues, puedo exponerme sin temor a los peligros. Tenemos mucho tiempo por delante.

La vieja le asestó una ojeada hostil.

—¡No desafiéis la suerte! No está claro que vayan a ser vuestros.

Blanca se miró las manos y se le escapó de lo más hondo del pecho una leve risa melodiosa; luego contempló a Aymer y le invitó a someterse al oráculo. Por su parte prefería no seguir preguntando.

La vieja se volvió hacia el novio, quien no daba muestras de haberse incomodado mucho por sus palabras; estaba dispuesto a no permitir que nada le estropease aquel día.

—Lee en mis manos, si puedes —le dijo, sonriente, pero no sin echarle una mirada de advertencia.

Hasta entonces había permanecido con los brazos a la espalda, pero entonces mostró la mano izquierda y el muñón de la derecha.

—El señor quiere burlarse de mí —dijo la vieja, sin parpadear siquiera cuando vio la mano cortada.

—¿Qué significa eso? ¿No puedes leer en la única mano que me queda?

—Sí, señor, pero es la izquierda.

—¿Y con eso qué?

—La mano izquierda es la que dice el carácter, las buenas cualidades y las malas, las inclinaciones y el pasado; en cambio la derecha dice cómo las utilizamos y qué nos reserva el porvenir. La una y la otra se complementan. Veré lo que puedo hacer.

Aymer dio su consentimiento y la adivina estudió un rato su mano.

—Una larga vida, señor —empezó.

—¡Gracias sean dadas al Cielo! —exclamó Blanca.

—Sí, bien podéis decirlo —dijo la mujer—, porque la línea de la vida y de la salud está rota en un punto que podría estar entre los veinte y los veinticinco años. Estáis o estaréis próximamente a las puertas de la muerte.

—He estado, en efecto —comentó Aymer, visiblemente impresionado.

—Las líneas nunca mienten. Cuidaos, porque tenéis otra rotura hacia los treinta años de edad. Pero el Señor volverá a apiadarse de vos una vez más. No así la tercera, y moriréis de muerte violenta.

—Nunca hice cuenta de morir en la cama.

—Sin embargo, sería aconsejable que procuraseis adquirir más prudencia. Veo en vos una tendencia a la despreocupación, la temeridad y la precipitación. Os arriesgáis a perder el favor de los personajes influyentes que os protegen. Hacéis amistades con facilidad pero luego las perdéis por irreflexivo; sin embargo sois persona bondadosa de corazón. Si actuarais con más prudencia, podríais alcanzar los más altos honores. Moderaos y llegaréis a gozar de la consideración y la influencia que merecéis por vuestras condiciones favorables. No las echéis en saco roto.

—Agradezco tu buen consejo —dijo Aymer, ya muy serio. Conocía sus propios defectos.

Tomando la bolsa que llevaba al cinto, sacó tres monedas de oro y dijo mientras las depositaba en la huesuda mano de la anciana:

—Una por la buenaventura de mi mujer, otra por la mía y la tercera para que leas las manos de este caballero —dijo volviéndose hacia Ricardo, el cual no se negó sino que se limitó a observar:

—Acepto siempre y cuando pueda escucharla sentado. Creo que hice demasiado honor a este excelente vino, amigo mío.

Aymer soltó la carcajada.

—Muchos meses habían transcurrido desde la última vez que probaste un buen vino. Que tu sed te sea perdonada.

No obstante, cuando se le acercó la extraña adivina Ricardo se irguió en su asiento, apoyó los codos en los brazos del sillón y se santiguó antes de presentar las palmas de las manos, algo intranquilo, pues no le había pasado desapercibida la extraordinaria perspicacia con que la vieja había adivinado las

debilidades de Aymer. Mientras ella estudiaba los secretos de su mano, Ricardo contempló con atención el rostro arrugado, la piel curtida por las intemperies, la nariz huesuda y los ojos inquietos, agudos, que sabían ver y deducir muchas cosas.

—Tenéis la línea del buen samaritano. Sois persona bondadosa.

De súbito aflojó la presión con que los dedos huesudos aferraban sus muñecas y la anciana se hizo atrás.

—De nada os sirve el tratar de ocultar vuestra alcurnia. A mí no podéis engañarme; la revelan vuestras manos, alteza —murmuró al tiempo que hacía una reverencia tan profunda que casi rozó con las greñas los pies de Ricardo.

En el cerebro de éste se disiparon de golpe los vapores del vino. Quedó yerto de sorpresa, mientras se hacía en la sala un absoluto silencio, y notó las miradas de todos, que le contemplaban con curiosidad y recelo.

—Alzaos, mujer—dijo con serenidad—. No es necesario que me hagais la reverencia, puesto que tampoco la hiciste ante el señor de Lyons-la-Forêt, ¿cómo se te ocurre?

Al reaccionar oportunamente quitó la tensión; los invitados volvieron a sus conversaciones en el mismo punto donde las habían interrumpido. La vieja contempló las manos que él le ofrecía, algo insegura por si se hubiese equivocado, Para distraerle, preguntó:

—¿Cómo conocéis las palabras de las Escrituras, que las citáis al pie de la letra? Sin ser hombre de Iglesia, algo tenéis que ver con la religión.

—No; he aprendido el latín leyendo las Sagradas Escrituras. Eran palabras del Libro de Job.

Ella fue a darle las gracias por la aclaración, pero no lograba apartar los ojos de las líneas de sus manos. Veía cosas vagas, pero que iban concretándose y aproximándose cada vez más, como un reflejo visto en aguas agitadas que fuesen aquietándose progresivamente, hasta que se le escapó un leve grito. Su mirada fija no veía lo que tenía delante sino a través de él, procurando retener la imagen apenas entrevista. De súbito se llevó ambas manos al cuello, en un gesto de espanto.

Ricardo se incorporó de un salto y la agarró de los brazos.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Por qué te espantas?

Sin atreverse a mirarle, ella empezó a mover la cabeza de un lado a otro como si se hubiese vuelto loca, mientras se debatía para soltarse.

—¡Ay de vos! —gritó—. ¡Es la obra del diablo!

Entonces Ricardo la soltó y ella echó a correr, huyendo de él. Pero antes de que lograra alcanzar la puerta, a una seña de Aymer la sujetaron con escasas contemplaciones y la obligaron a volverse, mientras ella se debatía y chillaba como si el diablo que había mencionado estuviera pisándole los talones.

Aymer abandonó su asiento al lado de Blanca e hizo intención de abalanzarse sobre la infeliz, pero entonces Ricardo le cortó el paso y, con gran sorpresa de todos los presentes, se volvió y exigió calma.

—¡Dejad que se vaya en paz!

La vieja se frotó los magullados brazos y luego apuntó a Ricardo con su sarmentoso dedo índice.

—¡La primavera próxima vos no la veréis, señor!

Luego le hizo una reverencia y escapó de un salto a través de la puerta.

Ricardo regresó a su lugar en silencio, acompañado por Aymer, quien le miraba con aire de consternación. Ricardo fue a servirse otra copa de vino como si no hubiera pasado nada, pero le temblaba la mano, y derramó un poco de vino.

—¡Voto a Dios! —exclamó Aymer, colérico, mientras se sentaba al lado de su amigo—. ¿Por qué has dejado escapar a esa vieja bruja?

—Peor habría sido obligarla a quedarse y hacer que siguiera hablando. Son peligrosas esta clase de personas.

—¡Por la Cruz! ¡Ahora que teníamos la oportunidad de averiguar algo más acerca de tu nacimiento! La Providencia divina te la había enviado, ¡y tú vas y la despides!

Ricardo se arrellanó en su asiento riendo cordialmente.

—¿La Providencia divina? —repitió—. ¿Por qué habló del diablo entonces? Mira, se trata de mi vida y si no he querido sacarle la verdad a golpes, eso es asunto mío. Las insinuaciones de esa vieja sólo habrían servido para añadir más enigmas.

—No, Ricardo. Ella sabe más de lo que ha dicho mientras fingía leer tu mano.

—¿Así que tú también te has dado cuenta?

Los dos hombres callaron unos momentos, mirándose mutuamente a los ojos, estudiándose, a ver cuál de los dos se decidiría a franquearse, porque ninguno de ambos quería ofender al otro aunque sus opiniones fuesen diferentes.

—¡Por la Cruz! —repitió Aymer, alzando las manos al cielo en un gesto de desánimo—. ¡Después de todo lo que hice para tratar de arrancarle el secreto a Tomás de Lincoln!

—Sus razones tenía para guardarlo. Y ella quizá tenga también las suyas. ¿Quién soy yo para atreverme a juzgar de eso? Jamás intentaré forzar a nadie para que me lo diga.

—¿Cómo dices si vas a juzgar o no, cuando ni siquiera sabes lo que se juzga? ¿O es que prefieres que te sirvan el pan en bandeja de plata? Antes pasar hambre que tornarlo de unas manos encallecidas, ¿no?

—Tú me conoces y deberías saber que eso no es cierto, Aymer. No rechazo ni la bandeja ni la mano callosa, sino la fruta prohibida. Y por cierto, que tienes abandonada a tu nueva esposa.

Aymer reprimió una maldición obscena, soltó la carcajada y fue a reunirse con la novia.

—Quiero que escuches una de esas baladas inglesas, ¡son encantadoras! —le anunció Blanca al tiempo que hacía una seña a uno de los músicos—. ¿Conoces la leyenda del rey Estmere?

El vihuelista asintió, hizo una reverencia, pulsó las cuerdas de su instrumento y llenó la sala con su voz de timbre cálido.

Decididamente aquella noche Ricardo bebió demasiado vino, aunque ello no sirvió para ahuyentar los pensamientos que cruzaban por su cabeza.

¡Por la Cruz!, que si le tocaba morir antes de la primavera siguiente sería menester darse prisa, terminar cuanto antes con los asuntos de Inglaterra y regresar a Francia para preparar al menos la elección de uno de los hermanos como continuador suyo. Cuando se hubieron despedido los últimos invitados y hubo dado las buenas noches a Blanca y Aymer, salió volviendo la espalda a los aromas de vino y rosas. A paso lento cruzó la puerta principal y una vez afuera empezó a descender por los peldaños de piedra. De súbito sintió vértigo, se tambaleó y buscó apoyo en el muro. Le pareció que se bamboleaba el arco de medio punto del portal. Tropezó y fue a sentarse en el escalón más bajo.

—Dad los licores al que va a perecer, el vino al corazón lleno de amargura, que él beba y olvide su miseria y que no se acuerde más de sus penas — exclamó en voz alta mientras el universo daba vueltas a su alrededor—. Proverbios de Salomón —agregó cuando se hubo serenado un poco, y soltó una carcajada desdeñosa.

Mientras inhalaba el aire fresco de la noche, volvió los ojos al cielo y al tiempo que contemplaba las miríadas de estrellas y la lejanía insondable al

fondo, se preguntó si Dios moraba allí, y si tal vez estaría mirándole en aquellos momentos. ¿Realmente había sido Él quien envió a la vieja bruja para ponerle sobre aviso? Entonces cayó de rodillas, entrelazando los dedos de las manos, y rezó a su Dios. Pero no hubo vigor en su oración. Hacía demasiado tiempo que no se confesaba con ningún capellán del Temple, que no recibía la absolución de sus pecados, que no participaba de los sacramentos de la Iglesia. Al sentirse pecador e indigno, creyó que Dios no le escuchaba, que antes le sería preciso descargar su conciencia. Abrió los ojos y se quedó mirando fijamente a las tinieblas. El secreto de los templarios, ¿en qué consistiría? ¿Llegaría a saberlo alguna vez? «Cristo es un camino.» ¿Qué significaba eso? ¿Una herejía? Meneó la cabeza, rechazando de sí tal idea. No; existía sin duda otra explicación. Cuántas veces se había devanado los sesos al respecto, y siempre en vano. Además no se atrevía a hablar de ello con nadie, aunque desde su encuentro con el gran maestre había adoptado la costumbre de observar los cordones con que se ceñían sus hermanos, a menos que los llevaran ocultos debajo de las ropas. Pocos eran los que llevaban otra cosa sino los tres nudos que les ponían al ingresar...

A la mañana siguiente madrugaron para ponerse en camino. Con el fresco de la mañana cruzaban el ondulado paisaje del Sussex, y cuando el sol radiante llegó al punto más alto de su trayectoria a mediodía se aproximaban al activo puerto de Hastings. Allí estaban cargando de lana el mercante en el cual Aymer zarparía rumbo a Flandes.

—Parece que la travesía va a ser tranquila. —Oteó Ricardo el cielo azul—. Siempre que se mantenga esta brisa favorable.

—Pero si sobreviene la calma chicha perderé muchas horas —replicó Aymer—. De todos modos, me alegraré de verme nuevamente en Francia. ¿Dónde podré encontrar a Fernán?

—¿A quién crees que he confiado la defensa de tu castillo? —contestó Ricardo—. Ha quedado en Lyons-la-Forêt desde que salí de Francia, y no se alejará de allí hasta recibir noticia de uno de nosotros.

—¡Claro! —sonrió Aymer—. Para ti, eso es lo más natural.

Ricardo echó pie a tierra para sujetar las riendas de Chançard mientras Aymer prestaba ayuda a Blanca. Ésta había depuesto su altivez y se aferraba a su amado como una muchachita tímida y asustada. Aymer la encerró entre sus brazos y besó las pestañas empapadas.

—No es una despedida para siempre, y además me debes todavía cinco hijos.

Ella rió por entre las lágrimas y tomándole de la mano, la llevó hacia su vientre.

—Creo que el primero ya está en camino —susurró.

—¡Cómo! ¿Cuándo ha sido?

—Hace dos meses, tal vez tres.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Sé lo que quieres decir, pero no he querido que me trataras como un relicario. Eso habría echado a perder los días magníficos que hemos pasado juntos. Deseaba darte todo cuanto se te antojase.

—¡Y lo has hecho! —murmuró él hundiendo el rostro entre sus cabellos mientras la ceñía con más fuerza—. Estaré a tu lado cuando nazca nuestro hijo.

Luego se volvió a Ricardo, que se había apartado un poco y sujetaba los caballos.

—¿Lo has oído, Ricardo? En la primavera próxima tendré un heredero.

—Ojalá tu hijo vea un mundo mejor.

—Sí, amigo, pero a ella procura dejarla en buenas manos, y échale una ojeada de vez en cuando, si puedes.

Antes de que Ricardo pudiese prometerle que así lo haría se les acercó un marinero.

—Debo rogaros que subáis a bordo en seguida, señor. La brisa amaina y si esperamos más quizá no podamos salir de puerto.

—Quedo siempre contigo —se despidió Aymer de Blanca mientras la abrazaba por última vez.

En seguida se volvió para tomar las riendas de Chançard y le tendió a Ricardo su izquierda, que éste tomó entre ambas manos y la estrechó.

—Que Dios te acompañe —dijo muy serio.

Nada podía estropear el humor de Aymer, ni siquiera la perspectiva de la difícil misión que le aguardaba al otro lado del estrecho, por lo que replicó en tono jovial:

—Y tú, procura que tus compatriotas no acaben contigo.

Luego cruzó la pasarela llevando de la rienda su potro de raza árabe y desapareció. Ellos permanecieron en el muelle hasta que la nave hubo salido por la bocana del puerto a alta mar, y luego Ricardo se volvió a Blanca.

—Ahora os habéis quedado sola —dijo mientras hincaba una rodilla en tierra y entrelazaba los dedos para ofrecerle las manos a modo de estribo.

Ella apoyó el pie y él la alzó a la silla.

—Estaréis segura con tal de que no perdáis el favor del rey y la reina.

—No ha de faltarme habilidad para saber comportarme —le prometió ella con una mirada afectuosa—. Id con Dios, señor caballero —se despidió con sencillez, a lo cual él respondió con una profunda reverencia.

Londres era una ciudad abigarrada que apestaba a humo, de callejuelas estrechas y pobladas desde la mañana hasta la noche por una variopinta multitud: desde los inválidos y mendigos en andrajos hasta los nobles ataviados con las más fastuosas ropas y los colores más a la moda, desde los mugrientos buhoneros, remendadores de calderos y charlatanes hasta los más opulentos mercaderes, por no mencionar los cerdos, las cabras y las gallinas que también pululaban por allí. Y por último los barrenderos que rebuscaban día y noche en el arroyo, los perros, las ratas y las cornejas.

Ricardo pasó la puerta de la ciudad a pie y se encaminó hacia El Sarraceno, una hostería abarrotada de comensales donde despachó una breve colación. Mientras descarnaba el último hueso y mataba el tiempo hasta la hora del crepúsculo escuchó distraído las conversaciones de los parroquianos. Poco antes de que las campanas llamasen a vísperas y quedasen cerradas las puertas con el toque de queda, salió de El Sarraceno y fue a por su caballo, que había dejado atado junto a la muralla. Mientras, a sus espaldas, la capital se sumía en la oscuridad, él cruzó el Fleet con Pilgrim. Todo había quedado en tinieblas, el aire refrescaba y una ligera brisa susurraba entre la hierba y los matorrales junto a la muralla del New Temple, sobre la cual ya no ondeaba con orgullo el Beauséant. Por lo demás reinaba un silencio total, profundo.

Si durante la visita de diciembre ya le había parecido angustioso el ver a aquellos caballeros comportándose como si no ocurriese nada, ahora el espectáculo de aquel poblado fantasmagórico resultaba casi terrorífico: la herrería, las cuadras, los molinos, los graneros, desiertos, y abandonados todos aquellos lugares para él tan familiares. El jinete echó pie a tierra y palmeó el cuello de su cabalgadura.

—Espérame aquí, Pilgrim.

Continuó cautelosamente a pie; sus pasos resonaban apagados sobre la tierra reseca. Finalmente se detuvo, mirando fijamente la muralla gris. La luna asomaba por entre las nubes y le permitió distinguir con claridad la redonda silueta de la iglesia del Temple que sobresalía de las almenas. En su imaginación escuchaba los rumores para él indisolublemente asociados con aquellas edificaciones: los martillazos en la herrería cayendo sobre el hierro al

rojo, el tintineo de las espuelas y las armas, el chirrido de las ruedas de los carros que entraban y salían, el restallar del látigo del cochero, las rítmicas pisadas de los que desfilaban marcando el paso, los cascos de los caballos, y a lo lejos, la campana del templo y los cánticos de los monjes.

Continuó bordeando la muralla hasta llegar a la esquina más al este. No se podía pasar el portal, que estaba cerrado y atrancado, con centinelas sobre los adarves donde antes montaban la guardia los freires. Pero allí donde el cuerpo no podía entrar, su alma sí podía y con ella se trasladó a la iglesia redonda que tanto había amado.

Cuando por último apartó la mirada de los fantasmales edificios y de la espantosa barricada colocada delante de la puerta, sacudiéndose los recuerdos que embargaban su mente, comprendió por qué había tardado tanto en visitar aquellos lugares. Temía la confrontación... y con razón, según echaba de ver en aquellos momentos. Ahora el espectáculo le desgarraba el corazón.

Tras regresar adonde su caballo y montar, se volvió por última vez y desenvainó la espada. Con el puño cerrado aferrando la hoja y levantando al cielo la empuñadura, juró sobre la cruz de la espada venganza para el Temple, para aquel Temple suyo. Luego espoleó a Pilgrim y se alejó al trote.

*Estos hombres suaves como
corderos, son fieros como leones.*

Bernardo de Claraval, De Laude Novae Militiae ad milites templi.

Un jinete solitario cabalgaba por el camino, inclinado sobre el cuello de su montura, las espuelas pegadas a los flancos del sudoroso animal. Al llegar a lo alto de un cerro se irguió para otear el panorama. A sus pies se extendían muchas millas de bosque, un mar de copas verdes cuya frondosidad servía de perfecto refugio a quien deseara sustraerse a los ojos del mundo.

En otros tiempos aquéllos habían sido los dominios de Willikin de Weald, un bandolero así llamado por el nombre de aquel bosque, y que secundado por sus audaces seguidores logró desesperar a los ejércitos franceses. Siempre atacaba por sorpresa, saliendo de entre matorrales y espesuras, para retirarse luego sin que sus víctimas llegasen a descubrir cómo ni quién los había golpeado. Sucedió esto en la época del débil rey Juan Sin Tierra.

Desde entonces el bosque apenas había cambiado, y el cetro se hallaba en manos de otro monarca igualmente débil.

Ricardo estiró los brazos y la espalda y volvió la mirada hacia el sol. La hora era tardía, la cabalgata desde Londres había sido larga y el cansancio empezaba a afectarle.

—Muy ocupado estuvisteis la noche pasada —oyó de nuevo, en pensamientos la melodiosa voz de Blanca, que le había interpelado la víspera, y su propia y lacónica respuesta:

—Mi contestación al rey.

Con cuyas palabras le hizo entrega de una carta sellada, y ella acarició con el índice enjoyado el relieve del sello de lacre: un escudo listo con una franja en diagonal, la enseña de un bastardo.

Cuando hubo recibido la bula papal, y presionado por el nuncio, Eduardo dispuso que todos los templarios de sus reinos fuesen puestos a disposición de los inquisidores enviados por el papa, y que las instrucciones de éstos fuesen obedecidas incondicionalmente por el constable de la Torre, por los sheriffs y por todas las demás autoridades que tuviesen templarios en custodia. Es decir, la sumisión total a las exigencias del papa y a las del rey Felipe. Las consecuencias estaban a la vista.

Aquella misma noche Ricardo había librado de sus cárceles a los dos freires con quienes se comunicaba desde su llegada. Gracias a la experiencia cosechada en Francia, había conseguido acceder incluso a los calabozos de Cripplegate.

—¿Una advertencia? —había preguntado Blanca, la voz cargada de emoción.

—No, madame. Una declaración de guerra.

—¿Se os han atragantado las palabras del rey, a lo que me parece?

—Es más que eso. Digamos que las considero intolerables.

Intolerable también el hecho de que quince de los caballeros templarios refugiados en Weald, cuya ayuda precisaba con urgencia, se hubiesen separado de los demás por razones difícilmente inteligibles pero que, a todas luces, tenían algo que ver con la persona de Ricardo.

Por lo cual éste, tras despejar la situación en Londres y establecer comunicación con todos aquellos que habían entendido lo que se esperaba de ellos y habían jurado acatar sus órdenes, consideró llegado el momento de hacer una visita al grupo de Weald.

Dio una palmada en la grupa de su caballo y bajó la ladera al galope para adentrarse en la penumbra del bosque. Pronto se halló envuelto en una oscuridad tan cerrada que se vio obligado a poner el caballo al paso. Por último detuvo a Pilgrim y aguzó el oído. No se escuchaba ningún rumor, a falta de la más leve brisa que agitase las hojas de los árboles. En algún rincón una alimaña escarbaba entre la hojarasca, pero no hubo más.

Por fortuna se encontraba todavía en el buen camino. Era muy fácil perderse en aquel bosque si no lo frecuentaba uno con mucha asiduidad. Echó pie a tierra y condujo a Pilgrim de la rienda para dar un poco de descanso al fiel animal. Siguió andando maquinalmente, mientras su pensamiento regresaba a los días del pasado, cuando él vivía interno en el Temple de Londres, y se preguntaba cuál de los compañeros de entonces saldría a su encuentro en aquella selva.

—¿Quién va? —le arrancó de sus cavilaciones una voz áspera.

Sin darse cuenta, se había acercado mucho al campamento. Su mano buscó la empuñadura de la daga.

—Un hermano en el Señor —replicó sujetando con fuerza el arma.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el otro, a lo que Ricardo soltó un suspiro de alivio y devolvió la daga a la vaina. No habría sido raro tropezarse con cualquier otra partida de proscritos.

Mediante una seña el caballero le indicó que le siguiera. El fatigado Ricardo echó a andar tras las largas zancadas de su guía y así, al poco, llegaron al campamento. En un pequeño claro se veían los rescoldos de una hoguera y sobre ella, los restos de un venado asado al espetón sobre dos ramas ahorquilladas. Eran las sobras de la comida, pero a él le supieron a gloria.

Con un trozo de carne entre los dientes, fue adonde los demás caballos y dejó atado a Pilgrim. Luego se volvió hacia su acompañante, que le había seguido y contemplaba, un poco alejado, cómo atendía el recién llegado a su cabalgadura.

—¿Venís con el ruego de ser admitido en esta casa del Temple? —preguntó sin rodeos.

Paseando una irónica mirada en derredor, Ricardo replicó:

—En efecto, si así queréis llamar a este escondrijo.

El caballero asintió y tras ordenarle que esperase, fue a reunirse con los demás, quienes habían seguido con sus ocupaciones como si no hubiesen reparado en la llegada de un forastero.

—Hermanos, un caballero que dice llamarse Ricardo y haber sido hermano nuestro ha acudido a nosotros para acogerse a la hospitalidad de esta casa.

Uno de los interpelados se puso en pie. Por la manera de dirigirse a los demás convocándolos a capítulo se echaba de ver que era el jefe. Cuando todos se hubieron congregado a su alrededor y tras descubrirse y murmurar un padrenuestro conforme a la costumbre, aquel comendador dijo:

—En nombre de Dios, declaro inaugurada la sesión. Hermanos, se os ha convocado para consultaros si debemos readmitir en nuestras filas al caballero Ricardo que fue hermano nuestro. Os ruego que deliberéis sobre si es lícito que admitamos en esta nuestra casa a uno que ha sido desertor.

Ricardo, que había permanecido en el lugar asignado, en parte por precaución y en parte por curiosidad, a ver qué harían sus anfitriones, se puso entonces en acción, ya que conocía la Regla y sabiendo lo que se avecinaba, no tenía el menor deseo de someterse.

Pero antes de que consiguiera penetrar en el centro del corro fue retenido por dos de los hermanos. En la semioscuridad reconoció la gigantesca figura de Huberto, a quien llamaban El Jabalí. En efecto el hermano Huberto tenía el cabello casi tan grueso y puntiagudo como unas cerdas, había sido el herrero del Temple y además era un coloso. El otro era el hermano Guido de Hascombe, y no menos corpulento que el primero.

—El desertor que retorna a la casa tendrá que esperar ante la puerta largo tiempo, a fin de recapacitar sobre su propia necesidad. Y luego, cuando el capítulo le conceda permiso, entrará desnudo, excepto los calzones, con un cordel al cuello en señal de arrepentimiento y penitencia, para hincarse de hinojos ante el presidente del capítulo e implorar el perdón —recitó con su voz ronca Huberto los estatutos de la casa.

—Siempre y cuando esté justificado el cargo de deserción —objetó Ricardo.

Apartó a los dos hombres no sin bastante dificultad para poder entrar en el reducido círculo que formaban los caballeros y se dirigió al hombre que actuaba en funciones de comendador de los reunidos, Gilberto de Mansourah, así llamado porque era nieto de un caballero templario caído sesenta y ocho años antes en la batalla de ese nombre. Le conocía y sabía que era hombre vanidoso, intrigante y malévolo, de familia noble pero extinguida a causa de interminables rencillas y venganzas de sangre.

Aquella energía destructiva que había sido la perdición del abuelo y de toda la estirpe parecía haberse concentrado en la persona de su último descendiente. Por los recuerdos de Tomás de Lincoln sabía Ricardo que en tiempos el Temple había sido el refugio de muchos individuos de parecida catadura, escoria de la nobleza de toda la Cristiandad, que con frecuencia no hallaban otro asilo sino el ingreso en la orden, y sin embargo le habían dado algunos de sus luchadores más valerosos.

El hermano Gilberto era uno de los últimos de ese género ya casi desaparecido, y Ricardo se extrañó de que hubiese sido capaz de reunir a tantos seguidores. Si le conocían, ciertamente andaban mal encaminados.

Miró a su alrededor, intentando ver en la oscuridad los rostros de los hombres silenciosos que le rodeaban y que no manifestaban ninguna intención de dejarle salir de la rueda. Al contrario, ésta se cerraba a su espalda y sus protestas no encontraban sino la callada por respuesta. Observó que muchos de ellos llevaban el hábito pardo de los sirvientes, y no el manto blanco de caballeros. Lo cual explicaba muchas cosas. Finalmente Gilberto de Mansourah rompió el silencio.

—Esta actitud vuestra, hermano Ricardo, esta irrupción inesperada entre nosotros, es la demostración más palmaria de cómo venís pisoteando nuestra Regla desde que os ausentasteis de entre nuestras filas el año pasado. El capítulo aquí reunido exige una investigación completa.

Ricardo no contestó. Contemplaba los rostros de los más próximos al resplandor de las brasas. Ahí estaban Edmundo el León, un caballero que lucía selvática barba rubia, Amalrico el Bretón, de linaje francés, Enrique de Ascalón, uno de los más ancianos y que aún había combatido en Tierra Santa hasta la caída de Acre, Simón de Burgh, de rancia y famosa estirpe inglesa, y Simón el Ermitaño, anciano y canoso, pero siempre soñando nuevas empresas de la cruzada.

Luego se volvió para mirar a los que tenía a su espalda: Roberto Fitz-Alfric, apodado El Lobo, Pedro de Monfort y el hermano Eustaquio, cuyo apellido Ricardo desconocía.

Ricardo sonrió; el tal Eustaquio era el responsable del magnífico venado y la prueba de que los freires, aunque se hubiesen visto obligados a refugiarse en los bosques como míseros vagabundos, no renunciaban a la buena cocina.

A dos de los presentes no los conocía y pensó que tal vez eran de otra casa fuerte del Temple que estuviese sita en los alrededores de Londres. Por último, y con no pequeño sobresalto, reconoció en los dos que cerraban el círculo a Eduardo de Kimbolton y Lorenzo de Toeni, dos de los escasos inquilinos jóvenes que había tenido el Temple londinense. Poco se había figurado Ricardo que llegaría a verlos allí, sobre todo al segundo.

Había sido su compañero de celda desde el mismo día en que juró el ingreso en la orden y fue armado caballero. Él y Lorenzo de Toeni se habían ayudado mutuamente en muchas situaciones difíciles, y sólo Dios sabía cuántas vicisitudes habían pasado juntos hasta que aprendieron a sujetar sus ímpetus juveniles y acatar las severas reglas de los templarios. El uno había enmendado las faltas del otro, y mutuamente se habían vendado las heridas después de los ejercicios de combate.

Toeni arrastraba los pies con impaciencia. Le azoraba la mirada interrogante de Ricardo y su actitud serena, que respondía a una superioridad, casi pudiera decirse, innata, le irritaba incluso más que a los demás.

Ricardo habló entonces mirando a Toeni, aunque sin dirigirse a nadie en particular y, por supuesto, sin admitir la preeminencia de Gilberto de Mansourah.

—Hermanos —dijo—, no os debo ninguna explicación. Al contrario, he venido a recibir las vuestras. No obstante, trataré de haceros comprender algunas realidades. Decís que soy un desertor porque hace poco menos de un año salí del Temple de Londres sin que nadie se enterase. Pero nunca fue tan grande como entonces mi obediencia al Temple, hermanos, como cuando se me ofreció la libertad para que buscase a otro señor a quien servir y yo, en vez de esa libertad, preferí seguir llevando las cadenas de la orden.

Hubo un murmullo general. Su franqueza daba testimonio de su valentía, aunque los secuaces de Gilberto la interpretaron de otra manera.

—En diciembre del año pasado —prosiguió—, pocas semanas antes de que el rey Eduardo dispusiera el encarcelamiento de los templarios ingleses, regresé a Londres para poner sobre aviso al maestro La More. A mi visita de entonces podéis agradecer el encontraros aquí, y no en los calabozos de la Inquisición.

Entonces Gilberto de Mansourah se salió del corro para ir a plantarse frente a Ricardo.

—De eso no tenemos más pruebas que tu palabra —dijo con brusquedad—. El maestro La More no mencionó tu nombre para nada cuando nos ofreció la salida antes de que lo prendieran a su vez.

—He realizado en secreto muchas de mis acciones del último año. Tengo la cabeza puesta a precio, pero esto no hace al caso ahora. No habría venido aquí si las circunstancias no me hubieran impuesto esa necesidad. Afortunadamente, hay caballeros que saben cumplir mejor con su responsabilidad... o mejor dicho los había, ahora ya no. El papa ha ordenado que nuestros hermanos presos sean puestos en poder de su Inquisición, y supongo que ya sabéis lo que eso significa: la cámara de tortura. Hemos permitido que os retiraseis a este bosque para libraros, pero ahora necesito más hombres. Acudo a vosotros sólo para salvar a los que van a ser torturados dentro de poco. No puedo aportar pruebas más concluyentes. Vosotros me acusáis de deserción..., para mí los verdaderos desertores, hermanos míos, son los que estoy viendo.

—¡Palabras! —dijo el de Mansourah—. Sabes jugar con las palabras. Intentas distraer nuestra atención para que no nos ocupemos del verdadero motivo que nos reúne aquí. Caballero Ricardo, os acuso de haber infringido por lo menos diez artículos de nuestra Regla. Habéis abandonado el Temple sin autorización del maestro. Os habéis alojado en lugares profanos prefiriéndolos

a nuestras casas y conventos. Habéis descuidado el deber de confesaros con regularidad ante un capellán del Temple, así como el de oír misa a las horas prescritas, saltándoos incluso alguna fiesta de precepto. Os habéis recortado la barba. Habéis quebrantado el silencio después de la última colación. Habéis cruzado armas del Temple contra cristianos. Os habéis enriquecido con el oro ajeno, echando en olvido que no os está permitido tener propiedades personales. Vestís prendas no admitidas como hábito del Temple.

Al decir estas palabras miró con desprecio las sedas y las lanas de calidad que Ricardo se había puesto para visitar a Blanca.

—Y habéis frecuentado mujeres. Además sois culpable de insubordinación, consistente en no acatar la autoridad de vuestros superiores, y por último, habéis desertado. Ya conocéis cómo se castiga todo eso en el Temple y lo que hacíamos en el pasado con aquellos de nosotros que no acataban la Regla.

Ricardo callaba. Miró de hito en hito a los ojos de Gilberto, pálido de furor pero exteriormente frío como el hielo. ¿Acaso habría sido espiado por alguno de los presentes, o traicionado por alguien? ¿O habrían reunido todas aquellas acusaciones a tenor de los rumores que circulaban sobre su persona. En cuanto a los castigos del Temple..., todavía recordaba muy bien las mañanas de los domingos, que los maestros del New Temple dedicaban al castigo de los freires desobedientes tras celebrar capítulo en la capilla de Santa Ana.

Era ésta la capilla donde él había hecho sus votos, pero también estuvo allí, más de una vez, atado a una columna mientras volvía los ojos hacia las poderosas nervaduras de la bóveda procurando aislar su mente de la sensación de dolor que le recorría cada vez que el maestro descargaba el látigo sobre su espalda ensangrentada. Y aun este castigo era de los más leves. Los encerrados en la celda de los penitentes instalada sobre el deambulatorio de la iglesia del Temple ciertamente no eran de envidiar; en ella no podían ni echarse, ni permanecer de pie, ni recibir otro consuelo sino el de escuchar las misas que se celebraban abajo, en la nave de la iglesia. En cierta ocasión uno de los caballeros incluso fue condenado a un año entero, durante el cual comió la carne con los perros.

—Has negado nuestras reglas y has arrojado el deshonor sobre nuestra orden —se alzó de nuevo la voz de Mansourah—. Aún no han transcurrido veinticuatro horas desde que el obispo de Londres te excomulgó por instigar la evasión de dos hermanos nuestros. ¿También eso lo habías convenido de antemano con nuestro maestro La More?

¡Pronto se habían enterado de aquella noticia que el mismo Ricardo había recibido a mediodía! Aunque bien mirado, ¡qué se le daba a él de ningún obispo! En tanto que templario, sólo el papa tenía potestad para excomulgarlo. Aunque eso, por supuesto y tal como él mismo comprendía, sólo sería cuestión de tiempo.

—Atendido el hecho de que nuestros castigos habituales no son aplicables aquí, dadas las circunstancias —concluyó sin más rodeos Gilberto de Mansourah—, tendremos que aplicar una pena con arreglo a nuestro propio criterio. ¿Qué contestas a eso?

Ricardo se volvió en círculo para contemplar los rostros que le rodeaban.

—Hermanos —empezó con serenidad—. ¿Supongo que todos respaldáis esta acusación?

A lo que asintieron todos, incluso Lorenzo de Toeni. Ricardo fijó de nuevo su mirada en Gilberto de Mansourah.

—Como no hay nadie aquí que pueda hablar en mi defensa, lo haré yo mismo. Consideremos la cuestión desde un punto de vista diferente. ¿Alguno de entre vosotros puede demostrar que no fui despedido, sino que realmente deserté?

No hubo ninguna respuesta afirmativa, por lo que prosiguió:

—Entonces, y supuesto que no tenéis otro remedio sino confiar en mi palabra, voy a preguntaros lo siguiente: puestos en mi lugar, ¿qué habríais hecho si os hubierais visto en la misma situación que yo? ¿Si rotos todos los vínculos con la casa, y ante la perspectiva de empezar una nueva vida al servicio de otro señor, que no del Temple, os hubierais enfrentado de súbito a la inesperada detención de todos vuestros hermanos en Francia? Sin posibilidad de desandar el camino, ni de protestar públicamente u ofrecer resistencia, sin más recursos que vuestras armas. Sin apoyo de ningún género por parte de las encomiendas de los países vecinos, que prefieren no intervenir y mantenerse alejados de ese conflicto, exactamente como lo hacéis vosotros, los que os habéis retirado al abrigo de la seguridad que os proporcionan vuestros bosques, negando vuestra responsabilidad. Pero ¿no deberíais enfrentaros a todo con tal de auxiliar a vuestros hermanos? ¿No estaría justificado cualquier medio en un combate tan desigual?

A su alrededor se había hecho un silencio mortal.

—En el servicio a nuestros hermanos presos —continuó bajando la voz— he cometido algunas faltas, en las que de otro modo no habría incurrido jamás. No diré que haya vivido como un santo. ¿Qué habríais hecho vosotros en mi lugar? En un combate así no hay reglas fijas. Nos vemos precisados a establecerlas nosotros mismos. Pensar por nuestra cuenta, decidir las cosas en común y después actuar según corresponda. Así he trabajado yo en Francia. Siempre he recabado el consejo de mis hermanos y he procurado actuar de acuerdo con ellos. Pero lo mismo que el pez fuera del agua necesita volver a ella, también nosotros necesitamos retornar a nuestras celdas. Yo rendiré cuentas de mis acciones y si se considera que son condenables y deben ser castigadas, me atenderé a las consecuencias. Pero no ahora que la lucha todavía está en su punto culminante, ni ante vosotros. No os toca a vosotros el juzgarme.

Miró de nuevo a su alrededor y comprobó que sus palabras no habían dejado de causar cierta impresión en algunos.

—Efectivamente, no tenemos otro remedio sino basarnos en tu palabra, valga lo que valga —se burló Gilberto de Mansourah—. ¿Por qué abandonaste Inglaterra? Nadie te había mandado ir a Francia. Pero has sido visto allí en la corte, e incluso en la curia del papa, donde tuviste contactos con varios clérigos, del género de los que rehúyen la luz del día. ¿O acaso no es cierto que perdiste la casa y el manto y que, como un intrigante, acudiste al rey Felipe para sugerirle las culpas de que se nos acusa? Las noticias que han llegado hasta aquí no son que combatiste por nuestros hermanos, sino que te abandonaste a la bebida y a las mujeres.

Ricardo se sintió inundado de un furor helado. Las palabras de Gilberto, en vez de paralizar su ánimo le ponían al borde del frenesí, y se contuvo con gran dificultad.

—Las declaraciones que aducen Felipe el Hermoso y Nogaret como pruebas de nuestra culpabilidad efectivamente proceden de algunos renegados y miembros expulsados de nuestra hermandad, los cuales descargan así su rencor. Además Nogaret había infiltrado espías en nuestras encomiendas, que tomaron nota de todos nuestros usos y acciones. Por mi parte no albergo ningún resentimiento en contra del Temple, ya que no se me privó de casa y manto, no se me ha expulsado desnudo del Temple, sino que se me permitió llevar mi armadura completa, mis armas e incluso dos de mis caballos.

No podía ir más lejos en sus explicaciones. ¿Acaso su salida del Temple no había sido un enigma para él mismo? Hablaba con la voz ahogada, los ojos negros de furor. La mano se dirigía involuntariamente hacia la empuñadura de la espada. Gilberto soltó su carcajada burlona y desafiante.

Ricardo meneó la cabeza como prohibiéndose a sí mismo la reacción que le dictaba el hervor de sus sangre. Pero no había pasado desapercibido el movimiento involuntario de su mano, y antes de que pudiese rozar siquiera la espada, Huberto el Jabalí y Enrique de Ascalón se abalanzaron sobre él por detrás y le retorcieron ambos brazos a la espalda para inmovilizarlo.

Gilberto le quitó la espada de la vaina y la arrojó al suelo, en donde quedó clavada. Ricardo fijó la mirada en la brillante hoja con la leyenda que él mismo eligiera, *Etiamsi occideret me, in ipso sperato* [*Nota: Y aunque me diese muerte yo depositaré en él mi esperanza (del Libro de Job).*], y la cruz grabada en la base.

—Pongo a Dios por testigo de que he dicho la verdad —dijo—. Es vuestra palabra contra la mía.

Gilberto se irguió en toda su estatura y respondió con burla:

—¡Ah! ¡La palabra de un bastardo! Tu madre, como murió del parto, no pudo declarar quién había sido el cómplice de su pecado. Y cinco años después te presentaron a nosotros con el encargo de que te educáramos e hiciéramos de ti un caballero. Pero la vanidad de esta raza de víboras no tiene límites. Siempre dándoselas de más valiente, más fuerte y más listo que sus hermanos. Cuando murió el rey Eduardo y dejó mandado que su hijo llevase el corazón de su difunto padre a Palestina con una escolta de ciento cuarenta caballeros nada menos, ¿a quién correspondió el honor de cabalgar junto al joven Eduardo a la cabeza de la expedición? —escupió sobre la pechera de seda de Ricardo.

—¿Y cuál diréis que fue la reacción de nuestro bastardo? —prosiguió Gilberto en tono hiriente—. Llamarse andana, ponerse en fuga como una liebre. ¡Condenación! ¡No sería él quien tomase sobre sí la desagradable tarea de combatir a los infieles del desierto! Aunque, si hubiera sabido que nuestro joven rey no tenía en realidad ninguna intención de cumplir la voluntad de su padre, tal vez se habría retractado de su decisión.

Ricardo se quedó sin aliento. ¿Cómo no se había enterado nunca de aquello? ¿Tal vez Gilberto de Mansourah sabía muchas cosas además de las que escapaban de su boca en aquellos momentos de furor? Hubo un silencio mientras los dos adversarios se medían con los ojos. Los caballeros del corro no hicieron ni siquiera un ademán. Escuchaban y cada uno se formaba su propia idea.

—¿Tendrás la osadía de creer que nadie de nosotros obedecerá a un hideputa? —se volvió Gilberto hacia sus gentes con un súbito gesto—. ¿Alguien quiere seguir a este traidor y cobarde?

A Ricardo se le retorció el corazón al oírse calificar de hideputa, pensando en la mujer que había muerto para que él naciese. Pero la palabra traidor le dejó helado. Comprendía ahora cómo se había asegurado Gilberto el seguimiento de los demás presentándoles, como un espantajo, aquella imagen hecha de rumores y completada con suposiciones. Sin duda no le habría resultado difícil el disuadirlos de obedecer a semejante comendador.

Ninguno de ellos había sabido calibrar el rencor de Gilberto ni la propia incapacidad. Sólo podía confiar en que sus propias palabras no dejarasen de surtir algún efecto.

—No diré que sea un alma cándida —dijo con frialdad— pero tampoco soy lo que decís de mí sin tener fundamento alguno para decirlo.

—A la traición y la vanidad el Temple sólo tiene una respuesta: ¡muere y sé maldito! Porque la maldición de la Iglesia te acompañará toda la eternidad.

Al tiempo que gritaba estas palabras Gilberto de Mansourah se apoderó de la pesada espada de dos filos e hizo intención de abalanzarse sobre Ricardo. En el último instante le soltaron Huberto el Jabalí y Enrique de Ascalón, pero demasiado tarde para poder eludir el golpe con eficacia. Ricardo requirió la daga y se le escapó un grito, aunque lo sofocó inmediatamente con el puño. La

daga se le cayó al suelo y llevó la derecha al brazo izquierdo, con el que había querido parar el tajo en una especie de acción refleja. Tenía una tremenda herida debajo del hombro que teñía de rojo la camisa y pensó que seguramente habría partido el hueso. Tambaleándose, fue a recoger la daga del suelo pero se lo impidió otro mandoble que falló por poco la intención de cercenarle la mano derecha. El tigre de Mansourah tenía entre sus garras al gato montés y no cejaría hasta destruirlo.

—Hermano Gilberto, os estáis extralimitando de vuestra autoridad — exclamó uno de los presentes.

—Concededle la oportunidad de defenderse —dijo otro, cuya voz Ricardo reconoció como la de Lorenzo de Toeni.

—Nosotros aún no hemos pronunciado sentencia —objetó un tercero.

Gilberto se quedó con la espada en alto apuntando al pecho de Ricardo.

—¡Pues daos prisa a sentenciar, porque no veo llegado el momento de acabar con él! —exclamó.

Ricardo remitió la mano izquierda debajo del cinto, a manera de cabestrillo para el brazo herido, siempre sin perder de vista a Mansourah, atento a todos los movimientos de éste. Alrededor de ambos todos hablaban al mismo tiempo y alguien se hizo escuchar diciendo que alzarán la mano quienes fuesen partidarios de ejecutarlo sin demora. Ricardo no pudo ver quiénes votaban, aunque Gilberto naturalmente se apresuró a levantar la izquierda.

—Siete —anunció otra voz, lo cual significaba un empate de votos.

Algo había logrado Ricardo con su discurso.

Entonces Huberto el Jabalí adelantó un paso para interponerse entre los dos adversarios. Recogiendo la daga del suelo, la puso en la derecha de Ricardo.

—Defiéndete, y que se decida en singular combate quién tiene la razón — dijo, lacónico.

—Con una condición —se revolvió Ricardo—. No peleo para demostrar mi razón, sino para conquistar el acatamiento de mis hombres. Si salgo vencedor, exijo la obediencia incondicional de todos vosotros.

—Sea —concedió Mansourah, sonriendo con fanfarronería—. Esta espada y mi veteranía contra tu daga y los años que nos separan. Considérate ajusticiado.

Algunos caballeros encendieron antorchas para alumbrar el terreno. La espada hendió el aire y el joven caballero la esquivó saltando con agilidad a un lado y metiéndose en las brasas, que esparció de un par de puntapiés. Se hizo una gran humareda, lo cual aprovechó Ricardo para ponerse fuera del alcance de su adversario.

Antes de que él pudiese hacer uso de su daga, Gilberto se salió de la nube de humo con la agilidad de un hombre que tuviese la mitad de sus años. Un ataque relampagueante tumbó de espaldas a Ricardo, pero logró incorporarse antes de que Gilberto descargara sobre él la espada; sin embargo el joven se vio obligado a correr en círculo huyendo de una rápida serie de acometidas.

Gilberto soltó una carcajada. Aquel hombre, monumento viviente a la batalla de Mansourah donde habían caído tantos templarios, era un hábil espadachín. Ricardo no lograba acercarse lo suficiente para poner en juego el arma corta. Otro tremendo mandoble por poco le separa la cabeza de los hombros; se agachó para esquivarlo al tiempo que se lanzaba a su vez a fondo, mientras notaba la hoja de la espada que pasaba rozándole los cabellos. Pero Gilberto salió del encuentro con un simple arañazo y Ricardo cayó de nuevo a tierra. La espada se abatió sobre él. Con un fuerte grito rodó a un lado para eludirla y se incorporó de un salto. Jadeando, se movió alrededor del otro, encogido como un gato a punto de abalanzarse sobre la presa. Observaba los ojos de Gilberto para tratar de adelantarse a su movimiento

siguiente. Si reaccionaba demasiado tarde, aunque sólo fuese una fracción de segundo, se arrojaría sobre la espada de su adversario en vez de alcanzarle. Entonces captó el instante oportuno, el repentino endurecimiento de la mirada, la tensión de la mandíbula en el momento de ir a asestar otro golpe.

Siempre agachado, Ricardo se lanzó hacia delante, en brusco pero bien calculado ataque. Notó el súbito encogimiento del cuerpo del enemigo al penetrar la daga, y Gilberto cayó de bruces con un grito de dolor. Sintió que se le empapaba la mano de sangre caliente, y luego un dolor agudo en el costado izquierdo, indefenso a causa de la invalidez del brazo.

Al sentirse herido Gilberto de Mansourah todavía había intentado clavar la espada en el pecho de Ricardo, pero ya sus fuerzas le abandonaban. La punta de la espada resbaló sobre una costilla y sólo le hizo una larga herida superficial que rasgó todo el costado de la camisa de seda. Ricardo cayó de rodillas, llevándose la mano derecha al pecho.

—¡Rata sarnosa! —exclamó el moribundo con voz ronca.

—Poco ha faltado —gimió Ricardo—, pero olvidabais que no puedo permitirme el lujo de morir.

El otro sonrió y respondió con su voz todavía fuerte:

—He conocido a muchos templarios que mataron infieles, a algunos que mataron cristianos, e incluso a uno que mató a un hospitalario. Pero tú eres el primer caballero templario que ha matado a uno de sus hermanos. Ese baldón va contigo para siempre. —Se le debilitaba la voz por momentos.

—Rezaré por tu alma —prometió Ricardo al tiempo que se santiguaba con la mano empapada de sangre—. Devuélveme mi espada.

Gilberto obedeció, y Ricardo limpió la hoja que estaba empapada de su propia sangre antes de presentar a los ojos del moribundo la cruz grabada en el acero.

—No puedo —susurró Gilberto con un hilo de voz.

—Hazlo, por la salvación de tu alma. Besa la Cruz y di el credo.

Era una orden, y fue obedecida. Los labios lívidos se movieron repitiendo las palabras latinas que le dictaba Ricardo:

—Credo in Deum, Patrem omnipotentem, creatorem coeli et terrae: et in Jesum Christum, filium Dei unicum... credo remissionem peccatorum... et corporis in resurrectionem... vitam aeternam. Amen.

—Está bien —sonrió Ricardo—. ¡La misericordia de Cristo sea contigo!

Gilberto hizo una mueca. Las palabras le dolían más que su herida mortal. Fue a decir algo, y Ricardo se agachó hacia él para captar sus palabras. Gilberto de Mansourah pronunció sus últimas palabras entre estertores horribles y mirando fijamente al hombre por cuya mano moría:

—¡Guárdate de Tomás de Lancaster!

Entonces se quebró su voz y los ojos se volvieron al cielo con una mirada de espanto. Aunque Ricardo se apresuró a cerrarle los párpados, se dijo que tardaría mucho tiempo en poder olvidar aquella expresión.

—Enterradle aquí —ordenó secamente— A la primera oportunidad volveremos a por él para enterrarlo en sagrado.

Se llevaron el cadáver y tras dar tierra a quien había sido el insumiso caballero Gilberto de Mansourah, clavaron sobre el túmulo una sencilla cruz sin ninguna inscripción. Luego se arrodillaron todos y rezaron, pero cuando se pusieron otra vez en pie, Ricardo siguió de hinojos, el rostro lívido como el de un difunto y las manos entrelazadas, sin hacer intención de moverse.

Lorenzo de Toeni se inclinó hacia él.

—¿Quieres que te vende las heridas, Ricardo?

A lo que éste respondió con extraordinaria serenidad y en un tono que no admitía réplica:

—Estoy rezando por su alma y, ¡vive Dios!, creo que lo necesitará. El responsable de su muerte ha sido él mismo. No tenía ningún derecho a tratar de echar la culpa sobre mí. No me distraigas, hermano. Necesito la oración tanto como él.

Pasó un largo rato antes de que Ricardo alzase por fin la cabeza. Su camisa de seda estaba empapada de sudor y de sangre. El dolor punzante de las heridas le recorría todo el cuerpo, y sentía vahídos y vértigo.

—Toeni —llamó en voz alta, a lo que acudió en seguida el caballero—. Ayúdame a levantarme.

Sobre sus ojos caía un velo de oscuridad y habría caído, a no hallarse sostenido por el brazo de Toeni.

—Interiormente estoy un poco mejor. ¿Hay por aquí cerca algún arroyo donde pueda lavarme?

—¿Dónde habríamos establecido nuestro campamento, si no? Hay un riachuelo no lejos de aquí.

—Está bien. Acércame las alforjas.

Andar era un suplicio, porque las heridas volvieron a abrirse, y las costillas magulladas convertían cada paso en una agonía infernal. Cuando por fin llegaron a orillas del riachuelo, Ricardo se quitó las ropas y se dejó llevar desnudo por la corriente, donde quedó flotando inmóvil durante unos instantes. Luego levantó la cabeza y exclamó:

—¡Por los pies de Dios! Estoy vivo, ¡eso al menos puedo notarlo todavía!

Mientras el agua helada calmaba un poco el dolor de las heridas, se lavó rápidamente las del pecho y la del brazo, y salió del agua.

—En las alforjas llevo vendas, ¡pronto! —dijo.

El aire caliente le envolvió como una manta. Toeni se apresuró a vendar las heridas y entablilló el brazo. Entonces Ricardo se endosó con precaución una camisa de hilo, el hábito y un cinturón ancho de cuero, tan negro como los pliegues de la prenda de lana en que se envolvía.

—Tomás de Lancaster —dijo Ricardo, pensativo—. Hijo de Edmundo Crouchback, el hermano del viejo rey. ¿Qué relación tiene con nosotros, hermano Lorenzo?

—Me gustaría saberlo. Es el señor de cuatro condados, o mejor dicho, cinco, tan pronto como fallezca Enrique de Lacy, el conde de Lincoln y padre de su mujer, que era hija única. Es el mayordomo del rey.

Ricardo asintió.

—Algunas personas interpretan las palabras «guárdate de Tal» como una advertencia —dijo de buen humor—. Yo prefiero tomarlas como un desafío.

Apoyó la mano en el pomo de la espada y corrigió la colocación del cinturón. Mientras Toeni se preguntaba todavía qué había querido decir con aquel comentario, Ricardo se ciñó un pañuelo negro al cuello y le rogó que lo atase para poner el brazo herido en cabestrillo, mientras decía como quien anuncia un hecho banal:

—Quiero que seas mi mano derecha, hermano Lorenzo.

Hubo un silencio.

—¿Aún confías en mí?

—Lo pasado, pasado. Yo prefiero mirar al porvenir.

—¿Y la excomunió?

—¿La excomunió? —repitió Ricardo en tono intencionado.

Aunque hubiese sido pronunciada por un obispo y por tanto no fuese válida tratándose de un templario, la excomunió eclesiástica pesaba lo suyo, más de lo que él mismo querría confesar. Por otra parte, el papa no tardaría en corroborarla. Tras haber vivido casi un año como un proscrito, ahora se veía expulsado de la comunidad de los creyentes, aunque con eso no cambiase gran cosa la situación real para él. En cambio, para Toeni el asunto presentaba

su dificultad, según se echaba de ver, impidiéndole pronunciarse sobre si deseaba ser seguidor suyo o no.

—¿No sabes que a nuestros hermanos de Francia los tratan como a excomulgados en las cárceles? —le preguntó Ricardo.

—Sí, pero el provocar esa sentencia deliberadamente, con las propias acciones, ¿es otra cosa!

—Pues yo tengo decidido que no me importan los destierros ni las excomuniones, y eso desde mucho antes de que se le ocurriese tal idea al obispo.

—¡Por el amor de Dios! Si quieres seguir por ese camino, tendrás que continuar tú solo —dijo Toeni, santiguándose.

—Ahora yo podría invocar el deber de obediencia según nuestra Regla, pero te concedo el derecho a negarte. No quiero que nadie me siga por obligación.

El joven caballero, que llevaba todavía el manto blanco, se decidió entonces y no hubo ni asomo de inseguridad en su voz cuando dijo:

—Yo te seguiré.

Ricardo le apretó la mano con fuerza.

—Te necesitaré. A nadie le gusta andar solo, aunque se llame comendador. Tú serás otra vez mi hermano y el guardián de tu hermano.

Sin esperar respuesta, se volvió y regresó hacia el campamento.

Al verle, salió a su encuentro Simón el Ermitaño, que era el de más edad.

—Os reconocemos comendador nuestro mientras dure el cautiverio de los jefes naturales de nuestras encomiendas. Podéis contar con nuestra fidelidad y nuestra obediencia, sire.

—Hermanos —respondió Ricardo—, no ignoráis que en breve seré excomulgado y que ello os obligaría a rehuirme como si yo fuese un leproso. Vuestra promesa de seguirme bajo tales condiciones me persuade por completo de vuestra sinceridad. Pero asumo esa responsabilidad con alguna vacilación, no sólo porque me figuro que habrán quedado algunas dudas por despejar en vuestro ánimo, sino también por el hecho lamentable que ha sucedido esta noche. Yo no he querido matar al hermano Gilberto, pero él no me dejó otra elección.

Hubo un murmullo de asentimiento entre los oyentes.

—La misión que me he planteado aquí es distinta de la que me incumbe en Francia —continuó—. Sois afortunados al contar con un monarca dotado de valentía para oponerse a las voluntades de Felipe y de la Iglesia. Tengo razones para suponer que tratará de seguir ayudándonos, pese a las órdenes recientemente cursadas a sus sheriffs. Lo cual significa que no será necesario llegar a ciertos extremos. No querría veros a todos excomulgados como yo, si podemos evitarlo. Que vuestra lucha sea una lucha sin violencia.

—Habéis hablado casi con las mismas palabras de Tomás de Lincoln cuando se despidió de nosotros —dijo Edmundo el León.

Ricardo respondió con una sonrisa:

—Es un sabio, cuyos consejos he seguido de buen grado muchas veces.

Un recuerdo cruzó su mente como una ráfaga y lo retuvo un momento, antes de proseguir:

—Nos limitaremos al cometido que siempre nos ha correspondido en primer lugar desde que se fundó la orden: la vigilancia. Sólo que ahora, en vez de velar por los peregrinos toca atender a la seguridad de nuestros propios hermanos. Tan pronto como uno de nosotros descubra que se está recurriendo a la tortura para lograr confesiones, me veré obligado a tomar medidas inmediatas. He escrito al rey que, en vista de que él ha entregado a nuestros hermanos a la jurisdicción de los inquisidores franceses, no toleraré confesiones arrancadas bajo la amenaza del tormento. Por otra parte, nos

incumbe el deber de auxiliar a nuestros hermanos en las cárceles, de consolarlos en la tribulación y de comunicarles todas las novedades que logremos averiguar, de manera que puedan defenderse cuando se les juzgue. Yo temo, y creo que no sin fundamento, que el rey francés procurará evitar que nos defendamos. Por consiguiente, ésa debe ser nuestra primera preocupación una vez terminada la instrucción preliminar. Necesitamos defensores que sepan representarnos, que sean escuchados y capaces de salir airosos en un juicio. En Francia he dado ya los primeros pasos en tal sentido. He utilizado todos los medios a mi alcance para captar la atención de algunos altos dignatarios de la Iglesia, y nuestros camaradas franceses mantienen buenas relaciones con ellos. Por eso es menester que regrese a Francia cuanto antes. Vosotros quedaréis bajo mis órdenes directas. De momento sigo en Inglaterra hasta estar seguro de que todo se desarrolla según mis previsiones. —Viendo que nadie formulaba ninguna objeción, Ricardo sonrió y tomó de nuevo la palabra—. La misión que os aguarda es difícil. Requiere hombres dispuestos a soportar privaciones, a deponer el hábito del Temple y vivir en la más extrema pobreza. Pasaréis muchas horas que os parecerán odiosas instante a instante; pero no hay escapatoria. Si se nos cierra la corte del rey y de sus barones, no tenemos mejor manera de averiguar lo que ocurre en el país sino confundirnos con el pueblo llano, frecuentar los mercados, escuchar a los juglares. Lo que se comenta en los mentideros siempre contiene, pese a todo, un grano de verdad. Y tan pronto como llegue a vuestros oídos algún rumor que se refiera a nosotros, trataréis de verificarlo y me lo haréis saber. Que nadie intente hacer la guerra por su cuenta; es peligroso y suele conducir a la desgracia; sólo la unión nos hace fuertes.

»Por este motivo voy a dividir el país en veinte distritos. En Londres tengo ya dos hombres, uno en Winchester, dos en Lincoln, dos en Canterbury y uno en Carlisle. A los dos hermanos recién liberados les he asignado misiones en York. Pensadlo bien y que cada uno vea dónde prefiere actuar. El hermano Lorenzo de Toeni me acompaña a mí. Nos resta la cuestión de cómo entrar en las prisiones de nuestros hermanos y cómo conseguir las informaciones que necesitamos. Casi todo puede comprarse, pero los sobornos cuestan mucho dinero. ¿Cuánto tenéis vosotros?

Los caballeros se miraron los unos a los otros. Contaban con sus caballos, sus armas y sus ropas, que era todo cuanto poseían en el Temple, pero ¿dinero? Al principio disponían de lo más indispensable, pero había transcurrido casi un año y las reservas empezaban a agotarse. Ricardo suspiró. Con la mímica bastaba para hacerse cargo de la situación.

—Es preciso que os ganéis la vida por vuestros propios medios, en la medida de lo posible. Los que sepan leer y escribir lo tienen más fácil; los escribientes públicos están muy solicitados. En cuanto a los demás, no ha de faltarles oportunidad para emplearse, o deben aprender a vivir sobre el país, adaptando sus costumbres y sus horarios a lo que proporcione la tierra. Pensad en vuestros hermanos que están a pan y agua. Para mañana necesito que me ayuden tres hombres, y uno de ellos será el hermano Lorenzo.

Hizo una pausa y titubeó un poco, antes de elegir.

—El segundo será el hermano Edmundo, y el tercero... —Su mirada recorrió la fila de hombres silenciosos y se fijó en el hercúleo Huberto el Jabalí—. El tercero será el hermano Huberto. Saldremos mañana hacia la hora nona. Antes de que pase la noche, el hermano Edmundo os repartirá el oro; hecho esto, dispersaos sin demora e id cada uno al distrito que le haya correspondido. Tomad en seguida vuestras disposiciones para la partida. Hacia el anochecer impartiré mis instrucciones.

—Sí, señor, en nombre de Dios —respondieron todos al unísono.

Él se sacó del manto su bolsa ya bastante mermada, extrajo un par de monedas y llamó a Roberto el Lobo.

—Un hermano del Temple ha muerto esta noche —dijo—. Ahora, según el artículo decimoprimer de nuestra Regla, el Temple debe dar de comer a un pobre durante cuarenta días. ¿Querríais encargarnos de ello, hermano Roberto? Pero con discreción, que no se sepa que proviene de nosotros.

—Sí, señor, en nombre de Dios.

Ricardo asintió con la cabeza. El dolor del brazo lo tenía casi paralizado y habría preferido tumbarse en seguida para descansar y hacer acopio de fuerzas con vistas a la jornada siguiente. Pero antes de llegar a unir las manos para el padrenuestro con que se clausuraba el capítulo, Huberto el Jabalí se adelantó y cayó de rodillas con la cabeza inclinada en actitud de penitente.

Huberto era un hombre honrado a carta cabal, franco y sencillo. Al comprender que había sido engañado y manipulado por Gilberto de Mansourah, le invadió el remordimiento por su falta, a tal punto que no lograba manifestarlo en palabras. Levantó la mano derecha y empezó a balbucir:

—Mi señor Ricardo, os juro fidelidad y os seguiré mientras esté preso nuestro maestro. Si alguna vez quebranto este juramento, que Dios me lo demande. Lo juro por la cruz de vuestra espada.

Entonces le imitó Enrique de Ascalón, y uno a uno los demás también siguieron su ejemplo. Ricardo, conmovido, los miró con una emoción desconocida para él hasta entonces. Mentalmente, sin embargo, le parecía estar viendo a la vieja bruja escondida entre las sombras de los árboles, que agitaba el puño contra él y graznaba con su voz de corneja:

—¡De nada os servirá el querer ocultarme vuestro origen, alteza! ¡Vuestras manos os traicionan!

Y casi le pareció sentir los dedos huesudos alrededor de su propia garganta, tratando de ahogarle.

—No os arrodilléis ante mí, sino sólo ante Dios —los reconvino—. Yo no soy más que un esclavo suyo que intenta servirle y evitar la desaparición de la hermandad del Temple.

Tomando con la derecha la mano izquierda, paralizada por el dolor y entumecida, dijo el padrenuestro, que los demás repitieron. Luego se volvió, rechazó la mano tendida que iba a ayudarle y buscó un lugar a la sombra, donde se tendió sobre el musgo.

Desde allí dirigió a sus hombres en un ejercicio de combate como jamás había practicado ninguno de ellos. Sobre todo Lorenzo de Toeni, quien al igual que los demás no había trepado en su vida por una cuerda, fue obligado a practicar escalando las copas más altas de los árboles hasta que aprendió a hacerlo con rapidez suficiente para que Ricardo se diese por satisfecho.

(...) Las torres de ladrillo que cabalgan sobre el ancho y viejo lomo del Támesis, donde hoy tienen su morada juristas letrados, antaño por caballeros templarios habitadas, hasta que cayeron arruinados por el orgullo.

Edmund Spenser, Prothalmion.

La noche transcurrió sin que nadie les molestase. Por la tarde Ricardo cursó instrucciones detalladas a todos sus hombres, y luego llamó a los tres caballeros que él mismo había elegido. De la acémila descargó tres bultos que repartió entre ellos indicándoles que debían cambiar de ropa.

—Creo que será lo más indicado para ti —dijo con ironía mientras Huberto el Jabalí desempaquetaba un hábito de fraile carmelita destinado a envolver su voluminosa humanidad. Los otros dos llevarían ropas de ciudadanos corrientes, que les permitirían pasar perfectamente desapercibidos—. ¿Preparados para el viaje? Hay un buen trecho de cinco horas a caballo por lo menos. Es preciso que lleguemos a Londres unas dos horas después de la puesta del sol.

Los caballeros asintieron y después de montar en sus caballos, emprendieron la marcha, Ricardo el primero de todos.

Bien entrada la noche llegaron por fin los cuatro hombres a la ribera meridional del Támesis, bastante lejos todavía de avistar las murallas de la ciudad.

Ricardo apuntó hacia la derecha, sobre la otra orilla del río.

—Esta noche iremos allá.

Los demás siguieron la dirección adonde señalaba e intuyeron envuelta en la oscuridad la terraza del Temple que daba al río.

—¡El Temple! —exclamó Edmundo el León sin disimular apenas su consternación.

Pero Ricardo impuso silencio.

—Es el lugar en donde el maestre La More prometió dejar algo para un caso de necesidad. No hay otro mejor.

—¿Estarán bien vigiladas nuestras pertenencias? —quiso saber Toeni.

—Lo suficiente. Todo quedó allí, o casi todo, tal como estaba, en especial las reliquias de la iglesia, los cálices, los incensarios y demás vasos sagrados, la plata, las vestiduras sacerdotales, los misales, nuestras dos biblias, los himnarios y los antifonarios. Nada se llevaron, y valía la pena poner un par de centinelas.

—¿Qué probabilidades tenemos de poder entrar y salir sin ser atrapados? —preguntó Edmundo.

—Nosotros nos conocemos esos edificios de memoria. Esa es la ventaja que tenemos, Hay que actuar con precaución, naturalmente. No sabemos con exactitud dónde habrán apostado los centinelas en el interior de la muralla.

—¿Por dónde entraremos? —preguntó Huberto el Jabalí.

—Por la muralla. La terraza y los muelles ofrecen demasiado peligro, son superficies descubiertas donde seríamos vistos con facilidad. —La mirada de Ricardo barruntaba los anchos muros lejanos flanqueados de poderosas

torres—. Los muros exteriores son lisos y no hay donde agarrarse, así que los escalaremos con cuerdas.

Abrió el manto y les mostró la soga no excesivamente gruesa, pero resistente, que llevaba enrollada al cuello.

—Procuraremos superar la muralla por la parte más próxima a nuestro objetivo, a fin de reducir al mínimo nuestro recorrido dentro del recinto.

—¿Por dónde, pues? —inquirió Toeni.

—Por el cementerio de los carmelitas.

La muralla que dominaba la orilla opuesta con su imponente altura inspiraba un respeto considerable. Escalar aquello parecía imposible, y sin embargo Ricardo se mostraba tranquilo y seguro de su plan.

—¿Es necesario que aventuremos lo más difícil? ¿No tenemos otra manera de conseguir dinero? —titubeó Lorenzo de Toeni.

—¡Como no quieras robar el tesoro real de la Torre! —se burló Ricardo, meneando la cabeza—. Si hubiese otro medio, no dudes que yo lo habría elegido. Se necesita dinero para comprar informaciones, para sobornar conciencias, para comprar ungüentos, para socorrer a los enfermos y los heridos. Algunos de los más ancianos y frágiles murieron ya en las cárceles, por ejemplo el hermano Adán le Mazon, fallecido poco después del Miércoles de Ceniza, cuando apenas llevaba un mes encarcelado. Como él, muchos no vivirán para ver cuál ha sido la sentencia del papa.

Ricardo miraba al otro lado del río, con un rictus amargo, mientras recordaba a Tomás de Lincoln. ¿Estaría el anciano entre los sobrevivientes del cautiverio? Aunque el rey hubiese dispuesto expresamente que los templarios no fuesen arrojados a los calabozos más profundos y terribles, de poco le serviría tal merced a los miembros gotosos de un anciano.

—Bien—prosiguió tratando de ahuyentar los pensamientos sombríos—. Creo que todos entendemos que habrá más muertes si no actuamos con celeridad, y serán en el tormento. Y que le faltó tiempo a La More para buscar un escondrijo más seguro. Así pues, ¿a qué esperamos?

—Con mi peso yo jamás conseguiré trepar a esta muralla —se lamentó Edmundo.

—Sólo entraremos el hermano Lorenzo y yo.

—¡Por la Divina Sangre! —exclamó Edmundo, atónito ante la audacia del plan—. Confío en que consigáis regresar sanos y salvos. ¿Sabes a qué te arriesgas si te atrapan? A ser despellejado vivo, y tu piel colgada sobre el portal para escarmiento público. Al menos, eso fue lo que hicieron con los ladrones que hace cinco años se llevaron de la capilla de la Píxide el arca del tesoro del difunto rey, en la cripta de la abadía de Westminster.

La noticia no impresionó a Ricardo.

—¿Voy a tener algún reparo en llevarme lo que es nuestro, cuando el mismo Eduardo que tú has mencionado nos arrebató diez mil libras de los sótanos del Temple diciendo que quería inspeccionar las joyas de su madre? ¿He de plegarme ante la cólera de su hijo, el cual todavía es peor que el padre? Supongo que no habrás olvidado el día que saqueó nuestra cámara del tesoro con la complicidad de Piers de Gaveston.

Dicho lo cual se puso en pie. Los demás le imitaron y el grupo echó a andar por la orilla hasta que descubrieron un bote de remos oculto entre unos matorrales.

—Voy a explicaros el desarrollo de la operación. A medianoche relevan la guardia de la muralla, de manera que cruzaremos el río antes de esa hora. Edmundo nos aguardará con Huberto en el cementerio. Tres horas después vuelven a relevarse los centinelas. Os lanzaré dos sacos de monedas de oro, vosotros los recogéis y pasáis otra vez el río. Uno de estos sacos será

suficiente para proveer de todo lo necesario a nuestros hermanos de Weald antes de ponerlos en camino.

»Cuando les hayáis entregado el oro, llevaréis el otro saco, el más pesado, con nuestros caballos y nuestras armas, a las estribaciones del bosque de Waltham, adonde calculo que llegaremos mañana hacia la hora nona. Y si nos persiguen, el oro quedará seguro en vuestras manos mientras nosotros los despistamos.

Ricardo alzó la mirada a las estrellas. La luna menguante daba una claridad plateada que se le antojó excesiva.

Dejaron atados los caballos y subieron en la pequeña embarcación. Huberto alzó los remos con cuidado y los sumergió evitando hacer ruido para poner la barca en movimiento de un fuerte tirón. A lo lejos se escuchaba el «arriba-arriba» de otros remeros que contraviniendo todos los reglamentos llevaban a Londres ciudadanos sorprendidos puertas afuera por el toque de queda. Los cuatro caballeros no dijeron ni media palabra hasta que se hallaron en la otra orilla, donde se refugiaron a la sombra de un caserío.

—Dejadla aquí —susurró Ricardo.

El reflujo, con la sequedad de las últimas semanas, hacía que las aguas estuvieran en niveles muy bajos.

Sacaron la barca a tierra y, siempre amparándose detrás de las casas, ganaron un sendero estrecho que conducía hasta la orilla.

Olía a basuras y a podredumbre. El camino arrancaba de un lugar llamado popularmente «el callejón de las rabizas», una calle estrecha que continuaba por el otro lado hacia el norte, en dirección a Fleet.

Flanqueaban ambas aceras de la calleja unos antiguos burdeles muy venidos a menos, que por el lado oriental se arrimaban, literalmente, a la tapia de la propiedad de los carmelitas. En los soportales, algunas mujeres ligeras de ropa tomaban el fresco de la noche. Un grupo formado por tres borrachos discutía de pie con una mujer de mejillas encendidas de carmín, melena roja como el fuego y turgentes y bien formados pechos que se le salían del corpiño. A lo que parecía, la discusión versaba sobre el precio exagerado, pero ella llevaba la voz cantante y no se apartaba un dedo de la puerta, impidiendo el paso con su propio cuerpo. Ricardo se detuvo y luego se abrió paso entre la clientela.

—¿Alguna dificultad, Meg?

—No, señor, ninguna que yo no pueda resolver —contestó ella en tono de indiferencia al tiempo que se ponía en jarras y le lanzaba una ojeada descarada, como si le tomase las medidas—. ¿Queréis pasar?

Con la misma indiferencia contempló Ricardo el corpiño desabrochado.

—Si la señora da su permiso —replicó muy educadamente.

En un gesto habitual, ella se echó atrás un rizo que caía sobre su frente. Ricardo empezó a subir los ruidosos peldaños de madera e hizo a sus compañeros una seña para que le siguieran, mientras Meg iba indicándole el camino hasta que llegaron a un camaranchón mal iluminado en donde aguardaban otras dos mujeres.

—Hay trabajo, niñas —anunció Meg, y mirando con disimulo a Huberto y su hábito de monje—: Hará falta una más para el fraile, ¿no?

—Déjate de tonterías, Meg. Lo convenido es que nos dejes saltar por la buhardilla, y nada más —la interrumpió Ricardo, e hizo además de encaminarse hacia la escalera de mano apoyada en la trampilla, pero Meg le cerró el paso.

—¿Y nada más? —dijo con una carcajada, acariciándole el pecho con la mano.

Él sujetó la muñeca cuando la mano iniciaba el descenso hacia la cintura.

—Otra vez, quizá —gruñó Ricardo, haciendo señas con impaciencia a sus atónitos compañeros, que iniciaron el ascenso por la escalera de mano entre vivas protestas de las otras dos mujeres.

—Mirad que he despedido a tres pretendientes sólo por complaceros a vos, ¡y ahora nos dais plantón y nos dejáis al fresco! —Y soltó de nuevo Meg su carcajada estudiada, haciendo un mohín con los labios.

—Os pagaré el rato que os ocupéis con nosotros, pero no recibáis a nadie hasta que hayamos regresado —le indicó secamente Ricardo, mientras extraía un par de monedas de su bolsa ya casi vacía.

—¿No se os olvida una cosa? —preguntó ella después de recibir las monedas, mientras Ricardo ponía un pie en el primer peldaño de la escala.

Sin darle tiempo a responder, se alzó sobre las puntas de los pies y le besó en la mejilla, rozando sus abultados pechos contra el jubón.

—Pero veamos, Ricardo —empezó Toeni cuando se hallaron entre los trastos de la buhardilla, que además servía como despensa.

—¡Calla! —ordenó el aludido, furioso, al tiempo que se disponía a salir por un ventanuco que daba a la tapia de los carmelitas.

Uno a uno fueron descolgándose y saltaron al interior del huerto con sordo golpe.

Avanzaron con precaución amparándose en el muro y en dirección al cementerio. A sus espaldas resonaban risas y gritos de diverso signo. Por lo visto la clientela había aumentado y se impacientaba en la calle. Sin hacer el menor ruido, los cuatro caballeros empezaron a andar entre las sencillas lápidas que cubrían las tumbas de los monjes.

Estaban bajo la muralla del Temple. Edmundo alcanzó a Ricardo y tomándole del brazo, le preguntó en voz baja, pero insistente:

—¿Qué hemos de pensar de esa mujer?

—Se le ha solicitado su colaboración, y se le ha remunerado. El artículo diecisiete de nuestra Regla dice que no nos es lícito tener trato con las mujeres, pero no prohíbe recurrir a la ayuda de las tales —susurró.

—Pues la verdad, no lo veo nada claro.

—Te conviene acostumbrarte a la idea. —Y dio por terminada la discusión Ricardo.

Sacó la soga con el garfio envuelto en un trapo, mientras se decía que sería preciso acertar a la primera. Lo había ensayado con mucha asiduidad y lo había practicado varias veces con éxito en Francia, sin que nunca le hubiesen atrapado.

Los pasos de un centinela resonaron en medio de la noche, justo por encima de sus cabezas.

Con la espalda apoyada en la muralla y los pies firmemente plantados en el talud, alzó la cabeza mirando aquella altura vertiginosa. La respiración agitada de los demás traicionaba el nerviosismo que los embargaba.

—Procura que no te suden las manos, Toeni —susurró—. Te toca ayudarme porque yo no puedo trepar con una mano.

Extrajo otro bulto que guardaba debajo del manto y se lo pasó a Toeni.

—Déjala caer cuando hayas llegado arriba —susurró con una sonrisa, como disculpándose, y señaló con un ademán su brazo entablillado—. Siempre llevo algo práctico para un caso de necesidad.

Era una escala hábilmente trenzada de cuerda delgada, que se desenrollaba sin hacer ruido.

Los pasos del centinela se alejaron y Ricardo empezó a hacer molinetes con el garfio.

Entonces la campana de los carmelitas empezó a tocar. Era el instante esperado por Ricardo, quien arrojó la cuerda, y se oyó un sordo choque del hierro sobre la piedra.

—Una de las fortalezas más inexpugnables de la Cristiandad, ¡y tú la escalas como si fuese un juego! —se admiró Edmundo.

Ricardo no hizo caso, los sentidos tensos, procurando escuchar los rumores procedentes del recinto. —¡Arriba! —ordenó, lacónico.

Todo dependía de la celeridad con que fuesen capaces de trepar; disponían apenas de un breve momento para subir, saltar al otro lado y buscar donde cubrirse.

Lorenzo trepaba con agilidad. Ricardo esperó lleno de tensión e impaciencia. Tan pronto como el otro hubo coronado el muro y cayó la escala de cuerda, él inició la ascensión agarrándose con la mano válida y con los dientes. Pero no habría superado el último tramo si Toeni no le hubiese izado a pulso. No se detuvo ni para tomar resuello; no tenían tiempo.

Ricardo dejó caer la cuerda por la parte interior del muro y con seco ademán le indicó a Toeni que se descolgase. En seguida le siguió no sin alguna precipitación, pues ya se escuchaban cada vez más cerca los pasos del relevo.

Ante ellos se extendían los galpones de las cuadras, el dormitorio de los gañanes y los escuderos, los claustros detrás y al fondo, apenas visible, el tejado cónico de la capilla.

Cuando se hubieron alejado los centinelas, corrieron a refugiarse en las cuadras. Ricardo aguardó hasta que Toeni se halló a su lado para decirle:

—Tus ropas son demasiado claras. —Y desabrochándose el manto lo echó sobre los hombros de su compañero.

Luego espía a los guardias de los adarves en espera del momento oportuno.

—¡Ahora!

Invisibles gracias a sus prendas oscuras, cruzaron el espacio descubierto de la plaza de armas y alcanzaron la serie de edificios de los claustros alrededor de la capilla. Como la otra vez, habían prendido antorchas a intervalos. Un centinela se apoyaba en la pared del portador de la entrada a la capilla, y otro vigilaba la sala capitular. Desde su posición no vieron a ninguno más.

—Por aquí no se puede pasar —dijo Ricardo—. Iremos por los claustros a la derecha de la capilla de Santa Ana.

Toeni asintió, por lo que volvieron en seguida sobre sus pasos y continuaron hasta una puerta baja que era la entrada lateral del claustro, al sur de la iglesia.

Delante de ellos, al fondo de la calle adoquinada y dándoles la espalda, se veía un centinela con el chuzo en la derecha. Ricardo cruzó una mirada con Toeni y se deslizó hacia la puerta, siempre sin perder de vista al guardia. Tardó un largo y angustioso rato en lograr descorrer el cerrojo con ayuda de su daga. Por fin la puerta se abrió y él desapareció en el interior. Toeni lanzó una última ojeada al centinela e imitó a su compañero.

Estaban a oscuras, en un pasillo tan bajo que casi los obligó a agacharse.

El aire fresco del pasillo los ayudó a recobrar el aliento. Poco a poco fueron hallando su camino pasando frente a las estrechas celdas, donde no se encendían ya, desde el 8 de enero, las velas junto a las yacijas de los freires. Por último alcanzaron la abandonada capilla de Santa Ana y bajaron los cinco peldaños para entrar en la iglesia, tan silenciosa como siempre. El altar de San Juan tenía un par de velas encendidas, y también el de San Nicolás. Todavía se celebraban las misas de ánimas por los antepasados del rey, a cargo de seis capellanes pagados, lo mismo que los acólitos y sirvientes, del peculio de los templarios.

Conmovidos, los dos caballeros contemplaron la belleza sencilla de su iglesia. Ricardo paseó la mirada por los retratos de los nobles sepultados en el

deambulatorio. Amaba aquellas estatuas de piedra, que había visto allí siempre, desde que tenía uso de razón. Nunca había pasado junto a ellas sin contemplar con agrado los vivos colores con que estaban pintadas, con sus vestiduras, sus escudos, sus espadas, sus espuelas y sus cintos: brillos del oro, azul real y rojo alheña, de conformidad con las palabras de San Bernardo: «Adornan sus templos con armaduras, no con piedras preciosas, con escudos, no con coronas de oro, con sillas de montar y riendas, no con candelabros».

Entristecido, volvió la espalda al deambulatorio y halló a sus pies la lóbrega desembocadura de una escalera de caracol por donde se accedía a las criptas y a la cámara del tesoro de los templarios, bajo la nave lateral de su capilla situada más al sur. Provistos de velas tomadas de los altares iniciaron el descenso, descorrieron los cerrojos de la pesada puerta claveteada y entraron en la cámara.

Era pequeña, lo bastante para el secreto pero no tanto que no cupiera todo cuanto los caballeros preferían tener en lugar seguro. Algunas veces Ricardo y Toeni habían montado guardia allí, o habían acompañado a los clientes que acudían a inspeccionar sus depósitos. A la débil luz de las velas distinguieron apenas las repisas de piedra que en otros tiempos servían de estantes a varias arcas cuidadosamente cerradas y selladas. Todas ellas habían desaparecido. Al fondo de la estancia se hallaba un armarito de dos cuerpos, colgado de la pared con cuatro escarpías de hierro, y que había servido para guardar los apuntes financieros y otros documentos del Temple. También este mueble había sido vaciado. Los documentos y manuscritos que los caballeros no lograron quemar a tiempo fueron confiscados. Ricardo indicó aquella especie de estantería con un ademán.

—Debe hallarse ahí detrás.

Toeni se puso a trabajar, mientras Ricardo le daba luz. Tardó algún rato en poder alzar la estantería desprendiéndola de sus clavos para inspeccionar el lienzo de pared que dejaba al descubierto.

—Detrás de esta hornacina central debe existir un hueco —explicó Ricardo.

Sucedió como él había anunciado. La losa se desprendía fácilmente de la pared, y hallaron una arqueta de madera.

Toeni rompió el sello, forzó la cerradura y extrajo dos saquitos de cuero cuyo contenido inspeccionó con precaución. Era una cantidad de monedas de oro suficiente para hacer rico a un hombre.

—¿Qué hacemos con estos papeles? —preguntó Toeni.

Ricardo siguió la dirección de su mirada y se encogió de hombros.

—Dejarlos aquí, supongo. —Sacó del fondo de la arqueta varios legajos sellados y les pasó rápida revista.

Algunos de los documentos llevaban un rótulo o un nombre, y otros ni siquiera esto. Había también relaciones que no contenían más que nombres y cantidades. Ricardo alisó con cariño un arrugado pergamino y soltó una carcajada.

Los templarios habían sido prestigiosos banqueros. Los desgraciados nobles y mercaderes que tuviesen certificados de los caudales depositados en el Temple no habrían tardado en darse cuenta de que sus documentos no se podían negociar, habiendo perdido todo valor. Por el contrario, los deudores del Temple salían beneficiados, puesto que nadie acudiría a reclamarles que hicieran efectivo lo que adeudaban. Hasta el último momento, sin embargo, el maestro La More había registrado escrupulosamente todas aquellas operaciones.

—¿Acaso hemos venido a estudiar viejos apuntes contables? —inquirió Toeni con intención.

La tranquilidad de su compañero lo ponía nervioso y puesto que habían encontrado ya lo que buscaban, no pensaba sino en salir de allí cuanto antes.

—Queda tranquilo, nos sobra tiempo —replicó Ricardo mientras ojeaba un par de páginas más, sin buscar nada en particular, sino solamente los recuerdos de un tiempo desaparecido y que ya no retornaría nunca.

En aquel instante cayó al suelo un pliego que sin duda habrían introducido, suelto, entre los pergaminos. Tenía tres dobleces, de manera que no se podía ver nada de lo escrito, y estaba lacrado.

Al recogerlo Ricardo reparó en que tenía un rótulo con un nombre: «Lancaster», escrito en la temblorosa letra del anciano Tomás de Lincoln —en los últimos años rara vez había tomado la pluma y la tinta en sus manos gotosas—, así como una fecha, agosto de 1307.

Se volvió para mirar a Toeni, pero éste, o bien había decidido reservarse su opinión, o no había advertido la importancia de aquel hallazgo fortuito. Ricardo contempló el sello. El anverso exhibía el Cordero de Dios con la aureola; el reverso era la cabeza cortada de un encapuchado, el emblema particular del maestro La More. Tomó el lacre entre el pulgar y el índice con intención de romperlo.

—¡Por el amor de Dios, Ricardo! Este pliego no está destinado a nuestros ojos.

El aludido se volvió lentamente.

—Tú no has visto nada, hermano Lorenzo, ¡es una orden!

A lo cual rompió cuidadosamente el sello y desplegó el documento con precaución.

Justificante de pago de la suma de 50 marcos a Tomás, segundo conde de Lancaster y mayordomo del rey, cuya cantidad se le entrega por el New Temple de Londres en paga y señal, habiendo prometido el susodicho conde guardar el secreto del nacimiento y origen de nuestro hermano Ricardo, caballero y pupilo del hermano Tomás de Lincoln. Firmado y sellado el día siguiente a la festividad de la Asunción, en el año del Señor de 1307.

Había firmado asimismo el poderoso conde, y su sello figuraba junto al del maestro La More y la temblorosa firma de Tomás de Lincoln.

Los ojos de Ricardo miraban fijamente aquellas líneas como queriendo leer entre ellas para penetrar su completo significado. El conde de Lancaster, eso quedaba bien claro, estaba implicado en el secreto, a tal punto que podía permitirse el irrumpir en el Temple sin más contemplaciones para extorsionar a un caballero sin tacha como Tomás de Lincoln y sacarle dinero.

El 15 de agosto, justo dos meses antes de que él mismo fuese desahuciado del Temple con la indicación de que debía buscar hacienda y fortuna al servicio de otro señor: ¿acaso temía Tomás de Lincoln que el avariento conde acabase por vaciar las arcas del Temple? ¿Tal vez se le ocurrió entonces la idea de que sería mejor enviar bien lejos al causante involuntario de tan molestas visitas?

Ricardo alzó la mirada del pergamino. Toeni fingía estudiar las hojas de acanto de un capitel de la entrada. Recordó la carta de Aymer, ¿acaso no había confesado Tomás de Lincoln que en su día se le encargó despedir al hermano Ricardo? ¡Y que el autor del encargo había sido su padre! Pero no, que su salida del Temple seguramente no guardaba ninguna relación con aquella nota de pago, aunque no era imposible que el extorsionador hubiese precipitado la decisión. Incluso era posible que aquellas transacciones vergonzantes hubiesen funcionado durante años para enriquecer gradualmente al conde, pero entonces, ¿por qué habría sacrificado Tomás de Lincoln una fortuna, si el secreto carecía de importancia? Y si las transacciones eran vergonzantes, ¿cómo se hicieron constar por escrito y, sobre todo, cómo se pudo persuadir al conde para que firmase, suministrando así una prueba innegable de la vil extorsión? En su mente trató de imaginar al hábil anciano y

al imprudente conde, enzarzados en larga discusión hasta que el segundo firmaba el documento que debía comprometerle irremisiblemente.

Ahora comprendía Ricardo por qué Gilberto de Mansourah había intentado prevenirle en contra del de Lancaster. Pero ¿qué sabía de todo aquello Gilberto? En cualquier caso, Ricardo echaba de ver que el odio de su enemigo no había sido cuestión de mera envidia. Quizá llegó a saber algo de los turbios manejos de Lancaster, poco o mucho, pero en todo caso lo suficiente como para tratar de impedir, incluso al precio de la propia vida, que Ricardo llegara a ser el jefe de todos ellos. Sin embargo, y como no podía explicar a los demás estos motivos verdaderos, aquél había formulado las acusaciones más socorridas y escandalosas que se le ocurrieron. El joven templario se dijo que había actuado con acierto cuando dejó que se marchase la arpía del castillo de Portchester.

Entonces sintió nacer en su fuero interno el deseo de sacarle la verdad al tal conde de Lancaster sin reparar en las consecuencias. Pero descartó en seguida el proyecto. Sólo una vez había visto al conde, y todavía le recordaba con claridad: alto y desgarbado de cuerpo, de aspecto siniestro y rasgos duros y toscos, revelando un carácter cerril y receloso, además de una gran brutalidad, como se manifestó cuando hincó espuelas a su caballo hasta sacarle sangre.

Sonrió con cinismo. El conde preferiría hacerle matar antes que revelar ni una sola palabra del secreto que envolvía el nacimiento de Ricardo.

Sumido en sus pensamientos, Ricardo volvió a doblar el documento y se lo guardó debajo de la camisa. Con un ademán ordenó a Toeni que pusiera la arqueta en su lugar, con todo su contenido. El armario quedó de nuevo colocado y después de inspeccionar el lugar procurando borrar todas las huellas de su visita nocturna, se retiraron para volverse por donde habían venido.

Pero esta vez la suerte pareció abandonarlos. Un centinela se había situado a menos de cuatro pies de la salida del claustro.

—Estamos atrapados —susurró Toeni haciéndose a un lado.

Ricardo apoyó la mano en el antebrazo del otro para tranquilizarlo y se deslizó a través de la puerta entreabierta. El golpe de maza que asestó en la nuca del centinela estuvo bien dirigido, y el guardián cayó sin exhalar ni una queja. Cuando acudió Toeni, Ricardo ya estaba quitándole el jubón de cuero.

—Ponte esto, ¡pronto! —le ordenó, tras lo cual puso en su mano el chuzo del centinela y le impartió rápidamente algunas instrucciones.

No tenían tiempo que perder, porque faltaba poco para el relevo de la guardia.

Mientras Toeni corría a buscar el amparo de la muralla, Ricardo arrastró el cuerpo del guardia al interior del pasillo del claustro y cerró la puerta. Toeni trepaba por la escalera que conducía a los adarves y una vez arriba se puso a gritar:

—¡Ladrones! ¡Bandoleros!

Mientras su voz despertaba todos los ecos nocturnos, apuntaba con grandes aspavientos del chuzo hacia la capilla. Al volverse hacia allí los guardias, arrojó los saquitos llenos de monedas por encima de las almenas, hacia el exterior, sin que tal maniobra fuese observada. Menudeaban las voces de mando y los pasos apresurados de los centinelas... al tiempo que dos sombras avanzaban cautelosamente entre las lápidas de los carmelitas, hurtando el bulto en dirección a la ciudad. Cuando Toeni empezó a descolgarse por la parte de fuera de la muralla, aquéllos habían alcanzado ya el burdel de Meg. Suplicó a Dios que Ricardo no tardase en seguirle.

Éste había aprovechado la confusión general para alcanzar a su vez los adarves, pero luego se vio obligado a esconderse y aguardó con sangre fría el momento oportuno.

Peores apuros había vivido en Francia donde más de una vez supo salir de una situación comprometida. Buscando a tientas en el cinto, su mano requirió la maza corta, que tan buenos servicios le había prestado en numerosas ocasiones. Empuñó con firmeza el arma y la arrojó lejos de sí describiendo un amplio arco. La maza cayó con sordo golpe sobre el tejado de las cuadras. Al instante todos los centinelas corrieron hacia allí, y Ricardo abandonó su escondite. Pero cuando se irguió para ponerse de horcadas sobre el parapeto lo avistaron y le dieron el alto.

Ricardo no titubeó ni un instante. De un salto se puso en pie sobre el parapeto, aferró la cuerda y se descolgó con una mano. En el recinto, voces de mando reclamaban más antorchas y resonaban las botas corriendo escaleras arriba. Alguien tiró de la cuerda tratando de izar al que huía, pero entonces se oyó un ruido de acero sobre piedra, la cuerda cedió y Ricardo cayó al suelo desde una altura equivalente al doble de la estatura de un hombre.

El golpazo le dejó unos instantes sin aliento, pero se rehízo y en seguida se puso en pie para echar a correr a trompicones por entre las lápidas y hacia las ventanas débilmente iluminadas, mientras silbaban las flechas a su alrededor.

Fueron los fuertes brazos de Lorenzo de Toeni los que le alzaron y le hicieron pasar en volandas el ventanuco de la buhardilla de Meg. Jadeando, apoyó en el hombro de Toeni su único brazo sano y dijo sólo:

—Me temo que hemos despertado a los carmelitas.

16

*Hay una marea en los sentidos de la mujer, que si se toma con el
flujo puede llevar...
sabe Dios adónde.*

Lord Byron, Don Juan

Los campos alrededor del castillo de Westminster se desperezaban bajo los primeros rayos del sol cuando Ricardo tiró de las riendas. Se anunciaba un día caluroso de finales del estío. Consideró los muros y las puertas del castillo real y, poniendo el caballo al paso, se acercó al puente levadizo.

—Traigo noticias para la señora de Lyons-la-Forêt, dama de compañía de la reina —dijo al tiempo que mostraba al guarda el sello de Lyons-la-Forêt, una huella en lacre del sello grande que Aymer lucía en el pulgar de su mano izquierda.

Con esto bastó para que le franquearan el paso sin más averiguaciones. Pilgrim, agradecido, metió la cabeza en el saco de avena que le dieron cuando lo llevó a las cuadras. En seguida Ricardo se hizo conducir a los aposentos de Blanca.

El castillo de Westminster era bastante distinto de la Torre, menos áspero y amenazador, y no tan lleno de funcionarios de la administración real, intendentes de la ceca, juristas y escribanos. Emplazado en el campo, fuera de la ciudad, se salvaba de los hedores del arroyo londinense, que en aquellos días calurosos convertían en un tormento la estancia en la capital.

Junto a la ventana, Blanca contemplaba el amanecer, aguardando la irrupción de los primeros rayos del sol en sus habitaciones, y contuvo una exclamación de sorpresa cuando introdujeron a Ricardo.

—Madame —saludó él con una elegante reverencia, que entreabrió la capa negra dejando ver el jubón y la camisa de seda.

A una seña de Blanca, el escudero y las dos camareras se retiraron de la estancia.

—Bienvenido a Westminster, señor caballero. No os esperaba tan pronto. Es agradable veros aquí —respondió ella con cordialidad, alzando su refulgente mirada; pero se le heló en seguida la sonrisa de sus labios—. ¿Estáis herido? —dijo mirando el brazo puesto en el cabestrillo de color negro.

—No preguntéis —dijo él quitando importancia a la cuestión—. Es sólo una herida; dentro de algunas semanas podré servirme nuevamente del brazo. — Os ruego que excuséis mi curiosidad, señor caballero. ¡Cuánto había cambiado desde los días de Lyons-la-Forêt! Las profundas líneas grabadas en su rostro reflejaban las privaciones, los sobresaltos y los desengaños vividos. Pero su dura mirada manifestaba la energía de una voluntad inquebrantable, decidida a no someterse jamás. Era un templario de pies a cabeza. ¿No lo había dicho también Tomás de Lincoln en la única vez que quiso expresar francamente el afecto que le inspiraba? Para ella, la hermosa Blanca de Lyons-la-Forêt, acostumbrada a verse complacida en todos sus antojos, un hombre de tal especie era un misterio, un desafío irresistible. ¡Un caballero que tenía la osadía de resistirse a tan seductora mujer! En semejantes situaciones, ella obedecía al reto de comprobar si él era capaz de vencer los impulsos del cuerpo, como en efecto había demostrado que así era. Pero ahora, a solas con

Ricardo en sus aposentos del castillo de Westminster, y ausente Aymer desde hacía muchas semanas, concibió el capricho de reanudar el juego. Poco a poco retornó la sonrisa a sus labios rojos y, acercándose, apoyó una mano en su brazo.

—Muy cansado os veo —dijo—. Mandaré que traigan vino para vos.

Él contempló pensativo los negros ojos y se dijo a sí mismo que un poco de vino nunca podía hacer ningún daño.

—Con mucho gusto lo tomaré, gracias.

—Aquí estáis a salvo. Quedaos y descansad —agregó ella mientras se dirigía a la puerta para llamar a un criado.

Cuando trajeron el vino y una vez se hubo retirado el paje, Blanca llenó hasta los bordes sendos cubiletes y le ofreció uno a su acompañante, quien agarró con firmeza el vaso de estaño y bebió la mitad de un solo trago, notando cómo corría el líquido por su garganta y el calorillo que le invadía en seguida.

—¿Qué se sabe de nuestro rey? ¿Le va mejor ahora con su esposa francesa? —preguntó con vivo interés.

—¡Peor que nunca, tanto al uno como a la otra! —dijo Blanca soltando una carcajada, y fue a sentarse en un escabel junto a la ventana—. El rey está huraño porque le han quitado a su favorito, y la reina no disimula lo mucho que le complace la lejanía del hermano Perrot. Además le estropea todos sus planes para traerlo de nuevo a la corte. Son como perro y gato, y sin embargo, cuando Isabel escribe a su padre se queja de que Eduardo ha desertado del lecho conyugal.

—Comprendo el desinterés de Eduardo, ¡al fin y al cabo no es más que una niña!

—¿Una niña, decís? ¡Bien la habéis mirado! Es excepcionalmente hermosa.

—Pero caprichosa, exigente y vanidosa —objetó Ricardo.

—No hay que olvidar que ha sido ofendida más de una vez por Gaveston, y también por el mismo Eduardo. Ma foi! Apenas había puesto los pies en tierra inglesa cuando Eduardo la dejó plantada en presencia de toda la corte para abrazar a Gaveston... ¡que como siempre, iba más regiamente ataviado que el propio monarca! Por cierto, ¿sabíais que durante la ausencia de Eduardo en Boulogne para celebrar sus bodas, Gaveston aprovechó que se le hubiese confiado la custodia del Sello para ponerlo en un gran número de pergaminos en blanco?

Ricardo la miró con incredulidad.

—Así es —corroboró Blanca—. Y ahora él luce las joyas que le envió a Eduardo el rey Felipe como parte de la dote.

La carcajada de Ricardo resonó con fuerza en toda la estancia. —No es de extrañar que Felipe conspire contra Eduardo en complicidad con los cabecillas de los barones ingleses.

Blanca hizo eco a sus risas y se acercó para llenar por segunda vez el cubilete de Ricardo. Mientras él levantaba el brazo para llevarse el recipiente a los labios, ella acarició la manga de seda.

—Estas ropas hacen de vos un hombre completamente distinto —dijo—. Las damas de la corte todavía preguntan quién era el guapo caballero que me daba el brazo para entrar en la capilla del castillo de Portchester. Si fueseis un hombre libre, que no obligado por los votos de vuestra orden, todas serían vuestras, una tras otra. Quiso halagar la vanidad masculina, pero no le valió la astucia. Su cuerpo necesitaba un hombre..., le necesitaba a él. Pero él miraba sin verla, como si no tuviese delante sino el vacío.

Con un suspiro, se dejó caer en su escabel. Par Dieu! ¿Qué le pasaba? ¿Acaso ya no era capaz de seducir a un hombre?

Él se plantó a su lado con tres zancadas y ella pudo notar cómo titubeaba su mano antes de ir a posarse en el hombro desnudo.

—¿Os he fatigado? —preguntó solícito, a lo que ella, sin decir palabra, le tomó la mano y depositó un beso en la palma.

El contacto de aquellos labios cálidos lo estremeció de pies a cabeza, pero se contuvo y consintió que ella siguiera acariciando su mano. —¿Os sentís muy desgraciada aquí? —continuó él en voz baja. Ella rió, un poco avergonzada.

—Sola, eso sí —replicó en tono apenas audible—. ¡Y me aburro tanto!

No explicó el porqué, dejándolo a la imaginación del hombre. Pero era en vano, porque él interpretaba sus palabras en otro sentido muy diferente. En el castillo de Westminster podía hallarse animación más que sobrada, pero al mismo tiempo era posible que una persona se sintiese inmensamente sola allí. Ricardo elevó una breve oración al cielo suplicando perdón y tomó la mano de ella entre las dos suyas.

—Puede que os sintáis sola —dijo en voz baja—, pero los que os aman están a vuestro lado con el pensamiento, sobre todo en estos momentos.

En seguida se incorporó y anunció:

—Ahora debo dejaros.

—¿Volveréis pronto? —preguntó ella en tono de súplica, a lo que él asintió, se envolvió en el manto y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

A mediados de octubre, Ricardo regresó a Londres y se encontró con Blanca en el jardín de la casa de un rico sastre francés, tras haberle anunciado su visita la víspera. Al leer la misiva, las pálidas mejillas de la joven cobraron un poco de color.

Ricardo estaba al fondo del jardín, junto a una ladera cubierta de césped que descendía suavemente hasta la orilla del Támesis. Sus prendas oscuras parecían fúnebres en medio del esplendor de las flores. Él se volvió a escuchar el rumor de sus pasos e hizo un amago de reverencia. Inopinadamente ella le echó los brazos al cuello y le besó ambas mejillas.

—¿Tan solitaria os habéis sentido? —bromeó él, y ambos rieron.

—¡Oh, Ricardo! ¡Hace tanto tiempo! —suspiró ella.

Cuando él le ofreció el brazo, ella lo tomó, apoyándose un poco más de lo necesario, lo mismo que aquel día en que la condujo hasta el altar de Santa María.

—Hemos pasado una temporada muy dura, pero ahora la red ya empieza a funcionar —comentó él.

Pasearon sendero arriba y abajo por entre los macizos de flores y las plantas de adorno.

—Preferiría regresar a Francia hoy mismo, mejor que mañana —confesó Ricardo—, pero todavía no estoy muy seguro de mis hombres. ¿Cómo estáis vos, madame? ¿Os cuidan bien? ¿Estaréis en buenas manos cuando llegue la hora?

—La reina me ha ofrecido los servicios de su propio médico de cabecera. Me ha visitado ya, y todo marcha bien. Cuando llegue el momento podré disponer de una comadrona francesa. Es decir que no tenéis motivo para estar preocupado.

—Si hay algo que yo pueda hacer por vos... Soy vuestro humilde servidor, madame.

—¿No os parece que ya sobrelleváis bastante? No. Hablemos en serio, mi buen amigo. Sé que sois atento y os preocupáis por todos, y además un caballero cortés y considerado —titubeó unos momentos antes de proseguir—. Decidme una cosa, ¿fuisteis vos quien irrumpió en el Temple?

Ricardo se limitó a asentir con la cabeza, y ella soltó una carcajada.

—¿Lo sospeché en seguida! Ellos ni siquiera saben todavía qué fue lo que os llevasteis, aunque están seguros de que robasteis algo.

—¡Una fortuna! —replicó Ricardo sin falsa modestia—. Nos ha permitido comprar ropas, armas, caballos y gran número de mediadores útiles.

Hubo un silencio mientras ambos contemplaban el verde paisaje de la otra orilla del Támesis.

—¿Hay novedades de Aymer? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—Poco han cambiado las cosas en Francia.

—Por ahora podemos quedar tranquilos. Pero si las cosas empeorasen ¡desencadenaría un infierno! —exclamó él con agitación.

Blanca le asestó una mirada de reojo y comprendió que lo decía en serio. Sintió la súbita urgencia de retirar la mano que tenía apoyada en su antebrazo, pero se contuvo a tiempo. ¡Y pensar que a veces creía conocer a aquel hombre!

—¿Con veinticinco hombres? —inquirió prudentemente.

—¡Y aunque tuviera que hacerlo yo solo! Vamos a procurar que vuestro hijo nazca en un mundo un poco mejor que el que tenemos actualmente, madame.

La visitó de nuevo hacia el final del mismo mes, cuando ya los días empezaban a acortarse y las hojas del jardín cambiaban a tonos pardos, amarillos y rojizos. Había recorrido al galope tendido toda la distancia desde Gloucester, cara al este, para poder hablar media hora con ella en la trastienda de un encajero londinense, adonde acudió Blanca con el pretexto de completar el ajuar de la futura criatura.

—¿Va todo según vuestros gustos? ¿No os habrá fatigado demasiado el desplazamiento a la ciudad? —preguntó él con su solicitud habitual.

—Para nada. Dispongo de un vehículo muy confortable.

Él reía con satisfacción al ver el rostro lozano de la joven.

—La próxima vez nos veremos en Windsor —anunció.

—Eso no podrá ser. Resultaría demasiado expuesto para vos.

Ricardo tomó un pedazo de gasa y lo alzó en el aire.

—Esto es la muralla de un castillo. —Lo atravesó con los dedos y profirió una carcajada—. Así se entra... y así se sale. Permaneced recluida en vuestras habitaciones durante la misa de Todos los Santos. Allí estaré.

Ella le tomó la mano y la encerró entre las suyas, cuyas palmas ardían.

—Tiempo hubo en que habría sido capaz de sacaros los ojos con las uñas. Y vos lo sabíais. ¿Por qué sois tan bondadoso conmigo?

—Porque sois la esposa de mi mejor amigo. Quiero a Aymer como si fuese un hermano carnal mío. Y os quiero a vos como querría a una hermana, si la hubiese tenido.

Respuesta no menos diplomática que sincera. Blanca le mostró una sonrisa radiante y oprimió el dorso de la mano de él contra su propia mejilla, roja como la grana. Todavía buscaba una oportunidad de seducir a aquel hombre irresistible y conquistarlo. Aquel caballero sin tacha y su castidad inexpugnable se habían convertido casi en una idea fija para ella, y no podía evitar el jugar con él a su juego encantador.

Retiró la mano de la mejilla y la oprimió sobre sus pechos.

—Deberíais visitarme más a menudo, Ricardo. Os necesito —susurró.

Él deseaba retirar la mano pero no se atrevió a hacerlo temiendo ofenderla.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, madame. ¿Permitís que recupere mi mano?

Cediendo a un impulso súbito, ella se puso en pie de un salto y le echó ambos brazos al cuello.

—Me entristece que os vayáis. Siempre os echo en falta.

Él llevó ambas manos hacia las muñecas de ella para deshacer el abrazo.

—Bésame, Ricardo —suplicó ella—. ¡Hace tanto tiempo que no he notado los labios de un hombre sobre los míos!

—Soy un monje, madame —respondió él, muy serio—. He hecho voto de celibato con los juramentos más severos de toda la Cristiandad. Os ruego que no me tentéis —dijo, aunque el perfume de ella aturdió sus sentidos.

—Dijisteis que yo era como una hermana para vos —objetó ella, entre risas.

—Aunque fuerais mi madre, no podría besaros. En realidad ni siquiera tengo derecho a estar aquí.

En otros tiempos una reacción así habría provocado en ella un acceso de cólera; pero en esta ocasión se limitó a bajar los ojos y contempló el cinto de cuero del templario.

—¿Por qué me rehuís, Ricardo? ¿No soy de vuestro agrado? Podríamos amarnos mucho vos y yo.

No sabiendo qué contestar a tales palabras, se irguió y la miró tratando de aparentar severidad. ¡Si fuese posible tapparle la boca! Pero no se atrevió a hacerlo.

—Ven, Ricardo —siguió ella, invitadora—. ¡Necesito amor! Vuestro lecho está frío y solitario lo mismo que el mío.

—Sois deseable —habló él con titubeo—. Aymer os ama. El amor de vuestro esposo os dará calor aunque él no esté aquí para compartir vuestro lecho.

Ella asintió y soltó una repentina carcajada.

—¡Dios mío! ¿Cómo se les ocurriría encerraros en un convento? ¡No es justo que el Señor se reserve en exclusiva a un mozo tan bien parecido! Los frailes demasiado guapos son una maldición para sí mismos y para las mujeres que tienen la desgracia de cruzarse en su camino.

—Nuestra Regla no se discute, madame —replicó él con decisión—. El hábito blanco es nuestro símbolo.

El día de Todos los Santos amenazaba con ahogarse en un chubasco interminable. Refugiado detrás del ventanal de Blanca, Ricardo contemplaba a través de la cortina gris de agua la muralla que ceñía el recinto. No se veía apenas un centinela; casi todos estaban oyendo misa, o se habían cobijado en las garitas.

Ello le había servido para entrar fácilmente por la puerta de atrás sin ser visto.

—Esa capilla está plagada de corrientes de aire. El rey Eduardo va a pillar un resfriado —refunfuñó, pues él mismo tenía las ropas empapadas y sentía escalofríos.

Tumbada en un canapé, Blanca soltó su risa melodiosa.

—No hacéis más que protestar por el mal tiempo, sin daros cuenta de que tenéis el sol a la espalda.

Él se volvió, divertido por el oculto reproche.

—La modestia os sienta bien, madame.

—Decid, ¿cómo sobrevivís a este clima tan infecto? Apostaré a que pasáis enfermo toda la invernada.

—Aquí en Inglaterra casi todos tenemos un techo permanente. En Francia la situación es más difícil. La vida de un proscrito es dura. En algunos lugares hemos construido refugios subterráneos, bien defendidos y abastecidos de provisiones. En caso de peligro o de mal tiempo suministran una buena protección.

—Y ¿con qué os mantenéis?

—Como de lo que encuentro en el camino, bayas de los bosques, plantas comestibles, setas, nueces, manzanas.

—¿Manzanas? ¡Eso es pienso para los cerdos!

Él soltó una carcajada.

—A veces un faisán u otra pieza de caza menor por el estilo.

Ella rió de nuevo.

—¿No te da vergüenza, templario? ¡A ver si te atrapan por cazador furtivo!

—Podrían atraparme por cosas peores. Se aprende a valorar las cosas sencillas. ¿Sabíais que hemos traído de Oriente muchas especias y hierbas aromáticas?

Ella asintió.

—Seguro que los del Temple comíais estupendamente.

—En eso os equivocáis. Los días de abstinencia, un potaje de verduras, por lo general. En cuanto a las hierbas exóticas, las más de las veces nos limitábamos a olfatearlas en la despensa. En el refectorio los lujos estaban tan prohibidos como todo lo demás.

A Blanca no le parecía bien.

—¿Por qué no ha de sazonar un poco sus platos el monje, desde el momento en que se le señalan cuatro días de abstinencia por semana?

—El mismo Bernardo de Claraval condenó los hábitos culinarios de otros frailes y, cuando nos dio nuestra Regla, dejó escrito que «rechazamos los alimentos sencillos que nos ofrece la naturaleza y por eso aguzamos el apetito con toda clase de sabores artificiosos, combinando entre sí de infinitas maneras los distintos alimentos y echando a perder así los sabores naturales que Dios ha asignado a cada cosa». ¿Negaréis acaso la sabiduría de tales palabras?

Ella denegó con la cabeza y Ricardo prosiguió:

—Bien, pues por eso como manzanas, y puedo aseguraros que en lo tocante a sabores, el Señor sabe lo que hace, y también los cerdos.

—¡Me divierte vuestra conversación! —rió Blanca.

Él tomó asiento en un escabel al pie del canapé y se dispuso a escuchar las novedades de la corte.

—Hace varios días el rey dijo cosas muy favorables de vos. Entonces yo le pregunté si, en vista de que tiene tan buena opinión de vos, querría interceder en vuestro favor ante el papa a fin de que os sea levantada la excomunión.

—Y ¿qué contestó él?

—Se mostró muy contrariado y dijo que estaba negociando con el papa el levantamiento de la excomunión promulgada contra el desterrado Piers de Gaveston. Y que no quería comprometer sus posibilidades formulando otra petición tan desafortunada. No quise insistir, no fuese a desvelar con ello nuestras relaciones. Hasta el presente vuestras asiduas visitas aún no han sido observadas por nadie.

Ricardo se encogió de hombros, pero su indiferencia era fingida. Blanca prosiguió:

—Nuestro rey me ha contado que incluso escribió a Felipe el Hermoso para suplicarle su mediación.

Ricardo se quedó mirándola con sorpresa y luego soltó de nuevo su estentórea carcajada, provocando a su vez una mirada sorprendida de Blanca, que nunca le había visto tan despreocupado y de buen humor.

—Eduardo es un necio, un débil y un frívolo. Más le valdría haber nacido saltimbanqui o cómico de la legua.

—Tened vuestra lengua, Ricardo, os lo suplico. La vida en la corte me ha enseñado que es peligroso decir lo que pensamos.

—Aunque casualmente sea la verdad.

—Sobre todo cuando sea la verdad —le corrigió ella.

—Sí, después de todo lo que he sabido de él, me parece que le importa más su favorito que la prosperidad o la desgracia de su pueblo. Pone más

empeño en conseguir que el hermano Perrot regrese a la corte, que en defender los derechos de sus súbditos. ¡Condenado loco! ¿Por qué no se lo llevarían a Palestina junto con el corazón de su padre?

Tratando de apaciguar el ánimo de su interlocutor, Blanca objetó:

—Eduardo es hombre cordial, y de carácter sumamente bondadoso, incapaz de hacer daño a una mosca. En cambio la bella Isabel es demasiado perfecta, demasiado fría, incapaz de darle el amor sencillo que él ansia. El drama de su vida consiste en haber nacido príncipe. ¡Cuántas veces le he oído lamentarse de que todo el mundo le compare con su padre! ¿Por qué no dejan que sea él mismo? Es un muchacho, apenas adulto, y dudo que llegue a serlo nunca.

—Tenéis razón —contestó Ricardo, deponiendo su cólera.

Y Blanca mudó la conversación.

—Creo que voy a construir una casa para mí cerca del palacio de Westminster. Queda cerca de Londres y lo bastante cerca de la familia real. Si he de permanecer mucho tiempo en este país, como me temo que así sucederá, necesitaré una casa propia. Mientras Felipe sea rey no me atrevo a regresar a Francia. Pero es mucho gasto, ¿os parece justificado el construir una casa en las cercanías de Londres?

El reflexionó un instante y contestó:

—Me parece incluso necesario. Así podréis recibir a quien se os antoje sin preocuparos de si sois vista por otras personas.

—¡Ah! Lo decís pensando en vos mismo. En otras palabras, no estabais hablando en serio.

—Os ruego que me disculpéis, madame, pero creo haberlo dicho muy en serio —replicó él—. Mucho me cuesta el mantener lejos de mí a los representantes de la justicia seglar y a los de la eclesiástica, sin contar con estas visitas que os hago. Por lo que toca a vuestra hacienda, me parece que sería una inversión acertada. Los habitantes de Londres son cada vez más ricos e influyentes. Podréis revender la casa cuando os convenga, y pedir por ella un buen precio.

Poniéndose en pie, se despidió con breve reverencia.

—Excusad, madame, pero debo partir. Regreso a Francia dentro de pocos días.

Ella no pudo disimular su contrariedad.

—¿Ha ocurrido algo que reclame vuestra presencia? —preguntó con temor.

—No, pero mi misión aquí ha terminado. Todo está saliendo de acuerdo con nuestras previsiones, y la queja más grave que tienen nuestros hermanos presos es que la asignación que reciben del peculio de la orden no les alcanza para hacer lavar sus ropas con la debida regularidad —concluyó con una carcajada amarga—. Voy a Francia para tomar disposiciones con vistas a la inminente apertura del proceso contra la orden.

Blanca también se puso en pie, dejando ver la curvatura de su vientre. Le faltarían unos tres meses.

—¿Por eso estabais tan alegre?

—No, es vuestra compañía la que me permite olvidar un rato nuestra situación real. ¿Deseáis que transmita unas palabras a Aymer de vuestra parte? Nos veremos allí, estoy seguro.

Ella, algo confusa, titubeó un poco. Era obligado, naturalmente, hacerle saber al menos que su embarazo progresaba normalmente. Pero sus pensamientos no estaban al lado de Aymer, sino con el hombre que ahora se despedía. Con gestos precipitados tomó un pergamino y la pluma de ganso.

—No escribáis —le pidió Ricardo—. Prefiero transmitirle vuestro mensaje de memoria.

Ella asintió. La alteración de su ánimo había despertado a la criatura que llevaba en su seno y que pateaba en aquellos momentos con impaciencia.

—Decidle que estoy bien y que le echo en falta, sobre todo ahora —dijo, algo ausente—. Y que contaré los días hasta que regreséis... quiero decir, hasta que él regrese. ¡Dios mío! Ricardo, vuestra visita me hace mucho bien. Cuidaos, por favor.

Le abrazó notando que él apoyaba las manos en sus hombros, pero no para rechazarla, sino para abrazarla a su vez. Le conmovía más el ver que la apenaba sinceramente con su marcha, que todos los intentos de seducción de la visita anterior.

—Dios os guarde, madame, y quedad con bien —habló tan cerca de ella que pudo notar su aliento; luego él se hizo atrás precipitadamente, la saludó con una pequeña reverencia y desapareció.

Ricardo abandonaba Inglaterra una semana más tarde de lo previsto. Uno de los hermanos del Temple londinense murió en la cárcel el 1 de noviembre. Era Hugo de Kirketoft, y como sólo llevaba diez meses en cautividad, Ricardo le encargó a Toeni una rápida averiguación acerca de las causas de su fallecimiento. Cuando recibió algunas garantías de que la muerte del hermano Hugo había sido debida a causas naturales, se embarcó rumbo a Francia.

Poco había sucedido allí durante los tres meses de su ausencia. Después de los turbulentos seis meses iniciales tras la detención de los freires franceses, los diplomáticos habían vuelto su atención a otras cuestiones mucho más importantes, y la vida cotidiana de los encarcelados así como la de sus hermanos proscritos había entrado en la rutina. De ahí la especie de pánico que produjo hacia finales de diciembre el anuncio de una nueva bula papal. En cierto escondrijo de un rincón perdido del bosque de Amboise hubo un capítulo urgente, y se mascaba la tensión cuando Ricardo entró en el recinto de techo bajo hecho de ramajes, barro y tierra recubierta de musgo. Estaba tan oscuro que apenas se distinguían las facciones de los preocupados asistentes. Tras abrir la sesión con un padrenuestro, de acuerdo con la costumbre, concedió el uso de la palabra a uno de los caballeros.

—Según hemos averiguado en Tolosa —empezó éste—, su santidad promulgará pronto una bula prohibiendo prestar auxilio de palabra ni de obra a ninguno de los templarios acusados, ni ayudarlos, ni liberarlos ni esconderlos; al contrario, se encarece a todos que detengan y entreguen a la Inquisición cuantos sean habidos, y se amenaza con la excomunión a quienes los auxilien o defiendan, sin exceptuar siquiera a sus eminencias los obispos.

Ricardo dejó que cada cual manifestase su parecer. Casi todos opinaron que el texto de la bula se refería a ellos, por el papel activo que habían desempeñado durante el año transcurrido: ¿debían considerarse incursos, por tanto, en la amenaza papal de excomunión?

—Vos mismos fuisteis excomulgado hace cuatro meses, sire — argumentaron— ¿Vais a exigirnos que carguemos sobre nosotros ese destino?

Ricardo no decía nada; sus interlocutores, a medida que hablaban, se daban cuenta por sí mismos de que la animosidad del papa comprometía todo el movimiento de resistencia organizado al precio de tan duros esfuerzos. Los hermanos de los principados renanos, que seguían gozando de libertad sin que nadie los persiguiese, se negarían a seguir prestándoles ayuda. En Castilla los freires se hallaban pendientes de lo que sentenciase un sínodo de obispos en Salamanca; el pronunciamiento se preveía favorable, pero no querían comprometerlo ayudando a sus conmitones franceses. Y tampoco los templarios de las provincias transalpinas, en otro tiempo rivales de los banqueros lombardos, tardarían en advertir de dónde soplaba el viento, de manera que ninguno de ellos se atrevería a plantar cara a la Curia.

— Seigneurs-frères —dijo tomando la palabra Ricardo cuando todos hubieron dicho su opinión—. Creo necesario distinguir rigurosamente dos aspectos. Si vuestras informaciones sobre el contenido de la inminente bula son exactas... —a estas palabras todos asintieron—, tendré que suponer, en primer lugar, que se trata de una sutil advertencia dirigida a aquellos de entre los obispos a quienes actualmente toca disponer acerca de la suerte de nuestros hermanos encarcelados. Y demuestra con excesiva claridad hasta qué punto Felipe se ha adueñado del ánimo del papa Clemente.

»En segundo lugar, no creo que esa bula se refiera directamente a nosotros. Si así fuese, consideraría un gran honor para este puñado de proscritos que somos el haber merecido la promulgación de un documento tan importante. A lo que parece, sin embargo, el texto está concebido de manera que sea posible dirigirlo contra cualquier persona, en cualquier momento. Y lo harán sin duda alguna siempre y cuando lo consideren necesario. Por eso me parece que hay que descartar de antemano todo equívoco. Para mí, no tenemos elección, ni otro camino sino el que hemos emprendido. No vamos a desafiar a nadie, pero tampoco retrocederemos, cualesquiera que sean las circunstancias, ni aunque nos amenacen con ese castigo. ¿Acaso nuestros hermanos presos no se encuentran en idéntica situación? Los que murieron en la cárcel, ¿no han sido enterrados fuera de sagrado? Si queremos demostrar que nos importa algo la suerte que corren, no tenemos más remedio que compartirla.

—Si habláramos con el papa en persona, ¿no se evitarían muchas dificultades? Me parece mejor solución que permanecer en espera de que ocurra lo inevitable. Una excomunión no se anula tan fácilmente una vez promulgada.

Ricardo buscó con la mirada al hermano que había hablado.

—Estoy dispuesto a asumir cualquier riesgo, con tal de que tenga sentido —dijo no sin amargura—. El papa Clemente no es más que una pieza de la partida de Felipe. No puede permitirse su santidad el lujo de escuchar llamadas a la clemencia.

—Tenemos noticias de que el Santo Padre quiere sustraerse a la influencia del rey. Ha trasladado su residencia de Poitiers a Aviñón.

—¿A qué precio, hermano? —le interrumpió Ricardo—. ¿No comprendes que la nueva bula es el rescate pagado por librarse del cautiverio de Poitiers? Nuestra sangre, eso es lo que entrega Clemente a cambio de su libertad. ¿Acaso crees que deseará comprometerla y ponerse en peligro de perderla otra vez, sólo por cumplir una promesa? Una vez me metí en la boca del lobo tratando de reclamársela, y no conseguí nada. No quiso sumarse a nuestra causa; el papa no quiere mártires dispuestos a entregar vidas y haciendas por la verdad del Temple. Para tranquilizar su conciencia me facilitó la fuga, y así todo quedaba como si no nos hubiéramos visto jamás. Este papa no digo que no tenga corazón, pero le falta firmeza y no tiene escrúpulos —concluyó Ricardo con amargura.

—Pues yo creo que si te presentaras ante la Curia personalmente y en el momento actual, no dejaría de causarle impresión —propuso un tercero—. Podrías pedirle audiencia en hábito de penitente.

—Si alguna vez pido audiencia no será en hábito de penitente sino vistiendo la clámide blanca. No tengo nada de que arrepentirme, y además aborrezco la hipocresía. ¿Dónde se halla Clemente en la actualidad?

—En Tolosa.

Por el ceño fruncido echaron de ver todos que su comendador estaba muy furioso.

—Iré allí, pero no para implorar clemencia de rodillas, sino para decirle que no nos intimidan sus demostraciones de autoridad. ¡Que levanten la mano los que estén a favor de mi propuesta!

Tal como más o menos había esperado, casi todos levantaron la mano.

—Necesitaré treinta hombres bien armados y otros tantos caballos que sean veloces —dijo al tiempo que volteaba el manto negro para ceñírselo alrededor de los hombros—. Tú me acompañarás, Fernán. No puedo prescindir de ti en esta ocasión.

Aún no había terminado la semana cuando se presentó en Tolosa y compareció a presencia del papa. Tal como lo había anunciado, vestía el hábito blanco, la cruz roja ochavada sobre el pecho, cubierta en parte por el manto también inmaculadamente blanco y exhibiendo la misma cruz sobre el hombro izquierdo. Ceñía el hábito con el cordón tradicionalmente designado para recordarle al caballero el juramento del celibato. Con la rodilla hincada en tierra y la derecha sobre el pomo de la espada, habló con fuerte voz:

—Santo Padre, he venido a hablar en nombre de mis hermanos, quienes se sienten amenazados por la bula que os disponéis a promulgar. Es mi deber poner en vuestro conocimiento que, a menos que os sirváis reconsiderar vuestra decisión, no estamos dispuestos a sufrir el impedimento de unas amenazas que nos parecen injustificadas. Tenemos derecho a defendernos en un juicio imparcial. ¿Por qué hemos de vernos privados de la ayuda de quienes han permanecido fieles a nuestros objetivos? Repetidas veces hemos intentado persuadir a la Santa Sede de que ha sido inducida a error por falsos testimonios. Nuestra orden se funda en los principios de la beneficencia y el amor de la hermandad verdadera entre los hombres. Es una orden santa que procura vivir cerca de Dios nuestro Padre celestial, exenta de toda mancha y corrupción, en el pasado y el futuro siempre atenta a la pureza de la doctrina, al honor de la Virgen Santísima y a la salvaguarda de las creencias comunes a toda la Cristiandad. ¡Yo no os demando que seáis más justo que Dios, pero sí os pido que no nos exijáis ser más puros que nuestro Creador!

—Pues ¿qué? ¿Acaso no han confesado sus crímenes vuestros hermanos? —se defendió débilmente el papa.

—Bajo la coacción de las más graves torturas. Obligados por el dolor, hasta los inocentes mienten. Su santidad no ignora esta trama, puesto que he denunciado repetidamente ante vos los procedimientos de la Inquisición. Esa bula no debe publicarse. Con ella nos retiráis nuestra última tabla de salvación, o más bien la última brizna de paja a que nos aferramos para no sucumbir.

El papa se arrellanó en su sitial y suspiró.

—Comprendo vuestra congoja, pero vos debéis haceros cargo de que mi deber es velar por la pureza de la fe católica, y que aflige mi ánimo el verla asediada por las herejías que la amenazan.

Ricardo resopló con desprecio.

—Bien sabéis que no estamos ante un caso de herejía, sino ante una lucha por el poder. ¡La Iglesia comete un error terrible!

—¿Cómo es posible que estéis enterado del contenido de una bula que ni siquiera se ha promulgado todavía? —preguntó el pontífice—. Tal vez sirva para que vuestros confidentes, sean quienes sean, se desanimen y abandonen su comunicación con vos.

—Dudo que las personas que decís se dejen influir por vuestra bula —se burló Ricardo con amargura—. Ya han ido demasiado lejos, sea por convicción, sea por puro instinto de supervivencia. En cuanto a vos, si preferís la mentira a la verdad no tengo nada más que deciros. Podéis promulgar tranquilamente vuestra bula y excomulgar a todos cuantos nos socorren. Me gustaría saber qué nombres pondréis en el documento.

—Tenemos el vuestro, por ejemplo. Habéis desoído reiteradamente las advertencias de la Iglesia, por cuyo motivo ya fuisteis excomulgado en su día por el ordinario, sin que hayáis dado ninguna muestra de que os importe el veros maldito y privado de los sacramentos. Seguíis ejerciendo vuestra capitanía y os hacéis proteger por esos hombres que todavía os siguen. Negáis la autoridad de la Iglesia. Ahí tenéis, pues, un nombre sobradamente conocido.

Ricardo asintió.

—Echadme a mí toda la culpa, pues, ya que no averiguaréis ningún otro nombre. Por mi parte no deseo la protección de una Iglesia que ha sido comprada por un rey. No reconozco esa autoridad, y pongo mi causa en manos del Señor. Que él os lo pague como merecéis por vuestras acciones.

El papa enrojeció de cólera. Ricardo se incorporó de un salto y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, sin dar lugar a que nadie pudiera seguirle.

Cinco días más tarde los caballeros celebraban la natividad de Jesucristo en su cabaña del bosque de Amboise, a su manera sencilla y frugal. Mientras tanto, en las chimeneas de innumerables castillos daban vueltas los asadores cargados de canales de buey, de gansos y de cerdos, se introducían en los hornos bandejas llenas de empanadas, de panes y de pasteles, se perfumaba el aire con los aromas de las manzanas asadas, los vinos de especias y las cervezas. Y en incontables iglesias, sacerdotes y frailes montaban las grandes representaciones del Misterio.

Cuando recibió la bula papal, el rey Eduardo de Inglaterra se apresuró a emitir disposiciones conformes al texto de aquélla para que fuesen «habidos todos los templarios todavía vagabundos o desperdigados, o disfrazados bajo la apariencia de las gentes del común». Ricardo se hallaba todavía en Francia y se había entrevistado con el cardenal Corbara, quien no había seguido al papa en su nueva residencia, para comentar la situación.

En febrero volvió por fin a Inglaterra el comendador, persuadido de que la estancia sería breve, ya que deseaba regresar cuanto antes con sus hermanos franceses para estar al lado de ellos cuando emprendiesen sus tareas las comisiones pontificias y principiase la fase oficial del proceso.

SEGUNDA PARTE

LA DONCELLA DE MORLEY
(Enero de 1309 a diciembre de 1310)

No tengo palabras: mi espada hablará por mí.

William Shakespeare, Macbeth

Ricardo desembarcó en Dover y pocas semanas después también Aymer cruzó el Canal para dirigirse a Windsor. El 20 de marzo nació el hijo de Blanca, y Aymer, hondamente conmovido, besó la frente sudorosa de su mujer antes de volver los ojos hacia el diminuto envoltorio que le presentaban y que iba a llamarse Esteban de Vraineville y de Lyons-la-Forêt. La reina Isabel estaba encantada y visitaba a su dama de compañía con toda la asiduidad posible, no sin lamentar públicamente que ella no pudiese albergar esperanzas de tener pronto un hijo porque Eduardo rehuía su lecho. En lo que ambos tenían, naturalmente, su parte de culpa.

Blanca, que lo sabía, se abstuvo de hacer ningún comentario. Prefería dedicarse por entero a su hijo. Procuraba pasar con él todos sus ratos libres, aunque estuviese al cuidado de un ama de cría. Pero algunos días, ni siquiera los chupetones satisfechos del niño ni la fuerza de sus manitas eran suficientes para distraerla, y entonces sus pensamientos se dirigían al hombre que más deseaba ver junto a la cuna de su hijo para que admirase al pequeño Esteban.

La había visitado a los pocos días de su regreso para anunciarle que Aymer también iba camino de Inglaterra. Y luego no volvió a tener noticias suyas. Aquel silencio se prolongaba y no auguraba nada bueno. Y en efecto, nada habría adelantado ella si hubiese conocido las razones de la ausencia de Ricardo. Pues tan pronto como éste pisó suelo inglés le aguardaba una sorpresa desagradable. Casualmente la investigación ordenada por él en noviembre, cuando murió Hugo de Kirketoft, había descubierto el rastro de diez caballeros cuyos nombres no figuraban en las listas de los detenidos por los sheriffs, ni tampoco en la nómina de los seguidores de Ricardo.

A principios de marzo la búsqueda se concretó en los alrededores de Durham, donde fueron vistos por última vez los caballeros desaparecidos. Pasó por Lincoln, York y Richmond, para volver luego sus pasos hacia la desolada región de los montes Peninos, eternamente azotada por el viento, de donde era oriundo Simón el Ermitaño. En dura pelea contra la cellisca descendió al galope una desértica ladera y detuvo su caballo lo más cerca que pudo de un repecho por donde se accedía al refugio secreto del solitario penitente.

Ricardo echó pie a tierra y se dirigió hacia el agujero oscuro que se abría en la pared de roca.

—Sola fides sufficit —dijo en voz alta—. Con sólo la fe basta.

Era el santo y seña. Simón reconoció la voz y se levantó no sin gran esfuerzo.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—No, pero te conozco. Tu presencia suele significar malas noticias.

—Esta vez son peores que de costumbre. Han ahorcado a Juan de Braose en Richmond.

Simón se persignó y murmuró unas palabras en latín por el pobre templario y la salvación de su alma.

—El hermano Juan —dijo, meneando la cabeza con incredulidad—. Era demasiado joven para morir.

Ricardo asintió con la cabeza.

Braose había sido uno de los más jóvenes, con el mismo Ricardo, Toeni y Eduardo de Kimbolton, y Ricardo le había sacado de la cárcel de Londres, en donde se hallaba con Guillermo Mauclerc.

—Ahorcado y decapitado sin formación de juicio. He interrogado a los que estaban en contacto con él, pero nadie ha sabido decirme lo que ocurrió, ni cómo, ni siquiera dónde. He venido a preguntarte si estás dispuesto a ayudarme.

El anacoreta le dirigió a Ricardo una mirada escrutadora. No sabía qué opinar de su joven comendador, el cual de vez en cuando se le presentaba de improviso en su refugio, y por lo general desaparecía al poco rato.

—Acudió a mí hará unas dos semanas.

—¡Ah! Entonces, es posible que seas el último de nosotros que lo vio con vida.

Ricardo arrojó el manto y se sentó en una repisa de piedra, al tiempo que requería el jarro del agua y tomaba un trago.

—¿Significa esto que vas a quedarte más tiempo que de costumbre?

—Estoy aguardando el regreso de Toeni. Le he enviado al sur para recoger a Guillermo Mauclerc. No creo que tarde mucho.

—¡Ah! ¡El letrado!

Parecía no ser santo de su devoción; a juzgar por el tono del anciano, prefería con mucho a un guerrero que a un caballero como Mauclerc, quien era de los que rara vez manejaban la espada... aunque en esto se equivocaba de medio a medio. Pero, viejo y cascarrabias como era, todo le parecía mal, excepto tal vez la propuesta de una nueva cruzada.

—¿Vino? —preguntó indicando con un ademán la jarra de Ricardo.

—No, agua —fue la decepcionante respuesta.

Se oyó el galope de unos caballos a lo lejos, anunciando la inminente presencia de los caballeros procedentes del sur.

—A Mauclerc lo han nombrado administrador del rey en Winchester, lo que le permite consultar ciertos registros muy interesantes para nosotros —explicó en el ínterin Ricardo.

Afuera se escuchaban los cascos de los caballos mientras bajaban por el estrecho sendero de roca. Ricardo salió y estrechó cordialmente la mano de Mauclerc, un cuarentón alto y flaco, de cabello oscuro que empezaba a encanecer por las sienes. Luego le dio una palmada en el hombro a Toeni y lo condujo en seguida al interior de la cueva, al abrigo del viento inmisericorde que aullaba sin descanso. Mientras avanzaban hacia dentro buscando el calorcillo de la lumbre, Toeni comentó con seca ironía que había sido el recibimiento más agradecido que nunca le hubiese dispensado Ricardo. Tan pronto como se hubieron acomodado alrededor del fuego los caballeros, Ricardo hizo una seña y Simón el Ermitaño se puso a contar lo que sabía. El viejo hablaba con voz monótona, pero todavía fuerte.

—Hace apenas dos semanas pasó por aquí el hermano Juan de Braose. A lo que parece, iba en misión contra el señor de Morley, pero estuvo muy poco explícito. Ricardo alzó las cejas.

—¿Morley? —preguntó volviendo hacia Toeni y Mauclerc su mirada interrogante.

—Es el amo del castillo de Haughton-le-Moor, y tiene además una respetable heredad —explicó Mauclerc.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —desesperaba Toeni, desconsolado por la muerte de su compañero.

Había sido un joven muy bondadoso, quizá demasiado blando e idealista para los años de hierro que les tocaba a todos vivir.

—Cualquiera de nosotros arriesga la vida todos los días —dijo tranquilamente Ricardo. En un año y medio había visto cerca la muerte tantas veces, que había aprendido a convivir con ella. —¿Cuáles son tus órdenes?

Fue la voz de Simón el Ermitaño. Pedía una simple orden, y nada más. —Deberíamos enviarles una seria advertencia. —¿Por ejemplo? —terció con impaciencia Toeni—. A mi modo de ver, en los últimos tiempos hemos prodigado demasiadas advertencias.

—Podríamos exigirle al rey un correctivo contra Morley. —¡Más cartitas! —resopló Toeni con desdén antes de volverse, impulsivo, hacia Ricardo—. Siempre dijiste que lucharías por nosotros hasta el último aliento. ¿Por qué no vas allá y hablas de hombre a hombre con el rey Eduardo, y le das a entender que debe atar más cortos a sus barones?

—Si creyera que eso iba a servir de algo —replicó Ricardo, siempre con la misma tranquilidad—, no tendría reparo en ir allá vistiendo la clámide blanca, en público, tal como hice en Tolosa.

—¿Vamos a cubrir el pozo ahora que ya se ahogó la criatura? ¿O se trata de aguardar a que cuelguen a otro de los nuestros?

—Repórtate, Toeni —le ordenó Mauclerc con energía.

—El rey Eduardo está desvalido y carece de poder para plantar cara a sus barones —explicó Ricardo—. Ellos han consentido el regreso de Piers de Gaveston, de madera que hoy por hoy, el monarca no querrá indisponerse con ellos para nada. Y como también el papa le ha levantado la excomunión a Gaveston, queda allanado el camino para su retorno triunfal a Inglaterra. Es decir, que ya no podemos contar con la ayuda de Eduardo, ni ahora, ni en un próximo futuro. Porque una vez restablecido el favorito al lado del trono, su influencia caerá sobre la corte como una epidemia que lo invadirá todo y paralizará todas las actividades. Esta vez no tenemos otro remedio sino tomar la iniciativa.

Toeni dio la callada por respuesta. Simón el Ermitaño silbaba muy quedo un antiguo himno de los cruzados, mientras Guillermo Mauclerc se contemplaba las uñas. Lorenzo de Toeni se puso a pasear de arriba abajo dentro de la cueva, como una fiera enjaulada.

—¡Arrasaremos las tierras del señor de Morley! ¡Incendiamos sus graneros! Así le demostraremos quiénes somos y que cuando hablamos, lo hacemos en serio.

—Antes quiero asegurarme —dijo Ricardo sin inmutarse—. Demuéstrame que fue Morley quien ordenó que lo colgaran, o que existe una relación entre este asunto y el de los diez desaparecidos a quienes Braose andaba buscando. Si es así, entonces... —Calló, pero su pensamiento andaba ya muy por delante del de los demás—. Necesitaré más hombres —dijo de improviso.

—Aquí en el norte contamos con nueve hombres, todos guerreros avezados —dijo el anacoreta.

—Está bien, pero no he querido decir eso. Me refería a que necesitamos más contactos, más informadores, para establecer enlaces regulares y mantenernos en comunicación.

—En efecto, las distancias son demasiado grandes —admitió Mauclerc—. Sobre todo desde que la última bula pontificia dificulta enormemente la transmisión de las novedades.

—Así es. Tan pronto sepamos dónde tienen presos a los caballeros, iremos a rescatarlos.

—¡Eso es hablar claro de una vez! —se entusiasmó Toeni. Mauclerc hizo una mueca dubitativa.

—No olvides la amenaza de excomunión. ¿Asumirás la responsabilidad de que excomulguen a esos diez también?

Ricardo remeti6 los pulgares en el cinto y se acerc6 despacio adonde estaba Mauclerc, hasta que se detuvo y se qued6 mir6ndole cara a cara.

—Esos diez hombres nos hacen falta, Mauclerc, para evitar que otros muchos corran la misma suerte que Braose, Dios tenga piedad de su alma. No cre6 que hiciese falta discutirlo una vez m6s. Si la pista de Braose nos lleva adonde esos diez presos, los liberaremos.

Mauclerc guard6 silencio y permaneci6 a la expectativa mientras Ricardo desahogaba su furor:

—¡No quiero que nos ocurra aqu6 lo mismo que en Francia! ¡Con excomuni6n o sin ella, no lo permitir6!

Call6 y se qued6 escuchando la queja melanc6lica del viento en los eriales. La semana que viene entramos en la primavera, pens6, y entonces record6 las palabras de la extraña vieja en el castillo de Portchester.

—Quiero dejarlo bien sentado —agreg6 en voz baja—, porque uno de vosotros me sustituir6 si yo caigo. Mauclerc asinti6 con la cabeza.

—Est6 bien —continu6 Ricardo—. Ir6 a Haughton-le-Moor en primer lugar. Vosotros, Mauclerc y Toeni, hablar6is con Amalrico el Bret6n en York, Gilberto de Acre en Lincoln y Pedro de Montfort en Wakefield. Que re6nan a todos los hombres disponibles, y que est6n preparados para reunirse conmigo a finales de la semana que viene. Ir6 a Carlisle para hablar con Roberto Fitz-Alfric. Con un poco de suerte, el viernes de la semana pr6xima podremos concentrarnos todos aqu6.

Se inclin6 para recoger su manto y abroch6 las argollas de cobre. —Prep6rate para recibir invitados —concluy6 apoyando una mano en el hombro de Sim6n el Ermitaño, y dicho esto sali6 de la cueva, el manto hinchado al viento como una vela. Mauclerc y Toeni le siguieron.

Los tres caballeros se desearon buen viaje los unos a los otros y partieron en direcciones distintas.

La primera vez deslumbró mi vista, era un espectro delicioso, una amable aparición, enviada para ornamento de un instante (...) una sombra danzante, una alegre imagen para ser perseguida, sorprendida y asaltada.

William Wordsworth, Perfect Woman

El 18 de mayo fue un día excepcionalmente benigno, cuyo sol radiante anunciaba la inminencia de la primavera. Reían los campos recién labrados y los matorrales floridos a la vera del camino. Frunciendo el ceño, Ricardo alzó la mirada hacia aquel cielo azul que hería con el brillo alegre de la mañana sus ojos más acostumbrados a las tinieblas de la noche. Estaba muy fatigado, y con el calor del sol y el trotecillo lento de su caballo le faltó poco para quedarse adormecido. Apenas había dormido cinco horas desde que abandonó la cueva de Simón el Ermitaño, y de eso habían pasado tres días.

Ricardo frenó su caballo.

—No podemos continuar arrastrándonos así, Pilgrim —le dijo.

Echó pie a tierra dejándose caer de la silla, aflojó la cincha y alzando la silla de los sudorosos lomos del caballo, la arrojó al suelo con estrépito. El sobresaltado animal escarbó la blanda tierra del bosque, con las orejas apretadas contra las negras crines.

—¡So, Pilgrim] —lo tranquilizó Ricardo—. Vamos a tumbarnos aquí, a la sombra.

Tras dar de comer y beber a Pilgrim, se tumbó sobre el musgo fresco. Poco a poco se fue atenuando la luz que veían sus ojos, y el piar de los pájaros se transformó a sus oídos en un quejido de voces lejanas. Ricardo soñaba. En el sueño veía el Temple y la ceremonia en que él mismo fue armado caballero. Pero esta vez Tomás de Lincoln no estaba a su lado, sino que la emprendían contra él todos los freires, echándole en cara sus incumplimientos de la Regla. Por último, cuando se abalanzaron sobre él esgrimiendo sus espadas, se puso en pie, embotado de sueño, y desenvainó su propio acero.

—¡So! —exclamó la figura en forma de hada que tenía delante, al tiempo que rodeaba con ambos brazos el cuello de su caballo, el cual se había detenido en seco y se empinaba haciendo girar los ojos con espanto.

En cuanto a la muchacha misma, no habría quedado más sorprendida si se le hubiese aparecido el mismísimo arcángel san Miguel armado de pies a cabeza.

Ricardo reaccionó con rapidez. Acercándose de un salto, sujetó las riendas del espantado caballo justo a tiempo para evitar que derribase a la amazona.

—¡Saltad! —la intimó Ricardo.

Ella echó pie a tierra y se apartó para alejarse de los cascos del animal, que coceaba. Aunque capón el caballo era fogoso y trataba de soltarse, pero Ricardo lo retuvo con puño férreo.

—Tranquilo, tranquilo. No pasa nada.

Y efectivamente el bruto se tranquilizó. Había hablado en francés y entonces se le ocurrió pensar si ella le habría entendido o habría reaccionado por instinto.

Tras atar las riendas a un tronco, se volvió hacia la muchacha.

—Yo... nosotros... mi halcón ha escapado —balbució ella, y luego calló y se quedó mirándole con aire aprensivo.

Tenía ante sí la criatura más encantadora que hubiese visto jamás. Aunque no poseía una belleza espectacular como la de Blanca o la de la reina Isabel, sus finas facciones irradiaban tanta seducción que Ricardo apenas pudo creer que estuviese contemplando un ser de carne y hueso. Pero los largos rizos de cabello castaño rojizo agitados por el viento eran, desde luego, reales. Estaba asustada, y entonces él se dijo que seguramente su propio aspecto, envuelto en capa y hábito de color negro, el brillo del acero en el puño, debía ser no poco intimidante.

—No os haré ningún daño, madame —le aseguró al tiempo que envainaba la espada—. ¿Estáis herida?

Ella no le entendió, por lo que repitió las palabras en inglés, aunque fingiendo acento francés. Ella se apresuró a menear la cabeza.

—No, sólo muy asustada.

Al escuchar aquella voz melodiosa se le cortó de nuevo el aliento. Sonaba tan clara, juvenil e inocente, que instantáneamente odió al hombre que fuese a poseer aquella doncelez.

—Marchaos —la urgió—. No debéis quedaros por aquí.

Pero ella no hizo ademán de moverse. En lo alto de un árbol cantó un mirlo, y los ojos de ella no se apartaban de Ricardo. El rictus de la boca de éste manifestaba severidad, pero la mirada, en cambio, seguía risueña y amistosa.

—Por el amor de Dios, ¡marchaos! —repitió.

—No puedo, todavía estoy temblando del susto —dijo ella con una sonrisa, como disculpándose.

Ricardo soltó interiormente una maldición y se inclinó para recoger del suelo sus escasas pertenencias.

—Era un neblí azul espléndido —dijo ella de improviso.

Calzaba en la derecha un guante largo de cuero grueso, que aún llevaba en un bucle alrededor del meñique el cordón con la cadencia que se usaba para lanzar el pájaro.

—¿Creéis que sea posible recuperarlo?

Él estaba ocupado ensillando su caballo y dijo sin volverse:

—No sé. No entiendo nada de cetrería.

—¡Cómo, señor caballero! ¿No habéis cazado nunca con halcón?

—No, yo sólo cazo leones —dijo él mientras apretaba la cincha.

Ella soltó una alegre carcajada, porque no sabía que él no lo había dicho en broma. En efecto la caza figuraba entre los pasatiempos que tenían prohibidos los templarios. Consideraban gran pecado el matar un animal de la especie que fuese, con la sola excepción del león, por el peligro que representaba para los peregrinos que iban a los santos lugares cruzando los desiertos del Próximo Oriente.

—Aquí no encontraréis ninguno —dijo ella.

—Mejor así.

—¿Estáis en camino a algún lugar? —preguntó ella.

—Yo siempre estoy en camino.

—No queréis decírmelo. Me habéis tomado por una niña tonta —fingió enojarse ella, y luego, como para darle ejemplo, agregó—: ¡Soy Beatriz de Morley, y vivo en el castillo de Houghton-le-Moor!

Ricardo, que estaba atando las alforjas, se detuvo con sorpresa y se volvió a mirarla. ¡Morley! De nuevo se maldijo a sí mismo. ¡Cómo se le había ocurrido quedarse dormido, precisamente en aquel lugar!

—¡Ah! Entonces me hallo más al sur de lo que imaginaba —dijo como si se le hubiese escapado el comentario.

—Sin duda, mi señor caballero. Esto es el bosque de Hamsterley, donde nosotros cazamos.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Quiero decir los que vivimos por aquí.

Oyó un galope de caballos a lo lejos y se felicitó a sí mismo por habersele ocurrido la idea de hacerse pasar por extranjero.

—¿No me ayudaréis a montar? —le preguntó Beatriz.

Ricardo no quiso cometer la descortesía de negárselo.

Desató las riendas del caballo y lo llevó hacia el centro de un claro, desde donde se escuchaba mejor el ruido de los caballos que se acercaban. Ella le siguió y mientras se acercaba poco a poco se sintió algo confusa al reparar en que se hallaba a solas con aquel atractivo forastero; al mismo tiempo él se daba cuenta de que ya era demasiado tarde para intentar retirarse sin ser visto. No tendría otro remedio sino quedarse a esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Hincó una rodilla en tierra para presentar la otra a manera de escabel o estribo. El perfume femenino hizo latir su corazón con más celeridad cuando ella se aproximó para apoyar el diminuto pie sobre su muslo.

Cuando iba a izarse sobre la silla, exhaló súbitamente un grito y habría caído por efecto de su propio impulso si Ricardo no la hubiese retenido, tomándola del talle para volver a alzarla. Un joven de mirada altanera se acercaba a ellos al galope tendido. Ricardo se volvió, pero demasiado tarde. El joven llevaba en el puño la correa de su halcón y le cruzó la cara con ella abriéndole una brecha en la mejilla, que empezó a sangrar en seguida.

—¡Ah! Me parece que todavía os he atrapado a tiempo —resopló el joven.

Ricardo se llevó la mano a la cara y la retiró manchada de sangre, al tiempo que se encaminaba hacia su caballo.

El hermano de Beatriz colocó su propia cabalgadura entre el caballero negro y el caballo de éste.

—¿No se os habrá ocurrido escapar? Todavía no hemos trabado conocimiento —dijo en tono de desafío, y en efecto se quitó un guante y lo arrojó a los pies de Ricardo para que éste lo recogiera—. Esta afrenta a nuestra familia no puede quedar así.

El caballero no hizo el menor ademán de ir a recoger el desafío.

—¿Afrenta? —repitió en tono de incredulidad.

—Habéis ofendido a una mujer de la casa de Morley, señor, al tocar su cuerpo. Si hubiéramos tardado un poco más nos habríamos encontrado con una violación y os obligaríamos a responder de otra manera, pero tal como están las cosas lo dejaremos en un conato.

—¡Violación! ¡Andad, señor mío, y dejadme en paz! No hagáis más el ridículo.

El otro se puso rojo de cólera y Beatriz se echó a reír.

—Tiene contestaciones muy extrañas, Godofredo —explicó volviéndose hacia su hermano.

—¡Ajá! ¿Luego habéis hablado? Veremos lo que dice de eso Guillermo de Scarborough.

Sólo entonces comprendió ella las maledicencias a que podía dar lugar aquel extraño encuentro cuando las noticias llegasen a Haughton-le-Moor... y a oídos de su prometido.

—¿Quién sois? ¿De dónde venís?

El joven aristócrata se dirigió de nuevo a Ricardo, mientras acudían a su lado un escudero y un par de batidores.

—Soy un caballero lo mismo que vos —le midió Ricardo de una ojeada combativa— He salido esta mañana de Carlisle y me dirijo al sur.

—Vuestro nombre, señor —insistió el escudero.

—Ricardo —replicó éste, mirando de hito en hito al heredero de Morley—. Mis amigos me llaman «le Hardi» —agregó con una sonrisa algo amenazadora.

—Estáis en territorio prohibido. Éstos son nuestros cotos de caza —explicó el noble.

—¡Ah! ¿Sí? —respondió Ricardo, quitándose la sangre de la mejilla con el dorso de la mano. En su mente empezaba a germinar un proyecto. Tal vez fuese posible aprovechar aquel encuentro para alguna finalidad útil—. ¡Voto a Dios! Es posible que me hayan pasado desapercibidas las lindes de vuestra propiedad, señor mío —agregó con sorna.

El otro rechinó los dientes.

—Os desafío, señor caballero. La ofensa que habéis perpetrado debe lavarse en singular combate.

—Eso no es justo, Godofredo. Él no te conoce —terció Beatriz.

Pero la objeción era innecesaria. Hasta el más lerdo podía ver que Godofredo no tenía nada que envidiarle a Ricardo en cuanto a corpulencia, y que era fuerte como un toro.

—Ni él a mí tampoco —replicó Ricardo con indiferencia.

—¿Acaso tenéis miedo? —le incitó Godofredo—. ¡Ah! ¡Nos las tenemos con un cobarde! —dijo volviéndose hacia su escudero, quien sonrió con sarcasmo.

—¿Miedo? —preguntó Ricardo—. ¿Qué es eso? Un estado del ánimo y nada más, que se vence por medio de la disciplina. Desconozco el miedo, señor. En cuanto a la cobardía, anda tan lejos de mí como las puertas de Jerusalén.

Beatriz alzó la barbilla con desplante y lanzó una mirada de reproche a su hermano. Ricardo dejó de sonreír y prosiguió:

—La acusación es grave, señor mío. El honor de esta doncella no demanda ninguna satisfacción, puesto que nada ha ocurrido, como ella misma podrá atestiguar sin duda. En cambio, vos me ofendéis a mí al llamarme cobarde. Es más de lo que puede sobrellevar mi paciencia. No consiento que nadie diga que deshonro doncellas, ni que soy un cobarde —habló con voz fuerte, como habituada al mando, lo cual no dejó de impresionar a su adversario.

Todo estaba saliendo de acuerdo con su plan. Inclinandose, recogió el guante.

—Hago saber que yo, Ricardo le Hardi, he recogido el guante de Godofredo, hijo del señor de Morley La cuestión es grave, y por eso impongo la condición de que no sea suficiente que uno de los dos resulte derribado del caballo en el combate. Se luchará hasta que uno de los dos no pueda seguir esgrimiendo las armas.

De repente le había cobrado una intensa antipatía a aquel joven arrogante. No tendría ningún empacho en cruzar sus armas con él.

—Del todo conforme a mis deseos, señor mío. Que la muerte sentencie sobre nuestras diferencias —respondió.

No era exactamente lo que había dicho Ricardo, pero no le importó, y replicó:

—Vos me habéis retado, a mí me corresponde elegir el lugar del combate y las armas.

Le devolvió el guante al joven arrojándolo a sus pies. Su retador le pareció algo menos seguro de sí mismo en aquellos momentos. Pero también Ricardo estaba preocupado —lo cual no pasó desapercibido a su adversario—, pues se preguntaba de dónde iba a sacar la dispensa que necesitaba para aquel duelo. Incluso la participación en torneos les estaba vedada a los templarios, por considerarlos un pasatiempo frívolo e inútil. Y ninguno de sus compañeros tenía facultad para otorgarle la imprescindible dispensa.

—Decid cuáles son —gruñó Godofredo.

El caballero del hábito negro meneó la cabeza y soltó la carcajada.

—Todavía no. Antes debo atender a los asuntos que me llevan al sur. Os enviaré un mensajero para daros noticia de cómo y cuándo pienso responder a vuestro desafío.

Y no sería en seguida, porque necesitaba tiempo para explorar los alrededores y reunir a sus compañeros. Desde luego, aquel encuentro había sido un azar favorable.

—Marchaos ahora, y ejercitaos con asiduidad, maese Godofredo —dijo burlonamente, y soltó una fuerte carcajada al tiempo que apartaba a empellones a los criados de a pie y montaba en su caballo—. ¡Yo nunca me permito el lujo de perder!

Séame la suerte propicia o adversa, ¿qué he de dudar, ni qué he de temer? ¿Qué cumple hacer al hombre, sino osar?

Anónimo, Sir Gawain and the Green Knight

Después de su inopinado tropiezo con los herederos de la casa de Morley, Ricardo visitó una vez más aquellas tierras para familiarizarse con la situación del castillo y sus alrededores, y no salió defraudado.

En la aldea cuyas acogedoras casas se arremolinaban al pie de la fortaleza iba a celebrarse la feria de primavera, y toda la comarca andaba ocupada con los preparativos. A no tardar, el pueblo se llenaría de forasteros, cómicos, músicos y bailarines, por lo que ofrecería un escondrijo perfecto.

Ricardo fijó la fecha del duelo para el día siguiente al feriado, y tan seguro estaba de la victoria el señor de Morley, que organizó un torneo con participación de gran número de nobles de los castillos vecinos. El suyo tenía una ubicación ideal sobre un otero al pie del cual corría un riachuelo; hacia el sur se extendía un gran prado desde el pie de la muralla hasta donde abarcaba la vista.

Al pie de la peña, a levante, se hallaba el fértil valle con la próspera aldea. Allí se disponía de espacio más que suficiente para alzar la tribuna y para delimitar el campo donde se correría el torneo y se celebraría el singular combate.

Ricardo eligió una porción de terreno llano que no se dominaba desde la entrada del castillo, y anunció que sus armas serían la lanza de madera, el mandoble y la daga, para lo cual envió un mensajero al castillo de Haughton-le-Moor. A su vez recibió del de Morley la invitación a tomar parte en el torneo antes de batirse en serio. Ricardo encargó una cota de mallas, un casco y un escudo, y renunció a la visita de cortesía durante la cual, la víspera del torneo, los participantes solían presentar oficialmente sus armas.

Bastante les había costado a los caballeros templarios el encontrar a tiempo un escudo y un yelmo que no ostentasen las armas del Temple. Tenía el propósito de presentarse rodeado de mucho misterio, con intención de concentrar alrededor de la plaza el mayor número posible de espectadores curiosos.

Luego hizo que Lorenzo de Toeni le explicase con todo detalle las reglas del torneo, y se ejercitó con un grupo de compañeros en las colinas desiertas donde moraba Simón el Ermitaño. La víspera del torneo eran once los caballeros reunidos alrededor de la hoguera en la cueva de Simón. Los demás andaban dispersos por el país y no había sido posible remitirles una notificación a tiempo.

—Es una imprudencia, y punto —decía Guillermo Mauclerc—. No vamos a consentir que te sacrifiques de esa manera.

Ricardo aceptó con gratitud la pierna de cordero que le ofrecía el hermano Eustaquio, y mordió las sabrosas carnes, que suponían para él una agradable variación de su dieta habitual. Durante los últimos cinco días no había comido otra cosa sino carne cruda, aunque los miembros del Temple no estaban autorizados a comer carnes más de tres veces por semana y además estaban en tiempo de Cuaresma.

—¿Que me sacrifique? —preguntó hablando con la boca llena.

—Tú ya me entiendes. Vas a poner en peligro tu vida. ¿Qué pasará si no regresas?

—Que elegiréis a otro comendador. En Francia he dejado ya un sustituto.

—No he querido decir eso —replicó Mauclerc con impaciencia—. Es que no veo la utilidad de meterse en la boca del lobo.

Ricardo sonrió. No compartía las aprensiones de Mauclerc.

—No ha sido casualidad que me perdiese aquel día y me tropezase con esa doncella. Los caminos del Señor son inescrutables.

—Si se descubre el asalto antes de que se hayan despedido los participantes del torneo, lo pasarás mal.

—Ahí es donde entráis vosotros, para evitar que me ocurra ningún percance.

—Eso no se puede asegurar, teniendo en cuenta que te hallarás en medio de cuarenta hombres armados hasta los dientes, o tal vez más.

Ricardo miró al caballero con aire interrogante, y luego escrutó los rostros de los demás, pero éstos callaron aguardando a escuchar la respuesta.

—No pienso echarme atrás —dijo—. Sospechamos que encontraremos en los calabozos de Houghton-le-Moor a los diez hermanos nuestros que nos faltan. Nunca habríamos encontrado mejor pretexto para dejarnos caer por allí; precisamente porque me presento en público desafío, y por haberse originado el reto a consecuencia de un encuentro casual, es imposible que nadie desconfíe. Mi decisión es firme. Si está en los designios de Dios el arrebatarme la vida mañana o el otro día, habré de morir fatalmente, ya sea a manos del hijo de Morley o de cualquier otro.

Apuró la jarra de vino a largos tragos. Tomaría a manos llenas la oportunidad ofrecida, pero no contaba salir con vida de la aventura, ya que se habría necesitado para ello una buena fortuna extraordinaria; además al día siguiente comenzaba la primavera...

En la primera mañana de primavera, el sol sacó sus mejores galas, acariciando con su calor los sembrados y los prados. El cielo amaneció límpido y azul, y una leve brisa del sur hacía ondear banderas y gallardetes sobre las cabezas de sus portadores. Tiempo ideal para un día de torneo. Bajo la carpa se escuchaba el rumor de conversaciones de las excitadas damas y de sus acompañantes. Frente a las tribunas, una campa delimitada por sendas vallas de madera, la una encajonada en la otra.

En contra de los usos corrientes se había previsto celebrar el torneo el primer día, y el duelo al día siguiente. Ricardo habría preferido que fuese al revés, para dedicar el primer día a un reconocimiento del castillo y a la preparación del asalto; además el espectáculo del torneo habría servido mejor como diversión que el combate singular del segundo día.

Edmundo el León le acompañó lo más cerca del castillo que pudo. Ambos se detuvieron a cierta distancia.

—¡Enséñales a esos pisaverdes cómo se combate, Ricardo! —le animó—. Y procura que el otro sea el muerto. Todavía te necesitamos.

Ricardo asintió y apuntó con la mano a los gallardetes que ondeaban en la lejanía.

—Ya podéis ir preparando pan y agua para varias semanas, porque hoy voy a pecar contra nuestra Regla —fue lo único que dijo antes de espolear a Pilgrim.

La noticia de que el hijo del castellano de Morley iba a batirse con un caballero desconocido había corrido como un incendio en la pradera. Cuando Ricardo se presentó poco después delante de la carpa, el casco bajo el brazo derecho y el escudo sobre el izquierdo, para comparecer ante el señor de Morley, un murmullo de curiosidad recorrió la multitud expectante.

El noble, un coloso de cabello negro afeitado por debajo de las orejas y barba recortada, se adelantó y apoyó los musculosos brazos en la barandilla recubierta de un paño gris con el escudo de los Morley. Contempló el rostro desafiante y luego el manto negro que recubría la cota de mallas. Después su mirada se fijó en el caballo negro de batalla, que pateaba con impaciencia, y por último en el escudo: sobre campo de gules, una cabeza de carnero en oro, y una barra negra en diagonal de izquierda a derecha, como signo de bastardía. También la cimera del casco llevaba una cabeza de carnero.

—¿Es él? —Se volvió a medias, dirigiéndose al heraldo.

—Sí, señor, pero desconozco este escudo.

El noble se volvió de nuevo hacia el caballero.

—¿A qué casa representan estas armas?

—Soy de Francia, señor —replicó Ricardo con voz fuerte, que fue oída por la mayoría de los presentes.

Morley gruñó, malhumorado. No le gustaban las contestaciones a medias.

—¿Vuestro nombre?

Ricardo sonrió y alzó el escudo para mostrarlo.

—Mi padre ha renegado de mí, y no llevo su apellido. Mis amigos me llaman Ricardo le Hardi, que quiere decir el audaz.

—¿A qué casa servís? —insistió el aristócrata.

—A la de Longwy—Rohan —replicó Ricardo no sin cierto orgullo, aunque no creía que ninguno de los presentes supiera que aquellos apellidos correspondían al linaje de Jacobo de Molay Incluso muchos templarios ignoraban tal circunstancia. El señor de Morley se repantigó en su sillón.

—Veremos si hacéis honor al sobrenombre que os atribuyen. Como retado, formaréis en las filas de los que van a combatir bajo el estandarte rojo. Mi hijo combatirá con los retadores, bajo el estandarte de los Morley.

Ricardo asintió y se alejó a caballo. Miraba de frente cuando pasó por delante de la tribuna de las damas, previendo que Beatriz estaría allí, y para no comprometerla con sus ojeadas.

Cuando los caballeros depusieron sus amplios mantos, Ricardo contempló con admiración las brillantes planchas de acero con que cubrían en parte los pechos, los brazos y las piernas. Eran una invención reciente. Los demás, a su vez, contemplaron con curiosidad la sencilla y anticuada cota de mallas que usaba Ricardo y que sólo le cubría hasta las rodillas. Uno de los que estaban a su lado, caballero en un garañón rucio, le dio un codazo:

—¿Mañana también pensáis combatir con esa vieja cota de mallas? —dijo haciendo bocina con la mano recubierta del guantelete de hierro para hacerse oír en medio del tumulto.

Ricardo se inclinó hacia él para que le entendiese, pero sin apartar las manos de las riendas. Pilgrim anticipaba la pelea y apenas se le podía sujetar.

—Un caballero sólo necesita tres cosas para combatir, atención a la defensa, soltura en la silla y celeridad en el ataque —replicó.

Entre los dos grupos de caballeros se tendió una maroma y los dos bandos empezaron a situarse en formación. Ricardo se caló el casco.

El señor de Morley se puso en pie para inspeccionar el campo.

—¡Suelta! —gritó, y cortaron la cuerda.

Ricardo actuó como un relámpago. Fue de los primeros en lanzarse al ataque y cruzar la espada con las de los contrincantes. Al momento la lucha se generalizó, violentísima. El estrépito era ensordecedor. Los cientos de espectadores que ceñían el campo lanzaban sus gritos a pleno pulmón.

—A Morley, a Morley —oía Ricardo por la derecha y por la izquierda; era el grito de batalla de los hijos del anfitrión. —¡San Miguel, san Jorge! —gritaban por delante y por detrás. Ricardo se preguntó si creerían que los santos iban a tirar también de espada para lanzarse con ellos a la pelea. Riendo detrás de la

visera de hierro de su casco, se limitaba a parar los golpes y a esperar que alguno de sus contrarios descuidara la defensa. La jornada se anunciaba divertida, se dijo.

En la tribuna, sentada en su banco de madera, Beatriz rebullía con nerviosismo. Ricardo no la había mirado al pasar y eso la ofendió un poco. Paseaba la mirada sobre los yelmos de los combatientes, pero sin poder evitarlo buscaba una y otra vez el de la cimera con una cabeza de carnero. Admiró sus acometidas vigorosas y audaces, y se sobrecogió retorciéndose los dedos cada vez que aquél recibía un espadazo. Luego suspiraba con alivio al comprobar que se arrojaba de nuevo a la pelea, y celebró con fuertes carcajadas el derribo de cada adversario. Pronto la abandonó todo interés por los esfuerzos de su prometido Guillermo de Scarborough, quien combatía de parte de los Morley. Cuando los contrarios ganaban terreno prorrumplía en gritos de júbilo, y lo mismo cuando sus hermanos recobraban el trecho cedido. Tenía las mejillas encendidas de excitación y palmoteaba volviéndose una y otra vez hacia su madre, sus hermanas y el resto de las damas. Apuntaba con su fina y blanca mano al caballero negro.

—¿Habéis visto cómo acudió en ayuda de sir Roberto cuando lo tenían arrinconado cuatro de los nuestros?

Y al cabo de unos momentos exclamaba:

—¡Cómo se divierte Godofredo! Él solo se basta para barrer el campo como un huracán.

Cuando el sol inició su retirada por poniente quedaban en el terreno menos de la mitad de los contendientes. Casi todos estaban al límite de sus fuerzas; el brazo que esgrimía la espada les pesaba como si lo tuvieran de plomo. Timoteo, el benjamín, abandonó el campo con un brazo roto, consecuencia de un breve y violento encuentro con Ricardo. En cuanto a Beatriz, sujetaba la barandilla con ambas manos, la vista fatigada de seguir el incesante vaivén de las suertes de la batalla.

En aquellos momentos ya no se sabía quiénes eran los vencedores ni quiénes los derrotados.

Un brazo negro se alzó en el aire y la espada descargó con ímpetu sobre un casco que lucía una amenazante cabeza de dragón en la cimera, la cual aplastó, arrancando además la visera, que rodó por el suelo pisoteado.

Beatriz aplaudió.

—¿Te has vuelto loca, niña? ¡Pero si ése es tu Will!

Era su madre quien así la reconvenía. El heredero de Scarborough, que había luchado con más valentía que habilidad, sacudía la cabeza, aturdido por el golpe, y se le escapó la espada de la mano. Estaba sólo ligeramente herido, porque Ricardo no había puesto en el golpe toda su fuerza, pero bastaría para ponerlo fuera de combate hasta el día siguiente.

Desde el comienzo del combate Ricardo se había propuesto darle una lección a tan presumido galán, aunque sin hacerle demasiado daño, ya que le bastaba con un enemigo personal en aquel torneo.

Rió detrás de la visera de hierro, satisfecho, pero cuando volvió grupas se le cortó la risa, al tropezarse cara a cara con Godofredo de Morley, que le cerraba el paso.

—Mi señor caballero, habéis añadido otra cuenta a la que tengo pendiente con vos —anunció Godofredo esgrimiendo la espada, pero con gran sorpresa por su parte Ricardo no hizo ademán de defenderse; al contrario, envainó la espada y se quitó el pesado casco de hierro, descubriendo la cabeza empapada de sudor.

—Hoy no lucharé con vos. Mañana nos veremos las caras —respondió.

Godofredo escupió en el suelo, delante de los pies de su adversario.

—¡Cobarde!

—Prodigáis demasiado ese insulto —replicó fríamente Ricardo.

En aquel instante se puso en pie el señor de Morley, y muy oportunamente levantó la mano y declaró finalizado el torneo.

Los caballeros se retiraron a paso lento hacia el castillo, Godofredo el primero. El portaestandarte de los Morley paseó con orgullo la enseña de la casa. A espaldas del cortejo, tumbados en tierra, gemían los heridos.

¡Oh tú!, ¿no ves el camino estrecho, cubierto de espinos y de zarzas? Este es el sendero de la virtud, sólo que muy pocos lo buscan.

Anónimo, Thomas the Rhymer

No mucho después se hallaba Ricardo en los establos atendiendo a Pilgrim, cuando se le acercó un criado y le puso una mano en el hombro. Él se volvió y estiró la fatigada espalda.

—Señor caballero, mi amo manda preguntar por qué no asistís al banquete en la sala grande.

—Como ves, atiando a mi caballo —contestó sin rodeos; bien debía saber Morley que había acudido solo, sin un escudero que cuidase de su montura, y volviendo a lo suyo agregó—: Dile a tu señor que mejor sientan unas acelgas con amor que un buey cebado con odio.

El sorprendido sirviente volvió sobre sus pasos y al cabo de un rato regresó en compañía de otro.

—La dama Beatriz pone a vuestra disposición su propio mozo de cuadra.

—No ha debido hacerlo —contestó Ricardo, pero ahora le daba lo mismo. Había oscurecido, y él había tenido oportunidad más que sobrada para explorar aquella parte del castillo.

—Mi señor os da la bienvenida en su casa y os ruega toméis parte como amigo en la cena —prosiguió el sirviente.

—Decidle que acepto y agradezco su invitación —contestó Ricardo, después de lo cual palmeó el anca de Pilgrim y se acercó al brocal del pozo que estaba en mitad del patio. Era un placer sentir el agua fresca en la cara y el tórax desnudo.

Ricardo se endosó una camisa limpia y entró en la sala, densa de aromas a vino y carnes asadas de cordero y buey. Unos músicos tocaban desde la galería; jirones de canciones y de melodías se confundían con el vivo rumor de las conversaciones. Reinaba un ambiente alegre y despreocupado que le recordó a Ricardo aquella noche en el castillo de Portchester.

Avanzó sobre las baldosas, que habían recubierto de paja fresca y pétalos de flores, y se detuvo delante de su anfitrión.

—¡Ah! Aquí estáis al fin —dijo Morley, jovial, mientras arrojaba descuidadamente un hueso por encima del hombro.

—Tenéis aquí una alegre compañía, beau sire —dijo Ricardo.

—Sí, tengo la costumbre de elegir bien a mis invitados. Ese umbral únicamente lo traspasan mis amigos, y nunca recibo a nadie que me desagrade, ni mucho menos a mis enemigos. No como otros, que sí lo hacen por razones para mí incomprensibles, o como mi hijo, que parece divertirse congregando a su alrededor a quienes le miran mal —estalló en una ruidosa carcajada, que ahogó el rumor de las demás voces, y descargó una gran palmada en la espalda de Godofredo.

Sentada al otro lado, lady Morley asistía a la escena con callado regocijo. El señor de Morley prosiguió:

—Personalmente no albergo ningún rencor contra vos. Es más propio de los jóvenes cabezas de chorlito el reñir por naderías, como un beso robado en el secreto del bosque.

El señor de Morley miraba a su hija con un destello de malicia en los ojos. Beatriz, que se sentaba entre Godofredo y Guillermo de Scarborough, se había

ruborizado ya al entrar Ricardo en la sala, pero el comentario de su padre hizo que sus mejillas se encendieran todavía más.

—No es verdad que me haya besado —susurró ella bajando los párpados, mientras sus dedos jugueteaban con el cubilete lleno de dulce hidromiel.

—¡No es verdad que me haya besado! —le hizo burla su progenitor—. Nadie te creerá ni aunque lo jures, mi pequeña calandria. ¡Yo que él también lo habría hecho!

Volvió de nuevo la mirada hacia Ricardo.

—Si no teníais otras intenciones con mi hija sino las que aquí se han manifestado, mi señor caballero, no entiendo vuestros deseos de morir tan joven. ¿Era necesario jugar un envite tan alto en la partida?

—Vuestro hijo me llamó burlador de doncellas y cobarde, señor. Yo soy el ofendido, no el honor de vuestra hija. El mío lo defenderé siempre hasta los extremos.

Morley se volvió hacia el noble más cercano, alzando las cejas en ademán dubitativo, y luego le significó a un criado que despejase un puesto para el recién llegado al fondo de la mesa colocada en perpendicular con la que servía de cabecera y era la ocupada por los Morley y sus parientes más cercanos.

—En tal caso —concluyó el señor de Morley—, quiero creer que vuestras intenciones eran puras.

—Yo no —terció Godofredo, gruñón.

—Ni yo tampoco —se apresuró a meter baza Guillermo de Scarborough. Lucía en la cabeza un chichón claramente visible, tenía el semblante lívido y no daba muestras de tener mucho apetito.

Después de aniquilar a su hermano con la mirada, Beatriz se volvió hacia su prometido y, tomando de una fuente un pedazo de asado, se puso a devorarlo bocado a bocado.

Entonces Ricardo sonrió, se volvió hacia ella y le hizo una reverencia.

—Agradezco vuestra bondad al haberme enviado a vuestro mozo de cuadra, madame —dijo.

Cuando se atrevió a alzar los ojos para mirarla por fin cara a cara, se le antojó que todo lo demás desaparecía a su alrededor, toda la sala con la muchedumbre de los invitados... como si quedase sólo ella, mirándole con sus grandes ojos azules.

Volvió a sentarse precipitadamente, pero no pudo evitar que sus ojos volviesen a ella con frecuencia y buscasen su mirada. De súbito Guillermo de Scarborough se puso en pie derribando la silla con estrépito. Se tambaleaba peligrosamente y se vio obligado a buscar apoyo en la mesa.

—Suplico vuestro permiso para retirarme, señor —dijo temblando de rabia apenas contenida.

Con un ademán, Morley le concedió la autorización solicitada, y cuando el noble hubo salido con la ayuda de dos escuderos suyos, comentó:

—Me temo, mi señor caballero, que vuestras caricias hayan sido demasiado ásperas para él.

Ricardo contestó con un ademán que pretendía quitar importancia a la cosa. Morley se echó de codos sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos mientras contemplaba al caballero del hábito negro con expresión pensativa.

—Me agrada vuestra manera de pelear —dijo de improviso—. ¿Todos los caballeros franceses son tan brillantes espadachines?

Ricardo sonrió. Había decidido revestir la armadura negra porque era la que llevaba cuando fue sorprendido en el bosque por los jóvenes Morley. Y se había propuesto tenerlos totalmente engañados mientras fuese posible hacerlo sin despertar sospechas.

—Nunca rehúyo la ocasión de medirme con otros, aunque los halle en proporción de tres contra uno. Debo defender mi fama —dijo como si fuese lo más natural del mundo.

—¡Ah, sí! Le Hardi, ¡claro! —murmuró Morley, sonriendo—. ¿Habéis disfrutado con el torneo de hoy?

—Ya lo creo, desde el principio hasta el final —fue la sincera respuesta.

—Tengo noticias que os agradarán. Habéis quedado segundo detrás de mi hijo mayor, que ha sido el que ha obtenido más puntos.

Ricardo se volvió hacia Godofredo y brindó con el cubilete.

—Por el vencedor.

—He aquí un brazalete de oro en premio de vuestra valerosa y caballeresca actuación en el torneo —prosiguió Morley al tiempo que dejaba sobre la mesa la valiosa pieza, delante del caballero.

Era un brazalete de oro muy ancho, para llevar en la parte superior del brazo, con numerosas piedras semipreciosas, un trabajo de artesanía sencilla y viril. A Ricardo la Regla del Temple no le permitía admitir regalos.

—No, señor. No he venido para eso. Dad este obsequio a Scarborough, con mis excusas. No entra en mis costumbres el agraviar a otras personas. Si lo hice a causa de mi encuentro fortuito con vuestra hija y el equívoco ocurrido, os aseguro que lo siento.

Sorprendido, Morley tomó el brazalete y lo plantó con fuerza delante de Beatriz.

—Un pequeño calmante para el dolor de las heridas del prometido —dijo con sorna.

Beatriz ni siquiera se dignó dirigir una mirada a la joya. Una tierna sonrisa iluminaba sus facciones y volvió sus ojos radiantes hacia el caballero que ocupaba la otra mesa; pero éste ni siquiera reparó en tal homenaje y siguió diciendo con tranquilidad:

—Lo cual no significa que yo tolere los agravios de otros, ni que vaya a regalarle la victoria a vuestro hijo.

—Eso lo veremos mañana —dijo el señor de Morley.

—No te concedo muchas posibilidades —gruñó el hijo.

De nuevo Morley dirigió una mirada interrogante a su invitado.

—¡Qué lástima! —exclamó, como hablando consigo mismo—. ¡Dos espadachines tan notables! ¿Acaso buscáis la muerte, mi señor caballero, o es el afán de matar lo que os mueve?

—Señor, ni lo uno ni lo otro, ¡palabra de honor!

Las pobladas cejas se alzaron y preguntó con incertidumbre en la voz:

—¿No querríais reconsiderar vuestra decisión?

Por lo visto no estaba tan seguro de que fuese a ser su hijo el vencedor. Pero el orgullo le impedía rogarle directamente al forastero que excusara la petulancia de su hijo y que se contentara con un duelo al primer derribo. En ese instante Godofredo se incorporó de un salto.

—¡La querella sólo puede zanjarse en un duelo a muerte! Es mi voluntad y también la de mi adversario. ¡No hagáis que se desdiga en el último momento, padre! ¡Exijo una satisfacción!

Involuntariamente también Ricardo se puso en pie, aunque con más calma y dignidad que el otro.

—En efecto, es también mi voluntad. Y os aseguro que yo jamás retiro mi palabra, señor mío.

Hablaba dirigiéndose al señor de Morley, pero sin perder de vista al hijo. Luego volvió a su asiento.

Lady Morley, que no había intervenido en la discusión, juzgó penoso el súbito silencio que se había hecho en la sala, y ordenó a los músicos que tocasen. Luego se volvió hacia Ricardo.

—Decidme, señor caballero —le interpeló en tono amable—. ¿Qué asuntos os traen aquí, tan lejos de vuestro país?

Le hablaba en francés y él, para demostrar su agradecimiento por que diese conversación en la supuesta lengua materna, correspondió con una sonrisa y contestó, dejando el cubilete de vino sobre la mesa:

—Nací el día de San Justino —empezó como quien se dispone a dar una larga explicación—. Y lo mismo que aquel santo mártir, voy por los caminos en busca de la verdad, a la que espero encontrar algún día en la senda de la hombría de bien y durmiendo acunada en brazos de la justicia. En mi búsqueda he venido a parar aquí.

Por educación repitió las mismas palabras en inglés. Aquel lenguaje florido era el que correspondía a los ideales de la cortesía caballeresca, y se dijo que tal vez al día siguiente las entenderían, cuando desapareciese de allí junto con sus hermanos. Tal vez eso les serviría de lección.

—Y ¿por qué vestís de negro, señor caballero? —dijo la otra hija de Morley, Alicia, incapaz de contener por más tiempo su curiosidad.

La pregunta era inevitable y Ricardo tenía preparada la respuesta. Alargó el brazo izquierdo y se alisó la manga de lana con la derecha, contemplando su propia acción con aire absorto, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Nadie sospechó que estaba jugando con ellos, procurando aguzar al máximo su curiosidad para que acudieran en masa al campo del torneo donde iba a desarrollarse, al día siguiente, su duelo con Godofredo, consciente de que todas las conversaciones de la sala habían cesado y todos los presentes, incluso los criados, estaban pendientes de la conversación.

—El negro es el color de los monjes, y el de la muerte —y después de una artística pausa, prosiguió—: Algunas personas hacen juramento de no cortarse la barba, o de no lavarse ni asearse hasta que hayan culminado una misión determinada, y así andan por el mundo hechas unos espantajos.

Alguien soltó una carcajada nerviosa, pero enmudeció en seguida cuando Ricardo alzó súbitamente la cabeza para mirar a Alicia.

—El negro —continuó levantando un poco la voz— es el color que yo he jurado llevar porque tengo el corazón apenado, y lo llevaré hasta que haya dado cumplimiento a mi misión.

—Pero ¿por qué guardáis ese luto, mi señor caballero? —preguntó lady Morley conmovida por aquella voz doliente.

—Porque he visto pisoteado y destruido lo que más amaba en el mundo.

Llenó de vino el cubilete y brindó en dirección al señor de Morley y su heredero. El noble imitó el gesto con una leve reverencia hacia su invitado.

—Sois un hombre fuera de lo común —dijo—. Brindo por la pelea de mañana. La aguardo con impaciencia.

Una sonrisa de satisfacción animó el semblante de Ricardo.

Salió montado en la silla con botas y espuelas, una pluma en su yelmo y la espada al costado. Pero la silla regresó vacía y salpicada de sangre. Sí, regresó su buen caballo pero él no regresó jamás.

Anónimo, Bonny George Campbell.

Cuando hubo caído la noche sobre el castillo de Haughton-le-Moor y hubieron despejado las mesas y los bancos de la sala, echaron paja fresca sobre las baldosas para que sirviera de yacijas a los numerosos invitados.

Ricardo se tumbó y estiró brazos y piernas. ¡Qué breves eran las horas de felicidad en la vida! Nunca había vivido tantos y tan rápidos cambios como en aquella jornada memorable, aunque se veía obligado a confesarse que lo había pasado bien y que por momentos incluso había llegado a olvidar por qué estaba allí. Tenía la piel del rostro tirante como cuero, seguramente por efecto del mucho vino que había bebido, aun sin llegar a embriagarse. Contempló la única antorcha que habían colocado sobre la entrada y poco a poco fue conciliando el sueño.

Poco después despertó con un sobresalto y se quedó mirando la dentadura del sonriente sir Roberto, el hombre en cuya ayuda había acudido durante el torneo.

—¡Vive Dios que tenéis el sueño ligero! —gruñó el caballero, a lo que Ricardo respondió con una risa contenida.

—Habría preferido acostarme en el pasillo pero, a lo que parece, no puede ser porque no lo consiente nuestro rango, o algo así. Aquí estamos demasiado hacinados.

Sir Roberto asintió con la cabeza olvidando que estaban casi a oscuras.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a dormir en semejante compañía.

Ricardo se quedó un rato contemplando las vigas del techo; luego suspiró y se dio la vuelta.

—Necesito salir a tomar el aire. ¿Me acompañáis a dar una ronda? —susurró al oído de sir Roberto.

—¿Estáis loco? A Morley no le parecería bien que anduviéramos como fantasmas en plena noche por su castillo.

Pero Ricardo insistió. Si se veía sorprendido, prefería que lo encontrasen en compañía de un conocido, mejor que a solas.

—No podré conciliar de nuevo el sueño, ¡al infierno con Morley! —dijo con fingida indiferencia, poniéndose en pie.

—¿Nervios por el combate de mañana?

—De eso, nada.

Cuidadosamente y procurando no hacer ruido, se ciñó el cinto y comprobó que la daga estuviese a mano. Sir Roberto acabó por decidir que bien podía acompañarle a curiosear un poco. Ambos se dirigieron al lado opuesto de la sala y, sin despertar a ninguno de los demás, salieron por un portillón que daba a un patio interior.

—Paréceme, a juzgar por vuestra observación despectiva, que no conocéis al señor de Morley —gruñó sir Roberto.

—En realidad, apenas sé nada de él —admitió Ricardo.

—No es mala persona, siempre y cuando no se le lleve la contraria. Vos le habéis causado una impresión muy favorable. Aunque él no lo diga con estas palabras, conociéndole se deduce de lo poco que ha dicho.

—Sería mejor que se guardase sus cumplidos hasta mañana —respondió secamente Ricardo.

—¡Qué cosas decís! —ironizó sir Roberto—. Creo que Godofredo lo pensará un poco. Hoy todos hemos visto cómo las gastáis, y además ellos hicieron trampa en el recuento de los puntos. El ganador del torneo fuisteis vos. Por eso no me extrañó que no quisierais aceptar el segundo premio, ¡eso ha sido una afrenta!

Ricardo no le dio importancia. Con el hombro apoyado contra el muro, contemplaba el cielo estrellado.

—¿Qué relaciones tenéis con Morley? —preguntó de improviso.

—Tengo una modesta finca al norte, que linda con sus posesiones. Pero habitualmente no nos vemos mucho; yo me ocupo de mis propios asuntos, y él de los suyos, y me parece que así es mejor para ambos. Los hijos son unos arrogantes. Yo soy un caballero sencillo, quizá podríais decir un poco tosco y pueblerino, pero creo que siempre hallaréis en mí a un hombre justo. Y yo os digo que esos hijos suyos no me caen bien.

—A mí tampoco.

—Por eso he querido advertiros —prosiguió sir Roberto—. Mañana combatiréis con Godofredo y me parece que os habéis propuesto hacerlo de la manera más difícil, es decir, jugando limpio. Pero no creáis que él hará lo mismo. Seguro que os reserva un par de trucos sucios.

—Ya contaba con eso. Yo le administraré un par de los míos, los cuales, aunque no sean sucios, le darán bastante trabajo.

—¿Sabéis que hemos apostado a quién será el ganador mañana?

—No despilfarréis vuestro dinero. ¿A favor de quién habéis apostado? —preguntó Ricardo, aunque no le importaba mucho en realidad.

—A favor de vos, aunque la mayoría apostó por Godofredo. En total se habrán puesto en juego unas...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó de súbito Ricardo, alzando la mano para imponer silencio a su interlocutor.

Ambos se quedaron un rato escuchando.

—Es como una especie de quejido —susurró Ricardo.

—Será uno de los heridos de hoy —contestó sir Roberto.

—¿Y los tienen en los calabozos de los sótanos?

—¿Calabozos? —preguntó con sorpresa el vecino de los Morley.

Ricardo le hizo una seña para que se acercase y le indicó una abertura en la base del grueso muro, justo sobre el nivel del suelo.

Parecía la salida de un conducto de ventilación correspondiente a una celda subterránea.

—Un cazador furtivo, seguramente —comentó sir Roberto encogiéndose de hombros.

—No, sino todo un pelotón de ellos, a lo que parece.

El otro le contempló con incredulidad.

—Escuchad vos mismo. El pobre infeliz por lo visto ha despertado a sus compañeros.

El caballero se arrodilló y aplicó el oído a la abertura para escuchar con más atención.

—¡Por los huesos de todos los santos! Tenéis razón.

Sir Roberto estaba atónito. En su propio y pequeño castillo sólo tenía una celda que le servía de vez en cuando para encarcelar a un ladrón o un furtivo. Pero su poderoso vecino tenía allí toda una colección de tales elementos, sin que nadie estuviera enterado.

—No hace mucho mandó colgar a un hombre en Richmond, acusado de violación de domicilio, caza furtiva, robo y no sé cuántas cosas más —comentó—. Aquel desgraciado no tuvo la menor oportunidad. Nadie le

escuchó. Su cabeza todavía está colgada en la entrada principal, sobre el puente levadizo. La habréis visto al entrar, ¿no?

Ricardo asintió. Braose estaba casi irreconocible porque la cabeza que el señor de Morley había mandado exponer para escarmiento general se hallaba en estado muy avanzado de putrefacción.

Si se mantenía uno muy cerca de los ventanucos se llegaba a distinguir varias voces, aunque no se entendía lo que decían. Ricardo recorrió toda la extensión del muro, seguido de su compañero.

—¿Se puede entrar por aquí?

—Ya lo creo, pero el pasillo da a las habitaciones de la servidumbre y a las cocinas.

Así exploraron gran parte del castillo, y cuando dieron por terminada su excursión nocturna y regresaron a la repleta sala donde dormían los demás, Ricardo se había formado una idea bastante completa de la distribución general. El resto de la noche transcurrió para él en un sueño profundo, sin pesadillas.

Al amanecer se apresuró a desayunar para salir del castillo y ejercitar un poco su corcel. Además deseaba inspeccionar el pueblo y los preparativos de la feria.

Tras echar pie a tierra se confundió con los campesinos y los siervos que cultivaban las propiedades de los Morley, y escuchó las músicas de los feriantes.

Largo rato se entretuvo contemplando a un oso que bailaba torpemente a los sonos de un rabel, una chirimía y un tamboril. Un poco más allá, una equilibrista puesta sobre dos orzas de piedra representaba una especie de danza del vientre meneando las caderas al compás de una música incitante. Allí permaneció mucho tiempo, disimulando, hasta advertir la discreta seña de uno de los cómicos. Le siguió detrás de un escenario de tablas y se metió con él en su carro. El juglar corrió la cortina y luego ambos se estrecharon las manos. Le había costado a Ricardo mucho tiempo y esfuerzo el penetrar en aquel mundo cerrado de los cómicos de la legua, pero lo había conseguido gracias a su habitual perseverancia. Tenían mucha importancia para él; como viajaban por todas partes, sabían muchas cosas. Eran individuos independientes que no se sujetaban a iglesias ni leyes, y esto era precisamente lo que Ricardo necesitaba.

En tiempos el rey Felipe había utilizado a cómicos sobornados por él para difundir entre el pueblo sus falsas acusaciones contra los templarios; por eso se le ocurrió a Ricardo que podía combatirle con sus propias armas. Pagaba el precio de la amistad y les recompensaba generosamente sus servicios, sabiendo que eran pobres como ratones de iglesia.

Sentado en el piso de madera del carronato, preguntó:

—¿Cómo van las cosas?

—Como siempre —fue la melancólica respuesta—. La vida del juglar no es sino andar y penar, miseria y compañía su pan de cada día.

—Muy bonito —celebró Ricardo la ocurrencia—. Pero sin duda sabréis hacer algo más que rimas.

—La mujer parió un hijo muerto. Esas estúpidas no hacen más que echar criaturas al mundo.

—Algo habrás tenido que ver tú en eso.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Maldita sea mi estampa! —se indignó el cómico—. Íbamos por el camino y me vi obligado a echar el carronato a la cuneta para ceder el paso a un noble que venía con su séquito. La vio a mi lado en el pescante, la apuntó con el dedo y cuando fuimos a darnos cuenta de lo que había ocurrido, los esbirros ya se la habían llevado. Un mes más tarde me la devolvieron estropeada y con la barriga llena, pero me la devolvieron, por lo

que supongo puedo considerarme afortunado. Siempre pasa lo mismo, ¡los muy cerdos! ¡Menos mal que el crío lo ha parido muerto! ¡Una boca menos que alimentar!

—Quiero suponer que no habréis sido vosotros los que... —dijo Ricardo pasándose el canto de la mano por la garganta.

—¡Dios nos asista! ¿Tengo yo cara de infanticida? De todos modos, comprenderás que me sentí aliviado al ver que había nacido muerto, porque si no... tal vez habría caído en la tentación.

Requirió la zampoña e hizo girar la manivela.

—He compuesto unas coplas contra ese cerdo, ¡ya verás cuando lleguen a sus oídos!

Ricardo no tenía el menor deseo de escuchar letrillas seguramente indecentes, por lo que sacó de debajo del manto una damajuana y se la pasó al juglar, quien la olfateó y sonrió con delicia.

—¡Vino! —exclamó, satisfecho—. La vida no valdría la pena si no pudiera uno emborracharse de vez en cuando.

—No alcanzará para una borrachera —le corrigió Ricardo.

En aquel instante una mano descorrió la cortina y entró Edmundo el León, quien estrechó jovialmente la del cómico sin que éste dejase de empinar el codo.

—Por ahora todo está saliendo según lo previsto —anunció Ricardo a su compañero.

Saltando fuera del carromato, trazó un tosco plano en la tierra y le explicó la misión que le correspondía.

—Enviadme una señal cuando os hayáis puesto a salvo —concluyó al tiempo que depositaba una moneda en la mano del juglar.

Regresó al castillo con el tiempo justo para endosarse la cota de malla y presentarse a los curiosos espectadores.

En su presencia, Godofredo recibió de su madre un pañuelo de seda, el cual ató alrededor de su yelmo, anunciando así que combatía por la honra de la familia. Pero el orgulloso primogénito de los Morley no quiso contentarse con eso, sino que acercó su caballo a la barandilla e hizo un ademán de impaciencia.

—¿Acaso no soy tu valedor, hermanita? Por tu culpa empezó todo.

Beatriz obedeció y le tendió a su hermano un pañuelo azul, pero lo hizo con tantos titubeos que Ricardo soltó la carcajada. Godofredo le lanzó una mirada desafiante. —Y vos, ¿no defendéis el honor de ninguna dama? —ironizó. — Señor, para mí sólo existe una mujer por cuya gloria valga la pena combatir —y diciendo esto se persignó y levantó los ojos al cielo—. Santa Madre de Dios, en Vos confío.

Godofredo disimuló su rabia; su burla impertinente había sido contestada por el adversario en tales términos, que le quitaba toda la razón. A la derrota moral de la primera jornada se añadió otra casi en seguida, y fue que ganó la primera ronda del torneo con una brutalidad injustificable según las reglas. Sudoroso y jadeante se retiró bajo la carpa, sin molestarse siquiera en limpiar de su manga la espuma con que le había salpicado su caballo, para contemplar el asalto entre Ricardo y un caballero a quien llamaban Conan el Rojo por el color de su melena, en aquellos momentos totalmente oculta debajo del casco.

—Fíjate —le advirtió su hermano Timoteo, que llevaba un brazo en cabestrillo y señalaba con la mano sana al combatiente del caballo negro—. Siempre deja que le ataque primero el oponente, hasta que lo tiene fatigado y antes de contraatacar a su vez. Así lo hizo ayer, y también ahora.

Morley se inclinó hacia sus hijos.

—Es extraño, no conocía yo esa táctica.

Pero no era una táctica. Morley ignoraba que según las severas normas de los templarios, en el combate singular un caballero debía sufrir tres ataques del contrario antes de acometerlo a su vez.

—No le veo ninguna utilidad —comentó Godofredo.

—Ni falta que te hace; tú límitate a observarlo y procura sacar ventaja.

—¡Haré que muerda el polvo a mis pies!

Con un crujido tremendo Ricardo rompió su lanza en el escudo de Conan el Rojo. Había cargado en el golpe todo su peso y toda la fuerza de Pilgrim. En el encontronazo quedó descabalgado el corpulento contrincante.

Morley, complacido, hizo un gesto de asentimiento. No era tan fácil desalojar de la silla a un hombre de la envergadura de Conan el Rojo. La lucha a espada que siguió a esta peripecia se decidió con claridad a favor de Ricardo; el otro, más entrado en años y menos ágil, apenas lograba parar la rápida sucesión de golpes. Los tres Morley miraban con atención, y de pronto el padre se dirigió a su hijo mayor:

—Mira cómo flaquea el brazo izquierdo. Parece como si le pesara demasiado el escudo, le abandonan las fuerzas y se desguarnece por ese lado. ¡Ése es el punto débil de su defensa que tú debes aprovechar!

Ricardo también se había dado cuenta de aquella debilidad, pero no podía hacer nada para corregirla. La herida que le había infligido Gilberto de Mansourah estaba cicatrizada, pero los músculos del brazo izquierdo aún no se habían repuesto del todo y no podían soportar un esfuerzo tan sostenido, motivo por el cual se veía obligado a fiar la mayor parte de su defensa en el filo de la espada. Los espectadores prorrumpieron en una ovación cuando finalmente Conan el Rojo hincó una rodilla y ofreció la espada en señal de rendición.

Ricardo se quitó el yelmo, asintió con la cabeza y agradeció al adversario su juego limpio, tras lo cual se salió del campo de pelea entre las exclamaciones elogiosas y admirativas de los circunstantes. Estaba satisfecho, ya que todo se desarrollaba con arreglo a sus planes. Había observado que Huberto el Jabalí y Amalrico el Bretón, disfrazados bajo la librea de los Morley, recogían a un herido y se lo llevaban al castillo.

En el ínterin sin duda habrían logrado entrar y estarían a punto de abrir las puertas a sus camaradas presos.

Hubo un breve descanso, durante el cual los invitados consumieron fiambres y frutas confitadas. Ricardo lo aprovechó para darse linimento en el brazo y el hombro izquierdo. Eran las dos de la tarde cuando se caló nuevamente la cota de mallas y sobre la capucha de ésta, el yelmo con la cabeza de carnero.

Mientras tanto el número de espectadores crecía y superaba incluso el de la jornada anterior. El castillo seguramente habría quedado casi desierto.

Pilgrim pataleaba, impaciente por volver a entrar en liza. Ricardo se inclinó y tomó el escudo y la lanza de manos del escudero que le habían asignado. En el otro extremo del campo Godofredo refrenaba la fogosidad de su corcel. La tierra tembló cuando espolearon sus caballos de batalla los dos jinetes y galoparon el uno al encuentro del otro. Godofredo, recordando que su contrario no atacaría antes del cuarto encuentro, apuntó con mortal precisión. Ricardo iba hacia él en línea recta. Pero en el último instante desvió el caballo y la punta de la lanza de su enemigo resbaló, inofensiva, sobre el escudo.

El tumulto de los espectadores era inmenso. Ricardo reía, sabiendo que sus hermanos habrían escuchado el estrépito que anunciaba el inicio del combate, lo cual les indicaba que podían poner manos a la obra en los calabozos de Haughton-le-Moor. A partir de este momento, su misión consistía en prolongar el juego y ganar el máximo posible de tiempo. Volvió grupas y emprendió de nuevo el galope de la acometida. Godofredo ya cargaba contra

él profiriendo gritos ensordecedores. También Ricardo dio rienda suelta al caballo, pero sin preocuparse de enfiar al contrario con su lanza, sino limitándose a aferrar entre las rodillas el desvencijado cuero de su silla. De súbito Pilgrim hizo algo extraño y Ricardo se dio cuenta de que la silla resbalaba. En seguida recibió toda la fuerza del golpe de su adversario en el centro del escudo, y sólo por milagro no quedó descabalgado. Volvió despacio a su puesto y echó pie a tierra para palpar la cincha. Y efectivamente, pudo ver que tenía un corte practicado a cuchillo cerca del deshilachado borde. Miró con desconfianza al escudero, única persona a quien había permitido acercarse a su caballo, y el hombre le hurtó la cara. Ricardo tardó bastante rato en remendar la silla y poder volver a montar. Mientras tanto, al otro extremo del campo Godofredo barbotaba maldiciones, furioso, y arrebataba una lanza nueva de manos de su escudero. Su astucia le había fallado, y ahora no tenía más remedio que tratar de derribar al contrario, pero Ricardo no parecía muy dispuesto a conceder tal oportunidad.

Iba a reanudarse la lucha. El público animaba a Godofredo, que se hallaba ya preparado para la embestida siguiente. En cambio Ricardo no tenía ninguna prisa, y pidió una lanza nueva pese a no haber quebrado la anterior. Pilgrim relinchó con fuerza; por la manera en que su amo le oprimía los flancos con sus piernas, el animal adivinaba que esta vez iba en serio.

El choque fue terrible. Ambos contendientes quebraron sus lanzas, pero continuaron firmes en sus sillas, e hicieron volver grupas a sus sudorosas cabalgaduras. Los espectadores iban claramente a favor del joven Morley, aunque esto le importaba bien poco a Ricardo. En esta ocasión devolvió golpe por golpe y los adversarios rompieron lanzas otras dos veces más. Pese a haber contado tres veces con la oportunidad de derribar al otro de su caballo, Ricardo no quiso hacerlo. Por su parte Godofredo estaba cada vez más impaciente y profería tremendas blasfemias al comprobar cómo sus ataques daban en el escudo del contrario o fallaban del todo.

Ricardo estaba empapado de sudor. Su natural combatividad le impelía a asestar el golpe definitivo. Y sin embargo, daba largas, sabiendo que cada instante era vital para sus hermanos, aunque esto pudiese significar que el derribado del caballo fuese él.

De nuevo salió al encuentro de Godofredo. Demasiado tarde se dio cuenta de que éste bajaba su lanza, en principio apuntada hacia el escudo, y le hirió dolorosamente en el muslo. Indignado, frenó a Pilgrim con tanta brusquedad que el caballo se empinó de manos y estuvo a punto de derribarle. Luego, poniendo al paso su cabalgadura, se dirigió hacia la tribuna y se encaró con el señor de Morley, tras levantar la visera del yelmo.

—¡Señor, debo protestar!

Se llevó una mano al muslo, tocó la herida y mostrando la sangre a todos los presentes, continuó:

—¡Una lanzada por debajo del límite de la cintura, señor!

Morley hizo una seña a su hijo, y éste se acercó de mala gana. Tal vez esperaba que su padre no hiciese caso de la protesta de Ricardo.

—Una infracción de las reglas, hijo mío.

—Ha sido sin querer. Se me escapó la lanza.

Ricardo miró al joven con incredulidad. La herida le importaba poco, ya que tarde o temprano la sangre tendría que correr.

—Exijo que os abstengáis de golpes antirreglamentarios.

Dichas estas palabras volvió grupas con decisión para regresar a su punto de partida. Se hizo un silencio mortal mientras él esperaba a que Godofredo reanudase la pelea. El orgulloso hijo de Morley se dirigió al galope hacia su lugar. Estaba encolerizado, fuera de sí, por lo que dejó de lado toda precaución y se precipitó, alocado, no buscando sino tumbar al adversario con un golpe

definitivo. Entonces, con no poca sorpresa por su parte, el caballero que iba a su encuentro hizo una finta y le ofreció el flanco izquierdo, el indefenso. Pero antes de que pudiese aprovechar la ocasión, vio que la punta roma de la lanza contraria enfilaba su casco. En un abrir y cerrar de ojos se halló en el suelo, con la boca llena de arena y la cabeza destocada, mientras el abollado yelmo rodaba por el suelo lejos de él con un ruido como de caldero viejo.

Ricardo sosegó su espantado caballo y regresó con tranquilidad adonde su escudero, al que entregó el asta rota fingiendo no darse cuenta de que Godofredo se incorporaba precipitadamente y corría a montar su caballo, sin acordarse siquiera de recoger el casco.

La multitud prorrumpió en un clamor frenético.

Beatriz se puso en pie de un salto y se sujetó a la barandilla con ambas manos. Al volverse Ricardo vio que Godofredo se hallaba en medio del campo, sobre su caballo, que escarbaba el suelo, y sin manifestar ninguna intención de ir a buscar otra lanza. Ricardo frunció el ceño, puso al trote a Pilgrim y desenvainó la espada.

Había cubierto la mitad de la distancia que los separaba cuando Godofredo volvió grupas y escapó al galope. Ricardo detuvo su caballo y observó los movimientos del otro, preguntándose cuáles serían sus intenciones.

Godofredo arrebató de manos de un centinela una lanza de hierro largo y cargó contra su adversario al galope. Le quedaban a Ricardo apenas unos instantes para espolear los flancos de Pilgrim, que vibraban nerviosamente, y ganar velocidad a fin de poder maniobrar con el caballo y accionar con la espada. El intento fue en vano. La punta de hierro golpeó en el escudo de Ricardo, resbaló sobre la superficie lisa y por una desafortunada casualidad acertó en las mallas estropeadas de la cota, en el mismo lugar donde Godofredo le había herido antes. Por un momento el dolor relajó los músculos de las piernas de Ricardo, y se vio arrancado de la silla.

La espada describió un arco inofensivo en el aire mientras él quedaba descabalgado. Godofredo sonrió con satisfacción. Dejó caer la lanza y desenvainó la espada para cargar contra su adversario, que estaba junto a su caballo con un pie todavía en el estribo y la mano sobre el fuste de la silla. El escudo con el emblema de la cabeza de carnero estaba en el suelo. Godofredo enarboló la espada y gritó en son de triunfo:

—¡Reza tu último padrenuestro!

Ricardo prefirió no gastar aliento en palabras. Soltó a Pilgrim y se agachó para esquivar la espada que ya se abatía zumbando; incorporándose luego de un salto, aferró el estribo de Godofredo y tiró con todo su peso para descabalgár al sorprendido noble. Ambos cayeron al suelo con estrépito de cacharrería y lucharon, hasta que al cabo de un rato se separaron jadeando. Godofredo dio un brinco hacia atrás y, sonriendo con suficiencia, plantó un pie sobre el escudo caído en tierra. Alzó una mano y exclamó:

—¡Mi casco por vuestro escudo!

Ricardo levantó su visera y miró hacia el sol. Pensaba en sus hermanos, allá en los fríos calabozos del castillo.

¡Ah, cuánto habría preferido hallarse al lado de ellos! El sudor le corría a chorros por el rostro y le empapaba la camisa de hilo. Había transcurrido casi media hora, pero no bastaba. Era preciso seguir ganando tiempo.

—De acuerdo —asintió—. Vuestro casco por mi escudo.

Cuando se reanudó la lucha, Godofredo esgrimió la espada con cautela y se cubrió cuidadosamente con el escudo. Luchaba con ritmo de máquina bien aparejada, atacando y parando rítmicamente, tal como lo había practicado durante las largas horas de ejercicios.

Ricardo, en cambio, luchaba con el cerebro totalmente despejado de pensamientos. Los movimientos del combate no requerían su atención, porque

una práctica asidua los había convertido en una especie de segunda naturaleza y su cuerpo los realizaba de modo espontáneo. Obedecía a la regla promulgada por san Bernardo para los caballeros del Temple: «Enfrentaos a vuestros enemigos sin temor, acometedlos como a rebaños de ovejas y confiad en la ayuda de Dios».

Ninguno de los dos contendientes quería ceder ni un paso. El brazo con que Godofredo esgrimía la espada no era menos fuerte que el de Ricardo, y al mismo tiempo sabía emplear con habilidad el escudo, con cuya superficie revestida de hierro paraba los golpes de Ricardo y lo iba estrechando cada vez más.

Ricardo permitió que fuese ganándole terreno poco a poco, aunque inexorablemente. Cuando alcanzaba a distinguir los ojos de Godofredo detrás de la visera los notaba fijos en el escudo del contrincante, atentos al primer asomo de fatiga.

No tardó Godofredo en perder el dominio de sí mismo, sin embargo. La paciencia no era su punto fuerte. Acometía con creciente impetuosidad y Ricardo pasó un mal rato. Le temblaba el brazo izquierdo desde el hombro hasta el codo, por lo que ciñó el escudo más cerca del cuerpo tratando de disimular aquella debilidad.

Godofredo reaccionó sin pérdida de tiempo. Confiando en poder finalizar pronto el combate, redobló la energía de sus ataques. Ricardo se veía obligado a luchar a la defensiva, el rostro sudoroso, el brazo izquierdo sacudido por violentos temblores conforme caían los espadazos sobre el escudo como golpes de martillo en una forja, y por último inició la retirada.

La multitud prorrumpió en clamores triunfales a favor de Godofredo, viendo ya vencedor al joven noble.

Pese al peligro que corría, Ricardo seguía al lado de sus hermanos con el pensamiento. Sin duda habrían salido ya en aquellos momentos, pero él aún no había visto la seña convenida con la que debían anunciarle que estaban en lugar seguro. Necesitarían una ventaja suficiente para poder escapar.

Beatriz estaba pálida. Sus ojos no se apartaban de la figura en cota de mallas y ropas negras. De pronto exhaló un grito de espanto y se cubrió la cara con ambas manos. Pese a su espanto, no pudo evitar el seguir mirando... por entre los dedos.

De improviso Ricardo retrocedió dos pasos y arrojó el escudo.

—Permitid que luche sin escudo, señor —dijo con la voz ronca por el esfuerzo.

—Con mucho gusto —fanfarroneó Godofredo, pues no veía que ello supusiera ninguna ventaja para el contrario.

Para Ricardo fue como si le hubiese dado alas el verse libre de la carga agobiante del escudo. Ganó terreno de un salto y aferrando con ambas manos la empuñadura de la espada, descargó sobre el adversario una serie de rápidos golpes, como otros tantos relámpagos, obligándole a retroceder. Poco después habían regresado a las posiciones donde se inició la lucha a espada.

Beatriz soltó un suspiro de alivio. Ahora le tocaba a Godofredo el discurrir cómo librarse de la inminente derrota. Llevaba una fuerte magulladura en el hombro derecho y un tajo en el dorso de la mano, donde el filo de la espada había roto el guantelete. Además empezaban a molestarle las planchas de hierro del peto.

Sin previo aviso, él también arrojó el escudo y desenvainó la daga. Esta, sin embargo, era muy diferente de la daga corta que había elegido Ricardo, ya que la hoja era casi el doble de larga.

Godofredo aguardó la aproximación del contrincante y le envió un puntazo, pero lo detuvieron las mallas de hierro de la cota. Al instante Ricardo sacó

también su daga, aunque consciente de que no le serviría de mucho, a causa de la flaqueza de su brazo izquierdo.

A partir de aquel instante la caballería dejaba de presidir la contienda, convertida en una lucha a vida o muerte, llena de odio y de ansia homicida.

Pese a ello, el señor de Morley no quiso dar por finalizado el combate. Confiaba en la habilidad de su hijo, quien además había sido el retador. Al mismo tiempo contemplaba como fascinado la decisión y la sangre fría con que luchaba aquel forastero. Y tan absorto estaba que no se dio cuenta de que su hija volvía la cabeza con repugnancia.

Ella se puso en pie y se abrió paso por entre las demás damas hasta donde estaba su padre, aunque éste no se volvió cuando ella le tomó del brazo exclamando:

—¡Por la Virgen Santísima! ¡Que acabe esto de una vez, padre! ¡Es una carnicería!

—Pero si apenas han empezado, palomita mía —rió el noble—. Además tu hermano lo tomaría a mal si yo me entrometiese ahora. No te preocupes, que él sabe lo que hace. Y por si verdaderamente salieran mal las cosas, hemos tomado nuestras precauciones.

Señaló el lado de enfrente y los dos laterales. En cada uno de ellos había apostado un tirador con el arco a punto y la flecha puesta en la cuerda.

—Si Godofredo llegase a verse en un apuro serio, bastará una seña mía o de él para eliminar al contrincante.

—Pero... —quiso protestar ella, casi muda de espanto.

Morley le impuso silencio con un ademán y se inclinó hacia delante para seguir mejor las incidencias de la lucha, que no había dejado de observar ni por un momento. En efecto Godofredo estaba apurado. Había despertado la cólera de Ricardo y se veía desbordado por las poderosas acometidas de éste con la espada. En ningún momento podía entrar con la daga en el radio de acción de aquella espada. Poniendo todo su peso en la acción, Ricardo descargó un último golpe demoledor y la espada de Godofredo salió despedida de su mano cayendo al suelo a varios pasos de distancia. Se hizo entonces un silencio que pareció durar horas, mientras Ricardo dirigía la punta de la espada contra su adversario para mantener la distancia, ya que el otro aún esgrimía la daga larga y le amenazaba con ella.

A lo lejos resonó entonces sobre los prados el melancólico mugido de un cuerno, repetido tres veces. Los ecos rodaron por los valles hasta que el sonido se extinguió. Detrás de la visera de hierro, el rostro fatigado de Ricardo pareció cobrar renovada lozanía. Sus hermanos estaban en lugar seguro. Mentalmente elevó al cielo una breve oración en acción de gracias. Cumplida su misión, ya no deseaba derramar la sangre de Godofredo.

—Hemos terminado. Rendíos —jadeó.

—Jamás. El combate es a muerte.

—Os perdono la vida.

—¡Nunca!

Ricardo respondió a la negativa de Godofredo con un breve tajo que hirió el brazo derecho del joven y le imposibilitaba prácticamente la continuación del combate.

Entonces vio el súbito ademán del otro, y comprendió al instante que se trataba de una seña convenida. Al mismo tiempo hirió el aire la advertencia de Beatriz:

—¡Cuidado, Ricardo!

Pero no pudo ver al arquero que, colocado a distancia detrás de la valla, tensaba el arco y disparaba la vibrante flecha. Los ojos de Ricardo no se apartaban de la daga que empuñaba su contrincante. Se hizo a un lado preguntándose qué habría tramado Godofredo, y vio que éste también

efectuaba un movimiento de esquivas. La flecha acertó en el hombro, atravesó la cota de malla y quedó detenida en el omóplato. Era una herida leve, pero fue suficiente para que flaquease un instante el brazo que esgrimía la espada. Godofredo no desaprovechó la oportunidad.

Sin esfuerzo apartó a un lado la espada del contrario y agarró a Ricardo por el cuello. Con su masa, a la que sumaba la de su pesada armadura, Godofredo derribó al contrario; aunque éste logró parar la izquierda que empuñaba la daga, su casco salió rodando por el suelo. Al tiempo que perdía el yelmo Ricardo vio la daga dirigida contra su garganta. Apartó la cabeza bruscamente y giró para quitarse de encima a su enemigo; en seguida tomó su daga con la mano derecha y lo hirió en el pecho, metiendo el arma por el resquicio de las planchas del peto.

Godofredo, al sentirse herido, profirió un grito y echó la cabeza atrás. La daga se le escapó de la mano y cayó privado de fuerzas. Ricardo se puso en pie de un salto y se volvió buscando su caballo con la mirada. Pero Pilgrim no estaba y un pelotón de soldados de a pie cerraba la única salida de la plaza.

Entonces se fijó en un centinela que, tirando todavía de la cuerda con que le habían atado las muñecas, subía por la escalera de la tribuna hacia donde estaba el señor de Morley y dialogaba apresuradamente con éste. Ricardo comprendió que era uno de los guardias del castillo que había logrado escapar pese a las medidas de precaución de sus hermanos. El juego había terminado. No se necesitarían muchas averiguaciones para deducir cuál había sido el papel de Ricardo en la fuga de los prisioneros.

Tranquilamente se dirigió hacia el señor de Morley, quien se había puesto en pie y le contemplaba con expresión de odio.

—Esta partida la habéis ganado, señor caballero —dijo.

Ricardo captó el evidente sobreentendido «... pero la otra la habéis perdido».

Morley rió con sarcasmo y prosiguió, al tiempo que alzaba en la mano la bolsa de monedas de oro.

—Os corresponde el primer premio del torneo. Acercaos a recogerlo de mi mano.

Ricardo permaneció inmóvil. Los dos soldados de a pie que armados con hachas de combate montaban guardia en la tribuna le contemplaban con expresiones que no presagiaban nada bueno, como tampoco el rostro ceñudo del señor de Morley. Además la herida del hombro empezaba a dolerle y le cortaba la respiración. Con lento ademán limpió la sangre de su daga. A su espalda, unos sirvientes colocaban con precaución a Godofredo sobre unas parihuelas para llevárselo. Ricardo dirigió una breve ojeada al rostro lívido del herido, que tenía los ojos cerrados, y se volvió de nuevo hacia Morley.

—Quedaos con vuestro dinero. Me doy por sobradamente recompensado. Estoy en vuestras manos ahora, señor, pero bien caro que os cuesta —dijo en perfecto inglés, prescindiendo del fingido acento francés.

Beatriz miró entonces con repulsión a aquel caballero tan admirado por ella momentos antes, sin entender el sentido de sus palabras. Volvió los ojos hacia su padre, que tenía el rostro congestionado de furor.

—¡Traidor! —bramó Morley.

Su voz estentórea resonó sobre las cabezas de los espectadores y hasta los confines de la plaza. Al escucharla, Beatriz se encogió de espanto, pues sabía que el violento acceso de cólera de su padre no auguraba nada bueno para el caballero.

«¿Miedo? Desconozco el miedo», recordó las palabras de éste. Pronto aprendería a conocerlo. Pero de momento no lo acusaba. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquilo? Sonreía, incluso, mientras tendía los brazos a los centinelas que se acercaban para apresarlo.

Beatriz salió de sus cavilaciones cuando el señor de Morley se dispuso a abandonar la tribuna intimando con una seña a su mujer y a su hija para que le siguieran. Las mujeres se recogieron las faldas y corrieron en pos del amo. El grupo hizo alto al pie de la escalera y, por tercera vez desde su inopinado encuentro en el bosque, la mirada de Beatriz encontró aquellos ojos gris—azulado. Pero sólo fue un instante, porque él apartó en seguida la mirada.

—¿Adónde lo llevamos? —preguntó uno de los soldados.

—A la picota con él.

No hay en el mundo nadie tan bello, ni tan sabio, ni tan cortés ni tan alabado, que no se le deje por necio cuando le desfavorece la fortuna.

Eduardo II. De le Roi Edward le Fiz Roí Edward, le Chanson qe il fist mesmes.

Pocas veces se había visto que cuando ataban una víctima a la picota instalada en la plaza de acceso al castillo de Haughton-le-Moor no se le arrojasen piedras e inmundicias. Esta vez, sin embargo, nadie quiso insultar al reo, porque no entendían las razones del castigo. Había luchado con valor, y limpiamente además; en cuanto al hijo de Morley, no podía culpar sino a su propia imprudencia si había resultado herido. Los sirvientes del castillo salieron a mirar, pero se quedaron a cierta distancia de Ricardo, y si tenían algún pensamiento se lo guardaron por precaución. Sir Roberto fue el único que se atrevió a acercarse.

—De manera que ésa era tu verdadera intención —dijo sin hostilidad, mirando al reo de pies a cabeza—. Pero ¿por qué arriesgar la cabeza para salvar a un grupo de furtivos y bandoleros?

—¿Furtivos? ¿Bandoleros? ¡Son diez hermanos del Temple!

—¡Templarios! —fue lo único que logró articular sir Roberto.

Ricardo asintió con la cabeza. Empezaba a lloviznar. Levantó la cara para recibir las suaves gotas de la lluvia.

—Ya lo ves. Los cielos lloran —dijo.

Al fijarse en la mirada interrogante de sir Roberto, explicó:

—Allá en el Temple, y siendo yo todavía un niño, mi anciano tutor solía decirme que las gotas de lluvia son lágrimas de los ángeles, que lloran la maldad de los hombres —calló, encogiéndose de hombros, y luego agregó—: Son historias de niños.

Su mirada tropezó con los restos de la cabeza de Juan de Braose, que aún colgaban sobre la puerta.

—Hacía tres meses que el señor de Morley tenía a mis hermanos en esos calabozos de ahí abajo, torturándolos y matándolos de hambre —dijo volviéndose hacia sir Roberto—. Ahora están libres, a Dios gracias.

Se lamió de los labios unas gotas de lluvia y sonrió. En ese instante recobró sir Roberto el habla.

—¡Claro! Ahora lo comprendo todo. ¡Bien supisteis engañarnos con vuestras contestaciones de doble sentido! Os deseo que vuestras fuerzas no os abandonen, ¡por la Cruz! Es lo único que podéis esperar, porque una vez caído en las garras de los Morley no hay poder humano que pueda salvaros.

Sir Roberto se encaminó hacia la salida del castillo y Ricardo le siguió con la mirada, sintiéndose más solo que nunca. Pero muy arriba y detrás, desde una de las torres de Haughton-le-Moor, unos bellos ojos llenos de lágrimas le contemplaban. Los rojos labios temblaban. Beatriz no conseguía apartar su mirada de él. Estuvo presente, inmóvil, escuchando las oraciones, mientras el sacerdote administraba los últimos sacramentos a su hermano. También escuchó cómo mandaba su padre que azotasen al prisionero hasta romper su resistencia o romperle los huesos antes de interrogarlo. Y estuvo presente cuando le bajaron a éste el hábito y le quitaron la camisa para dejarlo desnudo hasta la cintura.

Beatriz se estremeció a cada azote que veía descargar sobre la espalda de Ricardo, aunque éste no profirió ni una sola exclamación de dolor. Cuando hubo perdido la cuenta de los latigazos, la espalda estaba cubierta de costurones lívidos y ella pudo ver cómo se convulsionaba el cuerpo a cada golpe de la correa. De súbito se volvió y salió corriendo de la habitación. Las faldas recogidas con ambas manos, bajó a la carrera la estrecha escalera de caracol.

Procuró aparentar tranquilidad al comparecer ante su padre, quien contemplaba la paliza con satisfacción, y quedó plantada delante de él, pero hurtándole la mirada. —Eso no os devolverá a vuestro hijo —dijo con amargura. Espantado, Morley la tomó del brazo. —¿Está...?

—Será mejor que acudáis a su lado.

Tiempo hacía que el macizo cuerpo de Morley no se movía con tanta celeridad. En vez de andar echó a correr hacia la puerta del castillo y desapareció por ella.

Ricardo alzó despacio el semblante desfigurado por el dolor, la miró y fue a decir algo, pero el azote siguiente sacudió todo su cuerpo y volvió a cerrar los ojos.

Con una seña ordenó al verdugo que interrumpiera el castigo. Ricardo la miró otra vez y preguntó con voz quebrada: —¿Dónde está mi caballo? —En los establos. Es un bello animal.

—Tratadlo bien. Ha sido un buen compañero para mí —dijo con un susurro tan apagado que apenas se le entendía. —Yo me ocuparé.

Hablaba con voz dulce, tan dulce como él la recordaba, pero se adivinaba en ella un matiz extraño que no le conocía. Era que Beatriz estaba confusa.

Sentía compasión por él y al mismo tiempo lo odiaba. Arriba, su hermano estaba en la agonía de la muerte, ¡y lo único que a él le preocupaba era su caballo! Él la miraba, con los ojos nublados por el dolor, y como si hubiese adivinado lo que ella pensaba, le preguntó:

—¿Vuestro hermano ha muerto?

—¿Y vos lo preguntáis? Pues ¿no habéis sido vos quien lo mató? Él se estremeció como si le hubieran asestado otro latigazo, bajó la cabeza y calló. Ella se volvió y se encaminó hacia las cuadras. —Mi caballo —ordenó. —¿Adónde vais? Mirad que vuestro padre quizá necesitará de vos —dijo el mozo de cuadra, pues temía más al padre que a la hija.

—Voy a salir —dijo, al tiempo que oía a su espalda cómo reanudaban la cuenta de los azotes.

Poco después, y mientras picaba espuelas hacia la salida, vio que Ricardo colgaba desmayado de las cuerdas con que lo habían atado a la picota.

El frío del viento refrescó sus ardientes mejillas y sus ojos enrojecidos. Entonces se desahogó y lloró sin disimulo, al verse lejos de quien pudiera preguntarle por qué lo hacía. No iba a ninguna parte, ni pensó en marcarle una dirección a su cabalgadura; sólo deseaba hallarse a solas y lejos de aquel espectáculo repugnante. Dios sabía que la afectaba el destino del desconocido caballero, pero también había engañado a su padre, y eso no se lo perdonaba. Hasta entonces nunca se le había ocurrido pensar por qué había encarcelado su padre a aquellos templarios; apenas sabía nada de la cuestión, ni era cosa que le importase. Pero comprendía lo bastante para darse cuenta de que el caballero que los había liberado perdía con ello su propia vida.

Puso el caballo al paso y se cubrió la cara con las manos, estremecida de sollozos, pensando que le recordaría siempre, por mucho daño que les hubiese hecho.

De pronto recordó lo que había dicho él la noche anterior y comprendió lo que significaba. Por primera vez se interrogaba acerca del drama que se había desarrollado ante sus propios ojos y que ella no había querido entender.

El ruido de unos cascos interrumpió sus cavilaciones; al volverse vio al jinete solitario.

Edmundo el León la había seguido desde el momento en que ella se desvió del camino, y ahora galopaba derecho hacia ella. Cuando estuvo a su lado frenó el caballo y la sujetó por el brazo sin darle ocasión a huir.

—¿Qué ha pasado con Ricardo? —preguntó con aspereza.

Ella tenía un pánico de muerte. ¿Sería uno de ellos?

—¡Hablad, madame! Decidme la verdad —barbotó entre dientes, sacudiéndola con vigor.

—Está... —balbució ella—. ¡Ha muerto!

Edmundo la soltó y se santiguó.

—Dios se apiade de su alma —dijo, y reanudó en seguida el galope, esta vez hacia el sur, buscando el camino de Londres.

Blanca estaba de pie frente a la ventana del castillo de Windsor y acunaba a su hijo en brazos. Los rayos del sol primaveral caían sobre sus oscuros cabellos mientras ella susurraba una canción francesa. Alguien llamó a la puerta; traía mucha prisa, a juzgar por el estrépito.

Interrumpiendo su canción, dijo «entrad», al tiempo que se preguntaba dónde se habría metido el servicio, puesto que nadie anunciaba la visita. La puerta se abrió de golpe, y entró un caballero con el hábito deshilachado y las botas cubiertas de polvo. El recién llegado se hincó inmediatamente de rodillas.

—Sed bienvenido, señor —dijo ella, y cuando él se irguió y la miró a los ojos, Blanca llegó a la conclusión de que era la primera vez que lo veía.

Al parecer se trataba de un hombre de pocas palabras, porque ni siquiera consideró necesario presentarse, sino que sacó a relucir un documento plegado y con el sello ya roto, el cual le entregó con algunas explicaciones.

Cuando, instantes más tarde, salió de la estancia, se tropezó de bruces con Aymer, que venía por el pasillo.

—Oye, tú —empezó Aymer, creyendo distinguir un rostro vagamente conocido en la penumbra del corredor.

El caballero volvió precipitadamente la cara a la pared y salió huyendo. Aymer intentó retenerlo, pero el otro se soltó de un tirón y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Quién era ése? —preguntó Aymer todavía bajo los efectos de la sorpresa al entrar en la habitación de Blanca.

—Un templario.

—¿De veras, querida?

Se arrodilló delante de ella y tomó entre sus manos las de la mujer, frías y temblorosas. Ella miraba el arrugado pergamino que tenía en el regazo. Aymer estaba haciendo memoria.

—¡Edmundo! ¡Edmundo el León! ¡Ya lo creo!

Después de una pausa, Aymer preguntó:

—¿A qué ha venido? ¿Noticias de Ricardo?

Cuando Aymer pronunció aquel nombre, ella levantó la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Él secó tiernamente las que rodaban por sus mejillas y esperó a que estuviese en condiciones de hablar, aunque a él también le agarrotaba un presentimiento terrible.

—Ai! Seigner Dieus! Richartz es mortz! —exclamó ella en su idioma natal.

Aymer miraba sin ver el tapiz de la pared, al tiempo que acariciaba mecánicamente el cabello de su mujer y ella hundía la cara en su pecho buscando consuelo.

—Sencillamente, no me lo puedo creer.

—¿Es que los hombres no lloráis nunca? —sollozó ella.

—No tengo lágrimas, madame, pero mi corazón llora. Hemos perdido un muy buen amigo.

Blanca se decidió por fin.

—Aymer —empezó ella en voz baja, alisando con la mano el pergamino que tenía en el regazo—. Yo lo amaba. —Calló unos momentos antes de proseguir con su confesión—. Apenas hace un par de meses todavía intenté seducirle. Él comprendió lo que yo me proponía y sin embargo me perdonó y me trató tan amistosamente como siempre. Por su parte nunca se permitió la menor inclinación hacia una mujer.

—Eso no tiene importancia ahora —respondió Aymer, y le tomó la carta de entre las manos—. ¿Qué es esto?

—Un documento que entregó al caballero que acaba de salir, la mañana del mismo día que lo apresaron. Quizá sabía que sus días estaban contados, porque le encargó que me lo entregase si le ocurría algo malo.

—Lancaster —leyó Aymer el rótulo exterior; luego desplegó el pergamino y leyó su contenido.

Por último se incorporó, devolvió el documento a su mujer y se acercó a la ventana.

—¿Te acuerdas de aquella vieja extraña, la bruja del castillo de Portchester? —preguntó.

—¿La que se puso de rodillas delante de él? —respondió lentamente Blanca.

—Sí. Dijo que a ella no podía ocultarle quién era, y le llamó alteza. ¡Y el caso es que él mismo ni siquiera sabía quién era! Sabe Dios qué secretos se habrá llevado a la tumba. Como tampoco sabremos nunca qué verdad ocultaban las palabras de esa mujer.

—¿No dijo también que no llegaría a ver la próxima primavera? —recordó Blanca—. Tenía razón, no llegó ni a ver dos días de ella.

—Yo lo había olvidado, pero él no. Sabía que iba a morir. Me pregunto dónde debió encontrar este documento.

Hubo unos instantes de silencio y luego Aymer dijo con decisión:

—Fuese quien fuese, nunca le olvidaremos. Con esto —señaló con un ademán el documento— lo averiguaremos tarde o temprano. Estoy seguro de que es lo que él deseaba que hiciéramos.

Blanca se puso en pie y miró la cuna donde dormía Esteban.

—Nuestro segundo hijo llevará el nombre de Ricardo —anunció.

«...Más vale penar por la verdad que medrar mediante la falsía o la adulación.

William Caxton, The game andplaye of the Chesse.

Pese a todo, Godofredo consiguió rehacerse de alguna manera. La convalecencia fue lenta, porque había perdido mucha sangre. Y aún tardó mucho más tiempo en avenirse a hablar de lo sucedido durante el torneo, porque la herida en su amor propio había sido incluso peor que la sufrida en el cuerpo.

Cerca de un mes después de su tremenda derrota se le veía, aunque algo demacrado y débil, sentado junto a su padre en la sala grande del castillo de Haughton-le-Moor. Del resto de la familia sólo estaba presente su hermano Timoteo. Junto a las paredes se alineaban los soldados de la guardia.

Al fondo de la sala se abrieron las puertas de par en par, y los dos hermanos se dispusieron a contemplar la presentación de Ricardo el Bastardo. Este entró arrastrando los hierros con que le habían tenido encadenado al muro de su celda. Andaba despacio, con bastante esfuerzo, y su brazo izquierdo mostraba signos evidentes de parálisis. Lo habían tenido a pan y agua, y el hábito negro colgaba holgado de sus hombros. En la mitad de la sala le flaquearon las rodillas, pero se detuvo y alzó el rostro enflaquecido, sin abandonar en ningún momento la dignidad: aún no habían conseguido quebrar su espíritu. Cuando vio a Godofredo sus ojos inexpresivos no evidenciaron la menor reacción.

Si hubiese sabido inmediatamente después del combate que su contrincante iba a salvar la vida, habría dado gracias por ello a Dios. Ahora ya no le importaba en absoluto. En el total aislamiento y la oscuridad de su calabozo, al principio había albergado la esperanza de que sus camaradas acudieran a rescatarlo, aun sabiendo que tal cosa era imposible. La situación del castillo hacía impracticable el intento. ¿Acaso él mismo no había aceptado el desafío de Godofredo al no ver ningún otro camino para liberar a sus hermanos? Acabó por darse cuenta de que sólo podía confiar en sí mismo.

—¿Complacido con tu estancia entre nosotros? —preguntó en tono amable el señor de Morley.

—Según y conforme —fue la lacónica respuesta.

—Ya llevas más de un mes aquí, y te he hecho pasar por un infierno.

Ricardo le miró de hito en hito, más atento al tono de la voz que a la expresión del semblante. Calló y esperó. Un mes, se repitió en su fuero interno. Durante el cautiverio había perdido la noción del tiempo. Apenas lograba distinguir con claridad las facciones de Morley; la viva luz del sol que entraba por las ventanas hería sus ojos habituados a las tinieblas de la celda. Pero los sonidos de aquella voz no auguraban nada bueno.

—A pesar de ello, no hemos adelantado nada —continuó Morley.

—Se puede llevar un caballo al agua, pero no se le puede obligar a beber.

Morley desoyó el comentario.

—Quiero hacerte una proposición. Te ofrezco la vida a cambio de un poco de información.

—¡Mi vida! —se burló Ricardo—. ¿Creéis que todavía la tengo en tanto, que fuese capaz de traicionar a mis hermanos para salvarla? Si así fuera, no estaría aquí ahora. No temo a la muerte.

Morley se frotó el mentón. Sus dos hijos, consternados, guardaban silencio.

—Has conocido mi cólera, Ricardo el Bastardo. Aprende a conocer mi benevolencia.

Ricardo soltó una carcajada amarga, que sonó como un graznido horrible.

—¡Qué poco nos conocéis! —meneó lentamente la cabeza—. ¡Benevolencia! —escupió la palabra como si fuese algo indecente.

Pero Morley se había propuesto ser benévolo, aunque le resultara no poco difícil.

—Iré más lejos todavía —continuó en tono tranquilo—. Te regalo tu libertad. Lo único que te pido es un par de informaciones bien sencillas, y saldrás de aquí convertido de nuevo en un hombre libre. Te llevarás tu caballo y nadie te perseguirá.

—¡Nunca!, ni aunque yo fuese tan crédulo como para confiar en vos.

—¿Sabes lo que te aguarda en caso contrario?

—Lo sé.

Godofredo se volvió hacia su padre con un ademán, como si dijera «¿no te lo decía yo?». Morley descargó un puñetazo sobre el respaldo del sillón y gruñó:

—También podría ahorrarme la molestia de obligarte a hablar. Una palabra mía, y esta misma noche tu cabeza colgará a las puertas de mi castillo.

Ricardo rió de nuevo; había esperado tal reacción.

—Por lo que se refiere a mi cabeza, por lo visto no sabéis todavía que tiene un alto precio... siempre y cuando esté en condiciones de hablar, naturalmente.

—Lo que pueda ofrecerme la Iglesia no es nada, comparado con la cantidad que me valdrán los de tu banda, tan pronto los tenga de nuevo en mis calabozos.

—Ese día vos no viviréis para verlo —replicó el prisionero con frialdad, y después de una pausa prosiguió—: Con toda modestia debo deciros que me habéis infravalorado. Fuera de este país soy incluso más apreciado que aquí. No es la Iglesia de Inglaterra la única a quien interesa mi persona.

—Pues ¿quién? —se adelantó en su asiento Morley.

—Como ya os he dicho, valgo mucho para la Iglesia de Inglaterra —respondió con precaución, ya que no le convenía mostrarse demasiado interesado—. Y lo mismo digo del rey Eduardo. Pero dudo que la una y el otro posean medios suficientes para competir con las demás ofertas. Hay que contar también con el papa y con el rey Felipe de Francia. E incluso el Temple estaría dispuesto a pagar un rescate en este caso..., en Portugal, mis hermanos todavía se hallan en posesión de toda su fortuna y sus recursos. Pero dudo que seáis sincero al ofrecerme la libertad. Por último mencionaré al conde de Lancaster, quien tiene también sus motivos para desear apoderarse de mi persona, aunque dichos motivos exigirían ahora una explicación demasiado larga, que no estoy dispuesto a daros. Tened paciencia y comprobaréis cómo pujan todos por mi cabeza.

Calló, mirando fijamente a Morley.

—¿Por qué?

Ricardo se encogió de hombros.

—Pongamos que por vanidad —propuso, y agregó en seguida—: Bien pensado, es posible que yo también desee vivir todavía.

Aquellas últimas palabras venían a resultar bastante más ciertas, ya que confiaba en que Morley procuraría mantenerle vivo mientras durasen las negociaciones. En el ínterin él trataría de recobrar sus fuerzas para intentar la evasión.

—Lleváoslo —ordenó Morley.

Y lo devolvieron a las frías profundidades de su mazmorra.

La noche siguiente, cuando lo arrojaron de nuevo en su calabozo después de un penoso interrogatorio en la cámara de tortura, tenía las manos hinchadas

y morados y magulladuras en cuerpo y rostro. Se humedeció los labios resecos, atormentado por la sed.

Esta vez fue la primera que Beatriz le oyó gemir. Había adoptado la costumbre de pasear por el patio interior después de la cena, y aplicaba el oído a los rumores que surgían de las profundidades del castillo. Se agachó como si se le hubiese caído algo y acercando el rostro al respiradero de la celda susurró:

—¡Ricardo! ¿Sois vos?

Al principio sólo oyó un lamento sofocado, seguido de una tos seca.

—Vete —salió luego una voz cavernosa de las profundidades.

Pero ella no hizo caso, sino que después de mirar a todos los lados y persuadirse de que nadie había advertido su presencia, pasó por la puerta prohibida que daba acceso a los calabozos y bajó corriendo los peldaños.

—Dejadme pasar, estoy aquí por orden de mi padre.

El primer centinela quedó tan estupefacto que cuando se rehízo ella ya había pasado.

Pero el siguiente no se dejó sorprender con tanta facilidad, sino que se plantó en jarras cerrándole el paso.

—¿Adónde vais? No os está permitido entrar aquí. Nadie puede entrar aquí —dijo con voz áspera.

Ella rebuscó precipitadamente en su bolso y le metió una moneda en la mano.

—Si mi padre se entera le diré que te habías dormido durante la guardia —dijo en voz baja—. Llévame a la celda del templario.

El hombre contempló la moneda que le había dado y dijo:

—Es bastante para dejaros pasar, pero el llevaros adonde el templario os costará otra igual.

A lo que ella le dio otra moneda y le siguió. Llegados al lado de la puerta, él se volvió con un ademán:

—Ahí está. Disfrutad el espectáculo.

Ella intentó ver a través de la reja.

—Traed una antorcha —susurró.

No había vuelto a verle desde el día del duelo, y apenas le reconoció. Vio que alzaba la cabeza y que sus labios se movían murmurando una oración, pues había oído los pasos en el corredor y suponía que iban a sacarlo otra vez para darle tormento.

—¿Cuánto costará que se abra esta puerta? —preguntó Beatriz en voz baja.

—Dos más.

Cuando las monedas hubieron cambiado de manos, se descorrió el cerrojo y ella cruzó el umbral con precaución. Él apartó el rostro en seguida. ¿Sería ella realmente?

Cinco semanas de aislamiento, la mayor parte del tiempo en total oscuridad, le habían llevado al punto de dudar de su propia razón. Sin embargo, era cierto. Allí estaba y el vestido de seda brillaba como siempre; no era una hechura de la imaginación.

—Estáis en peligro —murmuró—. Idos antes de que sea demasiado tarde.

—Es demasiado tarde para volverse atrás —respondió ella y avanzó otro paso hacia el interior de la celda, estremecida de frío.

Al volverse vio el mendrugo de pan mohoso y el plato con agua que habían puesto fuera del alcance del prisionero.

—¿Puedo hacer algo por vos? —dijo mientras contemplaba con espanto el rostro desfigurado.

—Sí, marchaos de aquí.

La miraba cara a cara ahora. ¡Qué hermosa estaba con su rostro iluminado por la antorcha y sus cabellos entre dorados y rojizos! Pero no confiaba en ella; tal vez fuese un cebo puesto por su padre.

—Mal agradecéis mi compasión —articulaban entonces aquellos dulces labios.

—Podéis creer que me da náuseas el escuchar esa palabra —replicó él friamente—. Sobre todo en labios de una Morley.

Sintió deseos de abofetearlo por aquellas palabras ofensivas, pero no pudo.

Él tosió y apoyó la cabeza en el húmedo muro; pese al frío que imperaba en la celda, tenía la frente bañada en sudor. Rechinó los dientes al tratar de dominar el dolor que le aguijoneaba los brazos. Beatriz comprendió entonces con claridad que él jamás imploraría un favor. Su mirada se fijó en la camisa hecha jirones, que se veía debajo del hábito negro entreabierto hasta la cintura. Los brazos arremangados dejaban ver las marcas de las cuerdas que habían despellejado y mordido las carnes. Al ver la hinchazón de las manos llamó al guardián, le dio tres monedas más y señaló las cadenas que aherrojaban al preso.

—Volveréis a encadenarlo antes de que baje mi padre, que no será hasta mañana —dijo haciendo acopio de serenidad.

Ricardo oía su voz como distante y envuelta en neblina, sin estar muy seguro de si era realidad o sueño. Sintió vértigo y cerró los ojos para desterrar de su visión aquellas figuras fantasmagóricas. Cuando le soltaron las cadenas no pudo sostenerse y cayó de rodillas en tierra. Quiso darse masaje en los brazos pero no lograba ni siquiera levantarlos. En sus manos anquilosadas no tenía tacto ni fuerza. Con un gemido ahogado, bajó la cabeza. —Perdonadme este espectáculo de mi debilidad —susurró. Beatriz meneó la cabeza.

—Sois más valiente que mis dos hermanos juntos.

De súbito se le ocurrió una idea a Ricardo.

—¿Vuestro padre ha enviado cartas hoy?

Ella alzó las cejas y respondió:

—Sí, estuvo reunido con el escribano hasta mediodía.

—Deo gratias —murmuró él.

De pie a su lado, Beatriz contempló unos instantes todavía la figura replegada sobre sí misma; luego volvió sobre sus pasos y salió, no sabiendo qué más decirle.

—Y gracias a vos —oyó que decía, y cuando se detuvo antes de salir y se volvió, él alzó el rostro y le mostró una sonrisa dolorida—: Pero no volváis a hacerlo.

Era pura delicia el poder dormir replegado en el suelo, por húmedo que estuviese, en vez de despertar a cada momento transido por el dolor que causaban los grilletes al clavarse en las carnes. Pero lo más importante era que lo dejaban en paz. Calculó que la tregua duraría unas seis o siete semanas. Incluso le daban mejor comida y, a veces, una jarra de cerveza. Además le encadenaban sólo un pie, o una mano, lo cual le dejaba libertad de movimientos suficiente para tratar de ejercitar los músculos.

Poco a poco fue recobrando la salud, aunque esto no fue debido al influjo de Beatriz, que no repitió la visita, sino más bien al interés de su padre, quien había llegado a la conclusión de que un prisionero de mísero aspecto cotizaría poco a los ojos de los posibles compradores.

En el ínterin el rey Eduardo había enviado una oferta verdaderamente suntuosa teniendo en cuenta sus circunstancias, pero que resultó ridícula en comparación con la cantidad ofrecida por el arzobispo de Inglaterra, y más aún frente a la del papa, que fue sobrepasado a su vez en la puja por el rey francés, el cual, en la oportunidad, había prescindido de su habitual tacañería.

En cuanto a la rama portuguesa de la orden templaria, el señor de Morley se guardó mucho de enviarle ninguna comunicación.

A mediados de julio el conde de Lancaster, aguijoneada al máximo su curiosidad, decidió desplazarse al norte para ver en persona al sujeto en cuestión. El conde estaba de pésimo humor, porque había asistido recientemente al regreso del frívolo gascón, indultado de su destierro a Irlanda. Por esta razón la arruga de su entrecejo no desapareció ni siquiera cuando fue presentado a la bella hija del señor de Morley. Tomando asiento, se limitó a decir en tono enfurruñado:

—Veamos lo que he venido a ver.

El noble hizo señas a un sirviente. Cuando se abrieron las puertas se hizo en la sala un silencio, roto únicamente por el ruido de las cadenas que arrastraba Ricardo de los tobillos. Pero no parecieron molestarle demasiado, pues se plantó en medio de la sala con paso decidido y se detuvo allí muy erguido, con el rostro orgullosamente levantado. Incluso llevaba ropas nuevas y limpias, por que el señor de Morley se había propuesto que el prisionero ofreciese un aspecto digno de su fama.

Ricardo reconoció al conde pero no acusó ninguna reacción.

Morley se inclinó hacia el de Lancaster, que estaba a su lado, y dijo con voz engolada de vanidad:

—Ricardo el Bastardo... ¿qué?

—¿Qué? —repitió el conde con sorna y lo bastante alto como para ser oído por todos los presentes—. ¿A qué viene esto? No veo en este hombre nada de particular; quiero decir para mí.

La sonrisa fatua se borró del semblante de Morley y contempló con furor al preso. Ricardo rió y su carcajada sonó tan cálida y vigorosa como en otros tiempos.

—Me parece que será menester refrescaros la memoria, señor conde —dijo.

—¿Qué le pasa a mi memoria? —gruñó el otro.

—Tal vez la recuperaréis si os confieso que soy el hombre que se crió en el Temple de Londres desde la edad de cinco años —replicó Ricardo en tono cortante.

El conde se puso en pie de un salto.

—¿Cómo? —exclamó.

—Y que mi tutor era Tomás de Lincoln.

Beatriz contuvo el aliento. Aunque no entendía el significado de aquellas palabras, se echaba de ver la inmensa importancia que tenían para Lancaster.

—¡Callad! —gritó éste, y se plantó con cuatro zancadas delante del encadenado, midiéndole con la mirada de la cabeza a los pies.

—El parecido es notable —murmuró al cabo de un rato, al tiempo que su mano buscaba involuntariamente la empuñadura de la daga—. ¡Por los clavos de Cristo! —exclamó regresando a su asiento, y vuelto hacia Morley agregó—: Necesito hablar a solas con él.

Visiblemente tranquilizado, Morley replicó en tono servil:

—Lo consentiré por hacer una merced a vuestra excelencia —e hizo una seña a un sirviente—. Lleváoslo a la celda, y que se tomen las oportunas medidas de seguridad.

Al poco Ricardo se vio de nuevo encadenado al muro de su calabozo, pero ya no le importaba. Aquella era la oportunidad que había esperado. Demasiado bien sabía que su libertad sólo podía esperarla de una ayuda exterior; en este punto había abandonado ya toda esperanza. Pero tal vez, con un poco de suerte, fuese posible alzar el velo que le ocultaba su propio nacimiento. Y si además el conde tomaba la decisión de trasladarlo a uno de sus propios castillos, ¡nunca se sabía!

Le habían limpiado la celda y habían esparcido paja limpia, lujo desacostumbrado. Respiró con deleite el aroma.

No tardó mucho en hacer su aparición en la celda el conde, quien fijó una antorcha en el muro.

—Así que éste es nuestro bastardo —dijo con sorna.

—Así es.

Ricardo comprendía la necesidad de manifestarse con mucha prudencia, pues al menor atisbo de sospecha, por parte de su interlocutor, de que él no conocía en realidad el secreto de su nacimiento, sería imposible sonsacarle ni una sola palabra.

—De manera que después de todos los quebraderos de cabeza que tuve con el legítimo, ahora nos sale también el bastardo decidido a incordiarne —gruñó el conde, mostrando los dientes en una sonrisa malévola. ¡Así que existía un hermano, o por mejor decir un hermanastro!

—Eso era de prever —replicó fríamente.

—Te pareces a tu padre —prosiguió el conde, escrutando sus facciones con descaro.

—¿Más que él? —continuó dando palos de ciego Ricardo, y una vez más pudo comprobar que había acertado.

—¡Vive Dios! ¡Lo mismo en el semblante, que en el carácter!

—Eso es lo que teméis, ¿verdad? —murmuró Ricardo—. Que yo pueda alzarme algún día y reclamar mis derechos.

Pero el conde todavía no había mencionado ningún nombre. Verdaderamente, era muy precavido.

—¡Los derechos de un bastardo! —soltó una carcajada despectiva Lancaster—. ¿Qué derechos van a ser éstos? —Propiedades, títulos.

—¡Propiedades! ¡Títulos! —despreció el conde—. Aunque Juan sea barón y capitán de barco, hay una diferencia muy grande, y es que él está de mi parte. Y que no nació allá y en determinado momento. ¡No! De Juan no tengo nada que temer. De ti, demasiado. ¡Ojalá supiera quién era aquel Juan que decía el conde! —Me llamo Ricardo, dicho sea de paso —continuó midiendo las palabras—. Y tenéis razón, hay una diferencia como de la noche al día. Pero basta mi fama para que me temáis. —No mientras te guarden aquí encerrado —gruñó el conde. —Saldré tarde o temprano. —No lo creas.

La daga del conde salió de la vaina como un relámpago y el golpe iba dirigido precisamente al corazón de Ricardo. Pero éste había previsto el atentado. Aunque tuviese los brazos encadenados, las piernas estaban libres. Colgándose de los grilletes, encogió las piernas y descargó con ambos pies en la barriga del conde.

Éste profirió una exclamación de dolor y salió disparado contra la pared de enfrente. La daga cayó al suelo con un tintineo metálico y Ricardo, viendo que estaba a su alcance, se apresuró a pisarla. —No me equivocaba al suponer que me mataríais antes que consentir ninguna revelación.

El conde jadeaba. No tendría más de cuarenta años, pero estaba entorpecido por los vicios y carecía de agilidad.

—Ahora que lo sé todo, ¿soy tan peligroso para vos que preferís quitarme del mundo sin reparar en consecuencias? —le preguntó Ricardo en voz baja, y ante el silencio del conde prosiguió—: Debió de ser un golpe muy duro para vos el encarcelamiento de los templarios ingleses. —¿Por qué? —Vuestra gallina de los huevos de oro, señor conde. Estoy al corriente de vuestros sucios negocios, y obra en mi poder un documento con vuestra firma y sello.

—¡Cómo! —Cerró ambos puños el conde, palideciendo.

Estaba tan estupefacto que no hallaba palabras.

—¿Cómo no se os ocurrió antes el sacar dinero de este secreto, mientras yo no lo conociese todavía?

—¡Imposible! —respondió con burla el conde, ya rehecho de la sorpresa—. No mientras viviese el viejo zorro.

Así que había sido su padre el que había impedido la extorsión por parte de Lancaster. Sintió el súbito deseo de defender al desconocido que ya no podía defenderse a sí mismo, aunque debió ser un poderoso señor en sus días.

—Si llamáis zorro a mi padre, sin duda os tendréis a vos mismo por un cerdo.

Con sorpresa por su parte, el conde soltó la carcajada.

—Así es la vida. Mientras el hijo legítimo no tiene la menor estima hacia su padre, en cambio el bastardo lo ama y lo defiende.

De pie en medio de la celda, meditó un rato y luego continuó:

—Si lo hubiera sabido hace veinticinco años, sin duda habría resuelto la cuestión de otra manera, y todos habríamos salido beneficiados. Pero tal como están las cosas, tú eres un peligro incesante para mis planes. Eres demasiado ambicioso, y demasiado orgulloso, y por eso vas a morir. Cuanto antes, mejor.

El conde no era sabio, pero sí lo bastante astuto para darse cuenta de que Ricardo no había dado ninguna prueba definitiva de que supiese tanto como pretendía saber. Por cuyo motivo decidió someterlo a otra prueba.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a lady Gundelina y lady Juana?

No fue demasiado sutil la manera de formular la pregunta; por el tono de voz, además, Ricardo conoció en seguida que le tendía una trampa. Por alguna razón, aquellos nombres despertaron en él, nuevamente, la extraña tristeza que experimentaba todas las veces que intentaba recordar algún detalle de su vida anterior al ingreso en el Temple. ¿Sería su madre alguna de las damas aludidas?

—Lamentándolo mucho, no tengo recuerdo ninguno de ellas.

Entonces recordó de pronto la afrenta que le había arrojado a la cara Gilberto de Mansourah, por lo que agregó:

—Ambas están muertas, Dios haya tenido piedad de sus almas.

—Dices verdad, pues la una falleció hace veinte años y la otra hace veinticinco. ¿Cuánto sabes tú en realidad?

—Sería gran necedad por mi parte si os lo dijera. Os dejo la tarea de averiguarlo, mi señor conde. Ni siquiera vos lo sabéis todo, seguramente.

—Ten por cierto que lo averiguaré —contestó Lancaster.

Dicho lo cual abandonó la celda olvidando su puñal. Éste quedaba oculto bajo el pie de Ricardo. Más adelante, cuando soltaron del muro las cadenas de sus manos, recogió el arma y la escondió en una rendija.

Lancaster fue derecho a hablar con el señor de Morley.

—Ese hombre es mío —le anunció.

Morley le dedicó una sonrisa un poco demasiado amistosa.

—Mi querido conde, no creeréis que voy a regalároslo. Todo depende de vuestra liberalidad... o de la de otros.

En verdad es frecuente en la naturaleza de la mujer el dar consejo en brevedad y sin cavilar sobre cuestiones dudosas, o peligrosas, y que precisan urgente remedio.

William Caxton, The game and playe of the Chesse.

Tanto el documento incriminante que Ricardo sin duda tenía escondido en algún lugar accesible para él, como el mismo Ricardo, molestaban, desasosegaban y robaban el sueño al conde de Lancaster. Pero no era tan rico que pudiese competir con todo un rey de Francia.

Sin embargo el señor de Morley tardó casi un mes en averiguar esto, y pasaron varias semanas más hasta alcanzar, finalmente, un acuerdo con el rey Felipe. El rey entraba en componendas con el señor de Morley; obedeciendo a su inveterada tacañería, se comprometió a pagar la mitad del rescate negociado a cambio del derecho a enviar embajadores que interrogasen al cautivo en su prisión. Y luego, si el resultado fuese satisfactorio, se dispondría su traslado a Francia y el pago de la otra mitad.

Hacia mediados de agosto se presentaron en Haughton-le-Moor tres señores dispuestos a iniciar los interrogatorios. Su aparición prestó renovada actualidad al tema de los templarios y fue la comidilla de todas las conversaciones.

Beatriz, que apenas lograba disimular sus sentimientos hacia el caballero, fue la única que se entristeció. Ansiaba volver a visitarle, pero la advertencia del mismo prisionero y, sobre todo, el temor a la cólera de su padre se lo impedían. Con todo, mantuvo la costumbre de salir a pasear por el patio después de cenar, con la esperanza de captar algún rumor procedente de los calabozos. Algunas veces creyó escuchar un suspiro; en otra ocasión, una tos, y una vez le pareció que el preso le pedía algo. Pero tampoco podía estar segura; tal vez fuesen jugarretas del deseo y de su imaginación.

A finales de agosto, durante un mediodía especialmente caluroso, Blanca se distraía con su labor de punto y escuchando la conversación de sus hermanos. Hacía demasiado calor para salir a cazar o para dar un paseo por sus fincas; en cambio reinaba en los aposentos de las mujeres un ambiente agradablemente fresco, motivo por el cual se habían refugiado también allí lady Morley y Alicia. Durante los rigores del estío, sobre todo, se recomendaba a las damas que permanecieran en casa, para que el sol no quemase su cutis delicado.

Hubo un silencio. Beatriz entonaba en voz baja los versos de una canción, pero justamente cuando las tiernas notas empezaban a llenar el aire de la estancia se oyó un grito desgarrador procedente de los calabozos. Beatriz se quedó yerta, la aguja y el hilo de seda escaparon de sus manos, y palideció. El ovillo rodó por el suelo y se detuvo a los pies de Godofredo.

—¿Nervios, hermanita? Es nuestro prisionero, nada más —dijo sin darle importancia, al tiempo que se inclinaba para devolverle el ovillo.

Ella, tratando de contener las lágrimas, se volvió hacia su madre. Pareció entonces que no había sido un grito sino una frase breve, mezclada con un fuerte quejido de dolor, y se estremeció.

—¿Lo habéis oído? —preguntó con un hilo de voz, tratando de parecer despreocupada, pero sin conseguirlo.

Lady Morley asintió con indiferencia. Estaba acostumbrada a escuchar rumores parecidos, ya que no se trataba de un suceso infrecuente. Su esposo no tenía

contemplaciones para quienes se cruzaban en su camino, aunque era la primera vez que alguien se quejaba en latín.

—Deus propitius esto mihi peccatori —dijo, y tradujo en seguida, ya que su hija no entendía el latín—: Dios se apiade de mí, pecador.

—Pues ¿no dijo que un templario nunca pide clemencia? —se burló Timoteo.

—Sólo a Dios —le corrigió lady Morley sin inmutarse.

Era una mujer instruida y sabía muchas cosas, aunque procuraba no hacer demostración de ello, prefiriendo vivir a la sombra de su poderoso y colérico marido.

—Los franceses le conocen bien. Ellos le enseñarán lo que es el miedo —dijo Godofredo.

Transcurrieron horas sin que Beatriz lograra olvidar el sonido de aquella voz. No veía llegado el momento de levantar los manteles de la cena. Cuando por fin pudo salir al patio, esperaba y al mismo tiempo temía escuchar algo. Pero no salió ningún ruido de aquellas profundidades, y se sintió embargada por un temeroso presentimiento. Entró en la capilla y aguardó allí a que oscureciese por completo, mientras rogaba en sus oraciones que él siguiese con vida.

Por fin se extinguió en las ventanas de la capilla el último resplandor cárdeno del sol poniente, y las tinieblas envolvieron el castillo. Con los miembros envarados, Beatriz se incorporó e hizo la señal de la cruz. En seguida abandonó la capilla y alcanzó con disimulo la escalera por donde se bajaba a los calabozos. Mientras avanzaba temblando de frío, pues sólo vestía livianas prendas de verano, rebuscó en el grueso bolso la primera moneda de oro.

Las negociaciones con los centinelas se desarrollaron con rapidez y sin complicaciones; al poco se halló delante de la puerta que ya conocía y miró a través de la reja. El hombre del hábito negro era un bulto apenas visible. No había oído los ligeros pasos de Beatriz; estaba echado en el suelo de la mazmorra y el brazo izquierdo formaba con el cuerpo un ángulo extraño. Por un breve instante ella temió que estuviese muerto, pero luego vio que levantaba la cabeza y alzaba despacio la mano derecha hacia el muro, buscando a lo largo de los sillares. Al parecer sus dedos encontraron lo que buscaba, pues se incorporó no sin esfuerzo hasta quedar de rodillas y empezó a extraer un objeto oculto en una rendija. Palpaba con torpeza, y con horror ella se dio cuenta de que le faltaban la mayoría de las uñas. Vio el frío fulgor del metal cuando por fin él logró extraer la daga de su escondite. Sin titubear ni un instante, volvió hacia sí la hoja del arma y apoyó la punta exactamente sobre la costilla inferior, dirigida hacia arriba para atravesar el corazón. Beatriz lo contemplaba como paralizada, mientras él trataba de dominar el temblor de la mano que sujetaba la empuñadura. En el mismo instante en que él llenaba los pulmones de aire para reunir las últimas fuerzas y administrarse la puñalada fatal, Beatriz exhaló un grito. El hombre se sobrecogió; quedó sentado un instante, petrificado. Luego se le relajó la mano, la daga escapó de los dedos temblorosos y en el suelo con golpe metálico.

Al ruido de los cerrojos y de los pasos de ella pareció volver en sí. Y cuando la delicada figura se acuclilló a su lado la miró con ojos sin expresión, como si no la conociese. —¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacéis?

Sin responder, él volvió lentamente el rostro hacia la puerta. —¿Habéis venido sola? —preguntó. —Sí. Entregadme esa daga, Ricardo. Él rió, y el sonido de aquella risa la horrorizó. —Todavía no ha cumplido con su misión —dijo en tono tranquilo, y cuando vio que ella le miraba con espanto repitió en voz alta las palabras que se había dicho a sí mismo antes de que ella apareciese—. «Él, que desea morir, no teme a la muerte. ¿A qué temerla, si

Cristo es la vida para él y la muerte una victoria?» No tengo otra elección. Si ahora no pongo fin a mi vida, mañana tal vez flaquearé y hablaré, porque no soporto más el tormento. Pero no quiero traicionar a mis hermanos.

—¿A tal punto han llegado con vos? —preguntó Beatriz, aunque avergonzada de sus propias palabras. —Conozco mis propios límites —contestó con sencillez. Al recobrar los sentidos volvía el dolor. Apretó el brazo herido contra el cuerpo sin darse cuenta de que al hacerlo entreabría la camisa y descubría parte del pecho y el hombro. Ella se hizo a un lado y cuando cayó sobre Ricardo el resplandor de la antorcha, pudo ver que tenía grabada a hierro candente en la piel, y muy profundamente, una gran cruz ochavada, la enseña de los templarios, que le cubría todo el ancho del hombro derecho y el pecho del mismo lado hasta la tetilla.

—Una marca a fuego —explicó él al advertir la mirada de ella—. Para marcar al hombre que gusta de disfrazarse bajo prendas ajenas. —Profirió una risa súbita y continuó—: Estoy orgulloso por llevarla. Puesto que no puedo vestir el manto del Temple, ahora la cruz estará siempre conmigo.

Beatriz meneó la cabeza con incredulidad.

—Vuestra sangre fría me sobrecoge. ¿Fue entonces cuando gritasteis?

—No he gritado. He implorado el perdón de Dios —hizo una pausa y añadió, como disculpándose—: En realidad, me temo que he gritado.

—Sería mejor que escondierais de nuevo esa daga, no vayan a encontrárosela. Y no la uséis, si todavía tenéis ánimos para resistir. Yo... yo os ayudaré a escapar.

Aquellas palabras le desconcertaron, y guardó silencio. Al cabo de un rato habló con ironía:

—Llevo ya cinco meses cavilando sobre esa posibilidad... sin resultado. ¿Acaso creéis que sea tan fácil? Por otra parte, no veo por qué habríais de ayudarme, ni cómo podríais hacerlo sin poneros en peligro vos misma, por no mencionar la excomunión a que os exponéis.

—¿Por qué, decís?

Ella le miraba con dolida incredulidad. ¿Cómo era posible que no lo hubiese comprendido? ¿No había notado la mirada anhelante con que le había seguido ella siempre que coincidieron en un mismo lugar? El mismo día de su encuentro, y durante el torneo, y durante la cena, y en la sala grande durante la visita de Lancaster, y cuando le visitó por primera vez en su mazmorra.

Ricardo rehuyó su mirada implorante y buscó apoyo en la pared tratando de incorporarse.

—Uno de nuestros antepasados, durante un asedio, consiguió escapar del castillo por un pasadizo secreto que desemboca en no sé qué lugar junto al río —insistió ella en voz baja.

—¿Dónde queda ese pasadizo? —preguntó él sintiendo renacer la esperanza.

—No lo sé.

Él rió con sarcasmo.

—En nuestra capilla oficia un anciano monje que estuvo aquí por aquellos días. Tal vez pueda ayudarnos.

—¡Tal vez! ¿Quién nos asegura que ese monje conozca la entrada?

—El entonces señor de Morley escapó con toda la guarnición y atacó a los sitiadores por la retaguardia —explicó Beatriz.

Ricardo contempló con emoción el semblante compungido de su interlocutora.

—No he querido burlarme de vos. Me acordaba de una vieja bruja, o lo que fuese, que me anunció el año pasado que no viviría para ver esta primavera. Acertó, pero ¡voto a Dios!, todavía estoy vivo. Hablad con ese monje, mi buena doncella, y pedidle su ayuda. ¿Os parece que podéis confiar en él?

Ella asintió con decisión y para infundirle ánimos, sonrió y apoyó una mano en su brazo.

—Tened un poco de fe en mí, Ricardo. Os salvaré de este calabozo. Y no tratéis de atentar contra vuestra propia vida.

—Ignoro en qué manera habré merecido tanto amor.

—Eso no importa ahora. Volveré mañana, antes de la hora nona. Ellos salen mañana hacia York y no nos molestarán.

Volvió a rozarle suavemente el brazo y se dispuso a abandonar la celda. Él siguió con la mirada sus armoniosos movimientos.

—Traedme un poco de sal. Y tened cuidado —dijo cuando ella estaba a punto de salir.

Beatriz asintió con una sonrisa en los labios, y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Engañar al defraudador no es engaño, y quien obra bien obedece a Nuestro Señor.

William Caxton, The game and playe of the Chesse.

La noche y la mañana siguiente parecieron interminables. Ricardo no pudo conciliar el sueño, por lo que rezó y recorrió infinidad de veces los tres pasos de anchura de su celda, como un león enjaulado, hasta que la fatiga de su cuerpo agotado y desnutrido le obligó a tenderse.

Tomó el mendrugo de infame pan negro y lo raspó con los dientes para quitarle el moho. Un bocado de lo sobrante bastó casi para obligarle a devolver, y rápidamente bebió un sorbo de agua para quitarse el mal sabor de la boca.

Por último quedó adormilado hasta que le despertó el agua fría de una gotera que le daba en la espalda.

Poco después oyó los ligeros pasos de Beatriz en el pasillo. El ruido de los cerrojos al descorrerse sonaba como música celestial a sus oídos, y la esperó apostado junto a la pared de enfrente. Ella le saludó con una sonrisa que a él le pareció ya familiar, y encaminándose derecha hacia él le ofreció una jarra de vino y un envoltorio con pan blanco y fiambres que había introducido ocultos bajo sus amplias faldas.

—Que Dios os lo premie —dijo él, aceptando con ansia la comida y el vino, aunque supo dominarse para tomar sólo un par de bocados de pan y un trozo de fiambre, sabiendo que su estómago no soportaría un atracón. El vino lo vivificó, sin embargo.

—¿Habéis traído la sal? —preguntó.

Ella asintió, y desató una bolsa que llevaba al cinto para extraer un tarrito de barro, el cual destapó mostrando su contenido. Él hizo un ademán hacia el pasillo.

—¿Y los guardianes?

—Tenemos tiempo. Les he dado dos jarras de vino y un par de monedas de oro.

Ricardo entreabrió el hábito y la camisa, y apretó los dientes mientras se disponía a esparcir un puñado de sal sobre la piel quemada, y también sobre las yemas de los dedos, cuyas uñas le habían sido arrancadas una tras otra con cuchillos por sus verdugos. Con una mano que temblaba señaló una baldosa del suelo que había aflojado: —Esconded la sal ahí debajo.

Mientras ella se arrodillaba, obediente, él cerró los ojos tratando de dominar el dolor de la mordedura de la sal en las heridas. Beatriz se sentó en el suelo a su lado y se arrimó a él. —Hace frío aquí abajo —exclamó.

—Fuera hace sol y calor, y el cielo tiene un color azul intenso. —¿Cómo lo sabes? —Traéis el olor en vuestras ropas. Ella rió como si no diese crédito a sus palabras. —Traigo una cosa para ti.

Al abrir los ojos él vio que metía la mano bajo la capa y sacaba con precaución una rosa roja. Riendo, él tomó el tallo entre el pulgar y el índice y respiró con delicia el dulce perfume. Era como respirar el verano mismo, más intenso incluso que el calor que ella traía.

—En los dieciocho meses que estuve visitando a mis hermanos en las cárceles, nunca se me ocurrió alegrarles la vida con una flor. En cambio, recuerdo que ellos adivinaban por el olor de mis ropas cuándo había llegado la primavera.

Sería el aroma de la flor, el calor del vino que circulaba por sus venas o la presencia de ella, pero por unos momentos casi se sintió feliz. La escuchó mientras ella le hablaba de sus hermanos y de cómo le costaba disimular sus sentimientos cuando ellos le calumniaban en sus conversaciones.

—Vuestros hermanos se atreven a opinar de asuntos que ignoran por completo —sonrió él—. ¿Vos creéis las cosas que se cuentan de nosotros?

Ella titubeó antes de contestar:

—Yo no creo que hayas hecho nada de lo que debieras arrepentirte.

—Al contrario, he hecho más cosas de las que debo arrepentirme que ninguno de mis hermanos. Y la única excusa que puedo aducir es que las más de las veces me he visto obligado por las circunstancias. Tenemos una regla muy severa, madame, pero durante estos dos últimos años no ha sido fácil cumplir con sus exigencias.

—No me refería a eso. ¿Acaso tus hermanos no han sido acusados de herejía por el Santo Padre en persona? Cuando la santa Iglesia duda de ellos, alguna razón tendrá.

—Eso es lo que creen la mayoría de las personas. Ahora no podemos entrar en una larga discusión sobre este asunto. El Santo Padre ha permitido que lo engañaran con un montón de mentiras, y se ha dejado intimidar y manipular por los secuaces de Felipe.

Habló con tanta violencia que Beatriz no se atrevió a replicar, asustada por la súbita aspereza de su voz; pero él mudó el gesto en seguida y la miró con ojos risueños.

—Debéis ser más precavida —le advirtió—. Si permitís que trasluzcan vuestros sentimientos durante las conversaciones, adivinarán que me visitáis y sospecharán que deseáis ayudarme a escapar. Entonces todo estaría perdido y no sólo para mí, sino también para vos. Pensad en vuestro porvenir. ¿Sois la prometida de Guillermo de Scarborough, verdad?

—Sí, pero no le amo. He dado largas al casamiento con los pretextos más inverosímiles.

Ricardo se puso en pie y de nuevo paseó de arriba abajo.

—Yo os agradezco vuestra ayuda y la acepto de buena gana —dijo en tono sereno—. Ayudadme a escapar, si podéis, pero no comprometáis vuestro propio futuro.

Ella estaba muy pálida y sus labios temblaban.

—Pero... —balbució, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas sin poderlo remediar—. Si te ayudo a escapar de los calabozos de mi padre no podré quedarme aquí, y además no deseo quedarme. Quiero huir contigo.

Entonces él la tomó del brazo y habló con énfasis:

—Eso no es posible, ni lo será jamás. Las reglas de nuestra orden no nos toleran el menor trato con mujeres.

Ella le sonrió a través de sus lágrimas, con aquella sonrisa suya capaz de desarmar todas las objeciones y que casi le hacía desvariar:

—¿Es que no lo comprendes? ¡Yo te quiero!

Ricardo intentaba dominar la excitación física que hacía suscitar en él la proximidad del cuerpo femenino. Pese al frío de la mazmorra, sintió un calor sofocante y deseó poder echarse un cubo de agua fría por la cabeza, o caminar descalzo sobre un campo de ortigas. ¡Dios, y cuánto deseaba tomarla entre sus brazos y enjugarle las lágrimas a besos! Trató de imaginar cómo le escocerían las ortigas en las plantas de los pies. Algo remedió eso, pero también sintió muy adentro un dolor íntimo al negarse lo que más ansiaba su corazón.

—¡Por el amor de Dios!, contadme lo que ha dicho el monje —rogó.

Ella tenía los ojos tristes, pero no se lamentó.

—Sabe dónde estaba la entrada. En los años transcurridos se han hecho obras en el castillo y será preciso buscarla, pero dice que, en cualquier caso, está aquí abajo, en los sótanos y en el ala noroeste de la fortaleza.

—¿El noroeste? Es el lugar en donde estamos.

Ella lo pensó un instante y luego asintió.

—¡Por la Cruz de Cristo! Cinco meses devanándome los sesos, pensando cómo escapar de aquí, ¡y resulta que lo tenía delante de las narices!

—Perdona, pero antes no habría sido capaz de hacerlo. Me ha costado mucho persuadirme de que debía obedecer a las intuiciones de mi corazón y que no obraba mal con ello. No ha sido una decisión fácil.

—Pero al fin lo decidisteis, gracias sean dadas a Dios por ello.

Acercándose a la puerta del calabozo, miró a través de la reja estudiando la pared izquierda del corredor. Luego se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—La pared parece sólida. Los sillares están bien aparejados y la obra es reciente. Esta entrada debía hallarse bien oculta, de manera que los albañiles no repararon en ella cuando renovaron esta parte de los muros. ¿Qué aspecto tenía esto antes?

—No lo sé. Nunca había estado aquí antes de que te apresaran. Estamos igual que al principio, ¿verdad?

—No del todo. Llamad al centinela para que os acompañe a la salida.

Se inclinó para ayudarla a incorporarse.

—Lleváis demasiado rato aquí.

Le devolvió la jarra vacía, que ella ocultó de nuevo entre los pliegues de su falda, y antes de que saliera él agregó:

—Volved de hoy en tres días, si os es posible.

Cuando corrieron los cerrojos volvió a sentirse muy solo. Escuchó los pasos que se alejaban en el corredor y elevó una breve acción de gracias a Dios.

Entre York y el castillo de Haughton-le-Moor mediaba una jornada a caballo. Tal como había calculado Ricardo, dos días más tarde y poco después del amanecer lo llevaron de nuevo a la cámara de torturas. No tenía manera de averiguar a qué habían ido a York; tal vez ni siquiera tuviese nada que ver con él. Pero una cosa era segura: habían regresado decididos a hacerle hablar aquel mismo día. Él calló, apretó los dientes y procuró aislar su mente de las voces que insistían lanzándole una pregunta tras otra. Gritó cuando le pintaron con grasa en la espalda tres franjas anchas y lo ataron cerca del fuego. Avivaban la hoguera con un fuelle, y graduaban el tormento por medio de una plancha de hierro pulido que reflejaba el calor. Mucho después de la hora nona lo desataron y lo devolvieron a su celda; como no podía tenerse en pie, le obligaron a recorrer el pasillo sobre las manos y las rodillas. El prisionero se sintió más humillado que nunca en toda su vida. El dolor le enturbiaba los ojos y le obligaba a arrastrarse a tientas, golpeándose los dedos ensangrentados con las losas. Pese al aturdimiento, una idea se abría paso en su mente. Siguió arrastrándose hasta llegar frente a la puerta de la celda, pero hizo como si no la hubiese visto y palpó el suelo en derredor, por si descubría casualmente una rendija que hubiese revelado la presencia de un pasadizo secreto. Cuando creía haber encontrado ya una rendija sin argamasa entre las piedras, le intimaron a entrar en la celda mediante un golpe en las costillas. Pasó varias horas inmóvil sobre el frío suelo. Las quemaduras de la espalda le causaban fiebre; al mismo tiempo tiritaba de frío pero no podía cubrirse con la camisa porque no soportaba el roce de la tela.

Poco después se oyó de nuevo el ruido de pasos en el corredor y el del cerrojo al descorrerse hizo que se estremeciese de los pies a la cabeza. Así le resultaba más fácil continuar el juego según lo había planeado. Dejó libre curso

al miedo físico que aparentemente le había vencido ya la vez anterior, y retrocedió temblando ante la irrupción de los verdugos en la celda.

El francés se detuvo en el umbral y sonrió satisfecho de sí mismo. Al fin tenía a su víctima en el punto deseado. Al fin había roto el último reducto de resistencia de aquel espíritu orgulloso e insumiso. Sólo faltaban un par de horas más, y luego se podría dejar que hablase... toda la noche, si fuese necesario. Los dos guardianes tomaron al preso de los brazos y lo sacaron a empujones.

Como aflojaron la presa un poco al notar que se dejaba llevar con docilidad, pudo librarse de un súbito tirón. Retrocedió hasta tropezar con la pared del fondo del pasillo e hizo aspavientos con los brazos, chocando las cadenas contra el muro. Sonaba a macizo. —¡Por el amor de Dios, dejadme en paz! —gritó cuando los carceleros volvieron a por él.

Con los dedos ensangrentados tocaba la pared como si quisiera aferrarse a ella en su estado de extrema desesperación. El francés asintió, complacido.

Sin embargo Ricardo no logró descubrir nada que permitiese sospechar la presencia de un vano. Mientras se persignaba oyó que las cadenas de sus tobillos, que arrastraba por el suelo, daban un sonido a hueco, ¿o le habrían engañado sus oídos?

—¡Santa Madre de Dios, apiádate de mí! —susurró mientras aguzaba el oído, atento al ruido de las cadenas mientras lo conducían a la cámara de tortura.

No cabía el error; eran cuatro las losas del suelo huecas, formando un cuadrado por donde podría pasar un hombre no demasiado grueso. Ricardo se dijo que no tenía motivo para preocuparse por su corpulencia; desde la llegada de los franceses a Haughton-le-Moor había vuelto a quedarse en la piel y los huesos.

Aquella noche Beatriz le oyó gritar varias veces. Lo colgaron con pesos en los pies, y le aplicaron el fuego de manera intermitente.

Al cabo de media hora empezó a balbucir palabras incoherentes, como si la pérdida de sangre le hiciese delirar. Conocía los efectos de la tortura, tal vez incluso mejor que sus verdugos, lo cual le permitió engañarlos. Sólo pudieron sonsacarle frases sin sentido, de las que no sacaron nada en limpio. Sin la experiencia adquirida con las víctimas de los torturadores de Felipe, aquella noche seguramente habría perdido la vida.

Contrariados, lo devolvieron a su calabozo y lo dejaron en paz de momento.

Beatriz cumplió fielmente lo convenido. El tercer día bajó a las mazmorras y le halló acurrucado en el suelo, el rostro sepultado entre los brazos y éstos apoyados en las rodillas.

—¿Cómo estás, Ricardo? —susurró.

El alzó la cabeza y la miró con ojos todavía llenos de espanto. Cuando ella alargó la mano para acariciarlo y consolarlo él se hizo atrás.

—¡Os lo ruego por Dios, no me toquéis! —exclamó con voz ronca, atento al centinela que cerraba la puerta y echaba una última ojeada a través de la reja—. No os espantéis —susurró muy bajo, para que sólo Beatriz pudiera oírle—. No es tan grave como parece. Ellos creen haberme dejado casi moribundo. Sabe Dios lo que les habré dicho. Ni yo mismo recuerdo las necedades que les he contado. A ratos ni siquiera sabía si estaba fingiendo o no.

Ella asintió.

—He descubierto la entrada del pasadizo secreto —prosiguió él.

El semblante de Beatriz se animó.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. Tenéis cuatro días de tiempo para tomar las disposiciones necesarias. Además, los necesito para recobrar fuerzas. Creo que podré darles largas mientras tanto. —¿Qué debo hacer?

—Hablad con sir Roberto y explicadle este plan. Creo que se puede confiar en él. Necesitaré un caballo, armas y provisiones para dos días. En cuanto a vos, no debéis volver por aquí. La noche antes de la evasión haréis que un sirviente baje dos jarras de vino. Una de ellas debe contener un narcótico para los guardias de la entrada. En cuanto al guardián de mi celda, yo me encargaré de él, pues debe permanecer despierto para abrir la puerta.

—Tendréis preparado vuestro propio caballo —prometió ella. El optimismo de la joven le infundió valor. Tras impartirle el resto de sus instrucciones señaló con un ademán la losa bajo la cual había ocultado el tarro de sal.

—Hacedme otro favor antes de salir. No podré huir con las heridas inflamadas y la fiebre. Luego os llevaréis la sal. Recurrid a vuestros encantos para que mi guardián se apiade de este pobre hombre que ha perdido la razón.

Con estas palabras se bajó la camisa ensangrentada hasta la cintura y se tendió en el suelo.

—Hacedlo rápido —suplicó antes de introducirse la manga de la camisa en la boca a modo de mordaza. —Que Dios os dé fuerzas.

Beatriz se mordió los labios y, con las manos temblorosas, esparció la sal sobre las franjas en carne viva. Pese a la mordaza que le impedía gritar Ricardo exhaló un quejido ahogado tan espantoso que Beatriz estuvo a punto de dejar caer el tarro. Luego le acarició la frente con su fresca mano. Ricardo apretó los dientes sobre la mordaza. La sal le abrasaba la espalda.

De súbito notó el aliento de ella cerca de su rostro, y al abrir los ojos Beatriz le besó las sienes, cuyos pulsos latían febrilmente, tras lo cual salió corriendo del calabozo.

A primera hora de la tarde, dos días después de aquella última visita en las mazmorras, Beatriz se dirigió a los establos y ordenó al mozo que ensillara a Pilgrim. Cuando lo tuvieron preparado y lo sacaron de las cuadras, contempló el negro caballo de batalla desde una prudente distancia, impresionada por su tamaño y su fuerza. ¿Sería capaz ella, tan delicada, de montar en semejante coloso? Ricardo le había asegurado que sí, aconsejándole sobre todo que procurase no demostrar miedo, porque el animal no dejaría de notarlo.

—Habladle con tranquilidad, acariciadlo y no intentéis montarlo hasta que os hayáis ganado su confianza —había dicho.

El caballo estaba intranquilo, escarbaba la tierra con las pezuñas y sacudía vigorosamente la cabeza y las largas crines.

—Tranquilo, Pilgrim —dijo ella, al tiempo que se acercaba con decisión—. Ahora aprenderás a conocer a tu nueva dueña.

El día anterior, el señor de Morley le había regalado el caballo tan pronto como ella dio a entender su interés por el animal. Beatriz sabía que su padre era incapaz de negarle nada cuando estaba de buen humor.

—Seré buena contigo, como lo ha sido Ricardo —dijo.

El caballo había sido montado por algunos de los gañanes, pero lo habían tratado con indiferencia y en ocasiones con brutalidad.

Beatriz montó a horcajadas. Llevaba una falda ancha que le permitía libertad de movimientos.

—Ahora saldremos a dar un paseo tú y yo, Pilgrim.

Al escuchar su nombre el animal enderezó las orejas.

—Ya podéis soltarlo —ordenó al mozo de cuadra, quien le entregó las riendas.

—¿Seguro que no queréis que os acompañe alguien?

—Sí, es un caballo acostumbrado a andar solo con su dueño. No me sigáis, porque la vista de otro animal podría encabritarlo. Será un paseo corto.

Cuando hubieron bajado el puente levadizo, ella oprimió los flancos del animal con las piernas y lo puso al trote. Una vez pasado el puente, dejó que galopara.

Beatriz respiró a pleno pulmón el aire fresco y disfrutó la sensación del viento jugando con sus cabellos. El caballo se le antojó algo duro de boca, pero ella misma se sorprendió al comprobar que conseguía dirigirlo con facilidad.

—Cuánto me gustaría que fueras realmente mío —siguió hablando con el noble bruto—. Preferiría quedarme con los dos, pero lo malo es que tu dueño resulta inaccesible para mí. Pronto será preciso devolvarte, Pilgrim, y tendré que despedirme de ti.

En efecto tendría que despedirse de él, y también de su juventud despreocupada, del castillo de su padre y de todos los seres queridos. Era muy alto el precio que iba a pagar por traicionarlos.

No tardó en llegar al castillo de sir Roberto, quien la recibió con cordialidad y la ayudó personalmente a desmontar.

—Qué agradable sorpresa, lady Beatriz —dijo, contemplando el corcel negro con sorpresa.

—¿Podemos hablar a solas? —dijo ella, algo avergonzada.

—Cómo no, milady —replicó él, invitándola a entrar.

Una hora más tarde se dispuso a abandonar el recinto amurallado. Sir Roberto le besó la mano y cambiaron una mirada de mutuo asentimiento. Él inclinó la cabeza de manera apenas perceptible, pero ella le entendió y se despidió con una sonrisa.

Poco antes del anochecer regresaba a Haughton-le-Moor, hambrienta pero feliz.

Al día siguiente se llevó en secreto algunas pertenencias y las escondió en las alforjas de Ricardo, luego salió a dar otro paseo con Pilgrim. Al anochecer se introdujo furtivamente en el pañol y sacó entre sus ropas la espada, la daga y las espuelas de Ricardo. A la mañana siguiente emprendió un nuevo paseo a caballo y exploró la orilla del río. Bajó por las peñas y permaneció largo rato sentada a la vera del agua, en la que mojó las manos notando la fuerza de la corriente. Los matorrales en flor teñían toda la ribera de un esplendoroso color violeta claro. ¿En qué lugar de aquellas espesuras desembocaría el pasaje secreto?

Era de temer que la salida estuviese recubierta de matorrales y raíces, pues hacía muchos años que no había sido utilizada. ¡Virgen Santísima! ¡Con tal de que no hubiese quedado impracticable!

Sintió un alivio inmenso cuando por fin llegó la hora en que, de acuerdo con sus planes, anunció que pensaba visitar a sir Roberto, en cuyo castillo alegraba la velada un juglar recién llegado del sur. Montó a Pilgrim y en el momento de cruzar el puente levadizo se volvió con fingida jovialidad y agitó la mano para despedirse de su padre. Tan pronto como se halló a distancia suficiente puso el caballo al galope y no se detuvo hasta que la recibieron los brazos consoladores de sir Roberto, que la esperaba a las puertas de su fortaleza. Juntos pasaron revista a las pertenencias de Ricardo, y Beatriz contempló con admirada curiosidad, los ojos muy abiertos, la sotana negra del fraile, la capa blanca del leproso, los harapos del siervo y las prendas elegantes con que había asistido a la boda de Blanca, y que mostraban todavía las huellas del duelo con Gilberto de Mansourah.

El resto de la jornada lo dedicó Beatriz a lavar y remendar aquellas ropas a la luz incierta de las velas.

En Haughton-le-Moor, Ricardo permanecía atento a la débil claridad que entraba por el respiradero, hasta estar seguro de que hubiese anochecido y transcurrido un rato suficiente para que todos los habitantes de la fortaleza quedaran sumidos en el sueño. Estiró los entumecidos miembros y se ató las

botas. La daga del conde de Lancaster estaba bien segura en su cinto, cubierta por los pliegues negros de su hábito. Luego se tendió en el suelo y empezó a lanzar fuertes quejidos para llamar la atención del guardián que dormitaba al fondo del pasillo.

—¡Centinela! —gritó con voz ronca, pero aún le fue necesario dar dos voces más para que el hombre se levantara de su banco de madera y se acercase a la puerta, arrastrando los pies.

Cuando el rostro del guardián asomó detrás de la reja, Ricardo se incorporó a medias sobre los codos y murmuró:

—Tengo sed. No he bebido nada desde ayer. Alguien olvidó echar agua en la escudilla. Por el amor de Dios, amigo, dame un poco de agua.

Retrocedió hasta apoyarse en la pared y jadeó mientras aguardaba la reacción. Era la primera vez en cinco largos meses que suplicaba a sus guardianes.

El hombre asintió y se alejó, para regresar al cabo de un rato con una escudilla llena hasta el borde, que dejó en el suelo de la celda, un poco apartada del prisionero.

—Dios te bendiga —dijo Ricardo, poniéndose dificultosamente de rodillas. Recogió la escudilla y bebió, mientras el guardián le contemplaba.

Cuando se disponía a abandonar la celda, Ricardo se incorporó de un salto, le arrojó la escudilla con el resto de su contenido y le asestó un fuerte golpe en la nuca con el pomo de la daga. Contempló con satisfacción cómo caía al suelo sin sentido entre los pedazos del recipiente. Rápidamente lo amordazó y salió de la celda, no sin cerrar la puerta a sus espaldas. Luego tomó la antorcha de la pared y alumbró las cuatro baldosas. A lo lejos se oían los ronquidos de los demás guardias.

Transcurridos unos diez padrenuestros había logrado levantar una de las baldosas; lo demás fue fácil, y entonces vio a sus pies un agujero negro cubierto por una reja de hierro sobre la cual habían colocado las losas. Un olor a moho y humedad invadió su olfato mientras se deslizaba por la estrecha abertura hasta encontrar un punto de apoyo para los pies. Requirió la antorcha, tomándola con la izquierda, y volvió a colocar cuidadosamente las baldosas para cubrir el agujero sobre su cabeza. Levantó la antorcha, pero apenas consiguió ver nada. Estaba en un túnel con fuerte pendiente descendente, al fondo del cual imperaba la más negra oscuridad. Poco a poco fue avanzando, palpando los muros, hasta que hubo recorrido unos seiscientos pies. Cuando empezó a ver raíces que cruzaban el pasadizo en sentido transversal dedujo que se hallaba debajo de la muralla del castillo.

El aire estancado era casi irrespirable. Ricardo sabía que en aquella parte era más probable que se tropezase con algún hundimiento. Pronto se vio obligado a ir cortando raíces para poder continuar, hasta que se detuvo ante una imponente acumulación de arena, tierra y raíces que le impedía continuar. Acercó la humeante antorcha y se santiguó. No tenía más que una alternativa: cavar y abrirse paso, o deshacer lo andado y regresar al calabozo. En seguida se puso a trabajar. Más de una hora transcurrió antes de que recibiese en la cara una vaharada de aire fresco. Estiró el cuello y alzó la antorcha, que ahora daba más claridad, pero no logró ver la situación del agujero. En cualquier caso, necesariamente debía existir una abertura en algún punto del techo. Siguió escarbando con energía indomable. La corriente de aire se intensificó. Obviamente, el camino a la libertad no andaba lejos. Pero aún tardó mucho tiempo en agrandar el agujero lo suficiente como para colarse a través de él. Por entre sus pies correteaban ratas y otros animalejos de pequeño tamaño. El resto del túnel lo recorrió medio corriendo, medio a tropezones, hasta que vio el resplandor de la luna a través de un matorral, último obstáculo entre su persona y la libertad. Sin dudarle un momento, apagó la antorcha y empezó a

desbrozar ramas. Ahí estaba el río, ancha cinta brillante bajo la plateada luz lunar y el cielo tachonado de miles de estrellas.

¡Libre! ¡Libre al fin! Pero no fuera de peligro todavía. Muy próxima aún, la negra sombra ciclópea de Haughton-le-Moor se cernía sobre él. Avanzó con cautela, procurando mantenerse pegado a las rocas de la orilla, hasta que observó un movimiento al otro lado del río. Al instante se detuvo y permaneció inmóvil, hasta que vio lo que era. Y era una persona que con sólo verla le llenaba de nueva vida. Sonrió y dijo su nombre en voz baja. Ella levantó la cabeza y miró hacia donde estaba él, pero sin verle. No obstante, le indicó mediante un ademán el lugar donde había ocultado las armas. Él meneó la cabeza ante tanta imprudencia, puesto que le había prohibido expresamente que le aguardase allí; no obstante se dirigió al escondrijo que le señalaba. Rápidamente se ciñó la espada y cerró la mano sobre el pomo de su propia daga. Se sintió reconfortado al tocar su arma, como si hubiese reencontrado a un viejo amigo, y lo mismo le sucedía con la espada, aunque ésta le pesaba en las manos como una barra de plomo.

En lo alto de la muralla, los centinelas hacían la ronda sin sospechar nada, mientras él vadeaba lentamente el río, cuyas aguas acusaban la baja del estío.

En la otra orilla Beatriz abandonó de un salto su escondite.

—¡Estás libre, Ricardo! —exclamó, y antes de que él pudiera impedirse lo echó los brazos al cuello y le besó en ambas mejillas, llena de júbilo.

Él se soltó con precaución, sin apartar los ojos de los adarves.

—¡Tienes la barba llena de arena! —se burló ella.

Él asintió con aire ausente y de súbito la tomó del brazo y la arrastró consigo detrás de unos matorrales bajos.

—¡A tierra! —ordenó, al tiempo que la empujaba con fuerza hacia abajo y la cubría con la manga negra de su hábito.

Al principio ella se sobresaltó un poco, pero en seguida se rehízo y le besó riendo la palma de la mano, sin reparar en que estaba sucia de tierra.

—Deja eso —dijo secamente él, mientras observaba con aprensión los movimientos de los centinelas.

Al mismo tiempo se preguntaba cómo era posible que en una situación así, su cuerpo se excitase por el contacto del cuerpo femenino que se apretaba contra él.

—Caminad por delante de mí —ordenó una vez se hubo asegurado de que podían continuar sin peligro.

Hasta que se hallaron bajo la relativa protección de una vaguada no aceleró el paso y se colocó junto a ella.

—Está muy oscuro, apenas puedo verte —dijo Beatriz, mirándole de reojo.

—Ahora ya sabéis por qué visto de negro.

—Sí. Todavía recuerdo la explicación que le diste a mi hermana Alicia cuando te lo preguntó.

Él sonrió.

—Como veis, el verdadero motivo es más práctico y sencillo. Sin embargo, tampoco mentí entonces, sólo que vos no podíais entender el sentido de mis palabras, porque dice san Bernardo que la boca que miente aniquila el alma.

Se detuvo de súbito, tratando de penetrar en la oscuridad con la mirada.

—¿Es sir Roberto? —preguntó.

Ella siguió la dirección que le indicaba, pero no vio nada.

—Pronto saldremos de dudas.

Lanzó un breve silbido. Al instante oyeron el galope de un caballo que se acercaba por el lado derecho, e instantes después se plantó delante de ellos la impresionante estampa de Pilgrim.

Ricardo soltó la mano de Beatriz y quiso tomarlo de las riendas, pero el caballo se hizo atrás.

—Quieto, Pilgrim. Soy yo —dijo, mientras dejaba que el animal le olfatease la mano—. No te gusta el relente de los calabozos, ¿verdad? Ni a mí tampoco.

En seguida Pilgrim reconoció a su amo, y le empujó cariñosamente con el belfo, mientras Ricardo le acariciaba el cuello y las largas crines. Beatriz los contemplaba con melancolía.

—Le niegas tu amor a una mujer y prefieres dárselo a un caballo, el cual te lo agradece a su manera —dijo, pero no había amargura en su tono.

—Touché, madame —se inclinó él, corroborando lo dicho—. El que no ama a nadie, se seca por dentro. De mí se espera que dedique mi amor a Dios, pero nunca me pareció suficiente consagrarle toda mi vida a Él solo.

Guardó silencio unos momentos, antes de proseguir:

—El amor que necesita el hombre, y que está dispuesto a dar no es nada tan elevado, sino una simple necesidad terrenal de calor, de algo material que se pueda tener y tocar, de algo que tenga vida y aliento.

No creía que ella le hubiese entendido, sin embargo. Tras calzarse las espuelas, montó a Pilgrim y la contempló desde lo alto de su montura. Estaba bella a la luz plateada.

—Subid. Peso tan poco ahora, que Pilgrim podrá llevarnos cómodamente a los dos. Colocaos aquí delante, al lado derecho. Me falta fuerza en el brazo izquierdo para alzaros.

Ella obedeció, agradeciendo la deferencia, y colocó el pie en el estribo al lado del suyo. Cuando él le rodeó la cintura con el brazo, ella volvió a echarle los suyos al cuello.

—Todo lo que necesitas es una mujer —dijo.

Él la alzó y la sentó delante de sí.

—No la aceptaría —replicó, al tiempo que daba espuelas a Pilgrim.

Un trecho más allá les salió al encuentro sir Roberto, y Ricardo, sin descabalar, le estrechó calurosamente la mano.

—Apenas encuentro palabras para manifestaros mi agradecimiento —dijo hablando con el corazón, pero sir Roberto hizo un ademán como quitando importancia al asunto.

—¡Vive Dios! Os creía ya muerto —dijo a su manera brusca, pero sin hostilidad—. Cuando Beatriz me contó que aún vivíais, no tuve inconveniente en ayudar.

—Confío en que eso no vaya a causaros dificultades.

—¡Ah! ¡Las dificultades son el pan de cada día! —rió sir Roberto, sin que tal idea pareciese inquietarle demasiado—. Mañana mismo se presentará en esta casa el señor de Morley con sus perros de presa. Le diré que su hija nunca apareció por aquí. Y naturalmente, él no lo creerá. Pero no podrá decir nada, porque no tiene pruebas.

—En cualquier caso, os deseo que seáis fuertes. Yo he tenido ocasión de conocer la cólera de los Morley y no diré que sea agradable de sobrellevar.

Picaron espuelas para poner los caballos al trote, y apenas hablaron hasta llegar al castillo, en donde entraron por una puerta excusada, donde fueron recibidos por un mozo de cuya fidelidad estaba seguro sir Roberto. Tenía ensillado y enjaezado un caballo de refresco para Beatriz. El mozo se llevó las monturas mientras sir Roberto introducía a sus invitados en la sala, donde les aguardaba una sopera humeante, platos de fiambres, pan y jarras de hidromiel y vino.

Sir Roberto empezó a servirse mientras escrutaba el pálido y demacrado rostro de Ricardo a la luz de las velas. El pesado trabajo de zapa en el pasadizo subterráneo lo había fatigado mucho, y había consumido sus últimas reservas de fuerza en la cabalgata hasta el castillo. En el ambiente confortable de la sala se le nublabla la vista. Sir Roberto le ofreció vino, pero Ricardo lo rechazó.

—Estuve durmiendo casi un día entero después de libar con demasiada asiduidad el vino que la doncella introdujo en mi celda —excusó la negativa.

Sir Roberto rió de buena gana.

—Eso no vamos a permitirnoslo ahora, ¿verdad? —comentó.

Al cabo de un momento, Ricardo apartó el asiento y se enjugó los labios. Aunque había comido poco, ya que su estómago no habría soportado un banquete, el alimento le infundía nuevas fuerzas.

—Tened la bondad de curar mis heridas, señor, antes de que reanudemos nuestro viaje.

Sir Roberto se puso en pie al instante y le hizo pasar a una habitación contigua, donde habían preparado tres cubas de agua caliente y un rintero de paños limpios de hilo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué sucio me siento! —exclamó Ricardo, dicho lo cual respiró hondo y empezó a desnudarse para quitarse la arena que había penetrado a través de sus ropas y recubría todo su cuerpo.

Echado de bruces sobre un banco de madera, dejó que sir Roberto le curase las quemaduras de la espalda.

—Así que ahora sois libre. ¿Qué haréis? —preguntó su anfitrión.

—Buscaré la manera de reunirme con mis hermanos.

—¿Y la doncella? Al socorremos ha hecho un gran sacrificio. Estáis en deuda con ella. ¿Qué haréis con ella?

—Le buscaré un refugio donde quede a salvo por ahora, ¿qué más puedo hacer?

—Casaros.

Ricardo se volvió bruscamente y se incorporó apoyándose el codo derecho. Entonces vio la mirada de espanto en los ojos del otro, quien hasta entonces no había advertido la cruz grabada a fuego en su pecho desnudo.

—¿Casarme? —Sus ojos grises sostuvieron la mirada imperiosa de su interlocutor—. Os confesaré la verdad, señor, aunque me castigue Dios por lo que voy a decir. Si yo fuese un hombre libre, me casaría con ella sin dudarlo ni un instante, porque la quiero de corazón. Pero mi cuerpo pertenece al Temple, del cual soy siervo y esclavo.

Sir Roberto le obligó a tenderse de nuevo sin demasiadas contemplaciones, y Ricardo hizo una mueca de dolor cuando entró en contacto con el duro banco.

—Estáis loco —dijo el castellano—. Beatriz es la criatura más adorable que jamás llevó el apellido Morley. Y va siendo hora de librarla de ese apellido, aunque no para convertirla en una Scarborough.

Ricardo aguantó el dolor mientras sir Roberto seguía curándole las heridas con mano más bien poco piadosa.

—He hecho los votos más sagrados que conozca la Cristiandad —prosiguió Ricardo— y debo cumplirlos mientras viva. Cada día de mi vida. Mis deseos particulares y mi voluntad no cuentan para nada.

—El voto que no pueda romperse no existe —replicó sir Roberto con cinismo—. Sobre todo en situaciones como la que vos atravesáis ahora. Sois hombre libre y vuestra familia no dejará de acudir en auxilio de ambos.

—Yo no tengo familia. Soy un bastardo, y además estoy excomulgado —dijo Ricardo, no muy inclinado a explayarse sobre sus circunstancias personales.

—Tengo amigos que os ocultarán —ofreció sir Roberto.

Ricardo apartó con impaciencia el brazo que sir Roberto le ofrecía para ayudarle a incorporarse.

—¿Qué esperáis de mí? ¿Que abandone a mis hermanos y al Temple por una mujer a quien nada puedo ofrecer, excepto pobreza, peligros y la maldición de la Iglesia?

—Beatriz nunca conoció a nadie más digno de ella que vos. Con tal de ser vuestra, arrostrará con valor todas las pruebas. Y éstas concluirán algún día, qué duda cabe.

—No quebraré mis votos ni por ella, ni por mí mismo.

—La orden templaria a la que tan encarnizadamente os obstináis en servir dejará de existir pronto.

—¡Voto a Dios! —exclamó Ricardo con violencia—. ¡Eso no sucederá mientras yo pueda hacer algo por evitarlo!

Sir Roberto le dirigió una ojeada escéptica.

—¿Os parece que podéis?

—Sí, tan cierto como que el Temple es el santuario del Espíritu Santo, y la Santísima Trinidad el fundamento de nuestra Iglesia. ¡Ya lo creo que podré!

El otro meneó la cabeza con aire compasivo.

—¿Es que no comprendéis lo que ha hecho ella por vos? Engañó a su propio padre, arrostró las iras de la Iglesia y abandonó casa y familia. Sólo le queda la reclusión en un convento, si no os apiadáis de ella.

—No estaba obligada a hacerlo. Le dije que no debía preocuparse por mí. Le advertí los peligros que corría si me ayudaba, y cuando ella insistió yo acepté su ayuda con gratitud. ¡Bastante peso llevo ya sobre mi conciencia para que os empeñéis en aumentar esa carga! No puedo obrar de otra manera.

Sir Roberto terminó de curarle la quemadura del hombro.

—Dentro de un mes sólo quedarán las cicatrices para recordaros vuestra estancia en Haughton-le-Moor —dijo con brusquedad.

Incorporándose, sacó una camisa de un arcón y se la arrojó al caballero.

—Si continuáis luchando por el Temple con vuestro cuerpo, pero vuestro corazón queda con ella, ¡no envidio vuestra suerte! Tratad entonces de vivir sin ella pero con los remordimientos de vuestra conciencia.

Ricardo exhaló un suspiro y siguió poniéndose las prendas que le alcanzaba sir Roberto. Eran sus ropas de gala, de cuando asistió a la boda de Blanca, aunque apenas reconocibles.

—Ella ha zurcido vuestras prendas y ahora está limpiando esa condenada armadura negra —sonaba a reproche—. Llevadla al priorato de Marrick. Hay allí un convento de benedictinas, como a una milla o dos al sur de Grimpton, por el camino de Richmond hacia poniente. Mi hermana mayor es una de las monjas, y Beatriz ha aceptado refugiarse allí... —titubeó—. Si no queda ninguna solución mejor.

El caballero desoyó estas últimas palabras de sir Roberto.

—La alojaré allí, y donaré a las monjas una regia suma para asegurarme su silencio.

Sir Roberto apoyó una mano en el hombro de Ricardo y le dijo:

—He escrito ya a las reverendas hermanas. Esperan recibir a Beatriz.

Ricardo permaneció un rato inmóvil y pensativo, con las botas en las manos, sin decir nada. Luego volvió la mirada hacia sir Roberto.

—Procuraré que los perros de Morley no puedan seguir nuestro rastro. Daremos un largo rodeo antes de ir a Grimpton, de manera que sea verosímil cuando luego diga la doncella que fue a pie hasta el convento. Tendrá que ser un rodeo bastante largo para que resulte creíble.

Tras atarse las botas, se puso en pie.

—Voy a pedir os el último favor —dijo—. Os ruego por el amor de Dios que no le repitáis las cosas que os he confesado. No serviría sino para hacer las cosas más difíciles. Ella no sabe que yo la quiero.

—No le diré nada —prometió sir Roberto—. Y cuidaré de ella por cuenta de vos, ya que esto era lo que ibais a añadir, ¿no es cierto?

—Sí —reconoció él al tiempo que se encaminaba hacia la puerta.

Beatriz había regresado a la mesa y estaba tomando unos sorbos de vino. Cuando ellos entraron sonrió y dirigió una ojeada de admiración a Ricardo.

—Mucho mejor —dijo mirando con malicia a sir Roberto.

Pero Ricardo estaba como ausente y miraba al vacío.

—Debemos partir cuanto antes. No tardarán en descubrir mi evasión, y cuando hayan sacado sus deducciones se presentarán aquí a uña de caballo.

Volviéndose hacia sir Roberto, le agradeció una vez más su ayuda.

—Andad con cuidado —respondió su anfitrión—. Seréis capaz de darle a alguien un buen golpe en la cabeza, pero nada más. Y cuidaos ese brazo izquierdo, que no tiene buen aspecto.

Ricardo asintió y acompañó a Beatriz. En la puerta se despidieron de sir Roberto, éste la ayudó a montar y ella salió detrás de Pilgrim.

—Pronto amanecerá —observó Ricardo—. Debemos darnos prisa.

Espolearon sus caballos y galoparon desviándose hacia poniente para cruzar por el bosque de Hamsterley, donde había comenzado su trágica aventura.

—¿Adónde vamos ahora? —jadeó Beatriz por entre el rumor del viento.

—Hacia el oeste, para salirnos de la jurisdicción de los Morley —respondió él.

Tras dejar a sus espaldas el bosque notaron que cabalgaban sobre un terreno cada vez más embarrado, y pronto los cascos de los caballos se hundieron en una especie de barro pantanoso que les obligó a reducir la marcha. Poco después Ricardo llevó los caballos al lecho de un arroyo y continuó aguas arriba.

—Tengo miedo —dijo Beatriz con un hilo de voz—. ¿Qué camino es éste?

—Yo nunca voy por los caminos —replicó él—. Nos dirigimos hacia los montes Peninos. Conviene vadear el arroyo durante una milla o poco más para no ser descubiertos por los perros que enviarán a perseguirnos. Luego nos echaremos al monte para encaminarnos hacia el sur.

—¡Pero si ésa es una región impracticable!

—Razón por la cual he elegido esa ruta.

La luna se ocultaba detrás de los espesos nubarrones grises que empezaban a apelotonarse sobre la lejana cadena montañosa. En el horizonte, sin embargo, asomaba ya la primera claridad de la aurora.

Ricardo hizo visera con la mano sobre los ojos y espoleó a su cabalgadura.

—Pongámonos a cubierto antes de que se haga de día —dijo—. Dentro de una hora no podré ver nada.

Al cabo de media hora la luz le hería ya dolorosamente los ojos, aunque el sol estaba velado todavía por una delgada cortina de niebla. Todavía recorrieron una milla o dos hasta encontrar un escondrijo abrigado y con el suelo seco. Ricardo cabalgaba protegiéndose casi constantemente los ojos con la mano.

Con las articulaciones entumecidas echó pie a tierra y acudió junto a Beatriz para ayudarla a desmontar, después de lo cual extendió por tierra su ancho manto negro, sobre el cual se dejó caer ella con un suspiro de agradecimiento.

Beatriz durmió hasta mediodía. Entonces abrió de pronto los ojos y miró con sorpresa a su alrededor.

—Buenos días —dijo.

—Es casi mediodía —replicó él—. ¿Tenéis hambre?

Ella asintió, y él le alargó las alforjas.

—¿Tanto rato he dormido? —preguntó ella entre dos bocados.

—Sí, pero no importa, puesto que no podremos continuar hasta que haya anochecido.

—Bien—dijo ella, y al cabo de un rato agregó, titubeando—: ¿Esta noche me llevarás... allí?

Él entendió que se refería al monasterio, y sintió remordimientos.

—Todavía no.

—Es extraño —prosiguió ella en tono pensativo—. En realidad sólo te he visto un par de veces, pero es como si fuéramos viejos amigos. A tu lado me siento completamente segura, aunque sería de esperar más bien lo contrario.

Él no contestó. No era necesario. Comprendió que debía dejar que ella se desahogase.

—¡Qué vida tan extraña la tuya! —prosiguió ella—. Siempre de un lugar a otro, sin casa, sin hogar, viviendo en los bosques o allí donde hayas plantado tu tienda. ¿No te fatiga eso?

—Estoy acostumbrado —respondió él, lacónico.

Ella asintió.

—¿Era uno de los vuestros aquel hombre de la barba rubia revuelta, las cejas muy pobladas y la cara colorada? —inquirió ella—. ¿O he preguntado demasiado?

—¿Dónde le habéis conocido? ¿Cuándo? ¿Por qué se presentó a vos?

Ella se sobresaltó ante la urgencia de su tono.

—Ocurrió cuando estabas desmayado en la picota. No pude resistir más el verlo. Al mismo tiempo, estaba convencida de que habías herido mortalmente a mi hermano. Te odiaba y odiaba a mi padre, a Godofredo y a todo el mundo. Salí a caballo y él debió seguirme, pues se presentó de súbito y me preguntó qué había ocurrido contigo —titubeó unos momentos antes de continuar—: Como te odiaba tanto, le dije que habías muerto.

El semblante de Ricardo permaneció inescrutable.

—Esto explica por qué no acudió nadie a rescatarme —se limitó a decir.

—Estuve casi enferma de remordimientos, pero no veía ninguna manera de reparar mi falta. Al menos, de momento. Tardé mucho en persuadirme de que debía traicionar a mi padre. Por poco tardo demasiado —dijo implorando perdón con la mirada.

—Nada tienes que reprocharte, mujer —dijo Ricardo—. En lo que me concierne, se ha cumplido la voluntad de Dios. Pues como dice el libro de los Salmos, el corazón del hombre le marca el camino pero la voluntad del Señor rige sus pasos.

—¿Conoces las Sagradas Escrituras? —preguntó ella, visiblemente impresionada.

El se encogió de hombros.

—Empecé a leerlas en latín cuando todavía era un niño. Teníamos pocos libros en el Temple. Cuando las hube leído tres veces consideraron que había aprendido suficientemente el idioma. He retenido en la memoria muchos versículos —sonrió—. Quisieron hacer de mí un hombre de iglesia, pero las armas me atraían más.

—¿Querríais montar la guardia? —pregunto al cabo de un rato—. Despertadme si oís o veis cualquier cosa.

Ella hizo ademán de quitarse el manto de los hombros, pero él se lo impidió.

—Conservadlo, estoy habituado al frío —dijo, mientras se tendía sobre un costado y se cubría los ojos con el antebrazo derecho. No tardó en quedarse dormido.

Transcurrieron muchas horas y el sol inició su carrera descendente hacia el oeste. Empezaba a refrescar y Beatriz se acurrucó junto al durmiente, buscando su calor. Él no se dio cuenta. Se le había caído el brazo a un lado; con cuidado, ella le acarició la frente para apartar el cabello y le besó. Luego fue resiguiendo juguetonamente los contornos de sus cejas, sus sienes y sus

mejillas. En el castillo de sir Roberto le había afeitado la barba, aunque no con mucho aseo, debido a las prisas. Ricardo rebulló en sueños y ella se detuvo un instante. Él suspiró y ella notó la caricia de su aliento sobre el dorso de la mano. En seguida sus finos dedos reanudaron el paseo; sonriéndose de su propio juego, ella resiguió la orgullosa curva de su nariz y la forma de sus labios. La respiración del hombre se hizo más acelerada, aunque ella no sabía lo que eso significaba y, movida por un afán incontenible, se inclinó sobre él. Notó el calor de su aliento un instante antes de que los labios de ella se apoyaran sobre los de él para besarlos. Medio desvelado, pero creyendo todavía que soñaba, él alzó una mano para acariciarle un hombro, al tiempo que respondía a su beso con tanta intensidad y pasión que ella se espantó y quiso retirarse. Pero él la retenía con fuerza, y empezó a explorar su cuerpo, a lo que ella se entregó, temblando de emoción cuando la mano masculina alcanzó su seno derecho. En ese preciso instante despertó él con un sobresalto.

Involuntariamente la rechazó con rudeza, pero ya era demasiado tarde. Jadeando con ansia, rodó por el suelo alejándose de ella e intentó mortificar el cuerpo sobre el duro suelo de roca. Al mismo tiempo se mordía el puño en una última tentativa por contenerse, pero notó en seguida cómo escapaba su semen y le empapaba el vientre. Incorporándose poco a poco, quedó arrodillado en tierra, con la cabeza baja. Cuando por fin levantó la mirada y la volvió hacia ella, tenía un rictus fiero en las comisuras de la boca y una expresión sombría en los ojos, tanto, que ella bajó los suyos con espanto, aunque él aún no había dicho ni una sola palabra, y se compuso las mangas del vestido sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó ella sin atreverse a mirarle.

—No —replicó él—. Siento repugnancia de mí mismo.

Ella le miraba sin comprender.

—Pero ¿si tú me has...? Yo creía que... ¿Cómo puedes ser tan implacable contigo mismo?

—No conmigo, sino con esa maldita debilidad de la carne —gruñó él de mal talante, dicho lo cual se dirigió hacia los caballos para ensillarlos con vistas a la continuación del largo viaje.

—Ricardo —aventuró ella tras una pausa—, ¿crees que me excomulgarán por haberte ayudado?

—Claro, pero no será por mucho tiempo. Os retirarán la excomunión cuando se sepa que habéis ingresado en un monasterio para hacer penitencia.

—Pero si no estoy arrepentida —protestó ella.

Él soltó la risa. A veces era tan ingenua y sencilla como una niña.

—Será mejor que no les digáis eso a las reverendas madres.

—Tengo miedo de quedar encerrada en ese convento para toda la vida, Ricardo. Nunca podré olvidarte.

Puso crueldad en la voz al replicar:

—Debéis olvidarme. Os quedo agradecido por vuestra ayuda, lady Beatriz, pero eso no tiene nada que ver con el amor. Debo continuar mi camino y en él no queda espacio para los recuerdos.

Consciente del daño que le hacía, se volvió de espaldas para no ver las lágrimas que corrían por las mejillas de Beatriz. Trataba de obligarla a romper con él; en su fuero interno, sin embargo, su propia conciencia también protestaba. Se cambió para endosarse de nuevo el hábito negro y siguió atendiendo a los caballos.

Poco después abandonaron su escondrijo, mientras el ocaso teñía de púrpura los prados y avanzaban las sombras sobre las laderas. Un viento intenso y frío soplaba sobre el desierto paisaje, y Ricardo la obligó a envolverse en su manto.

Anocheció y los dos viajeros siguieron cabalgando, casi invisibles con sus ropas oscuras, lo más deprisa que consentían las escabrosidades del camino, el cual iba explorando Ricardo el primero, mientras Beatriz procuraba no despegarse demasiado de la grupa de Pilgrim.

Mientras pasaban por un trecho menos pedregoso, Ricardo se volvió en la silla.

—Quiero preguntaros una cosa, madame, si me lo permitís.

—Naturalmente.

—¿Sabíais que vuestro padre retenía ilegalmente a mis hermanos en sus calabozos? ¿Que el hombre cuya cabeza hizo colgar sobre la entrada de su castillo era un templario, el cual conocía demasiado bien a vuestro padre y sus secretos?

Beatriz, presa de súbito malestar, cambió de postura en la silla.

—Si lo sabía o no, ¿tiene alguna importancia?

—Sólo para mí.

Ella titubeó, indecisa.

—Lo segundo, no lo sabía, pero sí que mi padre tenía presos a unos templarios.

—Y ¿estabais al corriente de los motivos?

—No sé si debo hablar de ello.

—Seguramente no me contaréis nada que yo no sepa, pero me gustaría escuchar vuestra versión.

—Todo sucedió a causa de una finca de muy buenas tierras que había pertenecido a Haughton-le-Moor en otros tiempos. El Temple ambicionaba esta propiedad y supo persuadir a un miembro de la familia Morley para que ingresara en la orden, aunque era hombre casado. Poco después cayó en Tierra Santa, y la viuda no le sobrevivió mucho tiempo, de manera que casi toda la heredad cayó en manos de la orden. Durante mucho tiempo los Morley no vieron posibilidad de recobrar esas tierras; el Temple era demasiado poderoso. Pero después de los crímenes de... algunos de ellos, mi padre logró recuperarlas a cambio de su ayuda en la detención y la custodia de los freires acusados.

Habló midiendo mucho las palabras, temiendo decir algo equivocado.

—¡Ajá! —exclamó Ricardo, y la voz fue tan súbita y fuerte que Pilgrim se asustó—. Tenéis derecho a saber cómo ocurrieron las cosas en realidad. Aborrezco las medias verdades y las verdades tergiversadas. Los caballeros encarcelados por el inusual celo de vuestro padre fueron víctimas de un viejo litigio. Al vernos acusados de herejía y cultos satánicos, él halló la ocasión que ni pintada para enriquecerse con bienes que no eran suyos, ni podían ser reclamados por ningún Morley, puesto que formaban parte legítima del patrimonio de la orden. Después de la detención de mis hermanos en Francia, vuestro padre despachó espías sin pérdida de tiempo, para que le notificasen tan pronto como se extendiese la proscripción a los templarios de Inglaterra. Y poco antes de que esto sucediese capturó a diez de nuestros hermanos robándoselos al sheriff delante de sus narices, a fin de hacerse bienquisto ante la Iglesia y poder reclamar las tierras... tal vez aportando las confesiones que se obtuviesen mediante la tortura. El hombre casado que ingresa en el Temple, lo cual es un suceso raro, debe transferir a la orden la mitad de su fortuna y posesiones, sin lo cual no sería admitido, mientras que los solteros renuncian a todo.

—De ahí que seáis tan ricos —aventuró ella.

—¿Quién lo dice? Quizá parecíamos ricos, sí. Y por eso la envidia, la codicia y la ignorancia conspiran para hundirnos. ¿Podréis creer que esa riqueza es una leyenda? No poseemos montones de oro y plata. Tenemos nuestras casas y nuestras tierras, de cuyas rentas vivimos y mantenemos a

cuantos trabajan esas propiedades. Lo demás se da en limosnas para los pobres o se guarda para la conquista de los santos lugares. Nosotros no explotamos a nuestros arrendatarios como la nobleza sangra a sus labradores y siervos de la gleba. ¡He visto tanta pobreza, mujer, tanta miseria! Y todo porque los nobles despilfarran lo que antes han quitado de la boca a sus vasallos.

»Yo no provengo de ese mundo; en el Temple todos somos iguales y el herrero tiene los mismos derechos que el caballero armado. Y cuando la nobleza nos regalaba a sus siervos, o uno de éstos se acogía a nuestro amparo, inmediatamente hacíamos de ellos hombres libres y les dábamos lo mismo que nos concedíamos a nosotros. Por cada freire que coma la carne y el pan del Temple, se mantiene a un pobre con la misma cantidad de carne y de pan. Y el maestro incluso alimenta a cuatro o cinco pobres. Lo cual nos sale tan caro, que en los últimos tiempos nos hemos visto obligados a vender algunas de nuestras posesiones.

»En cuanto a las riquezas que atesorábamos para hacernos con el poder, ¡otra fábula! Lo único que nos interesaba era preservar el equilibrio entre las distintas potencias de la Cristiandad. Las guerras cuestan dinero. Nosotros hicimos que hubiese o faltase dinero según nos parecían justas las guerras o no, y sobre todo para contribuir a la defensa de Tierra Santa.

»Nunca hemos querido mandar, sino poner orden, sin comprometernos con los grandes linajes ni con la Iglesia. Al menos creo que tal fue nuestro objetivo. En nuestras cajas fuertes nunca se guardaron tesoros, sino pagarés. Vos habéis dicho que algunos de los nuestros cometieron crímenes. ¿De veras lo creéis así?

—¿Quién soy yo para opinar sobre eso? La Iglesia cree que los templarios cometieron herejía. También el Santo Padre. ¿Crees que el papa lanzaría una acusación contra una orden religiosa si ésta no hubiese dado ningún motivo para ello? La orden templaria se ha arruinado a sí misma, Ricardo, por la riqueza, el poder y el orgullo que irradiaba. La riqueza debilita, como dice mi madre. Donde entra el lujo queda siempre un resquicio por donde también entra el pecado, y donde hay vanidad, allí acecha el demonio.

Él tiró bruscamente de las riendas deteniéndose hasta que ella llegó a su altura. Beatriz se acercó no sin titubeos; en aquel momento tuvo miedo de él, de su mirada sombría y del puño que aferraba convulsivamente las riendas.

Ricardo no dijo nada. Se le antojaba insoportable que también ella pusiera en duda la inocencia de los templarios, después de cuanto había hablado. Y sin embargo, ¿no se había acercado mucho a la verdad su interlocutora al señalar lo que también él, según su más leal saber y entender, consideraba el origen del mal? El orgullo, sí, sobre todo el orgullo que les hizo descuidar la vigilancia cuando más falta les hacía. De otro modo, ¿cómo habría sido posible que el golpe de Felipe sorprendiese a toda la orden, pillándolos desprevenidos? ¿Cómo pudo tener Aymer sus amoríos con Blanca, por ejemplo, sin que se enterasen sus superiores, o tal vez hicieron incluso la vista gorda?

—¡Bah! ¡No riñamos por lo que ya no tiene remedio! —habló con fatiga—. En este mundo hay muchas cosas que yo veo de manera muy distinta que la mayoría, tantas que arriesgaría la cabeza si se me ocurriese decirlas. La Iglesia se apoya menos en la fe que en el poder, y éste procura preservarlo por todos los medios. Esa persecución contra la herejía, por ejemplo, es una muestra de su debilidad. Si la Iglesia fuese lo que debe ser, no tendría necesidad de exterminar a quienes piensan de otra manera. Pero se ha convertido en un aparato de poder, basado en los dogmas y que no deja ningún margen a la actividad del espíritu humano. El Temple pudo librarse en

parte de eso gracias a sus privilegios, y con esa independencia relativa que habíamos conquistado en los santos lugares disfrutábamos, en efecto, una especie de poder, el cual supimos defender después de nuestro repliegue hacia Europa sin abusar nunca de él. También es verdad que muchos príncipes se comprometieron demasiado con nosotros por vía de los grandes préstamos. Y así nació la falsa imagen que se tiene de la orden en todas partes. El Temple morirá si Dios nos niega nuestro derecho en este mundo.

Se volvió hacia ella y entonces Beatriz ya no tuvo miedo, porque su semblante no reflejaba cólera sino sólo una gran pena, que apesadumbró el corazón de ella.

—Nuestro sueño ha sido demasiado bello, lady Beatriz. Mis hermanos están perdidos, y ya sólo nos resta salvar el nombre del Temple, si Dios quiere.

—¿Y si Dios no quiere?

Hicieron alto en la cima de un cerro desde donde se divisaba un amplio panorama de prados suavemente ondulados.

—Razón de más para regresar cuanto antes a Francia.

Espoleó a Pilgrim y galopó ladera abajo, en dirección a las sombras del valle. Beatriz se apresuró a seguirle para no perderlo de vista.

Cabalgaron durante largo rato en silencio el uno al lado del otro, Ricardo sumido en sus pensamientos y Beatriz con mil y una preguntas pugnando por salir de sus labios.

—¿Corres mucho peligro? En Francia, quiero decir —inquirió de súbito.

Ricardo palmeó el cuello de su montura y respiró hondo antes de volverse hacia ella. Casi había olvidado su presencia.

—Guardo mis precauciones.

—En el convento rezaré por ti todos los días.

El soltó una carcajada amarga, que hacía daño al escucharla.

—Yo he rezado por el Temple a todas horas, hasta que llegó el momento en que los rezos perdieron su sentido y el eco de las palabras rebotaba de los muros sin que nadie las oyese.

Ella le miró con horror.

—Incluso a eso se acostumbra uno —continuó él, mientras se encogía de hombros—. Digo mis trece padrenuestros de la mañana y los nueve de la completa, como es mi obligación, y sin detenerme a pensar si son escuchados en los cielos o no. Hace muchos años, mientras leía el Libro de Job me juraba que mi fe nunca sería menos fuerte. Mira.

Desenvainó la espada y al reflejo de la luz lunar le dio a leer las palabras grabadas en la hoja: «Etiamsi occideret me, in ipso sperato».

—Aunque me mate, en Él pongo mi esperanza —tradujo—. Es mi lema, pero he echado de ver que no soy capaz de cumplirlo, después de todos los horrores de que he sido testigo y que su Iglesia justifica, cuando no participa directamente en ellos. Así pues, mi fe no es tan fuerte, aunque he dejado de suplicar en mis oraciones que me sea restablecida.

Sonrió al ver que ella se santiguaba precipitadamente. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que pudiera entenderle, ella que había vivido siempre protegida en el castillo de su padre, ignorante de las tragedias que se desarrollaban más allá de su pequeño círculo?

—Así pues, era verdad lo que decían de los templarios —oyó que decía—. Que han renegado de la fe en Cristo. ¡Cuando incluso tú has perdido la fe!

—Lamento que hayáis interpretado mal mis palabras —dijo con brusquedad—. Somos perseguidos porque se nos acusa de negar al Hijo de Dios. Si yo he perdido la fe, ha sido a causa de esa persecución fanática, y además he dicho lo que he dicho hablando de mí mismo, que no en nombre de mis hermanos.

No quiso molestarse más en sacarla de sus errores y persuadirla de la inocencia de sus hermanos, sino que tras hacerle seña de que le siguiera dio espuelas a su caballo y no dijo nada más hasta que despuntó el sol por entre la niebla como un pálido fantasma y llegaron a las colinas en donde, casi medio año antes, Simón el Ermitaño había despedido desde su solitario refugio troglodita a los caballeros que se dirigían a Haughton-le-Moor.

Sin duda se hallaban ya cerca, pensó Ricardo, que había tomado varios puntos de referencia para orientarse en aquellos despoblados. Miró a lo lejos observando los círculos que describía en el aire una bandada de cornejas.

—¿Descansamos aquí? —preguntó Beatriz con desmayo.

Estaba tan agotada por el viaje que ya había dejado de importarle adónde la llevase Ricardo, con tal de poder echarse a dormir después de tomar un poco de vino que calentase sus miembros ateridos de frío.

Cuando Ricardo se volvió hacia ella vio que también él tenía el semblante gris de fatiga. Él denegó con la cabeza.

—Aguardad aquí —dijo, y acto seguido espoleó su caballo y se lanzó ladera arriba, desapareciendo al poco detrás de unas escarpadas peñas.

Beatriz le siguió con una mirada mortecina e indiferente, y luego se arrebujó en el manto negro que llevaba sobre su propia capa de verano para disponerse a esperar lo que hiciese falta. Al poco rato se escuchó un galope, y en seguida le vio aparecer pendiente abajo y frenó junto a ella.

—Está muerto —anunció él sin asomo de emoción en la voz, y la condujo hacia la cueva.

—¿Quién está muerto? —dijo ella, trastabillando en la semioscuridad.

Él la retuvo del brazo y no dejó que entrase más.

—No os acerquéis demasiado. Puede que haya muerto de viejo, pero también es posible que hubiese contraído alguna enfermedad contagiosa, ¡sólo Dios lo sabe!

En la penumbra de la caverna distinguió el bulto de un hombre caído en el suelo, cubierto por la clámide blanca de los templarios, con la cruz roja en el hombro.

—O que lo hayan asesinado —completó su pensamiento Ricardo, mientras registraba rutinariamente la cueva, quizá buscando algún mensaje que hubiese dejado el anacoreta. Luego señaló al suelo—: Mirad—dijo—. Lo entraron a rastras.

—¿Quién era? —preguntó Beatriz, mirando con espanto la figura exánime.

—Un templario anciano, que ganó sus espuelas en Tierra Santa y pasó el resto de su vida sin más ambición ni anhelo excepto el de regresar allá para expulsar de Jerusalén a los infieles.

Ricardo se arrodilló al lado del cadáver.

—El Señor nos lo da, el Señor nos lo quita, alabado sea el nombre del Señor —dijo.

Se persignó y dijo una oración por el alma de Simón el Ermitaño, mientras Beatriz miraba y escuchaba cómo rendía a su manera los últimos honores al difunto. Por último entonó el Dies irae dies illa, y ella lo escuchó hasta que la venció el sueño.

Mientras ella dormitaba él se dedicó a registrar la cueva, lleno de inquietud, buscando a tientas en la pared rocosa las marcas que él mismo había dejado allí. Sus facciones se relajaron cuando halló las tres muescas en la piedra. Ni siquiera Simón el Ermitaño había conocido el escondite oculto del oro restante; éste era un secreto que sólo poseían él mismo y Guillermo Mauclerc.

Ricardo desencajó la piedra con no poco esfuerzo e introdujo la mano en el hueco. El dinero aún se hallaba allí. Cuidadosamente devolvió la piedra a su lugar y se arrodilló al lado de Beatriz, quien acababa de despertar y le contemplaba con sorpresa.

—Poned las manos —ordenó él, a lo cual obedeció ella maquinalmente. Ricardo dejó caer dos monedas en sus palmas—. Esto para que compréis el silencio de las reverendas madres.

Beatriz asintió, y él rió al ver su asombro cuando siguió echando una moneda de oro tras otra en sus manos.

—Nosotros los templarios lo hacemos todo teniendo en cuenta los números sagrados, el tres de la Santísima Trinidad, el nueve de la perfección, el trece que representa a Jesucristo y los doce apóstoles —en las temblorosas manos de la joven habían caído trece monedas relucientes y de gran peso—. Recibidlas con mi más humilde agradecimiento por todo lo que habéis hecho por mí.

Cuando ella le dirigió una ojeada dubitativa y luego se quedó mirando con asombro las escasas monedas que restaban en manos de él, las hizo desaparecer rápidamente en su bolsa.

—Con esto me basta para el viaje a Francia.

—¿Seguro que no necesitarás más? ¿De qué vas a vivir allí?

Él rió al tiempo que se ponía en pie.

—Pauperi milites Christi et templi Salomonici —citó—. Los pobres milites de Cristo y del templo de Salomón. No quiero más, mujer. Mis disfraces favoritos son el de mendigo y el de leproso. Me conformo con poco.

—¡Pero si esto es una fortuna! —balbució—. ¿Qué voy a hacer con ella?

—Eso tendréis que decidirlo vos misma. Pero hacedme un favor, no dejéis que las benedictinas se enteren de que sois dueña de un tesoro. Mucho me desagradaría que fuese a caer en sus manos. Cosed las monedas en los forros de vuestras prendas, y tenedlas guardadas hasta que abandonéis el convento.

—Así lo haré —prometió ella, llenando con las monedas su propio bolso para ocultarlo entre sus ropas.

Poco después se pusieron en camino bajo la cortina de lluvia que en aquel momento caía sobre los prados. Alcanzaron las primeras chozas hacia mediodía y Ricardo buscó un escondite seguro para el resto del día. Prefería no arriesgar, y así permanecieron ocultos hasta que la oscuridad les permitió continuar, tras haber descansado y reponer fuerzas con el resto de las provisiones.

Tras rápida etapa a caballo llegaron a Grimpton hacia la medianoche. Había dejado de llover y la luna asomaba de vez en cuando por entre la veloz carrera de las nubes, dejando ver el valle. El priorato de Marrick tenía un aspecto pacífico y acogedor, y Beatriz deseó buscar reposo allí. Ricardo echó pie a tierra, la ayudó a desmontar y le quitó de los hombros el manto negro. Ella se estremeció bajo el viento desapacible que traía los primeros anticipo del otoño.

—Recordad que yo os he dejado tan pronto como recuperé mi caballo y mis armas, y que caminasteis a pie hasta aquí sin deteneros en ninguna parte —habló él con su voz tranquila, y luego sonrió—. Tenéis el aspecto tan demacrado que os creerán sin ninguna dificultad.

Y luego, poniéndose otra vez serio, agregó:

—Sir Roberto no debe aparecer para nada en vuestra historia.

Ella apenas le escuchaba; alzó el rostro y le preguntó:

—¿De veras es necesario que nos separemos?

El asintió con breve movimiento de cabeza.

—¡Dios mío! ¡No puedo! —sollozó ella, y se aferró a él como una criatura asustada.

Ansiaba rodearla con sus brazos para consolarla, pero la rechazó con rudeza y le mostró el camino del convento.

—Cuando hayáis bajado por esa ladera, habréis desaparecido de mi vida —dijo con severidad. Ella lloraba en silencio y meneaba la cabeza—. He pagado la deuda que tenía con vos. Nada nos obliga.

—Eres odioso —dijo ella con amargura—. ¿De veras crees que eso puedes pagarlo con dinero?

—Idos, Beatriz. Separémonos como amigos —dijo emocionado.

Ante el tono de su voz la cólera de ella desapareció y cuando sus ojos se encontraron vio en los de él la profunda tristeza que le embargaba. Ricardo hincó una rodilla en tierra y oprimió con sus labios la helada mano de ella, quien inclinándose rápidamente rozó con los suyos sus húmedos cabellos antes de que lograra ponerse en pie.

—Que Dios os proteja y os dé felicidad —habló él con afecto—. Y que todos los santos del cielo os asistan.

Beatriz no supo qué contestar sino:

—Andad con Dios.

Entonces sus manos se separaron y ella corrió ladera abajo sobre la hierba húmeda. A mitad de camino se detuvo, se volvió y agitó la mano. Luego continuó, armándose de valor, hasta llegar a la puerta. Agotada y jadeando llamó hasta que le abrieron. Antes de entrar se volvió un instante. Él todavía estaba allí; pudo distinguir la oscura silueta recortada en lo alto, a contraluz, y supo que había esperado hasta persuadirse de que le abrían la puerta.

Sollozando cayó en brazos de la hermana de sir Roberto, quien le acarició los cabellos y la consoló con palabras suaves, mientras las monjas cerraban la puerta y corrían los cerrojos.

Dos días después, un jinete completamente agotado se presentó con su caballo sudoroso a las puertas del palacio real de París. En contra de sus costumbres, Felipe lo recibió en sus aposentos privados antes de acudir a la primera misa. Jadeante, el correo balbució el mensaje que, echando espumarajos de rabia, le había encargado el señor de Houghton-le-Moor:

—¡El bastardo anda suelto!

Mi conciencia tiene mil lenguas diferentes, y cada lengua cuenta una historia diferente, y cada historia me condena por malvado.

William Shakespeare, Ricardo III.

El último día de octubre, mientras las borrascas de otoño barrían el país, Ricardo se puso en marcha hacia el sur, con una sonrisa amenazadora en los labios y la mirada gris, fría y acerada. Habían pasado cuatro semanas desde que dejara a Beatriz en Grimpton, tras lo cual él se encaminó a Winchester sin darse un instante de reposo. Todavía estaba allí Mauclerc. Trabajaba al servicio de los funcionarios reales y se reunió con su comendador, a quien había dado por muerto, en el obrador de una tenería. La conversación duró casi toda la noche. Se le ensombrecía el ánimo a Ricardo cuando recordaba las palabras de Mauclerc:

—La votación estuvo muy igualada. Salí comendador provisional por muy estrecho margen de votos, pero Toeni nunca se avino a someterse. Andaba sediento de venganza y de no habérselo impedido yo, habría reducido a cenizas hasta la última cabaña y el último pajar de las tierras de los Morley. Con esto puso fin a nuestra unidad. Sus ideas radicales hallaron mejor acogida entre los hermanos recién rescatados de las mazmorras de los Morley que mis tácticas moderadas. Intenté seguir una línea que resultase aceptable para todos pero, a lo que parece, las discrepancias venían de lejos, ya que Lorenzo no siempre estuvo de acuerdo con lo que hacías tú —y meneando la cabeza compasivamente, Mauclerc agregó—: Fue como si se le hubiese subido la libertad a la cabeza. Mientras estabas tú, el ascendiente que tenías sobre él desde vuestros tiempos en el Temple de Londres impidió que cometiera ninguna locura durante los últimos meses. Pero cuando recibimos la noticia de tu muerte se puso frenético. Más tarde apareció en el panorama una tal lady Margarita de la Zouch. La conoció en casa de uno de nuestros contactos, un notario de Lincoln, y se enamoró perdidamente de ella.

Una serie de aparentes coincidencias había favorecido, por lo visto, los encuentros entre Toeni y aquella dama, hasta que se convirtió en su visitante asiduo. Mauclerc le recordó reiteradamente a Toeni su deber de cumplir los votos del Temple, y fue entonces cuando éste se le insubordinó definitivamente. Dos de los hermanos liberados de Haughton-le-Moor le siguieron, y formaron una partida para dedicarse al pillaje. En cuestión de semanas aquel trío alcanzó una fama de lo más dudoso. Saqueaban e incendiaban las propiedades de quienes les constaba eran enemigos del Temple o simpatizantes del rey francés, sin que Mauclerc pudiese hacer gran cosa por impedirlo. Por más que éste se había devanado los sesos, no se le había ocurrido nada que sirviera para hacer entrar en razón a los jóvenes caballeros, pero el inopinado regreso de Ricardo le ahorraba el dilema.

—Déjame a mí —dijo Ricardo—. Le daré una oportunidad a Toeni; si se obstina, no tendré más remedio que tomar medidas.

Ricardo se concedió una semana de descanso para restablecerse de sus heridas y reponer fuerzas, y otras dos semanas para poner al día la organización e impartir nuevas instrucciones a sus seguidores. Transcurrido el plazo, emprendió con Edmundo el León la búsqueda de los levantiscos caballeros, que no resultó demasiado difícil.

Ricardo sonrió con rabia al atisbar el resplandor de una hoguera en medio de las tinieblas del bosque de Chamwood.

Estaban ya muy cerca cuando Ricardo dejó atrás a Edmundo con los caballos y continuó a pie la aproximación, encaminándose derecho al campamento. Lo hizo sin ruido y la sorpresa del trío ante su aparición fue total. Aún no se habían repuesto cuando se plantó delante de ellos, frente a la hoguera.

Los dos secuaces se pusieron en pie de un salto, pero él apenas reparó en ellos. Siguieron la dirección de su mirada y se volvieron para contemplar a su jefe Lorenzo de Toeni, el cual, ataviado con un jubón de costoso brocado sobre la camisa de seda y calzas ceñidas que destacaban sus musculosas piernas, se apoyaba contra un árbol con una jarra de vino en la mano. En el aire quedaba todavía el aroma de un pollo asado. A espaldas de Toeni se veía su caballo, ricamente enjaezado y ensillado como para partir en seguida. El rostro del joven caballero estaba pálido, aunque nada en su expresión delataba que le hubiese sobresaltado la repentina presencia de su comendador.

—¿Estoy soñando? —preguntó de buen humor—. ¿O es un fantasma lo que estoy viendo?

Ricardo no correspondió a la sonrisa de bienvenida.

—Espero una explicación —dijo en tono sombrío.

Los otros dos no se atrevían a rechistar, pero Toeni soltó la carcajada.

—¿De dónde sales? ¿Has resucitado de entre los muertos? —preguntó.

—De las mazmorras de Houghton-le-Moor.

—Ha sido poco prudente el presentarte entre nosotros así, a solas.

Fue entonces Ricardo el que rió con amargo sarcasmo.

—¿Crees que me queda algo que temer? —dijo con énfasis.

—Sí, ¡a mí! Estoy harto de ser un chico obediente. No haré caso de ningún cagatintas, ni tampoco de un bastardo sin nombre. Soy un Toeni, soy dueño de mí mismo.

Acompañó sus desafiantes palabras con la canción de la hoja de acero de su espada al sacarla de la vaina. Ricardo no hizo ningún ademán de ir a empuñar su propia arma.

—Defiéndete —dijo Toeni en tono de burla.

—No voy a manchar mi alma con la sangre de un templario.

—De otro templario, querrás decir—le corrigió Toeni, cortante.

Ricardo lo aniquiló con la mirada pero, ejerciendo un gran dominio sobre sí mismo, permaneció inmóvil junto al fuego, en actitud serena, el brazo izquierdo colgando junto al cuerpo y la mano derecha apoyada en el cinto. Siempre había sido un carácter dominante, habituado a hacerse obedecer sin amenazas ni demostraciones de fuerza, y ese ascendiente lo había experimentado demasiadas veces Toeni, de ahí su resentimiento y el odio acumulado. En aquellos momentos odiaba sobre todo, no a Ricardo que le plantaba cara, sino al mismo respeto que le infundía y una vez más le obligaba a someterse. Acabó por envainar la espada con resignación.

—Te supongo enterado de mis correrías de los últimos dos meses.

Ricardo se limitó a asentir con la cabeza, aunque su mirada era sobradamente significativa.

—Alguien debía darles una lección —continuó Toeni cada vez más exaltado, pero el silencio que siguió a sus palabras le dio a entender que Ricardo no compartía su opinión—. ¡Por los clavos de Cristo! No podía seguir colaborando con ese tal Mauclerc, ¡no soporto quedarme sentado a esperar acontecimientos! Por eso rompí con él, porque ahora lo que necesitamos es acción. ¡Acción!, ¿entiendes?

Ricardo asintió de nuevo y el otro prosiguió:

—A la violencia sólo se puede contestar mediante la violencia, siempre ha sido así, y siempre lo será.

—Eso no es lo que nos enseñó Tomás de Lincoln —replicó Ricardo con severidad—. Por esa razón siempre quise tenerte cerca de mí. Sabía que no somos del mismo temperamento. ¡Por si no hubiera sido suficiente que tú, mi ex compañero de habitación, te hicieras de la partida de Mansourah en Weald! ¿Es que no has aprendido nada en tantos meses como hemos cabalgado juntos?

—Y tú, ¿no aprendiste nada de Morley?

Ricardo adelantó un paso y lo abofeteó duramente de revés. En la comisura de la boca de Toeni apareció una gota de sangre, y se echó atrás mientras Ricardo lo abroncaba.

—He pasado medio año en esa mazmorra dejada de la mano de Dios, pero lo soporté de buena gana porque sabía que con el sacrificio de mi libertad compraba la de diez de nuestros hermanos. Y mientras yo callaba, a las puertas de la muerte, para no traicionar tu nombre ni tu paradero, tratando de protegeros, tú nos has traicionado a los demás. ¿O crees que después de mi fuga no he deseado pasar a sangre y fuego todo cuanto oliese a Morley? Pero ¿sería lícito que yo, un templario, tomase venganza contra unos pobres labradores que nada tienen que ver con el asunto, el cual ignoran seguramente? Tú has saqueado, has arrasado, has incendiado, y con ello has lanzado un baldón sobre todos nosotros.

El enfurecido Toeni quiso sacar la daga pero Ricardo le descargó un puñetazo en la mano y le obligó a soltar el arma. Cuando le miró de nuevo a la cara vio que se había quedado lívido.

—En los últimos tiempos te has vuelto imprudente. Estás saqueando el mismo condado, y ello por razones que son ya del dominio público. Te aconsejo que lo dejes por ahora, y al menos esta noche. Te esperan. El conde de Lancaster y el conde de Warwick han reunido una partida y te han preparado una emboscada.

Ricardo llamó a Edmundo el León y le ordenó que se llevase a los otros dos hermanos encaminándolos al bosque de Fodringea.

—¡Mientes! —exclamó Toeni cuando los tres se hubieron alejado—. ¡Lo haces sólo para impedir que vuelva a verla a ella! ¡Como tú no tienes ni la menor idea de lo que puede llegar a significar una mujer para un hombre...!

Entonces se interrumpió al ver el semblante melancólico de su comendador. Ricardo suspiró y apoyó una mano en el hombro de Toeni.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Toeni? —preguntó—. En realidad debería matarte, porque eres un peligro para ti mismo y para todos los demás. Pero voy a darte una última oportunidad; de ti depende si quieres aprovecharla. Margarita de la Zouch no es de fiar, no tenemos ningún control sobre ella. ¡Vive Dios!, te creía más inteligente, y tú te arrojas a ciegas en la trampa que te habían tendido. ¡Vamos! No perdamos más el tiempo aquí.

Montaron y echaron a andar en medio de la espesa niebla de la amanecida. Al cabo de un buen rato de silencio Toeni preguntó:

—¿Sabías que Simón el Ermitaño ha muerto?

—Lo sé.

—Estuve allí hará unas siete semanas.

—No quiero saber nada de eso —replicó Ricardo con brusquedad.

—No lo has entendido. No lo matamos nosotros, ¡Dios nos asista! Sencillamente cayó muerto delante de nuestros ojos.

—Seguro que supo a qué ibais, ¿o acaso no registrasteis toda la cueva en busca del oro? ¿Por qué no enterrasteis al viejo? Era lo mínimo que podíais hacer.

—Íbamos a enterrarlo cuando nos dimos cuenta de que estábamos siendo seguidos. Escapamos por muy poco y desde entonces no hemos tenido ocasión de regresar por allí.

Poco a poco fue levantándose la niebla, reemplazada por una llovizna fina. Estaban cerca de las lindes del bosque de Charnwood. Ricardo hizo una seña y Toeni echó pie a tierra, para continuar llevando al caballo de las riendas. Escalaron una ladera boscosa hacia la cima de un cerro desde donde se dominaban bien los alrededores.

—Están cerrando la trampa.

Ricardo apuntaba hacia abajo; al pie de la ladera opuesta discurría por entre los árboles una estrecha pista. Era la senda por donde se salía del bosque al camino real, hacia el este. Hormigueaba de soldados de a pie.

Cautelosamente continuaron por entre los matorrales y el monte bajo, hasta que se vieron obligados a detenerse. Ante ellos tenían un extenso claro donde habrían sido vistos por cualquiera que se hallase en el camino.

—¡Corre, que nos va la vida en ello! —exclamó Toeni saltando sobre la silla.

También Ricardo montó a Pilgrim, pero retuvo al otro.

—Jinetes! —le advirtió en voz baja.

Espiaron tratando de distinguir a través de la niebla que aún cubría las cimas. Ricardo plegaba los labios en una sardónica sonrisa.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —dijo al tiempo que tiraba de la manga a Toeni para dirigir su atención hacia un personaje alto y flaco que montaba un caballo de batalla gris. Al mismo tiempo retenía con fuerza las riendas.

—Debo dejarte ahora —prosiguió Ricardo—. Tú continuarás cuando te haga una seña, y yo me dedicaré a despistarlos. Vete derecho al bosque de Fodringeia y espérame allí. Encontrarás a Edmundo el León. Es tu nuevo comendador, y espero que te lleves mejor con él que conmigo o con Mauclerc. Ésa es tu última oportunidad, Lorenzo. Yo me vuelvo a Francia cuanto antes. ¡Y ahora, espera a que yo te cubra la retirada!

Ricardo salió poco a poco hacia el borde de la empinada ladera y se detuvo, todavía envuelto en un velo de niebla.

—Señor conde —llamó en voz alta, viendo que los jinetes frenaban sus caballos y registraban las alturas del cerro con las miradas.

También Lancaster se había detenido tratando de ver al hombre que le había llamado, y cuya voz evidentemente no había reconocido.

Mientras Ricardo iniciaba el descenso abandonando la protección de la espesura, Toeni espoleó a su caballo y desapareció al otro lado de la cresta sin ser visto. A mitad de la ladera Ricardo se detuvo y un acero brilló en su mano cuando exclamó:

—Me parece que esto os pertenece, señor conde.

Y con un zumbido, la daga de enyojado mango cortó el aire y fue a clavarse en un tronco cerca de la cabeza del conde. Aún vibraba cuando la huesuda mano se cerró sobre la empuñadura y arrancó el arma no sin dificultad. Al contemplar aquel objeto familiar y las piedras preciosas que lo adornaban, empezó a entender lo que significaba el incidente.

—¡Estás rodeado! —gritó Lancaster.

Con impaciencia ordenó a sus hombres la persecución del caballero, que había emprendido la huida. Poco después chocaron los aceros y luego el gran corcel negro galopó a campo través, sin jinete.

Tomás de Lancaster rió con deleite y ordenó a los hombres que se replegasen. Ricardo, al flanco de su caballo y sujetando el pomo de la silla, lograba escapar.

En vano aguardó Edmundo el León en su escondite del bosque de Fodringeia. El templario renegado anduvo tres días escondido, hasta que decidió rendir visita a Margarita de la Zouch. Traicionado por su amante, y ante los ojos de ésta fue muerto por los que le habían tendido la emboscada, aunque no sin luchar como un bravo.

El mismo día que halló la muerte Toeni llegaba Ricardo a Londres. Lucía un dorado sol otoñal que prestaba un aspecto amistoso incluso a los grises muros de la Torre. En los alrededores y en el interior de la fortaleza reinaba una alegre actividad; ni siquiera el centinela de la White Tower prestó atención a un viajero que llegaba con visibles muestras de fatiga, de manera que Ricardo pudo llegar sin ser molestado hasta los aposentos de Blanca, en donde irrumpió sin hacerse anunciar.

Blanca estaba sentada contemplando cómo el ama de cría daba el pecho a su hijo. Cuando se abrió la puerta no vio sino unas botas recubiertas de polvo, pero cuando alzó la mirada y vio el rostro de él palideció y habría caído desmayada de su escabel si Ricardo no se hubiese acercado de un salto para evitarlo.

—Tened la bondad de dejarnos a solas. —Se volvió Ricardo con una sonrisa hacia el ama.

La mujer titubeó pero, viendo que Blanca se recobraba en seguida, se puso en pie y depositó en brazos del asombrado Ricardo al pequeño Esteban.

—Milord —se despidió con una genuflexión para eclipsarse al instante.

El caballero acunó al pequeño en sus brazos, sin saber bien qué hacer con él, mientras recordaba por alguna asociación de ideas involuntaria a la joven que había dejado en el priorato de Marrick.

—Admiro a vuestro hijo, es una bella criatura —dijo a guisa de saludo, al tiempo que se inclinaba para poner el niño en brazos de Blanca.

—¿Es cierto? ¿Realmente estáis aquí? —susurró ella.

—¿Acaso no lo sabíais? ¿No os ha contado el rey que puso precio a mi cabeza y que la Iglesia de Inglaterra, el conde de Lancaster y el papa pujaron más, por no mencionar la suma exorbitante que ha ofrecido Felipe?

Ella meneó la cabeza. No conseguía apartar los ardientes ojos del rostro de él, y le apretaba la mano como si temiera verle desaparecer otra vez.

—Habéis adelgazado —dijo ella sonriendo con ternura—. Y ¿son canas lo que veo en vuestras sienes?

Él pensó que no le sorprendería demasiado, después de haber visto cómo se le había puesto blanco todo el cabello a Jacobo de Molay tras pasar un par de meses de estancia en la cárcel.

—Vuestros ojos no os engañan —respondió con sencillez, y ella se llevó la mano de él a los labios y besó la palma.

—Mon cher chevalier —murmuró, y luego se quedó mirando con horror sus manos deformadas—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estuvisteis todo ese tiempo? ¿Qué os hicieron? —De súbito recordó un nombre—. ¿Dijisteis que también Lancaster había entrado en la puja mientras estabais prisionero del señor de Morley? Lancaster. .. ¿qué significa para vos, Ricardo?

—¿Qué significado yo para él? —la corrigió—. ¿Recibisteis el documento que hice os enviaran?

Ella hizo ademán de ir a buscar una arqueta que tenía oculta detrás de los tapices que decoraban la pared, pero él le indicó mediante un ademán que no era necesario.

—Si no tenéis inconveniente en guardármelo algún tiempo más, os ruego que lo dejéis donde está. Por ahora no tengo tiempo para ocuparme de ese asunto, ni derecho a ello.

—¿Tal vez yo podría ayudaros? ¿Queréis que intente averiguar la verdad?

Él reaccionó con sobresalto al replicar:

—¡Por el amor de Dios! No permitáis que nadie se entere de que vos estáis al corriente. El mero conocimiento de la existencia de ese documento bastó para que el conde quisiera atentarse contra mi vida. Perdonadme pero de momento no puedo ser más explícito.

Blanca quedó visiblemente decepcionada.

—Está bien, dejemos las explicaciones para otro día. Quedáis en deuda conmigo y tendréis que compensármelo —coqueteó.

—Ha sido una experiencia horrorosa —suspiró él—. Pero... ¿por qué no estáis con la reina en Windsor?

—Por varias razones. En primer lugar, las arcas reales se hallan vacías —replicó ella con cierto cinismo—. De eso hace casi un año, y nosotras, es decir la reina y sus damas de honor, nos hemos visto obligadas a vivir de las rentas extraordinarias de nuestras posesiones de Ponthieu. De ahí que no tengamos apenas sirvientes. En segundo lugar la corte está casi desierta desde lo del torneo de Wallingford, mediante el cual Gaveston celebró su propia rehabilitación. El gascón juzgó necesario agraviar a casi todos los condes, incluidos Lancaster, Gloucester, Pembroke y Warwick. El mismo rey no supo si reír o llorar las gracias de Piers.

—Pues ¿qué hizo? —preguntó Ricardo con indiferencia.

—Ante todo, salir vencedor en casi todos los duelos, porque es buen espadachín y domina los caballos como nadie. Eso fue un error, porque los condes a quienes hizo morder el polvo no se lo perdonarán jamás. Luego, mientras todavía estaban quitándose la tierra de las ropas, hizo burla de ellos con sus necias bromas.

Ricardo soltó una carcajada, pero prefirió cambiar en seguida el tema:

—¿Tenéis novedades de Aymer?

—No. Que yo sepa, apenas se han recibido noticias importantes de Francia.

—¿Queréis que le lleve un recado vuestro?

—Por supuesto. Le escribiré.

Buscó precipitadamente un pergamino y se puso a escribir.

—¿Regresaréis pronto? —continuó la conversación al mismo tiempo.

—Eso depende de muchas cosas —fue la respuesta.

—¿Estaréis con Aymer?

—Poco tiempo.

Blanca dobló con rapidez el mensaje, lo selló y se lo entregó al caballero.

—¿Cuándo es la partida?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

Él asintió, mirando por la estrecha ventana.

—Confío en que se mantenga dos o tres días más el buen tiempo —dijo—. Las travesías por mar no se hicieron para mí.

—¿Queréis contarme por qué vais a Francia? ¿O estoy siendo indiscreta y se trata de un secreto?

—Sé que vos no lo repetiréis —contestó él bajando la voz—. Pero todo cuanto puedo contaros es que quiero hablar francamente con el papa, a ver lo que puede hacer y está dispuesto a hacer. La situación me parece bastante desesperada. Es preciso que logremos organizar nuestra defensa.

«¿No dudaba de que el papa quisiera recibirle?», le preguntó ella, aun sabiendo sobradamente que él no admitiría una negativa por respuesta.

—¿Y vuestras gentes aquí en Inglaterra?

—Sabrán arreglárselas sin mí, por ahora. El hombre que os notificó mi supuesta muerte es el nuevo comendador. Confío en él. Todos los demás problemas han quedado solventados.

Aunque ella no hizo la menor alusión a los rumores que había escuchado en la corte, y que sobre todo en lo tocante a la banda de Toeni se acercaban mucho a la verdad, él comprendió que estaba angustiada por la situación. La respuesta sirvió para tranquilizarla, sin embargo, y ella rió con gratitud.

—¿No teméis volver a caer prisionero si os presentáis públicamente en la corte pontificia? —le preguntó, preocupada.

Ricardo se guardó debajo de la camisa el mensaje para Aymer y meneó la cabeza.

—Todavía conservo en la memoria los relentes de la cámara de tortura como para cometer la tontería de regresar a ella tan pronto. Tendré más cuidado esta vez.

Se inclinó sobre la cuna, contempló al niño y meneó nuevamente la cabeza.

—Parece mentira que estos seres puros e inocentes puedan llegar a convertirse en fieras asesinas. Por fortuna no todos nacen para ser futuros Felipe, Nogaret, Lancaster... o Morley.

Al pronunciar este último apellido se le quebró la voz y Blanca le contempló con curiosidad, pero él no quiso entrar en explicaciones.

Apartándose de la cuna, Ricardo hizo una breve inclinación y se dispuso a salir.

—¡Ricardo! —exclamó ella mientras echaba a correr hacia él.

La angustia de su voz le detuvo.

—¿Le pediréis a su santidad que os levante la excomunión?

Él la miró a los ojos antes de contestar:

—Me temo que eso no tendrá mucho sentido. Naturalmente, le refrescaré la memoria al respecto, pero no hay que albergar falsas esperanzas, madame.

—Resistió su mirada suplicante y continuó con decisión—: No voy a suplicar nada de rodillas, puesto que no hemos cometido ningún crimen que justificase tan severa condena. De lo cual Dios mismo nos es testigo.

Ella quiso protestar, persuadirle para que fuese más humilde; pero él desapareció antes de que pudiese decirle ni una palabra más.

Ninguna pasión hay tan fiera que no pueda ser dominada por la disciplina.

Proverbio.

Aymer y Ricardo se abrazaron como hermanos a finales de noviembre de 1309 en los bosques al este de Lyons-la-Forêt. Aymer apenas se sorprendió de que el supuesto difunto estuviera vivo.

—Ya sabía yo que no nos dejarías en la estacada, con los tiempos que corren —dijo.

Después de leer la misiva de Blanca le mostró a Ricardo el bien equipado campamento que había establecido a orillas del Epte. Mientras despachaban una sólida pitanza regada con un par de jarras de cerveza, lo puso al corriente de la situación:

—No se realiza ningún progreso, ni hemos conseguido apenas nada. Por otra parte, en mayo enviaron plenipotenciarios con la misión de investigar nuestros «crímenes» e interrogar a nuestros hermanos. Dentro de dos años el concilio de Vienne dictará sentencia, según prevén.

—¡Claro!, como que el papa está en Aviñón. Había olvidado que ya no tiene su sede en Tolosa. ¡Ha transcurrido tanto tiempo!

Tanto tiempo... de todo parecía haber pasado demasiado tiempo. Él había vivido medio año en un mundo completamente distinto, sin ver otra cosa sino los muros de su celda, tinieblas y tribulación. En su pensamiento se veía de nuevo en Haughton-le-Moor mientras escuchaba a medias las noticias de Aymer, quien estaba diciendo que la comisión llevaba trabajando varios meses y aún no había logrado montar un sumario medianamente consistente. Las acusaciones eran absurdas en exceso, como le constaba a todo el mundo. Pero nadie osaba llevar la contraria a Felipe. La impaciencia del rey y los remordimientos del papa habían propiciado un compromiso; en agosto los testigos fueron citados por Clemente para que prestaran declaración en el palacio episcopal de París, anunciando que el rey se hacía responsable de que los altos dignatarios de la orden y los caballeros del Temple pudiesen defenderse ante la comisión pontificia. Oficialmente la vista debía iniciar sus sesiones el 12 de noviembre, hacía, por tanto, unas dos semanas. Pero no había comparecido ningún testigo, ni por la acusación, ni por la defensa. Nogaret manejaba con firmeza todos los hilos de la trama, y sus agentes impidieron la presencia de los freires con amenazas o con las más cínicas promesas. Pese a todo, algunos prefirieron defender a la orden y se pusieron en camino hacia París, pero fueron encarcelados por el preboste del Chatelet y amenazados con la muerte si se empeñaban en acudir a la citación de los comisionados. Sólo Hugo de Pairaud, el gran visitador del Temple para Francia, logró comparecer ante la comisión para exigir la custodia judicial de las propiedades de la orden. Y mirando a los delegados de Felipe, que estaban presentes en la sesión, dijo que no añadiría nada más mientras no se le garantizase su seguridad personal, a no ser en presencia del papa.

El 26 de noviembre, cuatro días antes de la llegada de Ricardo a Francia, compareció ante la comisión el gran maestro. Físicamente débil y claudicante, se presentó ante los reunidos, sin embargo, dando muestras de voluntad inquebrantable.

—¿Deseáis defender a la orden? —le preguntaron, y su respuesta fue:

—La Santa Sede es la fundadora de la orden y quien le presta su legitimación. Mucho me sorprendería, por tanto, que la Iglesia católica quisiera entregarla ahora a su destrucción. La orden sólo responde ante el papa y por tanto, las disposiciones tomadas por el rey Felipe son ilegales, ya que no correspondían a su jurisdicción. Muy vil y miserable hombre sería yo, si no defendiese a la orden, a la que tanto debo.

Tan combativas palabras desagradaron sobremanera a los eclesiásticos, y todavía más a Guillermo de Plaisians, quien asistía en representación de la Iglesia e intervino inmediatamente, tan pronto como se dio cuenta de que Jacobo de Molay conservaba toda su agilidad mental y podía inclinar el proceso en su favor. Lo que hablaron Plaisians y Molay nunca se supo, pero después de una breve conversación el gran maestro solicitó un aplazamiento para reflexionar, el cual le fue prontamente concedido.

Dos días después Molay compareció de nuevo ante la comisión, pero de su actitud orgullosa no quedaba ya mucho. Dijo no ser más que un caballero pobre e ignorante, que ni siquiera dominaba el latín, y dijo haber comprendido que el papa sería el valedor de su causa, y también el defensor de los demás dignatarios de la orden. Que dada su situación no se hallaba en condiciones de emprender nada por su cuenta.

Por último balbució algunas tímidas palabras en defensa de sus hermanos, afirmando que ninguna iglesia había celebrado los oficios divinos con tanta devoción como el Temple, que no se hallaría en ningún lugar tanta fe, que nadie daba tantas limosnas como el Temple, y que nunca tantos hombres habían derramado tanta sangre por la defensa de la religión cristiana como los soldados de Cristo.

—Nada de esto aprovecha a la salvación del alma, si falta la base esencial, que es la fe católica —respondieron los comisionados.

Finalmente Guillermo de Plaisians y Guillermo de Nogaret escucharon con sonrisas fatuas y triunfales el ruego, formulado con temblorosa voz de anciano, de que se le concediera permiso para oír misa.

Aymer interrumpió súbitamente su relato.

—¡Pero si no me estás escuchando! —exclamó, amostazado, y Ricardo retornó de sopetón a la realidad.

—¿Qué fue lo de Plaisians? —preguntó.

Aymer se quedó mirándole, consternado.

—Perdona, me temo que en mis pensamientos estaba muy lejos de aquí —se disculpó Ricardo.

—¿Lejos de aquí? Naturalmente. Has padecido mucho. Te lo contaré otra vez.

Repitió de nuevo toda la narración, aunque no sin preguntarse, en su fuero interno, por qué evitaba Ricardo tan persistentemente su mirada. ¿Serían secuelas de la cautividad?, se preguntó, aunque no le pareció muy probable.

A la mañana siguiente Aymer despertó a su camarada y le dijo:

—Voy a inspeccionar el castillo.

Ricardo se incorporó al instante para acompañarle y poco después cabalgaban juntos al paso, sumergidos en la niebla matutina. Las telarañas entre las ramas eran como frágiles labores de encaje con perlas de rocío helado. Ricardo recordó que Beatriz casi se había enfadado con él cuando una mañana, después de la fuga, él había pasado con los caballos a través de una de aquellas redes plateadas. ¿Conseguiría desterrarla de su mente alguna vez? Aún le parecía estar oyendo su risa fresca, y suspiró muy a pesar suyo.

—¿Fernán todavía está en París? —dijo apartándola de sus pensamientos a la fuerza.

—Sí, pero no en La Cité. Sería demasiado peligroso. Aunque se mantiene en contacto con su hermano, así que van filtrándose algunas informaciones.

Además, pasa mucho tiempo con los legados papales en el palacio episcopal, sustituyendo a un escribiente oportunamente afligido por no sé qué misteriosa enfermedad.

—Apuesto a que tal enfermedad nos cuesta un montón de dinero...

—Así es. Nos ha aportado los autos sobre la declaración de Molay ante la comisión. ¿Tienes alguna idea sobre cómo vas a plantearlo cuando te veas cara a cara con el papa?

Ricardo se encogió de hombros.

—Iré meditando mis palabras camino de Aviñón, puesto que ahora ya estoy al corriente de lo sucedido aquí. Lo único que deseo en este momento es allegar medios para que nuestros hermanos puedan defenderse sólidamente. Es nuestra única esperanza, Aymer. Si pudiéramos encontrar a personas suficientes, y que sean las personas idóneas, con nuestra ayuda y nuestra información exterior aún tendríamos la posibilidad de salvar nuestro honor y a la orden. Porque eso es lo que Felipe teme por encima de todo, que limpiemos el baldón recaído sobre la orden y le pongamos en ridículo.

—Demasiado tarde para los que murieron en el potro y demasiado tarde para el oro que desapareció ya en las arcas de Felipe. ¿Sabías que ha embargado las rentas de nuestros dominios? Jamás recuperaremos ni una pieza de cobre.

—Espera y verás las cantidades que pedirá para resarcirse por los gastos del proceso —corroboró Ricardo—. Y por las herramientas y los salarios de los verdugos, y por la manutención y la vigilancia de los presos en sus cárceles, cuando el juicio haya terminado. Es demasiado tarde para muchas cosas. Aymer, y si el papa no quiere colaborar, más vale que desistamos ahora mismo, porque Felipe y Nogaret no cejarán.

—¿Te he contado lo que sucedió en Tréveris y Maguncia? —preguntó Aymer tratando de introducir algo de optimismo en la conversación.

—No.

—Nuestros hermanos de aquellos lugares se hartaron de tanto miedo y tanta persecución... Nuestras rutas de evasión pasaban por sus encomiendas, ¿recuerdas? De manera que se presentaron ante los obispos revestidos con sus armaduras, las espadas ceñidas, empuñando las lanzas, los escudos a la espalda, las viseras caladas, es decir, armados hasta los dientes. Así que los obispos no tuvieron más remedio que escuchar sus vehementes protestas. Y cuando quedó formalmente declarada su inocencia, ellos dieron la espalda a los obispos y se volvieron en buena paz y compañía por donde habían venido.

Habían recorrido un buen trecho cuando se volvieron a contemplar las torres del castillo. Regresaron y al cabo de un rato recibieron desde las almenas la señal de que podían pisar el puente levadizo.

—Felipe no ha vuelto a hostilizarme desde mi regreso; sin embargo, procuro no pasar más de un par de horas entre estos muros. Creo que preferiría enfrentarme ahí fuera a quien venga, mejor que verme sitiado —explicó Aymer.

—Tú y yo hemos vivido más de dos años en el monte, como proscritos —reflexionó en voz alta Ricardo.

—Descontando los breves intervalos —le corrigió Aymer sonriendo.

—Por eso nos sentimos atrapados entre paredes. Calculo que Felipe andará demasiado ocupado por ahora.

Escalaron los peldaños que conducían a los adarves y contemplaron las boscosas colinas. En aquellas horas tempranas todo parecía tan pacífico... Mientras cruzaban el patio del homenaje para dirigirse a los aposentos, un muchacho salió a la carrera de las cuadras.

—¡Messire le Batatard! —Es el pequeño Raúl —sonrió Ricardo.

El muchacho se abalanzó hacia él rodeándole el cuello con los brazos.

Aymer le pellizó la mejilla y le obligó a hacerse atrás.

—Que sea «messire Ricardo» la próxima vez, ¡pillastre!

El aludido acariciaba los rizos del chico.

—Has crecido desde la última vez que te vi. Pronto serás todo un hombre.

—Ya casi tengo nueve años, señor —se enorgulleció Raúl.

—Y un perfecto escudero —agregó Aymer.

—Celebro escucharlo. En eso habíamos quedado, ¿no, Raúl? Ve y sigue guardando a Pilgrim hasta mi regreso.

El chico, radiante, corrió de nuevo hacia las cuadras.

—Es un buen muchacho —comentó Ricardo—. No tiene un adarme de malicia.

—Todavía no. ¿Qué te parece mi hijo?

Habían entrado en la sala de armas, que olía a heno recién cortado y a madera de roble.

—¡Ah! También es un gran chico —contestó Ricardo.

El sillón tallado de la cabecera se parecía mucho al que ocupara Beatriz durante el banquete, el día del torneo, y también el día que el conde de Lancaster acudió a visitar al prisionero de Morley.

—¿Eso es todo?

Aymer se quedó esperando otro comentario, pero no lo hubo. Era como hablar con la pared. Ricardo cruzó despacio el salón, sus botas resonando sobre las losas de piedra, también lo mismo que aquel día. Cuando hubo llegado al fondo se detuvo y sus dedos exploraron inconscientemente la madera tallada. ¿Por qué era necesario que todo le recordase a ella? De súbito descargó el puño sobre el respaldo.

—¡Infierno y condenación! —gritó, y permaneció unos instantes inmóvil, la cabeza baja, los ojos cerrados a las cosas que no deseaba ver.

Cuando alzó los ojos, Aymer se había colocado al otro lado del sillón, el pie derecho apoyado en el asiento y el muñón sobre la rodilla.

—No estoy acostumbrado a oírte juramentos. En absoluto —dijo tranquilamente, y viendo que tampoco esta vez había respuesta, le miró con fijeza a la cara y observó la expresión torturada de los ojos grises. Los ojos de Ricardo no podrían engañarle nunca. Dominando la sorpresa inicial, preguntó en tono de incredulidad—: ¿Una mujer, Ricardo?

En seguida los ojos cobraron una dureza de acero, al tiempo que los labios se apretaban en una línea obstinada, y en un súbito acceso de cólera Ricardo exclamó con fiereza:

—¡Voto a Dios! ¿Por qué hemos de tropezar todos en esa misma piedra? ¿Por qué no se nos ocurre otro pecado diferente, si es que andamos empeñados en quebrantar nuestra Regla? Según el mismo rey Felipe, tenemos ciento veintisiete maneras distintas de quebrantar nuestros votos. ¿Por qué ha de ser siempre una mujer? —Escupía las palabras con tal desprecio y repugnancia como si el pecado en cuestión fuese el más alevoso y atroz del mundo—. ¡Que Dios me maldiga! —exclamó finalmente con voz rota, bajando los ojos como si no pudiese soportar más la sorprendida mirada de Aymer.

—Bueno, no se trata del fin del mundo —dijo el francés como quitando importancia.

—Para ti no, claro.

Aymer fingió no haber oído el reproche.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—¿Acaso supone eso alguna diferencia?

—No, claro que no. ¿No te parece que has generalizado en exceso? Hasta la fecha, que yo sepa, sólo tú y yo hemos incurrido en esa falta.

—No, también Toeni se perdió por culpa de una mujer. Fui yo quien dio la orden de que acabaran con él si volvía a reunirse con su amante La Zouch.

Poco antes de mi partida de Rye se me comunicó que había sido ejecutado. Desde entonces no he podido olvidar lo sucedido. Porque fui yo mismo quien le envié allí, aunque sin darme cuenta de lo que hacía, al castigarlo y ofenderlo porque había cedido a una debilidad y yo no. Fue mi envidia la que le envié a la muerte —suspiró—. El hombre piadoso obra el bien de su alma, en cambio el cruel hiere su propia carne, como dicen las Escrituras. Mi alma no está limpia, amigo mío. En verdad es una historia sucia y desgraciada.

—¿Por qué te atormentas con esos remordimientos, Ricardo? No dudo que has obrado con justicia.

—El que no está libre de culpa no puede juzgar a los demás. Por eso... aunque no sólo por eso... debo arrancarla de mi corazón.

Desesperado, se daba grandes golpes con el puño en el pecho.

—¿Intentas mortificar tu pasión, Ricardo l'Intègre? —se burló Aymer—. Deja eso, amigo. Te aseguro que no lo conseguirás, y te lo digo yo que te conozco bien.

—Pues será menester que lo consiga —contestó en tono de firme decisión, pero en seguida agregó con una mirada desesperada—: ¡Dios mío! ¡Sería capaz de besar la tierra que ella haya pisado!

Una vez hubo compartido su secreto con Aymer, sin embargo, se sintió mejor.

—Es la hija mayor del señor de Morley —le explicó—. Me ayudó a escapar y para corresponder no se me ocurrió sino darle el resto de nuestro dinero a fin de que la recibieran en el convento. Por ahora no podrá gastarlo porque debe permanecer allí, y tardará en poder regresar a su casa sin riesgo.

—¿Te amaba ella? —curioseó Aymer.

—¡Qué preguntas tienes! Yo abusé de su amor hacia mí... y esto es lo que más me duele en conciencia... perfectamente consciente de lo que hacía. Me aproveché de ese amor y luego la aparté de mí como quien devuelve un caballo prestado. Uno paga el alquiler y lo deja en la primera posta. Con la diferencia de que a ella la excomulgaron primero.

—Eres un monstruo y un maldito loco.

—Sí, soy un canalla. Pero tengo mis deberes y mis votos. Algunos hombres pueden elegir el camino que prefieren para alcanzar sus metas, Aymer. Para mí, en cambio, sólo hay un camino, y debo seguirlo, lo desee o no.

Aymer asintió.

—Dicen que el tiempo cura todas las heridas —prosiguió Ricardo—. Pero duelen, ¡maldita sea!, cuando son todavía recientes. Y aunque se cure la herida, siempre quedará la cicatriz.

Sus miradas se encontraron de nuevo, esta vez con fijeza.

—Como no hay confesor para mí, siempre es un consuelo el poder hablar contigo —concluyó Ricardo.

Adelante sin temor, caballero, y destruye a los enemigos de Cristo con la seguridad de que nada puede separarte del amor de Dios.

Bernardo de Claraval, De Laude Novae Militae ad Milites Templi.

Envuelto en hábito de penitente se abrió paso Ricardo hasta los aposentos del papa, entre todos aquellos prelados con sus sotanas de seda y brocado rojo y violeta. Había logrado entrar en el monasterio de los dominicos de Aviñón sin que nadie reparase en él, porque desde que había fijado allí su residencia el papa nadie sabía ya quiénes formaban parte del establecimiento y quiénes no.

Tras solicitar reiteradamente una audiencia, lo introdujeron en una antecámara donde, al cabo de un rato, se hizo presente un obispo. Ricardo le repitió su petición.

—Imposible —dijo el obispo—. Si deseáis participarme cuál es el asunto que os trae...

Ricardo se irguió en toda su estatura y declaró:

—Es menester que hable con su santidad a solas, hoy mismo. ¡Es urgente!

El tono imperioso, de hombre acostumbrado a mandar, impresionó al obispo, quien murmuró una disculpa. El sayal de arpillera no permitía adivinar su categoría, pero se echaba de ver que era un noble de alto linaje y de posición importante.

—Ha sido una jornada muy fatigosa para el Santo Padre. Una antigua enfermedad le tiene indispuerto.

—Cuánto lo siento. Esperaré aquí hasta que se encuentre mejor.

Ricardo no le creyó ni media palabra al prelado. El papa solía refugiarse en su mala salud cuando deseaba evitar algún encuentro desagradable. Y permaneció sentado antes de que el otro pudiera protestar.

—Si insistís, veré si puedo hacer algo —dijo el obispo.

—Insisto.

Pasó una hora durante la cual el ánimo de Ricardo decayó bastante, en parte a causa de las ásperas ropas de penitente.

Sus cavilaciones sombrías fueron súbitamente interrumpidas por un leve rumor. Entreabrió la puerta y por la rendija pudo ver un instante a la mujer que cruzaba el corredor a paso furtivo, según todas las apariencias procedente de los aposentos del papa. Ricardo había escuchado rumores suficientes para saber que no le engañaban los ojos. Hacía años que la bella Brunisenda Talleyrand de Périgord era la favorita del papa, y le costaba una fortuna. Con una sonrisa maliciosa, Ricardo observó que llevaba el cabello y las ropas en desorden.

Al cabo de un rato fue invitado a entrar en la sala de audiencias, donde le recibió el pontífice revestido de todo su ornato y sentado en su trono. Era evidente que la mujer le había ayudado a vestirse.

Ricardo hincó la rodilla en tierra, inclinó la cabeza en señal de respeto y permaneció en dicha postura hasta que cerraron la puerta a sus espaldas. Entonces levantó la cabeza y miró a los ojos de aquel hombre de rasgos débiles. Todo en él era débil, no sólo el semblante sino también la barriga, las manos flácidas que cruzaba sobre el regazo, el pecho hundido y los hombros caídos. Por un instante se preguntó en nombre de Dios qué se le habría perdido allí a él: ¿acaso aquel hombre sin redaños apartaría de ellos la catástrofe que los amenazaba?

Pese a haberse visto en más graves apuros, al caballero le faltaban palabras con que expresarse. Sus labios se negaban a articular el tratamiento habitual de «Santo Padre», y no encontraba otro por más que se devanaba los sesos. Fue el mismo pontífice quien resolvió la dificultad al reconocer con un sobresalto quién era el caballero que le demandaba audiencia.

—No os recuerdo, ni deseo recordaros —dijo alargando la blanca mano llena de fastuosos anillos hacia una campanilla de plata, pero Ricardo se le adelantó.

—Tened un instante de paciencia, os lo ruego —dijo—. Mis intenciones son pacíficas. Estoy arrepentido de mis actos y, con permiso de su santidad, deseo acogerme al asilo de esta casa para hacer penitencia por mis pecados.

—Eso está bien, hijo mío —dijo el papa en tono benévolo, pero sin verdadera cordialidad, y retiró la mano.

Contempló entonces al penitente con más atención y observó la cuerda de nudos que ceñía el hábito, el cual a su vez presentaba muestras de haber sido utilizado con bastante frecuencia. No sospechaba, naturalmente, que los pecados a que se refería Ricardo no eran los que él se figuraba. Dos meses habían transcurrido desde la triste despedida en Grimpton, y Ricardo aún ardía en deseo hacia los encantos de Beatriz. Su cuerpo la deseaba y le parecía que el corazón se retorció de angustia cuando pensaba en ella. Pero no quiso ceder; a fuerza de mortificarse con la cuerda de nudos —que se llevaba generalmente por encima del hábito blanco, como símbolo de castidad, pero que él se ponía muchas veces sobre la piel a modo de cilicio hasta sacar sangre de las heridas apenas cicatrizadas de su espalda, poco a poco fue matando aquella parte de sí mismo que pertenecía a ella. De este modo la expulsó decididamente de su corazón, y quedaba sólo un vacío doloroso que iba llenándose de amargura.

A medida que cobraba conciencia del significado de las palabras que acababa de pronunciar, Ricardo se animó a cumplir la desagradecida misión que se había fijado a sí mismo. Postrándose de rodillas, besó las zapatillas del papa.

—¡Perdonadnos, Padre, y tened piedad de nosotros!

El papa se mostró visiblemente conmovido, pareciéndole indudable que aquel caballero había querido hablar con Dios directamente, aun cuando se dirigiese al vicario de Dios en la tierra. Inclínandose, apoyó las manos sobre los rubios rizos.

—Poneos en pie, Ricardo —dijo—. Todavía no está todo perdido.

Poco a poco se incorporó Ricardo, con los grises ojos todavía fijos en los blancos nudillos de sus manos entrelazadas. Cuando alzó la cabeza su mirada se encontró con los blandos ojos del papa.

—Pero hace falta mucho más para que se levante la excomunión promulgada contra vos por la Iglesia de Dios. Mucho más.

—Así lo tengo entendido.

—Estáis en el buen camino, hijo mío.

Ricardo meneó la cabeza.

—¿Acaso no ha dicho san Juan: «El que ama a su hermano está en la luz, y no hay en él ocasión alguna de caída. Pero el que odia a su hermano está en las tinieblas, anda en las tinieblas y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos»? ¿Y también: «Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso. El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve»?

El papa asintió.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que yo amo a mis hermanos, santidad, y que no puedo contemplar desde la inacción cómo son falsamente acusados por gentes que dan crédito a

mentiras y falsos testimonios. Y que por el contrario estoy dispuesto a morir, si hiciese falta, para salvarlos, para restablecer el honor de la orden y subsanar el trágico agravio que le ha inferido mi señor el rey de Francia, así como por el honor de los que murieron en el potro del tormento por no renegar de la verdad. Pero todo cuanto hice hasta el presente, movido por la desesperación, ha surtido los efectos contrarios. Es por eso que acudo a implorar vuestra ayuda, a suplicar vuestro socorro, así como el apoyo y el auxilio de vuestra Iglesia. Porque, ¿no somos nosotros también vuestros hermanos? ¿No es cierto que amáis a vuestros hermanos, Santo Padre?

La pregunta se había formulado en un tono tan insistente, que el papa tuvo la sensación de que le llevaba a una trampa.

—Sin duda —replicó—, pero los crímenes de los que se os acusa son graves, y muy numerosos los testigos que han declarado jurando decir la verdad.

—Yo rogaré también por los que han atestiguado en contra de nosotros, porque como dice san Marcos, «según vuestras palabras os justificaréis y según vuestras palabras seréis juzgados». Ellos han prestado juramentos falsos, han arrojado arena a vuestros ojos y han abusado de vuestra confianza. Son hermanos renegados y comprados que reniegan del manto blanco sabe Dios por qué motivos, traidores, desertores. Han infamado a la orden más religiosa, más abnegada y más casta de toda la Cristiandad. Pero naturalmente, de la calumnia siempre queda algo.

Ricardo apretó los labios para no hablar demasiado, llevado por el ímpetu de sus propias palabras.

—Luego ¿negáis todas las acusaciones? —preguntó el papa, y se quedó al acecho de la respuesta.

—Las niego categóricamente. No son más que infamias.

—Sin embargo, muchos de vuestros hermanos las han confesado.

—¡Porque se les obligó a ello mediante las amenazas y el tormento! —contestó Ricardo, aunque perfectamente consciente de que no le comunicaba ninguna novedad al pontífice con sus palabras.

—Por eso mismo hemos dispuesto una nueva instrucción, la cual se está iniciando en estos momentos en París, bajo la presidencia del arzobispo de Narbona. Son miembros de la comisión los obispos de Limoges, Bayeux y Mende, así como tres archidiaconos y Guillermo Agarni, el prepósito del cabildo de Aix. Supongo que confiaréis en la investigación dirigida por tan relevantes personalidades eclesiásticas, ¿qué más queréis? —exclamó el papa con el ademán de quien acaba de exponer el argumento definitivo.

Ricardo le escuchaba con una sonrisa amarga. La presidencia de Gil Aycelin, el arzobispo de Narbona, no le inspiraba la menor confianza. Era éste un sujeto de gran astucia que seguramente habría acertado a ganarse la confianza del papa Clemente sin perder la del rey. En cuanto a los demás nombres, tampoco le impresionaban demasiado.

—Se impide a nuestros hermanos que comparezcan ante vuestra comisión. En París se ha impuesto un régimen de terror para impedir que declaren como defensores de la orden. —Ricardo se daba cuenta de que nada desagradaba tanto al papa como el verse obligado a contemplar de frente la verdad, pero no permitió que ese pensamiento le desanimase—. Además las citaciones se reducen a los templarios residentes en el reino de Felipe; en cambio nosotros deseamos extender el llamamiento a los demás hermanos, a los que no están sometidos al poder de Felipe ni pueden ser silenciados por los agentes de Nogaret.

El papa meneó la cabeza. El nombre de Nogaret era la espina en su conciencia, por cuanto le recordaba sus propios compromisos para con el rey Felipe.

—No puedo ayudaros. La instrucción está en marcha.

—¡Al contrario! La instrucción está en un callejón sin salida.

Ricardo consideró llegado el momento de echar toda la carne en el asador, por lo que prosiguió:

—En Francia, apenas una docena de freires del Temple han acudido a la citación, los cuales han sido reducidos mediante intimidaciones y amenazas a tal punto que sus declaraciones ante la comisión se mueven en el terreno de la mayor vaguedad. Quedan en la Cristiandad, sin embargo, más de mil quinientos hermanos nuestros que preferirían morir antes que asistir en la inacción a cuanto está ocurriendo. ¡Llamadlos a París, Santo Padre, y el Temple será defendido! Con la necesaria ayuda por mi parte, naturalmente. Aunque sólo dispongo de un puñado de hombres, en el más breve plazo podríamos concentrar a varios centenares procedentes de los reinos vecinos en Venaissin, que pertenece a la jurisdicción de la Santa Sede y se halla en las cercanías de Aviñón... ¡si se nos concede un plazo suficiente, podríamos sumar casi un millar!

—Basta de eso —replicó el papa, agitado por un creciente desasosiego—. ¿Cuáles son vuestras condiciones?

—No exigimos nada, santidad, sino que imploramos humildemente. Mis hombres quedan a vuestra disposición para auxiliaros en vuestra lucha frente al rey.

Acostumbrado a los métodos intimidatorios de Felipe y de Nogaret, el papa no veía en la propuesta de Ricardo sino otra amenaza. Aunque hubiese debido comprender que los templarios nunca marcharían sobre Aviñón, en aquellos momentos Clemente desconfiaba hasta de su mano derecha.

—Decidme, pues, cuáles son vuestras peticiones —dijo en tono fatigado.

—Son nueve, Santo Padre, el número de la perfección.

El papa asintió e hizo un ademán invitándole a proseguir.

—Primera: Un llamamiento a todos los templarios, también a los de otros reinos, para que comparezcan en defensa de la orden. La comisión se encargará de dar la máxima difusión posible a ese llamamiento.

»Segunda: La prohibición de tomar declaraciones bajo intimidación, amenazas o tortura, ni en presencia de personas no eclesiásticas ni de acusadores que no sean de la Iglesia.

»Tercera: La anulación de las confesiones obtenidas bajo amenazas o suplicios, y que los caballeros en cuestión sean llamados nuevamente a declarar.

»Cuarta: Que aquellos de entre nosotros que actúen durante el proceso en calidad de defensores de la orden también se hallen presentes y sean escuchados durante el concilio general de Vienne cuando éste se reúna para dictar sentencia.

»Quinta: Que dichos defensores actúen previa autorización de nuestro gran maestre y se les permita consultar con él.

»Sexta: Que se les dispense protección especial de tal manera que puedan hablar libremente y sin temor.

»Séptima: Que todos cuantos han renegado del manto y han infamado a nuestra orden y manchado su honor sean detenidos e interrogados, a fin de poder verificar si sus confesiones eran falsas o verdicas.

»Octava: Nuestro oro y nuestras propiedades deben quedar bajo custodia, por lo menos hasta que se haya dictado sentencia sobre nosotros.

Hizo una breve pausa, recordando que el tesoro del Temple de París había sido transferido ya a las arcas reales.

—Y novena —concluyó—, que es mi ruego principal, el cual os suplico tengáis la bondad de atender cuanto antes: Que no se siga privando a mis hermanos presos su derecho a hablar con sus capellanes y confesores, y que

no se les sigan negando los sacramentos de la Iglesia. Los han arrojado a las más miserables mazmorras, los han puesto a pan y agua, los han amenazado y torturado, y para colmo se les priva del consuelo espiritual. Eso nos ha dolido más que todas las demás pruebas que han tenido que sufrir mis hermanos, porque se nos educa y se nos ejercita para soportar el dolor en el combate, Santo Padre. Somos soldados y monjes que ingresamos en el Temple con el deseo de entregar nuestras vidas al Señor, pero no de esa manera, ni sin la Santa Comunión. Os suplico, Santo Padre, que concedáis a mis hermanos la merced de permitirles oír misa y recibir las Sagradas Formas.

Después del fogoso discurso de Ricardo se hizo en la estancia un silencio opresivo. El papa estaba acobardado ante la mera idea de tener que presentarle semejantes reivindicaciones a Felipe. Decidió que se pondría enfermo en serio durante una temporada.

—Llamaré a mi escribano para que tome nota de todo esto.

—¿Y daréis a conocer públicamente que me habéis escuchado? —le preguntó Ricardo con sarcasmo—. ¡Recordaréis cada una de mis palabras, y además pienso ayudaros asiduamente a recordarlas!

Con la rodilla en tierra, hizo una inclinación de cabeza ante el Padre de la Iglesia. No ignoraba que el pontífice Clemente, en el fondo, era hombre de buen corazón, sólo que faltó de valor para rebelarse contra Felipe el Hermoso y Nogaret el Terrible. Nadie que hubiese conocido a esos dos le juzgaría con demasiada severidad por ser tan débil. Pero si se le apoyaba con vigor suficiente, quizá sería capaz de salvar al Temple todavía.

La verdadera esperanza tiene alas de golondrina, y hace dioses de los reyes, y reyes de las gentes comunes.

William Shakespeare, Ricardo III.

Ricardo pasó el resto del invierno en viajes entre Aviñón y París. La visita al papa había dado algunos frutos. Por orden de Clemente, la comisión llamó a París a todos los freires del Temple para que se registrasen como testigos de la defensa. El llamamiento se difundió antes de que Nogaret pudiese intervenir, a tal punto que los templarios y sus amigos empezaron a cobrar confianza. Y acudieron de todos los rincones de la Cristiandad, e incluso de las más ignotas encomiendas. Así hallaron el camino de París muchos de los de Mende, Beauvais, Noyon, Vitry, Carcasona, Sens, Corbeil, Chaumont, Tournai, Cambrai, Thérouanne y Utrecht.

A muchos de ellos los conocía Ricardo personalmente, sobre todo a los de Flandes, donde estuvo refugiado durante los primeros meses y adonde había enviado muchos heridos y fugados: Gossin de Brujas, el preceptor de Flandes, Juan van Veurne, Simón de Repere y Nicolás Verzele, hombres valientes que no temían a la muerte y que se alzaron unánimes para defender a su orden.

Se acercaba la primavera y los rayos del sol cubrieron de claridad dorada los campos de Francia.

Incluso los templarios presos en sus lóbregos calabozos veían alborear una vida más tolerable. Sus esperanzas crecían a medida que iban recibiendo noticias. El 14 de marzo se habían reunido en el parque detrás del palacio episcopal casi seiscientos freires, y la comisión salió a plantearles si venían con intención de actuar como defensores de la orden.

—¡Sí, hasta la muerte!

Fernán de Uzès, que se había empleado como escribano, escuchó, tan excitado que apenas lograba manejar la pluma de ganso, cómo la comisión leía a los hermanos el acta de la acusación en latín. Aunque la mayoría de ellos ni siquiera entendía tal idioma, se mantuvieron impertérritos y soportaron sin torcer el gesto la letanía de los ciento veintisiete artículos. Por último, uno de los miembros de la comisión preguntó si deseaban que se leyese el texto en idioma vulgar. Uno de los templarios se adelantó y, mirando con desprecio al comisionado, replicó:

—¡Con el latín nos basta! No tenemos ningún deseo de volver a soportar semejantes infamias en francés. ¡Todo cuanto dice ahí es mentira!

Conocían sobradamente las acusaciones y además habían sido instruidos e informados de antemano por un dominico llamado Juan Guiraud, y más conocido por algunos de entre ellos bajo el nombre de «Ricardo el Bastardo».

—La comisión no sabrá cómo conducirse frente a una asamblea tan nutrida, ya que no habían previsto el caso y seguramente tampoco no cuadra con sus planes —les había anunciado—. Tratarán de facilitarse el trabajo persuadiéndoos de que nombréis a unos delegados para dialogar con ellos. Esa propuesta no debéis aceptarla en ningún caso. Manteneos firmes en exigir que todos presten declaración.

Sucedió tal como había previsto, y la congregación degeneró en un caos considerable. Todos los templarios presentes se empeñaron en declarar uno a uno, y cada cual a su turno dijo haber sido víctima de torturas, negándose a conceder validez a sus confesiones anteriores. Algunos enseñaron sus cicatrices a los miembros de la comisión y no se abstuvieron de manifestar su

indignación por haberseles privado de los sacramentos de la Iglesia durante el cautiverio.

Gil Aycelin, arzobispo de Narbona y presidente de la comisión, propuso a los freires que nombrasen de entre sus filas a seis o como máximo diez representantes o delegados que hablasen en nombre de la asamblea de los seiscientos. Era ésta una trampa jurídica, porque según el derecho canónico tales «procuradores» debían ser elegidos por mayoría de dos tercios de todos los acusados. Como la mayoría de los miembros de la orden se hallaban dispersos por toda Francia y el extranjero, y además en las cárceles, la defensa a cargo de tales delegados habría carecido de validez legal.

Ricardo contaba sobre todo con un hombre, el único de los freires que poseía conocimientos jurídicos bastantes para evitar que el Temple incurriese en errores fatales. Era Pedro de Bologne, sacerdote del Temple y procurador de la orden ante la Curia romana, cuya persona le había sido indicada a Ricardo por Fernán.

—Es el hombre que puede salvar al Temple.

Fue Pedro de Bologne quien se adelantó entonces para hacer uso de la palabra. Tras indicar a los escribanos que levantasen acta por escrito de lo que iba a decir, empezó:

—No vemos cómo podría representarnos ningún procurador sin la anuencia de nuestro gran maestro, a quien todos los presentes y ausentes debemos obediencia —dijo con dignidad—. Exigimos que se convoque al gran maestro, así como a los hermanos y preceptores de todas las provincias, al objeto de debatir sobre el nombramiento de los susodichos procuradores y sobre el resto del procedimiento.

Naturalmente, los miembros de la comisión también habían recibido instrucciones... de Nogaret, y no tardaron en anunciar su respuesta:

—El gran maestro y los demás dignatarios nos han declarado ya que no pueden asumir la defensa de la orden.

Además trataron de presionar a los hermanos para forzar una decisión rápida, remitiéndose a la inminencia del proyectado concilio.

Pedro de Bologne no se dejó engañar. Volviéndose hacia sus compañeros, les expuso en un par de frases breves la necesidad de mantenerse firmes y la peligrosidad de las propuestas de la comisión. Dicho esto, se volvió hacia el presidente:

—Me ratifico en mis manifestaciones anteriores, de acuerdo con todos mis hermanos.

La comisión siguió tratando de persuadirlos para lograr que aceptasen las propuestas, pero al ver que no se adelantaba nada, el obispo de Bayeux acabó por claudicar y envió notarios a todos los lugares de París donde estaban presos los templarios, para levantar acta de lo que manifestaran. De esta manera, el primer asalto de la pelea se decidía a favor de la orden.

Más tarde, cuando Ricardo hubo escuchado de Fernán el relato de la escaramuza, dijo satisfecho:

—Bien, ahora podemos poner manos a la obra.

Mientras los notarios y los escribanos enviados por la comisión pontificia visitaban a todos los templarios, diligencia que los ocupó durante varias semanas, iban acudiendo cada vez más freires a París. Todos los días se presentaban a las puertas de la ciudad templarios diciendo que venían a declarar en defensa de la orden, hasta que se reunieron en la capital francesa unos novecientos hermanos, entre ellos unos cuarenta sacerdotes y otros tantos caballeros. Pero también la maquinaria de Nogaret funcionaba inexorablemente y seleccionaba de entre los presos únicamente a quienes no hubiesen desempeñado ningún papel relevante en la orden, y con eso no tuviesen nada destacable que decir cuando comparecieran en el palacio

episcopal. Los funcionarios del rey y sobre todo Juan de Jamville, el alcaide del Châtelet, no se daban punto de descanso en amenazar a los freires con la hoguera si no renunciaban a declarar o si, haciéndolo, decían cualquier cosa que conviniese a los fines de la comisión.

Por aquellos días Ricardo viajaba incesantemente de un lugar a otro, vista la necesidad de adelantarse a los notarios para instruir a sus hermanos en el sentido conveniente. Encontraba muchas facilidades para su trabajo por el hecho de que los presos eran ya tan numerosos que no cabían en las cárceles de París, de manera que además de los concentrados en el mismo Temple y en las abadías de St.-Martin-des-Champs, St.-Magloire y Ste.-Geneviève-les-Bois estaban los alojados en casa del conde de Savoya y en otros domicilios particulares. Aunque los tenían atados de pies y encerrados en habitaciones, no era necesario incurrir en demasiados riesgos para entrar en contacto con ellos. De esta manera pudo asegurarse de que se eligiesen portavoces verdaderamente preparados para defender con eficacia los intereses del Temple.

Desde noviembre Ponsard de Gissy, el comendador de Payns, le había dado dos nombres: Pedro de Bologne, quien había demostrado ya su valía en el ínterin, y Reinaldo de Provins, comendador de la casa de Orleans y también sacerdote del Temple. Un tercero le fue indicado a Ricardo por Fernán en febrero, tras haberse fijado en él durante las sesiones de la comisión: Bertrán de Sartiges, caballero y comendador de Carlat. A estos tres se les unió poco después Guillermo de Chambonnet, comendador de Blandeix, hombre que como aquéllos no se dejaba intimidar por los agentes del monarca.

El 5 de abril presentaron los notarios sus actas a la comisión y ésta, presidida por el obispo de Bayeux, inclinado a favor de los templarios, dispuso que los cuatro caballeros citados —el de Bologne, el de Provins, el de Chambonnet y el de Sartiges— tuviesen licencia para visitar a todos los presos que desearan prestar declaración en defensa del Temple, aunque, en todo caso, estrictamente vigilados y en presencia de notarios y escribanos.

Ricardo no logró ponerse en comunicación con aquellos cuatro valientes, ya que se hallaban en el Châtelet bajo la custodia de Juan de Jamville. Pero no tenían necesidad de él en realidad.

Dos días más tarde pasó al ataque Pedro de Bologne, haciéndose conducir al palacio episcopal en compañía de ocho freires para leer allí a los señores de la comisión su escrito de defensa, preparado en nombre de sus infortunados hermanos. Era una ardiente requisitoria en contra de todos los que habían acusado al Temple y maltratado a sus hermanos para arrancarles confesiones.

—En vuestra presencia, reverendos padres y miembros de la comisión — empezó con voz fuerte—, los infrascritos hermanos de la orden declaran, no con el propósito de iniciar un proceso, sino sólo para hacer constar la circunstancia, que siendo tan importante la causa no deben, pueden ni quieren nombrar procuradores sin la presencia, el consejo y la anuencia de su maestro y del capítulo, y por tanto se ofrecen a declarar en defensa de la orden mancomunada e individualmente, al tiempo que ruegan y exigen se les permita tomar parte en el concilio general, ante el cual prometen comparecer siempre y cuando sean puestos en libertad.

»Tanto más extraño resulta, por no decir consternante, que se conceda más crédito a unos embusteros sobornados que a unos mártires que han dado la vida en el suplicio por no renegar de la verdad. ¿Acaso se prefiere confiar en unos falsarios y corrompidos mejor que en quienes, por servir a la verdad y obedecer a los dictados de su conciencia han padecido y padecen día a día en las cárceles, asumiendo tribulaciones, pruebas, temores y miserias? En el fondo no debería extrañar a nadie que tales amenazas y tales terrores hayan permitido arrancar falsas confesiones; más asombroso parece que sean tantos,

o mejor dicho la mayoría de los que aún se hallan con vida, quienes permanecen fieles a la verdad pese a todo. Extraordinario también que no se haya encontrado fuera del reino de Francia ni un solo hermano del Temple que confiese o corrobore semejantes mentiras, de donde se deduce con claridad suficiente por qué ellas tienen curso precisamente en el reino de Francia, a saber, que quienes tal declararon lo hicieron por temor ante las amenazas o seducidos por el soborno y la corrupción.

Fue un largo alegato el que pronunció el sacerdote ante los miembros de la comisión, quienes le escucharon impertérritos hasta la presentación de conclusiones.

—El que entra en la orden formula cuatro votos importantes: obediencia, castidad, pobreza y poner todas sus fuerzas al servicio de los santos lugares. ¡Precisamente por eso, los artículos del acta de acusación son abominables, infames y totalmente absurdos! Quienes han persuadido de tales embustes a nuestro señor y soberano el papa y a su augusta majestad el rey de Francia, son falsos cristianos, embaucadores, traidores contra la Santa Iglesia y la Cristiandad. Han engañado al rey y a nuestro señor el papa, movidos por la codicia y por la vil envidia, seduciendo a algunos hermanos nuestros renegados, expulsados de la orden, separados de nuestra hermandad a causa de sus faltas y excluidos como se separa del redil a los animales enfermos.

Estaba claro quiénes eran los aludidos: Esquin de Floriano, ex templario que había arrojado las primeras sospechas sobre la orden; Nogaret, que se insinuó con ellas en el ánimo del rey; Pedro Dubois, cuyos incendiarios panfletos indispusieron a la nobleza y al pueblo en contra de la orden; y Plaisians, que se había encargado de intimidar al papa.

—No es posible que continuéis en la línea que se os ha dictado —terminó el sacerdote—. Antes de nuestro cautiverio nadie se había atrevido a testificar contra nosotros. La opinión no era enemiga de la orden. Y aquellos que la han inculcado con falsos testimonios, se hallaban bajo coacción. Estaban ya en poder de esos hombres que han aconsejado mal al rey, y se veían amenazados a diario para evitar que retirasen sus confesiones. Por eso os rogamos que tan pronto deban comparecer ante vos para ser escuchados, se les garantice la mayor seguridad posible, con el fin de que retornen a la verdad y no tengan nada que temer.

Cuando hubo terminado Pedro de Bologne, se produjo un silencio embarazoso. Los miembros de la comisión evitaban su mirada y cuchicheaban debatiendo en voz baja la réplica. Por último Gil de Aycelin se volvió hacia el sacerdote y sus ocho seguidores, para rebatir todos los argumentos de la defensa con argucias escolásticas y de procedimiento reglamentario.

La principal, que la bula *Faciens misericordiam* había probado definitivamente la veracidad de las acusaciones.

No se alteró por ello Pedro de Bologne; sabía que no se podía esperar gran cosa de aquel gremio, por lo cual hizo una seña a Juan de Monréal, decano de los comendadores de la casa de Aviñón, quien hasta entonces había permanecido oculto a sus espaldas.

Monréal se adelantó y mostró al presidente de la comisión un pergamino con los privilegios históricos concedidos a la orden por la Santa Sede.

—Messires —declaró—, nos acogemos a las prerrogativas que hemos recibido de la propia Sede Apostólica. Exigimos nuestra participación en el concilio general, a cuyo fin han acudido a París unos novecientos hermanos, y serían muchos más si no se les hubiese impedido.

Obraba en su poder un último triunfo que le había facilitado Ricardo desde las cárceles de París, y que mostró a la comisión. Eran cartas en las que se prometía a los encarcelados la libertad a cambio de una falsa confesión, y estas cartas ostentaban el sello del rey francés.

Al principio los padres de la Iglesia contemplaron los pergaminos con estupefacción, sin saber qué decir. Por último se acogieron a la excusa de que aquello no era de su competencia, ni tenía relevancia en cuanto a la causa que se sustanciaba.

Sin embargo, se había logrado al menos que constaran en acta las viles maquinaciones de la corona francesa; poco a poco los templarios fueron deponiendo su cautela y hablaron con más franqueza. Ricardo los espoleaba sin descanso exigiéndoles que dijeran la verdad sin tapujos, para que así cobrasen también valor los demás y se retractasen de sus anteriores confesiones forzadas.

La orden de los pobres soldados de Cristo levantaba cabeza al fin, y la verdad empezaba a difundirse entre el pueblo. Decrecía la hostilidad al tiempo que ganaba terreno la compasión; el odio y el desprecio se volvían cada vez más contra los agentes del rey, en quienes pocos confiaban. Muchos ciudadanos de París habían visto con sus propios ojos cómo todos los días los templarios prisioneros, famélicos, demacrados y a veces cubiertos de harapos eran trasladados al palacio episcopal; además se sabía que los que cruzaban el río en barcazas pagaban el salario del barquero descontándoseles de su magra asignación de 12 dineros al día, e incluso pagaban de su bolsillo al esbirro que todos los días les abría los grilletes y luego volvía a ponérselos.

No era fácil la tarea de los miembros de la comisión. Nogaret los asediaba sin descanso, y Juan de Jamville incluso tuvo la osadía de presentar nuevos testigos de cargo, aunque éstos no tardaron en incurrir en contradicciones y sólo consiguieron que los comisionados les mostrasen la puerta. Los relatos de Fernán revestían acentos cada vez más entusiastas.

—¡Salvaremos la orden! —exclamó cierto día, sin entender por qué Ricardo replicaba a su optimismo con una sonrisa amarga.

—La presa todavía está en las garras de La Lechuza, Fernán.

Ricardo no escatimaba recursos para persuadir a la ciudadanía y conseguir que ayudase a los cuatro caballeros comunicándoles cuantas informaciones pudieran necesitar, en dura lucha contra los agentes del rey, ahora empeñados en dar largas a la investigación. Se veía obligado a actuar cada vez con mayor audacia para conseguir que sus hermanos fuesen llevados ante la comisión y escuchados, a tal punto que menudeaban las escaramuzas en las calles entre templarios armados y esbirros del monarca. Mucho le ayudaba en ello la mudanza de la opinión, y se hallaba presente todos los días cuando Pedro de Bologne iba al palacio episcopal acompañado por Provins, Sartiges y Chambonnet y rodeado de una fuerte escolta, pese a lo cual Ricardo consiguió pasarles algunos mensajes.

Más tarde recordaba esa época como un período de incesante agitación, de increíble actividad, durante el cual se atrevió a todo, incluso a lo que parecía imposible. La esperanza le prestaba alas, y vivía tan enfrascado en la marcha cotidiana de los acontecimientos que casi no prestó atención cuando, a mediados de abril, se le comunicó desde Inglaterra que Beatriz de Morley había alcanzado el perdón de la Iglesia y se le había levantado la excomunión, indicio de que no sólo la opinión popular mudaba a favor de los templarios. Además Ricardo concentró a todos los caballeros libres en los alrededores de Lyon. Eran ya casi dos mil, y esta fuerza respetable y peligrosamente próxima a la sede pontificia se impacientaba y adoptaba actitudes cada vez más amenazadoras.

Evidentemente, el rey Felipe procuraba romper la punta de lanza de esta resistencia. Los testigos de la defensa seguían siendo blanco de amenazas, así como de intentos de seducción; se le prometía la libertad e incluso una renta vitalicia a todo templario que decidiese colgar los hábitos.

El 23 de abril Pedro de Bologne presentó una nueva petición protestando contra las insidias de los agentes del rey. Estos argumentaban que no era ningún deshonor el renegar de una orden condenada de todos modos a la extinción.

El rey asestó su golpe definitivo a finales de abril, cuando impuso al papa la «elección» de Felipe de Marigny como arzobispo de Sens. El joven obispo de Cambrai era uno de los incondicionales del monarca.

—La causa está perdida —declaró Godofredo de Uzès en una reunión de urgencia a la que había sido invitado por Ricardo.

Enguerrand, un hermano de Marigny, seguía siendo la eminencia gris oculta, pero muy activa a la sombra del soberano de La Cité, y se encargaría de que su hermano menor no se apartase un punto de las voluntades del monarca.

—¡Por la Cruz! ¿Qué habéis querido decir con eso? ¿Acaso conocéis sus planes? —le preguntó Ricardo.

—Ni falta que hace. No hay más que esperar, ver y rezar. El nombramiento de tal sujeto para tal dignidad presagia la ruina definitiva del Temple.

*Vivos o muertos, pertenecemos al Señor ¡Loor a los vencedores,
bienaventuranza a los mártires!*

Bernardo de Claraval, La Regla del Temple.

El nuevo arzobispo de Sens empezó a actuar con celo digno de mejor causa. Apenas se vio revestido de su nueva dignidad, trasladó la comisión de Sens a París para que se fallase allí la sentencia sobre los templarios, en especial sobre los que habían declarado en defensa de la orden.

En la tarde del 9 de mayo, Ricardo dejó de lado todas las precauciones y se introdujo en el Châtelet bajo su disfraz de Juan Guiraud.

Logró que le dejaran pasar a la celda de Pedro de Bologne, consciente de que sería la primera vez y la última. Sería el fin de su doble papel. Ni siquiera un fraile dominico podía entrar en el Châtelet sin que nadie desconfiara.

Esperó hasta que hubieron corrido los cerrojos a su espalda y sólo entonces echó atrás la capucha.

—¡Ricardo! ¿Vos aquí? —exclamó Pedro de Bologne con sorpresa, yendo hacia el encuentro del caballero para estrecharle ambas manos—. ¡Hacía tiempo que deseaba conoceros en persona!

También a Ricardo le habría gustado poder hablar y cambiar ideas con él mucho antes. Pero disponía de poco tiempo.

—El nuevo arzobispo de Sens... —empezó.

—¿Marigny?

—Ha trasladado la comisión de Sens a París, para que nuestros hermanos sean sentenciados allí.

El sacerdote se mostró visiblemente alarmado.

—A eso no tenía derecho, al menos mientras la comisión pontificia no haya terminado sus trabajos.

—Marigny puede hacer todo cuanto se le antoje, ya que actúa por encargo del rey.

—Protestaré ante la comisión pontificia mañana mismo, con la asistencia de mis tres colegas.

—Invocad la autoridad del papa, porque Marigny no quiere procesarlos por los puntos consabidos de la acusación, sino por «relapsos».

Al escuchar esto el sacerdote no sólo se alarmó, sino que dio auténticas muestras de espanto.

—¿Relapsos?

—Aquellos que habían confesado y luego se desdijeron para hablar en defensa de la orden, según el criterio de Marigny han incurrido de nuevo en el pecado por el cual habían hecho penitencia, luego son relapsos.

Era comprensible la reacción del de Bologne; a los relapsos se les condenaba a la hoguera sin remisión, sin concesión de circunstancias atenuantes y sin que nadie pudiese rescatarlos con dinero a cambio de una reducción de pena.

—Muy astuto —dijo finalmente con amargura en la voz—. Ni el mismo diablo sería capaz de idear una trampa más artera. Es menester actuar con rapidez. Enviad un correo al papa, porque una carta mía seguramente tardará demasiado en llegar a sus manos, y la reacción de los comisionados, como siempre, sería demasiado lenta. Os autorizo a actuar en mi nombre, y que vuestros hombres revienten los caballos si es necesario. Tan pronto como haya novedades, comunicádmelas sin falta; hay que luchar en todos los frentes

contra estos procedimientos ilegales. El tiempo actúa en contra de nosotros, amigo mío. Hay que exigir un aplazamiento, pues me temo que no podemos hacer otra cosa.

—De par Dieu, beau Sire —respondió Ricardo con una breve inclinación de despedida, pero el de Bologne le retuvo un momento, diciendo:

—No, no me contestéis como si acatarais la orden de un superior.

El respeto era mutuo entre Ricardo y el sacerdote. Si Ricardo admiraba los amplios conocimientos, la elocuencia y la diplomacia de su interlocutor, éste respetaba la valentía, la voluntad de resistencia y la decisión del caballero.

El de Bologne sonrió:

—No prolonguemos más vuestra estancia aquí. Os agradezco vuestra visita y haré cuanto esté en mi mano para alejar de nosotros ese nuevo peligro. ¡Esperad! Sé que sufrís muchas dificultades para hallar confesor. Quiero daros la absolución antes de que os despidáis.

Pero cuando Ricardo se postró de hinojos delante de él, y el de Bologne le hubo impuesto las manos sobre la cabeza, en vez de pronunciar las palabras latinas del ritual lo que dijo fue:

—Bien pudiera suceder que ésta fuese mi última hora, hermano. ¿Conocéis la primera parte del secreto del Temple?

Pedro miraba el cordón blanco que ceñía el hábito del dominico.

—Cristo es un camino —respondió Ricardo.

—Ésta es la segunda parte —anunció el de Bologne con emoción en la voz—: El camino recto lleva a la verdad.

Ricardo escuchó las palabras y no dijo nada.

Mientras volvía sobre sus pasos en medio de la oscuridad se repitió aquellas dos frases una y otra vez, pero no logró extraer de ellas ningún sentido. Aquella noche hizo un segundo nudo en su Cordelière.

Al día siguiente, 10 de mayo, los cuatro defensores reclamaron ser conducidos con urgencia ante la comisión. Los llevaron a una capilla contigua al palacio episcopal y allí Pedro de Bologne protestó con energía contra las extralimitaciones del arzobispo.

—Por orden del papa habéis llamado aquí a los templarios, para que declarasen a favor de la orden —dijo—. Pero hete aquí que según nuestras noticias, el arzobispo de Sens ha convocado un concilio provincial que debe reunirse mañana, con objeto de disuadir a los caballeros.

Los miembros de la comisión no quisieron seguir escuchándole, pero Pedro de Bologne no permitió que lo silenciaran tan fácilmente.

—Sabemos que el arzobispo quiere procesarnos, a lo cual no tiene derecho mientras no hayan concluido los trabajos de vuestra comisión. Por eso estamos aquí, para evitar esa ilegalidad que además priva de contenido a vuestra misión. Nos remitimos a la jurisdicción del papa y de la Santa Sede, e invocamos la protección de la Santa Sede sobre todos cuantos han asumido la defensa del Temple así como de nuestros derechos y los de la orden. Exigimos socorro financiero a fin de ser conducidos bajo escolta segura a la presencia del Santo Padre, ante quien proseguiremos nuestra justificación. Que se prohíba al arzobispo de Sens el juzgarnos mientras se halle en marcha vuestra investigación. Permitid que comparezcamos ante él y le presentemos lo que cumple en derecho a nuestra defensa.

Pero Gil Aycelin tenía sus instrucciones del rey en persona. Replicó que las acciones u omisiones del arzobispo de Sens eran ajenas a la potestad de la comisión, y dicho esto se retiró pretextando que debía celebrar una misa. Pedro de Bologne todavía no se daba por vencido.

—Deposito la vida de mi hermano en las manos del Santo Padre. Os suplico que me enviéis a presencia del arzobispo, a fin de presentarle personalmente mi recurso a la jurisdicción de la Santa Sede.

—Compartimos vuestras cuitas —dijo el obispo de Bayeux, quien apenas lograba disimular su vergüenza—. Pero el arzobispo es amo de su provincia y carecemos de atribuciones para intervenir en sus asuntos.

Al día siguiente Pedro de Bologne presentó otra nota de protesta, y la comisión se reiteró en que carecía de competencias para intervenir, por mucho que se le insistiera.

—Entonces, dadme al menos dos notarios —instó el de Bologne—, a fin de poder recurrir mediante pública escritura, ¡si es que no se encuentra a nadie con el coraje suficiente para hacer valer el derecho!

Cuando reanudó sus sesiones al día siguiente, la comisión fue notificada de que, efectivamente, el arzobispo de Sens había condenado a muerte en la pira a cincuenta y cuatro templarios. Para guardar las apariencias, Gil Aycelin envió al de Marigny una instancia rogándole que aplazase la ejecución de la sentencia, ya que los condenados habían insistido hasta el último momento en que tanto ellos como la orden eran víctimas de falsas acusaciones.

De tener lugar las ejecuciones, los trabajos de la comisión apenas podrían continuar. Los testigos aterrorizados por el ajusticiamiento de sus hermanos se negarían a seguir declarando. Esto era precisamente lo que pretendía conseguir Marigny con sus sentencias. Era cuestión de acallar al Temple, tal como le había ordenado el rey.

Al anochecer del mismo día, los freires sentenciados fueron sacados en carromatos a la puerta de Ste. Antoine; allí bajaron en silencio y se encaminaron hacia las piras. E incluso la plebe de París, consternada por los hechos, se abstuvo de aplaudir y de injuriar a los reos como solía. En aquel silencio funesto sólo se escuchaban las voces de mando de los oficiales del rey. Cuando las primeras llamas empezaron a elevarse alrededor de los pies de los condenados, se acercó al galope un enviado del monarca.

—Mi señor y soberano, su alteza serenísima el rey de Francia, en su infinita misericordia ofrece el perdón a quienes se desdigan de sus protestas de inocencia —anunció con fuerte voz.

Mientras los silenciosos espectadores miraban como embrujados, Ricardo también contuvo la respiración en espera de la respuesta. Y así pudo escuchar cómo, en vez de aceptar la infame proposición, algunos hermanos alzaban la voz para entonar el himno de Difuntos. Los demás les imitaron y así todos murieron cantando entre las llamas. Fernán de Uzès se hallaba, como siempre, al lado de su comendador, quien había ordenado a todos los hombres que tenía en París la asistencia a la ejecución, para que fuesen testigos presenciales. El francés apartó la mirada del horrendo espectáculo y rezó en silencio. También Aymer estaba allí, tenso, el cuerpo rígido de cólera contenida. De súbito, agitó el puño al cielo y exclamó:

—¡Esto lo pagará, vive Dios! ¡Lo pagará!

En seguida sus compañeros le impusieron silencio. Lívido y con las mandíbulas apretadas, Ricardo miraba el fuego y se reprochaba su incapacidad para salvarlos, mientras el hedor de la carne humana quemada invadía sus narices. Los gritos de los que sufrían aquella muerte horrible se grabaron en su alma como otras tantas acusaciones. El correo enviado a Aviñón, tras haber reventado tres caballos en la galopada no logró arrancarle al papa sino una débil protesta. El pontífice no osaba desautorizar al recién nombrado arzobispo. Cuando no quedaron más que cenizas y algunos huesos calcinados a medias, Ricardo se apartó de las hogueras y se persignó. Entonces sus labios pronunciaron un nombre: Pedro de Bologne.

El sacerdote no ignoraba que con sus últimas y ardientes protestas había cavado su propia tumba. Ricardo se impuso la obligación de verle, consciente de que era el alma y el cerebro de la defensa del Temple.

Aquella noche intentó en vano ponerse en comunicación con el prisionero del Châtelet. Temía por la vida del de Bologne y estaba dispuesto a organizar una confusión para suplantarlo y dejarse encerrar en su lugar, si con eso conseguía salvarlo.

Tampoco la mañana siguiente aportó ninguna esperanza, al no producirse la habitual salida de Pedro con su escolta para actuar ante la comisión.

Ricardo corrió al palacio episcopal y logró ganar para su causa al obispo de Bayeux. En nombre de la comisión, este dignatario envió una orden al alcaide del Châtelet disponiendo que el de Bologne compareciese sin demora ante los miembros de la comisión. Pero Juan de Jamville contestó con un parte según el cual el preso había desaparecido.

También sellaron la boca a los demás: Reinaldo de Provins fue degradado por el arzobispo de Sens privándole de su representación oficial. Guillermo de Chambonnet y Bertrán de Sartiges, desalentados, dijeron que no tenían nada que declarar si no podían consultar con Pedro de Bologne, y muchos de los hermanos se refugiaron en el mismo pretexto, con lo cual quedaban privados de sentido los trabajos de la comisión. De un solo golpe, y gracias a las medidas tomadas por Nogaret, Plaisians, Marigny y Aycelin, el rey había reducido a la nada las últimas esperanzas de los templarios. Pero tenían ya sangre en las manos, demasiada sangre como para poder lavarla por muchos años que viviesen.

Tras muchas averiguaciones tan inútiles como peligrosas, Ricardo se vio obligado a concluir que el de Bologne estaba efectivamente ilocalizable. Los agentes del rey lo habían borrado literalmente de la faz de la Tierra.

El caballero gastó sus últimas energías en una infructuosa cabalgata hasta Aviñón, donde obtuvo una audiencia del papa con objeto de frenar el alud de fuego que había empezado a rodar en París y amenazaba con destruir también a los freires de las demás ciudades de Francia. Después de una larga discusión, el pontífice concluyó:

—Vuestros hermanos han muerto en la hoguera. Se dice que eran herejes contumaces. Es mejor padecer unos instantes en el fuego que condenarse a las llamas eternas del infierno. Rezaré para implorar la misericordia de Cristo, y tal vez el Señor quiera apiadarse de sus almas. Dejemos que la justicia terrenal siga su curso.

—¿Justicia decís? —gritó Ricardo, quebrándosele la voz ahogada de cólera—. Esto, mi señor y papa, no ha sido más que un cobarde asesinato. Si vuestro temor a Felipe os puede más que el temor de Dios, no tenemos nada más que hablar.

El alud de fuego siguió rodando. El 27 de mayo ardieron cinco templarios más en París, y el mismo día murieron en las piras de Sens nueve hermanos condenados por el arzobispo de Reims.

Después del verano Ricardo trató de insuflar nueva vida a la defensa del Temple. La mayoría de sus hermanos estaban completamente trastornados, paralizados por el terror. Aumentaba el número de los que manifestaban ante la comisión su renuncia a declarar en favor de la orden. Otros no quisieron acudir, intimidados por los agentes del rey, o se les impidió. En cuanto a los que antes habían ayudado a Ricardo y le habían facilitado el acceso a las prisiones, le negaron su colaboración y se encerraron en una muralla de silencio.

Por último, y habiéndose descubierto la verdadera identidad del dominico Juan Guiraud, Ricardo se halló varias veces casi acorralado por los soldados del rey y se vio obligado a buscar refugio entre los templarios que se habían echado al monte en los alrededores de Lyon, para sustraerse a la implacable batida decretada contra él por el monarca.

Pero de ellos son fama dos cosas que se les suelen censurar: codiciosos, les llaman todos, y por su orgullo hacen gran alboroto.

Guyot de Provins, Bible.

Entrado el mes de noviembre se recibió de Inglaterra la noticia de que el rey Eduardo, agobiado por las reiteradas exigencias del papa en el sentido de que los templarios debían ser «sometidos a la disciplina del potro», había dispuesto que todos sin excepción fuesen puestos a disposición de sus sheriffs.

En numerosos lugares habían encerrado a los freires ingleses en las residencias capitulares de sus propios dominios. En los calabozos de los sheriffs los inquisidores podían ejercer sin trabas su oficio.

Mucho más seria se presentaba la situación de Francia, naturalmente. La comisión pontificia servía como fachada y poco más; el rey cambió de empleo a la mayoría de los obispos, y el de Magelonne, uno de los pocos que se empeñaron en proseguir, cayó gravemente enfermo..., a lo cual no fueron ajenos los secuaces del monarca, según se rumoreaba.

La comisión no tuvo más remedio que suspender sus trabajos.

En su refugio de los bosques, cerca de Lyon, Ricardo convocó a capítulo.

—Hermanos, es menester tratar acerca de las medidas de que todavía disponemos.

Regresaba de una breve visita a Lyons-la-Forêt, donde Aymer, en franca rebeldía contra el rey, había reconquistado su propio castillo, al que puso sitio en seguida un pequeño ejército dirigido por algunos vasallos del monarca. Aymer había aprovechado la ocasión para tomar su venganza particular, e hizo pasar a cuchillo hasta el último hombre, sin reparar en las bajas propias que le causó aquel ajuste de cuentas tan furibundo como, en último término, inútil. También el padre del pequeño Raúl figuró entre los caídos.

Ricardo contempló las caras fatigadas y desmoralizadas que le rodeaban.

—Mientras no concluyan definitivamente los trabajos de la comisión queda esperanza —declaró.

—Por la defensa de la orden hemos sacrificado ya a ciento trece hermanos en la hoguera —le contradijeron desde las no muy numerosas filas—. Eso, sin contar los que han muerto en las cámaras de tortura o en los calabozos. Nos parece que ya basta; no queremos perder ni un solo hermano más.

—Tenéis razón cuando decís que no podemos seguir confiando en los procedimientos empleados hasta ahora, ni tampoco hallaremos un segundo Pedro de Bologne. Por otra parte, ahora sabemos cómo pretende acallar nuestra voz el rey. No, seigneurs-frères, mis ideas se mueven ahora en otra dirección: Gisors. He sabido que tienen prisioneros allí al gran maestre y a los preceptores de Francia, la Normandía, la Aquitania y el Poitou. Y hace pocas fechas he tenido la ocasión de poner a prueba la moral de combate de los vasallos y secuaces del rey. Aunque somos inferiores en número, no constituirán ningún obstáculo para nosotros.

—En nuestros designios jamás ha entrado el de luchar contra el rey armas en mano.

Ricardo frunció el ceño al tiempo que buscaba con la mirada al empecinado contradictor.

—Con palabras no le causaremos la menor impresión —rugió en respuesta—. ¿Acaso creéis que salvaremos al Temple con vanos discursos?

Pues bien, yo creo que sólo tenemos una posibilidad, liberar al gran maestro y llevarlo a Aviñón. ¿Por qué se ha tomado Felipe tantas molestias para evitar que Molay hablase personalmente con el papa? Porque teme, y no sin motivo, que ante tal enfrentamiento el papa no podía seguir desoyendo la voz de su conciencia. Si nuestro gran maestro declara ante el pontífice en persona, el papa caerá de hinojos ante él pese a todos los Nogaret y Plaisians del mundo.

Hubo un largo silencio.

—Más nos valdría que Nogaret y Plaisians estuvieran muertos —murmuró de improviso uno de los presentes.

Disconforme con esta observación, otro templario se apresuró a intervenir:

—Hasta la fecha, Felipe ha conseguido que la Iglesia respaldara todas sus acciones. Él es el cerebro, pero la Iglesia asume la responsabilidad. Si volvemos nuestras armas contra el rey, nos enfrentaremos a toda la Cristiandad.

—A mí me parece que ya estamos en esa desagradable situación —objetó Ricardo con mordiente sarcasmo—. Cuando se utiliza la violencia con semejante brutalidad, no hay más respuesta posible que la violencia. ¿He reunido aquí un centenar de hombres sólo para contemplarlos a medida que vayan cayendo como las hojas en otoño? ¿De qué sirve que amenacemos con nuestra fuerza, si no tenemos intención de utilizarla?

—Nuestro gran maestro se encuentra en poder del rey. Si ponemos sitio a Gisors, podría ser su muerte.

—No creo que el rey pueda permitirse tal magnicidio.

—¿Cuántas bajas nos costará ese asedio? ¿No hemos sacrificado ya demasiadas vidas en esta lucha?

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó Ricardo con impaciencia—. ¡No me importaría morir si eso pudiera contribuir a la salvación de la orden!

—Entonces, libradnos de Nogaret y de Plaisians... y de Marigny. Que desaparezcan como desapareció Pedro de Bologne —dijo el mismo que había murmurado antes.

Ricardo buscó la mirada del oponente, porque las palabras de éste le habían herido en un punto débil. La desaparición de Pedro de Bologne le había afectado tanto o más que la muerte de sus hermanos en la hoguera.

—Os he oído —dijo Ricardo—. La medida que proponéis es un recurso extremo, el cual todavía no deseo contemplar por ahora. Hermanos, es preciso que actuemos con energía. Cuando salí de Lyons-la-Forêt tuve ocasión de inspeccionar Gisors y sus alrededores, así como la ruta hasta aquí. ¡Dadme vuestro asentimiento, os lo ruego!

Al ver que eran pocos los que respondían por la afirmativa tiró con rabia de su cinto.

—¡Por la Cruz! ¡En el intento de salvar a la orden no hemos dejado piedra por remover, ni peligro en que no haya incurrido de buena gana! ¿Y ahora vamos a claudicar y abandonar la lucha? Dadme vuestra aprobación, o caerán sobre nosotros los buitres, esas aves de presa que nos acechan con sus picos sedientos de botín y que no aguardan sino a que el Temple exhale el último aliento. ¡Dadme vuestro voto, o quedará condenada a la desaparición nuestra orden!

Algunos levantaron la mano, y uno de los demás se decidió a hablar:

—Hasta hoy, sire, siempre habíais logrado contagiar a la mayoría de nosotros vuestro entusiasmo, vuestra voluntad de lucha y vuestra convicción. Pero ahora estáis encolerizado y os falla la oratoria. No tenemos más remedio que rendirnos a la superioridad de Felipe. ¡Admitid la derrota! No tenemos otra elección. Confiamos en Dios, que estará a nuestro lado aunque el mundo entero esté en contra de nosotros.

Pero Ricardo no era de los que aceptan fácilmente una derrota.

—Mal que me pese, debo inclinarme a la voluntad de la mayoría —dijo en tono desabrido—. Pero no puedo negar que, por primera vez en mi vida, me avergüenzo del Temple. Jamás he claudicado ante ningún enemigo. Así pues, consentid al menos que regrese yo solo a París para seguir luchando en defensa de la orden cuando la comisión reanude sus sesiones.

—Quizá sería mejor que regresarais a Inglaterra —propuso otro de los hermanos—. Las noticias que nos llegan de allí son inquietantes.

—La situación de Inglaterra no es tan seria como parece vista desde aquí —objetó Ricardo—. Allí están cambiados los papeles. El rey y parte del clero están a nuestro favor, sólo la opinión popular nos es contraria.

Tenía razón. La orden había perdido popularidad en Inglaterra porque la identificaban, por una parte, con los extranjeros provenzales o gascones, los cuales se habían hecho acreedores al desprecio, y por otra, con los financieros de Roma, todavía más odiados que aquéllos. Y también era cierto que el rey estaba a favor de la orden, aunque no siempre tuviese las manos libres para actuar según los dictados de su honor y su conciencia.

Pero el capítulo estaba desmoralizado. Los reunidos consintieron de mala gana en que Ricardo volviese a París para reanudar su misión.

—Con esto, seigneurs-frères, habéis firmado la sentencia de muerte del Temple —les dijo Ricardo para finalizar la triste asamblea y antes de montar en su caballo.

Llegó el invierno y la situación continuó tan amenazadora como antes para la Orden del Temple. El 17 de diciembre la comisión de París reanudó sus sesiones, pero no ya en el palacio episcopal sino en un edificio perteneciente a la abadía de Fécamp y popularmente motejado Maison du Serpent. Comparecieron sólo testigos comprados; en cambio los agentes del rey lograron impedir mediante la violencia que declarasen los que pese a todo habían jurado actuar como testigos de la defensa. En la misma tónica, poco más o menos, se desarrollaron los acontecimientos de Senlis, Amiens, Ruán, Chartres, Nevers, Reims, Le Mans, Orleans, Poitiers..., es decir, en todos los lugares adonde alcanzaba el brazo de Felipe.

En tan desesperada situación Ricardo llamó de nuevo a capítulo en Lyons-la-Forêt. A esta asamblea acudieron además dos comendadores procedentes de las tierras del emperador, a quienes él no conocía.

Todos ellos se reunieron alrededor de la larga mesa de roble, en el salón del homenaje de Lyons-la-Forêt. Ricardo inició el capítulo con el relato de las últimas novedades recogidas por él en París.

Pedro de Bologne había muerto asesinado; así se confirmaban al cabo de medio año sus sospechas iniciales. La cólera y la amargura cobraban cada vez más arraigo en el ánimo de Ricardo.

—En nuestra reunión anterior se habló de un recurso salvador, a emplear en último extremo —empezó imponiéndose calma después de la oración común dedicada al recuerdo del sacerdote—. Uno de ellos debe morir: Nogaret, Marigny o Plaisians. En los últimos meses muchos hermanos han vuelto con insistencia sobre el asunto.

—Mía es la venganza, dice el Señor —citó uno de los comendadores extranjeros.

—¿Venganza? Sólo el precio de la sangre, ojo por ojo, diente por diente, sire. Y además, es la única brizna de esperanza que le queda al Temple.

—¿No nos perjudicará más de lo que podemos permitirnos en esta situación? —aventuró Fernán.

—Nada puede perjudicarnos más que el deshonor que ya ha caído sobre la orden. Los capturaremos y los juzgaremos, seigneurs-frères, exactamente como ha hecho el rey con nosotros. Incluso haremos que un hombre de Iglesia forme parte del tribunal de cuatro jueces que los juzgará.

Ocupaba la cabecera de la mesa. El sol de la tarde penetraba por el alto ventanal y un candelabro situado a espaldas de Ricardo reflejaba los rayos. La cabeza del hombre cuya sombra se alargaba sobre el tablero de la mesa parecía coronada de un resplandor dorado.

Al otro extremo de la mesa se puso en pie un caballero entrado en años, el otro extranjero, que no había hablado todavía. Pese a sus cabellos canosos aún presentaba aspecto marcial.

—Somos caballeros, no asesinos —habló con frialdad—. Me parece que no deberíamos tolerar en nuestro seno tan bajos designios.

Una sonrisa amenazadora se insinuó en los labios de Ricardo mientras miraba fijamente a los ojos del otro.

—Me sorprendéis, sire —replicó en tono gélido—. Hace más de medio año que muchos de entre vosotros clamáis venganza y juráis la muerte de nuestros enemigos. Pero ahora os echáis atrás, ¿acaso eran sólo palabras huera esas amenazas? ¿Tendremos escrúpulos frente a un monarca y unos consejeros que han asesinado a cientos de inocentes hermanos nuestros?

—Pero... ¿atentar contra un arzobispo?

—¿Ya habéis olvidado a Anagni? Este rey tiene sobre su conciencia la muerte de un papa... ¡y todo por afán de poder y de dinero!

El otro calló.

—Hemos jurado fidelidad al Temple —tomó nuevamente la palabra Ricardo—. ¿Vamos a renegar en esta su hora más angustiosa? Por el Temple, seigneurs-frères, soy capaz de rebajarme a las acciones más viles, si han de servir para salvarlo. Y una vez eliminados esos tres, el papa recobrará sin duda su valor, en la medida necesaria para enfrentarse al rey. Por lo que a mí respecta, preferiría matar al mismo rey antes que renegar.

»¿Quién ha de ser? —prosiguió sin desviarse ni un ápice de su tema—. ¿El rey que se ha propuesto aniquilarnos? ¿Sus dos consejeros, que son quienes llevan a efecto los planes? ¿O el arzobispo que le sirve de instrumento?

—Ningún fin justifica tales medios —replicó el primero de los que le habían replicado, a lo que fueron asintiendo todos, uno tras otro, sin excepción.

—Ningún templario querría cometer una acción tan despreciable.

—Incluso hablar de ello es una indignidad para un hermano del Temple.

—Pero ¿quién ha hablado de asesinar a nadie? —gritó Ricardo para hacerse escuchar entre tantas protestas—. ¡Yo propongo un juicio, un tribunal del Temple que dicte sentencia contra los enemigos de la Iglesia!

De nuevo se pusieron a hablar todos al mismo tiempo.

—¡Enemigos del papa!

—¿Quién de entre nosotros querría tomar sobre sí tal responsabilidad?

—¡Una medida de último recurso, en efecto!

—Odiosa, pero realizable, y tal vez podría ser incluso nuestra salvación. Justificar lo injustificable según el ejemplo que nos ha dado el mismo Felipe!

—¡Eso suponiendo que sirviera para que el papa se sintiese movido a actuar conforme a derecho!

—Cuando se conozca la verdad, la Iglesia exigirá un culpable, un chivo emisario. Una acción así reclama una víctima propiciatoria, ¿a quién de nosotros habéis asignado ese papel?

El comendador alemán alzó de nuevo la voz con fría sonrisa:

—Es obvio que el Temple, en tanto que tal, no puede asumir la responsabilidad de un acto semejante, a menos que...

—¿Qué? —le urgió la respuesta Ricardo.

—A menos que la propuesta hubiese sido planteada por una persona ajena, o mejor aún por un hermano renegado o expulsado. Y si el asesino cayese prisionero, nosotros tendríamos que marcar distancias y abominar de su acción. Es verdad, un acto así requiere un sacrificio.

—Yo he dicho un juicio y un fallo en presencia de un arzobispo o de un cardenal en quien podamos confiar. En cambio vosotros queréis delegar el trabajo sucio en una sola persona, para que ésta asuma toda la responsabilidad. No soy un asesino a sueldo, sire.

—¡No, sino el instrumento de la venganza de Dios! —le corrigió el otro.

Hubo un silencio mortal. Ricardo reflexionaba. Aunque no dudaba ni por un momento de que valiese la pena el sacrificio con tal de salvar al Temple, la decisión no resultaba fácil. Abandonar la orden para salvarla por medio de un asesinato a sangre fría, sin un juicio formal... ¿iba a ser ésa su última acción por el Temple? Y aunque no le cogieran, ¿qué destino le esperaba luego?

Su cuerpo, su alma, toda su vida, pertenecían al Temple, pero ahí no habría lugar para él en adelante. ¡Ah! ¡Qué duros, casi se diría despiadados, eran a veces los designios del Señor!

Carraspeó y dijo con decisión:

—Lo haré, aunque no en seguida.

No se dio cuenta de que los había dejado a todos helados de consternación. No creían que las cosas fuesen a llegar tan lejos.

—¡Es imposible! —Fernán fue el primero en recobrar el uso de la palabra, que acompañó con un puñetazo en la mesa para desahogar su nerviosismo—. ¡Ningún templario puede abandonar la orden sin la autorización del gran maestro!

—Totalmente cierto —corroboró Ricardo con su sorna habitual—. Pero no creo que eso vaya a constituir ningún obstáculo insalvable. Estamos ante circunstancias extraordinarias, que requieren soluciones extraordinarias. Como ya estoy excomulgado y además...

—Va contra las reglas. No podemos consentirlo.

—Está bien, pues si no puedo salirme voluntariamente, no os resultará difícil hallar algún pretexto para expulsarme. Dadas las circunstancias, he descuidado toda una serie de mis obligaciones corrientes. La caridad, por ejemplo. Aunque he compartido mi pan con los pobres, no les he dado carne ni ropas, según es deber de un comendador.

Los fríos ojos grises hundieron su mirada en los ardientes y oscuros del francés.

—No es suficiente para ser expulsado de la casa. ¡Protesto!

Hubo un murmullo de asentimiento por parte del otro.

—Tiene razón ese caballero que ha dicho que ningún templario puede abandonar la orden sin el consentimiento del gran maestro. Vuestras faltas, que habéis confesado ante el capítulo de conformidad con lo que dispone nuestra Regla, no son tan serias que merezcan el castigo más grave, que es la expulsión de la casa, ni podemos expulsar tampoco a nadie por un crimen que todavía no se ha cometido.

—¿Que no son serias? —se burló Ricardo—. ¿Acaso no sabéis cómo empecé aquí hace tres años? «Es mejor que nadie os conozca; con un par de manos manchadas tiene bastante el Temple», dije entonces. Pues bien, la Iglesia todavía no conoce a ninguno de vosotros, sino únicamente a mí, y por eso estoy excomulgado.

Apoyó las manos sobre la mesa palmas arriba y prosiguió:

—Ahí las tenéis, hermanos, las manos sucias del Temple. Coacción, soborno, intimidación, muerte de dos hermanos, ¿qué más queréis?

Hubo un penoso silencio y luego el otro tomó de nuevo la palabra.

—Es cierto que hicisteis mucho por nuestros hermanos de Francia; no deseamos que además os atribuyáis la categoría de mártir. El Temple está perdido de todas maneras.

Ricardo se puso en pie con tanta brusquedad que echó a rodar el taburete por el suelo, a sus espaldas. Inclinandose sobre la mesa, apoyó ambos puños en el tablero.

—El Temple estará perdido cuando el papa haya pronunciado la sentencia, seigneurs-frères, no antes. Y mientras eso no haya ocurrido, tenemos el sagrado deber de hacer cuanto esté en nuestras manos para evitar su ruina.

Ricardo empezaba a comprender que los demás se habían presentado con intenciones muy diferentes de las suyas.

—Queréis libraros de mí —dijo en tono sombrío—. ¡Por los pies de Dios! ¡Estáis deseando dejar la lucha y sabéis que yo no os lo permitiría!

El comendador se dirigió de nuevo a él:

—Hicisteis mucho por el Temple, demasiado quizás. Habéis presionado severamente a vuestros hermanos, y os han obedecido porque era su deber. Les habéis exigido grandes extremos, hasta empujarlos al suplicio de la hoguera. Las cosas no pueden seguir así, y por eso nos vemos obligados a poner coto a vuestro celo.

—Jamás he tomado una decisión sin someterla a la aprobación de todos y cada uno de los que me aconsejaban, como tampoco me he extralimitado nunca en mis atribuciones —se defendió Ricardo.

Miró a su alrededor, y los presentes asintieron a sus palabras.

—Sin embargo, habéis fallado. No se ha avanzado ni un solo paso hacia nuestro objetivo, y hoy vuestros llamamientos ya no encuentran eco entre nosotros. Vuestro exceso de combatividad nos lleva a la perdición. Estamos cansados de luchar.

—¿De veras creéis que me reduciré al papel de espectador silencioso? ¿Me pedís una obediencia pasiva? A eso no puedo avenirme.

—¡Os lo exigimos!

Ricardo meneó lentamente la cabeza.

—¿Os negáis?

—Me niego.

—Entonces, nos obligáis a condenar vuestra insubordinación.

—No vinisteis aquí para hablar del porvenir del Temple —dijo Ricardo con voz angustiada y cargada de cólera reprimida—. Habéis venido con el propósito de destituirme, y sin darme cuenta yo os he allanado el camino con mi última propuesta. Me habéis ayudado a cavar mi propia tumba. Aguardo vuestro veredicto.

Ricardo no ignoraba lo que iba a ocurrir en seguida.

—Beaux seigneurs-frères —empezó el comendador recurriendo a la fórmula oficial de la jurisprudencia templaria—. Veis aquí a vuestro hermano llamado por vocación a la orden. Implorad a Nuestro Señor para que le perdone su falta. ¿Os arrepentís de vuestra falta, beau frère?

Rechinando los dientes, Ricardo pronunció la respuesta obligada:

—Sire, oil, mult. Sí, señor, mucho.

—¿La evitaréis de ahora en adelante?

—Sire, oil, si Dieu plaît. Sí, señor, si a Dios place.

Los demás recitaron el padrenuestro, y el comendador se puso en pie. Los dos hombres se miraron de un extremo al otro de la larga mesa.

—Entonces, promulgaré sobre vos el castigo merecido por vuestra insubordinación «par ire et courroux», por ira y enojo: la pérdida del manto por un año y un día, y en consecuencia, la destitución de vuestro cargo por el mismo...

—¿Sólo el manto? Me decepcionáis. Confiaba en ser expulsado además de la casa, con lo cual me habrías dejado las manos libres.

—Vuestro sarcasmo no es oportuno. Además os mando y ordeno que os dirijáis a nuestra provincia de Inglaterra, donde moraréis por espacio de un año y un día, pendiente de nueva orden.

Ricardo rió burlonamente. Un año y un día. Para entonces habrían comenzado ya las sesiones del concilio de Vienne, y tal vez incluso el papa habría pronunciado sentencia mientras él quedaba confinado en Inglaterra.

—Me niego a acatar esa sentencia —replicó, lacónico.

—Es una orden del Temple, que tenéis el deber de obedecer, seigneur—frère. De lo contrario, nosotros también nos veríamos obligados a aplicaros las reglas de la excomunión ya promulgada sobre vos. Consideramos necesario impedir os que llevéis a la práctica unos proyectos indignos de una orden tan venerable como la del Temple. Con ello os protegemos frente a vuestros propios excesos.

Ricardo buscó palabras con que expresar su indignación.

—Vos os habéis excedido en vuestra soberbia, sire, pecado capital en que la orden misma ha incurrido con demasiada frecuencia. El que lucha contra el mal debe procurar extirparlo de raíz. Pero vos rechazáis la mano que podría salvaros porque está manchada de sangre.

—¿Estáis dispuesto?

—No, ¡voto a Dios!, jamás estaré dispuesto mientras la justicia gime aherrojada y el vasallo del diablo lleva corona real. Cuatro años he combatido por el Temple, ¿y queréis ordenarme que me retire con el rabo entre piernas como un perro? ¿Pretendéis hacer de mí un cobarde? Eso es que no conocéis al Bastardo, messires. Considero mi misión permanecer en Francia para auxiliar a mis hermanos en la tribulación cuando reciban el golpe definitivo del infortunio.

—El Temple os ha dado una orden, seigneur—frère. Aguardamos vuestra respuesta.

Entonces supo Ricardo que había perdido.

Con sumo esfuerzo logró articular la fórmula obligatoria, los ojos fijos en el cinto de su adversario: un cordel que tenía un solo nudo.

—De par Dieu... beau sire.

—Os concedemos dos días para dejar resuelta vuestra sucesión en Francia, transcurridos los cuales os dirigiréis a la costa y os embarcaréis en la primera nave que zarpe.

Sin perder una sola palabra más, Ricardo giró sobre sus talones y salió dando un portazo.

Cuando Aymer fue a reunirse con él, estaba requiriendo las riendas de Pilgrim a los mozos de establo. También se hallaba allí Raúl; siempre que Ricardo visitaba Lyons-la-Forêt el muchacho le seguía como si fuese su sombra, y más todavía desde la muerte de su padre.

—Os marcháis, ¿no es cierto? —preguntó, entristecido.

—Tal vez.

—¿Por qué andáis siempre por los caminos? ¿No preferiríais quedaros? Aquí estaríais como en casa.

—En realidad no puedo, Raúl.

—Pues ¿dónde tenéis vuestra casa?

—En todas partes y en ninguna. Mi casa está donde me envíe el Temple.

—Yo pensé —empezó el muchacho, titubeando— que vos seríais como un segundo padre para mí.

Ricardo sonrió.

—Le echas mucho en falta, ¿no es cierto?

Raúl asintió.

—Permitid que os acompañe, messire —rogó—. No hay nada que yo no sepa de caballos. Cuidaré a vuestro Pilgrim mientras atendéis a otras cosas.

Un caballero como vos no debería encargarse personalmente de su caballo. Y guardaré vuestra espada mientras visitéis a una doncella, y limpiaré vuestras armas...

—No visito doncellas, Raúl. No creas que no me gustaría tenerte conmigo... pero no puedo permitírmelo. Sólo soy un caballero pobre, pero no me olvido de ti y confié en que algún día podré pagarte tus servicios.

—No os pido ninguna paga —exclamó el muchacho, esperanzado—. Sólo la comida.

—Me temo que ni siquiera eso puedo asegurar, mi joven amigo. ¿Sabes una cosa? Voy a pedirle al señor de Vraineville que te enseñe a leer y a escribir, a manejar la espada y a disparar la ballesta. Si quieres ser mi escudero tendrás que aprender algo más que el cuidado del caballo. Pero tú eres listo y lo aprenderás.

Raúl le lanzó una mirada dubitativa.

—¿Leer? ¿No será demasiado difícil y aburrido?

—No lo creas. Un libro es un amigo que no te abandona nunca. Y si aprendes a escribir, podrás enviar una carta a dama Blanca. Tienes mucho que agradecerle, ¿no es cierto?

Raúl correspondió a la amabilidad del caballero con una sonrisa radiante.

—Lo haré como vos mandáis, messire —prometió antes de alejarse a la carrera.

—Un muchacho espabilado —se volvió Ricardo hacia Aymer—. Cuídamelo, está muy solo.

Aymer le contemplaba con asombro.

—Tú sabes que nunca será escudero. No es más que un siervo.

—Noble o villano, poco me importa. Su fidelidad vale mucho más que todo eso. Dale al muchacho una oportunidad. Yo le quiero mucho. ¿No dice Salomón en sus proverbios que todos nacemos iguales y que sólo nuestras virtudes nos diferencian?

TERCERA PARTE
SENTENCIA CUMPLIDA
(Enero de 1311 a marzo de 1314)

La honestidad una vez perdida no se restaura.

Ovidio

A finales de enero Ricardo claudicó y se despidió de sus compañeros franceses.

Agotado y desmoralizado enfiló a caballo el camino hacia el norte. Y tampoco se alegró su corazón cuando divisó los blancos acantilados de Dover por entre las jarcias de la bricbarca flamenca. Inglaterra ya no le inspiraba ningún afecto, sino vacío e indiferencia.

Al recordar el mes transcurrido se veía obligado a confesar que no le quedaba otra opción. Sin la ayuda de los templarios él habría acabado por caer en manos de los esbirros del rey tarde o temprano. Pero estaba además la prevención ante un cierto recuerdo que le hacía temer menos la persecución de los sabuesos que la relativa comodidad de su país natal: ¡Beatriz! ¿Se habría quedado en el convento, o tal vez habría regresado ya a casa de su padre y se habría casado con aquel inútil de Scarborough?

Ricardo barbotó una maldición: ¡había transcurrido ya un año y cuatro meses y bastaba la simple visión de la línea costera para resucitar el recuerdo de los días inolvidables pasados a su lado! En cambio ella seguramente le habría olvidado ya.

Salió de sus cavilaciones con un sobresalto al escuchar la voz del barquero:

—Será preciso esperar a que amaine el temporal, señor. Con este oleaje no podemos acercarnos a la costa.

—Por lo que a mí concierne, preferiría no acercarme nunca —replicó Ricardo con voz sorda, consciente de que no hallaría nada en aquellas tierras que le ayudase a cicatrizar las heridas de su alma.

Sentíase decepcionado, traicionado y humillado. Sumido en sus pensamientos cerró la mano sobre la empuñadura de su daga y experimentó un poco de alivio al contacto familiar de los dedos sobre el acero. ¿Tal vez un acto de venganza le serviría para desahogar su cólera y su desesperación?

Rió burlándose de sí mismo al recordar cuántas veces había amenazado a sus hombres con severos castigos. ¡Palabrería nada más, baladronadas!

Jamás había cumplido lo que amenazaba. Podía tener corazón de león, pero le faltaban las garras.

Dos días después, sin embargo, aún le hervía la sangre pidiendo venganza cuando arribó a Londres. Necesitaba hacer algo que calmase su inquietud.

Cruzó la puerta de la muralla sin saber adónde encaminarse y erró por las cochambrosas calles, espantando gallinas y cochinos, pero sin escuchar apenas el vocerío que le rodeaba.

—¿Tenéis empleo para un mozo de cuadra, señor? —dijo a su lado una voz, que resultó pertenecer a un mozo robusto, envuelto en sucios harapos.

—Empleo sí, pero no dinero con que pagarlo.

—¡Pan y carne para los pobres!

—¡Una limosna por el amor de Dios! —clamaban en tono lastimero dos mutilados desde el barro del suelo.

Apretó el paso huyendo de las huesudas manos que se tendían hacia él y que tironeaban los deshilachados bordes de su manto. Uno de aquellos engendros le echó una maldición.

—Oyez, oyez, oyez —daba grandes voces un pregonero para hacerse oír entre el estrépito de las calles.

Ricardo se detuvo frente a la posada El Sarraceno. Pensó que una buena comida le confortaría, y tal vez una buena riña de taberna le serviría para aventar su mal humor. Abriéndose paso a codazos, buscó un puesto libre y se sentó. En realidad no tocaba comer carne, pero ¡qué le importaban ya las prohibiciones de la orden!

La tarde londinense discurrió tranquila, sin embargo, y no quiso conceder al forastero la pendencia que él ansiaba. La ciudad iba cayendo en el sopor, mientras una fina llovizna iba sepultándola en el fango.

Acogido al calorcillo comfortable de El Sarraceno, Ricardo apuró otra jarra de cerveza y se incorporó no sin esfuerzo, tras haber palpado su bolsa. Hallándola muy floja, supo que no podía permitirse otra jarra más.

Cuando salió, algo tambaleante, al frío de la noche, los solemnes tañidos de Saint-Martin-le-Grand tocaban a vísperas. A lo lejos contestaban St. Lawrence, Barking y St. Bride's, lanzando a todos el mensaje: couvrez le feu, apagad las luces. Era el toque de queda. Las puertas de la ciudad se cerraron, la ciudad quedó cautiva dentro de sus murallas y él dentro de ella.

Vagabundó sin rumbo por las callejas y luego, cuando se detuvo en una esquina para aliviarse la vejiga, tuvo la sensación de que algo se movía a sus espaldas. Escuchó con atención mientras se componía la ropa, pero sólo se oía el leve rumor de la lluvia. Siguió andando, desorientado, y cuando se detuvo tratando de hallar su camino el rumor sordo de pasos se interrumpió al instante.

Eran pisadas de pies envueltos en harapos y, quienquiera que fuese, decididamente se le estaba acercando demasiado.

Ricardo contempló la casa frente a la cual se había detenido. En aquel instante se abrió la puerta y lanzó a la calle un haz de luz cálida y acogedora.

—He oído el tintineo de vuestras espuelas, señor. ¿Deseáis pasar, o será para otra vuestra visita? ¡Sería gran lástima!

Preso de confusión, rebuscó en su memoria. ¡Claro! Era Meg la Roja, la prostituta que les había franqueado el acceso al cementerio de los carmelitas, por el que pudieron entrar en el Temple.

—Escaso pago puedo daros —respondió al tiempo que se disponía a entrar.

Una vez hubo entrado miró las generosas carnes rosadas enfundadas en un provocativo vestido verde, el cabello rojo fuego y la boca color escarlata. Estaba algo más esbelta que entonces y no dejaba de resultar tentadora, a su manera vulgar.

—De eso podríamos discutir—replicó ella en tono cordial, deponiendo la actitud de sorpresa.

Ricardo cerró la puerta a su espalda, mientras se preguntaba cómo era posible que recordase a todos los hombres que la habían visitado.

—¿Querríais darme alojamiento para esta noche?

Se asombró de sí mismo al comprobar con qué naturalidad había dirigido la pregunta a una mujer de tal oficio.

—¡El Bastardo que robó el Temple! Grande honor me hacéis, señor templario.

Fingió un saludo de ceremonia y se levantó las faldas, dejando ver fuzadamente los rollizos muslos.

—Parece acogedora la posada.

Horrorizado al escuchar sus propias palabras, Ricardo echó de ver que ya no podía retirarlas. Aquella mujer tenía un algo salvaje, fuera de lo común, y por otra parte la noche londinense no invitaba a seguir paseando las calles.

Ella se acercó despacio y cuando estuvo muy cerca le miró de pies a cabeza.

—No habéis cambiado mucho —dijo en voz baja.

Él rió. El perfume de la mujer hizo latir con más celeridad sus pulsos.

—Sí he cambiado, aunque no a mejor, me temo.

Pero ¿por qué se dejaba arrastrar a semejante charla? Se dijo que debía hacer algo antes de perder por completo la cabeza.

—Servidme cerveza—dijo, esperando librarse con ello de su presencia aunque sólo fuese unos momentos.

—A juzgar por vuestro aliento, habéis tomado ya más que suficiente —replicó ella, pero se volvió para ir por una jarra.

Mientras la llenaba, él se acomodó en un escabel y se quedó contemplando sus movimientos.

—Debo preveniros. Alguien me ha seguido hasta aquí.

—Muy bonito. —Le alargó la cerveza, acuclillada frente a él, haciendo contorsiones con sus miembros suaves y procurando resaltar la curva tentadora de sus pechos—. Sin duda tenéis enemigos en todas partes —agregó como sin darle importancia.

—Si eso va a crearos alguna contrariedad, me voy —ofreció Ricardo.

Ella rió.

—Os encontraríais con un cuchillo clavado en la espalda antes de andar diez pasos. No, mi señor caballero. Meg la Roja os prestará refugio esta noche, y no habrá contrariedades porque ella no rinde cuentas a nadie sobre sus compañeros de cama.

Con estas palabras empezó a desanudarse las cintas del escotado corpiño.

Ricardo se puso de pie de un salto, derramando la cerveza, la tomó de ambas manos y la obligó a ponerse en pie.

—Olvidáis que no podría pagaros, suponiendo que... —balbució.

—Sois vos quien habla de pagar. ¿Por qué?

Tenía razón: ¿por qué? Titubeó, pero ella le ahorró la respuesta soltándose de sus manos y echándole las suyas a los hombros para acariciarlo.

—Ahora se han vuelto las tornas, señor caballero. Entonces no me quisisteis, y tal vez tampoco ahora. Pero yo sí quiero, Ricardo. Y como es menester que paguéis, pagaréis con un trozo de la persona del Bastardo.

Notó cómo rozaba su cuerpo con los pechos y apretaba los blandos muslos contra su vientre, y exhaló un suspiro.

—Lo tendrás.

Con estas palabras apoyó las manos en las caderas de ella y la atrajo hacia su propio cuerpo, que ardía. Cuando hundió el rostro entre los rojos cabellos oyó una voz en su fuero interno que le exhortaba a no romper sus sagrados votos. Pero ella exhaló un leve gemido de placer mientras tomaba la izquierda de él y la llevaba hacia sus senos, y Ricardo dejó de escuchar el clamor de su conciencia. De un tirón brutal la desnudó hasta la cintura y apretó los dientes sobre la piel suave de sus firmes pechos. Todos sus pensamientos se desvanecieron mientras besaba los hombros, el cuello, los tiernos y rojos labios, y ella ponía en juego toda su sabiduría para darle placer.

Poco a poco se llevó las manos a la falda y con un simple ademán, el vestido cayó enrollado alrededor de sus pies.

—Ven —le invitó al tiempo que le tendía los brazos—. ¡Anda, ven! Te quiero entero.

Ricardo se dio cuenta de que su espíritu había dejado de dominar el cuerpo y éste obedecía a una voluntad ajena. Un deseo incontenible se apoderaba de él. Bruscamente tomó en brazos a la mujer desnuda y la llevó hasta su desordenado lecho, donde la arrojó sobre las sábanas y se arrancó del cuerpo las propias ropas. Meg la Roja se abrió de piernas para facilitarle la

penetración. Él se abalanzó sobre ella con todo el peso de su cuerpo y cubrió sus labios con los suyos para acallar aquella risa provocativa. Cuando entró en ella sintió inminente la efusión de su semilla.

«Porque una fosa profunda es la prostituta», dice la Biblia, y Ricardo se sintió como caído y absorbido, devorado por ella. Antes de darse plena cuenta de lo que ocurría, ya había terminado.

Satisfecho, se tumbó de espaldas alejándose de ella y descansó disfrutando el recuerdo del goce. Encendida y algo confusa, Meg se incorporó sobre un codo y rió en voz baja.

—Lo supe desde la primera vez que os vi —dijo—. Sois un hombre de cuerpo entero, pero tenéis menos experiencia que un muchacho de dieciocho años.

Acarició su pecho y sus hombros, lo cual él consintió, y pasó los dedos con precaución sobre la cicatriz en forma de cruz templaria.

—¿No os da reparo mostrarla?

—¿Qué?

—La marca de la infamia.

Nunca se le habría ocurrido considerarla de esa manera.

—¿Acaso debería?

—Deberíais tener más cuidado cuando os desnudéis en presencia de una mujer. Nosotras estamos acostumbradas a ese género de cosas, pero una dama se espantaría.

—La única mujer que me importa sabe lo que es.

Alzó un rizo de su cabello y lo dejó caer en seguida.

—No es este rojo —suspiró con melancolía, mientras se daba la vuelta.

Sintió una súbita náusea. ¿Por qué se habría acostado con aquella ramera? Si era inevitable quebrar los santos votos, ¿por qué no hacerlo con una mujer pura como Beatriz? Ella le amaba y, ¡por la Cruz, él también la amaba a ella todavía!

Mientras se confesaba a sí mismo esta verdad comprendió que en aquel entonces no la había tocado precisamente porque la amaba. Ocultó la cara entre las manos y se estremeció al recordar otro de los proverbios de Salomón: «Los labios de la mujer extraña destilan miel, y su palabra es más suave que el aceite; pero su fin es amargo como el ajeno, agudo como la espada de dos filos».

—¿La conozco yo? —preguntó Meg con curiosidad.

—No.

—Anda, cuéntame. ¿Quién es?

—No insistas, Meg. Anillo de oro en jeta de puerco, tal es la mujer bella pero sin seso.

Ella hizo una mueca y dijo, provocativa:

—Apuesto a que seríais capaz de hacerlo otra vez. Muchos hombres de vuestra edad no pueden, ¿lo sabíais?, pero apuesto a que vos sí. Esta vez será para mí.

Sus manos suaves como el terciopelo persuadieron al caballero más pronto de lo que él nunca hubiese creído posible. Se entregó al juego de ella, importándole poco si renegaba de los votos del Temple, ya que el Temple había renegado de él. La poseyó despacio, con más serenidad que la primera vez, hasta que ambos descansaron satisfechos el uno en brazos del otro.

—Gracias —susurró Meg. Y luego—: ¿Es hermosa ella?

—¿Quién?

—Ella.

—Cierra la boca —replicó Ricardo con grosería—. No pertenezco a ella, como tampoco a vos.

—¿Eso creéis? Esperad un poco, Bastardo, y veréis cuán pronto, y antes de que retorne la luna llena, volvéis en busca de Meg.

—No contéis demasiado con ello.

Poniéndose las calzas, requirió la espada para colocarla junto a la cama y encendió una vela nueva, que puso también a su lado.

Ella rió.

—Yo apago la vela cuando quiero dormir.

Él no se molestó en explicarle que los templarios dormían siempre vestidos, a la luz de una lámpara y con la espada al alcance de la mano. Meg aprovechó la claridad de la vela para observarle largo rato mientras él se sumía en un profundo sueño.

Cuando la primera luz del amanecer ahuyentó de las calles de Londres el silencio, las tinieblas y los peligros, Ricardo abandonó la ciudad y encaminó sus pasos hacia Westminster. Le parecía que después de lo ocurrido difícilmente podía atreverse a comparecer en presencia de Blanca, convencido de que a ella le bastaría con una sola ojeada para adivinarlo todo. Sin embargo, necesitaba verla, porque no era cuestión de arriesgarse a que la carta de Aymer cayese en manos enemigas... que no faltaban en Westminster, sobre todo las de los secuaces de Lancaster.

De mala gana enfiló la estrecha escalera, mientras iba preguntándose qué le diría. Por su parte no tenía nada que decirle y, sin embargo, y para ser del todo sincero consigo mismo, se confesaba que le resultaría agradable el volver a contemplar aquellos finos rasgos, aunque sólo fuese para borrar el recuerdo de la ordinariez. Sin darse cuenta, aceleró el paso.

—¡Hola!

Un mequetrefe atrevido, de rizos negros y mirada audaz, acababa de tropezar con sus piernas. Por un instante el caballero y el niño se miraron con sorpresa, y luego la criatura prorrumpió en alegre carcajada. Ricardo sonrió, lo levantó en vilo y entró por la puerta abierta.

—Vuestro hijo, madame, supongo.

—¡Ricardo! —exclamó ella, y corrió a abrazar simultáneamente al hombre y al niño.

Este echó los bracitos al cuello de su madre y la aferró con el espontáneo brío de sus dos años de edad. Ella reía mientras le quitaba a Ricardo la preciosa carga.

—Hoy es un día feliz, cher ami. ¡Cuánto celebro volver a veros!

Él asintió e introdujo una mano entre los pliegues del manto.

—Una carta de vuestro señor, madame.

Blanca le dio las gracias y rompió el sello. Al instante, Esteban alargó la mano y se apoderó del pergamino.

—¡El vivo retrato de su padre! Siempre dispuesto a apoderarse de lo que le agrada —rió ella, quitándole la misiva de las manitas—. No queremos romper la carta de papá, ¿verdad, Esteban?

Miró a Ricardo y se le borró la sonrisa del semblante al ver el ceño fruncido de él.

—¿Qué pasa?

No hubo respuesta. Sin duda ella no estaría enterada del asedio a Lyons-la-Forêt, ni de la sangrienta batalla ocurrida al pie de aquellos muros. La carta contendría seguramente la noticia, y Aymer la habría aprovechado para describir sus hazañas en los tonos más gloriosos.

Todavía se le antojaba estar viendo a su amigo en los adarves, gritando órdenes a diestra y siniestra, reprendiendo a sus ballesteros por haber disparado con demasiada precipitación y no abatir un número suficiente de enemigos. Enemigos a los que el mismo Aymer había desafiado con mirada llameante desde las almenas de su inexpugnable fortaleza, mientras se

desangraban al pie de sus murallas la mitad de sus defensores, entre ellos el padre del pequeño Raúl.

Ricardo había acudido en auxilio de Aymer atacando por la retaguardia con un puñado de sus hombres a los franceses, muy superiores en número. Había combatido en primera línea como un león, con lo cual salvó la victoria, y sin embargo Aymer montó en cólera cuando Ricardo retiró a sus compañeros de la batalla tan pronto como el enemigo emprendió la huida. El orgulloso señor de Lyons-la-Forêt hizo entonces una salida en persecución de los derrotados franceses y pasó a cuchillo a todos los que consiguió alcanzar... y las más de las veces lo hizo con su propia mano.

Aymer sí había aprovechado la oportunidad para «desahogarse», pensó Ricardo, y con ello había demostrado no ser mejor que la mayoría de los de su clase y condición. Ricardo todavía lo apreciaba, pero las diferencias iban ahondándose entre ellos, y durante los últimos meses habían reñido con frecuencia.

—Permitid que me despida de vos, madame —dijo al cabo de un rato.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—¿No queréis llevar mi contestación a Francia?

—No regreso allí.

—Tanto mejor. Así os veré más a menudo.

—No lo creo, madame.

Ella titubeó, mientras le escrutaba con sus inteligentes ojos. Aquella mirada interrogante hizo que Ricardo se sintiera incómodo.

—¿Qué pasa, Ricardo? ¿Dificultades?

—Dejémoslo —dijo él.

Pero ella dejó a un lado el pergamino e insistió:

—¿Tampoco deseáis enteraros de las novedades?

—Si son tan importantes que necesariamente deba conocerlas...

—Por lo que concierne a Inglaterra la situación no es tan grave. El rey ha emprendido por fin la campaña contra los escoceses, aunque según mis noticias él y Bruce han optado por una especie de juego del escondite. Mientras tanto, Isabel ha asumido la regencia, como si dijéramos, y recibe a los diputados, en lo cual se desempeña bastante bien, a lo que me parece. Y por lo que toca a los templarios, el rey ha dado autorización para que sean interrogados bajo tortura, como seguramente sabréis ya. No ha sido capaz de impedirlo; tarde o temprano siempre acaba por ceder cuando se le presiona lo suficiente. Pero impuso la condición de que no se derramase sangre ni se mutilase ningún miembro.

—¿Acaso ignoráis que se puede infligir un dolor infernal a un hombre con tales condiciones? —la interrumpió Ricardo.

—Algo se ha conseguido, no obstante, ya que ninguno de ellos ha confesado en falso como los caballeros franceses. En realidad tengo la impresión de que no los maltratan.

—Gracias a los dineros con que hemos sobornado a los esbirros —replicó Ricardo, sombrío.

Ella quitó importancia a lo dicho con un ademán.

—Las cosas podrían ir mucho peor. ¿Acaso no tomasteis las disposiciones necesarias antes de vuestra partida?

—El dinero se acaba, pero también el tiempo, afortunadamente —replicó él.

—¿Cómo? —dijo ella sin entender, pero él le indicó la carta de Aymer con un gesto.

—Leedla.

—Lo haré. ¿Qué haréis vos ahora?

—Nada.

Aquella respuesta la sorprendió. Nunca se había mostrado Ricardo carente de iniciativas.

—¿Nada?

—Cuando os reunáis de nuevo con Aymer, lo cual podéis hacer ahora sin peligro, decidle que fue gran equivocación el despedirme —dijo Ricardo en tono sombrío—. No es lo mismo actuar por sentido del deber o por compasión. El que actúa movido por lo primero, tarde o temprano llegará a la conclusión de que ha hecho lo que cumplía a la tranquilidad de su conciencia; el segundo, en cambio, no cejará ni se concederá descanso hasta que verdaderamente la lucha haya tocado a su fin. Vuestro señor, madame, es de los primeros.

Dicho lo cual se despidió con una reverencia y desapareció antes de que ella pudiese demandarle una explicación. Blanca volvió sus ojos hacia la carta.

¿Qué importa si se ha perdido la batalla? No todo se ha perdido; queda la voluntad indomable, el afán de la venganza, el odio inextinguible, el valor que nunca se rinde ni se somete.

John Milton, Paradise lost.

Aunque hiciese penitencia por haberse dado al placer con Meg la Roja, perdida la estima de sí mismo, Ricardo no se sintió aliviado. Con esto y la certeza de que todo cuanto había emprendido para restablecer el honor de los templarios había fracasado, aquel guerrero antes tan orgulloso se convirtió en un hombre sin ilusiones y sin meta en la vida, perdida la confianza en los hombres y en Dios. Había visto tanta injusticia que no podía creer ya ni en la justicia humana ni en la divina. Ni por un momento se le ocurrió ponerse en contacto con Edmundo el León ni con Guillermo Mauclerc ni ningún otro de sus hermanos del Temple londinense. Desposeído del mando, ¿qué iba a decirles?

Todo cuanto podía hacer era montar su corcel negro y cabalgar hasta que desapareciera el sol por poniente.

Durante más de dos meses Ricardo desapareció por completo de los ojos del mundo. Nadie tenía la menor noticia de él, ni se supo su paradero. En busca de las regiones más inhóspitas cruzó los límites del país de Gales, escaló las nevadas laderas de las Black Mountains y recorrió luego las turberas y los desiertos páramos del bosque de Radnor hacia el norte. Vadeó los innumerables riachuelos entre Severn y Dee, para salir finalmente por el bosque de Clocaenogs y el amable valle de Clwyd al camino que conducía a la costa.

Andaba despacio, parando con frecuencia y tomándose mucho tiempo para cuidar y alimentar a su caballo. Poco a poco, aquella vida de anacoreta que se había impuesto a sí mismo fue sanando las heridas de su alma. Sólo entonces se consintió a sí mismo el volver los pensamientos a su encuentro con Pedro de Bologne, y meditó sobre el secreto que le habían confiado aquel sacerdote y el maestre Molay.

«Cristo es un camino. El camino verdadero lleva a la verdad.»

Su alma estaba sedienta de esa verdad. ¿Cuál sería la tercera parte del secreto? ¿Y qué significaban aquellas dos frases? Pero tampoco esta vez halló respuesta, ni era posible que la hallase entre los hombres, pues apenas encontró sino algunos pastores.

A finales de marzo la mirada del caballero abarcó por fin las verdes colinas, relucientes bajo el sol, que se extendían en suaves ondulaciones hasta el mar. Los aromas de la primavera perfumaban el aire. El jinete solitario respiró hondo y palmeó el cuello de su caballo.

—La vida es bella a pesar de todo, Pilgrim.

—Así que por fin habéis venido —dijo de súbito una voz a su lado.

Ricardo se volvió con sobresalto, pues no había notado la proximidad de otra persona.

—Sabía que vendríais —prosiguió la voz—. Sabía que os encontraría aquí antes de que se derritiera la nieve de las montañas. Os esperaba desde hace cinco meses.

La gitana tendió una mano huesuda señalando las lejanas cumbres coronadas de nieve. Él asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra. Ella se volvió y apuntó con su barbilla hirsuta hacia el norte.

—Vos nacisteis allá —graznó.

Obediente, como en un sueño, él volvió la cabeza hacia donde le indicaban y contempló un castillo de formidables murallas y portalón de rejas de hierro, más parecido a una prisión. Así pues, sus recuerdos no le habían engañado. Había estado allí antes, o más exactamente, en aquel mismo lugar, cuando aún era un niño, veinte años atrás o quizá más. Entonces vio que la anciana se postraba a sus pies.

—Suplico vuestro perdón, señor, por haberos engañado deliberadamente cuando os vi por primera vez en el castillo de Portchester.

Ricardo recobró el habla.

—Si os empeñáis en permanecer arrodillada a mis pies, explicadme al menos el motivo.

—Estaba en vuestra mano, alteza. Lo leí en ella.

—¿Qué fue lo que visteis? Y no me llaméis así, no puedo sufrirlo —replicó él, risueño.

—Entonces no supe ver que había en vuestra vida un secreto. Eso lo descubriré más tarde, cuando averigüe más cosas acerca de vos, después de reconocer quién erais.

—Pues ¿quién soy yo?

—Ricardo el Bastardo.

—No me molestéis más con eso.

Ella apoyó una mano en su brazo para tranquilizarlo.

—Aquello —dijo al tiempo que apuntaba de nuevo hacia el norte— es el castillo de Rhuddlan. Allí murió vuestra madre al daros a luz.

—Queda lejos el Temple de Londres —replicó Ricardo en tono de duda, aunque sabía que ella estaba diciéndole la verdad.

—Lady Gundelina fue una princesa de Gales —prosiguió la mujer, impertérrita—, una descendiente del linaje del gran Llewellyn.

—No tan deprisa, buena mujer. Esperad un poco. ¿Cómo pudisteis saber que me encontraríais aquí, cuando ni siquiera yo mismo sabía que vendría? No diréis que eso también se leía en mis manos.

—No, señor, lo que leo en vuestras manos sólo me muestra el camino. Lo demás lo veo con mi ojo interior.

—¡Hum! No estoy tan seguro de que me complazca vuestra clarividencia. Esa capacidad vuestra para leer el futuro más bien me parece cosa de brujería.

—¿Brujería? Vos lo sabréis mejor que nadie, señor. ¿Acaso no sois del Temple? Según se rumorea, allí sabían bastante de eso.

Ricardo suspiró:

—De nosotros se dicen muchas cosas. He tenido que escuchar las acusaciones más descabelladas en lo que a nosotros concierne, a cuál más absurda, al igual que vuestra ridícula suposición de ahora mismo. Pero decidme, ¿cómo vinisteis aquí decidida a esperarme durante cinco meses, cuando salisteis a escape del castillo de Portchester huyendo de mí?

Ella respondió de mala gana:

—Ya os he dicho que allí cometí un error.

—No será ésa la única razón.

—Tuve la buena fortuna de conocer a una persona dispuesta a recompensarme con generosidad el tiempo que yo dedicase a investigar vuestro pasado y vuestra identidad.

—¿Quién iba a pagar por eso?

—Ella dijo que vos lo agradeceríais, pero que no debía deciros nada. Lo que pasa es que hablo demasiado.

—No, ahora ya lo habéis dicho. ¿Quién es ella?

—Señor, prometí no decirlo.

—Necesito saber su nombre —exigió con aspereza.

—Es la castellana de Lyons-la-Forêt, señor.

Naturalmente, así era el carácter de Blanca. ¿Por qué se le habría ocurrido pensar que pudo ser Beatriz?

—De manera que andáis husmeando en mi pasado —sonrió el templario.

Ella asintió, y hubo un breve silencio.

Gundelina, pensaba Ricardo. Era uno de los nombres que le había dicho el conde de Lancaster. ¿Y el otro? Su memoria le Saqueaba a veces cuando rememoraba aquel período de dolor y de horrores.

—Lady Juana —habló entonces la gitana, y él la miró con espanto.

¿Sería casualidad, o verdaderamente le había leído el pensamiento?

—Fue vuestra ama y madre adoptiva. Una dama inglesa, según se me dio a entender. Ella os crió hasta que os llevaron al Temple.

—Bien habéis aprovechado vuestro tiempo —dijo él, titubeando antes de formularle la pregunta que le quemaba los labios—. ¿Habéis descubierto también quién es mi padre?

Le latía el corazón con fuerza al preguntarlo, pero la vieja cabeceó y susurró en son de confidencia:

—No, por desgracia. Todavía es un secreto, pero creo que debió de ser un inglés, porque de lo contrario esa dama inglesa jamás habría amamantado al hijo de una galesa, aunque fuese de sangre principesca.

Ricardo asintió, pareciéndole plausible lo dicho.

—Es más difícil identificar a un padre que a una madre —prosiguió ella—. Sobre todo cuando hay que retrotraerse a la época en que el rey Eduardo, quiero decir el padre de nuestro soberano felizmente reinante, mandaba sobre el país de Gales desde este castillo, de donde entraban y salían docenas de nobles ingleses. Es difícil adivinar veintisiete años después quién pudo ser, ni siquiera con mis poderes.

—No tiene importancia —replicó él con tranquilidad—. Habéis cumplido hasta aquí, aunque vuestras noticias plantean más enigmas de los que resuelven. Me gustaría tener algo con que recompensaros, pero hoy por hoy sólo puedo daros las gracias.

—Sois muy bondadoso, mi señor, pero la dama me ha recompensado sobradamente. Sin embargo, quisiera pedir os una merced.

—¿Cuál?

—Que me dejéis ver otra vez vuestras manos, señor.

—¿Estáis segura de desearlo? Lo hicisteis una vez y estuvisteis a punto de enfermar. ¿Creéis que podréis soportarlo de nuevo?

—Os suplico que no hagáis burla de mí, señor. Nunca he visto una mano como la vuestra. Fue la muerte, señor, lo que entonces me espantó. Estaba en todas las líneas de vuestras manos, las dominaba por entero, aunque ahora creo que fue una advertencia dirigida a mí misma. Querría ver si se lee lo mismo.

Él le tendió las manos polvorientas de la larga cabalgata.

—El linaje real se ve con claridad. En eso nunca me equivoco.

—Bien os equivocasteis en el castillo de Portchester.

—No, en eso acerté. ¿Acaso no es cierto que no visteis la primavera?

—Por favor, hacedme dispensa de vuestros oráculos de doble sentido.

La mujer le hizo seña de que callase y señaló de nuevo las líneas.

—¡Ahí está todavía! —chilló con espanto—. Vuestro dedo me señala a mí. ¡Yo soy la culpable!

Ricardo, que no entendía nada, estuvo a punto de retirar sus manos, pero ella se tranquilizó en seguida, retrocedió un paso y se quedó mirándole.

—La muerte sigue ahí, aunque en parte pertenece al pasado. Es largo y fatigoso el camino que habéis elegido en busca de vuestro destino. Y la muerte os sigue siempre de cerca. Helada compañera de viaje, señor, pero ¿quién soy yo para decíroslo? Vos mismo lo sabéis mejor que nadie, ¿verdad?

Ricardo asintió. Casi le parecía olfatear otra vez el hedor de la carne quemada de cincuenta y cuatro caballeros templarios. Antorchas humanas sobre montones de leña en llamas. Verdaderamente, el espectáculo de la muerte se le había mostrado bajo su aspecto más cruel. No quiso contestar a las palabras de la mujer.

—Vuestras manos son las más terribles que yo haya visto nunca — prosiguió—. Sin embargo, vuestro sueño se realizará.

La adivina giró sobre sus talones y salió huyendo pese a la debilidad de sus temblorosas piernas.

—¡Linaje real! —resopló Ricardo con desdén.

Poco se le daba de ser hijo de una princesa, puesto que la dinastía de la que según todas las apariencias él era vástago hacía tiempo que había dejado de reinar en ninguna parte. El último Llewellyn y David ap Gruffyd habían sido destronados por el rey Eduardo, el padre del Eduardo reinante, y era éste quien ostentaba el título de príncipe de Gales. Aunque era posible que los galeses no compartiesen tal criterio...

¿Acaso deseas que tu imagen mantenga abiertos mis cansados párpados a la fatigosa noche? ¿Deseas que las sombras, semejantes a tí, rompan mi sueño burlándose de mi mirada?

William Shakespeare, Sonetos

Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, virgo serena, benedicta tu in mulieribus — que peperisti pacem hominibus — et angelis gloriam. Et benedictus fructus ventris tui. Amen.

Expiró la tenue y solemne melodía del cántico monjil, y los ecos resonaron unos instantes todavía entre santos de piedra y columnas esculpidas de la capilla. Si el Señor las escuchara desde su trono celestial sin duda le habría complacido, pero frunciría el ceño en seguida al ver que una de las monjas se ajustaba el hábito con enojo y se salía del coro.

—¡No quiero cantar por la nariz! Suena horroroso, y lo aborrezco.

—Pero, hermana, si así es como se cantan las oraciones y los himnos.

—¡Me da igual! No pienso hacerlo.

Beatriz de Morley estaba furiosa, harta de la vida tediosa de rezos y cánticos de salmos..., en latín además, que sólo entendía a medias, aburrida de la vida conventual, de las pequeñas rencillas y las habladurías de las reverendas. Echaba en falta los prados y los bosques, y los paseos a lomos de su yegua alazana. ¡Ah! ¡Volver a sentir el viento entre los cabellos durante una salvaje galopada!

Lo peor de todo era tener que hacer el papel de arrepentida, que desde luego no sentía. Ciertamente hizo sinceros actos de contrición, y celebró que le hubiesen levantado la excomunión. También trató desesperadamente de olvidar al Bastardo, pero no lo consiguió. Por último desistió y se concedió a sí misma el soñar y pensar en él, y amarlo, todas las veces que se le antojase. Acudía a la confesión, pero nunca reveló su secreto, y todos los días se quedaba en la capilla después de la primera misa para suplicar perdón por ello a la Virgen.

—Reverenda madre —se dirigió con su voz clara a la abadesa, aquella misma noche—. Creo que va siendo hora de que regrese a casa de mis padres.

No fue hasta casi finales de octubre que sus hermanos se presentaron en Grimpton.

—Hemos venido a por nuestra hermanita pródiga —anunció Godofredo con su irónica sonrisa habitual.

Beatriz empezó a dudar de si había tomado la decisión más acertada, pareciéndole de pronto que lo de quedarse en casa iba a ser casi peor que el priorato de Marrick.

No andaba demasiado equivocada. Durante los dos meses primeros la vida en Haughton-le-Moor resultó soportable. Godofredo y Timoteo se habían casado y estaban pendientes de sus mujeres, por lo que no hicieron demasiado caso de su infeliz hermana. Llegado el mes de enero, sin embargo, el señor de Morley anunció que Beatriz debía ir pensando en un buen partido para casarse, ya que no había aceptado como esposo a quien él había elegido como el más conveniente. Además, en el ínterin Guillermo de Scarborough se había casado con otra.

—¡Nunca podré amar a un hombre como he amado a Ricardo! —le dijo a su padre con valentía.

—¡El Bastardo! Así que me has mentido, como mentiste a todos cuando nos hiciste creer que él te había obligado a prestarle ayuda en su evasión.

Ella asintió. ¿Cómo era posible que estuviera tan tranquila? No hacía un año, todavía temblaba delante de él. En cambio ahora, ella sola se atrevía a plantarse, inmóvil, el bello rostro sereno, manifestando completo dominio de sí misma.

—¿Qué hija he criado yo bajo mi techo? —prosiguió Morley con voz fatigada, casi de anciano—. ¿Por qué ha de traicionarme mi vastago más querido? ¿Y qué quieres ahora de mí, Beatriz? A medida que ibas creciendo creía yo haber cultivado una rosa sin espinas. Pero me engañaba; ahora comprendo que tal cosa sin duda no existe. Te doy a elegir: el marido que yo escoja para ti, o el regreso al convento. Te concedo tres meses para pensarlo.

Beatriz no necesitaba tanto tiempo para pensarlo. Sabía bien lo que quería; hacia comienzos de marzo salió a hacerle una visita a sir Roberto.

—¿Otra vez por aquí? Lo sabía. Aún le amas, ¿verdad? —dijo él.

Ella asintió, sonriendo.

—¿Sabéis dónde se halla Ricardo ahora?

—Según los últimos rumores que llegaron a mis oídos, debe estar en Francia, para amargarle la vida al papa. Pero de eso hace muchos meses. ¿Qué le quieres?

—Le quiero a él. Necesito verle. Es el único hombre del mundo a quien deseo pertenecer.

El valiente vecino de los Morley tomó del brazo a Beatriz y le dijo con aspereza:

—Debes meterte una cosa en tu bonita cabeza, doncella. Ese hombre no será tuyo. El templario pertenece a su orden, y a nadie más.

—¿A una orden que ni siquiera existe ya? Decidme, sir Roberto, ¿era amor lo que creí ver en sus ojos cuando nos despedimos en Grimpton, o me odia tanto como debe odiar a todos cuantos llevan el apellido Morley?

El hidalgo se puso serio y la miró con aire pensativo.

—Siéntate —dijo—. Voy a decirte la verdad, aunque él me maldeciría si llegase a enterarse. Ricardo el Bastardo te ama. Sería capaz de besar el suelo por donde tú pisas.

Beatriz palideció y sus labios temblaron.

—Pero eso sucedió hace dieciocho meses —prosiguió él—. Y él había decidido arrancar tu recuerdo de su corazón, porque las reglas de su orden le prohíben toda clase de relación con una mujer. Lo decía en serio. Intenta olvidarle, Beatriz.

—No puedo. No descansaré hasta dar con él.

—Eres mujer, y estás sola. ¿Crees que llegarías muy lejos sin caer en manos de merodeadores, o de violadores?

—No iré sola. Os ruego que me prestéis a ese criado vuestro que toca el laúd y de quien dicen que no ama a las mujeres, sino a otros hombres como él.

Y así, tres semanas más tarde lady Beatriz de Morley se puso en busca del hombre a quien amaba. Iba con sus caballos, sus halcones, sus perros, su mozo de cuadra, sus doncellas y hombres armados que le prestó sir Roberto, además del músico. No consultó previamente a su padre, sabiendo que él nunca habría autorizado su partida. El plan era sencillo: lo mismo que en otros tiempos el legendario trovador Blondel supo encontrar a su rey prisionero Ricardo Corazón de León cantando en todas partes una trova de amor que habían compuesto al alimón, ella pensaba hallar a Ricardo cantando poemas de amor contrariado. Cierto que no podría pregonar el nombre de su amado. Pero quienquiera que le conociese a él, entendería las alusiones ocultas de la virginal trovadora, y le indicaría dónde hallarlo.

Pronto se oyó su voz clara y encantadora en las salas de los barones ingleses, acompañada al laúd por las hábiles manos de David Goodliffe. Y siempre terminaba su atención cantando la leyenda de Ricardo Corazón de León y Blondel, el elogio al amor desesperado que éstos compusieran juntos.

Vuestra beldad, hermosa dama, nadie puede mirar sin arrobos, pero vuestra conducta es tan fría que no despierta la pasión. Yo me considero el más afortunado, pues nunca una ninfa puede herir mi corazón, si a todos concede su favor y a todos sonríe sin elegir a ninguno. Antes me contentaré con su aversión que compartir con otros su amor.

El hombre que maquina la venganza mantiene abiertas sus propias heridas.

Sir Francis Bacon, Of Revenge.

El río Itchen discurría con celeridad encajonado en su lecho de rocas calcáreas al paso por la ciudad de Winchester, la antigua capital de los reyes sajones y normandos, dominada por una espléndida catedral iniciada en 1079 y cuyas obras todavía estaban a medias en 1311. Además de las paredes con sus altas ventanas ojivales tenían construida una colegiata y un albergue para peregrinos, por ser lugar de paso hacia Canterbury. En este edificio pasó la noche Ricardo, quien había decidido restablecer los contactos con sus hermanos a pesar de todo. No dejaba de ser agradable el poder dormir bajo techo.

Al amanecer dejó el albergue y vagabundeó por las calles, que bullían de actividad. El hospital de St.-Cross estaba como a una milla del albergue; hacia las siete de la mañana entró en la casa de pobres, recibió un mísero desayuno de pan y cerveza, y esperó. Al poco notó una mano que se posaba sobre su hombro.

—En la capilla del cerro de St.-Catherine's a las nueve —dijo el fraile que había repartido el pan.

A la hora convenida se presentó allí Ricardo y estrechó cordialmente la mano de Roberto Fitz-Alfric, llamado «El Lobo».

—¡Por las murallas de Jerusalén! —exclamó éste—. ¿Dónde os habíais metido?

—En Francia la mayor parte del tiempo.

—¿Novedades? —preguntó el caballero con interés.

—No, hace más de tres meses que salí de allí.

—Algo de eso hemos oído.

—¿Cómo están las cosas aquí?

—En realidad no ha ocurrido mucho, excepto que a comienzos del mes pasado interrogaron a setenta y dos testigos de cargo en el capítulo de la Holy Trinity.

—¿Acaso no se encontraron más? —ironizó Ricardo.

El Lobo resopló con desprecio:

—Son frailes de diferentes órdenes. ¡Se dicen testigos y no han visto nada!

Hubo un silencio. Obviamente no tenían mucho que comentar.

—Cuando salí de Francia la comisión pontificia preveía terminar sus trabajos en este verano, y en octubre se reunirá el concilio de Vienne para sentenciarnos. Será el fin.

El Lobo asintió, sombrío.

—Cuando todo haya terminado, me quedaré aquí y me emplearé en la casa de caridad.

—Hacedlo —le aconsejó Ricardo, riendo—. Es lo que haremos seguramente la mayoría de nosotros, ingresar en otras órdenes. Si preguntan por mí, decidles que he regresado a Francia.

—¿A Francia? ¿No estabais confinado aquí durante un año?

—Debo ir a Francia, hermano Roberto. Tres meses de ausencia son más que suficientes; no puedo permitirme más. Por otra parte, debo rendir cuentas a mis superiores. He infringido el artículo setenta de nuestra Regla de la manera más baja posible.

—¿Pecar con una mujer vos?

—Yo tampoco soy más que un hombre de carne y hueso.

Roberto el Lobo calló, consternado.

Ricardo montó en su caballo.

—Supongo que esta vez la despedida será para siempre.

—¡Esperad! —exclamó Roberto—. Por poco se me olvida. Andabais buscando a Tomás de Lincoln, ¿no?

—De eso hace mucho tiempo. ¿Qué hay con eso?

El tono de su voz no manifestaba un especial interés.

—Creemos haber dado con él. Según se rumorea, todavía se halla en Lincoln, aunque los demás presos que estaban con él fueron conducidos a Londres hace tiempo. A lo que parece, lo dejaron allí por alguna razón.

—Seguramente por estar demasiado enfermo para un traslado y para arrojarlo a una fría prisión con sus articulaciones medio paralizadas —opinó Ricardo—. Lo siento, mi decisión es firme. Si Dios quiere que volvamos a vernos, Él se encargará de lo necesario. De todas maneras, muchas gracias.

Hizo un ademán de despedida con la mano y galopó ladera abajo para enfilar hacia el sudoeste.

Quizá Dios oyó su comentario indiferente, o quizá fue simple coincidencia, azar de la circunstancia, pero aún no había llegado a la costa le alcanzó la noticia de que había fallecido el conde de Lincoln. Lo cual significaba que Tomás de Lancaster, casado con la hija única del conde, heredaba los condados de Lincoln y de Salisbury. Además Eduardo, antes de salir a guerrear, había nombrado gobernador a Lancaster, por lo cual Tomás de Lincoln quedaba en las garras de éste.

Ricardo estaba indeciso. Le preocupaba la suerte que pudiese correr su anciano tutor. Nada bueno auguraba el que estuviese bajo el poder de Lancaster. Decidido, volvió grupas y encaminó su caballo hacia el norte.

En la nave principal de la catedral de Lincoln las columnas reflejaban la suave luz que entraba por los ventanales y que iluminaba en fuerte contraste las escenas de miseria ofrecidas por los mendigos refugiados en el templo.

Ricardo apartó las manos que se tendían hacia él pidiendo limosna. Conocía sobradamente aquel tipo de mendigos, bandoleros y ladrones en realidad, que trataban de sustraerse a la persecución de la justicia acogiéndose al asilo de la iglesia.

El templario se detuvo a bastante distancia del altar, como si no pudiera soportar el hallarse demasiado cerca de Dios, y rezó.

Le extrañaba verse de nuevo en una iglesia, después de tanto tiempo, y dio gracias a Dios por no haber permitido que él realizase aquel loco proyecto de asesinar a los enemigos del Temple. Había acabado por comprender que no tenía razón, que ni siquiera una acción desesperada de semejante género serviría para salvar a la orden.

Miró hacia los lados por entre los dedos con que se había cubierto la cara. Los lisos pilares le recordaban los de la iglesia del Temple de Londres, donde tantas veces había orado con Tomás de Lincoln. ¡Por la Cruz! El Señor no quería escuchar sus palabras. Notaba que su oración, falta de fuerza, no llegaba hasta la cruz del altar, allá al fondo. Con súbita decisión se puso en pie e hizo una seña a un fraile.

—¿Podría hablar con el padre Hugo? —preguntó.

El monje asintió y pasó por una puerta a la casa rectoral, de donde volvió a salir en seguida acompañado de un sacerdote.

—Os agradecería que os sirvierais escuchar mi confesión, padre.

—Acompañadme, hijo mío.

Cuando se hubo arrodillado Ricardo dijo en voz baja:

—Se me ha informado que vos podíais ponerme en comunicación con Tomás de Lincoln.

—¡Ah! —respondió el sacerdote.

Sin que Ricardo se diera cuenta, hizo una seña al fraile, que se mantenía a respetuosa distancia. Éste desapareció con sigilo y el cura guardó un breve silencio, tras lo cual empezó hablando muy despacio:

—El hombre a quien buscáis estuvo en Lincoln, efectivamente. Pero lo trasladaron a otro lugar cuando el rey mandó conducirlos a todos a Londres. ¡Así que por fin habéis picado el anzuelo!

Ricardo se puso en pie de un salto.

—¡Me habéis tendido una trampa!

El sacerdote sonrió, ufano de su éxito. Pero Ricardo se desentendió de él para mirar alrededor como una fiera acorralada. A lo lejos, en el atrio, relucían los cascos y los hierros de los chuzos.

—No tratéis de huir. Os esperan fuera. Y no creáis que la iglesia os concede asilo. Aquí no queremos herejes.

El cura se había salido del confesionario para saborear mejor su triunfo.

Sin decir una sola palabra, Ricardo lo agarró del brazo sin contemplaciones y lo empujó delante de sí.

—¡Camina! —ordenó, mientras lo empujaba hacia la puerta lateral por donde había salido antes.

—Mirad lo que hacéis —jadeó el hombre mientras cruzaban a toda prisa el bien cuidado huerto y el cementerio contiguo a la iglesia.

Pero Ricardo sabía muy bien lo que hacía. Utilizaba al sacerdote como escudo viviente para protegerse de los dos arqueros que habían apostado junto a la nave lateral izquierda. Siguió ganando terreno a grandes zancadas, mientras sujetaba el brazo del sacerdote con mano férrea y le amenazaba con la daga en la otra.

—Ignoro, naturalmente, si tendrán en más vuestra vida que la mía. Tal vez vos podréis contestar mejor a eso.

El cura palideció todavía más, y Ricardo apretó más el paso. En aquellos momentos acudió un tercer arquero, que puso una flecha en el arco y lo tensó. La distancia no era mucha y no podía fallar. El caballero empujó al cura para colocarlo entre su propio cuerpo y la saeta que lo apuntaba.

—Va a disparar —lloriqueó el cura.

Ricardo lo soltó y salió a todo correr, sabiendo que le iba la vida en el juego. No era posible que hubiesen cerrado todavía el cerco alrededor de la iglesia. Era su única oportunidad. Consiguió eludir las flechas que silbaban a su alrededor. Era preciso salir de la ciudad, pensó, antes de que los centinelas de la muralla recibiesen señal de alarma. Corrió hacia la puerta más cercana, pero ya era demasiado tarde.

Ricardo se ocultó en un callejón tan estrecho que apenas dejaba pasar un solo hombre, y aguardó allí la oportunidad de salir sin ser visto.

Poco después se le presentó tal oportunidad. Saltó al paso de un carromato cargado de toneles vacíos y se ocultó en uno de ellos. Cuando se vio como a media milla fuera de la ciudad, echó pie a tierra y bastó un silbido apagado para que Pilgrim apareciese con su elegante trote, abandonando el refugio de una poderosa encina.

—Dios nos asista, Pilgrim —dijo saltando sobre la silla sin perder el tiempo en calzarse las espuelas, pues no le había pasado desapercibida la salida de un pelotón de hombres armados con picas y acompañados de algunos guardias a caballo, dispuestos a emprender la caza.

Habían armado bien la trampa y faltaba poco para que ésta se cerrase por completo. Ricardo eligió la huida a campo abierto en vez de buscar un escondrijo en la ciudad; la oportunidad estaba en la fuerza y la rapidez de su

caballo, si lograba alcanzar el bosque de Sherwood, único lugar apropiado para ocultarse.

Cruzó la llanura al galope con una única meta: el bosque. Pero no llegó muy lejos. Pronto le acometieron por todos los lados.

— Vive Dieu Saint Amour —gritó lanzándose a la refriega, al tiempo que cruzaba la espada con las armas de los enemigos.

Pero la tropa que le rodeaba se habría bastado para hacer pedazos a una treintena de hombres. ¿Sería obra de Lancaster aquella encerrona? Ricardo soltó las espuelas, dejando que cayeran a tierra, para sujetar mejor las riendas. Luchó frenéticamente, decidido a no caer vivo en manos de sus perseguidores.

El combate fue terrible. Repartiendo puntazos y mandobles, aguardó con fría decisión el golpe mortal.

Pilgrim hizo un espanto, se encabritó y trastabilló; luego cayó de lado, y la jabalina que le había herido en el flanco se le clavó casi hasta la mitad del asta por efecto de su propio peso y el del jinete. En el último instante Ricardo logró saltar de la silla y alejarse de los cascos, que coceaban desesperadamente. Cuando levantó la cabeza se halló en medio de un círculo de picas, y comprendió que sus perseguidores tenían orden de atraparlo vivo. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que estaba herido en ambas piernas y además sangraba de una profunda incisión en el muslo.

Entonces arrojó la espada al suelo con la empuñadura hacia los enemigos en señal de rendición.

Cuando vio a su caballo que echaba espumarajos por la boca y tenía los ojos desencajados de terror, se incorporó dificultosamente y apartó con la mano los hierros que le cercaban. Por última vez acarició las orgullosas crines negras y los suaves y aterciopelados ollares, notando el temblor que estremecía al animal.

Desenvainando la daga, rápido como un rayo, lo hirió en el cuello para acabar con sus sufrimientos cuanto antes. La sangre inundó sus botas y contempló los últimos estertores de su noble amigo. Entonces levantó la daga para clavársela en la propia garganta, pero no pudo llevar a efecto su propósito.

Al ver el movimiento del arma los soldados reaccionaron con presteza. La punta de una pica le hirió en la mano, y otro esbirro le hirió entre los omóplatos. La mano sin fuerza dejó caer la daga en un reflejo de dolor. Al ultimar a Pilgrim para que no padeciese había perdido la última posibilidad de sustraerse a las garras de la Inquisición. Pero no había podido evitarlo.

Sin oponer resistencia, dejó que le arrancaran el hábito y le rasgaran la camisa para descubrir la cruz grabada a fuego en su hombro, que denunciaba su identidad. Entonces lo condujeron encadenado de pies, dando tropezones detrás de los caballos de sus captores. Una última vez se volvió para mirar el cadáver de su caballo, el noble compañero que le había acompañado durante cuatro largos años de luchas y privaciones. Sabía que esta vez no aparecería ninguna Beatriz de Morley que le ayudase a escapar de la muerte que le aguardaba en la cámara de tortura.

La ausencia de la persona amada es peor que la muerte, y la esperanza fallida más dolorosa que la desesperación.

William Cowper, Hope, like the shortliv'd ray.

Cansados y desmoralizados, Beatriz y su pequeño séquito iban camino de Londres. Hasta entonces su búsqueda no les había dado ningún resultado, y Beatriz empezaba a desesperar de que fuese posible hallar al amado por tal procedimiento. Era, en verdad, una odisea bien absurda, pero no quería darse por vencida tan pronto, y así continuó cantando todas las noches sus trovas. Alguna vez se pondría en pie alguno de sus oyentes para anunciarle que conocía al hombre a quien ella amaba.

Se oyó a lo lejos un ruido de cascos. Pronto distinguió a un caballero que se acercaba al galope tendido de su caballo de batalla gris, cruzando sembrados y barbechos. Ella indicó a su séquito que hicieran alto y aguardó hasta que el hombre se detuvo frente a ella y echó pie a tierra.

—¿Dónde os he visto yo antes? —exclamó contemplando con asombro los cabellos rubios y la barba algo indómita.

—Madame —dijo Edmundo el León sin más saludo previo y sin responder a la pregunta de ella—. Uno de mis hombres me ha hecho saber que andáis buscando al Bastardo.

—¡Por fin! —Se iluminó el rostro de ella, y sus ojos brillaron—. Ahora os recuerdo. Vos sois el templario que...

—Ni una palabra más, milady.

Echó una ojeada al camino, que estaba desierto, y titubeó antes de continuar.

—Abandonad vuestra búsqueda, milady. Es seguro que no le hallaréis aquí. A comienzos del año estaba en Inglaterra, pero en abril embarcó rumbo a Francia, según nuestras noticias.

Estaban en junio. El semblante de Beatriz se ensombreció.

—Entonces, iré a Francia. Me han dicho que allí se maltrata mucho a los caballeros. ¡Por Dios!, habría preferido que me trajerais mejores noticias —dijo, persignándose mientras miraba con atención a Edmundo.

Éste sacudió la cabeza y replicó:

—Allí no podéis seguirle, milady.

Pero Beatriz alzó la mano y todo el cortejo se puso de nuevo en marcha. Su valentía y su decisión conmovieron a Edmundo más de lo que él mismo hubiese querido reconocer. La siguió con la mirada mientras ella daba espuelas a su montura, y fue a colocarse en seguida a su lado.

—Vais a entrar en tierras de Lancaster. Sería bueno que anduvierais con prudencia.

—Ya os entiendo —contestó ella—. Pero decidme, ¿qué quiere el conde en realidad? Los templarios no son asunto de su incumbencia.

Él le dirigió una mirada de reproche, como para recordarle que tampoco habían sido de la incumbencia de su padre. Cabalgaron un rato en silencio.

—Milady —empezó por último Edmundo, violentándose visiblemente—. Conozco a una persona que tal vez podría daros razón. Pero no olvidéis que es imprescindible que nadie conozca esa relación entre nosotros.

Le hizo una seña para que avivara el paso del caballo, y cuando se hubieron alejado de los sirvientes continuó:

—Es una dama de alcurnia, quien le conoce mejor que nosotros. Tal vez pueda ayudaros... si quiere. Permitid que os acompañe.

Y así sucedió que Beatriz de Morley se endosó su mejor vestido para ser recibida por la señora de Lyons-la-Forêt, dama al servicio de la reina en el castillo de Windsor.

Soportó casi una hora de espera mientras Blanca procuraba anular compromisos. Beatriz entretuvo el plantón contemplando los costosos tapices franceses que decoraban las paredes del aposento.

Sobresaltada por un leve rumor detrás de la puerta, se postró inmediatamente en una profunda reverencia. Los ojos oscuros de Blanca la contemplaban con desconfianza.

—¿Quién sois? —le preguntó con su voz cálida y grave.

—Beatriz de Morley, con vuestro permiso, madame.

—Mort de Dieu! —se le escapó a Blanca la nada femenina interjección—. ¿Morley? Sois la mujer que Ricardo...

Beatriz apenas se atrevía a mirarla cara a cara. ¿No había dicho aquel templario que su interlocutora conocía a Ricardo mejor que los mismos seguidores de éste? ¿Qué pensaría de ella?

—¿Hace poco que salisteis del convento?

—¿Así que estabais enterada? —preguntó Beatriz sin malicia alguna—. En octubre del año pasado.

Blanca se sonrió para sus adentros. ¡Qué ingenua era, capaz todavía de reaccionar al primer impulso, sin calibrar las palabras antes de pronunciarlas!

—Mucho habéis soportado. Los conventos no se hicieron para mí. Una vez Ricardo me hizo encerrar en una celda de una de las casas capitulares de los templarios. Aunque fueron sólo un par de días, aborrecí cada hora de mi estancia, y le maldije a él hasta que acudió a sacarme de allí.

Conque eso había hecho, pensó Beatriz, al tiempo que se estrujaba las manos para que Blanca no viese cómo temblaban. ¡A ella no fue a sacarla de Grimpton!

—A mí tampoco me gustó —contestó ella algo cohibida todavía—. Pero me vi obligada a quedarme hasta que me levantaron la excomunión. Y luego todavía necesité muchos meses hasta que me decidí a regresar con mi familia.

—Ricardo andaba muy preocupado por vos —comentó Blanca—. Le pesaba el haberos utilizado y abandonado en seguida.

¡Luego había continuado pensando en ella después de su despedida! La había recordado aunque sólo fuese durante un momento.

—Llevo más de tres meses buscando a Ricardo por todas las regiones del norte de este reino. Y sólo pude dar con un hombre que le conoce, y me aconsejó que hablara con vos. Él creía que tal vez podríais indicarme su paradero.

—Ya. —Blanca guardaba silencio, mientras contemplaba a la joven con atención. Luego sacudió la cabeza, diciendo—: ¡Pobre niña! Me temo que no seré de gran ayuda. Estuvo aquí en enero, procedente de Francia. Estaba... ¿cómo lo diría yo...? No parecía el mismo. Desde entonces no he vuelto a verlo.

Titubeó mientras procuraba elegir las palabras evitando herir los sentimientos de Beatriz.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le visteis, ¿verdad? Mientras tanto han ocurrido muchas cosas. La noticia de la horrible tragedia de que él fue testigo no ha debido pasar los muros de vuestro pacífico monasterio. Impresiones así pueden cambiar a un hombre y volverlo irreconocible.

—¿Qué intentáis decirme con estas explicaciones? Lo único que os pido es que me ayudéis a encontrarlo. Se me dijo que había pasado a Francia en abril.

—¿A Francia? —repitió Blanca con espanto—. ¡Gran Dios!, confío en que estéis equivocada. Debo deciros algo que necesitáis saber. Ricardo fue desterrado por sus propios compañeros de Francia, que ya no quieren seguir sus planes. Él sería capaz de vender su alma al diablo con tal de salvar la orden, y si es cierto lo que decís, debe ser eso precisamente lo que ha decidido hacer.

Beatriz no se atrevió a interrumpirla, aunque le latía el corazón con tanta fuerza que casi la sofocaba.

—¿Creéis que todavía os ama? —le preguntó Blanca.

—Lo espero desde lo más hondo de mi alma.

—Entonces, vale más que sepáis la verdad. En Londres se rumorea con insistencia que Ricardo frecuenta la compañía de una prostituta, una tal Margarita la Roja.

—No creo en rumores —replicó Beatriz, aunque temblándole la voz.

—Tampoco sé cuánto habrá de cierto en eso —convino Blanca—. En cualquier caso, es seguro que la conoce, porque ha descrito con todo detalle la cicatriz que tiene en el hombro derecho. ¿Hace falta que diga más? Vos sabréis mejor que nadie cómo se la hicieron, sospecho.

Beatriz asintió.

—No seré yo quien hable con una ramera para preguntarle si tiene noticias de él —dijo con decisión—. Me voy directamente a Francia. Algo dentro de mí me dice que Ricardo corre un gran peligro. Y me quiera o no... ¡le ayudaré!

—Sois una mujer valerosa —replicó Blanca poniéndose en pie—. Sí, buscadle, os lo ruego. Yo le he amado y tal vez le amo todavía. Rogaré a Dios para que le encontréis antes de que sea demasiado tarde. Buscad a mi señor, porque si ha ido a Francia, habrá sido el primero a quien acudió.

Rápidamente sacó el tintero y un pergamino para garabatear unas breves palabras que sirvieran de salvoconducto hasta el castillo de Lyons-la-Forêt.

—¿Podéis permitiros semejante viaje? ¿Necesitáis dinero?

—Sois muy bondadosa, madame, y agradezco vuestras atenciones, pero estoy bien provista. Ricardo me regaló una suma tan elevada que casi me dio vergüenza aceptarla.

Sonrió y saludó con una reverencia de corte antes de abandonar la estancia.

Una extraña comitiva se acercaba en aquella mañana de julio a Lyons-la-Forêt. Perros dando alegres saltos alrededor de algunos caballos, batidores de a pie. Aymer, que la contemplaba desde las almenas, creyó que era una partida de caza, aunque poco numerosa. Por si acaso, dio orden a los centinelas de que levantaran el puente levadizo, ya que no confiaba ni siquiera en sus propios campesinos. Los viajeros tardaron todavía casi una hora en presentarse ante la puerta. El francés se asomó desde el parapeto y miró abajo.

—Señor, traigo una carta de vuestra esposa doña Blanca —exclamó Beatriz con una sonrisa, agitando la misiva en el aire.

Eso le bastó, y mandó bajar el puente sin más dilación. Cuando hubieron levantado también el rastrillo, el grupo se puso en marcha lentamente y entró con gran dignidad en la plaza de armas, lo cual mereció la aprobación de Aymer. No permitió Beatriz que el escudero la ayudase a desmontar, sino que aguardó a que lo hicieran sus propios sirvientes y criadas. Tras echar pie a tierra con alguna dificultad, dijo:

—Beau Sire.

Tras entregarle la carta que le había dado Blanca, vio que él palidecía al ojear las breves líneas.

—Os ruego que me acompañéis, milady —dijo lacónicamente, y una vez en la sala se apresuró a ofrecerle asiento con amabilidad casi exagerada—. Sin duda estaréis fatigada después de tan largo viaje.

Se quedó mirándola hasta que hubieron salido los criados, y luego le preguntó sin más rodeos:

—¿Estáis embarazada?

Con gran sorpresa por su parte, ella soltó una carcajada.

—¡Por el amor de Dios! No, señor, aunque bien quisiera. Pero es todo fingido. —Apoyó la mano sobre su abultado vientre—. He tenido últimamente tantas peripecias en mis viajes, que decidí adoptar esta astucia para que me dejaran en paz los hombres. Y celebro decir que ha dado buen resultado.

—Mort de Dieu! Había creído que... pero él nunca sería capaz de hacerlo... ¡ah!

—No digáis eso, señor, porque lo ha hecho, sólo que no conmigo. —Beatriz unió las manos en el regazo y bajó los ojos—. Se me ha comunicado que pasó a Francia. ¿Le habéis visto? ¿Habéis hablado con él?

—No, de ningún modo. Si estuviera en Francia yo lo sabría.

Sin embargo, parecía no estar muy seguro de su afirmación, pues paseaba de un lado a otro de la sala, visiblemente alterado.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió.

—En abril, dicen.

—¡Imposible! Han transcurrido desde entonces dos meses, y Ricardo no es de los que aplazan largo tiempo sus proyectos. Estoy convencido de que no se encuentra en Francia, madame. Algo le retiene en Inglaterra, pues si de veras estuviese aquí, os aseguro que todo el mundo se habría enterado.

Ella le miró sin comprender, y Aymer profirió una carcajada.

—Y nosotros tendríamos un enemigo menos, como mínimo. Todo un rey, milady, el rey de Francia. Pero vive todavía, por desgracia. Sus actos lo demuestran. Mi esposa y mi hijito han quedado en Inglaterra por su propia seguridad.

—Es muy amargo lo que decís, señor. ¿Era ése el plan?

Aymer asintió.

—¿Tan mal le conocía yo? —exclamó ella—. ¡Matar a un rey...!

—En cualquier caso, no lo ha hecho.

Durante un buen rato Aymer contempló en silencio las bellas y pálidas facciones. De súbito se inclinó para ofrecerle su pañuelo.

—Ahorrad esas lágrimas, mi querida doncella, porque llegará día en que desearéis llorar y vuestros ojos se habrán secado.

—¡Dios mío! —sollozó ella—. Llevo cinco meses buscándole, y heme aquí otra vez lo mismo que al comienzo.

Aymer no respondió. Reflexionaba, mesándose la revuelta barba, y al cabo de unos momentos dijo:

—Quizá pueda hacer algo por vos. Tenemos algo excepcional en este castillo, y se llama Raúl.

—¿Raúl? —repitió ella con un hilo de voz.

—Tiene diez años de edad, sabe leer y escribir un poco. Puede cuidar un caballo mejor que cualquier gañán adulto, y manejar una espada ligera, y donde pone el ojo pone la flecha.

—Parece un muchacho prometedor —comentó Beatriz—. ¿Es uno de vuestros hijos?

—No, es hijo de mi difunto portero.

—¿Un siervo?

—A veces Ricardo tenía ocurrencias extrañas. Quiso convertirlo en escudero suyo. El muchacho le quiere y le considera como su padre adoptivo, ya que el suyo murió en un asedio el año pasado y su madre falleció también

pocos meses después. Llevaos al muchacho, madame. Es un huérfano, y creo que os servirá fielmente cuando sepa quién sois y lo que buscáis. El sabrá introducirse en lugares en donde vos sola no podríais entrar nunca. —El castellano se volvió hacia la puerta y llamó—: ¡Raúl! —Luego se volvió hacia ella y prosiguió—: Otro buen consejo: abandonad Francia cuanto antes, y sobre todo antes de que la noticia de vuestra presencia llegue a oídos del rey. Nuestro soberano sería capaz de intentar servirse de vos como quiso servirse de mi mujer. Os daré una escolta que os acompañe hasta el puerto más cercano. Y hacedme la merced de visitar otra vez a Blanca, si tenéis la bondad de llevarle una carta mía.

Beatriz asintió.

—¡Ah, Raúl! —exclamó Aymer al ver en la puerta al muchacho, con su pantalón deshilachado y una camisa parda de hilo, el cual se postró de hinojos.

A una invitación de Aymer, levantó la cabeza con timidez y lanzó una desconfiada ojeada a Beatriz.

—Vas a vestir la librea de esta dama, Raúl, y conocerás Inglaterra.

—¿Inglaterra? —se quedó mirándolos con espanto.

—Messire Ricardo se encuentra en apuros. Acompañarás a lady Beatriz para ayudarla a buscarlo.

—Sí, mi señor —replicó el muchacho poniéndose en pie—. Haré cualquier cosa por messire Ricardo.

Con una breve inclinación, salió a toda prisa de la sala. Aymer se volvió con un gesto de satisfacción y dijo:

—¡Jamás encontraríais servidor más fiel!

¡Ah!, terrible golpe, agonía intensa, cuando el oído empieza a oír, el ojo empieza a ver, el pulso empieza a latir, el cerebro vuelve a pensar, el alma la carne vuelve a sentir y la carne sus cadenas a hallar.

Emily Brontë, The Prisoner.

Se equivocaba el inquisidor de Lincoln al creer que sería fácil que su prisionero hablase. Tardó cuatro meses en comprender la infructuosidad de todos sus intentos de intimidación. El Bastardo callaba como una tumba. Por último el interrogador solicitó la ayuda del conde de Lancaster por ser éste, a fin de cuentas, quien había ordenado tender la trampa.

En el ínterin el conde Tomás de Lancaster se hallaba con las manos libres. En agosto de aquel año el rey se vio obligado a abandonar la frontera de Escocia, reclamado por el parlamento. El día 16 compareció en Blackfriars ante los Ordainers, una comisión de condes, obispos y barones expresamente creada el año anterior con objeto de controlar al monarca. Que éste tomase sólo las disposiciones que ellos considerasen necesarias y que «sean en honor del rey y en interés de la santa Iglesia así como de su pueblo, como cumple al juramento prestado por el rey en la ceremonia de su coronación»; es decir, aquellas disposiciones que los nobles y en especial el mismo Lancaster juzgasen ventajosas para ellos. No ignoraba Eduardo que se trataba sobre todo de imponerle el destierro definitivo de Piers de Gaveston, a quien había dejado en Bamborough. Él había luchado en defensa de su valido hasta el amargo final, hasta que se lo arrebataron todo, sus derechos, sus privilegios, la autoridad de la corona, ¡cualquier cosa menos renunciar al hermano Perrot! A todo se avino menos al famoso artículo 20, el que hacía alusión al favorito. Pero el 5 de octubre no le quedó más remedio sino claudicar en eso también. Gaveston fue conducido a Londres con una escolta armada y lo embarcaron en seguida rumbo a Brabante.

Con la expulsión de Gaveston los Ordainers le arrebataban al rey la última brizna de poder; incluso se le prohibió ausentarse de sus reinos o declarar guerras sin previa autorización. El pueblo cantaba letrillas satíricas: «La palabra del rey en tablas de cera se escribe, acercadla al fuego y veréis cuán pronto se derrite».

En consecuencia, Lancaster pudo dedicar toda su atención a la ruina de sus enemigos más inmediatos. Lo que tenía en Lincoln era un hombre desmoralizado y humillado por la tortura y el confinamiento solitario: una presa fácil. Habría preferido que la víctima fuese conducida a uno de sus propios castillos, donde fácilmente podía ordenar su desaparición para siempre y sin dejar rastro. Pero la Inquisición francesa seguía manifestando su sed de la sangre del Bastardo, y tampoco la Iglesia de Inglaterra quería renunciar a su jurisdicción sólo por hacerle un favor al poderoso conde, evidentemente empeñado en saldar las cuentas de viejas rencillas personales.

El conde no ignoraba que la Inquisición inglesa se hallaba ante un problema, ya que el decreto del rey Eduardo prohibía precisamente los métodos de interrogatorio que habrían servido para arrancarle a aquel preso las confesiones necesarias.

El 10 de noviembre, Lancaster se dirigió a los calabozos y ordenó que compareciese a su presencia el Bastardo, de quien desconfiaba y a quien despreciaba. El conde no tuvo reparo en ocupar el sillón habitualmente

utilizado por el inquisidor o el fraile dominico encargados de los interrogatorios. El preso fue introducido con las manos atadas a la espalda y obligado a postrarse de rodillas a los pies del conde.

Después de mirarse un rato en silencio y con mutuo odio, Lancaster desenvainó la daga que en otra ocasión había mediado ya entre ellos, y la apoyó sobre la garganta de Ricardo.

—Se me ha solicitado mi ayuda porque no has sido muy comunicativo hasta la fecha, que digamos —dijo—. Además yo necesito saber de ti otra cosa: ¿dónde ha quedado el documento?

Como siempre, Ricardo respondió con un obstinado silencio. Aunque el inquisidor le había explicado varias veces que tan extraordinaria resistencia bajo el tormento podía ser indicación de un pacto con el diablo, a él esto le traía ya sin cuidado.

—Un simple ademán y tu miserable garganta quedará partida en dos —amenazó Lancaster—. ¿O prefieres que desahogue mi cólera sobre el hermano Tomás, tu anciano maestro?

A Ricardo le costaba fijar sus pensamientos, pero haciendo un esfuerzo logró responder:

—Sólo existe un medio para que yo conteste a todo. Llévame a presencia de Tomás de Lincoln.

No le daba miedo el arma de Lancaster, pero llevaba ya seis meses de aislamiento y había alcanzado un estado tal que apenas se sentía ya como un ser humano. Embotado por la monotonía del dolor, el hambre y el frío, vegetaba como una fiera enjaulada y había perdido la noción del tiempo. En el silencio y la oscuridad de la mazmorra había rezado, sollozado y gritado muchos días, pero ¿quién era él para quejarse? Sabía que muchos llevaban más de cuatro años sin ver otra cosa sino las paredes de sus calabozos.

Por eso cedió y prometió hablar con tal de que le dejaran ver a Tomás de Lincoln, el único que aún podía salvarle de los profundos abismos de la locura, en donde se hallaba a punto de sumirse. Nada ocurrió, sin embargo.

Diez días después reiteró su petición al inquisidor y calló durante el interrogatorio, según acostumbraba. Pero notaba que su capacidad de resistencia estaba agotada; la única manera de evitar que traicionase los secretos que deseaba guardar a cualquier precio, era prohibirse a sí mismo el pensar.

Durante dos días declamó en voz alta, mientras le interrogaban, la Regla de la orden, los setenta y dos artículos, una y otra vez.

Cerraba los oídos a las preguntas, los gritos y las amenazas de los esbirros y del inquisidor, mientras su voz resonante seguía recitando las reglas diez, veinte, treinta veces, o más, hasta que el verdugo perdió la paciencia y empezó a pegarle, y siguió pegándole pese a las protestas del eclesiástico, hasta acallar aquella voz que lo ponía frenético.

Más tarde, mucho más tarde, Ricardo volvió en sí, agarrotado de frío y empapado de pies a cabeza. Poco a poco fue dándose cuenta de que estaba tumbado sobre las tablas de un carramato, atado y con la cabeza dolorida. Poco después notó que lo manoseaban, pero no eran manos de ángeles que hubiesen bajado para llevárselo al cielo, sino manos callosas y brutales de unos jayanes que lo sacaban y lo arrojaban al suelo embarrado. La lluvia le bañaba la cara. Alguien lo agarró de una muñeca y lo llevó a rastras sobre el barro, y luego sobre algo que le pareció ser adoquines, aunque no los vio, porque tenía la cara tan hinchada que no podía abrir los ojos. Dejó de notar las salpicaduras de la lluvia y supuso que lo habían metido en un pasillo, o bajo el saliente de un parapeto. Por último lo arrastraron por una escalera de caracol abajo y lo arrojaron en un camaranchón, donde se golpeó la cabeza contra la pared y perdió de nuevo el conocimiento.

Cuando recobró los sentidos oyó cerca de sí un ligero rumor, como si escarbasen. Intentó mirar y, en efecto, logró entreabrir un poco los hinchados párpados. Exhaló un grito de repugnancia y se revolcó en el suelo: ¡Ratas! La celda estaba infestada de aquellas sucias alimañas.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Mi joven amigo Ricardo el Bastardo —habló detrás de él una voz conocida.

Ricardo se volvió con un sobresalto tratando de ver en la penumbra. En un rincón de la húmeda celda, sobre un montón de paja, yacía un anciano de escasos cabellos grises y rostro severo, aunque no hostil. Era Tomás de Lincoln.

—¡Cuidado! Han olfateado tu sangre. No tardarán en devorarte —prosiguió la voz desde el jergón.

Tomás era ya un viejo cuando despidió a Ricardo, pero en aquellos momentos parecía que se le hubiesen echado varios decenios encima. Del orgulloso caballero templario de otros tiempos sólo quedaba un despojo mugriento, enfermo y deformado por el dolor.

—Ricardo de Rhuddlan me llamo —oyó su propia voz, no sin cierta sorpresa al comprobar que la presencia de su tutor, tras haberla ansiado tanto durante cuatro años, le resultaba del todo indiferente. ¿Por qué no podía sentir compasión hacia el anciano?

En aquel instante cobró dolorosa conciencia de lo mucho que le habían cambiado los años transcurridos, perdida la norma de su existencia y extinguidos sus sentimientos naturales.

—Bendito y alabado sea Dios. Casi había perdido la esperanza de volverte a ver jamás —dijo Tomás de Lincoln, meneando la cabeza con expresión apenada.

—Es un milagro que estés vivo. Muchos que estaban más fuertes que tú han muerto en estas circunstancias —replicó Ricardo.

—No ha sido una victoria del cuerpo, hijo mío. Mi cuerpo está agotado. Es el poder del espíritu, capaz de dominar las debilidades de la carne y la fragilidad de los huesos. El cuerpo decae hasta que el alma encuentra la paz. Te esperaba.

—Vas a sufrir una decepción. No soy el mismo que se despidió de ti en la terraza del New Temple, a orillas del río. Apenas ha quedado nada del caballero casto, obediente y temeroso de Dios que tú educaste. He pecado de mil maneras, he transgredido nuestras reglas, he matado a sangre fría —se incorporó a duras penas—. ¡Dios mío! ¡Es interminable la cuenta de mis pecados!

Tomás de Lincoln le contempló largo rato en silencio. Desde el día que lo apresaron no había vuelto a tener ninguna comunicación con el resto del mundo, pero aún era capaz de sacar sus conclusiones con sólo observar el aspecto de su pupilo.

—No intentes mantenerte en pie —dijo en tono cordial—. Siéntate y cuéntame los motivos de tus remordimientos, aunque se necesiten días enteros para escucharlo. Te aliviará.

Ricardo se volvió con un quejido, subió los tres escalones para asomarse a la cancela y contempló el exterior. Era un pasadizo bajo, a cuyo fondo se distinguía apenas el comienzo de la escalera de caracol.

—¿Quién sabe si puedo confiar en ti? —preguntó en tono de incertidumbre—. ¿Quién me asegura que no te obligan a espiar mis confesiones? No creo en nadie, ni amigos ni enemigos.

—No te pido que me reveles tus secretos —le aseguró Tomás—Mucho te has expuesto al venir aquí. Pero tienes razón, es posible que yo no sea capaz de guardar un secreto cuando me conduzcan al potro de la tortura y mis palabras puedan suponerte la salvación. Así pues, conviene que yo no sepa

nada que tú prefieras reservarte. Cuéntame tus pecados nada más, antes de que sea demasiado tarde. El acto de la confesión es la mitad del perdón, aunque yo no sea sacerdote, y mejor que el silencio.

—Permite que antes te acomode mejor —dijo Ricardo en tono conciliador, y sacó al anciano con cuidado de sobre el montón de paja; pese a las precauciones con que procuraba moverlo Tomás gimió de dolor—. Y luego mataremos esas ratas apestosas antes de que nos transmitan sus fatales enfermedades. ¿Dónde nos hallamos en realidad?

—En el castillo de Pickering.

—¡Ah! En tierras de Lancaster, claro. Debí suponerlo. Tú me explicarás por qué anda empeñado en acabar conmigo, aparte la circunstancia de que estoy enterado de cómo sacaba dinero a los del capítulo de Londres.

Las miradas se encontraron y por un instante se miraron con desafío. Luego Tomás meneó la cabeza.

—Si eso es lo único que te importa, sería mejor que te marcharas de aquí.

Ricardo apretó los dientes para dominar la cólera que lo embargaba. Mientras removía la paja y limpiaba el jergón dijo con voz ahogada de rabia:

—¡Por el amor de Dios! No es momento para darme lecciones, Tomás. Tengo derecho a saber quién soy.

—Más te vale no saberlo. El simple hecho de que hayas sido apresado por Lancaster aconseja multiplicar las precauciones. Tu ignorancia es quizá lo único que todavía puede salvarte la vida.

—No, porque le hice creer que lo sabía todo —explicó brevemente Ricardo—. Para tirarle de la lengua y poder extraer mis conclusiones.

—Para que veas si es peligroso andar hurgando en los secretos prohibidos —replicó Tomás con tranquilidad—. Lancaster te teme por ser quien eres.

—Poco adelantamos con respuestas semejantes.

Ricardo consiguió acostar de nuevo al anciano en su jergón sin infligirle dolor.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —se admiró Tomás.

—En Francia he atendido a muchos heridos durante estos últimos años. Procurábamos aliviar a los encarcelados y torturados. Pero fuiste tú quien me enseñó los fundamentos necesarios para hacerlo, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero se te nota la práctica. Entre nosotros aprendiste, sobre todo, a pelear. No sabía que tus manos fuesen capaces de sanar, además de matar.

Ricardo se acuclilló delante de Tomás y le mostró las palmas de las manos.

—Mis manos pueden mucho más —dijo—. En ellas está todo escrito, mi pasado y mi futuro, como en un libro abierto para quienes saben leer el lenguaje de las manos.

—¡Bah! ¡Quiromantes, adivinos, clarividentes! ¿De veras crees en tales tonterías? Ésas son artes diabólicas.

—Debo creer sin remedio, porque la mujer que leyó en mis manos acertó, aunque hablaba en parábolas que no comprendí sino más tarde. Claro está que la última de sus profecías aún no se ha cumplido, ¡ni se cumplirá, según me veo aquí encerrado! «Un sueño se convertirá en realidad...» Me pregunto qué quiso decir con eso.

—Éstas son gentes peligrosas —replicó Tomás con severidad—. Dicen medias verdades y palabras de doble sentido. Olvida a esa hechicera. A no ser por las profecías de una agorera de éstas, tú no habrías nacido.

Ricardo enarcó las cejas.

—Sospecho que no querrás añadir ninguna explicación a esas palabras según las cuales mi nacimiento fue debido a una profecía.

—Desde luego que no —sonrió Tomás—. Ya he hablado demasiado.

Ricardo soltó una carcajada.

—Vamos, voy a darte masaje para que entres en calor.

Inclinándose sobre las engarfiadas manos, se arremangó el hábito que en tiempos había sido blanco y frotó la flácida piel del anciano presionando ligeramente con sus sabios dedos. El manto en que se había arrebuñado Tomás se entreabrió y Ricardo pudo entrever el cordón que ceñía el hábito del viejo. Al tacto, contó dos veces tres nudos, y luego se llevó involuntariamente la mano al cordón con que sujetaba su propio hábito a falta del cinto de la espada.

Miró a Tomás, quien había observado todos sus movimientos, y sus labios se entreabrieron para formular la pregunta que ardía en ellos, pero calló y prosiguió con su labor.

Mientras frotaba las doloridas extremidades del anciano empezó a contarle su historia. Así estuvieron largas horas hasta que por fin calló Ricardo y no se oyó más que el persistente goteo del agua en un rincón de la celda.

—Mucho tendrás que rezar, si deseas hacer penitencia por todo esto —suspiró Tomás.

—¿Rezar? —repitió Ricardo con burla, como si su maestro hubiese hablado en broma—. ¡Si tendrá mucha importancia cuántos padrenuestros recemos o cuántas misas oigamos! Los rezos por sí solos no nos abrirán las puertas del cielo, sino nuestra vida entera y nuestros actos para con el prójimo, que son lo que cuenta. Fíjate en el rey Felipe, por ejemplo, que es más beato que un cisterciense y no recibe audiencias antes de haber asistido a la primera misa, ¡y en cambio, no se conoce monstruo más despiadado que él! ¿De qué te vale una oración, cuando luego te dedicas a aplastar semejantes como si fuesen alimañas, y sin escrúpulo alguno? Un rezo, una confesión, y el cura lo perdona todo. Por el contrario, el que cree obrar el bien a los ojos de Dios se ve condenado y maldito por esa misma Iglesia.

Tomás sonrió, y sus ojos brillaban.

—Yo diría eso mismo, pero el hombre prudente prefiere guardarse tales pensamientos.

—¡Oraciones! —siguió Ricardo con el asunto que le obsesionaba—. Pongamos por caso el padrenuestro. Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen Tuum... hasta aquí vamos bien, pero luego, adveniat regnum Tuum, fiat voluntas Tua, sicut in caelo et in terra... ¿Es posible que Dios haya permitido esto, la muerte de cincuenta y cuatro de nuestros hermanos? ¿Sus servidores más fieles quemados en la hoguera? ¿Unas muertes que no han servido a más finalidad esencial que la de satisfacer la vesania de un soberano? ¿Y todavía debo yo rezar diciendo hágase la voluntad de Dios? ¿Acaso es justa esa voluntad?

Tomás le miraba con horror, y se persignó.

—Hablas como un necio, y tú lo sabes. Estás amargado y has caído en la incredulidad. Te domina el afán de venganza, y no deberías permitirlo. No esperaba de ti semejantes blasfemias.

Durante un rato el joven no respondió. Sentándose en el suelo, apoyó la espalda en la fría y húmeda pared.

—¿Estamos en otoño o en invierno? —preguntó al fin, cerrando los ojos.

—Noviembre —dijo Tomás.

—Medio año. Olvida mis palabras, Tomás. Ha sido un alivio para mí el poder desahogarme. Durante seis meses he luchado a solas con mis pensamientos, hasta que ya no pude ordenarlos y caí en una confusión de la que no podía salir. A veces habría jurado que Dios y el diablo eran lo mismo. Estoy perdido, Tomás, tengo la impresión de hundirme en un pantano de tierras movedizas. El Libro de Job dice que el hombre nacido de mujer corto es de días y harto de miserias, como la flor brota y se marchita luego, y huye como una sombra sin pararse... Una flor, Tomás. Tú quisiste hacerme tan puro como un blanco lirio, y tal me conociste, en efecto, pero el lirio en vez de

florecer a su tiempo se ennegreció y se separó de su propio tallo, y lo que resta no es más que una mísera sombra llena de dudas y de incertidumbre.

—Si hace cuatro años alguien me hubiera dicho que llegarías a hablar así, no lo habría creído —dijo Tomás con amargura.

—Son muchos los que ahora no te creerían si les contaras cómo rezaba yo antaño con devoción delante de la santa Cruz —prosiguió Ricardo—, que la llevaba en procesión por todo el templo y que nunca descuidaba el rezo de las horas. ¡Dios mío!, y cómo puede cambiar la vida de uno por las acciones de otros, hasta que ni él mismo se reconoce.

—No cargues a otros las culpas de las faltas que tú mismo cometiste. Cada uno de nosotros debe sufrir la prueba —replicó el anciano Tomás—. El día del Juicio se verá que las injusticias que hemos padecido en este mundo no eran sino un medio para la purificación de nuestras almas. Resígnate a tu suerte, Ricardo, y así limpiarás tu alma de todo el mal que hay en ti. Pero si te falta la fe, serás presa del diablo, hijo mío. Orienta de nuevo tu fe a Cristo, antes de que sea demasiado tarde. Que vuelva a ser incommovible como en otros tiempos.

—En otros tiempos, sí —corroboró Ricardo—. He vivido cuatro años lejos de la Iglesia y sólo una vez, sí, una sola vez en tan largo tiempo, recibí la bendición de un sacerdote del Temple. Se llamaba Pedro de Bologne y era una de las almas más nobles y más valientes que nunca haya tenido la orden, Jesucristo la haya acogido en su seno. Nunca voy a permitir que esos hipócritas que se llaman a sí mismos hombres de Iglesia pongan sus manos sobre esta cabeza mía que él bendijo con las suyas. —Hizo una breve pausa antes de proseguir—: Estoy perdido, Tomás, pero no me compadezco de mí mismo. He merecido ese destino. Mi crimen más grave no fue lo que hice, sino lo que dejé de hacer. He faltado, porque no he salvado la orden. En estos momentos el papa tal vez anda ocupado en el concilio de Vienne, y si Felipe también está allí, se hallará sentado a la derecha de su santidad. ¡Me da náuseas sólo el pensarlo!

Tomás meneó la cabeza.

—No has faltado por escasa disposición ni por incapacidad, Ricardo. Todos los pasos de Felipe estaban bien meditados. Siempre supo lo que iba a hacer en cada momento. Cuando peleas contra un hombre así, él te lleva siempre la delantera. Nunca tuviste la menor oportunidad. Fuiste como una espina clavada en su pie y que le molestaba un poco al andar, pero que no podía impedirle el alcanzar su objetivo.

—Entonces habría sido menester cortarles los dos pies, que se llaman Nogaret y Marigny. Eso lo comprendí demasiado tarde, y además me lo habrían impedido.

Unas férreas pisadas resonaron en la escalera y el pasillo, rompiendo el silencio de los calabozos. Ricardo se volvió hacia el ruido.

—Ya vienen.

Tomás unió las manos en oración mientras los esbirros se llevaban al joven templario.

Es para desesperar. Ni un ser viviente me ama, ni hay alma que se apiade de mí cuando yo muera: pero ¡cómo!, si ni siquiera yo mismo hallo en mí nada digno de compasión.

William Shakespeare, Ricardo III

Los obispos reunidos en Vienne andaban en violentas disputas porque la mayoría del concilio se negaba a disolver la orden templaria sin haber escuchado a quienes se hallaran en disposición de asumir la defensa. Una minoría ruidosa exigía incesante y obstinadamente que se condenase a la orden sin más demora. Pero la Navidad estaba a las puertas y el papa dispuso que se aplazaran los debates hasta la llegada del rey Felipe. Mientras tanto Beatriz de Morley iba de un lado a otro por el reino de Eduardo, aunque las gentes vivían más atentas a los rumores sobre Piers de Gaveston, quien había sido visto, según decían, por los castillos del rey, y hacían poco caso de los versos suplicantes de una trovadora.

En Londres se murmuraba que el gascón celebraba la natividad del Hijo de Dios con su regio protector en el castillo de Windsor. Encolerizado por tener que andar ocultando a su propio favorito y por su propia y lamentable debilidad, Eduardo tuvo un arranque de rebeldía contra los barones y poco después de Año Nuevo partió hacia el norte, donde su camino se cruzó con el de Beatriz, que iba a Lincoln.

El 7 de enero envió recado a Londres mandando que le remitiesen el Gran Sello a York. Una vez tuvo en sus manos tan poderoso símbolo se sintió lo bastante fuerte como para declarar que había «llamado de nuevo a Inglaterra a mi privado bueno y fiel». Devolvió a Gaveston las propiedades que le habían confiscado y anuló una sesión del parlamento convocada para el 13 de febrero. El peligro de guerra civil era inminente.

El obispo de Winchelsea, un instrumento de los barones, excomulgó al gascón.

No lejos del lugar donde el rey celebraba su reencuentro con el hermano Perrot, dos hombres luchaban por su vida en una fría mazmorra: el uno, curando las heridas de su compañero cuando lo devolvían procedente de la cámara de torturas; el otro, procurando que su tutor estuviese cómodo, dentro de lo posible, y calentándolo con masajes cuando él mismo se hallaba lo bastante restablecido. De vez en cuando hacían acto de presencia los carceleros para llevarse al joven. Eran éstos los momentos que Ricardo temía más que a la muerte por hambre. Porque había prometido hablar a cambio de ver a su viejo maestro, y por lo que tocaba a sus adversarios, ellos habían cumplido. Por tanto, él tendría que satisfacer su parte del trato para que le dejaran al lado del anciano y poder seguir cuidando de él. Tales eran los pensamientos que tenía dolorosamente presentes mientras lo llevaban a la cámara de tortura y lo presentaban, desnudo y las manos atadas a la espalda, al eclesiástico sentado detrás de una mesa. Entonces el verdugo le mostraba de nuevo los instrumentos de suplicio y le explicaba su funcionamiento, para darle tiempo a recapacitar.

Así estaban las cosas una mañana, a comienzos de febrero, una vez más.

—Bien —habló el ensotonado con voz untuosa—. Creo que aún os quedan algunas cosas que contarnos. Falta dilucidar una serie de puntos.

Rebuscó entre sus pergaminos y prosiguió:

—Aquí dice que cuando ingresasteis en la orden, los encargados de recibirnos en el seno de la hermandad os invitaron a renegar de Cristo, de su Cruz, de la santísima Virgen y de todos los santos, después de lo cual fuisteis conducido detrás del altar, u otro lugar semejante, donde se os ordenó que negarais tres veces a Cristo y escupir sobre el Crucificado.

—Fui conducido a la capilla de Santa Ana y a los altares de nuestra iglesia para rendir culto a la Virgen santísima y a los santos, alabar al Señor y dar gracias a su Hijo, con la mayor humildad y recogimiento, por haber derramado su sangre por la redención de nosotros, los pecadores. Sobre su Cruz juré también los votos de obediencia, castidad y pobreza, prometiendo además entregar la vida en combate contra los enemigos de la fe cuando y donde ello fuese necesario, pero sobre todo en los santos lugares.

—¿Y habéis cumplido los votos desde entonces?

—Sólo los dos últimos que he dicho —respondió Ricardo con macilenta sonrisa.

—¿El de pobreza y el de combatir contra el infiel? ¿Acaso no robasteis y os apoderasteis del oro que se guardaba en el New Temple de Londres? ¿Cómo se corresponde eso con el voto de pobreza?

—Precisamente me hallaba entonces en la más absoluta pobreza. Necesitaba equipar a mis hombres y adquirir provisiones, no conservando para mí más que lo estrictamente imprescindible, a fin de pasar a Francia con mi caballo.

—¿Que equipasteis a vuestros hombres? ¿Para qué? ¿Para luchar contra los infieles?

—Indirectamente bien pudiera decirse así. La salvación del Temple nos habría acercado a la redención de los santos lugares.

—Con vuestras palabras tergiversáis la verdad y revestís vuestras evasivas de una apariencia de lógica. Si es así como interpretáis el cumplimiento de los votos, ¿cómo he de entender vuestra confesión de haber incumplido los de obediencia y castidad?

—Mi desobediencia estuvo determinada por la circunstancia de hallarme súbitamente incomunicado de mis superiores, por lo que me vi en la necesidad de obrar con arreglo a mi propio criterio. Y luego, sólo una vez he desobedecido una decisión del capítulo, la que me mandaba salir sin demora de los dominios del rey francés, lo cual hice algunas semanas más tarde.

El inquisidor hizo un ademán de impaciencia.

—Estáis tejiendo un velo de vagas explicaciones sin otro objeto sino el de ocultar detrás de él vuestra herejía, ¡la táctica consabida de todos los herejes que comparecen ante nuestros tribunales! En tanto que monje teníais además unos votos que cumplir, todos los cuales habéis quebrantado en el decurso de estos años. No podía darse prueba más palmaria de vuestra infidelidad, y será preciso estudiar bajo esa luz todas vuestras declaraciones. Afortunadamente, existen medios para que la Iglesia pueda defenderse de semejantes falsos testimonios de los renegados.

Hizo una seña al verdugo y se atrincheró detrás de los legajos que cubrían su mesa, fingiendo hojear documentos. El esbirro fijó una soga a los grilletes que encadenaban las manos a la espalda de Ricardo; aquélla pasaba por una polea a través de una reja de hierro hacia la cual le alzaron entonces, y se enrollaba en un torno mediante el cual los torturadores podían levantarlo o bajarlo según se les antojase. Los pies quedaron colgando a una yarda del suelo y como tenía los brazos atados a la espalda, el peso del propio cuerpo bastaba para ir desencajando poco a poco las articulaciones de los hombros.

A esta máquina de tortura le llamaban estrapade en Francia, y era capaz de llevar a sus víctimas al límite de la locura.

El simple hecho de quedar colgado en tal postura de dislocación de brazos era ya un suplicio insoportable. Ricardo había perdido mucho peso, lo cual le había favorecido hasta entonces. Su cuerpo aguerrido soportaba mucho, pero la desnutrición y la progresiva debilidad habían minado su resistencia a las máquinas infernales de la Inquisición.

Ciento veintisiete artículos contenía el pliego de cargos. No ignoraba que ellos procurarían quebrar primero su resistencia, su confianza en sí mismo, obligándole a confesarse hereje; sólo después empezarían a sonsacarle nombres y señas en relación con la lucha clandestina que había conducido contra el rey y el papa.

El inquisidor dejó que transcurriese un cuarto de hora antes de proseguir:

—Después de la consagración celebrada al modo que vos habéis descrito, ¿fuisteis desnudado y besado siete veces en lugares que no se pueden mencionar y en la boca?

—¡No!

—¿Luego no fuisteis besado?

—Sí.

—¿Lo confesáis?

—Digo que recibí un ósculo como de padre a hijo.

—¿Y luego fuisteis invitado a tener trato carnal con uno de los hermanos?

—Ya he tenido ocasión de manifestaros que esta acusación es sencillamente ridícula, como os constará si conocéis nuestras reglas y los castigos con que se sanciona toda infracción a las mismas. De acuerdo con ellas, el hermano que incurre en el vicio oriental pierde el manto y es encarcelado de por vida a pan y agua, negándosele además el agua bendita. Lo cual constituye disuasión suficiente para evitar ese género de infracciones aun cuando alguno sufriese la tentación.

—Sin embargo, no son infrecuentes en las comunidades monásticas —dijo el inquisidor tranquilamente, en tono de comentario, como si quisiera allanar la confesión.

—Desprecio la sodomía —exclamó Ricardo.

—Admitiréis que os pusieron un cingulo del cual colgaba la imagen de un ídolo al que rindieron culto los caballeros veteranos y de más categoría.

—El cordón blanco que formaba parte de mi hábito es el mismo que usan todos los monjes como símbolo de la castidad.

—¿La castidad contra la cual habéis pecado, según vuestra propia confesión?

Ricardo se limitó a asentir.

—Así pues, hubo sodomía.

—No, que fue con una mujer.

—¿Luego se recibió a mujeres en el Temple?

—Me refiero a una época posterior al cautiverio de mis hermanos, cuando ya no residía en ninguna de nuestras casas.

—Hablaremos de eso más adelante. ¿Ingresaron los demás hermanos de vuestra encomienda con la misma ceremonia que vos, y obligados a escupir sobre la Cruz?

—Que yo sepa, la toma de votos no se diferenció en absoluto de la mía.

—Se les dijo que Cristo no es Dios verdadero.

—Eso es falso.

—Hay confesiones... que obran aquí en mi poder... según las cuales se enseñaba a los novicios que Cristo no padeció por la redención de la humanidad, y que no fue crucificado por tal causa, sino por sus propios pecados. Y luego los novicios eran obligados a renegar de Cristo y a escupir sobre la Cruz, más aún, a pisotearla con sus propios pies. ¿Cómo se entiende que no sepáis nada de eso? ¿Pretendéis hacernos creer que no estabais

enterado? Sería mucho mejor para vos que nos dijerais la verdad, hermano Ricardo, en vez de cargar una mentira más sobre vuestra alma contumaz y empecinada en el error.

El inquisidor se volvió hacia el escribano:

—Que conste: la negación categórica de la acusación permite deducir que es reo de herejía.

La pluma de ganso rasgueó sobre el pergamino mientras Ricardo trataba de defenderse.

—¡Esas confesiones que citáis han sido arrancadas por medio de la tortura! Son falsos testimonios. Nunca se cometieron tales crímenes en el Temple, ni los cometí yo, así Dios me sea testigo.

Apenas podía hablar, pero su desesperación le prestaba fuerzas,

—Deberíais comprender que yo sólo estoy haciendo todo lo posible por salvar vuestra alma —le reconvino el inquisidor en tono benévolo—. ¿Por qué no colaboráis? No os obstinéis más en negar vuestra herejía y hallaréis clemencia.

—Me niego a acusar a mis hermanos, que son inocentes. Si lo hiciese, vos mismo habríais declarado ya mi culpabilidad. No ignoro que sabéis retorcer las palabras de los acusados para interpretarlas como confesiones, y por ello no puedo hacer otra cosa sino reiterar mi inocencia.

El inquisidor suspiró como abrumado por las dificultades de su oficio.

—Sin duda la fuerza que os inspira tal contumacia no puede ser sino diabólica. Es menester romper esa fuerza, por la salvación de vuestra alma.

Con estas palabras, hizo otra seña al verdugo. Ricardo se armó de todo su valor cuando vio que fijaba de las argollas de sus pies unas grandes pesas destinadas a aumentar la violencia de la caída. El hombre de Iglesia le miró, puesto en pie y con un documento en las manos, al que dirigió en seguida toda su atención. Un ademán indiferente, y el verdugo entró en acción. Ricardo notó que lo izaba y trató de resistir el dolor, pero sus músculos se hallaban ya tensos al máximo. Apretó las mandíbulas y cerró los párpados en el instante en que lo dejaban caer, pero no exhaló ni el menor sonido, pues sabía que cualquier grito sería escuchado por Tomás de Lincoln.

El inquisidor alzó la mirada. Primero vio los pies, que colgaban a unos dos codos del suelo, y luego los miembros agarrotados que luchaban contra el dolor, el vientre y el pecho respirando afanosamente, con jadeos espasmódicos y entrecortados. Por último, los hombros y el brazo izquierdo, totalmente luxado por la caída y formando un ángulo extraño con respecto al cuerpo. El hombro derecho había resistido la caída a costa del izquierdo, más débil, y Ricardo intentaba ahora resistir con aquél para aliviar el padecimiento de los músculos del hombro dislocado.

—¿Habéis escupido sobre la Cruz? —dijo el eclesiástico.

—No, jamás.

—¿Y la habéis pisoteado con vuestros pies?

—Nunca.

—¿Y habéis adorado la figura de un ídolo entronizado en medio de vuestras asambleas?

—No.

—¿Negáis los sacramentos del altar y también los santos sacramentos de la Iglesia?

—Creemos en ellos firmemente.

—¿Y también creéis que vuestro maestro puede absolveros de vuestros pecados?

—No, sólo nuestros sacerdotes ordenados tienen esa potestad.

De nuevo el movimiento de la mano, como al descuido, suscitó la actividad del verdugo.

—¿No podía hacerlo el visitador?
—No.
—¿Ni los preceptores, de los cuales muchos eran legos?
—Contenta estaría la Iglesia si tuviese muchos legos así.
El escribano tomó nota y el eclesiástico prosiguió:
—¿Se consagraba a los hermanos en secreto?
—Ésa no es la palabra exacta.
—Pero ¿es cierto que sólo estaban presentes los hermanos de la orden?
—Cierto, pero así lo hacen la mayoría de las órdenes religiosas.
—Aunque no por las mismas razones, porque los caballeros templarios tenían imágenes de ídolos en cada una de sus provincias, con cabezas que algunas veces presentaban tres caras y otras veces una calavera.
—No, sino que eran imágenes de Cristo, la Virgen santísima y los santos...
—¿Decís que ésas eran imágenes de ídolos?
No hubo respuesta. Las fuerzas de Ricardo estaban al límite del agotamiento y tenía la sensación de hallarse descuartizado.
El eclesiástico alzó una mano, y se tensó la cuerda.
—¿Los adorabais como a vuestro Dios? —habló el ensotado momentos antes de que el verdugo dejara caer al preso de nuevo.
Ricardo echó la cabeza atrás reprimiendo un gemido.
—¿Como a vuestro Salvador? —Sin contestación—. Cargad más pesas.
El esbirro fue a por dos pesas de hierro y las encadenó a los tobillos de Ricardo.
—¿Adoraban algunos de vosotros a esos ídolos como Salvador vuestro?
De nuevo lo izaron en el aire.
—¿Lo adorabais la mayoría de vosotros?
Otra vez lo soltaron a descoyuntar. El torturado exhaló un grito de dolor.
—Ha dicho que sí —observó el escribano.
El eclesiástico asintió y la pluma rasgó sobre el pergamino.
—Así pues, rendíais culto a los ídolos, en la creencia de que esos falsos dioses, esas cabezas, os salvarían y multiplicarían vuestras riquezas y las cosechas de vuestros árboles y sembrados.
—Santa Madre de Dios, apiadaos de mí —gimió Ricardo.
—Y enrollabais alrededor de las cabezas de los susodichos ídolos las mismas cuerdas con que ceñís vuestras camisas o, a veces, la piel de la cintura.
En aquellos momentos Ricardo habría confesado cualquier cosa con tal de librarse de aquellos pesos que amenazaban con arrancarle los miembros.
—Y se os entregaba ese cordón en la ceremonia de vuestra consagración, y se os mandaba que os ciñeráis con él y lo llevarais siempre.
—En homenaje a nuestro Dios —agregó Ricardo, que se sabía de memoria la acusación, producto maldito de una interpretación equivocada del simbolismo de la cordelière.
—Al mismo tiempo se os ordenaba que escupierais sobre la Cruz.
Ricardo meneó la cabeza con énfasis. Pero cuando el verdugo, a una seña del inquisidor, fue a ponerle otra vez la mano encima, y aun queriendo gritar que no, sus labios articularon la palabra «sí».
—Ya veis que nuestras intenciones no pueden ser más bondadosas. Si colaboráis, no os haremos sufrir más de lo estrictamente imprescindible. Por fin entráis en razón. ¿Habéis escupido sobre la Cruz?
El rostro de Ricardo había tomado un color ceniciento, consciente de haber infamado al Temple. Meneó lentamente la cabeza, incapaz de hablar.
—¿Tendríais la bondad de explicarme qué significan los nudos del cordón? La mayoría de vosotros lo lleváis con tres nudos en un extremo, pero algunos

llevan además uno o dos en el otro extremo, como vos. Y muy pocos tienen tres nudos en ambos extremos.

La mente de Ricardo se despejó de súbito. Al verse en peligro de traicionar los verdaderos secretos del Temple, recuperó de manera inexplicable las fuerzas que necesitaba para defenderse. Entonces comprendió por qué nadie que conociese aquellos secretos los había revelado jamás, ni siquiera bajo la tortura.

—Los tres nudos simbolizan la Santísima Trinidad.

—¿Y los demás?

Sabía que no era una pregunta frecuente. Aquel inquisidor tenía la cabeza clara y era un buen observador. Pero él ya tenía preparada la respuesta.

—Significan una distinción por méritos especiales —mintió, y el otro pareció darse por satisfecho.

—¿Qué méritos especiales eran los vuestros? —continuó el interrogatorio al tiempo que indicaba al verdugo que retirase algunas pesas.

—El primer nudo me fue concedido por los consuelos y los auxilios aportados a nuestros hermanos en las cárceles y en la tribulación de su abandono. Lo recibí de manos del gran maestro en persona.

El inquisidor quedó atónito.

—¿Habéis visto a Molay?

—En aquel entonces aún podía moverme libremente. El segundo lo recibí de Pedro de Bologne, por organizar la defensa ante el proceso que se incoaba en Francia. Y sin duda habría merecido el premio del tercer nudo si hubiese logrado evitar la destrucción de la orden.

—Cuando vimos ese cordón sobre vuestro cuerpo apareció manchado de sangre.

—La mía.

Pensó que no tenía por qué temer la continuación del interrogatorio, si lograba mantener la cabeza fría. Pero no tardaron en abandonarle de nuevo los sentidos; la disminución del peso había supuesto un alivio meramente pasajero.

—Hasta aquí, habéis admitido que sois seguidor de una doctrina herética. Habéis confesado que el Temple ordenaba a sus hijos que hiciesen befa del Señor. Habéis declarado que entrasteis en las celdas de vuestros hermanos encarcelados, e incluso en la del gran maestro y la del sacerdote Pedro de Bologne.

—Sí, poco antes de que fuese asesinado por orden del rey Felipe y el obispo Marigny —agregó Ricardo—. Al menos teníamos derecho a un juicio imparcial y a que se nos permitiese exponer nuestra defensa. Eramos caballeros, aunque no todos fuesen hidalgos, y no se nos podía acallar como a vasallos desprovistos de derechos.

—¿A cuántos presos facilitasteis la evasión?

—Cerca de un centenar.

—¿Luego confesáis vuestra reiterada insurrección contra la autoridad de la Iglesia, e incluso la del mismo Santo Padre?

—Sí.

—Os constituísteis en partida para obstaculizar la marcha de la justicia.

—¿Qué entendéis vos por justicia?

A esto no contestó el eclesiástico.

—¿Cuántos secuaces tenéis aquí, en Inglaterra?

—Unos cincuenta.

—¿Dónde se hallan ahora?

—Eso no puedo decíroslo.

—No queréis decirlo.

—Ocurre que no lo sé.

—Pero sin duda podréis citar los nombres y contarnos cómo os comunicabais entre vosotros.

Ricardo meneó la cabeza. De nuevo el eclesiástico hizo seña al verdugo.

—¿Quiénes son vuestros seguidores, y dónde están?

Pero Ricardo ya no estaba en condiciones de responder. La administración de la tortura requería mucho oficio y mucha vista, y se corría tanto riesgo de propasarse como de quedarse corto. El inquisidor dio orden de que se aflojara la cuerda, y el suplicado cayó al suelo hecho un ovillo de sufrimiento.

—Ya os he dicho lo suficiente para que me enviéis al infierno de la pira — gimió—. ¿Por qué no pronunciáis la sentencia de una vez? ¡A la hoguera, como se hace con los herejes! Ansio la muerte.

—Con gusto correspondería a vuestros deseos, pero cuando hayamos terminado con vos seréis relajado al brazo del conde de Lancaster, a quien incumbe la ejecución de la sentencia.

La idea era consoladora, porque el conde no tenía ningún motivo para dejarle con vida ni un instante más de lo necesario. Sin duda, optaría por eliminarlo sin más formulismos jurídicos.

—Por ahora precisamos otras declaraciones de vos. Sobre vuestras fuentes de información, por ejemplo. ¿Cómo pudisteis enteraros del contenido de una bula antes de que constase la redacción definitiva?

Ricardo apretó los labios y meneó la cabeza.

—¿Debo obligaros nuevamente a hablar, o entraréis por fin en razón?

—Prefiero morir aquí mismo antes que denunciar a nadie. Podréis tergiversar mis declaraciones para hacerme condenar por hereje, y podréis tal vez obligarme a jurar que he renegado de Cristo. Pero ni con todo vuestro arsenal de instrumentos de tortura conseguiréis que entregue a la Inquisición a mis compañeros y a las personas que nos auxiliaron.

Entonces el inquisidor comprendió que no se hallaba ante un hombre a quien se pudiese intimidar con amenazas. Un breve ademán impaciente, y la cuerda volvió a tensarse.

Apenas un cuarto de hora más tarde Ricardo oyó su propia voz ronca suplicando que escucharan al menos los delitos verdaderos que estaba dispuesto a confesar. Cuando lo hubieron descendido de nuevo y su cuerpo martirizado quedó agazapado en el suelo, tuvo la impresión de haberlo abandonado y de estar contemplando la escena desde otro lugar diferente mientras aquél decía:

—Las fechorías que no me habéis demandado son que no sólo he quebrantado mis votos, sino también la Regla de la orden.

El inquisidor hizo seña al escribano para que tomase nota de todo.

—He dejado transcurrir largo tiempo sin asistir a misa. Al no poder comunicar con ningún sacerdote del Temple, tampoco he confesado mis pecados. He incumplido la regla de silencio pronunciando palabras frívolas y he tomado el santo nombre de Dios en vano. He cazado, he participado en torneos, y he comido carne más de tres veces por semana, cuando podía conseguirla. Me he apoderado de un documento del Temple y lo he leído sin la autorización que sólo podía concederme el maestro. Me he saltado las oraciones de las misas y completas. He descuidado el deber de dar caridad. He tenido trato con mujeres, las he besado y he tenido cohabitación carnal con una de ellas. He matado a un hermano en duelo, a otro por compasión y a un tercero por venganza.

No era la relación completa de sus pecados, pero ¡qué más les daba a ellos! El escribano necesitaría mucho tiempo para asentar tan larga confesión y Ricardo podría darse un respiro. Sus pensamientos retornaron al anciano que sin duda habría escuchado su grito. Nunca le había dicho nada a Tomás de aquellos interrogatorios ni le había contado lo que ocurría en la cámara de

tortura. El uno y el otro habían pactado el silencio sobre la cuestión y evitaban hacerse confidencias que más adelante pudieran serles arrancadas mediante el tormento.

La voz del eclesiástico sacó a Ricardo de su ensimismamiento.

—¿Torneos? ¿Mujeres? ¿Os referís al incidente con la hija del señor de Morley?

—También.

—¿Luego es cierto que la deshonrasteis?

—No.

—La doncella ha declarado que vos la persuadisteis de que os ayudase a escapar. ¿Qué fuerza hicisteis sobre doncella de tan notoria virtud para seducirla y conseguir que traicionase a su propio señor y padre?

Así pues, la habían interrogado y ella había cumplido la promesa, según la cual declararía haber sido obligada a ayudarle en contra de su propia voluntad. Y se dijo que sería preciso medir mucho las palabras, puesto que ella estaba ya libre de la excomunión y perdonada. Aquel suceso debía borrarse de su vida y se impuso el deber de no comprometerla nuevamente.

—Hizo cuanto yo le exigí —contestó.

—Artes diabólicas debieron ser las que utilizasteis. La hija de tal noble familia no habría cometido una traición así para favorecer a un hereje. ¿Qué conjuros infernales o qué seducciones empleasteis contra ella? ¿Un bebedizo? ¿Una ceremonia de brujería?

Él mismo ponía casi la respuesta en boca de Ricardo; si quería preservarla a ella, no tendría más remedio que acusarse a sí mismo.

—Me bastaba con mirarla fijamente a los ojos para que ella hiciera lo que yo le demandaba. Acudía todas las veces que yo me lo proponía.

—¿A tanto alcanzó vuestro poder sobre ella? Esto explica muchas cosas. ¿Fue sir Roberto quien os ayudó a escapar?

—La única vez que he visto a sir Roberto fue durante el torneo de los Morley.

—Mentís. El señor de Morley sospecha que fue sir Roberto quien os proporcionó caballos de refresco y provisiones de boca.

Si lo había entendido bien, no existían pruebas de la colaboración de sir Roberto, por cuyo motivo Morley no había podido tomar venganza.

—No he vuelto a verlo después del torneo.

—Juradlo por Dios Todopoderoso y por todos los santos.

¿A qué tanto interés por un personaje secundario como sir Roberto? ¿Quizá sospechaban que había secundado la causa de los templarios? ¡No lo consintiera Dios! Le exigían que lo jurase por Dios y por todos los santos, aunque el juramento de un hereje sería, en cualquier caso, un perjurio, puesto que los tales mentían por definición. Por otra parte, y aunque él mismo temiese demasiado la cólera de Dios como para atreverse a jurar en falso, sus perseguidores habían determinado ya que él era un sirviente del diablo.

—No, ¿o acaso preferís que lo jure por Satanás y por todos los demonios? Os digo que nunca más he visto a sir Roberto, ni hablé nunca con él.

—¡Silencio! Con eso basta y daré por válida vuestra declaración. La doncella ha declarado que después del torneo la abordó uno de vuestros secuaces. Indudablemente vos sabréis a quién se refería.

Ricardo meneó la cabeza. Disgustado, el inquisidor alzó una vez más la mano y dijo:

—Temamos convenido, hermano Ricardo, que se os permitiría permanecer al lado del hermano Tomás de Lincoln. A cambio prometisteis hablar, pero si no cumplís vuestra palabra, nos obligaréis a reconsiderar nuestra concesión.

—Soy un caballero y no tengo más que una palabra, la cual he cumplido. Pero en este caso media otra promesa que me vincula a otra persona cuyas atribuciones exceden con mucho las vuestras. En diciembre de 1308 di una palabra a vuestro señor, el papa, cuando se disponía a promulgar su nueva bula, en la que amenazaba con la excomunión a todos cuantos nos socorriesen por cualquier manera. Yo le conjuré a que no se excomulgase a nadie más y a que recayese todo el peso de la culpa sobre un solo nombre bien conocido, el del Bastardo. Yo he dado palabra de asumir toda la culpa, señor inquisidor. Ese nombre, vos lo conocéis. Escribidlo y ahorraos mayores esfuerzos. Yo he sido el comendador de todos ellos, luego la responsabilidad de todas esas acciones era y sigue siendo sólo mía.

La cuerda se tensó y volvieron a izarlo.

Pero Ricardo consiguió lo que se proponía. El inquisidor echaba espumarajos de cólera y ahora desahogaría esa cólera contra su víctima sin reparar en consecuencias. Ricardo rezó en silencio confiando en que la muerte acudiese pronto a liberarle.

—¡Nombres! —bramaba el inquisidor—. ¡Quiero que me digas los nombres!

Ricardo sintió que lo precipitaban una y otra vez. La voluntad de callar desfallecía, pero ni siquiera pudo gritar porque le faltaba el aliento.

—Morley —gimió.

La polea giró velozmente y la víctima cayó una vez más antes de que se hiciera la oscuridad a su alrededor. Desmayado, quedó colgando de la máquina como un despojo inerte, los huesos descoyuntados, y el inquisidor profirió una blasfemia que nadie habría esperado escuchar en boca de tan destacado dignatario de la Iglesia.

*Es extraño, pero verdadero, porque la verdad siempre es extraña,
más extraña que la ficción.*

Lord Byron, Don Juan.

Las colinas de Yorkshire Wolds, recubiertas de una fina capa de nieve a través de la cual asomaban las primeras flores de galante y de croco, resplandecían bajo un sol pálido, pero el azul de cielo empezaba a cubrirse de espesos nubarrones oscuros y unas ráfagas de aire helado anunciaban ya la siguiente nevisca. Beatriz se arrebujó en su pelliza y contempló el panorama que se extendía a sus pies, tras haberse parado con su yegua gris en la cima de un otero, sin hacer caso del viento que la fustigaba. Su séquito en otros tiempos tan numeroso había disminuido bastante. Los perros murieron de fatiga y enfermedad. Una de sus doncellas había sido víctima de un asalto y huyó sólo Dios sabía adónde. Al tañedor de laúd lo sorprendieron en flagrante acto contra natura y fue ahorcado, y otros dos criados habían desertado sin mayores explicaciones. En el tornadizo cielo iba dibujándose poco a poco un arco iris. Beatriz se irguió en la silla y señaló el fenómeno con un ademán:

—¡Vedla ahí, la puerta de la felicidad!

Picó espuelas y se precipitó ladera abajo. Los sirvientes apenas lograban seguirla, meneando la cabeza ante tanto atolondramiento, mientras ella cabalgaba y cabalgaba hasta que dejó de ver los colores del arco iris y se le empapó la cara de lluvia. Por último se vio completamente a solas en medio de aquellos despoblados.

—Será mejor que regrese —murmuró, pero cuando iba a sujetar las riendas con las manos ateridas de frío, sus ojos se tropezaron con una vieja harapienta que corría hacia donde ella estaba. Observó los pies, cuyo tamaño exageraban los trapos con que los envolvía, y los numerosos remiendos del deshilachado abrigo.

—¿Me buscabas, niña? —graznó la anciana.

—¿Yo? ¿Quién eres tú?

—Me llaman la bruja de Wirral.

Beatriz dejó escapar una exclamación de sorpresa y se apresuró a echar pie a tierra.

—¡Ah, bendita mujer! ¡Mil gracias! —dijo volviendo los ojos al cielo—. ¿Cómo sabías que...? ¿Acaso has visto a la señora de Lyons-la-Forêt? Hace meses que ella me habló de ti.

—Tengo mis propios medios para enterarme de las cosas.

Beatriz se decidió a franquearse.

—Ella me aconsejó que te buscara. Estoy preocupada por Ricardo el Bastardo. Está en un apuro. Hace casi un año que le vi por última vez. ¿Podrías ayudarme a dar con él? He sabido que lo tienen preso en algún lugar.

La vieja apoyó su mano huesuda en el brazo de Beatriz.

—Lo siento, pero no. No he recibido ninguna señal. Pero quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Tomó la mano de Beatriz y la palpó antes de volver la palma arriba.

—Tú le amas. Se nota.

Ella se limitó a suspirar por toda respuesta.

—No sirve, su influencia es demasiado remota. No sacaremos nada en limpio. ¡Si pudiera tocar alguna cosa que le haya pertenecido? ¿No te regaló nada? ¿Algún recuerdo de su amor?

—Es un fraile —rió Beatriz con amargura— Y muy cumplidor de las reglas de su orden... al menos en otros tiempos.

Apartando a un lado los pliegues de su manto, sacó una bolsa bordada que llevaba colgando del cinturón.

—Mi más preciada posesión: sus espuelas.

Acarició el metal con cariño mientras recordaba a aquel horrible individuo que se había acercado a ella mientras cantaba su canción en una hostería. El desconocido le ofreció las espuelas a cambio de una cantidad exorbitante y además le exigió que pagara con su persona. Lo cual ella aceptó, desesperada, bajo la condición de que su escudero se quedase en la habitación.

Beatriz cerró los ojos, estremecida, y le pareció verse otra vez a sí misma, semidesnuda, cuando se apoderó de las espuelas al tiempo que Raúl hundía su daga entre los hombros de aquel sujeto.

—He pagado un alto precio por ellas.

De mala gana se las tendió a la bruja de Wirral, quien alargó las manos con impaciencia para tocarlas. Pero tan pronto como lo hizo, exhaló un fuerte grito y retiró las manos bruscamente, como si las espuelas quemaran. También Beatriz se hizo atrás de un salto y las dejó caer en la nieve. Acto seguido se persignó, mirando con desconfianza a la mujer.

—No temas nada, niña —dijo la vieja mientras se agachaba a recogerlas—. Están muy cargadas de sentimientos. No lo había previsto.

Con los ojos cerrados, palpó las espuelas que tenía entre las manos, la atención fija en la historia que le contaban.

—Veo un recinto en penumbra —empezó a hablar lentamente, la mirada perdida, vuelta hacia las nubes que destilaban velozmente por el cielo—. Parece una iglesia. Sí, creo que es una iglesia. Están ahí el cura y dos grandes señores. Uno de ellos viste de blanco.

—¡Un templario!

La mujer frunció las cejas para significarle a Beatriz que no la interrumpiese.

—El otro también es un noble muy poderoso. Está todo demasiado oscuro para poder distinguir las caras. Acaba de quitarse las espuelas, porque el sacerdote le ha dicho que no debe llevarlas en la casa de Dios. El noble se encoge de hombros y paga la penitencia que corresponde a esa falta. En un impulso súbito, ha entregado las espuelas al hombre del manto blanco. Para mi hijo, le ha dicho.

Beatriz la contemplaba con fascinación.

—Veo más cosas —prosiguió la mujer—. Es un joven de unos dieciocho años, y está a su lado el mismo hombre de antes, el del manto blanco, quien le ha dado las espuelas. Tienen una inscripción. La leen y luego el hombre dice: «Escudero Ricardo, a partir de hoy calzarás estas espuelas». El joven se muestra muy halagado, le brillan de orgullo los ojos, pero también parece algo confuso. Responde con una referencia. «¿Os parece que soy digno de llevarlas?», protesta. El otro le ordena que las acepte y él baja la cabeza con humildad. «Con vuestro permiso, sire, las pintaré de negro», dice.

Con un sobresalto, la bruja volvió a la realidad e intentó rascar el metal con sus mugrientas uñas. Las espuelas quedaron tan negras como antes. Con mano temblorosa, se sacó un cuchillo de entre las ropas y raspó.

—¡Oro! —dijo, mostrándole la espuela a Beatriz.

Al poco descubrieron las letras grabadas en la parte interior del talón, casi invisibles bajo la pintura.

—E. R. —leyó Beatriz en voz alta—. «Equyer Richard»... significa escudero Ricardo en francés —interpretó.

—El hombre del manto blanco no dijo la verdad. Esas letras ya estaban ahí cuando el noble se quitó las espuelas en la iglesia. No significan «escudero Ricardo», sino que eran sus propias iniciales. Por fin hemos descubierto la pista que le pone en relación con su padre.

—Yo no busco a su padre, sino a él —protestó Beatriz con pasión.

—Yo sólo digo lo que ven mis ojos, y no puedo elegirlo. He de admitir las visiones tal como vienen. Todavía dicen muchas cosas más estas espuelas, ya que las calzó durante casi diez años. Tienen mucho que contar, pero debo esperar a que ellas quieran manifestármelo.

—¿Quién soy yo para juzgar acerca de tan prodigioso don? Pero no soporto la idea de perderle. Hace diez meses que lo tienen prisionero, y cuando por fin descubrí que lo habían encarcelado en Lincoln, me dijeron que ya había sido conducido a otro lugar. Si estas espuelas tardan demasiado en revelar toda la historia desde el principio, podría ocurrir que llegáramos demasiado tarde. Ciertamente debió perderlas cuando cayó prisionero, de manera que la historia terminará en ese punto.

—No lo creas, hija mía. Sigue existiendo un fuerte lazo emotivo entre él mismo, su caballo y estas espuelas que le pertenecieron tanto tiempo. Ten, tómalas en tus manos y sujétalas bien fuerte. Intentaré hacer cuanto esté en mis facultades para conseguir que hablen.

Beatriz aferró con fuerza el frío metal y rezó en demanda de ayuda mientras la bruja cubría con sus manos las de ella.

—Vibran —le dijo a la joven, quien la escuchaba en un estado de máxima tensión.

Permaneció largo rato callada, con los ojos cerrados. Su respiración se aceleró, sus manos empezaron a temblar y de pronto experimentó una sacudida, tras lo cual sacudió la cabeza y abrió los ojos.

—Es él mismo quien se opone cuando intento penetrar en su espíritu. No quiere pensar en ti. Pero hay una cosa segura: tú le encontrarás, querida, pero la muerte estará entre vosotros.

—¿Llegaré demasiado tarde? —susurró Beatriz, mordiéndose los labios para evitar las lágrimas, porque se le había revelado de improviso la verdad. Él no quería pensar en ella, según había afirmado la vieja. No la amaba. ¿Y acaso no era ésa la razón por la cual había emprendido aquella búsqueda desesperada de una pista, para saber si él la amaba? De algún modo, sin embargo, esto carecía ya de importancia. Lo principal era encontrarle.

En aquel momento apareció Raúl, corriendo sobre la nieve. Durante los meses transcurridos le había cobrado afecto a su nueva dueña, y desde el incidente en Lincoln con las espuelas de Ricardo se habían convertido en amigos inseparables.

—¡Madame! —se detuvo al lado de ella, jadeando—. ¿Está todo bien?

—No te preocupes, Raúl. Ésta es la bruja de Wirral, y acaba de decirme que messire Ricardo todavía está con vida.

—¿Es una bruja? —preguntó él con énfasis—. ¿Sois una bruja? —repitió la pregunta volviéndose hacia la mujer en cuestión.

—En estos tiempos las personas prefieren pensar en brujerías cuando ven algo que no entienden. Eso gracias a los templarios, o mejor dicho, a quienes les han acusado —de pronto se le ocurrió una idea—. ¿Conocéis vos a Ricardo?

—Ya lo creo —replicó Raúl con decisión.

—Le es muy adicto —sonrió Beatriz—. Y también Ricardo quiere mucho al chico. ¿Crees que tal vez...? —había adivinado la intención de la vieja, y apoyó una mano sobre el delgado hombro de Raúl.

—No tengas miedo, Raúl. Tal vez puedas ayudarnos. Intenta pensar en messire Ricardo, sin distraerte.

El muchacho asintió y apretó los labios. La mujer le tomó ambas manos con precaución y las estudió.

—Veo un castillo —dijo—. Está al borde de unos páramos deshabitados. Hay una garganta por donde corre un riachuelo hacia el valle. El castillo está emplazado en la parte por donde la garganta se abre hacia el llano, aguas arriba. Junto a las orillas se ven las casas de una aldea. Los muros del castillo se elevan sobre peñas empinadas por dos lados: los otros dos lados están ceñidos por un foso al pie de la muralla, que encierra el recinto interior en forma de pera, y se ven unas torres aún más altas que la muralla. La torre del homenaje se alza sobre un peñón a su vez rodeado también de un foso. El patio está dividido en dos por otra muralla. En la esquina de la parte exterior hay una torre cuadrada, y en los sótanos de ésta hay una habitación, o mejor dicho, es un calabozo.

Se interrumpió y prosiguió con voz entrecortada:

—Un rostro flaco. Lleva corona condal.

Jadeando ruidosamente, se llevó la mano al hombro izquierdo con una mueca de dolor que le deformaba la cara. Beatriz recordó la herida del brazo izquierdo de Ricardo y que lo tenía inservible cuando huyeron de Haughton-le-Moor.

—No puedo decir más —dijo la anciana tranquilizándose poco a poco—. Ahora, a ti te toca seguir buscando.

Beatriz reflexionaba.

—Debería ser posible averiguar qué castillo es éste. Raúl, dale a esta mujer comida y vino de nuestras alforjas.

Mientras el muchacho se apresuraba a cumplir lo ordenado, ella rebuscó en su bolsa y sacó tres monedas de oro.

—Le encontraré.

Montó a caballo con decisión y Raúl la siguió. No lejos de allí, en las nevadas estribaciones de las colinas, unos negros cuervos describían círculos en el aire alrededor de una torre cuadrada, edificada sobre un peñón inexpugnable.

En las profundidades de los sótanos, las ratas andaban más activas que nunca, y el anciano templario contemplaba a su compañero con un suspiro.

Haced saber, pues, a mis opresores, que no estoy condenado a languidecer año tras años en tinieblas y solitaria desesperación: todas las noches acude a mí un mensajero de la Esperanza para ofrecer libertad eterna a cambio de vida breve.

Emily Brontë, The Prisoner.

El frío y la humedad de la celda los tenían ateridos hasta los huesos, con sólo unos harapos para cubrirse. Y el pan y el agua que se repartían era poco para vivir y mucho para una muerte pronta.

—No te acompañaré mucho tiempo más, Ricardo. Tengo ya la muerte en los huesos, y percibo su frío aliento. Pronto vendrá a liberarme de estos dolores y miserias.

—¿Deseas algo antes de morir? ¿Algo que yo pudiera hacer por ti?

Tomás meneó la cabeza en un movimiento casi imperceptible.

—La misión está casi cumplida. Cuando te hayas reconciliado con Dios podré descansar en paz.

—Me gustaría que eso fuese posible. Te echaré en falta. Ha sido de gran ayuda para mí el poder hablar contigo en mis horas más difíciles. Ahora ya no temo a la muerte; a veces incluso la deseo.

—Está bien así —dijo Tomás, cerrando los ojos—. Quien desea la muerte ha dejado de temerla. Dios te bendiga, hijo mío.

—¿Querrás contármelo antes de que sea demasiado tarde? —preguntó, y titubeó antes de agregar—: ¿Cómo pude entrar en el Temple siendo bastardo?

Los ojos grises hundidos en las negras cuencas se abrieron para dirigirle una mirada de silencioso reproche.

—Te aseguro que cuando llegues a saber la verdad desearás no haberla escuchado nunca de mis labios —susurró.

—Estoy tan condenado a morir como tú, Tomás. Quítame ese desasosiego ahora que todavía estamos a tiempo.

En el corredor se oyeron pasos de hombres armados, lo cual puso fin a la conversación.

—¿Qué me queréis todavía? —gritó Ricardo cuando entraron, al tiempo que intentaba agarrarse desesperadamente a las piedras.

Tomás se irguió con un esfuerzo.

—¡Valor! —le exhortó, no sin leve reproche.

Pero le desgarró el corazón el ver cómo Ricardo se dejaba llevar con forzada pasividad, como animal que va al matadero. Y mientras escuchaba los lejanos gritos de dolor, Tomás rezó y suplicó al Señor compasión para aquella mísera víctima de su Iglesia.

Pasaron horas antes de que lo devolvieran a su celda. Lo dejaron inconsciente sobre las losas de piedra, donde quedó inmóvil hasta que se acercaron las ratas y Tomás se vio obligado a emplear el último resto de sus fuerzas en ahuyentar a las alimañas. Al cabo de varias horas más Ricardo volvió en sí.

—¿Has confesado algo?

Ricardo meneó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Era todavía demasiado vivido el recuerdo de lo que había sucedido hacia el final del interrogatorio.

—Reniego del Señor —había exclamado creyendo volverse loco bajo el dolor insoportable del tormento—. Y reniego de su Hijo, y digo que padeció y murió en vano.

Lo peor fue que en aquellos momentos lo decía en serio. Tomás volvió la cara para no tener que ver las lágrimas de su compañero.

—He negado a Cristo —gimió por fin Ricardo con voz sofocada.

Para sorpresa suya, Tomás sonrió e hizo un gesto de indulgencia con su mano deformada.

—Eso no tiene importancia —dijo.

Ricardo contempló al anciano con estupefacción y se persignó.

—Voy a contarte un cuento —prosiguió el anciano—. Érase una vez una reina muy hermosa, buena y fiel esposa de un poderoso rey, el cual gobernaba su país con justicia y acierto. Ella se casó con él muy joven, procedente de un lejano país, de cuyo linaje real era descendiente. Y supo que su deber principal era dar hijos a su esposo que asegurasen la sucesión en el trono. Primero dio a luz una niña, una bella princesa rubia como su padre. Al año siguiente parió otra niña, pero ésta era débil y murió al cabo de un par de meses. La reina era joven y estaba muy enamorada de su esposo, por lo que nadie dudaba de que acabaría por darle un hijo, como así sucedió. Pero este primer hijo murió hallándose su padre ausente del reino. El segundo hijo nació enfermizo y su vida fue infeliz y breve. Antes de que muriese nacieron a su vez otras dos princesitas, de las cuales sobrevivió una, que heredó la tez morena de su madre pero no la blandura de su carácter, pues resultó imperiosa y rebelde. En el palacio empezaron a murmurar diciendo que aquel matrimonio estaba afligido por una maldición. Pero las habladoras cesaron cuando les nació un nuevo hijo varón. Fue un niño fuerte y sobrevivió, mientras su madre daba a luz, en el decurso de los años siguientes, otras seis hermosas princesas, de las cuales murieron dos en la infancia. El rey adoraba a sus hijas y las casó espléndidamente, aunque le dolió mucho el tener que separarse de ellas. En cuanto al joven príncipe, lo idolatraba y lo tenía como su bien más preciado.

»Cuando el muchacho contaba casi diez años, enfermó, y su padre reunió a los médicos más sabios del país. Pero éstos se limitaron a congregarse alrededor del enfermo y menearon sus doctas cabezas.

»Cierta día la reina se dirigió a su esposo y le dijo:

»—Trece vástagos te he dado, más uno que nació muerto. Y sin embargo, no tienes más que un solo heredero. Todavía soy joven pero mi cuerpo está agotado por tan pesadas labores. ¿Crees que acabaré por llevar la corona un hijo tuyo?

»El rey todavía estaba en la flor de la edad, por lo que fue con la reina a consultar a unos adivinos de los que saben leer en las estrellas.

»—Sire, vuestro hijo morirá en el plazo de un año —dijeron.

»La reina lloró lágrimas amargas, porque no se podía hacer nada por salvar al niño. Pocos días después ocurrió que se presentó en palacio una vidente, y ésta leyó en la mano de la reina y dijo:

»—Majestad, nunca daréis a luz un rey verdadero.

»El hermano del rey, en cambio, tenía un hijo y éste ambicionaba la corona. ¿Sería posible que fuese el sucesor? ¡No lo consintiera Dios!

»Por aquel tiempo el rey conoció a una joven de linaje real, sobre la cual tenía ascendiente. Entre ellos hubo una breve aventura amorosa que tal vez ni siquiera fue cuestión de sentimientos correspondidos. Comoquiera que fuese, al cabo de unos meses quedaron embarazadas ambas mujeres, la princesa y la reina. La infeliz princesa fue la primera en dar a luz y murió del parto, pero el hijo resultó fuerte y sano. Diez días más tarde, se oyeron en la torre donde tenía sus aposentos la reina unos fuertes gritos que anunciaban el nacimiento de otro hijo fuerte y hermoso, al que dieron el nombre de su padre, Eduardo.

Aunque las malas lenguas dicen que el rey, inducido por la profecía de la adivina, suplantó a uno de los recién nacidos por el otro. Otros aseguran que era demasiado honrado para hacer tal cosa, pero que por amor a su esposa juró matar al bastardo, ya que la madre de éste ya no vivía para dar testimonio de la falta cometida.

»Sin embargo, no cometió ninguno de estos dos crímenes horribles. El bastardo creció y cinco años después el rey lo envió a una hermandad de hombres sabios pidiéndoles que lo recogiesen y lo educasen como a uno de los suyos. Debían prepararlo para que, llegado el momento, acompañase a su padre en su última expedición a los santos lugares con otros ciento cuarenta caballeros.

»Lo cual fue aceptado por ellos con una condición: que el muchacho no llegase a saber nunca que era el hijo de un rey.

—Y así él convirtió el fruto de su pecado en una contribución al objetivo que le era más querido, la reconquista de los santos lugares —concluyó Ricardo con voz sofocada.

Fatigado por el largo relato, el anciano se quedó dormido. El otro quedó sumido en un caos de pensamientos confusos que no conseguía ordenar, pero tampoco lograba conciliar el sueño.

Pasaron muchas horas y finalmente Tomás despertó.

—Tienes frío —dijo Ricardo—. ¿Quieres que te dé masaje?

—No, es mejor que hagas algo por ti mismo. Por mi parte ya no necesito ninguna ayuda.

—¿Por mí mismo? He negado a Dios.

Tomás repitió el mismo ademán tranquilizador con que horas antes había acompañado sus enigmáticas palabras «eso no tiene importancia», y esta vez agregó:

—Es bueno creer en un Dios.

Hablaba con voz apenas audible y Ricardo se inclinó sobre su rostro para captar sus palabras. ¿En un Dios? ¿Acaso no era uno solo el Dios de los cielos y de la tierra?

Vio que las huesudas manos del viejo buscaban el cordón blanco del hábito y palpaban los nudos.

—Elegir el camino recto es mejor —se oyó de nuevo la voz susurrante.

Ricardo miró fijamente el semblante de Lincoln, cuyos rasgos se le antojaron en aquel momento idénticos a los de Jacobo de Molay. ¿Una alucinación, como le había sucedido otras veces? ¿O sería una visión?

—Cristo es un camino —balbució Ricardo, como en un trance—. El camino recto lleva a la verdad.

Tomás, vuelto a su prístino ser, asintió lentamente.

—¿Qué camino has elegido tú, Ricardo?

Éste se sintió repentinamente bañado en sudor.

—¿Qué camino, Ricardo? —insistió Tomás, consciente de que le restaba poco tiempo—. ¿El camino que eligió Cristo?

—No, hay demasiado odio dentro de mí para eso, demasiado afán de pelea.

—Demasiado orgullo, querrás decir. ¿Qué camino, Ricardo? ¿El de tu corazón, el de tu conciencia, el de tu entendimiento?

—Los tres se hallan en constante disputa entre sí.

—Piénsalo, Ricardo.

Al cabo de un rato, que pareció una eternidad en el silencio de la celda, él respondió lentamente:

—El camino del derecho.

—¿Qué derecho? ¿El derecho de quién?

La voz de Tomás parecía recobrar súbitamente las fuerzas, y los ojos, aunque hundidos en las cuencas, le miraban con fijeza aguileña. Ricardo no supo qué contestar.

—No estoy preparado para la verdad, Tomás. No entiendo tus palabras. Con ellas trastornas todo cuanto había creído yo siempre.

—La fe cristiana es buena, hijo mío. Las palabras que contienen nuestro secreto fueron deliberadamente elegidas. Son una prueba que sirve para calibrar la firmeza de tu fe. Dime los pensamientos que yacen en el fondo de tu alma.

—No te agrada escucharlos. Pienso que se ha empañado la pureza de la doctrina católica. Los hombres de Iglesia sólo miran el dogma, sin pensar en los seres humanos a los que afecta. Leen muchos libros y saben muchas argucias, pero se han alejado de la vida. El amor del que hablan es un amor de pergaminos. Durante mis años de aprendizaje tú me hablaste de las corrientes espirituales de Oriente que contaban los viajeros llegados a Tierra Santa por la ruta de las caravanas, de las enseñanzas de Buda y de Laotsé. A veces me parece que esas doctrinas son más puras que la nuestra, más cercanas a Dios y más cercanas a los hombres. ¿Quién tiene razón? ¿Tenemos razón todos? ¿Es posible que sean muchos los nombres de Dios, Brahma, Alá, Tao, Yavé? ¿Tal vez Dios sea mucho más grande de lo que nosotros somos capaces de concebir?

—A nosotros se nos ha criado en las creencias del cristianismo —se oyó de nuevo la voz de Tomás—, y es menester que busquemos nuestro camino bajo las enseñanzas del evangelio que es nuestro norte y guía. El camino recto. Tú estás en el buen camino, Ricardo, pero albergas demasiadas dudas. El camino del derecho, dijiste. Con eso no basta. Nadie puede revelarte la tercera y última parte del secreto mientras no hayas descifrado las dos partes primeras.

Ricardo abrió los ojos. La fiebre de las heridas empezaba a hacer estragos, y se acurrucó en un rincón para cubrirse con los escasos harapos que le quedaban. Pero ahora tenía el espíritu despejado.

—No puedo condenar las enseñanzas de otras religiones y filosofías —dijo—. Cualesquiera que ellas sean, sirven como indicadores en el camino que nos devuelve al poder creador que nos rige y que se halla oculto en lo más íntimo de nuestro ser. La cuestión no está en lo que creemos, sino en cómo lo creemos. Y el camino recto es el camino de la justicia, el camino que concede a cada humano el derecho a pensar libremente, a obrar libremente, a ser libre. .. siempre y cuando respete al mismo tiempo las convicciones de los demás. Quien concede a otros esa libertad posee el amor verdadero. Dios no ha creado amos y esclavos, ni nobles, vasallos y siervos. Ha creado a los hombres iguales. A cada uno le incumbe la responsabilidad del uso que haga de esa libertad. Quien tiene el amor, tiene el Espíritu Santo, tiene dentro de sí a Dios mismo. Ese amor es la fuente que ensancha el espíritu, el manantial de todo conocimiento. Ése es el camino recto. No basta con servir al Creador sólo mediante las ceremonias, ni tampoco basta con sólo la fe.

Tomás respondió con un murmullo ininteligible, pero su rostro arrugado sonreía.

—Eres peligroso. Has ido incluso más lejos que nosotros. ¿Quién se atreverá a derribar todos los valores existentes? Tú conmueves los fundamentos del orden material. Tienes el espíritu más amplio, y hay más amor en ti de lo que tú mismo sospechas. —Hizo una pausa y prosiguió—: La tercera parte del secreto del Temple es que cada uno debe hallar el camino verdadero por sí mismo. Tú has cumplido esa condición. Por eso puedo revelarte ahora la última palabra: «Cristo es un camino. El camino recto lleva a la verdad. La llave de la verdad es el espíritu libre». Los tres nudos sólo se conceden a quien haya demostrado de palabra y con actos que posee ese espíritu libre.

Ricardo asintió.

—¿Por eso no se rebeló la orden frente al cautiverio de sus hermanos, para poder guardar el secreto?

—La humanidad aún no está madura para esta idea —corroboró Tomás—. Los ignorantes la tachan de herejía, y por eso preferimos alimentarla en secreto, en el seno de nuestra hermandad, como misterio que junto con el de la Santísima Trinidad es la esencia más profunda de nuestras creencias. Así pues, no te preocupes

aunque hayas negado a Dios. Serás condenado por hereje según los libros de la Inquisición, pero Dios estaba contigo cuando colgabas de la estrapade, y Él conoce la verdad.

Ricardo aún desenredaba la madeja de los pensamientos que cruzaban su mente aquí y allá, en distintas direcciones.

—¿Por eso fuimos siempre los únicos que admitíamos en nuestro seno a los excomulgados? ¿Y la razón por la cual hemos ido dando largas, durante los últimos años, a las negociaciones para una nueva cruzada, y el gran maestre rechazó la unificación de nuestra orden con la de los hospitalarios?

Tomás afirmó con la cabeza:

—Por eso, y por otros motivos. Durante el último decenio, el Temple siguió una política de paz y de equilibrio entre los diferentes poderes y religiones. La meta era una paz universal, utilizando al islam como barrera defensiva entre el cristianismo y las corrientes orientales. El Temple pretendía actuar, no en beneficio propio, sino como órgano rector y equilibrador de las relaciones de fuerzas en el seno de la Cristiandad.

Alzó su mano fría y engarfiada para tomar la de Ricardo por la muñeca.

—Ahora ya sabes para qué has luchado durante cuatro años, hijo mío. Al acarrear nuestra ruina, el rey Felipe ha prestado un flaco servicio a la Cristiandad.

La mano de Tomás cayó inerte, y Ricardo contempló con preocupación el esquelético cuerpo del anciano, replegado sobre el jergón de paja con una mano debajo de la cabeza y la otra sobre el corazón, como un niño antes de nacer, en el seno de su madre.

Poco más tarde Tomás se durmió para no volver a despertar. Ricardo se dio cuenta de que todo había terminado y rezó por el descanso del alma del templario hasta que la claridad de un nuevo día entró por el respiradero de la mazmorra, al otro lado de los diez pies de espesor de la muralla. Entonces hizo el tercer nudo, el último, en el mugriento cordón con que ceñía los últimos jirones de su hábito.

Aquel día no fueron a por él. Ricardo se abstuvo de comunicar al guardián la muerte de su compañero, para evitar que redujeran a la mitad las raciones de pan y agua. Al cabo de varios días, sin embargo, vio que no cambiaban sino la jarra del agua y que le dejaban a solas con el muerto. Entonces supo que se había decidido, sencillamente, dejar que muriese de hambre.

Ricardo aceptó esta conclusión con una serenidad que pocas fechas antes aún no habría tenido. En el secreto del Temple hallaba una fuerza que nunca le había prestado la fe católica.

Su cuerpo estaba encadenado, pero el espíritu era libre y nadie podía ponerle grilletes, sino que volaba mucho más allá de los muros de su celda. Sólo una vez se consintió a sí mismo el pensar en lo que pudo haber sido. En un Temple que hubiese logrado sujetar y contener dentro de unas vías firmes la arbitrariedad de los príncipes y los barones, y que hubiese modificado el inquieto mundo cristiano con arreglo a sus propios ideales, los de un mundo en paz y en equilibrio donde fuese posible el desarrollo del espíritu.

La esperanza, como la luz brillante de una vela, embellece y alegra nuestro camino, y cuanto más oscura la noche, más nos ilumina ese rayo.

Oliver Goldsmith, The Captivity.

En las desoladas landas de North York Moors, dos caballos volaban, que no corrían, sobre caminos pedregosos. Porque su carga era joven y ligera. Uno de los jinetes era un muchacho de diez años recién cumplidos, vestido como un escudero. El otro parecía un correo, pero las formas redondeadas que revelaban tanto el estrecho jubón como los calzones eran más suaves de lo que correspondía a dicho atuendo masculino.

—¿Cuánto falta, madame? —gritó el joven para hacerse oír entre el ruido del galope y los aullidos del viento.

—Más de la mitad todavía, Raúl.

Tras llegar a la conclusión de que debía apresurarse si no quería llegar demasiado tarde, Beatriz dejó atrás el séquito y compró un caballo veloz para Raúl. Juntos partieron hacia el norte, donde el rey Eduardo, su favorito y su reina moraban en el castillo de Tynemouth.

A la tarde siguiente se presentaban a las puertas del castillo, aunque aún les costó bastante rato el ser admitidos en los aposentos de Blanca. Las dos mujeres se saludaron como hermanas, y después del cordial abrazo, Blanca dio un paso atrás para contemplar el disfraz de Beatriz.

—¡Un correo! —exclamó, y ambas soltaron la carcajada.

Raúl se había sentado en el hueco de la ventana y su rostro pálido y delgado estaba muy serio.

—¿Dónde está vuestro hijo? —preguntó Beatriz, mirando a su alrededor.

—Lo he dejado en Londres. Justamente poco antes de Navidad quedé terminado mi castillo a orillas del Támesis. Me pareció demasiado peligroso traérmelo aquí al norte. —Tomó a Beatriz del brazo, la acercó hacia sí y le habló al oído—: Ahora estamos atrapados en la pinza que forman los escoceses, por un lado, y los barones por otro. Eduardo va comprendiendo que no tiene nada que hacer contra ellos. Han movilizado un ejército entero, mientras que nosotros no tenemos ni con qué pagar nuestra propia manutención. Menos mal que yo tengo medios propios. La reina ha agradecido mucho que la acompañase. Ma foi! Ha sido muy temerario Eduardo tratando de plantar cara a los barones. Está muy cambiado, ¿sabes? ¡Si lo hubieras visto en octubre, cuando el parlamento desterró a Gaveston y luego empezó a limpiar el palacio de familiares y amigos suyos! Nunca le había visto tan furioso. Pero me gustaría que hubiese preparado mejor esta insurrección. Al menos ha causado impresión a la reina. Es la primera vez que le admira desde que contrajeron matrimonio, aunque el gascón no le inspira sino repugnancia. Nunca creí que llegara a ser él la causa de su reconciliación; incluso duermen juntos. Aunque supongo que también hay que dar gracias a la enfermedad de Gaveston —bajó la voz todavía más—. A veces el rey y Gaveston pasaban la noche juntos, y yo incluso les he visto besarse como amantes.

—¡No lo permita Dios! —se ruborizó Beatriz—. A uno de mis músicos lo ahorcaron por algo parecido.

—La persona del rey es inviolable —explicó Blanca—. O por lo menos, eso es lo que él cree. Por otra parte, no lo sabe nadie, ni siquiera la reina —apoyó

el índice sobre los labios y rió un poco avergonzada—. Eso es lo malo de los secretos, que una no tiene más remedio que franquearse con alguien.

—La vida nos regala emociones más que sobradas, como para preocuparnos además de tales asuntos —dijo Beatriz, y pasó a contar su encuentro con la bruja de Wirral y las visiones de ésta.

—Me temo que no podré ayudarte en esto —dijo Blanca cuando hubo escuchado de su visitante la descripción del castillo—. Aquí en Inglaterra conozco sólo un par de castillos, y ninguno de ellos se parece mucho a esa descripción. Por lo que se refiere al rostro coronado como un conde, supongo que se referiría a Tomás de Lancaster. Es flaco de cara y de barba oscura. Tiene muchos castillos. Tal vez Eduardo pueda ayudarnos. Acompáñame.

Beatriz se quedó mirándola con espanto.

—¿El rey? —exclamó—. ¡No es posible! Desde luego no pienso presentarme así.

—No temas. Es hombre bondadoso de corazón, siempre y cuando no se le lleve la contraria. Ya verás que es muy llano de trato.

Blanca sacó de un arcón un vestido sencillo.

—No le digas que eres la hija del señor de Morley. Odia a los nobles. En cambio, adora la compañía de los músicos, los cómicos y los marineros y tales personas son siempre bien recibidas en su corte. Cámbiate.

Fueron al encuentro del rey, que salía de los aposentos de Gaveston, y Beatriz lo saludó con una profunda genuflexión.

—¿Cómo se encuentra? —fingió interesarse Blanca, habiendo saludado al monarca con una sonrisa radiante y una mera inclinación de cabeza.

Eduardo parecía preocupado.

—No mejora—respondió—. ¿Quién es la dama?

—Beatriz, majestad—respondió la aludida con timidez.

—Una amiga mía —se apresuró a explicar Blanca, mientras caminaban al lado del rey hacia la sala principal—. Es una trovadora.

—¡Ah! —exclamó Eduardo—. Nos vendrá bien renovar un poco nuestros pasatiempos. ¿Habéis comido?

Sin esperar respuesta, la obligó a tomar asiento. La mesa estaba puesta de manera muy sencilla, sin las frutas exóticas ni otras exquisiteces que se habría esperado encontrar sobre los manteles de un rey. A éste no pareció importarle, sino que se abalanzó sobre los platos y empezó a devorar como un lobo hambriento.

Cuando al rey le daba por mostrarse buen anfitrión, era aconsejable no contrariarlo, pensó Beatriz, en vista de lo cual se sentó también y se puso a comer.

—¿Dónde está Isabel? —preguntó Eduardo entre dos bocados.

—Su majestad la reina está indispuesta y la he ayudado a acostarse. La dejé dormida bajo la vigilancia de su camarera lady Isabel de Montibus. Creí habérselo dicho ya.

Eduardo se encogió de hombros. Tenía otras preocupaciones en la cabeza como para pensar en damas indispuestas. La situación era bastante grave. En cualquier momento podía producirse la ofensiva de los barones hacia el norte, y él no tenía ejército para detenerlos. Para colmo, la enfermedad del hermano Perrot era demasiado seria y no permitiría abandonar el castillo con rapidez.

Contempló a Beatriz con expresión cordial y le preguntó por qué traía los cabellos mojados.

—¿Acabáis de llegar, tal vez? ¿Por dónde habéis venido?

—Hace apenas una hora que he llegado, majestad. Ayer por la mañana todavía estaba en York.

—Pues menuda cabalgata. ¿Habéis avistado gentes armadas por el camino?

—No, majestad.

La respuesta le tranquilizó. Arrellanándose en su asiento, masticó ruidosamente el pan y lo regó con un trago de cerveza.

—No estáis comiendo nada —la reprendió.

Beatriz contempló las fuentes llenas de alimentos, y tomó un bocado a regañadientes, al tiempo que dirigía una mirada a Blanca por encima de la mesa, en demanda de ayuda. Pero no era que la dama francesa hubiese olvidado el asunto que las ocupaba, sino que había aguardado el momento oportuno. Fue entonces cuando le habló al rey de la balada que cantaba Beatriz con la esperanza de encontrar al amado, aunque lógicamente se abstuvo de citar ningún nombre.

—Oigámosla —se encaprichó el rey—. Algunos amigos míos me lo han contado ya. Es muy pequeño el mundillo de los artistas.

Beatriz se puso en pie y fue a situarse en el centro de la sala, desde donde hizo una reverencia al soberano. Sin el acompañamiento del tañedor de laúd la canción sonaba triste y solitaria. Cuando se hubo extinguido el último eco de su cristalina voz, el rey guardó silencio unos instantes, tras lo cual golpeó con los nudillos en el tablero de la mesa para significar que le había agradado, y le rogó a Beatriz que ocupase de nuevo su asiento.

—Es extraordinaria —comentó—. ¿Y decís que lo tenemos preso?

—Nosotros no, ellos —le corrigió Blanca con un ademán hacia el sur—. Lancaster, para ser exactos.

Aquel nombre bastó para estropearle el apetito a Eduardo. Limpiándose la boca con el mantel, lanzó una mirada interrogante a Blanca, y ésta le rogó a Beatriz que describiera de nuevo el castillo. De manera que volvió a describir el extraño encuentro con la hechicera de Wirral y cuando hubo terminado, se hizo un largo silencio, mientras Eduardo rebuscaba en su memoria. Luego hizo seña a uno de los criados y le dio una lacónica orden.

Las dos damas se miraron. Al poco se presentó un sargento de la guardia, y Eduardo se lo llevó aparte. Cambiaron unas palabras y luego el monarca se volvió con aire de triunfo y despidió al soldado.

—Pickering —explicó.

Beatriz se puso en pie de un salto.

—He debido pasar cerca del castillo de Pickering mientras me dirigía hacia aquí. ¡Ojalá lo hubiese sabido! —suspiró Beatriz cuando se hallaron de nuevo en los aposentos de Blanca.

—De poco te habría servido —opinó ésta—. No creo que te hubieran dejado entrar en el castillo, y mucho menos en las mazmorras.

—Quizás a Raúl sí.

Blanca asintió.

—En efecto, es posible que todavía necesites al muchacho. En cualquier caso, no podemos estar seguras de que Ricardo se encuentre allí. Tal vez lo hayan conducido a otro lugar, como ya sucedió en Lincoln. Voy a decirte lo que haré. Mañana mismo sale un correo del rey hacia la Gascuña en busca de refuerzos. Le daré una carta para mi esposo, con orden de que lo busque para entregársela tan pronto como pise suelo francés. Necesitamos ayuda, y sobre todo necesitamos hombres para sacarlo de allí y ayudarle a escapar. Tú irás allá para asegurarte de que la bruja no se haya equivocado. Pero ¡cuidado! No intentes entrar tú, envía a Raúl, y creo que dentro de tres semanas podremos contar con socorros de Francia.

—¡Tres semanas!

—No se puede hacer más.

—¿No hay en Inglaterra nadie capaz de ayudarnos?

—Cuando ni siquiera el mismo rey logra reunir fuerzas suficientes para defenderse, ¿cómo íbamos a conseguirlo nosotras? Nuestra única esperanza reside en Francia.

Raúl aguzaba los oídos.

—Los caballeros franceses tampoco aprecian demasiado a messire le Batard comentó con semblante sombrío.

—Lárgate a la cocina y que te den algo de comer, mocoso —resopló Blanca, pero Beatriz la interrumpió.

—Creo que tiene razón el chico, madame. Hay que tener en cuenta que pese a cuanto hizo Ricardo por sus hermanos franceses, ninguno de éstos querrá mover ahora un dedo para salvarle.

—Queda uno que sería capaz de arrojarse a las llamas por él —terció de nuevo Raúl.

—¿Todavía no te has ido a la cocina, Raúl?

—¿Quién es?

—El sieur Uzès, y estoy seguro de que él sabría dónde encontrar a otros.

Blanca recordaba al francés.

—Los caballeros franceses se han reagrupado en los montes alrededor de Lyon para acercarse al concilio de Vienne cuanto podían. Seguro que Fernán de Uzès se encuentra entre ellos.

Beatriz asintió. Comprendió que Blanca ya no tenía comunicación con el grupo inglés, que había dejado de necesitarla. El juego había terminado. Los hermanos estaban sentenciados y sólo faltaba la condena oficial de la orden.

—Os suplico que le preguntéis si puede... si fuese posible enviar al sieur Uzès, con vuestro permiso —la imploró.

Beatriz empuñó la pluma.

—Y otra cosa —titubeó Beatriz, a lo que Blanca le dirigió una mirada interrogante. Si tuvierais la bondad de enviar a Londres un correo para que pregunte por Meg la Roja.

Depositó sobre el pergamino una bolsa bien repleta.

—Es para que le diga que esto es la primera mitad de la recompensa que le ofrezco por acudir cuanto antes a Malton, donde quedaré en espera de ella.

Concededme vida, indulgentes cielos, hasta ver cómo los bellacos reciben todo el mal que hicieron. Repartid a manos llenas de los sagrados tesoros de la libertad, hasta que déspota y esclavo no sean más que recuerdos del pasado.

Robert Burns, In a Lady's Pocket Book.

En la cima de la colina, Beatriz paseaba con inquietud de un lado a otro, mientras sus ojos escrutaban la lejana senda que conducía desde el pueblo por la pendiente hasta aquel castillo cuyo aspecto parecía en aquellos momentos más feroz que nunca: Pickering.

De pronto se le cortó el aliento. No, no había sido imaginación suya. Una diminuta figura se acercaba corriendo por el sendero. Faltarían unas dos millas hasta el escondite donde estaba ella, pero Raúl las recorrió como alma que lleva el diablo, hasta escalar el altozano y caer sin aliento en brazos de Beatriz. Ella le recibió dominando la angustia que la embargaba, aunque el corazón saltaba en su pecho como un caballo desbocado. Cuando él alzó la cabeza vio una mirada de espanto en sus ojos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasa?

Raúl entreabrió sus lívidos labios y articuló un par de palabras, pero sin emisión de voz. Volviéndose, apuntó con la mano hacia las lejanas torres y murallas.

—Están... ¡tapiando la celda!

Beatriz le soltó y le contempló, sobrecogida. Él temblaba.

—¿Has visto a messire Ricardo?

Él asintió con énfasis. En un súbito impulso, ella abrazó al muchacho y lo besó en ambas mejillas.

—Gracias a Dios.

Entonces, sin atreverse apenas a hablar y temiendo la respuesta, formuló la pregunta inevitable:

—¿Estaba vivo?

Esta vez el breve gesto de asentimiento de la rubia cabeza resultó bastante menos convincente.

—¿Pudiste hablar con él?

Raúl quería ser valiente, pero en este momento no pudo contener más las lágrimas, y murmuró entre sollozos:

—Creo que se ha vuelto loco, madame.

Había transcurrido una semana desde que enviara a Raúl por primera vez al castillo. Como apenas sabía una palabra de inglés, se hizo pasar por sordomudo y vendía manzanas, huevos, castañas. .. lo que ella consiguiera allegar. Le había explicado con detalle cómo debía conducirse, y él había cumplido la misión.

¿Podían seguir esperando una semana más, o tal vez dos o tres? Sin duda, el caballero francés Fernán de Uzès se habría puesto en camino hacia Inglaterra, solo o con refuerzos, pero Pickering estaba lejos, a seis o siete días de viaje como mínimo desde la costa meridional. ¿Qué posibilidades tenían de hallar con vida al prisionero?

—¿Te ha visto alguien cuando entraste en la torre, Raúl?

—No, sólo me han visto salir corriendo —explicó el muchacho con timidez. Pero apenas tenía ya importancia.

—Tan pronto como se presente aquí Meg la Roja, entraré yo misma —dijo ella con decisión.

Al cabo de un par de días se presentó en Malton, efectivamente, una fatigadísima Meg la Roja. Las dos mujeres se encontraron en la habitación que tenía Beatriz en la posada. Ambas se miraron sin decir palabra. No existía compenetración posible entre la una y la otra, ni vínculo común alguno excepto el hombre al que cada una de ellas consideraba suyo, aunque de maneras muy diferentes.

—Ricardo está en el castillo de Pickering —explicó Beatriz, lacónica.

—¿Y qué? —preguntó Meg, a quien evidentemente sólo interesaban las monedas prometidas.

Ella se atenía a un principio que la había salvado de la horca más de una vez: el cliente que tuviese problemas con la justicia dejaba de existir para ella. Sólo en este caso había consentido una excepción.

Beatriz tomó la bolsa y se la dio a Meg; era el resto de lo que tenía.

—Para ti, si me ayudas a entrar. He pedido auxilio a Francia pero me temo que llegarán demasiado tarde. Quiero intentarlo yo misma, pero no veo la manera de entrar. Tal vez tú podrías persuadir a los centinelas con tus artes.

Meg soltó una fuerte risotada y se guardó la bolsa entre las sayas.

—¿Cuándo? —preguntó, ya decidida.

—Cuanto antes.

Meg asintió y apuntó con un ademán a Raúl.

—No voy a entrar sin anunciarme. Que él vaya por delante y nos anuncie. Estoy segura de que saldrá todo bien. Acércate.

Pero Raúl permaneció en su lugar, con una mirada interrogante hacia Beatriz.

—Sólo habla francés —explicó la doncella.

Meg enganchó con el índice el mandil de Raúl y apuntó sucesivamente a Beatriz, a sí misma y al castillo.

—Pickering —dijo con énfasis, haciendo un gesto obsceno con el índice en el puño cerrado de la otra mano— Soldados —agregó en francés.

Raúl se ruborizó al ver el ademán, pero replicó haciendo la higa con el pulgar entre el índice y el medio para manifestar que lo había entendido.

—Ouil, madame.

De manera que aquel mediodía Meg la Roja y Beatriz de Morley se presentaron en el sendero por donde se iba al castillo que se alzaba, formidable, ante ellas. Las dos mujeres se habían soltado el pelo y Meg peinó un rato la melena castaño—rojiza de la joven, lo bastante cerca del castillo como para que la acción fuese vista desde las almenas. Beatriz alzó los ojos para contemplar las ciclópeas murallas, que parecían nacer de las mismas entrañas del peñón. A la izquierda tenían la torre Rosamunda y enfrente la de la entrada principal, adonde se había dirigido Raúl para hablar por señas con los centinelas. Parecían enanos en comparación con las colosales dimensiones de la fortaleza. Desde la lejanía Raúl las llamó haciendo aspavientos.

—Vamos allá, tenemos entrada —dijo Meg la Roja, más familiarizada con aquel género de situaciones.

Beatriz la siguió, el corazón latiéndole con fuerza, pues no ignoraba cuál era el precio que se vería obligada a pagar para tener acceso adonde estaba Ricardo.

Las horas siguientes quedaron en el recuerdo de Beatriz como una pesadilla temerosa y confusa: los gritos y las risotadas de los hombres, el olor a comida y cerveza en el aire, las manos ásperas y brutales que sobaban la piel delicada, su miedo y su angustia... y Meg, quien se comportaba como si estuviera pasándolo estupendamente, mientras Raúl se ocultaba como un hurón espantado en el rincón más oscuro y apartado que logró encontrar.

Por fortuna los soldados no tardaron en descubrir que Meg tenía mucha mejor diversión que ofrecerles, y dejaron a Beatriz relativamente en paz.

Casi de madrugada quedaron todos dormidos por fin y Beatriz se incorporó despacio, procurando no hacer ruido. Desde las rodillas hasta el ombligo se sentía como una manzana podrida, como una fruta corrompida y más estropeada por dentro que por fuera. Recogiendo del suelo su pañuelo, se acercó a la mesa larga donde aún quedaban restos de la pasada cena y envolvió unas hogazas de pan, algunas frutas y un botijo de agua. Sobre un banco encontró un manto largo de lana, con el que hizo otro hatillo para dejarlo al lado de la puerta junto con las provisiones. Luego buscó a Meg, que dormía medio derrumbada sobre un soldado, la sacudió del brazo y le significó por señas que se levantase. Ella se puso en pie y recogió sus prendas de entre los cuerpos que roncaban, sudaban y hedían. Mutuamente se ayudaron a poner en orden su indumentaria y salieron sigilosamente, seguidas por Raúl.

Beatriz respiró con alivio. Pasaron con cautela frente a las habitaciones de los criados. Los establos estaban a rebosar de caballos, seguramente debido a los preparativos de guerra que había dispuesto el conde de Lancaster y que les obligaban a reforzar las guarniciones y hacer acopio de víveres en todos sus castillos. La joven volvió de nuevo la mirada hacia la poderosa torre, al este de la muralla. La gruesa puerta forrada de hierro y empotrada en una especie de hornacina, en cuya parte baja se abría una especie de respiradero, sin duda era la que daba acceso a los calabozos.

Beatriz apoyó una mano en el hombro de Raúl y éste siguió la dirección de su mirada. Meg tomó a Beatriz de la manga y meneó la cabeza con énfasis, al tiempo que agitaba la otra mano en señal de despedida. Luego se encaminó sin pérdida de tiempo hacia una poterna; a ella no la atraparían por robar una capa, ni mucho menos tenía intención de dejar que la sorprendieran en los calabozos y la ahorcaran por lo uno o por lo otro. La joven ya no la necesitaba y antes de que amaneciese pensaba poner mucha tierra por medio.

Beatriz y Raúl consiguieron cruzar el patio anterior sin ser vistos por los centinelas de los adarves. Pronto se hallaron delante de la puerta herrada de la torre del Molino por donde se entraba en las mazmorras. Estaba sin guarda, pero quedaban expuestos al resplandor de una antorcha colocada en un argolla del muro junto a la entrada. Beatriz se decidió rápidamente y se hizo con la antorcha.

Raúl recorrió los cerrojos. La puerta no estaba cerrada por dentro. Instantes después se hallaron en un pasillo a oscuras, conteniendo el aliento. Reinaba un espantoso hedor a muerto. Era en efecto un calabozo, pero estaba vacío, y no vieron sino una máquina con poleas y cuerdas, así como otras herramientas de tortura colgadas de las paredes.

Con una mirada de horror y desesperación se volvió Beatriz hacia su joven acompañante, el cual le indicó un rincón oscuro a la izquierda, donde se atisbaban los dos primeros peldaños de una escalera de caracol.

Raúl tomó a su ama de la mano y se adelantó escaleras abajo, hasta que se detuvo frente a una cancela de hierro.

Ella se acercó, titubeando, temiendo lo que iba a ver, aunque no estaba preparada para la imagen horrible que se ofreció a su vista. Más allá de la reja de hierro y del muro de piedra terminado hasta la altura de las caderas, contempló con un escalofrío de terror el cadáver de un anciano tendido en el suelo.

Al principio Ricardo mataba a cadenas las ratas que asediaban al difunto pero en los últimos días, ya demasiado debilitado y mordido él mismo varias veces, hubo de claudicar y contemplar sin hacer nada cómo empezaban a devorar el cadáver de Tomás, a tal punto que ya empezaban a asomar los huesos.

Luego reparó en una figura que yacía derrumbada un poco más atrás, inmóvil, sin respiración apreciable. Tal vez llevaba así varios días, pero Beatriz

supo que era él e intuyó que aún estaba con vida. «Pero la muerte estará entre vosotros», había dicho la bruja de Wirral, y Beatriz comprendió entonces el significado de aquellas palabras.

—Ricardo —llamó en voz baja, incapaz de contenerse por más tiempo.

Él levantó la cabeza despacio, muy despacio, y los ojos sin expresión la miraron desde el fondo de sus negras cuencas. Tuvo un estremecimiento, aunque no de frío, pero no dio otras muestras de reconocerla, hasta que los labios delgados y exangües se movieron:

—¿Por qué me persigues? —no era una pregunta, sino un reproche. Beatriz quedó como paralizada, incapaz de articular palabra, y vio que él alargaba una mano esquelética y alzaba la cabeza del difunto—. ¿Tú puedes verla, Tomás?

Las órbitas vacías que en otro tiempo contuvieron un par de ojos la contemplaban. Raúl, que se había refugiado detrás de su ama, profirió un grito de terror y echó a correr escaleras arriba. La soledad, en efecto, había conducido a Ricardo al borde del desvarío; hablaba a solas y conversaba con el cadáver del anciano templario.

—¿Por qué me has abandonado, Tomás? No soporto este silencio. ¿Puedes verla? Son los fantasmas de mi pasado que me visitan, y ella es la más asidua. Yo la he desterrado de mi corazón y de mi alma, y sin embargo ella me persigue. No tengas miedo de ella, Tomás. No es más que un espectro. ¡Ah! ¿Lo ves? Ya ha desaparecido otra vez.

Ella continuaba allí como petrificada, pero la luz de la antorcha cegaba los ojos del prisionero, que llevaba casi un año sin ver la claridad del día. Con cuidado, abandonó de nuevo la cabeza del muerto en el suelo e hizo un ademán hacia la reja, como tranquilizándose a sí mismo.

—Se ha ido —repitió; cerca de él escarbaba una rata y él la llamó con un gesto—. Ven, preciosa. Ven y devórame. ¡Es horrible que tarde tanto en llegar la muerte!

Beatriz se mordió el puño para no gritar. Los diminutos ojos vidriosos de la inmundada bestezuela contemplaban la mano de Ricardo, pero estaba ahita y no atacó, sino que se volvió hacia el respiradero, donde se ocultó.

—¡Valor, Ricardo! Yo te salvaré. Pronto estarán aquí los refuerzos. Mira, toma este manto. Te he traído pan, agua y manzanas.

Él la miró largo rato y luego tendió hacia ella un índice tembloroso.

—Sí, ahora la veo. Es la cervatilla de color pardo que viene a enterrar mi cadáver. ¡Dejad que los cuervos cumplan con su misión... o mejor, las ratas! El mundo se ha olvidado de mí. Más vale así.

Beatriz introdujo a través de los barrotes el pan, y luego el cántaro de agua y las manzanas. Por último le echó el manto mientras él miraba sus movimientos con ojos desconfiados.

—Me están volviendo loco —oyó que murmuraba—. Incluso puedo oler las ficciones de mi imaginación, pero desaparecerán tan pronto como vaya a tocarlas.

Tosió y se inclinó hacia delante, apoyando una mano en el cochambroso suelo.

—Tómalo, Ricardo. Procura conservar la vida. ¡El auxilio no tardará!

Se oyeron unas voces en la entrada y luego el ruido de unos pasos en la escalera de caracol. El prisionero pareció volver en sí al escuchar el alboroto. Como un animal demasiado atemorizado para acercarse, pero irresistiblemente atraído por el olor de la comida, avanzó de súbito resbalando sobre las rodillas para acercarse a la cancela, tocó los alimentos y dio un respingo de espanto al comprobar que eran reales. Entonces arrebató precipitadamente los dones ofrecidos y tras breve titubeó, tiró de sus cadenas tratando de acercarse más a la puerta, con la mano tendida para tocar la de ella. Al aproximarse, ella pudo

ver su palidez entre las greñas de sus largos cabellos y su barba revuelta, así como el brillo delirante de sus ojos. No sólo estaba famélico, sino también enfermo.

Los pasos se oían al pie de la escalera. Ricardo lanzó una rápida ojeada y retiró la mano. Antes de que los guardianes alarmados por el grito de Raúl hubiesen llegado junto a la puerta, él se había retirado de nuevo a su rincón ocultando tras de sí el botín.

Mientras los esbirros se la llevaban, ella se volvió por última vez y vio que miraba de nuevo el muro y las piedras con que iban a emparedarlo, y oyó su voz que gritaba con desesperación:

—¡No me dejéis solo!

La palabra no es más que viento; deja la palabra y elige la acción.

John Lydgate, Secrees of old Philisoffres.

Cuando Fernán de Uzès recibió el mensaje urgente de Inglaterra no desperdició un instante y marchó al galope tendido hasta la costa, donde tuvo la buena fortuna de embarcarse y zarpar inmediatamente.

Tan pronto como puso el pie en suelo inglés aferró de nuevo las riendas y no las soltó hasta que avistó los tejados de Malton y se enjugó el sudor de la frente con la manga polvorienta.

Habría preferido comer y descansar un poco antes de presentarse ante la doncella de Morley, pero Aymer le había encarecido «cabalgar como un demonio y desatar el infierno» tan pronto como hubiese llegado a destino.

Por fin había llegado y el infierno pronto iba a desatarse. En el plazo de veinticuatro horas podría contar con una quincena de caballeros templarios armados hasta los dientes y dispuestos a acompañarle.

Continuó al paso para recobrar el aliento, cuando le sobresaltó una súbita agitación en los matorrales. Inmediatamente echó mano a la espada; desde que los templarios habían dejado de vigilar los caminos, las terribles partidas de bandoleros campaban a sus anchas, tanto más por cuanto los barones andaban a su vez muy ocupados en perseguir al rey y a su favorito.

—¡Raúl!

—Beau sire— dijo el muchacho con humildad, poniéndose de hinojos para incorporarse en seguida y acercarse corriendo a tenerle el estribo.

—¿Me esperabas aquí? —le preguntó Fernán, de buen humor.

—Toda la semana, messire —respondió el chico aliviado por la presencia de una persona amiga; desde aquella jornada horrible no se había atrevido a abrir la boca—. Tienen prisionera a lady Beatriz.

—¿Qué? ¿Quiénes?

Fernán requirió precipitadamente las riendas y contempló con alarma a su pequeño compañero. Sólo entonces advirtió las profundas ojeras de Raúl, su semblante pálido y flaco, y las ropas que colgaban de su cuerpo famélico.

—No vayáis a Malton, messire. Es posible que os estén esperando.

—Pues vayamos antes a las colinas, donde estaremos seguros y te daré algo para que llenes tu estómago. Luego me lo contarás todo. Mis hermanos aún tardarán un día más, y por supuesto no tengo ninguna intención de ir solo a Malton...

El sol desaparecía ya por poniente mientras ellos devoraban los restos de la cena bajo la última luz del crepúsculo. Luego durmieron por turnos, y Raúl empleó sus guardias en atender al corcel del templario. En ello estaba cuando oyó el galope de muchos cascos.

—Messire —susurró al tiempo que se volvía, pero Fernán ya estaba despierto y poniéndose en pie.

—Ya los he oído —asintió.

Avanzaron con sigilo al abrigo de los matorrales hasta asomarse a un saliente de roca. Fernán se llevó una mano a los labios e imitó la llamada de la lechuza. Cuando la repitió por segunda vez los recién llegados tiraron de las riendas e hicieron alto. De nuevo se oyó el canto de la lechuza repetido tres veces detrás de una peña.

—Vuestro caballo está enjaezado, messire.

—Está bien, ¡sube a la grupa!

Como no se habían molestado en establecer campamento, apenas dejaron un par de huesos roídos y un puñado de ceniza que revelasen su estancia nocturna. Habían recorrido menos de una milla cuando se plantó delante de ellos Edmundo el León, a la cabeza de sus hombres.

—¡Mirad! —apuntó Fernán hacia el camino que discurría al pie del peñón y en dirección al norte.

Pese a la oscuridad pudieron distinguir una columna de hombres de a caballo y soldados de a pie que salía de la poterna y enfilaba aquel sendero.

—¿Qué estarán tramando? —preguntó Edmundo en tono pensativo.

—Yo diría que el conde está concentrando sus fuerzas para lanzar un ataque contra el favorito del rey. Si ésas son las intenciones de Lancaster, ¡bendito sea! No podríamos desear nada mejor para nuestros planes —sonrió Fernán.

—¿Vamos allá? —propuso el León.

—Sin reparar en bajas, hermano.

Faltaba apenas media hora para que asomase la primera claridad de la aurora, pero no necesitaron más para situarse al pie de las murallas del castillo, sin que un solo ruido, ni siquiera una rama quebrada denunciase su aproximación. Esperaron mientras los de dentro bajaban el rastrillo de la puerta posterior y levantaban el puente. Hacia levante el cielo empezaba a teñirse de índigo; los soldados del conde habían desaparecido en lontananza y todo parecía tranquilo alrededor de la fortaleza.

Por los recodos del camino que conducía a la entrada principal asomó un fraile. Iba despacio y, a lo que parecía, malherido, pues trastabillaba y se llevaba a la cabeza una mano manchada de sangre. La capucha calada sobre el rostro no dejaba ver sus facciones, aunque sí el extremo de la indómita barba rubia. Levantaron el rastrillo para que entrase, pero él tropezó y cayó precisamente debajo de las aguzadas puntas. Los dos centinelas de la entrada acudieron a ponerlo en pie, y mientras se inclinaban sobre el corpulento monje, cinco de los compañeros de éste, que habían permanecido escondidos en el foso debajo del puente levadizo, los atacaron por la espalda. Los centinelas cayeron sin proferir un quejido al tiempo que Edmundo se incorporaba, corría a levantar del todo el rastrillo y abría de par en par las puertas franqueando el paso al resto de los hombres de a caballo. Éstos entraron al galope, encabezados por Fernán, atronando el patio de la fortaleza. El francés echó pie a tierra; a su espalda, Raúl saltaba del caballo de Edmundo. Tras breve combate, los caballeros escalaron los adarves y desarmaron al resto de la guarnición, consistente en una treintena de soldados de a pie, la mayoría veteranos.

—No hagáis muertes —gritó Fernán por encima del hombro.

Dejaron los caballos sueltos en la plaza de armas para multiplicar la confusión de los sirvientes del castillo.

Raúl corrió como una centella hacia el otro lado, en busca de la torre de las mazmorras, seguido de Fernán, Edmundo el León y otros cuatro caballeros.

—La puerta está cerrada —jadeó Raúl, sofocado por la carrera.

Edmundo embistió con todo su peso contra la puerta, cuyas bisagras crujieron, pero resistió. Un segundo asalto amplió el efecto, y el tercero produjo los resultados deseados. Al instante se hallaron en el oscuro recinto donde antes empezaba la escalera de caracol que conducía a los sótanos, pero ya no estaba allí. Un somero examen de las tablas recientemente clavadas en aquel lugar así como de la losa de piedra que disimulaba el respiradero les permitió descubrir que estaban en el camino acertado.

—¡Traed una antorcha! —exclamó Fernán.

Con precaución, bajó los primeros escalones a tientas. Abajo no se veía nada más que una pared de piedra. Fernán pasó los delgados dedos sobre la superficie del muro.

—El mortero aún está húmedo. No será difícil echarla abajo.

Hizo una seña a sus seguidores, que regresaron a la habitación de la entrada y se hicieron con algunas de las herramientas de tortura que colgaban de las paredes, como cadenas, barras de hierro y grilletes, de las cuales bajaron las más pesadas. Fernán se hizo atrás y observó cómo derribaban la pared. La hilada superior cayó con estruendo y salió por la abertura un hedor que tumbaba de espaldas. Algunos se tapaban la nariz mientras rompían la cerradura de la cancela.

Haciéndose a un lado, dejaron que pasara Fernán, seguido de Edmundo con la antorcha. El francés puso pie sobre el primero de los tres escalones y se detuvo, estupefacto. Ricardo seguía acurrucado en la misma postura en que le había encontrado Beatriz, indiferente en apariencia a los golpes que habían derribado el muro. Fernán exhaló un grito de compasión y avanzó unos pasos, pero sin atreverse a tocar al prisionero.

—¡Ricardo!

Con infinita lentitud, éste alzó el rostro y miró a Fernán con ojos en los que brillaba la fiebre.

—¿Es otro sueño? —murmuró con voz casi inaudible.

Con un esfuerzo, alzó la flaca mano para tocar lo que creyó ser una aparición. De súbito adelantó el brazo y agarró la muñeca de Fernán con todas las fuerzas que le restaban, como si fuese lo único que aún le unía a la vida. Bajó la cabeza exhalando un extraño quejido, hasta apoyar la frente en los puños de Fernán, y empezó a llorar como una criatura.

—Ah! Juste Ciel! Le Seigneur est bon! —exclamó Fernán.

Quitándose la capa de los hombros, envolvió en ella al enfermo con todo cuidado y lo sacó en brazos. Una vez arriba lo acostó sobre unas parihuelas y le cubrió los ojos con un paño para que no los hiriese la luz del día. De nuevo regresó con sus compañeros a la celda para recoger en un sudario los restos mortales del anciano. El hombre de las parihuelas fue llevado a un carro de heno que la guarnición del castillo había abandonado en los establos, y salieron de allí casi tan deprisa como habían entrado.

*Empeñados en causa justa por corregir entuertos que agravian
hemos combatido con honor, pero los cielos el éxito nos han negado.
La rueda de la fortuna sobre nosotros pasó sin dejarnos un asomo de
esperanza: El ancho mundo se abre ante nosotros, pero es un mundo
sin amigos.*

Robert Burns, Strathallan's Lament.

Durante casi una semana Ricardo permaneció en el filo entre la vida y la muerte. Durante los largos períodos de inconsciencia, Ferrán le introducía un poco de líquido por entre los dientes. Ni por un momento lo dejaron solo; siempre le velaban Raúl o Fernán al lado de su yacija, en la pequeña choza de adobe construida en medio del bosque de Sherwood. Por último la vida resultó más fuerte y poco a poco se instauró la convalecencia. El sexto día Ricardo abrió de pronto los ojos. Lo primero que vio fueron las tensas facciones de Raúl; luego su mirada se volvió hacia el techo de la habitación, desconocido para él. Miró otra vez al chico y exclamó:

—¡Por san Juan! ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Raúl se puso en pie de un salto y sacó la cabeza por la puerta de la cabaña:

—¡Messire de Uzès!

Fernán interrumpió en seguida su charla con Edmundo el León junto al caballo de éste, que echaba vaho, y siguió al muchacho hacia el interior de la choza.

—¿Estoy en Francia? —preguntó Ricardo con incredulidad—. ¿Estoy libre? El francés rió.

—No, no estás en Francia, pero sí estás libre.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Ricardo, y cerró un instante los párpados para saborear mejor aquella sensación.

—Bienvenido entre los vivos —oyó la voz de Fernán.

Ricardo se incorporó no sin cierto esfuerzo.

—¿Qué ha pasado con la orden?

—¿De veras quieres saberlo? —preguntó Fernán—. Quiero decir si crees que podrás resistirlo.

—Puedo hablar y escuchar. Con eso será suficiente —le aseguró Ricardo.

Fernán llamó a Edmundo, quien saludó cordialmente a su comendador. En seguida el francés empezó:

—Sabrás que el concilio se reunió en octubre del año pasado en Vienne, y que toda discusión sobre los templarios quedó aplazada hasta la llegada del rey Felipe. El soberano se presentó a mediados de febrero con su cuñado Luis de Navarra, Nogaret el Terrible, el conde de Saint—Paul, el conde de Boulogne, Enguerrand de Marigny, Guillermo de Plaisians y el resto del séquito, ¡distinguida sociedad, por cierto! Nosotros nos retiramos hacia las montañas alrededor de Lyon en espera de acontecimientos, y enviamos una delegación de nueve caballeros para que se presentasen ante el concilio como defensores de la orden. Los apresaron antes de que consiguieran decir ni una palabra, con lo que resultó claro para mí que todo estaba perdido. Me reuní con Aymer, a quien habíamos dejado atrás, y lo puse al corriente. Y cuando salí de Francia la situación era la siguiente: los secuaces de Felipe, en debate diario con el papa y los cardenales. Nadie entendía lo que pasaba, y mientras tanto Felipe jugando al gato y al ratón con el papa. Le enviaba unas notas breves

invitándole a disolver la orden sin demora y transferir nuestras propiedades a otra orden militar de nueva creación. A lo que el papa le contestaba con otras notas todavía más breves, diciendo que en caso de expropiarse nuestros bienes, al menos una parte de ellos debería reservarse para la protección de los santos lugares.

Fernán calló e hizo seña a Edmundo para que continuase él la narración.

—La última noticia, que recibí ayer —dijo Edmundo—, asegura que Felipe despachó a Marigny con un encargo secreto para el palacio papal. Nadie sabe lo que se habló allí, pero el día 20 Felipe visitó al papa en compañía de una impresionante escolta de hombres armados, y también estaban allí Carlos de Valois y sus tres hijos. En consecuencia, el papa Clemente anunció en sesión solemne y con carácter oficial su decisión, no la del concilio, de suspender la Orden del Temple por un período de doscientos años. En base a un edicto provisional, por cierto, no una sentencia.

Hubo un largo silencio. Ricardo fue el primero en recobrar el uso de la palabra.

—¡Destruye la orden sin atreverse a condenarla! ¡Maldito cobarde! ¿Qué decidió el concilio acerca de Bonifacio? —preguntó en seguida.

Edmundo asintió:

—Libre de toda acusación de herejía. Ésa ha sido la concesión de Felipe.

—¿Concesión? —se burló Ricardo—. Así queda claro lo que le pidió Marigny a Clemente. El honor de su gran amigo Bonifacio a cambio de nuestra orden. El papa nos ha vendido, ¡y vive Dios, qué cambalache tan infame!

Los demás le miraron con asombro, pero acabaron por reconocer que tenía razón.

—¿Y nuestras propiedades? —preguntó Fernán, que tampoco estaba al corriente de los últimos acontecimientos.

—No se ha logrado ningún acuerdo.

Ricardo comentó en su tono cínico habitual:

—Ya se le ocurrirá a Felipe algún procedimiento para embolsarse el dinero sin importar lo que el papa conceda o no. Es lo que se propuso desde el primer momento, eliminar nuestro poderío y hacerse con nuestras riquezas.

—Peor podían acabar las cosas —comentó Edmundo—. ¡Piensa en los que han ardidado en la hoguera!

—Y en los que murieron en el tormento. Pero tal vez La Lechuza nos reserva todavía una sorpresa.

No podía imaginar entonces hasta qué punto iban a resultar ciertas aquellas palabras dichas en broma.

Ricardo cerró los párpados. El hablar todavía le fatigaba mucho, y escuchó las voces de los dos hombres como si provinieran de muy lejos.

—¿Qué pasará con los encarcelados? —preguntó Fernán.

—Por lo que se refiere a Inglaterra —respondió Edmundo— tenemos la seguridad de que soltarán a la mayoría. Algunos, no obstante, han sido condenados a cadena perpetua, y otros tendrán que hacer penitencia en un convento. Nuestro maestre Guillermo de la More quedará encerrado en la Torre para el resto de sus días.

—Así pues, poco pueden esperar nuestro gran maestre ni los demás caballeros principales prisioneros en París. Los hermanos de Francia han corrido peor suerte, como siempre.

Edmundo se encogió de hombros.

—Aceptemos las cosas como vienen, si tal es la voluntad de Dios.

Aquí yacen los que tuvieron reinos y tierras, y ahora fuerza no tienen ni para mover la mano. Aquí una parcela donde en verdad se ha sembrado la más rica, la más real semilla. Aquí la arena, la sustancia deleznable que dan de sí los despojos de los reyes.

Francis Beaumont, On the tombs in Westminster Abbey.

Apenas dos semanas después el pequeño grupo de templarios se vio obligado a levantar el campamento, al enterarse de que los barones marchaban hacia el norte con sus ejércitos y seguramente pasarían por el bosque de Sherwood.

Fernán ensilló los caballos y emprendieron lenta retirada hacia el sur, tomándose todo el tiempo necesario para comer en abundancia y descansar muchas horas.

Por fin, hacia finales de abril, avistaron la ciudad a orillas del Támesis y fueron cordialmente recibidos en el castillo de Blanca.

A la mañana siguiente, un sol pálido y un cielo azul engalanaron los enjalbegados muros del palacio de Westminster. Desde el castillo era corto el recorrido a pie, y Ricardo anunció a los compañeros su intención de oír misa en la abadía.

Con excepción de los frailes y los sacerdotes que celebraban la misa, la iglesia de la abadía se hallaba casi desierta; los escasos cortesanos que le quedaban al rey Eduardo le habían acompañado al norte, o se habían sumado a la expedición de los vengativos barones que perseguían al favorito. Fernán contempló con atención a su amigo, que parecía totalmente absorto escuchando los versículos en latín y permaneció de hinojos durante todo el oficio.

Dicha que fue la última plegaria, Ricardo abrió los ojos, contempló el altar con sus vasos de plata y las vestiduras sacerdotales con sus ricos colores y sus bordados de oro, mientras aguardaba a que los frailes abandonaran el templo.

Se hizo un profundo silencio. Quedaron sólo dos acólitos dedicados a cambiar las velas y limpiar los lamparones que habían caído sobre los candelabros de plata y las relucientes baldosas del suelo.

Ricardo se incorporó con esfuerzo y rechazó amablemente la mano de Fernán que le ofrecía su apoyo.

—Quiero ir solo —dijo en tono sereno.

Arrastrando los pies, Ricardo cruzó poco a poco el coro y entró en el santuario, donde se encaminó derecho hacia la sencilla losa de pesado mármol negro de Purbeck que cubría la sepultura de piedra de Caen donde descansaban los restos de Eduardo I.

Titubeando alargó la mano hacia la losa sepulcral. Su semblante estaba pálido, la mirada fija en la brillante superficie del mármol que, a diferencia de las demás sepulturas de la capilla, no ostentaba la efigie del difunto. Si hubiese existido tal retrato habría podido contemplar los restos del gran soberano que había amado la justicia tanto como el mismo Ricardo, y tal vez habría podido comprobar también hasta qué punto él se asemejaba a su padre.

Luego volvió los ojos hacia las serenas facciones de la efigie dorada sobre el sepulcro de la reina Leonor, la mujer cuyos sentimientos sin duda debió conmocionar el nacimiento de un hijo bastardo en el castillo de Rhuddlan sólo

diez días antes de parir a su propio hijo, Eduardo. Las líneas puras de aquel bello rostro irradiaban paz, piedad y modestia.

Ricardo cayó súbitamente de rodillas, la mano aferrando el borde de la losa de mármol. Y mientras rezaba, se sintió penetrado de una insólita serenidad, y el vacío de su alma reemplazado por aquella paz que había anhelado durante tantos años.

Fernán estaba como paralizado.

—Ricardo Plantagenet —se dijo a sí mismo mientras contemplaba al hombre arrodillado.

Sólo cuando Ricardo alzó la cabeza se atrevió a entrar en actitud respetuosa y le ayudó a ponerse en pie.

Ricardo volvió hacia él sus ojos profundamente hundidos en las sombrías cuencas.

—Que esto quede en secreto entre nosotros hasta el día de nuestra muerte.

A la mañana siguiente se dirigió a caballo hasta la Torre y solicitó autorización para visitar a Guillermo de la More, el que fue maestre de los caballeros templarios de Inglaterra. Como era de suponer que tal autorización le sería concedida sin demasiadas dificultades, hallándose temporalmente abolida la orden e indultados en su mayoría los freires ingleses, no tuvo inconveniente en dar su nombre.

—Ricardo de Rhuddlan, templario liberado.

En efecto fue admitido en seguida a presencia del prisionero. Le halló en un aposento bastante confortable. Aparentaba más años de los que tenía y se echaba de ver que su salud estaba quebrantada. Ricardo se hincó de rodillas y besó el anillo de la mano ofrecida. El maestre se detuvo a escrutar el rostro del visitante sin decir palabra.

—Bienvenido a casa, Ricardo —dijo por último con una sonrisa—. Veo que has sufrido tiempos difíciles.

—Como todos nosotros.

Guillermo asintió y repitió con triste suspiro:

—Sí, como todos nosotros. ¿Qué te trae por aquí?

Ricardo rebuscó entre los pliegues de su camisa y mostró el documento acusador con los dos sellos, el de Guillermo y el de Lancaster.

—Esto.

Entregó el pergamino al maestre, y antes de que éste le preguntase nada explicó:

—Hace años lo sustraje de nuestra cámara del tesoro.

El maestre le dirigió una mirada de reproche, pero no dijo nada.

—De todos cuantos estaban al corriente del asunto, seguramente vos sois el único que sigue con vida, excepto el conde, naturalmente —prosiguió Ricardo—. Tomás de Lincoln está muerto.

El maestre se persignó y Ricardo agregó:

—Estoy enterado de la primera parte de la historia de mi nacimiento.

El maestre alzó un poco la cabeza y le lanzó una atenta ojeada:

—¿Lo supiste por Tomás? —y cuando el otro asintió con la cabeza, continuó—: Quebrantó un juramento, Dios se lo haya perdonado. Pero ahora ya no tiene importancia.

Tras una breve pausa, Guillermo prosiguió:

—Así pues, deseas conocer el resto. No veo por qué debería negártelo, ya que la orden ha dejado de existir —entrelazó los dedos sobre las rodillas y comenzó—: Cuando tenías unos cinco años, el rey acudió a nosotros y confió su secreto a un caballero que era entonces el maestre del New Temple. Anunció que te había destinado a la vida eclesiástica y, en particular, su deseo de que entrases a formar parte de nuestra hermandad. El maestre lo rechazó

porque la constante presencia de un vástago real entre nosotros, bastardo o no, podía constituir una fuente de peligro, lo cual no deseábamos. Además era de temer que el rey se sirviera de ti para escudriñar nuestros secretos. En lo que se acogió al precedente de un príncipe francés que, por la misma razón, tampoco había sido admitido en la orden. Cuando Eduardo insistió, el maestre se avino a ello bajo la condición de que tú no llegaras a saber nunca la verdad. No será necesario que te diga que su petición le costó al rey una pequeña fortuna. Y como, naturalmente, no podía tomarla del erario, firmó nuevos reconocimientos de deuda con la promesa de redimirlos en ocasión futura. De todo esto me enteré yo cuando asumí la sucesión de mi predecesor. Y poco a poco fui dándome cuenta de que el rey visitaba a veces el Temple, de incógnito, para informarse acerca de tus progresos. Incluso dejé que te viese desde un escondite, pero sólo cuando tuve la completa seguridad de que tú no te darías cuenta. Y en ocasión de su última visita, quemamos todas las pruebas y le fue condonado el resto de la deuda, en la parte que dependía de ti.

—¿Solicitó entonces que yo debía llevar su corazón a Tierra Santa cuando él muriese?

—Así es. Soñaba con una nueva cruzada. El corazón del rey difunto sería llevado a los santos lugares por ciento cuarenta caballeros, nada menos, para lo cual había destinado la bonita suma de treinta y dos mil libras. Tú encabezarías la expedición en calidad de consejero de su comandante. Y en efecto, durante los últimos meses fuiste bien preparado para esa misión, prescindiendo de tu falta de experiencia, pues nos pareció que no tardarías en adquirirla.

Ricardo escuchaba en silencio. ¡Cuán distinta habría sido su vida si Eduardo, el hijo del primer Eduardo, hubiese respetado la última voluntad de su padre en vez de consumir la cuantiosa herencia en sus caprichos y los de su favorito Gaveston!

—Pero eso no se cumplió, sino que fui expulsado y abandonado a mi destino. ¿Por qué?

—En su lecho de muerte, el rey nos escribió una carta secreta. Habían llegado a sus oídos ciertas confesiones dudosas de un hermano nuestro, Esquin de Floyrano, de Villani, en las que se acusaba a la orden de corrupciones monstruosas. En la carta nos decía que tenía motivos para suponer que el rey de Francia prestaría oídos a los falsos testimonios del renegado, así como a otros rumores, y solicitó que se te alejase del Temple tan pronto como la situación empezase a cobrar mal cariz. A lo que parece, hacia el final de su vida esperaba mucho de ti, tal vez porque el joven Eduardo se había revelado como un frívolo inconsciente. En este aspecto, naturalmente, no podía mandar sobre nosotros, por lo que habíamos descartado ya la petición, poco más o menos, cuando se nos presentó Lancaster con sus inauditas exigencias de dinero.

¿Cómo era posible que él no hubiese notado nada?, se preguntó Ricardo. ¡Qué bien habían sabido disimular todos ellos sus pensamientos y sus sentimientos!

—Fallecido el rey en julio, Lancaster vio llegada su oportunidad y no perdió ni un instante. Sin duda, no llegaremos a saber nunca cómo se había enterado. Cabe la posibilidad de que el anciano rey hiciese confidencias a su hermano Edmundo Crouchback, el anterior conde de Lancaster, aunque faltaría saber cómo consiguió arrancarle Tomás el secreto a su padre. Como quiera que sea, nos planteó el asunto y se echó de ver en seguida que hablaba en serio. En realidad nosotros no conocíamos el detalle de la intriga, de manera que no supimos qué pensar cuando él nos aseguró que efectivamente el primer Eduardo había trocado al príncipe auténtico por el bastardo en la cuna. «¿Por

qué nombró Eduardo príncipe de Gales a su hijo?», fue su argumento. «Porque lo era en realidad.» Y nos amenazó con publicar que el rey actual era un impostor, si no pagábamos el precio de su silencio.

»En el fondo planeaba coronarse a sí mismo y librarse de ti antes de que llegaras a conocer el secreto. De momento, sin embargo, nos exigía dinero. Como tú ya sabes, se lo dimos, porque no deseábamos vernos envueltos en semejante conflicto, que habría sido largo. Tomás de Lincoln y yo debatimos el problema toda la noche, y él llevó el peso en su conciencia durante los quince años que estuvo a tu lado como tutor. Lo mismo que yo en la mía, durante todos estos años y desde que asumí la jefatura del Temple.

»Quedaba la cuestión de si debíamos armarte caballero e iniciarte en los secretos de nuestra hermandad. Una vez hubimos llegado a la conclusión de que en caso de hacerlo así deberíamos enterrar por completo el pasado, comprendimos que nuestros labios debían quedar sellados para siempre, hasta la muerte. Porque una sola palabra imprudente habría bastado para que fuese posible utilizar en contra de nosotros y para el beneficio tuyo, o el del rey, todo cuanto te habíamos enseñado. Hoy ese peligro ha dejado de existir, como el Temple mismo. Y no será necesario que te cuente lo que sucedió entonces. Era preciso que salieras, pero no podíamos aducir una razón plausible para ello, así que optamos por no darte ninguna y fiar el resultado a tu buen sentido.

Ricardo guardó silencio largo rato, mientras procuraba asimilar aquellas revelaciones. Pero ya un golpe en la puerta de la celda le anunciaba que su tiempo había terminado.

—Ve, Ricardo, hijo de Eduardo —dijo Guillermo con fugaz sonrisa—. Tienes la libertad, tienes la vida y tienes la juventud. Empléalas bien.

Ricardo se alzó del escabel y se hincó de rodillas para recibir la bendición del maestro.

*Sentado a solas junto al fuego, rezo implorando sabiduría:
serenidad para recordar, o valor para olvidar.*

Charles Hamilton Aidé, Remember or forget.

Una noche, algunas semanas más tarde y sentados junto a las chisporroteantes llamas del hogar, porque las noches aún eran frías, bebían vino caliente con especias en grandes copones de estaño. Ricardo acababa de pagar el precio de su cabalgata hasta Londres y sus visitas a la abadía y la Torre. Enfermo de fatiga, se vio obligado a guardar cama varios días. Aunque el descanso le hizo bien, estaba de humor sombrío y miraba las llamas sin ver. Aparte el resplandor de las llamas, la sala no tenía en aquellos momentos más iluminación que la débil claridad de dos antorchas. No se oía el menor ruido, excepto los chasquidos de los leños en el hogar. Las paredes, recubiertas de tapices de colores claros, armonizaban con los dibujos de las baldosas.

Blanca había demostrado excepcional habilidad para reconstruir en su castillo de Londres un pedazo de su patria; el ambiente era idéntico al de Lyons-la-Forêt.

Fernán se aburría. Golpeó con el pie de la copa en el respaldo de su sillón y se burló del sobresalto de Ricardo.

—¿Es que no piensas volver sobre la pista?

—¿La pista? ¿Qué pista?

—¡Beatriz! —exclamó— ¿Cuál va a ser?

—No estoy de humor para mujeres —dijo Ricardo, pero había un tono extraño en su voz.

—¡Condenado me vea si no es cierto que aún estarías en aquella celda apestosa, de no ser gracias a ella!

—¡No me recuerdes aquel lugar! Si algún día el castillo de Pickering cae en mis manos, destruiré la torre y no dejaré piedra sobre piedra, hasta que no quede nada para recordar que hubo allí una prisión.

—¿Y ella? ¿También has intentado borrar todo recuerdo de ella?

—Lo he intentado haciéndome violencia a mí mismo, pero sin éxito. — Ricardo sonrió al evocar la querida imagen—. Recuerdo vagamente haberla visto disfrazada de parda estameña, como una campesina, al otro lado de la reja. Estaba tan hermosa, y parecía del todo irreal. Debí soñarlo.

—¡Te digo que no! No te habríamos sacado con vida si ella no nos hubiese conducido. Estuvo verdaderamente allí.

—¿Quieres decir que fue real lo que vi? Apenas consigo recordar nada de aquellas últimas semanas. Excepto el cadáver de Tomás que tenía delante, y las ratas. Creo que flotaba entre la locura y la muerte.

—Dices bien, y ella lo comprendió en seguida. Las mujeres tienen más sentido práctico. No fuimos nosotros, sino un pan, tres manzanas y un manto los que te salvaron la vida. Sin eso no habrías resistido otros dos días. Y por esa visita ella pagó el precio más alto: ¡su honra!

Ricardo se quedó mirándole con espanto, y entonces Fernán le contó lo sucedido en el castillo de Pickering.

—¡Dios mío! ¡No le he dado más que penas y tribulaciones!

—La enviaron a su casa tan pronto como supieron quién era.

A su casa... ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que se encontraron por primera vez en los bosques de Houghton-le-Moor? Tres años, ¡una eternidad! Recordó que entonces la había comparado, en su fuero interno, con

un pergamino en blanco, limpio, sin mácula. Pues bien, ahora habían escrito en él, ¡y no pocas líneas!

—Desde aquel momento siempre la he querido —pensó en voz alta Ricardo.

Sus ojos seguían fijos en la alegre danza de las llamas del hogar, y se sonrió de nuevo al evocar los recuerdos.

—La tienen arrestada en el castillo de su padre —siguió contando Fernán—, aunque con bastante libertad de movimientos. No fue difícil pasarle la noticia de que te habíamos salvado justo a tiempo.

Ricardo meneó la cabeza y dijo:

—¡Ironías del destino! Ahora que soy dueño de mí mismo y podría amarla, es demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿para qué?

—Hace no demasiado tiempo —empezó Ricardo no sin titubeos— me costaba un gran esfuerzo el dominar mi excitación corporal cuando pensaba en ella. Ahora, aunque la tuviese delante no sucedería nada.

—Apenas ha transcurrido un mes desde que te sacamos de la mazmorra —dijo Fernán en tono de incertidumbre—. Todavía no has recobrado la salud. ¿Por qué no acudes a alguien que pueda sanarte? Yo no he acertado más que a remendarte un poco.

Ricardo se volvió despacio para mirarle cara a cara.

—No me hace falta un médico para saber lo que tengo roto. Pero me someteré a un reconocimiento, si con eso vas a quedar más tranquilo. ¿Has visto mis heridas?

Fernán asintió y se miraron largo rato sin decir palabra.

—Ella te espera, Ricardo.

—Es imposible. No puedo hacerle eso. Merece un destino mejor que unir su vida a la de un inválido.

—Estuvo un año entero buscándote. Vendió su honra, traicionó a su padre, y todo eso lo hizo por ti. ¿Crees que nada podría hacer que cambiase de opinión?

Ricardo se mesó los cabellos con nerviosismo. Dios sabía cuánto ansiaba su corazón un reencuentro con ella, pese a todo. Pero cuando pensaba en ella, se veía a sí mismo hecho una ruina humana. Sujetó la copa con manos temblorosas.

—No tengo corazón para ir a verla. No me atrevo, en una palabra.

Fernán apoyó una mano con precaución en el hombro de su compañero.

—Que lo sepa, al menos —dijo en tono suave—. Ella te echa en falta lo mismo que tú a ella. Dile la verdad, y que sea ella quien decida.

En aquel momento se abrió de súbito la puerta, y el criado anunció la llegada de un correo. El mensajero, todavía cubierto de polvo de la cabalgata, saludó con una reverencia a los dos hombres, que se habían puesto en pie.

—Messires, me envía la señora de Lyons-la-Forêt.

—¡Habla! ¿Qué mensaje traes?

Ricardo le invitó a acercarse al fuego y le ofreció una copa.

—Newcastle ha caído en manos del conde de Lancaster. Entró en la ciudad, y mi señor el rey y su esposa apenas tuvieron tiempo para huir abandonándolo todo, las joyas, las ropas, los caballos, ¡todo!

—¿Y doña Blanca? —preguntó Fernán.

—Los acompaña, junto con maese Piers y un par de criados. Se han refugiado en Tynemouth.

—¿No decían que Gaveston estaba enfermo?

—Se repuso a tiempo, señor —explicó el correo—. El rey se había propuesto continuar viaje con maese Piers dejando atrás ala reina con sus

damas de honor. Iban camino del sur cuando me ordenaron que me adelantase para ponerlos sobre aviso.

Ricardo y Fernán se miraron el uno al otro.

—Siempre el mismo Lancaster, ¡ese perro de presa! —dijo Ricardo.

—Con vuestro permiso, señor—se disculpó el mensajero por interrumpir—. El resto de los condes también van hacia el norte con sus ejércitos. Los he visto mientras venía hacia aquí.

—¿Será preciso acudir en socorro de doña Blanca?

—No, señor. La reina se halla en lugar seguro. Pero van a por el rey y su favorito.

Ricardo llamó a un criado.

—Acompañad a este hombre a la cocina y que le den una buena cena. Supongo que además querrá pernoctar aquí.

Cuando se vio de nuevo a solas con Fernán, comentó:

—Blanca nos ha enviado una advertencia. La guerra civil es inminente, Fernán. Pero si el rey no puede armar un ejército, la lucha terminará pronto. Lancaster es capaz de todo, ¡Dios nos asista, si llegase a apoderarse del trono! Vámonos de aquí.

—¿Huir? ¿Cuando hace unos momentos hablábamos de Haughton-le-Moor?

—Casualmente queda de camino —respondió Ricardo, y Fernán se quedó mirándole con extrañeza.

Ricardo se había puesto en pie y murmuró:

—El corazón del hombre le marca el camino, pero el Señor guía sus pasos. Debo ir a York, Fernán, para implorar la clemencia del rey. No quiero seguir viviendo así.

—¿No sería mejor solicitar primero el perdón de la Iglesia?

—Como es lo más difícil, lo dejo para el final.

—Sabía que eras un obstinado.

—¿De veras? ¿Te vienes conmigo?

—Tú no vas a ninguna parte sin mí, Ricardo el Inmortal. Conmigo tienes un escudero para toda la vida.

*Creado mitad para elevarse, mitad para caer,
gran señor de todas las cosas y presa de todas ellas,
juez único de la verdad y siempre sumido en el error,
gloria, burla y enigma del mundo.*

Alexander Pope, An Essay on Man.

Ataviado a la última moda, de calzón y jubón ceñidos, el rey Eduardo recibía en York a sus invitados. Ricardo se encaminó a paso decidido hacia el silencioso personaje que ocupaba un sillón de roble, e hincó una rodilla en tierra.

Fernán, que le seguía, hizo lo propio y luego se quedó mirando con asombro a los dos hombres. Ambos eran delgados y bien constituidos. La postura del cuerpo atlético de Ricardo, la cabeza erguida, la curva orgullosa de la acusada nariz y la frente despejada testimoniaban valentía, franqueza y fuerza de voluntad. Bajo su barba rizada Eduardo ocultaba el mentón delgado de su madre, de quien había heredado, además de una figura algo más frágil, el carácter cordial y las aficiones artísticas; en cambio la barbilla del Bastardo se adelantaba voluntariosa y belicosa, como la de su padre, y el semblante traducía la obstinación galesa. Además Eduardo veía otro parecido, que el francés no podía conocer...

—¿Quiénes sois? —preguntó el rey, quien solía olvidar los nombres de sus visitantes tan pronto como se los anunciaban.

—Ricardo de Rhuddlan, sire, Ricardo el Bastardo, caballero que fui del New Temple de Londres, o comendador de los templarios libres proscritos, como gustéis.

Eduardo abandonó su asiento y mandó al recién llegado que se pusiera en pie, sin dejar de contemplarle con incredulidad.

—Hablando del ruín de Roma y hete aquí que por la puerta asoma —murmuró—. Precisamente estábamos hablando de vos.

—Hablando de ángeles se oye el batir de alas —corrigió Fernán en voz no tan baja que Ricardo no lo oyese, forzando una sonrisa.

Con gran ruido de armas los dos centinelas de la guardia real que flanqueaban la puerta de la sala se acercaron apuntando las picas hacia los intrusos, pero Eduardo les hizo seña de que regresaran a sus puestos.

—Decidme cómo tenéis la osadía de presentaros en mi corte a cara descubierta —dijo entonces el rey.

—No es osadía, majestad, sino temor. Hace apenas seis semanas me evadí del castillo de Pickering, donde estaba prisionero del conde de Lancaster.

—¿Retenido ilegalmente?

—Sí. Mandó emparedarme sin formación de juicio, para que muriese de hambre.

—Me temo que el conde es muy capaz de hacer cualquier cosa que se le antoje. No entiendo cómo el temor que le tenéis os lleva a comparecer aquí.

Ricardo sonrió:

—Sire, la mayoría de mis hermanos han recibido el perdón. En cuanto a mis seguidores, no podrán ser descubiertos ni perseguidos porque yo nunca he revelado sus nombres, a fin de evitar que fuesen excomulgados e importunados por la Inquisición.

—Yo no he deseado esas persecuciones. Habladme de lo que concierne a vos mismo.

—No temo al conde de Lancaster, y sé lo que voy a hacer el día que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Y si ese día no llega, lo dejo al arbitrio de Dios. Porque yo sí temo a Dios, y temo a las leyes del reino en donde he elegido vivir. Vos quisisteis perdonar a mis hermanos, ¿querréis incluirme en vuestro acto de clemencia?

—¿A vos, un insumiso, un excomulgado que ha desafiado las leyes de mi reino así como a la Inquisición, a los obispos e incluso al papa?

—Al contrario, durante cuatro años he defendido el derecho del Estado y el de los súbditos de este reino, y he procurado hacer valer esos derechos. Con ello justifico mi petición de indulto. Hacedme esa merced y Dios os lo recompensará.

Eduardo arrastró los pies con nerviosismo. No se atrevía a volver la mirada hacia donde estaba el obispo de York, presente entre los cortesanos.

—Os habéis conducido con arreglo a vuestras propias leyes, mi señor caballero —replicó en tono severo—. No podemos consentirlo, y además no estamos de humor para conceder mercedes, quienquiera que sea el peticionario.

Las facciones de Ricardo no traicionaron ninguna emoción. Se abstuvo de protestar y dejó que el rey terminase su discurso.

—No os apresaremos ahora, atendido que acudisteis de buena fe y en son de paz —gruñó Eduardo de mala gana—. Pero os mandamos y ordenamos que abandonéis nuestro reino sin pérdida de tiempo.

Nada se podía replicar a esto.

Ricardo hizo una inclinación de cabeza y sin decir palabra, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida, de manera que no vio cómo el rey se inclinaba hacia uno de sus criados y le susurraba cubriéndose la boca con la mano:

—Conducidlo a la antecámara antes de que alguien se nos adelante.

Cuando se hubieron cerrado las puertas a sus espaldas, Fernán dijo:

—¿Por qué no le has contado la verdad? La ocasión era excelente.

—¿Sobre mi verdadera identidad? ¿Para qué, Fernán? —dicho lo cual se llevó el índice a los labios al ver que salía el sirviente.

—Señor —dijo éste en voz baja—. Acompañadme, por favor.

Ricardo miró a Fernán y rápidamente fueron introducidos en la antecámara, donde les rogaron que esperasen.

—No me fío mucho de las promesas de salvoconducto —dijo Fernán—. Vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Su compañero meneó la cabeza.

—Bien, pues que sea lo que tú quieras, destierro... ¡o patíbulo! ¡Para eso te he salvado de la muerte!

Aguardaron en silencio hasta que por fin se abrió la puerta y apareció el rey en persona.

Los dos caballeros se pusieron de rodillas y Eduardo se aseguró de que cerraban la puerta de la estancia antes de hablar en tono cordial:

—Levantaos, messires. ¿Quién es vuestro acompañante, señor caballero?

—Uno que fue caballero del capítulo de París. Consentid que me abstenga de pronunciar su nombre, sire. El rey de Francia le persigue por espionaje, conspiración, alta traición, herejía y culto satánico.

—Todas estas acusaciones también se aplican a vos, pero oyéndoos se diría que aludís, no a faltas, sino a gloriosos hechos de armas.

—Lo son también. En cuanto a faltas, sólo confesamos una.

—Hablad, señor caballero.

—¡La de no haber sido capaces de salvar nuestra orden, majestad!

—¿Nos hemos visto antes vos y yo, señor caballero?

—Nunca, sire.

El rey bajó los ojos y se quedó contemplando su propio cinturón claveteado.

—Hace poco tuve un sueño extraño —siguió hablando muy despacio—. De eso hará un mes, o tal vez más. En el sueño veía a mi padre, pero mucho más joven que cuando le vi por última vez en su lecho de muerte. Ahí estaba sin decir palabra, a la media luz de mi sueño, erguido en toda su estatura el famoso «martillo de escoceses». Y poco a poco, apareció a su lado otro hombre que se le parecía mucho.

Calló y miró fijamente a Ricardo antes de proseguir en tono dubitativo:

—Érais vos... ¿de quién sois hijo bastardo, Ricardo de Rhuddlan?

Ricardo había oído más de una cosa rara en su vida, y algunas de ellas incluso las creía, pero esta vez quedó mudo de sorpresa. Hincó de nuevo la rodilla y, no sin titubeo, introdujo una mano entre los pliegues de su hábito para palpar bajo la camisa.

—Me obligáis a revelar un secreto que no puede traer sino desgracias. Os ruego que no insistáis.

—Hablaréis y me diréis quién sois, o de lo contrario os aguarda el patíbulo.

El templario notó el codazo de Fernán y sacó a relucir el documento encontrado en la cripta del Temple. El monarca lo recibió con impaciencia y lo leyó con expresión de duda. —¿Qué significa esto?

—Que nací de una princesa del país de Gales, en el castillo de Rhuddlan, diez días antes de que vuestra madre la reina Leonor diese a luz un príncipe en Carnarvon. Soy medio hermano de vos, sire, ¡un hermano bastardo!

—¿Y éstas son todas las pruebas que poseéis? —inquirió Eduardo. —Guillermo de la More, a quien tenéis preso en la Torre, podrá corroborar mi testimonio.

—Os creemos sin necesidad de más pruebas. —Eduardo devolvió el documento a su dueño—. Antaño circulaba un rumor muy insistente, pero que luego fue acallándose. Y sin embargo, era cierto. —De súbito soltó una carcajada y apoyó una mano en el hombro de Ricardo—. Estamos empatados. El sobrino Tomás tiene de su parte a uno de los bastardos, y yo tengo al otro.

Al instante volvieron a la memoria de Ricardo las palabras que le había dicho el de Lancaster en su celda de Houghton-le-Moor. —De Juan no tengo nada que temer —había dicho el conde. El rey pareció leer sus pensamientos.

—Juan Botetourt, ¿le conocéis? Hace unos quince años estuvo al mando de parte de la flota, incendió Cherburgo y combatió en la Gascuña y en Escocia. Un carácter violento. Contrajo matrimonio con una Beauchamps y luego se alió con Guido de Beauchamps, el conde de Warwick y los demás de la banda

de Lancaster.

Al mencionar a Warwick, a quien Gaveston solía llamar «el perro rabioso de las Ardenas», el rey retornó a la realidad.

—Vuestro valor bien podría sernos necesario —dijo con una sonrisa triste—. Por eso hablábamos de vos antes de vuestra aparición. En York hemos encontrado pocos amigos; los condes han actuado por aquí antes de que llegáramos nosotros.

Hablaba con aparente indiferencia, que no lograba ocultar su honda preocupación.

—¿Acaso pretendéis la corona? —interrogó súbitamente a Ricardo.

—El que ha conocido la verdad del Temple no ambiciona coronas. He venido porque no quería seguir siendo un proscrito el resto de mis días.

—¿Y si os concedemos el perdón?

—Entonces podría reconciliarme con la Iglesia.

Actuando con decisión, Ricardo se acercó a la chimenea, de la que sacó un tizón con el que pegó fuego al arrugado pergamino. Eduardo se quedó contemplando las llamas hasta que el documento hubo ardidido por completo.

—Nos habéis persuadido —dijo—. Pero sentimos no poder indultaros, ya que eso no está en nuestra jurisdicción. Aunque sí podríamos concederos la libertad en recompensa por un gran servicio, ya que tal merced es prerrogativa del rey exclusivamente.

—¿Sire?

—Salvad a Gaveston. Tenéis tropas. Sois el comandante de un pequeño ejército, según tengo entendido.

—Los rumores exageran. No era más que un puñado de hombres. Pero el Temple ya no existe. Sólo puedo responder de mí mismo.

No quiso mencionar que el Temple seguramente se habría negado a luchar en favor del valido real.

—Decididlo vos mismo. Se os busca por alta traición y ya sabéis cómo se castiga tal delito: ahorcamiento, descuartizamiento y destripamiento.

Ricardo hizo una mueca irónica.

—No me desagradaría contrariar los planes de Lancaster. Y mucho me agradaría verlo colgado de la horca, o su miserable cuello cortado de un hachazo, y cuando la cabeza ensangrentada rodase por el suelo le escupiría a la cara.

—Paréceme que lo odiáis tanto como yo —observó Eduardo sin darle importancia.

—Más aún, porque por dos veces ha intentado matarme, y sin que yo le hubiese hecho nada. Ni siquiera burlarme de él con lengua afilada, como Gaveston, sino por el simple hecho de estar vivo. Además tiene las manos manchadas de la sangre de mi tutor y maestro.

El rey asintió.

—¿Dónde está Gaveston? —preguntó Ricardo.

—En Scarborough.

—¡Ah!

El castillo de Scarborough estaba considerado como uno de los más poderosos de Inglaterra. Erigido sobre un peñasco que se adentraba en el mar, la furia de cuyas olas se abatía por tres lados contra la muralla, la vieja fortaleza normanda se erguía, solitaria e inexpugnable, en medio de la resaca.

—La guarnición es muy reducida y empezaban a faltarles las provisiones —prosiguió Eduardo en tono sombrío— Lancaster y sus tropas avanzan a lo largo de la costa con intención de tomar la fortaleza. Según nuestras últimas noticias ha enviado por delante a Aymer de Valence, Juan de Warenne y Enrique Percy para iniciar el asedio. ¡Si tuviéramos ejércitos para acudir a socorrerlos...!

No estaba mal, pensó Ricardo. Valence, conde de Pembroke, y Warenne, conde de Surrey y Sussex, no eran los más incapaces de entre los barones. Pero le molestaba la palabra «si». Era irritante aquello del «si», aquello de que si Eduardo hubiese cumplido la última voluntad de su padre y hubiese llevado el corazón de éste a los santos lugares llevándole a él, Ricardo, con su séquito; y si el príncipe hubiese hecho caso de su rey rehuyendo la compañía de gentes sin seso como el gascón; y si se hubiese dedicado a luchar contra los escoceses dejando en paz a los templarios... entonces las cosas habrían salido de otra manera muy diferente. Malhumorado, alzó los hombros.

—Los buenos deseos por sí solos no conducen a nada. Poco podría hacer yo en este caso, ni aunque contase con una veintena de hombres. Supuesto que andan escasos de víveres, no podrán resistir mucho tiempo. Iré a Scarborough para estudiar la posibilidad de sacarlo de allí en secreto. Ante una situación desesperada, no podemos hacer otra cosa sino vigilar, a ver qué

ocurre. Es posible que la marcha de los acontecimientos revele nuevas oportunidades, pero no os lo garantizo. Hace más de un año que no he empuñado una espada.

Eduardo asintió y se sacó del dedo un anillo.

—Éste es de los que más le gustaban. Me lo regaló la reina. Si lográis ponerlos en comunicación con él, dadle el anillo y así confiará en vos sin reservas.

—¿No se ofenderá la reina al ver que regaláis su anillo?

Eduardo sonrió. No eran pocas las joyas procedentes de su esposa o de la dote entregada por los franceses que habían pasado a manos de Gaveston.

—Por ahora no tendrá motivo de queja. Está embarazada.

Lo dijo como si se tratase de una hazaña muy esforzada y meritoria.

—Qué buena noticia, sire. Dios la proteja a ella y a vuestro hijo.

Ricardo hablaba con sinceridad al decir esto, pensando que la llegada de un heredero tal vez ablandaría el ánimo de los insurrectos y los induciría a deponer su actitud rebelde contra el rey, que podía serle muy útil.

—Confíemos en que sea varón —agregó al tiempo que se colocaba el anillo en el dedo.

Ricardo y Fernán cabalgaron como alma que lleva el diablo pero llegaron tarde a Scarborough, pues Pembroke y Surrey se habían atrincherado ya frente a la muralla, y la única esperanza del gascón eran los refuerzos que pudiese enviarle el rey.

El 19 de marzo capituló Gaveston. Una vez más le había valido su buena suerte, porque Aymer de Valence, el conde de Pembroke, era hombre de honor, así como los de Percy y Surrey que le secundaban. Las condiciones que le impusieron al gascón fueron las más honorables que podía pretender. Los tres nobles propusieron escoltarle hasta Wallingford, en donde se reuniría el parlamento para decidir acerca de su destino ulterior en presencia del rey. En caso de que no quisiera aceptar el fallo del parlamento, se le permitiría regresar a Scarborough con nuevas provisiones. Los tres condes juraron sobre los Evangelios que no le retirarían su protección hasta el primero de agosto, pero luego se desentenderían y transferirían la tutela sobre Gaveston al parlamento, todo lo cual fue aceptado por el gascón.

Raúl regresó a York por orden de Ricardo para comunicar las novedades al rey.

«No dudo de que estará a salvo hasta que llegue a Wallingford bajo la escolta del conde de Pembroke —escribió Ricardo—, en donde, si Dios quiere, se reunirá indemne con vuestra majestad.»

La reducida comitiva se puso lentamente en marcha, seguida a corta distancia por Ricardo y Fernán, quienes procuraban pasar desapercibidos.

El 9 de junio cruzaron el Cherwell y llegaron a Deddington, en la comarca de Oxfordshire, al anochecer, por lo que juzgaron más prudente no continuar el viaje de noche. A Gaveston lo alojaron en la casa rectoral. Ricardo detuvo su caballo y tomó un sorbo de agua del pellejo que llevaba a la grupa.

A lo lejos se veía un grupo de jinetes que salía de la población hacia el norte.

—¿No era ése el conde de Pembroke? —preguntó Fernán.

Ricardo asintió, pues había reconocido el estandarte del conde.

—Síguelos e intenta averiguar lo que trama.

Era ya de noche cuando Fernán regresó con una sonrisa tranquilizadora.

—Ha ido a visitar a su esposa y pernoctará con ella en un castillo no lejos de aquí.

—Tengo el desagradable presentimiento de que hay gato encerrado —dijo Ricardo—. Empezamos a ser demasiados los que andamos por aquí a oscuras.

—Lo que pasa es que has perdido la costumbre de andar en campaña.

Pero Ricardo no solía equivocarse y sus presentimientos siempre obedecían a alguna razón.

—Piénsalo bien —dijo—. Es la oportunidad que acechaban. No olvides que se han juramentado para acabar con el gascón, y además no les queda otro remedio; la dificultad no desaparece con el destierro de Gaveston, porque él siempre vuelve despreciando incluso los interdictos del papa, como ha ocurrido otras veces.

—Sí, es una situación que me resulta familiar —bromeó Fernán, aunque Ricardo prefirió desoír la indirecta.

—Claro que podrían encarcelarlo de por vida, pero ¿con qué justificación? Y además Eduardo no renunciaría a ponerlo de nuevo en libertad.

—¿Y si decidieran atacar aquí mismo?

—Si vuelven sobre la población con refuerzos durante la noche, en cualquier caso no atacarán antes del amanecer. Podríamos tratar de ayudarlo a escapar.

—Antes sería preciso dormir un poco —respondió con prudencia el francés—. Hemos pasado el día entero a lomos de caballo.

—Sí, y hemos avanzado a la velocidad del caracol.

—Nos movemos en territorio enemigo, Ricardo. Y no olvides que será preciso volar para salvar la vida si logramos sacarlo de aquí. Por tanto, conviene que recobremos fuerzas, y él también.

—Ya verás cómo corre para salvar el cuello lo mismo que nosotros.

—Hay una cosa que no entiendo, ¡y es cómo te las arreglas siempre para meterte en los mayores peligros!

—Gaveston no llegará vivo a Wallingford si no le ayudamos. No merece la muerte por lo que hizo. ¡La justicia por encima de todo, Fernán!

—¿No será más bien el odio contra Lancaster lo que te mueve? —hubo un breve silencio y luego Fernán suplicó—: Una horita nada más.

Ricardo aceptó, reconociendo por fin que estaba al cabo de sus fuerzas, de manera que desensillaron los caballos y se quedaron a dormir en el campo.

Faltaba apenas una hora para el amanecer cuando Ricardo despertó sobresaltado, miró las estrellas y se hizo a sí mismo severos reproches. Despertó a Fernán, y al poco estaban otra vez sobre las sillas, camino de Deddington. Apenas habían abandonado la escasa cobertura de los árboles y los matorrales, Ricardo retuvo del brazo a Fernán y frenó su caballo. Procurando no moverse, aguzaron el oído.

—¡Tropas en marcha!

—Demasiado numerosas para mi gusto —corroboró Fernán.

—¡Infierno y condenación!

Más allá del velo blanquecino de la niebla iban apareciendo poco a poco los contornos de la ciudad, en aquellos momentos rodeada por un cuantioso ejército de figuras grises, todo ello sumido en un silencio fantasmagórico. Los dos hombres contemplaron el panorama con sensación de impotencia.

—¡Por el amor de Dios! Corre y avisa a Pembroke —exclamó Ricardo.

Fernán salió al galope mientras Ricardo echaba pie a tierra y dejaba a su caballo en un escondrijo, confiando en poder alcanzar la ciudad al amanecer.

Satisfecho, observó que no había perdido su habilidad para infiltrarse sin ser visto a través de las líneas enemigas.

Al entrar en la ciudad halló las calles atiborradas ya de soldados. Nada podía hacer, excepto quedarse a presenciar los acontecimientos, por lo que se dirigió a una de las casitas de piedra de color acaramelado. Resultó que estaba desierta; la mayoría de los ciudadanos se habían echado a la calle para ver el espectáculo. Subió por una escalera de mano a la buhardilla y se apostó detrás

de un ventanuco que dejaba ver la calle y la entrada de la casa rectoral enfrente.

Así vio la llegada del conde de Warwick. Era éste un energúmeno, bajo de estatura y de constitución robusta, que se abría paso entre la gente con la fuerza de un toro en estampida. Venía frenético, echando espumarajos por la boca, desagradable rasgo que le había valido el mote de «perro rabioso» por parte del siempre mordaz Gaveston.

Al poco volvió a salir seguido de varios caballeros suyos y hombres de a pie que llevaban atado a Gaveston. Les fue preciso abrirse camino a codazos mientras la plebe abucheaba al prisionero. Entre silbidos e improperios lo sacaron de la ciudad, aunque iba como si la cosa no fuese con él, con la cabeza bien alta y la mirada atrevida.

Ricardo se apresuró a confundirse entre el gentío que seguía al cortejo con el prisionero hasta las afueras de la ciudad. Fue a por su caballo, saltó sobre la silla y los siguió manteniendo una prudente distancia, mientras iba volviendo la mirada hacia el norte, esperanzado. Pero nada indicaba que el conde de Pembroke fuese a presentarse por allí para socorrer a Gaveston, tal como había jurado.

Ni se presentó aquel día, ni tampoco al día siguiente. Pues, si bien Aymer de Valence corrió hacia Deddington tan pronto como recibió el aviso de Fernán, una vez allí tuvo la decepción de comprobar que nadie quería secundarle.

La jornada era calurosa cuando Gaveston llegó al castillo de Warwick. Los condes de Warwick, Lancaster y Hereford discutieron con arrebatos acerca de lo que debía hacerse con él, y poco les faltó para llegar a las manos.

El templario se dejó caer de la silla suspirando con alivio al comprobar que por fin habían llegado a destino. Con la mayor cautela se acercó al castillo cuanto le fue posible. Allí se ocultó entre unos matorrales desde donde podía vigilar la entrada de la fortaleza. Pero cuando empezó a caer la oscuridad sobre las torres y las almenas, sólo salieron Lancaster y Hereford.

Flanqueados por una impresionante escolta, condujeron al preso hasta Blacklow Hill, una finca que, aunque lindante con la de Warwick, pertenecía a las tierras de Lancaster.

Como antes, Ricardo siguió a la comitiva y se ocultó entre el no muy denso arbolado. Lo que sucedió entonces quería parecer un juicio pero en realidad tuvo poco de tal. Sin duda, en esa ocasión Gaveston habría prescindido de las hirientes burlas que solía prodigar a sus adversarios, pero ellos tampoco le dieron ninguna oportunidad de manifestarse y defenderse. Desde su escondrijo Ricardo no llegaba a captar lo que hablaban; sólo entendía alguna que otra palabra dicha en tono más fuerte. Era evidente que la acusación consistía en sacar a relucir antiguos agravios, los más de las veces totalmente ridículos.

Bien sabía Dios que Gaveston nunca había pretendido otra cosa sino agradar a su regio amigo y protector. Ciertamente había aceptado joyas, castillos y privilegios en recompensa por su amistad. ¿Quién no habría hecho lo mismo en similar situación? Pero jamás había ambicionado el poder, ni había tratado de influir en el rey en lo tocante a los asuntos de Estado. Por otra parte, Eduardo era tan culpable como él mismo, por haber permitido que hiciese blanco de sus constantes y ofensivos sarcasmos a aquellos condes que ahora le acusaban de haber utilizado artes de hechicería para apoderarse del ánimo del monarca.

A una señal de Lancaster, dos hombres se acercaron lentamente al joven. Uno de los verdugos de Lancaster desenvainó una espada. El otro esgrimía un hacha de guerra.

El acero brilló a la luz de la luna y el gascón retrocedió. En un último intento de evitar el primer golpe levantó los brazos. Pero el mandoble hendió sin

dificultad el cuerpo inerte de Gaveston, quien echó la cabeza atrás y con el último aliento lanzó al cielo oscuro un grito de petición de socorro:

—¡Eduardo!

Al instante cayó zumbando el hacha y le cortó la cabeza. El que llevaba la espada agarró la cabeza por los cabellos y se la presentó al conde.

—Esa lengua viperina no volverá a hablar —dijo Lancaster.

Abandonando el cadáver en un charco de sangre, se volvieron cada mochuelo a su olivo.

Ricardo no tenía valor ni fuerzas para dar más decente descanso al cadáver del gascón. El grito de muerte de Gaveston y la voz de Lancaster resucitaban en su ánimo todos los horrores del año pasado. Permaneció en pie, a solas, y allí continuaba al amanecer, cuando cuatro zapateros encontraron el cadáver, lo colocaron sobre una escalera de mano y lo llevaron al castillo del conde de Warwick, que era el más cercano. Ricardo sintió el deber de seguirlos y no le sorprendió que el conde se negase a recibir el cadáver en sus tierras, puesto que había sido hallado en las de Lancaster.

Ricardo los dejó con el problema de qué hacer con el difunto Gaveston y se encaminó hacia el norte para encarar la solución de su propio problema. Cuando regresó a la corte de Eduardo fue a hablar con Fernán.

—Luego no andaba yo equivocado con mis temores. ¿Para qué has regresado aquí, en nombre de Dios? ¿Acaso no sabes lo que te espera? —exclamó el francés, consternado.

—¿Está enterado ya?

Fernán asintió.

—Estuve presente mientras le traían la noticia. «¡Vive Dios, y qué loco era! —exclamó—. Debí advertirle que nunca se dejase caer en manos de Warwick.» Y juró tomar sangrienta venganza. Lo dejamos llorando como un niño. En el ínterin ha enviado nuevas órdenes a Londres encargando a la municipalidad la vigilancia de las puertas en nombre suyo. Tiene el proyecto de ir a Kent para reunir tropas allí y ganar para su causa los Cinco Ports.

—¿Puedo hablar con él ahora?

—Te está esperando, pero no te aconsejo que entres.

Era como hablar con una pared, porque Ricardo echó a andar no bien hubo escuchado estas palabras.

En los aposentos del rey participó a éste su pésame por la pérdida de su amigo, y le devolvió el anillo que no había tenido ocasión de utilizar.

—De todo corazón me duele vuestra aflicción. —Alzó la cabeza al no recibir respuesta y miró a Eduardo fijamente, cara a cara—. Me someto a vuestro dictamen, majestad. He intentado un imposible y he fracasado en ello.

—Contadnos cómo sucedió.

Ricardo le describió los terribles acontecimientos sin omitir detalle.

—Lancaster, Warwick y Hereford lo tenían condenado —concluyó—. Aprovecharon el primer descuido de Pembroke, tal como sin duda habían convenido de antemano. No ha sido Pembroke el culpable; al contrario, he sabido que removié cielos y tierra con tal de reparar su error y salvar a Gaveston. Pero ni el mismo diablo habría logrado arrebatarlo de las garras de aquéllos.

—Todavía no nos habéis dicho los nombres de los que le mataron.

—Les he seguido la pista, y he visto a uno de ellos en las inmediaciones de Kenilworth. Es un galés al servicio de Lancaster. Recuerdo perfectamente sus facciones.

—¿Y el nombre, no lo sabéis?

Ricardo comprendió que le convenía andar con pies de plomo.

—Os lo indicaré cuando sea el momento.

Ahora su vida dependía de esa última brizna de paja, suponiendo que verdaderamente el rey quisiera perdonársela con tal de asegurar su venganza.

—El momento es ahora —exclamó el encolerizado monarca—. Ahora mismo reuniremos un ejército para poner fin a esta ridícula conspiración.

—No los atraparéis. Los asesinos han huido. Aguardad a que madure la situación. El pueblo ha empezado a tomar nuevamente vuestro partido y tenéis casi tantos seguidores como los condes. Pero todavía no es suficiente. Esperad a que...

—¡Ahora!

Si Ricardo hubiese sabido que Eduardo se hallaba en discordia consigo mismo además de luchar contra los barones, lo habría entendido mejor.

Era Eduardo el mayor enemigo de sí mismo, atrapado en el dilema entre su propia incapacidad y la grandeza de los actos que se esperaban de él. No tenía seguridad en su propio criterio, por lo cual oscilaba como una veleta bajo la influencia de quienes eran más fuertes que él... excepto cuando tenía la sangre inflamada por el vino. Como sucedía en aquellos momentos. Abandonó el trono de un salto y arrojó la copa de plata al lado opuesto de la estancia.

—Los exterminaré —balbució con furor apenas contenido, y luego, apuntando al bastardo—: Y a ti también te exterminaré.

Ricardo bajó la cabeza, dispuesto a soportar el desahogo.

—El otro hombre, el que esgrimió la espada que atravesó a maese Piers... —empezó con precaución.

—¡Continúa!

—Juan Botetourt, el otro bastardo.

—¡Dios le maldiga! —gritó Eduardo y con mano que temblaba de cólera tiró del cordón de la campanilla.

—Apresad a este hombre —ordenó a los centinelas que se presentaron sin demora.

Ricardo aguardó en silencio mientras le ataban las manos a la espalda.

—Sabía que el regresar aquí y daros la noticia significaría mi cautiverio —dijo—. Pero prefiero morir antes que seguir viviendo como una fiera acosada. Os pedí una merced, sire, y puesto que no voy a conseguirla, os ruego un último favor.

Eduardo asintió con la cabeza.

—Os suplico que hagáis ejecutar vuestra orden inmediatamente. De ninguna manera quiero entrar otra vez en una celda. Que me ahorquen.

El monarca no era de temperamento cruel. Titubeó, mientras el capitán de la guardia quedaba en espera de sus disposiciones.

—Os concedo el perdón —gruñó en tono de impaciencia, al tiempo que hacía una seña para que llamaran a un escribano—. Pero sólo por un año, transcurrido el cual quedáis desterrado de nuestro reino.

—Te gusta arriesgar la vida, a lo que parece —le dijo Fernán poco después, cuando se vieron de nuevo a caballo—. ¿Para eso te la había salvado? Tal vez ahora quieras aprovechar la oportunidad para cumplir con un deber que tienes pendiente.

—¿Cuál?

—Hay una persona que te espera. Se llama Beatriz de Morley y quieren casarla dentro de algunas semanas.

Mi cabello ha encanecido, pero no por los años, ni blanqueó en una sola noche como el de quienes han sufrido súbitos terrores.

Lord Byron, The Prisoner of Chillon.

Una semana antes de que Beatriz se presentase ante los altares al lado del hombre elegido para ella por su padre, Ricardo se puso en camino hacia Haughton-le-Moor a la cabeza de diez hombres. A uno de éstos lo envió por delante para que anunciase su llegada.

—Mi señor Ricardo de Rhuddlan envió sus saludos al señor de Morley y le suplica su permiso para entrar en este castillo con su séquito.

—¿Rhuddlan? No lo conozco —gruñó Morley; en cambio el nombre sí tenía significado para Beatriz, quien tiró de la manga a su madre con disimulo.

—Un lord de la frontera galesa, según creo —aventuró lady Morley, sabiendo que los tales siempre eran bien recibidos por su esposo, y al fin y al cabo Rhuddlan era un nombre galés—. El primero de los invitados a la boda, supongo.

—Recibiré a ese caballero. Abridle la puerta —ordenó el señor de Morley.

Apenas media hora más tarde Ricardo cruzaba al galope el puente levadizo. Y procuró no pensar en nada mientras echaba pie a tierra y caminaba a largas zancadas hacia la puerta abierta de par en par. Sabía en qué actitud iba a encontrarlos: Morley en su sillón de respaldo alto puesto además sobre un estrado, su esposa a la izquierda, sus hijos a la derecha y probablemente en compañía de sus jóvenes esposas. En cuanto a Beatriz... estaría no lejos de su madre, la única aliada con quien podía contar en aquel ambiente hostil, y procurando componer un semblante inexpresivo.

Sus botas resonaron sobre las baldosas multicolores. Se sabía respaldado por su escolta, que intervendría en caso necesario. En consecuencia, no se entretuvo en saludar al castellano sino que saltó con agilidad sobre el estrado en donde se hallaban entronizados los Morley. Ya sólo le separaban de ella contados pasos, y ella se incorporó despacio, con el rostro radiante, con una sonrisa de felicidad en los labios. Le pareció que todo desaparecía a su alrededor. Ni siquiera se dio cuenta de que Morley y sus hijos habían saltado de los asientos con las dagas desenvainadas, y que fueron desarmados por seis de los caballeros de Ricardo.

Este le tendió el brazo y la ciñó con fuerza, hundiendo el rostro en las guedejas de color cobrizo para disimular las lágrimas que él tampoco no lograba contener.

—Voy a quebrarme de felicidad —susurró.

Ella no pudo responder, pero notó que le abrazaba con desesperación, como si no quisiera soltarse nunca más. Sin embargo, él debía cumplir con su cruel misión.

—Necesito hablar contigo a solas —anunció.

Tomó su mano delgada y fría, y echó a andar tras los pasos de ella, al tiempo que hacía a sus hombres una seña para que cerrasen la puerta y montasen guardia.

Arrollados por sorpresa, los Morley no se atrevieron a decir palabra. Lady Morley se contemplaba las zapatillas, con una débil sonrisa en su dulce rostro.

Cuando se vieron en la cámara pequeña de la torre, al final de la escalera de caracol, Beatriz se volvió para abrazar de nuevo a Ricardo, y éste la besó largamente y con pasión.

Sofocada, ella deshizo el abrazo y le contempló con ternura.

—Soy del todo feliz.

No necesitaba decirlo. Él la tomó del brazo y la condujo hacia el banco de piedra, en la hornacina de la ventana.

—Siéntate y escucha. He venido a salvarte de un matrimonio que no deseas. Pero no puedo prometerte más —ella callaba—. El rey me ha hecho la merced de consentir que permanezca en Inglaterra un año más, pero luego quedo desterrado de este reino.

Le mostró dos pergaminos que traía. Uno de ellos era el decreto de indulto. Desenrolló el otro y explicó:

—Todavía estoy proscrito por la Iglesia. He suplicado al obispo de Londres que me indicara lo necesario al levantamiento de la excomunión —hablaba con rapidez, pendiente de todos los ruidos del castillo.

La carta del obispo le dictaba una penitencia consistente en un ayuno y en rezar todos los días un credo, después de la primera misa, postrado de bruces en el polvo a los pies del sacerdote. Esto se haría todo un año y luego el papa decidiría qué otras penitencias se le impondrían al caballero antes de concederle la absolución y levantarle la excomunión.

—¿Y entonces... podremos casarnos luego?

Él comprendió lo que daba a entender; sólo se sentiría verdaderamente a salvo cuando la bendición de la Iglesia los hubiese unido y dejase de hallarse sometida a la potestad de su padre o de otro hombre.

—Si es que podemos hablar todavía de matrimonio.

Beatriz alzó los ojos con expresión interrogante mientras él procuraba hacer acopio de todo su valor.

—Si se puede hablar de ello —repitió meneando la cabeza tristemente—. Hay algo que debes saber. Tú me conociste cuando yo era joven, fuerte y entero.

Ella quiso imponerle silencio con un dedo sobre los labios.

—Calla, Ricardo. Todavía lo eres.

—No, no. Han transcurrido más de tres años desde nuestro primer encuentro. Han sido tres años de tribulaciones que no desearía volver a sufrir jamás. Ahora peino demasiadas canas, Beatriz, y mi alma tiene tantas cicatrices como mi cuerpo. No soy ni la sombra del hombre que antes fui.

—Pero si ya tienes mucho mejor aspecto —protestó ella—. Olvidarás estos años mucho antes de lo que crees. Y yo deseo enterrar esos recuerdos tanto como tú.

—Ellos me perseguirán toda la vida. ¿Sabes cómo maltrataron a un templario que se empeñaba en afirmar su inocencia y se negó a traicionar sus secretos y los nombres de sus hermanos, ni siquiera bajo las más graves torturas físicas y espirituales?

Naturalmente, ella no lo sabía.

—Lo colgaron de sus genitales.

Ella se cubrió el rostro con las manos, incapaz de articular palabra.

—Esto no se hizo sólo en Francia. Los médicos me han asegurado que nunca podré engendrar hijos. Y no es sólo que crea lo que me han dicho; yo mismo habría podido explicárselo a ellos —lo dijo con naturalidad, como si se hubiese resignado a la idea.

Él confiaba en que con esto Beatriz recapacitaría, pensando en el porvenir, en lo que habría significado para ella el no ser madre —al menos, de unos hijos de él—, incluso contando con que la Iglesia diese su autorización para tal matrimonio. Pero lo que hizo ella fue sepultar los dedos entre los cabellos de Ricardo y cubrirle la cara de besos. Con las mejillas bañadas en lágrimas, susurró:

—¡Es horrible! ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Ricardo, qué crueldad!

—Mereces mejor suerte que pasar el resto de tus días al lado de un impotente, de un inválido.

Al escuchar la amargura con que pronunciaba estas palabras ella comprendió cuánto se despreciaba a sí mismo por su invalidez.

—No hables así. Al menos veo que no has engordado.

—Todavía no he tenido tiempo para eso —sonrió él.

—Y tu voz sigue siendo grave.

Beatriz contempló los ojos grises pero no halló en ellos la chispa, el fuego interior de antaño. ¿Sería aquél el mismo hombre a quien había conocido tres años antes? ¿Volvería a ser el mismo alguna vez?

Pero no necesitó pensarlo mucho tiempo.

Prefería mil veces vivir a su lado, por mucho que hubiese cambiado, antes que con ningún otro que no le llegaría ni a la suela de los zapatos.

—Te quiero, y nada en el mundo puede cambiar eso.

Ricardo meneó la cabeza, compasivo.

—Eres todavía más bella de lo que recordaba.

—Dime, Ricardo, ¿quién es el hombre a quien he entregado mi corazón?

—Ricardo de Rhuddlan.

—Ya sé que naciste allí. Me lo dijo la bruja de Wirral. Y también me contó que ello ocultaba otro misterio.

—De eso no hay nada. Debemos irnos, Beatriz.

Pero ella permaneció sentada y no hizo ademán de moverse.

—¿Acaso me ocultas algo?

—No tiene importancia —replicó él, fingiendo mirar por la ventana—. Soy el que soy, y con eso basta.

Beatriz se puso en pie para dirigirse hacia un arcón ricamente decorado que tenía al lado de su cama, del cual extrajo una cajita, cuya tapadera abrió. Un tintineo metálico sobresaltó al caballero y le obligó a volver la cabeza.

—¿Equyer Richard? —dijo, al tiempo que oprimía las espuelas contra su pecho. Había quitado la capa de pintura negra y el oro rojo brillaba a la claridad del sol que entraba por la ventana.

—Me parece que es todo cuanto habrás heredado de él. Cuando te las dio el maestro del Temple, ¿no sabías que ésas eran las iniciales de tu padre? ¿Qué significan, Ricardo?

Hasta entonces no se había acordado de aquellas espuelas.

—Eduardus Rex —contestó sin titubeo—. Después de tu amor, éste es el regalo más valioso que podías darme. Por tanto, tienes derecho a saberlo.

Ella se puso en pie de un salto, sofocada, y retrocedió un paso, después de lo cual palideció y cayó postrada en una genuflexión.

—Déjate de tonterías, Beatriz. No soy más que un bastardo.

Ella se precipitó riendo en sus brazos.

—Prométeme que guardarás para siempre este secreto.

Ella se puso la mano sobre el corazón y asintió. Entonces él prosiguió:

—Recoge tus cosas. Fernán te acompañará a Francia y te refugiarás en el castillo de su familia, donde estarás en seguridad. Yo debo ir a Londres para someterme durante un año a la disciplina de la Iglesia en Old Saint Paul's, según la penitencia que me ha impuesto el obispo.

La prudencia nos enseña a ser sosegados y humildes, a recibir el golpe y poner la otra mejilla. No está escrito lo que el hombre debe hacer cuando el canalla le abofetea también la otra.

Oliver Wendell Holmes, Non Resistance.

Ricardo recorrió la nave principal de Old Saint Paul's y se postró ante el altar de la Virgen para pronunciar una plegaria. Próximo el final de su año de penitencia, que le había parecido infinitamente más largo, apenas le había quedado tiempo para ejercitarse en el manejo de las armas con la paciente ayuda de algunos amigos fieles. Por más que le tuviesen ocupado sus deberes para con la Iglesia, a menudo volvían sus pensamientos hacia Fernán, que protegía a Beatriz en las propiedades de su familia y procuraba distraerla como acompañante en cacerías, paseos, compras por la ciudad y recibiendo en su castillo las visitas de los cómicos ambulantes. De todo esto daba Fernán cumplida cuenta en las cartas que le escribía.

Seguía apasionadamente enamorado de ella y las noticias de Fernán, que releía una y otra vez, eran un gran consuelo para él. Sabía que su compañero sería capaz de dar la propia sangre con tal de defenderla. Ricardo contempló la imagen y una vez más suplicó el perdón de la Virgen santísima por haber pensado tanto en Beatriz durante su año de penitencia. Quedábale pendiente una última presentación ante el obispo de Londres.

Andando despacio, volvió sus pasos hacia el altar principal y se tendió en el suelo al pie de los peldaños.

—Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium omnium, et invisibilium...

No era aquella oración el recitado rutinario de unas palabras obligadas. Rezaba en voz alta, bien inteligible, poniendo en cada palabra el fogoso testimonio de su fe.

—Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero.

Trescientas sesenta y cinco mañanas, siempre la misma visita para someterse a la voluntad de aquella Iglesia que tanto lo había maltratado, mereciendo respeto con su perseverancia.

—Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine: Et homo factus est. Crucifixus etiam pro nobis...

La franja púrpura de un traje talar rozó el suelo y se detuvo junto al hombre postrado sobre las losas de piedra.

Ralph Baldock, obispo de Londres, contempló los rizos rubios entremezclados de canas.

—Et resurrexit tertia die, secundum Scripturas. Et ascendit in coelum: sedet ad dexteram Patris... —continuó la voz de Ricardo, que había notado la presencia del obispo, por el olor conocido de sus ropas, aunque no podía verlo.

Baldock escuchó atentamente, con una sonrisa que no irradiaba amor, sino únicamente la sensación de triunfo sobre el hombre postrado en el polvo a sus pies, pero ¿lo estaba ante él?

¡Ricardo sólo se postraba ante un Señor, el Altísimo!

—Et unam sanctum catholicam et apostolicam Ecclesiam...

Baldock carraspeó.

—Et unam sanctum catholicam et apostolicam Ecclesiam... —repitió Ricardo, pues sabía perfectamente lo que significaban aquellas toses.

Ricardo aborrecía aquel carraspeo que siempre venía a interrumpirle en el mismo pasaje de su oración. Interrumpiéndose unos instantes, aguardó al segundo carraspeo, que resonó esta vez con menos aspereza entre las bóvedas de piedra.

—Et unam sanctum catholicam et apostolicam Ecclesiam —repitió por tercera vez, e hizo una pausa, pero no hubo nada—. Confíteor unum baptismum in remissionem peccatorum. Et exspecto resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi saeculi. Amen.

Poco a poco se incorporó, se santiguó y se volvió hacia el obispo para hincar de nuevo la rodilla en tierra y besar el anillo con la amatista púrpura.

—Terminó vuestro año de penitencia—dijo Baldock—. Con ella habéis demostrado vuestro regreso a la doctrina de la católica Iglesia, habiendo abjurado de la herejía.

—Decidme, pues, monseñor, cuáles son las condiciones que me impone el Santo Padre, pues no dudo que le habréis escrito para participarle mi ferviente deseo de reconciliarme con la Iglesia y verme libre de la pena de excomunión.

—Es muy largo todavía el camino que os queda por recorrer, hijo mío. Vuestra precipitación es inoportuna.

Ricardo le siguió a una pequeña estancia, donde el obispo tomó asiento y sacó un rollo de pergamino con el sello pontificio.

—Su santidad os impone como penitencia dos grandes peregrinaciones y otra más breve —empezó Baldock—. Ésta os llevará a Canterbury.

—¿Canterbury?

El año que le había concedido el rey estaba a punto de expirar también y apenas disponía de una semana para salir de Inglaterra. El obispo alzó una mano exigiendo silencio.

—Mi señor el rey os había concedido ya un mes de licencia para que os fuese posible cumplir con el año de penitencia. Ahora se os concede otro mes para esta peregrinación a Canterbury, la cual concluiréis antes de la festividad de la Asunción para abandonar Inglaterra en seguida.

Ricardo recibió la carta del obispo que debía presentar en Canterbury a otro hombre de Iglesia.

—Iréis descalzo, en hábito de penitente, y cuando regreséis a Londres presentaréis una carta del cabildo de Canterbury en prueba de haber efectuado la peregrinación.

—¿En cuanto a las otras dos?

—Las dos peregrinaciones mayores que os impone el papa son al sepulcro del santo apóstol Santiago de Compostela, en Galicia, y a Roma, ambas en el plazo de un año, descalzo y en hábito de penitente como la primera.

El caballero suspiró y recibió a su vez las cartas que debía llevar durante aquellos viajes.

—Durante estas peregrinaciones estaréis bajo el amparo de la Santa Sede, ya que necesariamente pasaréis por tierras del rey de Francia. Y como no podréis presentarme a mí las cartas que recibáis en Compostela y en Roma, rendiréis viaje en Aviñón, en donde probaréis ante el Santo Padre en persona el total cumplimiento de vuestras peregrinaciones. De él escucharéis asimismo la tercera y última parte de la penitencia que se os impone.

—¿La tercera y última? —se sorprendió Ricardo, notando un escalofrío en la espalda—. Por lo general, Roma y Santiago de Compostela suelen considerarse suficientes para la redención de un hereje arrepentido. Además he cumplido con mi año de oración y habré hecho penitencia en Canterbury.

—En vuestro caso, el año cumplido y las peregrinaciones a Canterbury, Roma y Compostela os valen para alcanzar el perdón de la Iglesia y el retorno a la comunidad de los creyentes... pero nada más. El papa os exige además

que os retiréis de por vida a un monasterio cisterciense, en régimen de clausura, al objeto de perfeccionar vuestra penitencia.

Ricardo palideció, y sólo un violento esfuerzo le permitió contenerse. ¿Habría escapado del castillo de Pickering sólo para cambiar una celda por otra? En régimen de clausura...; tales condiciones significaban una vida monacal en completo aislamiento, no sólo frente al mundo exterior, sino incluso con respecto a la capilla del mismo convento. El monje de clausura oía misa desde un recinto contiguo a aquélla y no veía nunca a ser viviente alguno, excepto su abad.

—Esta pena no guarda proporción con las faltas que yo pueda haber cometido ante la Iglesia o ante Dios.

—No olvidéis que son muchos los hermanos vuestros condenados a pasar el resto de sus días en una mazmorra, y que otros incluso murieron en la hoguera. No será necesario que os diga qué suerte habrías corrido si hubierais caído prisionero, no del rey de Inglaterra, sino del rey Felipe. Y no va a ser fácil hallar fuera de Inglaterra un convento dispuesto a admitiros. No, yo diría que este juicio puede calificarse incluso de benevolente.

—Durante cuatro largos años hice lo que de buena fe creí necesario para servir al Temple. Es posible que mi conducta no haya sido la que se esperaría de un caballero templario. Pero tampoco nuestros enemigos están libres de culpa. Por mis faltas consistentes en violar las reglas del Temple, que reconozco, sufrí dieciocho meses de padecimientos, seis de ellos en los calabozos de Morley y casi un año en los de Lancaster. Mi cuerpo y mi alma han quedado marcados de por vida, ¿no ha de cesar aquí la venganza de la Iglesia para dar lugar a su clemencia?

Ralph Baldock desechó los argumentos con un gruñido.

—Os habéis rebelado públicamente contra el papa y contra la voluntad de la Iglesia, ¿creáis servir al Temple con eso?

—No, monseñor. Sólo he servido a la verdad, haciendo que el papa y la Iglesia mirasen de frente lo que habrían preferido no ver.

—¿La verdad? Es la que reflejan estas actas —golpeó el obispo con su amatista los legajos que tenía sobre la mesa—. Vuestras confesiones, señor caballeros. Incluso negasteis a Cristo en presencia del inquisidor.

El caballero alzó los ojos al techo. Aún no podía recordar aquellos instantes sin sentir un profundo dolor.

—¿Dicen también las actas que el celo puesto por la Iglesia en la salvación de mi alma me dejó imposibilitado para tener jamás descendencia?

—Estoy enterado de que raptasteis a la doncella de Morley, y también sé que ella os espera en Francia. ¿Acaso teníais intención de hacerla vuestra esposa? —Soltó una carcajada llena de sarcasmo y agregó—: Según la doctrina de la Iglesia, el matrimonio santifica la unión entre hombre y mujer. Es un vínculo no sólo espiritual, sino también corporal. En la medida en que tal vínculo es literalmente imposible, la Iglesia no consentirá nunca en vuestra unión. Aun prescindiendo de ello y de la penitencia que recae sobre vos, quizá convendría recordaros además los votos que hicisteis al ingresar en el Temple.

—¿Mis votos? —murmuró Ricardo.

—Sí, los que jurasteis cumplir en el Temple. En estos últimos meses han sido varios los ex caballeros templarios que nos han solicitado dispensa para poder contraer matrimonio. Todas estas peticiones han sido denegadas, puesto que ellos siguen obligados a cumplir con el celibato mientras vivan. Por tanto, no os consideréis liberados de los compromisos que adquiristeis con vuestro juramento. Vos también elegisteis la vida monástica.

—Nunca se me dio a elegir —objetó Ricardo—. Esa vida me fue impuesta sin consultarme.

—A pesar de todo, sois monje —prosiguió su interlocutor—, por más que os aferréis a la vida mundanal y a todo cuanto ella ofrece. Sin duda conoceréis la historia de Orígenes de Alejandría, el que se castró a sí mismo para no claudicar ante las debilidades de la carne y así poder vivir más próximo a Dios. Acogeos a ese ejemplo y no os lamentéis. Vuestros votos os obligan.

La sangre de los Plantagenet que hervía en las venas de Ricardo no pudo soportar más.

—¿Los votos del Temple? —exclamó, encolerizado—. ¿Del Temple que ha sido condenado por vos y vuestra Iglesia? ¡Aunque provisionalmente, a falta de pruebas! ¡Suspendidos para dos siglos, nada menos! Y todavía se nos exige cumplir con los votos que hicimos cuando ingresamos en esa orden ahora destruida, ¡y por qué medios tan viles! ¿Os atrevéis a exigirnos eso? ¡Vuestra hipocresía, monseñor, es de las que claman al cielo!

Hubo un silencio preñado de amenazas, roto sólo por el lejano martilleo de los canteros que trabajaban en la coronación de la torre nueva. Ricardo soltó una carcajada sarcástica.

—Por lo que se refiere a la tercera y última parte de mi penitencia, debo enmendaros la plana a vos y al papa. El mismo juramento que me vincula todavía, según opináis, me obliga a tener en cuenta el siguiente mandamiento del Temple: nadie que haya sido recibido en la orden de los pobres caballeros de Cristo y del Templo de Salomón puede ingresar jamás en ninguna otra orden militar o monástica. Yo he probado mi fe, Baldock, a lo largo de trescientos sesenta y cinco días. Y también cumpliré con mis peregrinaciones de buen grado, porque creo verdaderamente en Dios. ¡Pero yo escupo sobre esta Iglesia!

Con lo que giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas, pero no llegó a recorrer toda la longitud de la nave catedralicia, sino que cayó de nuevo arrodillado ante el altar de la Virgen.

—Santa Madre de Dios, apiadaos de mí.

*¡Oh, Señor!, ¿cuándo tendré la felicidad de ver la venganza que,
oculta en vuestros secretos designios, aplaque vuestra justa cólera?*

Dante Alighieri, Purgatorio, Canto XX.

Ricardo necesitó más de una semana para su viaje a Canterbury; tras aligerar su bagaje con la entrega de la carta, a comienzos de agosto embarcó rumbo a Francia en compañía de Blanca, el pequeño Esteban, Raúl y algunos sirvientes. Cuando pisaron tierras de Lyons-la-Forêt, Blanca se volvió hacia el caballero inglés:

—Bienvenido a mis posesiones, Ricardo —le dijo—. ¿Recuerdas todavía cómo nos conocimos aquí?

—Mejor no —contestó él riendo.

Aún tardaron buen rato en avistar la muralla octogonal del castillo de Lyons-la-Forêt. Desde las almenas les saludaron los gallardetes izados en honor de los recién llegados visitantes.

—¿Es mi padre? —preguntó la vocecita infantil de Esteban cuando su sirviente lo dejó en el suelo encareciéndole que saludase al castellano.

Esteban contempló al señor del castillo lleno de duda y desconfianza.

—¡Pero si sólo tiene una mano! —exclamó volviéndose hacia el sirviente.

Aymer soltó la carcajada para disipar la confusión que notó entre los circunstantes.

—Ya estoy acostumbrado, y tú también te acostumbrarás.

Entonces Ricardo la vio. Llevaba los cabellos color rojo dorado en dos gruesas trenzas que caían sobre los diminutos pechos. Fernán estaba a su lado, tal como venía haciendo durante todo el año transcurrido y no ignoraba Ricardo. En seguida se abrió paso por entre el séquito de Aymer, sin hacer más caso de éste.

—¿Tú aquí?

—Hace ya diez días. Te esperábamos más pronto —explicó Fernán.

Ricardo abrazó primero a Beatriz y después a su compañero.

—He tenido un compromiso en Canterbury, nada de importancia.

—¿Siempre en pie de guerra con el rey? —preguntó Ricardo mientras apuraban la última copa después de la cena.

—Solía saquear e incendiar mis posesiones, pero nunca ha pasado de ese tipo de escaramuzas. No tiene dinero para un asedio en toda regla. Hace poco me reconcilié con él. La idea de someter a uno de sus barones rebeldes habrá halagado su afán de poder, aunque por otra parte me ha costado un montón de dinero. Fue entonces cuando envié a por Blanca.

—Tienes razón, el perro apaleado es más sabio, como suele decirse. Yo también ansio un poco de paz y tranquilidad.

—¿Tú? Una vez conocí a un exaltado que juraba que jamás se daría descanso. Me pregunto qué se habrá hecho de él.

—¡Ah, sí! Existe todavía —le aseguró Ricardo a Aymer con una sonrisa burlona—. Pero encadenado.

Blanca le sonrió. Ella también había cerrado un capítulo de su vida. En el castillo de Windsor tenían ya un príncipe, al que pusieron por nombre Eduardo, igual que su padre. Dejaba atrás una pareja totalmente feliz; Eduardo estaba tan embobado con su hijito, que incluso ofreció la paz a los asesinos de Gaveston.

Blanca se puso en pie. Era tarde y las fatigas del viaje se cobraban su tributo. Deseaba acostarse, aunque no sólo porque estuviese cansada. Más aún necesitaba la intimidad con Aymer.

También Beatriz se levantó, creyendo que Ricardo la seguiría, pero éste se limitó a acompañarla hasta la puerta de la sala y allí le dio las buenas noches con un beso en la frente. Luego cruzó hacia el ala opuesta del castillo para encaminarse a la capilla.

Aymer quiso decirle algo, pero Fernán le hizo callar con un ademán.

—Ven, Raúl. Tu amo regresará pronto —dijo.

El muchacho, que había permanecido todo el rato detrás de la silla de Ricardo para servirle y esperaba que Ricardo retornase de la capilla, se encaminó a la puerta y subió por la escalera de caracol a la habitación en compañía de Fernán.

Al poco se presentó también Ricardo, y se dejó caer en la cama con un suspiro.

Raúl quiso ayudarle a desvestirse pero Ricardo se lo impidió.

—Puedo hacerlo yo solo. Puedes irte; esta noche se quedará conmigo el sieur de Uzès.

Se soltó el cinto de la espada y dejó el arma al lado de la cama. Luego colocó una vela sobre la cabecera y se desabrochó la hebilla.

—Fernán.

El noble se situó a su lado y le ayudó a quitarse el correa que retenía el brazo izquierdo de Ricardo pegado al cuerpo durante toda la jornada, lo cual le permitía servirse bastante bien del antebrazo y la mano de dicho lado.

Poniéndose en pie, se acercó al hueco de la ventana.

—Francia, Fernán —dijo.

Lacónicas palabras que evocaban, sin embargo, los recuerdos de dos años.

Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el aire fresco. Oyó que se abría a su espalda la puerta de la habitación y los rumores de Raúl en el pasillo mientras montaba allí su catre. Un golpe de aire hinchó su camisa como una vela, y aspiró con delicia los aromas de la hierba vivificada por la humedad nocturna.

—Es bueno hallarse de nuevo en los bosques —dijo en tono pensativo—. Me ahogaba en el ambiente de la ciudad. ¿No te gustaría dormir otra vez al raso, Fernán, sobre el musgo, como hemos hecho tanto tiempo?

Desabotonándose la camisa, se la quitó por la cabeza, quedándose con los calzones de hilo, vieja costumbre de sus tiempos de milicia, como lo de dormir con el arma al lado y la luz encendida, a fin de estar prevenido si daban la alarma.

La luz plateada de la luna desdibujaba las cicatrices de su piel hasta casi borrarlas; sólo continuaba viéndose con claridad la marca de la cruz en el pecho.

—¿Fernán?

Al volverse junto a la ventana quedó estupefacto. Era Beatriz la que estaba allí, con la espalda apoyada en la puerta cerrada. Sus formas suaves se distinguían con claridad debajo del camisón de seda blanco.

Fernán no estaba en la habitación. Ella sonrió como pidiendo perdón.

—Te echaba tanto en falta —dijo.

Él la miraba sin decir nada y luego contempló las armas de Fernán y sus botas, todo ello desordenadamente amontonado en el suelo.

—¡Fernán! —rugió dando una voz tan fuerte que Beatriz se estremeció.

Pero el noble no se movió del pasillo, sino que le indicó a Raúl, con el índice sobre los labios, que se echase a dormir sin hacer ruido.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella en voz baja.

Ricardo la contempló en silencio desde los cabellos sueltos en melena hasta los pies descalzos sobre las frías baldosas.

—No, quédate.

Al ver que ella tenía frío, cerró la ventana y se acercó. Beatriz fue a su encuentro titubeando.

—¿De qué tienes miedo, Ricardo? —le preguntó ella cuando se hallaron cerca el uno del otro—. ¿No quieres que vea tu cuerpo desnudo? Eres bello a la luz de esta vela.

—Tú sí que eres bella.

La besó en la boca, y se sintió envuelto en una nube de su perfume. La tomó de la mano.

—Eres tan bella y adorable como desobediente —dijo al tiempo que la llevaba a la cama.

—Si se cumpliesen las voluntades del obispo Baldock, tú y yo ni siquiera... —rió ella.

Pero no tuvo ocasión de terminar la frase.

—Al diablo con el obispo Baldock. Échate.

Ella obedeció y él se sentó en la cama, a su lado, jugando con sus cabellos.

—Las primeras páginas del libro ya están escritas.

Él recordó aquel primer encuentro entre ambos.

—Daría una fortuna... si la tuviese... para que me fuese posible escribirlas de nuevo. Pero ese tiempo ya pasó.

Ella no opuso resistencia cuando él entreabrió poco a poco sus ropas. Le miraba fijamente a la cara; los ojos de ambos se encontraron y ella pudo comprobar que los de él eran muy diferentes en comparación con un año atrás.

Ricardo sonreía y se recreaba en la contemplación de su belleza, muy lejos de la impaciencia brutal con que había poseído en Londres a Meg la Roja. Ahora no habló su conciencia para tratar de disuadirle, ni recordó para nada la voz de Baldock ni sus palabras crueles.

No tenía ojos ni sentidos más que para ella, mientras notaba cómo la estremecía el roce de su mano, cómo temblaba de excitación. De súbito ella le echó los brazos al cuello y le atrajo hacia sí de manera que sus cuerpos desnudos quedaron en contacto.

—¡Oh, Ricardo! Te quiero, te quiero...

Él selló sus labios con un largo beso, hasta que ella se apartó, sofocada, y movida por un anhelo irresistible, le desanudó el cordón que ceñía la cintura de Ricardo y apartó la tosca tela.

—Tómame ahora, quiero sentirte —susurró llena de deseo.

Él la cubría de besos todavía, pero sus músculos empezaban a agarrotarse, y luchó por contener la tensión que empezaba a acumularse en su interior.

De súbito deshizo el abrazo y se apartó de ella. Permaneció largo rato en silencio antes de anudarse otra vez el cinturón de cuerda. Oyó que ella se incorporaba detrás de él y notó la mano que le acariciaba la espalda.

—Estás helado y sudando al mismo tiempo —dijo ella con extrañeza y con una nota de compasión en la voz.

¡Compasión! Él no quería la compasión de nadie, al contrario, la mera idea le parecía odiosa. Poniéndose en pie de un salto, alcanzó la ventana en dos zancadas y la abrió. El relente nocturno que invadió la habitación le sosegó un poco.

Permaneció largo rato junto a la ventana abierta, y luego regresó al lado de Beatriz. ¿Cómo podía saber ella lo que sucedía en su fuero interior? ¿Que en aquellos momentos se veía de nuevo a sí mismo cuando, en su desesperación y después de visitar a los médicos, acudió a las prostitutas de Londres? Su

restablecimiento era sólo exterior, pero las heridas de su alma aún no se habían cerrado. No pasaba jornada que no evocase los horrores de los últimos cinco años. La cabeza de Juan de Braose sobre la entrada del castillo de los Morley, los freires convertidos en antorchas vivientes, quemados en la hoguera como herejes, las heridas de sus hermanos, el aislamiento en la mazmorra, el hierro al rojo, la máquina del tormento, el cadáver de Tomás de Lincoln devorado por las ratas... la pesadilla permanente que le visitaba en sueños todas las noches. Por eso Raúl, o Fernán, o alguno de los sirvientes dormían siempre en su habitación, dispuestos a intervenir cuando él despertaba empapado en sudor y tomaba sus armas con intención de volverlas contra sí mismo.

¿Cómo llegaría ella a comprenderlo nunca? Regresó a su lado y se sentó de nuevo al borde de la cama.

—Lo siento —dijo—. Debí evitarte este desengaño, aunque sabía que no podía dejar de ocurrir, tarde o temprano. ¿Querrás quedarte todavía un rato?

Ella ciñó el cuerpo contra el brazo de Ricardo.

Poco a poco fue quedándose dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Pese a lo ocurrido se sintió feliz, aun sabiendo que arriesgaban de nuevo la maldición de la Iglesia con aquel acto prohibido. En principio Beatriz no debía dirigirle siquiera la palabra, por no hablar de contraer matrimonio.

Las opiniones manifestadas por Ralph Baldock en tal sentido respondían sin duda al criterio oficial de la Iglesia, a juzgar por las noticias que Ricardo había recogido aquí y allá. ¿Lograría persuadir al papa y ahorrarse la tercera parte de su penitencia? ¿Recluírse en un monasterio? Él no era un fraile, no imaginaba una vida dedicada a la oración, a entonar salmos y cavar el huerto del convento. Él era por encima de todo un soldado, votos aparte. Bastante le había costado cumplir con el año de penitencia en Londres, pero... ¡verse en clausura, encarcelado en una celda monacal! ¡Sería para volverse loco!

Ricardo se puso a hacer cálculos. Cabalgando sin descanso durante ocho o nueve días podía presentarse en Aviñón y regresar luego a un ritmo más reposado para no reventar el caballo. ¿Cuánto tardaría Felipe en enterarse de que el Bastardo andaba otra vez por sus territorios? Mientras llevase el hábito de penitente, sin embargo, su persona sería inviolable. Miró hacia la ventana. Una noche despejada; la luz de la luna sería suficiente. No obstante, prefirió acostarse y concederse todavía dos horas al lado de lo que más amaba en el mundo.

Una vez más la bruja de Wirral había tenido razón. Sus sueños se habían convertido en realidad, pero ¡cuán diferente de como lo había imaginado! Luego apartó cariñosamente de su hombro la cabeza de Beatriz. Ella tampoco se hallaría segura allí, pese a la buena voluntad de Aymer y de Fernán. Media noche de ventaja podía suponer una gran diferencia. Le serviría para salir de París sin que nadie llegase a advertir su presencia.

Requirió sus ropas y empezó a vestirse.

—Raúl —llamó en voz baja, y casi al instante el muchacho se presentó en la habitación.

—¿Messire?

—Despierta al sieur de Uzès y ensilla nuestros caballos. Pero procura no despertar a los demás.

Acto seguido hizo su aparición en la puerta el francés.

—Nos vamos —anunció Ricardo—. La noche está clara y no hay tiempo que perder.

Interrumpido su sueño, Beatriz abrió los ojos y le miró con sobresalto.

—¡En nombre del Cielo! ¿Adónde vas a estas horas de la noche?

—A Aviñón.

Largo rato después de que el ruido de los cascos se hubiese extinguido en la lejanía, ella aún se hallaba inmóvil, mirando sin ver a través de la ventana.

*Alma mía, sé una espectadora
paciente y no juzgues la pieza antes de
que haya terminado. Muchas vicisitudes
tiene el argumento y cada día trae una
nueva escena pero el acto último corona
la pieza.*

Francis Quarles, Respice finem.

Bertrán de Got, el obispo ambicioso que tomó el nombre de Clemente V cuando consiguió la triple corona de oro, se había superado a sí mismo en cuanto a debilidad y corrupción cuando pronunció la sentencia que hundió a la orden de los templarios. De él quedaba sólo un hombre anciano y enfermo que dedicaba la mayor parte de su tiempo a lamentar lo hecho. En mayo de 1312, una débil tentativa de enmienda condensada en la bula *Ad providam Christi vicarii*, por la cual donaba todos los bienes y propiedades de los templarios a la Orden de los caballeros del Hospital de San Juan, no aportó mucho alivio a su alma pero encolerizó de nuevo al rey, a quien aquél temía más que al mismísimo diablo.

También intentó Clemente salvar la vida a los principales dignatarios de la orden, cuya condena se había reservado personalmente Felipe. Obviamente, ni siquiera logró sacarlos de París con el pretexto de interrogarlos en Vienne.

Ricardo comprendió perfectamente que debía a tales circunstancias la extraordinaria benevolencia de la acogida que le hizo el pontífice en su residencia de Aviñón. Por lo que aprovechó de buena gana la oportunidad y exageró su indignación por la gravedad de la penitencia que se le imponía, para hacer que el príncipe de la Iglesia se sintiera tanto más generoso, en caso de que se aviniese a conceder el perdón. Después de una larga entrevista, el papa le dio palabra de que anularía la excomunión siempre y cuando Ricardo cumpliera con sus peregrinaciones. Más aún, le propuso hacer dispensa de una de ellas, la de Santiago de Compostela. Tampoco le obligaría a ingresar en una orden cisterciense, aunque se lo encarecía mucho por el bien de su alma. Que el penitente meditase sobre esta cuestión en el decurso de su viaje, y cuando hubiese regresado ya se vería. Satisfecho por lo conseguido tras su conversación con Clemente, Ricardo retornó a Lyons-la-Forêt, donde pensaba principiar su peregrinaje.

Tras despedirse de Beatriz, la confió a la protección de Fernán y les recomendó que se refugiasen en las posesiones del señor Uzès, donde se hallarían más seguros que en las de Aymer y Blanca.

Sucedió esto hacia comienzos de septiembre. Guillermo de la More, el último maestre de la provincia inglesa del Temple, había fallecido en su celda de la Torre de Londres, llevándose a la tumba sus secretos.

Ricardo guardó su caballo en unos establos, cambió sus ropas por el hábito de arpillera y se despidió de su calzado. No llevaba otro bagaje sino las cartas para Compostela y Roma, así como una daga, sin la cual no se habría aventurado por los caminos de Francia.

En seguida se puso en marcha y anduvo durante todo el otoño y el invierno por caminos polvorientos y pedregosas sendas de montaña. Avanzaba a un ritmo infernal por entre la lluvia, los vientos y las nieves, hasta que se le llagaron los pies, y se le curaron, y se le volvieron a cubrir de heridas. Evitaba los grupos numerosos de peregrinos y las posadas habituales, prefiriendo a

menudo los atajos para no ser reconocido, por más que estuviesen infestados de bandoleros.

A comienzos de noviembre llegó a Roma. A finales de enero canjeó su última carta en prueba de que había orado ante la tumba del apóstol Santiago. En esta ocasión visitó al rey Dionís de Portugal en Coimbra, donde un concilio había declarado inocentes a los templarios portugueses. Y regresó a Francia por los pasos de los Pirineos para comparecer por última vez ante el papa, a quien halló más enfermo y de peor talante que nunca, recluido en el condado de Venaissin, donde se negaba a conceder audiencias a nadie.

Allí perdió tres días hasta que Fernán y algunos de sus veteranos camaradas le trajeron un caballo y le aconsejaron que se dirigiese a París cuanto antes, porque corrían rumores de que el rey Felipe tramaba una cruenta venganza.

El domingo, día de San Gregorio, les describió la situación Godofredo de Uzès en los términos siguientes:

—Felipe no le ha perdonado al papa su bula *Ad providam Christi vicarii*, por la que otorgaba a los hospitalarios todos los bienes de la orden templaria, y menos aún la *Considerantes dudum* que promulgó cuatro días más tarde y ha sido como la gota que derrama el agua del vaso. En ella el papa se reservaba la sentencia sobre los principales de la orden. En realidad la primera de estas bulas no le creó demasiadas dificultades a nuestro rey. Como sabéis, se había apoderado ya de buena parte de vuestras riquezas. Los muebles, el tesoro de la Iglesia, el oro, la plata, todo eso ha desaparecido. Además declaró canceladas sus deudas frente al Temple, que eran del orden de medio millón de francos, nada menos. De las propiedades del Temple ha sacado además rentas por cuantía de unos cinco millones de francos..., para cubrir los gastos del proceso, como él dice.

Ricardo hizo un ademán desdeñoso:

—Era de esperar.

—Pero el rey no se contenta con eso. En enero del año pasado forzó la promulgación de una nueva bula por parte del papa, en la que se transfiere la jurisdicción sobre los altos dignatarios del Temple a una comisión apostólica cuyo elemento más destacado es nuestro célebre arzobispo de Sens. Supongo que habréis reconocido los procedimientos de Felipe de Marigny. Ante él han comparecido en el ínterin el gran maestre, así como Hugo de Pairaud, el preceptor de Normandía, Godofredo de Charnay y el preceptor de Aquitania y Poitou, Godofredo de Gonnevillle. Han confesado nuevamente sus culpas ante una asamblea de cardenales y prelados.

Hubo un silencio opresivo, hasta que Fernán dijo en tono de consternación:

—¡Inaudito! Aymer conocía bien a Charnay. Un hombre valiente, Dios le perdone esa claudicación.

Ricardo meneó la cabeza con aire compasivo.

—Oigamos lo que falta, si no me equivoco. Os ruego que prosigáis, messire.

Godofredo tomó un sorbo de vino y continuó:

—Como habréis visto, el lugar donde antaño estuvo la casa central del Temple se ha convertido en un verdadero centro de peregrinación. El pueblo venera allí a los mártires del Temple y se rumorea incluso que alguno de ellos se apareció a los creyentes. Al rey esto le saca de sus casillas, naturalmente, y monta en cólera cuando ve que sus súbditos le quitan la razón y rinden homenaje a los caballeros caídos. Sólo le queda un medio para rehabilitarse: una confesión pública y solemne de los crímenes del Temple, a cargo del gran maestre en persona y de sus tres colaboradores más destacados. Desea condenarlos a cadena perpetua, pero teme a la plebe de París. No olvida que una vez se rebelaron contra él...; por cierto que entonces sólo se salvó gracias

precisamente a vuestros hermanos, que le concedieron asilo en su fortaleza. La macabra ceremonia está prevista para pasado mañana, en la plaza frente a Notre-Dame.

Los dos caballeros apenas lograban contener su indignación y su desprecio, por lo que se quedaron mirándole en silencio.

—Mort de Dieu! —fue lo único que consiguió articular Fernán al cabo de un rato.

Ricardo se puso en pie con intención de salir.

—Allí estaremos —dijo tranquilamente—. Aunque sólo sea en calidad de testigos presenciales de esta última puñalada a traición contra el Temple. Os doy las gracias, messire de Uzès. Quedad con Dios.

Mientras subía con prosopopeya y solemnidad al patíbulo erigido delante de la catedral de Notre-Dame de París, el obispo de Alba contempló satisfecho a su nutrido público.

Con una sonrisa en su rostro vanidoso, paseó la mirada sobre la concurrencia que abarrotaba la pequeña plaza y recibió el pergamino que le tendía uno de los frailes de su séquito. Su amo y señor quedaría muy contento cuando supiera que habían sido muchos los ciudadanos que siguieron la llamada de los heraldos y pregoneros.

El alcaide de París condujo entonces a los presos hacia el cadalso, mientras el público se empujaba y estiraba los cuellos para echar una ojeada a los cuatro templarios.

Hugo de Pairaud venía el primero, seguido de Gonneville. Llevaban sus mantos blancos y estaban pálidos y demudados. Evidentemente absortos cada uno en su propia desgracia, no se dieron cuenta de que Jacobo de Molay, que les seguía, tropezaba en el peldaño más bajo de la escalera por donde se subía a la plataforma.

Gran esfuerzo le había costado la aproximación al patíbulo; ahora, al pie de la escalera, las piernas anquilosadas se negaban a sostenerle.

Godofredo de Charnay, el preceptor de Normandía, quien se había negado a pasar delante de su maestro, se precipitó entonces a sostenerlo, le ayudó a incorporarse y le sirvió de báculo hasta que se hallaron en la plataforma.

Ricardo sabía que el gran maestro jamás había sido capaz de resistir a la tortura, y le perdonaba esa debilidad, pero se preguntaba cuál habría sido la causa de que el preceptor de Normandía también hubiese jurado en falso. Al verse en presencia de los espectadores, Molay retiró la mano que había apoyado ligeramente en el brazo de Charnay. Con su voz de batracio, el obispo de Alba daba lectura al pergamino que contenía las confesiones. A su lado, el legado pontificio escuchaba con atención aquella retahíla de infamias, mientras se entretenía contemplando a los acusados. Hugo de Pairaud tenía los ojos cerrados y el rostro sacudido por estremecimientos nerviosos. A su lado, Godofredo de Gonneville alzaba los ojos al cielo con gesto de desesperación. ¿Por qué los sometían a tal prueba después de seis años y medio de cautiverio?

Jamás en su vida habían sufrido una humillación tan grande, ¡y todo eso en presencia de los laicos, del populacho de París!

Charnay escuchaba con expresión impenetrable, y Jacobo de Molay se mostraba preocupado, aunque su figura agobiada por la edad inspiraba respeto.

Todos oyeron en silencio hasta que se hubo extinguido el eco de las últimas palabras de aquellas escandalosas confesiones varias veces reiteradas por ellos. Por último se adelantó el legado papal y los invitó a proclamar, uno a uno y bajo juramento, que las declaraciones leídas eran en efecto las que ellos habían prestado. Hugo de Pairaud respondió de mala gana, entre titubeos:

—Juro que he hecho estas declaraciones.

Fernán de Uzès, pálido como un muerto, cerró un instante los ojos para no tener que seguir soportando el miserable espectáculo. De súbito se dio cuenta de que Ricardo ya no estaba a su lado, sino que se abría paso a codazos entre la multitud. Los ciudadanos se resistían a ceder sus puestos, porque en aquellos momentos el representante pontificio solicitaba el juramento al preceptor de Aquitania y Poitou. Ricardo se hallaba ya tan cerca que pudo observar el escalofrío que sacudía al hombre antes de tomar la palabra para corroborar su confesión. Entre los cardenales presentes reconoció al arzobispo de Sens.

—¡El rey ha engañado al pueblo! —gritó de pronto Ricardo en medio de la multitud— Acusa al Temple de herejía porque codicia sus tesoros, ¡y se ha guardado en sus bolsillos el oro de los templarios!

Un murmullo de excitación se alzó entre aquella masa humana y Ricardo se agachó al ver que los esbirros buscaban al que había gritado. También los que estaban en el cadalso buscaban con la mirada entre la muchedumbre, mientras el legado papal daba grandes voces reclamando silencio. Envalentonado por los murmullos de aprobación, Ricardo alzó de nuevo la voz:

—¡Todo mentiras! ¡Estas confesiones se han arrancado mediante amenazas y torturas!

En medio del tumulto, los ojos de Jacobo de Molay descubrieron al revoltoso, cuya estatura sobrepasaba en casi una cabeza a la mayoría de los circunstantes. Una sombra de sonrisa pasó fugazmente por su rostro atormentado. Había reconocido al caballero. Sus labios articularon algunas palabras. Godofredo de Charnay, que estaba a su lado, fue el único que logró entenderlas.

Alzando la voz para dominar el alboroto, el legado papal llamó al preceptor de Normandía. Entonces se hizo un profundo silencio mientras Charnay adelantaba un paso en actitud decidida y con voz fuerte, que fue perfectamente entendida por todos, exclamó:

—Niego categóricamente haber perpetrado ninguno de los crímenes de que se me acusa. Recuso y revoco todas las confesiones hechas por mí, que me fueron arrancadas por medio del tormento. Es mejor morir injustamente sentenciado que recibir una muerte merecida.

Sin dejar que continuase hablando, el legado papal lo empujó precipitadamente para obligarlo a retroceder y le mandó callar.

—Jacobo de Molay, gran maestro de la Orden del Temple —gritó, al haberse generalizado el tumulto una vez más.

Molay permaneció inmóvil, en actitud de gran serenidad. ¿Le habría comunicado Charnay su valiente intención de retractarse cuando se acercó al anciano para ayudarlo a subir por la escalera hacia la plataforma? En cualquier caso, no daba muestras de estar sorprendido. Sus ojos seguían buscando al caballero en medio de la multitud. ¿Qué más podía perder ya? Parecióles a los espectadores que la espalda encorvada se erguía, que las profundas arrugas del rostro inmóvil asumían una expresión combativa. Alzó al cielo las manos encadenadas y exclamó con voz clara y potente:

—En tan terrible día y en las últimas horas de mi vida, la justicia me obliga a denunciar la falsedad de estas mentiras y a hacer que triunfe la verdad. Así pues, confieso ante los cielos y la tierra que para eterna infamia mía he cometido el mayor de los delitos. Y que este delito no ha sido otro sino el de consentir que otros acusaran a la orden, cuando la verdad me obligaba a defender la inocencia de ésta. Si presté las declaraciones que se me exigían fue para poner fin a los dolores insufribles del tormento que se les infligía a otros en mi presencia, y para tratar de ablandar el ánimo de quienes me infligían a mí esa pena. Conozco los suplicios que han debido soportar los que tuvieron la valentía de retractarse de sus confesiones. Pero el espectáculo

abominable que ahora se desarrolla ante mis ojos no podrá obligarme a echar sobre mí el peso de otro falso testimonio que corrobore el anterior. ¡Bajo tan infamantes circunstancias, prefiero despedirme de la vida con el corazón más ligero!

Lo que ocurrió entonces lo vivió Ricardo como en sueños. Con los ojos empañados por las lágrimas vio que los obispos ponían presuroso fin al triste espectáculo proclamando la sentencia de cadena perpetua para todos los acusados. No menos precipitadamente, el alcaide de París los bajó del cadalso antes de que la multitud se repusiera de la sorpresa. Comenzaba la caza al hombre que había lanzado la consigna de rebeldía en medio del público. Pero los circunstantes lo amparaban y no tardó en desaparecer confundido entre las masas que huían por las calles de París acosadas por los esbirros del rey. Ni siquiera Fernán consiguió encontrarle, motivo por el cual decidió regresar a la posada de París donde guardaban sus caballos. Y en efecto encontró allí a Ricardo, cuyo semblante sombrío no auguraba nada bueno.

—He estado en La Cité —anunció, lacónico, mientras sacaba de las alforjas sus escasas pertenencias.

A la débil claridad de una vela Fernán vio que su compañero se endosaba el hábito frailuno de color negro, la seña distintiva del Bastardo, bien conocida en muchos lugares del país.

—Confiaba en no tener que ponérmelo nunca más —murmuró Ricardo al tiempo que se ceñía la prenda—. El rey ha tenido un acceso de cólera terrible. Me ha contado tu hermano que no pudo articular palabra durante largo rato, y que su rostro estaba tan hinchado que resultaba irreconocible. Ha dado orden de que el gran maestro y el preceptor de Normandía mueran quemados a fuego lento. Sin consultar con los miembros del consejo del reino, ni con los obispos, ni con la comisión.

Pasó revista a sus armas y se ciñó la espada. Por unos momentos Fernán no supo qué decir, y luego gritó:

—¡Haz algo, por Cristo Nuestro Señor! ¡Haz algo, Ricardo!

En un acceso de cólera impotente Ricardo agarró la espada y la arrojó contra el francés, que a duras penas logró atrapar en el aire el refulgente acero.

—¿Qué quieres que haga, por el amor de Dios! —exclamó con voz sofocada—. Todo el día he caminado de un lado a otro buscando un cabo suelto en la red, ¡pero no lo hay, palabra de honor!

—Así pues, no nos queda más que rezar.

—¿Rezar? Dios no los salvará. Que mueran como mártires y así se les abrirán las puertas del cielo.

Fernán contemplaba el hábito negro y cobró súbita conciencia de otro peligro.

—No vayas, Ricardo. En todo París se sabe que estás aquí —le instó.

—Debo ir —desechó Ricardo la preocupación de su compañero—. Confundido entre las gentes correré poco peligro, y además falta poco para que anochezca.

Poco después abandonaban la posada y corrían de regreso hacia París. A lo lejos se oían las campanadas de la Sainte Chapelle; el rey acababa de oír misa y emprendía el retorno a su palacio. No tardaría en dar la señal para que Jacobo de Molay y Godofredo de Charnay hallasen la muerte entre las llamas.

La isla del Sena llamada Isla de los Judíos, situada entre el Jardín Real y la ermita de los hermanos de San Agustín, presentaba un aspecto frío y desolado bajo las tonalidades grises del crepúsculo vespertino mientras los tambores retumbaban en sordina anunciando la conducción de los presos y el rostro de La Lechuza se asomaba a una de las ventanas de palacio.

Casi a hurtadillas, la guardia real condujo a los prisioneros en una barca hasta el escenario de su ejecución, adonde llegaron por entre un doble cordón de seguridad formado por hombres de a pie. En el cadalso habían alzado dos piras. Una vez allí, el gran maestro se despojó voluntariamente de sus prendas, y también Godofredo de Charnay sufrió con paciencia el rudo trato de los ayudantes del verdugo. Sólo con la violencia se pudo mantener alejados a los ciudadanos que trataban de invadir el recinto y vociferaban insultos en dirección al palacio. El verdugo concedió el último deseo de Molay y le quitó los grilletes para que pudiera unir las manos y rezar; entonces él se volvió de cara hacia Notre-Dame y dejó que lo ataran. La multitud contenía la respiración, escuchando el chisporroteo de las ramas que prendían la hoguera.

Desde su posición Ricardo empezaba a notar el calor y fijó la mirada en el fuego, que prendía y avanzaba con calculada lentitud hacia los pies de los dos reos con objeto de prolongar el suplicio. Ni un solo sonido salió de sus labios cuando el fuego empezó a quemarles los pies; parecían hallarse en un estado de serena paz. El olor de la carne humana quemada resucitó en la memoria de Ricardo los recuerdos terribles que durante todo un año había intentado relegar al fondo más recóndito de su mente.

Sin saber lo que hacía, se abrió paso por entre los presentes, avanzando hacia el fuego. Entonces Charnay levantó de pronto la cabeza, mientras las llamas crecían ya alrededor de sus piernas, y miró adonde estaba el rey, quien mantenía desde su ventana la misma postura de dignidad mayestática con que había escuchado la proscripción de la orden por el papa.

Como si hubiera sido una seña convenida entre Charnay y el gran maestro, también éste buscó al rey con la mirada y su voz se alzó por entre las llamas y resonó en toda la plaza:

—Morimos inocentes. El decreto que nos condena es ilegítimo, pero hay en el cielo un juez supremo que nunca desoye las apelaciones de los débiles. ¡Ante ese alto tribunal emplazo al papa de Roma para dentro de cuarenta días! En cuanto a vos, Felipe, sería inútil concederos mi perdón, pues sois ya reo del infierno. ¡Os espero ante el Supremo Juez en el plazo de un año!

Las llamas prendían ya en la camisa del maestro y en su barba cuando Ricardo consiguió romper al fin el cordón de guardias, y se habría arrojado entre las llamas a los pies de Molay si el anciano no se lo hubiese vedado con una mirada. También los ojos de Charnay estaban vueltos hacia él. Con sus últimas fuerzas el gran maestro dijo en voz sólo audible para Ricardo:

—Yo muero pero el espíritu del Temple sobrevive. ¡Vive pues tú también, hijo mío!

Mientras Ricardo caía de rodillas para humillarse ante su maestro, la cabeza de Molay se venció hacia delante y su cuerpo quedó colgando inerte. Un escalofrío corrió entre la multitud al ver que también Charnay perecía en silencio y con una sonrisa extática de liberación en el semblante. La muerte los había arrebatado tan piadosamente que todos quedaron estupefactos, incluso los soldados de la guardia real. Nadie dudaba ya de que hubiesen muerto allí unos inocentes.

Ricardo se puso en pie de un salto e hizo la señal de la cruz.

—Bendito sea el recuerdo de los justos, ¡pero el nombre de los impíos perecerá! —gritó volviéndose de cara a la multitud.

Un movimiento de excitación recorrió la muchedumbre antes de que los hombres de armas consiguieran rehacerse; la turba enfebrecida rompió el cordón de guardias y asaltó las piras. Aún no se había extinguido el fuego y los ciudadanos peleaban ya disputándose los huesos calcinados de los mártires para guardarlos como reliquias sagradas.

—Vamonos de aquí —dijo Ricardo a Fernán al tiempo que hurtaba la cara al repugnante espectáculo.

Y desde su atalaya palaciega, Felipe el Hermoso hubo de contemplar cómo el odiado personaje del hábito negro escapaba entre el tumulto y la creciente oscuridad sin que los soldados lograsen apresarlos.

De cierto sabéis que nada hay tan oculto que no lo veáis claramente: lo bueno así como lo malo. En lo cual fundaréis vuestro juicio, que yo acato con reverencia. A vuestra clemencia me acojo en mis pecados, y haced conmigo lo que queráis, en vuestras manos pongo cuerpo y alma.

Eduardo II, De le Roi Edward le Fiz Roi Edward, le Chanson que il fist mesmes.

Llovía, y Ricardo y Fernán quedaron calados hasta los huesos cuando por fin arribaron a Lyons-la-Forêt, donde les aguardaba Aymer. La bienvenida fue tan melancólica como las prendas negras que vestían todos ellos. Y no vestirían otro color en lo que les restara de vida. Todos se abrazaron en silencio, y Raúl, que aguardaba dispuesto a tomar las bridas de las cabalgaduras, contemplaba al caballero con reverente respeto.

—No me cuentes nada—dijo Aymer—. Estoy enterado de esa horrorosa historia. Tienes visita.

Apoyó una mano sobre el hombro de Ricardo y le invitó a seguirle. Se abrieron de par en par las puertas de la sala grande y el caballero avanzó hasta situarse en el centro de la estancia. Allí estaban todos los caballeros, formando un círculo silencioso, mirándole con sus ojos porfiados. Con un ademán, Aymer le significó a Fernán que se colocase a su lado para cerrar el círculo. Nadie más quedó en la sala. Entonces, como a una seña convenida, todos los caballeros desenvainaron sus espadas, hincaron la rodilla en tierra y dejaron los aceros en el suelo, apuntando hacia la figura solitaria que ocupaba el centro.

Ricardo, inmóvil, volvió los ojos hacia la sencilla cruz de madera que colgaba de la pared, y luego contempló con aire pensativo las cabezas inclinadas.

—Poneos en pie y exponed vuestras intenciones —dijo.

Uno de ellos se adelantó un paso hacia él.

—Sire, hemos determinado que seáis nuestro maestro en adelante. Conducidnos adonde queráis y os seguiremos.

Hubo un silencio y luego Ricardo meneó lentamente la cabeza.

—Hermanos, agradezco la confianza que depositáis en mí —dijo en tono tranquilo—, pero no soy el hombre adecuado. Aún no he olvidado las faltas que cometí. No soy digno de tan alta magistratura. Dejad que Dios sea vuestro guía y vuestro maestro.

—Tenéis razón —replicó su interlocutor—. El Temple ha dejado de existir. Una injusticia justifica la otra. Algunos de nosotros estuvimos presentes cuando el gran maestro, quiera Dios tener piedad de su alma, se retractó de todas sus confesiones ante el pueblo de París; y algunos también estuvieron allí cuando murió por ello en la hoguera. Os necesitamos como sucesor.

—Os necesitamos, nos hacen falta vuestros consejos y vuestra ayuda —le insistió otro.

—Cuando alguno de entre vosotros precise de mis consejos y mi ayuda, siempre podrá contar conmigo —replicó por último Ricardo—. No me

sobreestiméis. Hice lo que pude, pero era joven y bisoño. Me faltaba, y creo que me falta todavía la madurez de juicio y la sabiduría de la edad.

—Tenemos proyectos que no podrán llevarse a efecto sin vuestro apoyo y autorización.

Entonces hablaron en voz baja.

—Antes de morir, el gran maestre emplazó al papa ante el Juez Supremo en un lapso de cuarenta días, y al rey le dio el plazo de un año.

—Yo mismo pude escucharlo.

—Vamos a procurar que no escapen al castigo. El papa y el rey deben morir.

—¿Tenéis algún motivo para dudar de que se cumpla el emplazamiento?

—Nosotros lo interpretamos como una misión a nosotros confiada: la última voluntad del gran maestre.

—Y así, ¿queréis matar por venganza al rey y al papa?

Fernán observaba a su amigo. Los seis años y medio transcurridos desde su salida del Temple habían convertido a Ricardo en un hombre maduro, dotado de reflexión e indulgencia poco comunes a su edad. El felino se había domesticado, pero la sangre de los Plantagenet que corría por sus venas a veces resucitaba al fiero león bajo las apariencias del humilde penitente, y entonces soltaba un rugido. Le fascinaba a Fernán el contemplar aquella metamorfosis.

—Bien está —prosiguió el Bastardo—. El papa es hombre anciano y enfermo, que tiene ya un pie en la tumba. No dudo que se presentará al emplazamiento. Por lo que concierne al rey...

—En cierta ocasión jurasteis su muerte —le interrumpió con osadía uno de los caballeros.

—¡La maldición de Cristo caiga sobre el rey! —exclamó Ricardo—. Tenéis razón, quise matar a Felipe cuando su muerte aún habría servido para salvarnos. Y fue para mí un castigo muy amargo el que promulgasteis sobre mí al desterrarme del país por temor a que yo me rebelase contra vuestro veto. Confieso que estaba ciego, pero no tan ciego que no me diese cuenta de que iba a perpetrar un acto injusto —hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras, y ellos se abstuvieron de interrumpirle—. ¿Y ahora me reclamáis su muerte, ahora que ha destruido la Orden de los Soldados de Cristo? ¿Ahora que ha arruinado nuestro porvenir y quemado en la hoguera a los dos mejores, a los más nobles caballeros de entre nosotros?

»Mía es la venganza, dice el Señor. Dejadlo en manos de Dios, os lo ruego. Que tiemble el monarca mientras va transcurriendo su plazo. Ya quedan menos de doce meses para que le llegue la hora que le señaló Molay; falta le harán todas las oraciones que sea capaz de decir en ese tiempo. ¿Acaso pretendéis entrometeros cuando es Nuestro Señor mismo quien esgrime la espada de la justicia?

El eco de su voz resonó entre las paredes de piedra. Los caballeros meneaban las cabezas.

—Paz, hermanos —dijo él en voz muy baja, y saliéndose del círculo se encaminó hacia la puerta—. También el rey acudirá a su cita con la muerte. En esto mi intervención y la vuestra están de más. He aquí el consejo que os doy: Id a Portugal. El rey Dionís es hombre sabio y su corazón late a favor del Temple. Cuando hayan madurado los tiempos, creará una nueva orden, la Orden de Cristo. Y como su propio nombre indica, ella no será sino una continuación del Temple. Nuestras posesiones portuguesas serán transferidas a esa nueva orden. El golpe mortal que Felipe quiso asestar al Temple fracasó en el último instante. Molay proclamó públicamente la verdad desde el cadalso de Notre-Dame. Gracias le sean dadas por ello, hermanos, porque su muerte en el martirio ha redimido al Temple llamándolo a nueva vida. Refugiaos en

Tomar, nuestra mejor fortaleza en Portugal, donde estaréis a salvo y podréis prepararos para vuestra nueva misión.

—¿Una nueva cruzada? —exclamó uno de los templarios.

El antiguo fuego relució un instante en los ojos de Ricardo, pero movió de nuevo la cabeza.

—No, hermanos. Demasiado tiempo hemos permanecido con nuestras miradas vueltas hacia el pasado. Es menester que las volvamos hacia el exterior y hacia el futuro. En el rey Dionís encontraréis a un hombre que comparte nuestros ideales: Paz frente al islam, comercio con Oriente, tolerancia para con otros credos. Sólo así encuentra el espíritu el espacio necesario para desarrollarse. Sólo así se abrirá ante nosotros el mundo entero, mucho más allá de los santos lugares.

Dicho lo cual, rogó a Fernán que le siguiera y los dejó a solas. Poco después contemplaba desde los adarves y las almenas de Lyons-la-Forêt los bosques verdeantes de los alrededores y la nube de polvo en el camino que levantaban las herraduras de los corceles de sus hermanos.

—El rey no tardará en seguirme los pasos. Debo salir de Francia cuanto antes —habló, pensativo—. Portugal, con su clima benigno, me ayudará a sanar del todo mis viejas heridas, y el rey Dionís es hombre comprensivo y de mentalidad amplia, por lo que no dudo me concederá asilo en su país...

Le costaba enhebrar aquel discurso pese a haberlo preparado desde hacía semanas. Pero Fernán cortó el hilo de sus pensamientos.

—¡Dios mío! Confiaba en que no llegase jamás este momento, Ricardo. Pero nuestros caminos se separan aquí.

Ricardo se volvió para mirar con sorpresa a su compañero. ¿Habría adivinado el francés lo que se disponía a decirle?

—No puedo acompañarte al castillo de mi padre para recoger a Beatriz, ni tampoco a Portugal, si has decidido buscar allí tu destino.

Ricardo guardó silencio mientras escrutaba el rostro del noble, quien no se atrevía a mirarle a los ojos.

—¿La amas? —inquirió Ricardo.

Fernán se mostró confuso, pues no esperaba una pregunta tan directa. Titubeó y eligió la evasiva.

—¿Qué sentido tiene el hablar de ello ahora? Yo no lo he querido así. Jamás me interpondría entre vosotros. Por eso no puedo acompañarte.

—No es eso lo que he preguntado. ¿La amas?

—Sí, la amo.

—¿Y ella? —siguió insistiendo Ricardo—. ¿Te ama?

Los oscuros ojos de Fernán le dirigieron una mirada suplicante.

—¿Por qué me atormentas con esas preguntas? ¿No he meditado y madurado mi decisión a tiempo? He ocultado mi amor porque tú no eras libre todavía. ¿Qué más quieres?

—¡Que te cases con ella! —habló con aspereza, y Fernán quedó sobrecogido.

—No te burles de mí. Creo que no lo merezco —dijo en voz baja, y giró sobre sus talones, incapaz de seguir ocultando sus sentimientos.

Decidido, adelantó dos pasos y enfiló la escalera de piedra que conducía al patio interior. Tenía ya el pie sobre el primer peldaño cuando le retuvo una mano puesta sobre su hombro.

—Lo digo en serio, Fernán.

La voz ahogada de Ricardo le obligó a detenerse. En la penumbra del crepúsculo se volvió para escrutar los ojos de Ricardo.

—Yo no puedo hacerla feliz aunque la Iglesia nos otorgase la dispensa.

—¿Acaso el papa no...? —Fernán se tragó el resto de la frase y se quedó mirando a su interlocutor.

Pero ahora Ricardo había logrado dominarse; su brusquedad no había sido sino un intento de reprimir sus emociones, aunque se leía en su rostro la violencia que se hacía a sí mismo. La decisión, aunque tomada desde hacía meses, le resultaba muy difícil.

—Acude al papa, Fernán, solicítale la dispensa para ti y cástate con ella. El apellido Uzès posee influencia para lograr imposibles, y tu intervención en nuestras correrías nunca dejó de ser un secreto bien guardado. Nadie podrá poner en relación nuestros nombres.

Durante un rato se miraron en silencio, y luego Fernán dijo:

—¡Y ella ni siquiera sabe todavía que has decidido dejarla!

—Tú se lo dirás, Fernán. Por una vez en mi vida, voy a ser cobarde. Porque no soy capaz de imponerme frente a ella. Sería capaz de hacerme desistir de mi decisión.

Notó que el otro le aferraba los dos hombros diciendo con énfasis:

—¿Y yo? ¿Puedo yo disuadirte de tu decisión?

Ricardo meneó la cabeza. Había tenido siete meses para pensarlo mientras sus pies recorrían los caminos de Francia, Castilla, Portugal y los dominios del emperador de Roma. Y cada paso le había confirmado en la convicción de que había determinado lo mejor.

—Yo no puedo hacerla feliz, Fernán —repitió—. No tengo nada que ofrecerle excepto mi amor. No poseo más bienes que mi armadura y mis dos caballos. Con ellos he de ganarme el pan. Además el rey Dionís me concede el asilo a condición de ingresar en una orden religiosa, pues sabe que mis ideas son demasiado peligrosas.

La mirada de Fernán buscó la de Ricardo. De pronto le pareció ver de nuevo la última despedida de ambos en Lyons-la-Forêt, casi ocho meses antes. Ricardo había mirado largamente a Beatriz, como deseando grabar en su memoria la belleza de ella. Había acariciado los cobrizos cabellos, la despejada frente, los rojos labios, para besar luego su delgada mano y abrazarla con fuerza, sintiendo por última vez las formas femeninas junto a su propio cuerpo. Había sido una despedida para siempre...

—¿Y has llevado esto en silencio durante todo este tiempo, desde el momento en que saliste de Lyons-la-Forêt hacia Aviñón, Roma y Compostela? ¿Durante todo ese viaje infernal? Yo sería un ingrato y un loco si rechazara ese don que se ha pagado tan caro. Pero cuando pienso en ti, me siento culpable, y un miserable.

Ricardo rodeó los hombros de su amigo con el brazo, y juntos contemplaron las colinas boscosas que se extendían hasta la línea del horizonte.

—¿Recuerdas tus palabras, Fernán, las que pronunciamos al ingresar en la orden? «Muertos para el mundo.» ¿Acaso ninguno de nosotros ha comprendido en realidad lo que esto significaba? ¿No nos hemos aferrado siempre a la vida y al mundo?

Fernán asintió, comprendiendo lo que quería decir Ricardo. Él había sabido desprenderse de las ataduras de la orden. Para Ricardo la situación era muy diferente. Él era el Temple, y el Temple iba con él. ¿Cuándo debió alcanzar ese punto sin retorno? ¿Le habría abrasado también a él la hoguera en donde halló la muerte Jacobo de Molay? ¿Recibió el golpe letal el día en que el concilio de Vienne condenó a la orden, o cuando perdió su virilidad en el castillo de Pickering bajo el tormento de la estrapade? ¿O en el instante en que Tomás de Lincoln le confió el tercer secreto del Temple? ¿O quizá se había sellado ya su destino seis años y medio antes, cuando decidió seguir con el Temple después de que Tomás lo despidió en la terraza a orillas del Támesis?

Muerto para el mundo: su alma pertenecía al Temple.

Los dos hombres se abrazaron.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Fernán.

—No, quedad con Dios —dijo Ricardo al tiempo que bajaba la escalera con apresuramiento, como si temiese arrepentirse de su decisión si seguía hablando con Fernán.

Ensiló su caballo y cambió unas palabras con Raúl, quien se había encaminado a los establos tan pronto como oyó los pasos del templario.

El muchacho bajó la cabeza para estrechar la mano que se le tendía. Entonces Ricardo se inclinó y susurró algo al oído de su escudero. Éste salió corriendo, como si el viento se lo llevase, mientras Ricardo le seguía con la mirada, riendo. Al poco el muchacho regresó con una mochila a la espalda.

Ricardo se alzó en la silla, tomando las riendas de la acémila que llevaba su armadura, sus provisiones y en la que cabalgaba Raúl. Sin pérdida de tiempo cruzaron la puerta y el puente levadizo. Cuando hubieron pasado el foso, Ricardo se detuvo y se volvió para mirar a lo alto, despidiéndose con la mano.

Fernán hizo bocina con las suyas.

—¿Adónde vais? —se oyó su voz desde lo alto de la muralla.

Ricardo hizo un ademán hacia mediodía, apuntando al camino por donde se habían alejado sus hermanos.

—A Tomar.

Hincó espuelas, y al poco su silueta desapareció tragada por la espesura del bosque.

EPÍLOGO

El vaticinio de Jacobo de Molay se cumplió. El papa Clemente murió de disentería el 20 de abril de 1314.

A finales del mismo año, el 29 de noviembre y también antes de cumplirse el emplazamiento, Felipe el Hermoso cayó del caballo durante una cacería de jabalíes en Fontainebleau. El pie quedó trabado del estribo, el jabalí lo atacó y el rey murió antes de poder ponerse en paz con Dios.

Nogaret el Terrible y Guillermo de Plaisians, sus consejeros y cómplices, cumplida la misión dejaban de ser de utilidad para el monarca y no hallaron acogida en ninguna parte. Murieron incluso antes de que pereciese el gran maestro en la hoguera, Nogaret el 11 de abril de 1313, y Plaisians en noviembre del mismo año. Enguerrand de Marigny, el amigo y eminencia gris del rey que lo había promovido todo entre bastidores, a la muerte de Felipe quiso lavarse las manos. Nadie se atrevía a acusarle, ni siquiera a mencionar su nombre, excepto Carlos de Valois, quien albergaba contra aquél un resentimiento personal; no hallando pruebas para condenarle, Carlos hizo que el pueblo le acusara de brujería y fue ahorcado el 30 de abril de 1315, sin que su hermano el arzobispo de Sens pudiera evitarlo. En cuanto al propio Felipe de Marigny, se salvó del castigo.

El 12 de marzo de 1322, el rey Eduardo dictó sentencia de muerte contra Tomás de Lancaster, quien fue decapitado. Isabel, la hija de Felipe recordada por la Historia como «la Loba de Francia», confabulada con su amante Mortimer derribó a Eduardo del trono y lo encarceló. Durante un año lo condujeron de una mazmorra a otra, y por último fue cruelmente asesinado.

Pareció como si la Cristiandad entera recibiese el castigo por su actitud activa y pasiva en la tragedia de la orden templaria. Llovió durante toda la primavera y el verano de 1315, los campos se anegaron, las cosechas se pudrieron y los ganados se ahogaron o murieron de inanición y enfermedades. Una hambruna sin precedentes azotó a toda Europa y murió más de la tercera parte de la población. Las lágrimas de los ángeles devinieron un verdadero diluvio de muerte.

En el año 1320, el rey Dionís de Portugal fundó la Orden de los Caballeros de Cristo, autorizada por la bula *Ad ea quibus* del pontífice Juan XXII. No por casualidad, esta orden que enarbolaba el pabellón blanco con la cruz roja inició la época de los grandes descubrimientos geográficos del siglo XV.

El proceso contra los templarios trazó un rastro sangriento en el decurso de los siglos siguientes. Los crueles métodos de tortura inventados para forzar las confesiones de unos hombres curtidos en mil batallas justificaron la leyenda negra de la odiada y temida Inquisición, hasta bien entrados los siglos XVI y XVIII.

POSFACIO

Los personajes principales de esta novela, Ricardo, Tomás de Lincoln, Aymer de Vraineville, Fernán de Uzès, Blanca de Lyons-la-Forêt, Lorenzo de Toeni, los Morley, son figuras de ficción. Pero se mueven en el marco de la realidad histórica tal como ésta ha llegado hasta nosotros. En efecto, la Historia nos dice que un puñado de freires del Temple consiguieron eludir el cautiverio y lograron escapar de los calabozos. En Inglaterra hubo partidas vagabundas de templarios. Es probable que tratasen de influir sobre la Iglesia para ayudar a sus hermanos. En cualquier caso sabemos que lograron reunirse en gran número por los alrededores de Lyon y que enviaron nueve delegados al concilio de Vienne, aunque el papa los hizo detener inmediatamente.

Los métodos de tortura descritos en este libro se han puesto en relación con los caballeros y hermanos del Temple a tenor de las crónicas, los autos del proceso y las declaraciones de testigos presenciales. Ha sido un tema muy estudiado entre historiadores si hubo herejía o no, propiamente hablando, en el seno del Temple. La conclusión es unánimemente negativa, aunque algunos investigadores opinan que los templarios, por sus contactos con Oriente, habían llegado a adquirir una mayor amplitud de miras, y una comprensión más profunda de la vida de los pueblos occidentales así como de las relaciones de poder entre ellos. De ahí que concibiesen grandiosas ideas de equilibrio entre el Occidente y el Oriente, de paz universal, de vinculación espiritual y unidad política entre todos los estados de Europa (véase John Charpentier, *L'Ordre des Templiers*). Ideas que dada la gran extensión de las posesiones templarias en toda Europa, su poderío financiero, su capacidad militar y sus doscientos años de experiencia tal vez habrían podido realizar, si Felipe no los hubiese privado de la base misma de su existencia.

Índice

<i>El final de los templarios, por</i>	
Josep Maria Sans i Travé.....	2
Personajes principales por orden alfabético. ...	14
Introducción histórica	15
PRIMERA PARTE: El bastardo del Temple (<i>Octubre de 1307 a diciembre de 1308</i>).....	17
SEGUNDA PARTE: La doncella de Morley (<i>Enero de 1309 a diciembre de 1310</i>)	163
TERCERA PARTE: Sentencia cumplida (<i>Enero de 1311 a marzo de 1314</i>)	262
Epílogo	363
Posfacio	364

Título de la edición original: *Non Nobis*
Traducción del holandés: J. A. Bravo,
cedida por Ediciones Martínez Roca, S. A.
Diseño: Winfried Bährle
Ilustración de la sobrecubierta: *Jacques Molay,*
gran maestro de la orden de los templarios en 1298,
tomó por sorpresa Jerusalén en 1299, Jacquand Claude (1803-1878).
Castillo de Versailles y de Trianon © Photo RMN - Blot/Ojeda
Ilustración de las guardas: Cristina Ríos

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulolectores.com
.357 9 0 0068642

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Ediciones Martínez Roca, S. A.
Está prohibida la venta de este libro a personas que no
pertenezcan a Círculo de Lectores.

© Hanny Alders and Uitgeverij Conserve, 1987 © del prólogo: Josep Maria Sans i
Travé, 2000 © Ediciones Martínez Roca, S. A., 1996, 1997

Depósito legal: B. 18433-2000
Fotocomposición: punt groc & associats, s. a., Barcelona
Impresión y encuadenación: Printer industria gráfica, s. a.
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç deis Horts
Barcelona, 2000. Impreso en España
ISBN 84-226-7857-8
N.º 17640